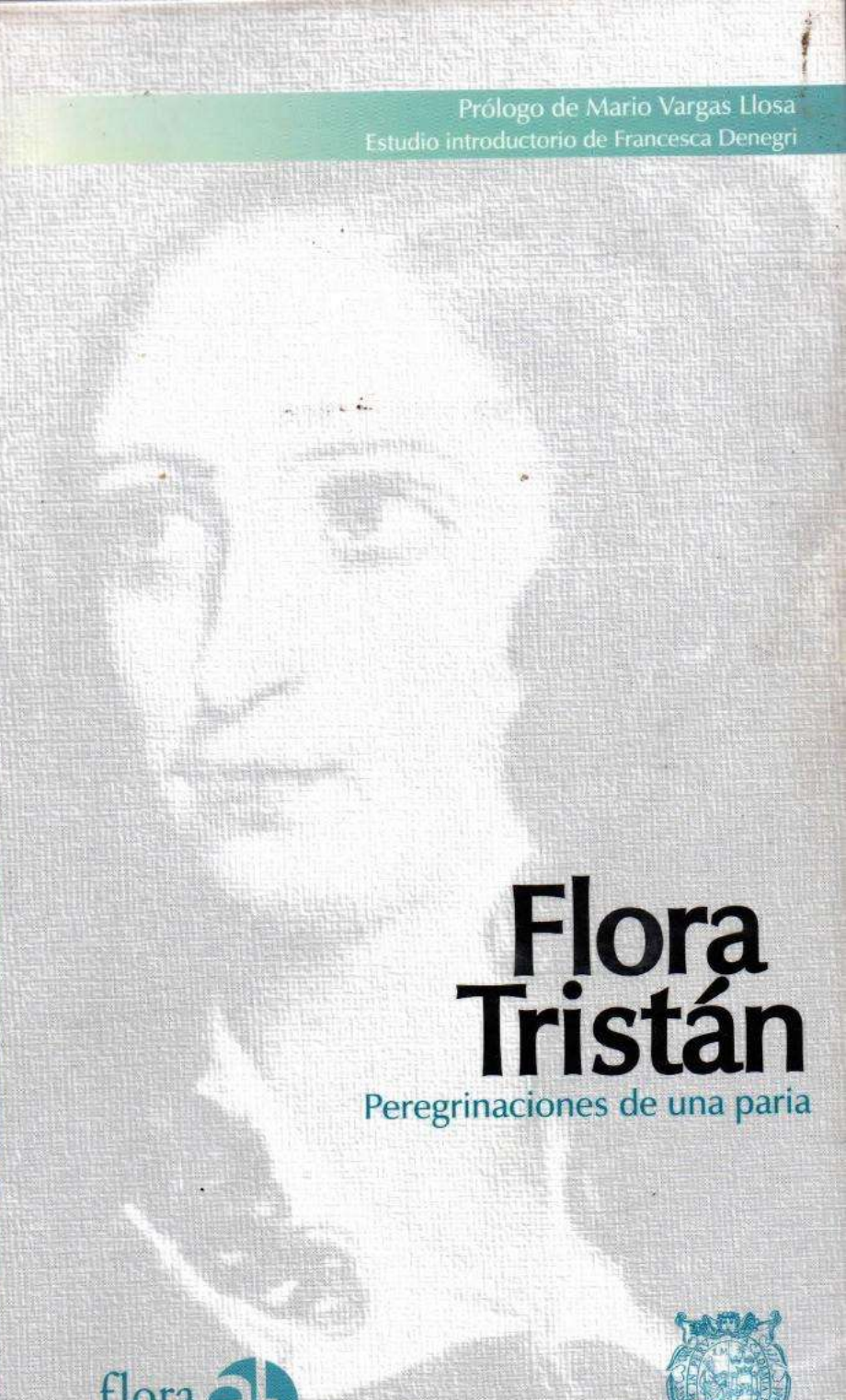
Prólogo de Mario Vargas Llosa
Estudio introductorio de Francesca Denegri

SERIE COEDICIONES



Flora Tristán

Peregrinaciones de una paria

flora tristán
centro de la mujer peruana

Fondo Editorial

Serie Coediciones

Flora Tristán

Peregrinaciones de una paria

Traducción de Emilia Romero

Prólogo de Mario Vargas Llosa

■

Estudio introductorio de Francesca Denegri

flora tristán
centro de la mujer peruana

FONDO EDITORIAL

ISBN: 9972-46-220-X
Hecho el Depósito Legal: 1501052003-3543

Primera edición en francés: *Pérégrinations d'une Paria (1833-1834)*, (Imp. Arthurs Bertrand), 1838
Primera edición en castellano: Cultura Antártica S.A., 1946

© Del prólogo: Mario Vargas Llosa
© Del estudio introductorio: Francesca Denegri
© De esta edición:
Fondo Editorial de la UNMSM
Pabellón de la Biblioteca Central - Ciudad Universitaria,
Lima-Perú
Correo electrónico: fondoedit@unmsm.edu.pe
Página web: http://www.unmsm.edu.pe/fondoeditorial/
Administración y Producción: Teléfono 619-7000 (anexo 7530)
Telefax 464-7060
Venta y Distribución: 619-7000 (anexo 7531)
© Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán
Parque Hernán Velarde 42
Teléfono: 433-1457
Correo electrónico: postmaster@flora.org.pe
Página web: http://www.flora.org.pe
Lima, julio de 2003

La universidad es lo que publica

EDITOR GENERAL
José Carlos Ballón Vargas
CUIDADO Y NOTAS DE ESTA EDICIÓN
Odín Del Pozo Omiste
FOTOGRAFÍA
Atribuida a Jules Laure, galería *Les Belles Femmes* de París (1839)
DIAGRAMACIÓN DE INTERIORES
Gino Becerra Flores
CORRECCIÓN DE PRUEBAS FINALES
Marco Antonio Pinedo Salazar
IMPRESIÓN
Tarea Asociación Gráfica Educativa

Queda prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito del editor.

Contenido

Palabras liminares, *por Virginia Vargas* 11

Prólogo: Flora Tristán y Paul Gauguin, *por Mario Vargas Llosa* 13

Estudio introductorio: La insurrección comienza con una confesión, *por Francesca Denegri* 35

A los peruanos 71
Prefacio [a la primera edición] 83

TOMO PRIMERO

El "Mexicano" 95
La Praia 107
La vida a bordo 133
Valparaíso 175
El "Leonidas" 187
Islay 195
El desierto 215
Arequipa 237

TOMO SEGUNDO

Don Pío de Tristán y su familia 305
La república y los tres presidentes 325
Los conventos de Arequipa 375
La batalla de Cangallo 405
Una tentación 431
Mi partida de Arequipa 455
Un hotel francés en Lima 465
Lima y sus costumbres 479
Los baños de mar. Un ingenio azucarero 507
La ex presidenta de la República 519

"A LA MEMORIA
DE LA SEÑORA FLORA TRISTÁN
AUTORA DE LA UNIÓN OBRERA
LOS TRABAJADORES AGRADECIDOS
LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD
SOLIDARIDAD"

(Placa en el monumento erigido por
los trabajadores de Francia en la tumba
de Flora Tristán en Burdeos.)

Palabras liminares

"Yo escribo para que ustedes sepan,
para que comprendan, grito para que me oigan,
voy adelante para mostrarles el camino."
Flora Tristán

A las mujeres de mi generación nos impactó el grito en el que Flora Tristán abrió camino y despertó esperanzas; otras habían luchado antes que nosotras, en condiciones más difíciles, y lograron hacerse escuchar.

Lo que más nos atrajo de Flora fue su rebeldía como mujer y la radicalidad democrática de su palabra por la justicia social y de género, contra la exclusión y la explotación. Es en esta doble vertiente emancipatoria donde se encuentra el aporte fundamental de Flora Tristán. Dio nombre a lo que no tenía nombre: violencia doméstica y sexual, violación en el matrimonio, derecho a una maternidad decidida, derecho al divorcio. Y también le puso nombre y rostro a la explotación de la naciente clase obrera, del capitalismo industrial europeo de comienzos de siglo XIX. *Paseos en Londres* fue el primer libro que dio a conocer la situación de la clase obrera en Inglaterra y mostró, en ese estado, a toda la clase obrera europea. Mirar su vida —y la de las/ los demás de su condición— alimentó su propuesta libertaria y transgresora. Lo privado fue para ella político, dando un contenido mucho más amplio a los espacios de transformación.

Lo subjetivo en Flora es de importancia vital, pues es desde sus múltiples identidades —como mujer, como obrera, como madre, como trabajadora, como desheredada, como paria— que es capaz de elaborar una propuesta política que recupera la complejidad y las múltiples simultaneidades de la transformación social, que muchos libertarios y socialistas de su época —y de la nuestra— no alcanzaron a entender.

Visionaria y activista del internacionalismo, viajó y se conectó con intelectuales y trabajadores de numerosos países. Tal internacionalismo impactaría también a las escritoras peruanas del siglo XIX, quienes la recuperaron, la criticaron, la admiraron por su libro *Peregrinaciones de*

una paria, el cual leyeron en francés porque no existía traducción al español. La visión de Flora también fue radicalmente laica: exigía que las ciudadanías se desplegaran sin tutelas religiosas. Transcurrido más de un siglo y medio desde su desaparición física, ella sigue simbolizando a todos/ as aquellos con los cuales nuestras democracias tienen deudas y heridas que cerrar. Entonces, ¿cómo no vindicar su nombre, como una forma de asumir su propuesta?

Esta Flora Tristán personaje inspiró la creación de Flora Tristán institución, e inspiró la construcción del movimiento feminista en el Perú desde fines de la década de los setenta del siglo pasado. Y si bien ya había comenzado a ser recuperada con Magda Portal en Flora Tristán, la precursora (1945 y 1983) y Flora Tristán, una reserva de utopía (1985), así como con Luis Alberto Sánchez en Flora Tristán, una mujer sola contra el mundo (1987), era también una forma de saldar una deuda con ella. El Perú marcó un hito en su conciencia de paria, pero también en su militancia política feminista, clasista e internacionalista.

El feminismo en el Perú, alimentado por Flora Tristán institución/ movimiento en colectivo y muchas otras iniciativas semejantes, fue expresión de aquello por lo que ella y otras de su época lucharon.

Mucho se ha avanzado en el Perú desde que Flora Tristán personaje se lanzara a esta incansable lucha. Mucho, sin embargo, sigue siendo igual de múltiples formas. Sus batallas en contra de la violación en el matrimonio, por una maternidad libremente decidida, una sexualidad libremente elegida, por la justicia económica, siguen siendo parte de las agendas feministas y democráticas del nuevo milenio en el Perú. Sólo que esta vez somos más, muchas más, potenciadas y conectadas en un mundo globalizado. Y eso es, sin duda, una ganancia de la que Flora Tristán personaje, por su inspiración, y Flora Tristán centro, por su capacidad de intervención, también forman parte.

La publicación de *Peregrinaciones de una paria*, conjuntamente con el Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, a la par que un homenaje, pretende hacer llegar a las nuevas generaciones el pensamiento plenamente vigente de una mujer que buscó lo que todavía representa un objetivo en la humanidad: una sociedad democrática y justa en la que sea posible el desarrollo y la felicidad de las personas.

Virginia Vargas
Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán

Prólogo

Flora Tristán y Paul Gauguin*

El tema de la libertad es tan amplio, tan rico, tan diverso, que en verdad se puede hablar de él tocando todos los temas. Porque detrás de todas las experiencias humanas está la libertad, o la falta de libertad, o el sueño y el apetito de libertad. Un ensayista que yo admiro mucho, Isaiah Berlin, dice en uno de sus libros que él ha filiado hasta cuarenta definiciones diferentes de la palabra libertad. Por eso, quizá en vez de hablar de la libertad en abstracto, como un concepto filosófico o jurídico, o político, o social, sea preferible, para sentirlo más cerca, más inmediato a nuestra experiencia, referirnos a él de una manera concreta, y a través de unos seres humanos específicos que gozaron de la libertad o no la tuvieron y lucharon por tenerla. He elegido a dos personajes históricos con los que he estado conviviendo estos últimos años, porque son los protagonistas o, más bien, los inspiradores de los protagonistas de una novela que llevo escribiendo y que tiene como tema profundo el de la libertad. O mejor, la ambición, el apetito desmesurado, en el caso de los dos, de alcanzar y de gozar de una libertad plena y absoluta. Esos personajes se llaman Flora Tristán, que no es tan conocida, por desgracia, y su nieto, que sí es muy conocido, el pintor impresionista Paul Gauguin.

Flora Tristán y Paul Gauguin cubren todo el siglo XIX. Un siglo que, entre otras cosas, fue el de las grandes utopías libertarias.

* Este texto es una transcripción de la charla que tuvo lugar en Las Palmas, Islas Canarias, el 9 de mayo de 2002. La misma no se realizó sobre la base de un texto escrito, sino a partir de las notas de su autor (N. del E.).

Los anarquistas, los llamados socialistas utópicos, diseñaron unos modelos de sociedad muy diferentes entre sí, pero en los que ellos tenían la convicción de que reinaba y tronaba, para todos los seres humanos, un principio de libertad.

Me gustaría en esta charla relatarles cómo vivieron ese sueño utópico de la libertad absoluta Flora Tristán y su nieto Paul Gauguin.

Flora Tristán nació en el año 1803, y murió cuarenta y un años después. Su vida relativamente breve fue, sin embargo, una vida riquísima en experiencias y a través de ella nosotros podemos vislumbrar los grandes temas y los grandes problemas de la sociedad francesa y europea de su época. Ella era hija de un militar peruano-español avecindado en el Perú; el Perú formaba parte todavía de España cuando Flora Tristán nació. Y su nacimiento fue, ella lo descubriría sólo después, una tragedia porque el coronel don Mariano Tristán no se casó guardando todas las formalidades. Estaba destacado en Bilbao, en donde conoció a una francesita, Teresa Laisney (o Laînè), que había huido con toda su familia de la revolución y se había domiciliado allí. Para un militar español casarse con una francesa exigía un trámite, unos permisos, unas licencias que el coronel, don Mariano Tristán, no hizo y su matrimonio, que se llevó a cabo gracias a un curita francés, también exiliado en Bilbao, no tuvo ningún valor legal. La pareja se trasladó a Francia; allí nació Flora Tristán, y cuando ella tenía apenas cuatro años y medio el coronel, don Mariano Tristán, murió de un síncope. Vivían en un barrio residencial de París, en Vaugirard, en una casa que Flora Tristán recordaría siempre como un paraíso que, seguramente, con la vida difícil y sacrificada que tuvo, su memoria idealizó. Y entonces, como no tenía unos papeles que justificaran heredar esa mansión, Flora Tristán y su madre fueron arrojadas de ese paraíso y condenadas a vivir miserablemente; luego de haber vivido en uno de los barrios más elegantes, fueron a vivir en uno de los barrios más pobres de París, en la plaza Maubert, un barrio lleno de borrachos, vagabundos y gentes de mal vivir. Cuando era muy jovencita Flora Tristán, su madre consiguió emplearla en un taller de grabados como obrera colorista, obrera que coloreaba los grabados que realizaba el dueño llamado André Chazal, que tenía esta pequeña imprenta. El señor Chazal, que era

mayor, se enamoró de esta jovencita y la madre prohijó estos amores e impulsó a su hija a casarse con su jefe. Flora Tristán se casó con André Chazal y el matrimonio fue un desastre. Duró apenas cuatro años y en ellos Flora Tristán tuvo tres hijos, dos de los cuales morirían en tierna edad y sobreviviría sólo una niña, llamada Aline, que sería la madre de Paul Gauguin. El matrimonio fue para Flora Tristán una experiencia traumática; descubrió no solamente que no quería a ese señor, al que la ley había convertido prácticamente en su amo, sino también que detestaba la servidumbre que representaba el vínculo matrimonial, y entonces, en esa muchacha que no tenía casi formación, que no había recibido ninguna educación regular, brotó con una fuerza incontenible y que no la abandonaría hasta su lecho de muerte, ese apetito de libertad, que es el elemento crucial en su vida y el motor que guiaría prácticamente toda su conducta. Descubrió, al mismo tiempo, que detestaba la institución que sentía como una esclavitud, que no había manera de librarse de ella, pues no existía el divorcio y la separación, si no era consentida, tampoco existía. Y a pesar de ello Flora Tristán dio un paso que la convirtió, desde el punto de vista legal, en una delincuente. Abandonó su hogar, abandonó a su marido, pese a los esfuerzos de su madre, que le dijo que una mujer que deja a su marido es poco menos que una perdida y si el marido la denuncia la llevan presa, como delincuente. Pero ella no pudo resistir esa servidumbre y corrió el riesgo, y entonces inició una vida que tenemos que conocer más a través de la imaginación y la adivinación, porque no hay fuentes sobre ella. Empezó a esconderse y a huir, siempre con el temor de que don André Chazal la denunciara como prófuga, de que la policía la buscara y la encerrara en la cárcel como una esposa indigna y una madre desnaturalizada. ¿Qué cosas hizo en esos años oscuros? No lo sabemos. Hay suposiciones bastante fundadas de que trabajó en los miserables oficios en los que podía trabajar una persona que carecía de instrucción, que era el caso de la inmensa mayoría de las mujeres de su tiempo: como empleada doméstica o como obrera. Lo que sí se sabe es que, en un momento dado, se empleó como dama de compañía (un eufemismo) de una familia inglesa a la que acompañó en sus viajes por Europa. Pasó unos años en Inglaterra porque aprendió el inglés, un país que siempre detestaría. Londres fue siempre una

ciudad maldita para ella. Seguramente porque la condición de empleada doméstica en una familia inglesa significó para Flora Tristán, una mujer que amaba tanto la independencia y la libertad, un verdadero suplicio.

Así pasan muchos años en la vida de Flora Tristán. Siempre moviéndose, viviendo en la oscuridad, escondiéndose y con el temor de ser un día descubierta y enviada a prisión. Un buen día, en una hostería de París, un señor que estaba cerca de ella a la hora de la comida, oyó que la dueña de la pensión pronunciaba su nombre, doña Flora Tristán, su nombre de soltera. Entonces se acercó a ella y le dijo: "Usted se apellida Tristán. ¿Usted no será pariente de unos Tristán del Perú? Yo soy marino. Hago viajes regularmente hacia América del Sur, he estado muchas veces en el sur del Perú, en la ciudad de Arequipa, y allí la familia Tristán es la familia más poderosa e influyente. Yo conozco a don Pío Tristán, que fue uno de los últimos virreyes del Perú y uno de los primeros presidentes de la República". Y Flora Tristán descubrió así, que el hermano de su padre, don Mariano Tristán, era un personaje poderosísimo en el remoto Perú. Y le escribió una carta, diciéndole que ella era su sobrina carnal, que le gustaría muchísimo conocer a su familia peruana, que su madre había tratado de ponerse en contacto con ella a la muerte de don Mariano y no lo había conseguido. Muchos meses después, don Pío Tristán le contestó.

En la carta, Flora Tristán había cometido un error que luego lamentaría amargamente. Le había contado la dificilísima situación de la familia a la muerte de su padre, por la naturaleza irregular del matrimonio en España, que carecía de valor legal. Don Pío Tristán le envió un pasaje para que viajara al Perú y así cambió radicalmente el destino de esta mujer, todavía joven, apenas treinta años, que se embarca un buen día, en Burdeos, en un barco de pasajeros llamado el "Mexicano", en el que había diecinueve hombres. Ella era la única mujer. El viaje de Flora Tristán, de Burdeos a Valparaíso, es de por sí una aventura apasionante. La travesía duró seis meses y, en ese lapso —hay pruebas de ello—, el capitán se enamoró de Flora Tristán. Es fácil deducir, asimismo, que los otros caballeros, entre tripulantes y pasajeros, también se enamoraron de ella. Pero, aparentemente, ella resistió todas las tentaciones y llegó a Valparaíso sin compromiso, haciéndose pasar

por una mujer soltera. En Arequipa, la familia Tristán la recibió con los brazos abiertos y allí, durante cerca de diez meses, vivió una vida que era poco menos que de sueño, con una familia enormemente próspera y de ínfulas aristocráticas, que la trataba como una verdadera reina. La noche que llegó le regalaron una esclava y así conoció de cerca la esclavitud, una institución que en Francia ya había desaparecido hacía bastante tiempo. Y descubrió también un país, que era una República recientísima, pero que estaba todavía impregnada de las instituciones, las costumbres, los usos, los prejuicios de la era colonial. Todo ello lo describiría luego al regresar a París, un año más tarde, en un libro hermosísimo, *Peregrinaciones de una paria*, un libro donde ella dio un paso absolutamente insólito para su tiempo, el paso de la franqueza total. En ese libro no sólo se limita a referir su viaje al Perú, sus aventuras peruanas, sino que cuenta su vida con una libertad de palabra insólita, asumiendo su condición de hija ilegítima, de mujer bastarda a la que esta "falta" de nacimiento condena en la vida a una suerte de marginalidad. Cuenta el horror que significó para ella el matrimonio y cómo a través del matrimonio descubrió la condición de servidumbre, de ciudadana de segunda clase, que era la condición de la mujer, la absoluta falta de protección legal en que se encontraba y su inferioridad, desde todo punto de vista, frente al hombre. Este libro fue escrito de una manera espontánea y sin elegancia ni calidades literarias que, evidentemente, ella no tenía; ya digo, que su formación era mínima y siempre la avergonzaron las faltas de ortografía que tenía que hacerse corregir.

A pesar de todo ello, el libro tuvo un éxito enorme en París, y de la noche a la mañana convirtió a Flora Tristán, esta desconocida, esta paria, como se llamó a sí misma, en un personaje popular en el medio intelectual. Comenzó a visitar los salones, se hizo amiga de escritores y artistas y empezó a figurar en las publicaciones de la época. Allí apareció André Chazal, esgrimiendo esos fueros que le concedía la ley como marido abandonado por una mujer moralmente indigna para la moral de la época, a la que entonces se dedicó a perseguir judicialmente. Existía el rumor de que Flora Tristán había regresado del Perú rica, dueña de una herencia, y uno de los motivos por los cuales André Chazal inició una persecución legal contra su mujer —lo era y no podía dejar de serlo pues-

to que el divorcio no existía y la separación legal no se la había concedido— era la supuesta fortuna que había traído del Perú doña Flora Tristán. La historia de esta persecución judicial es también de por sí una novela de aventuras; sirve sobre todo para ver la condición de indefensión en que se encontraba una mujer en Francia, una sociedad supuestamente avanzada y a la vanguardia de la modernidad en su tiempo. Esta persecución está llena de incidentes violentos, y alguno espantosamente triste: André Chazal secuestraba a los hijos de Flora Tristán. En una de estas ocasiones se descubrió que había intentado violar a su hija Aline, la futura madre de Gauguin, a la que hacía —luego de haberla secuestrado— dormir con él en una sola cama en un cuartucho donde vivía. Cuando Flora Tristán se entera de esto irrumpe en casa de André Chazal, rescata a su hija y denuncia a este padre violador e incestuoso ante los tribunales. El juicio provoca un escándalo mayúsculo y es seguido por la prensa, por los intelectuales, por la opinión pública y es verdaderamente bochornoso leer los incidentes ya que pasa de ser un juicio contra un padre violador, a ser un juicio contra Flora Tristán, madre indigna, esposa indigna que carece, de acuerdo a la moral y a la ley de la época, de la credibilidad necesaria como para presentar una acusación de esta índole. Hay un abogado que luego hará una carrera muy destacada en Francia que se llama Jules Favre y que tiene un gran éxito público justamente destruyendo la acusación de Flora Tristán, gracias a una política agresiva de denuncia y condena de esta mujer, que públicamente había reconocido ser una esposa prófuga, que violando la ley abandonó su hogar y, además, mintió ante el mundo haciéndose pasar por soltera a lo largo del año que vivió en el Perú. Lo increíble es que las habilidades dialécticas del abogado Jules Favre van persuadiendo poco a poco a los jueces que juzgan a André Chazal, quienes terminan juzgando a Flora Tristán. Finalmente, André Chazal es absuelto por esta acusación; dos de los hijos —el tercero había muerto ya— le son arrebatados a Flora y son puestos en un internado donde el padre y la madre tienen derecho de ir a verlos una sola vez al mes. Y luego de esto, de esta suprema humillación que significa para Flora Tristán este veredicto, un buen día André Chazal la espera en la puerta de su casa, en la rue du Bac, con dos pistolas. Le dispara la primera y no con-

sigue disparar la segunda paralizado por una sensación, o de culpa o de miedo, con lo cual Flora Tristán se salva milagrosamente de morir, pero se queda con una bala junto al corazón que la acompañará el resto de sus días. Dos médicos muy conocidos de la época la atienden, tratan de extraerle la bala, no lo consiguen, le advierten que desde entonces, con ese metal que tiene allí cerca del corazón, ella debe llevar una vida extremadamente calma, prudente, serena, sedentaria, y ella hace exactamente lo contrario.

El haber estado a punto de morir, el haber sido humillada públicamente en ese juicio, se convierte para ella en una experiencia que elabora y reelabora, y de la cual saca unas conclusiones sorprendentes y admirables: la necesidad de luchar, de luchar con todas las fuerzas de que es capaz para remediar esa situación, para cambiar esa sociedad donde las mujeres siguen siendo ciudadanas de segunda clase, desprotegidas y relegadas a meros instrumentos de placer para el hombre o sombras, dice ella, furtivas en un mundo exclusivamente masculino en todo lo que es importante.

Flora hace un viaje a Londres y escribe, luego de pasarse cuatro meses en la capital de lo que era entonces el centro de la Revolución Industrial, un libro también admirable, que se llama *Paseos en Londres*. Gran parte de estos cuatro meses los pasó disfrazada de hombre, para poder entrar a todos los sitios que ella quería conocer y describir en su libro, y donde no estaban autorizadas las mujeres, como el Parlamento británico, al que las mujeres no tenían acceso. Pero también para entrar al mundo de la noche y de la catacumba, al mundo de la prostitución donde ella veía justamente, en su expresión más descarnada, la condición discriminada y explotada de la mujer. Visitó los prostíbulos, visitó los bares pecaminosos y en su libro presenta unas escenas que son verdaderamente espeluznantes de la otra cara de la Revolución Industrial, que significaba, por supuesto, el progreso, la modernización y, además, el primer paso a lo que sería una revolución tecnológica, científica, económica y política en el mundo entero.

Lo que el libro nos dice es que es extraordinario lo que está ocurriendo en estas fábricas pero, al mismo tiempo, que esta revolución industrial tiene un precio, un precio en sufrimiento, un precio en sacrificios y quienes pagan, ante todo, el precio de esta extraordinaria transformación son las mujeres. Describe los talleres,

donde las mujeres ganan la tercera parte, a veces la quinta parte que los obreros por un trabajo idéntico. Describe la absoluta y total desprotección en que se encuentran los trabajadores y, sobre todo, las trabajadoras; describe las cárceles que ella visita y los manicomios. En ese sentido, Flora Tristán es una de las pensadoras más avanzadas de su tiempo, una de las primeras personas en ver, tanto en la locura como en la delincuencia, la manifestación de una problemática social. La locura como resultado de la desesperación a que conduce la miseria, la marginación, la falta de perspectiva en el mundo; y una de las primeras en condenar, de manera muy enérgica y sistemática, el que se permitiera trabajar a los niños. Describe talleres que funcionaban con niños de siete a diez años, que prácticamente no ganaban sino que recibían meras propinas, y también el hecho de que los niños fueran juzgados por los tribunales exactamente como los adultos y enviados a las cárceles. Su descripción de éstas, donde hay niños de ocho, de diez años, cumpliendo penas, son verdaderamente espeluznantes. Allí, en Inglaterra, ella concibe de pronto una idea que será de alguna manera la que pocos años después y de manera mucho más elaborada, menos romántica, más intelectual y más sólida, desarrolle Karl Marx, la idea de que la transformación radical de la sociedad la harán las víctimas de esa sociedad; es decir, los explotados, los obreros, quienes no tienen más que ofrecer en el mercado que su fuerza de trabajo.

Ella concibe esta idea: "En realidad nosotras las mujeres, luchando solas, nunca vamos a transformar la sociedad. Vamos a ser atajadas, frenadas, reprimidas, y nuestra lucha será un sacrificio inútil. Hay que unir a las mujeres con las otras víctimas de la sociedad, que son los obreros, los trabajadores explotados". Cuando ella habla de obreros no solamente habla de trabajadores industriales, habla también de trabajadores artesanos, de campesinos, y dentro de esta denominación incluye a todas las víctimas, a quienes están en una condición de inferioridad en la sociedad. Y entonces ella dice: "Eso es lo que hay que hacer, vamos a unir a las mujeres y a los obreros, de Francia, de Europa, del mundo. Y con eso vamos a crear una fuerza irresistible que va a transformar profundamente la legislación y que va a hacer de la libertad, por fin, un derecho al alcance de todos los seres humanos sin excepción".

Éste es el proyecto que ella llamará La Unión Obrera. Escribe rápidamente un librito, de ciento y pico de páginas, y regresa a Francia poseída de una especie de entusiasmo místico e inmediatamente comienza a poner en práctica esta idea, que es una utopía más dentro de las muchas utopías decimonónicas. Empieza a tener reuniones con las mutuales obreras. No existían los sindicatos. Es apasionante imaginarla entrando a discutir con estos dirigentes de las mutuales que no estaban acostumbrados a ver entre ellos a una mujer; una mujer que no era, además, una obrera, sino, desde su perspectiva, una intelectual, una señora de sociedad y que les hablaba con una energía y con una convicción contagiosas. Además respondía con igual energía y a veces ferocidad a cualquier síntoma que denotara en sus auditorios el prejuicio contra ella, porque tenía faldas y no llevaba pantalones. Consigue así instalar los primeros comités, y entonces quiere ir más allá y decide hacer una gira, primero por Francia y después por toda Europa, creando los comités de esta internacional, aunque ella no use la palabra, pero eso era, una internacional, porque no reconocía fronteras. Las fronteras nacionales, dentro del designio de Flora Tristán, no existían. Entonces, y a pesar de que los médicos le dicen que es una verdadera locura en su estado, con una bala allí junto a su corazón, someterse a un esfuerzo de esa índole, inicia una gira que dura exactamente ocho meses, por todo el sur y el suroeste de Francia. Es una gira de la que ella lleva un diario, que es un texto extraordinario sobre esta mujer extraordinaria, en la que con una voluntad realmente de acero se enfrenta a toda clase de obstáculos, desde la desconfianza de los propios obreros que muchas veces la rechazan y la hostilidad de las mujeres de los obreros que le hacen manifestaciones —en algunos sitios la insultan y la llaman prostituta porque piensan que quiere seducir o corromper a sus maridos en estas reuniones a las que los invita—, hasta sufre la hostilidad de la fuerza pública, de la policía, que le prohíbe las asambleas, que registra su cuarto de hotel y le decomisa sus documentos. Y al mismo tiempo, ella no se desanima, sino al contrario, mantiene siempre un entusiasmo y una voluntad contra la que su organismo va pareciendo cada día más débil, más enfermo. Es una verdadera experiencia de sacrificio y de voluntad contra la adversidad realmente extraordinaria.

Así llega a Burdeos, donde simplemente el cuerpo no le da más; a los dos días de llegar la habían invitado a un concierto que daba Franz Litz, en el gran teatro de Burdeos y allí, en medio del recital, se desploma desmayada. Una pareja de sansimonianos, otros utopistas de la época que la admiraban, la llevan a su casa. Allí agoniza, allí muere y allí la entierran. Un centenar de obreros acompañan su cadáver hasta el cementerio de La Cartuja, donde está enterrada.

La utopía de Flora Tristán no se realiza, pero de alguna manera ella siembra una semilla. Una semilla que irá germinando poco a poco hasta que, un siglo y medio después, muchas de las cosas con las que soñó, por las que luchó, pasan a formar parte ya de la realidad o, si no de la realidad, de la agenda política, de las instituciones, de los partidos, y de las personas democráticas del mundo. Cuando muere Flora Tristán, su hija Aline, la única que sobrevive, está trabajando en Amsterdam con una modista. Entonces regresa a Francia y los amigos de Flora Tristán, entre ellos George Sand, que es una amiga que la trató siempre con cierta superioridad y arrogancia, se ocupan de esta niña que queda sin familia, sin recursos y le buscan un marido, un periodista republicano llamado Clovis Gauguin, quien se enamora de esta muchacha y se casa con ella. Inmediatamente entra en una situación dificilísima desde el punto de vista político porque Luis Bonaparte, que parecía que iba a ser un líder más bien republicano y democrático, da un golpe de Estado y restablece el Imperio, y empieza a seguir encarnizadamente a todos los republicanos que lo habían apoyado, entre ellos a Clovis Gauguin. Y, entonces, huyen al Perú. Y van, como hizo doña Flora Tristán, a pedir asilo y refugio a don Pío Tristán, que en el Perú, hombre casi inmortal, continúa prosperando y sigue aumentando su influencia política. Ha casado a una de sus hijas con el Presidente de la República de entonces, el general Echenique, y vive en Lima, donde invita a esta nieta-sobrina a venir con su marido. El viaje de Aline y Clovis hacia América del Sur es una tragedia, por las tensiones, la angustia y la incertidumbre. Clovis Gauguin, que era muy joven, tiene un síncope, muere en el viaje y es enterrado en un pequeño pueblecito de la costa chilena, Puerto Hambre, de tal manera que Aline Gauguin llega viuda a Lima con dos hijos pequeñitos, Paul, el futuro Paul Gauguin, y su hermana María Fernanda.

Paul Gauguin vive en Lima los primeros siete años de su vida. Aprende a hablar primero español antes que francés, y hace la vida de un niño de la alta clase social peruana. A los siete años, su madre decide regresar del Perú porque un tío de su difunto marido, en Orléans, está a punto de morir y le anuncia que quiere dejarle una herencia. Pues allí regresan y Paul Gauguin es internado en un colegio religioso donde pasa toda su infancia y los primeros años de su juventud. Lo que es fascinante en la vida de Paul Gauguin es que, ni durante su etapa escolar ni durante los años de su juventud, hay en él el más mínimo indicio de que tenga una vocación artística. No fue un niño especialmente dotado para el dibujo en la escuela, y cuando termina la escuela lo que quería ser es marino. No puede entrar en la escuela naval-militar porque se le ha pasado la edad, y entonces su madre, o mejor dicho su tutor, un hombre rico, que probablemente tuvo amores con la madre de Gauguin, lo ayuda a entrar a la marina mercante, donde Paul Gauguin pasa ocho años de su vida viajando por el mundo, en barcos que lo llevan al Asia, al África, al Brasil. Y durante todos estos años no hay tampoco el más mínimo indicio de que en este joven, que ya es un hombre, haya una vocación de tipo artístico. Finalmente, luego de la guerra francoprusiana, abandona la marina y entonces, aconsejado siempre por su tutor don Gustave Arosa, que era un hombre rico y que tenía una colección de pintura importante, decide entrar a la bolsa para hacer una carrera en las finanzas. Y entra a la agencia de Paul Bertin, en la que se convierte en un empleado modelo. Los biógrafos han estudiado el rendimiento del joven Paul Gauguin como agente de bolsa y concluyen que tuvo un rendimiento magnífico. Es el mejor agente de bolsa, el que consigue mejores clientes, el que lleva con más eficacia las inversiones, los portafolios de los clientes de la agencia Bertin y en todos estos años no hay tampoco el menor indicio de que ese joven financista, joven burgués, exitoso, esconda en alguna parte de su personalidad una vocación de pintor.

Hasta que un día llega a la agencia Bertin un alsaciano llamado Emile Schuffenecker, un hombre tal como lo pintan los dibujos y los cuadros de Gauguin, más bien desbaratado, muy poco apuesto, que tenía dificultades de expresión y cuyo marcado acento alsaciano provocaba las risas de sus compañeros. Y éste se hace

muy amigo de Gauguin; es su compañero. Es el gusanito que pudrirá la manzana. Él tenía una vocación artística que no podía ejercitar, pero que amaba intensamente y dedicaba sus horas libres a dibujar, a pintar; se había inscrito en una academia, la academia Colarossi, y en sus días libres iba al Louvre. Él lleva al Louvre por primera vez a Paul Gauguin. Tenía ya casi treinta años y nunca había puesto los pies en el gran museo de París y de Europa, pero fue allí acompañando a su amigo Schuffenecker que iba a imitar a los clásicos. Y éste lo convence de que se inscriba también en la academia Colarossi. Le dice: "Es muy divertido, mejor que estar en las noches en los cafés de Clichy, jugando al dominó y tomando ajenjo. ¡Ven conmigo a la academia y vas a ver que la vas a pasar muy bien!". Y entonces él, se diría que más por inercia que por convicción, se inscribe en la academia y allí comienza por primera vez a dibujar. De esa época son los primeros bocetos que se conocen de Gauguin. Para entonces se había casado y ya tenía varios hijos. Se había casado con una danesa que aspiraba a ser una burguesa próspera de París y que había creído encontrar en el exitoso agente de bolsa Paul Gauguin el vehículo para llegar a la cumbre social.

Gauguin sigue trabajando en el día y empieza a pintar en las noches. Y empieza a pintar con un celo, con una convicción que recuerdan mucho el celo y la convicción con el que su abuela se había dedicado a la lucha social cuando decide hacer algo para cambiar esa sociedad que discriminaba a la mujer. Es muy interesante ver en esos años esa lucha, una lucha sorda, secreta, pero que debió ser muy dramática entre esa afición que se va convirtiendo en una vocación cada vez más exclusiva y excluyente, y lo que es una realidad, unos intereses, una profesión, unas obligaciones, las de agente de Bolsa, financista, marido y padre de familia, que es Paul Gauguin.

Hay una escena muy divertida en la vida de Gauguin a raíz de una crisis financiera que desploma el mercado de Francia, desploma bancos y luego una serie de Bolsas, primero la de Lyon y finalmente la de París. Un día su jefe en la agencia lo llama cariacontecido y le dice que en vista de las circunstancias no tiene más remedio que decirle que por el momento la agencia va a prescindir de sus servicios. Y entonces Paul Gauguin salta sobre su jefe, le

coge las manos y se las besa y le dice: "Patrón, usted acaba de hacer de mí un artista". Sale de allí loco de felicidad a decirle a Mette, su mujer: "He sido despedido y nunca más volveré a pisar la Bolsa y nunca más volveré a hacer nada que no sea pintar". La mujer se desmaya, y entonces comienza la vida del verdadero Paul Gauguin, del Paul Gauguin apasionado por un oficio que va ocupando cada vez más todos los espacios de su vida hasta hacer de él algo muy parecido a un fanático, a un hombre que vive con una visión unilateral, exclusiva: pintar, llegar a producir obras maestras y encaminarse directamente a ese objetivo, sacrificando todos los obstáculos que se interpongan.

Los obstáculos son, naturalmente, la pobre Mette Gad, su mujer danesa, y los cinco hijos que había tenido con ella. Comienza una vida en la que, como Flora Tristán niña, Gauguin pasa de la prosperidad y la vida burguesa a una situación cada vez más sacrificada, pobre, marginal. Primero en Rouan, luego se refugian en Dinamarca, donde la familia de Mette consigue para ella unas clases de francés con las que viven difícilmente todos. La familia ve a Paul Gauguin con tremenda irritación, con resentimiento, lo ven como alguien que había engañado totalmente a esta pobre muchacha que creyó casarse con un agente de bolsa y terminó, cinco años después, casada con un bohemio. Un señor que no quería trabajar, que sólo quería pintar. Y entonces, después de un año en Dinamarca, Paul Gauguin abandona definitivamente a la mujer y a sus cinco hijos y regresa a Francia donde vive una vida que es de aventura pero también de soledad y de pobreza, para no decir de miseria realmente extrema. Para poder comer hace las cosas más absurdas, como pegar carteles por las calles de París, por ejemplo, y finalmente se va a refugiar a un pueblecito de Bretaña que se llama Pont-Aven, donde iban algunos pintores de la época porque era un pueblo muy aislado, muy salvaje, en un mundo, la Bretaña, que parecía resistirse con todas sus fuerzas a la modernidad. Eso es fundamentalmente lo que atrae a Paul Gauguin hacia Pont-Aven. Él tenía una idea y, como su abuela, él sería un hombre de ideas fijas. Su idea al principio confusa, nublada, irá tomando cuerpo, afinándose con el paso de los años. Era la siguiente: el arte francés, el arte europeo, está en decadencia y porque está en decadencia se ha convertido en el patrimonio de una élite. Una élite

conformada por los pintores, por los críticos y por los coleccionistas de pintura. El arte europeo ha entrado en decadencia porque se ha cortado del conjunto de la sociedad, y se ha cortado del conjunto de la sociedad porque se ha vuelto frívolo, superficial, una actividad disociada de las otras actividades de la colectividad, entre ellas la religión. Ésta es la que da al arte una fuerza comunicativa y hace que sea representativo; una actividad en la que se reconocen todos los miembros de la sociedad. ¿Cuándo y dónde ha ocurrido eso? Él dice: "En las culturas primitivas". En ellas el arte es eso, una expresión de una manera de vivir, de una manera de creer, unos dioses que forman parte del trasmundo del mundo social. Él va a Bretaña a buscar eso, una comunidad en la que todavía las viejas costumbres, las viejas tradiciones y creencias son una realidad. Francia está viviendo en esos años una República que trata por todos los medios de secularizar la vida, de apartar a la religión de las instituciones, de propagar el laicismo, y si hay una región en Francia que resiste estos esfuerzos modernizadores es Bretaña. Bretaña es un mundo tradicional, anacrónico, un mundo aferrado al pasado, a la religión, un mundo que frente a los intentos laicistas y secularizadores de la República, opone cada vez más procesiones, santos, milagros, vírgenes que se aparecen, perdones. Las iglesias de Bretaña siguen repletas de fieles. Y eso es lo que va a buscar Paul Gauguin a Pont-Aven.

Allí encuentra, efectivamente, un mundo muy distinto del parisino, un mundo menos frívolo, menos esnob, menos elitista, diríamos en el lenguaje de nuestros días, y allí empieza, por fin, a pintar obras maestras. Pero al poco tiempo encuentra que ya la modernización, palabra para él absolutamente despreciable, ha comenzado a roer los cimientos tradicionales de Bretaña. Y entonces afina su idea que será, con el paso de los años, revolucionaria para la cultura y el arte europeos: "No. Hay que salir de Europa, hay que ir fuera, lejos, hacia otras culturas que nosotros desde aquí no vemos, cegados como estamos por nuestro pequeño mundillo. No, no, hay que ir a inyectarse ahí de una energía primitiva, el primitivismo es lo que va a devolvernos una vitalidad, una fuerza que hemos perdido en este mundillo que se ha ido como extinguiendo y empobreciendo en razón de la frivolidad y el esnobismo".

Y entonces hace un viaje a América del Sur, va a Panamá, con una idea fantástica que no se realiza; él esperaba que su cuñado lo ayudara a sobrevivir, pero cuando llega allí su cuñado ha huido, perseguido por sus acreedores. Al encontrarse sin ninguna ayuda tiene que trabajar como lampero, como obrero en el primer intento de canal. La experiencia es desde luego gravísima para Gauguin, no sólo porque lo ataca la malaria, que casi mata a un compañero de viaje, un joven pintor, Charles Laval, que lo acompañó, sino también porque allí, al parecer, contrajo la sífilis, que sería la tragedia del resto de su vida. Finalmente escapa de Panamá y se refugia en Martinica, donde pasa cerca de un año. Allí pinta obras maestras, y esta idea del mundo primitivo, del mundo exótico, distinto y diferente comienza a cuajar en una pintura nueva, una pintura que en realidad no es una mera descripción de ese primitivismo, de esa otra conjura de otras razas, de otras creencias, de otros ritmos, de otros paisajes, sino la proyección en esos decorados de unos demonios personales, de unas imágenes que se había ido forjando él a través de mitos, de convicciones, de fantasmas, como ocurre siempre con los grandes artistas. La pasa muy mal. La enfermedad de nombre impronunciable comienza a hacer estragos en su organismo. Regresa a Europa. Allí conoce a un holandés que ha sido un predicador y que, como él, también ha descubierto el arte bastante tarde en su vida, pero quien se ha entregado a esa vocación con la misma pasión fanática que él. Este holandés es Vincent Van Gogh.

Van Gogh queda deslumbrado con la personalidad de Gauguin, queda abrumado con esta fuerza de la naturaleza, este hombre con convicciones que parecen irresistibles, todo lo contrario de lo que era él: inseguro, perdido, impráctico. Y entonces él sueña con vivir cerca de esa fuerza, cuya obra además admira. Las pinturas que Gauguin trae de Martinica le parecen a Van Gogh obras maestras. Es el primero en descubrir en Gauguin realmente un genio. Finalmente, hacen un acuerdo para vivir juntos.

Seguramente ustedes conocen la experiencia catastrófica que es esa convivencia de nueve semanas de Van Gogh y Gauguin. Viven en Arles en una casita muy pequeñita, una casita amarilla, y la obsequiosidad, los esfuerzos desesperados de Van Gogh para que Gauguin se sienta cómodo y se sienta feliz con esta conviven-

cia tienen, más bien, el efecto contrario. A un hombre que ha descubierto la libertad en su vida, que ama, que defiende la libertad por encima de todas las cosas, esa obsequiosidad y esos halagos con que lo abrumaba Van Gogh lo hacen sentirse un prisionero y lo impulsan a partir. Esto termina mal, muy mal, cuando él anuncia que se va, que se va antes del año acordado. Van Gogh entra en un estado crítico de desesperación, se corta media oreja y termina en el manicomio, un hecho que marca el principio del fin para el pintor holandés; pasa cerca de un año en Saint Rémy y luego sale para pasar los últimos treinta días de su vida en un pueblecito cerca de París en Auvers-sur-Oise, donde finalmente termina suicidándose.

En esas semanas de convivencia tienen muchas conversaciones, y uno de los temas centrales de esas conversaciones es una idea que tiene Van Gogh pero que quien la llevará a la práctica será Gauguin. La idea de un estudio en el Sur. Van Gogh también creía como Gauguin, que el arte del futuro, el arte creador, el arte fuerte, el arte vigoroso, no sería un arte que surgiría en Francia, sino lejos, en un mundo primitivo, exótico, de paisajes vírgenes, y ese mundo podía ser Tahití, un mundo que los dos amigos descubrieron por una novela de un joven marino que luego sería un escritor famoso, Pierre Loti, quien escribe una primera novela llamada Rarahu, Le mariage de Loti, sobre Tahití. Y entonces allí, leyendo esas páginas que describen un mundo idílico, un mundo donde se puede vivir en el ocio creador, donde el placer forma parte de la experiencia cotidiana, concibe Gauguin la idea de partir hacia los mares del sur y hacia la Polinesia.

Es un hombre sin recursos, quiere salir de París, quiere abandonar Francia, hace múltiples intentos para ir a Madagascar, para ir a la China y finalmente consigue que el gobierno francés le regale un pasaje de barco y le dé unas credenciales como pintor oficial encargado de ir a pintar los paisajes de Tahití. Y así llega a la Polinesia, donde pasará los últimos siete años de su vida. En Tahití vive cerca de cinco años y allí, aunque la realidad no confirma sus ideas, esas ideas de alguna manera se materializan. Llega a un mundo donde efectivamente había una cultura tradicional y primitiva pero que estaba siendo prácticamente borrada por la colonización. Él soñaba con ver grandes estelas, grandes esta-

tuas, soñaba con encontrar las manifestaciones de un arte mahorí, primitivo, tradicional, y prácticamente nada de eso existía. Ni siquiera existía la desnudez esplendorosa de los cuerpos, que se lucían al natural en la novela de Pierre Loti. Los misioneros, tanto católicos como protestantes, habían vestido a los indígenas, quienes llevaban las túnicas misioneras de tal manera que esa desnudez había que ir a buscarla, si existía, lejos de Papeete, la capital de Tahití, en los pueblos, en las aldeas alejadas donde no llegaba esa civilización que había empezado a echar raíces muy rápidamente en Tahití.

Pero Gauguin, como hacen los grandes artistas, como hacen los grandes soñadores y como hacen los grandes utopistas, lo que no encuentra en la realidad lo inventa, lo fabrica y lo crea en sus pinturas. Pero vive siempre con una frustración, con una gran frustración: "¿Ese mundo primitivo, dónde está?". Estos últimos años son muy fascinantes, no sólo por las obras maestras que produce, también por las mil y una pellejerías que allí pasa y por los innumerables excesos y abusos que comete —se convierte muy rápidamente en un apestado que la sociedad colonial rechaza—, sino también porque esa obsesión va complicándose, creciendo de una manera realmente delirante. Él está convencido de que hay una cultura maorí tradicional, la de los Ariori, pero que existe secretamente, en una catacumba que los indígenas ocultan para preservarla justamente de esa maquinaria arrolladora que es la cultura del colonizador, que impone las iglesias, las escuelas, los gendarmes, las leyes, y entonces trata, desesperadamente, de que los indígenas le revelen ese mundo secreto. Un mundo en el que él está convencido de que los viejos dioses, las viejas creencias siguen reinando y tronando. Hay un enloquecimiento progresivo. En un momento empieza a defender tesis que hacen reír o espantan a sus contertulios: por ejemplo, la de que la antropofagia, el canibalismo, es una manifestación de pujanza y de salud, y que los pueblos antropófagos, caníbales, son pueblos que muestran una extraordinaria vitalidad y creatividad, y él está convencido de que allí, en los rincones de los bosques de las islas polinesias, la vieja tradición maorí de la antropofagia, del canibalismo, del tatuaje, se mantiene absolutamente viva. Sus amigos maoríes, sus mujeres maoríes, le dicen que eso es falso, que no es verdad, que sí existió

alguna vez pero que esas cosas ya no sólo no se practican, sino que ya nadie recuerda esos viejos dioses de los que él habla. Pero esta obsesión al final va interponiéndose entre él y la realidad y, sobre todo, va alimentando su pintura tahitiana, que es su gran pintura, la pintura más creativa de Gauguin. Finalmente tiene una idea: "¡Sí! Aquí eso ya no ocurre porque Tahití está corrompida, Tahití es una proyección de Francia, de Europa; hay que ir a buscar esa fuerza primitiva, esa cultura virgen, primigenia, lejos de Tahití". ¿Dónde? En las islas Marquesas. Éstas son las islas más islas del mundo, son las que están más apartadas de un continente, y si ahora todavía es difícil —toda una peregrinación— llegar a las Marquesas, en la época de Gauguin, a comienzos del siglo XX, lo era muchísimo más.

La enfermedad iba deshaciéndolo, estaba un poco como su abuela, Flora Tristán, en las últimas semanas de su viaje por el sur de Francia, pero sin embargo su empecinamiento tiene éxito. Consigue un dinero, se embarca en un barquito que lo lleva de Papeete a Hiva Oa en un viaje infernal que dura una semana, y allí llega a comienzos del siglo XX, a un pequeño asentamiento que se llama Atuona, donde pasará sus dos últimos años de vida, descubriendo, seguramente con inmenso dolor, que el paraíso que buscaba tampoco estaba allí. Sí, Atuona era mucho más primitivo que Papeete, Hiva Oa era infinitamente más aislada, primitiva y virgen que Tahití y a diferencia de Tahití, sí, la civilización maorí había dejado muchas huellas, estaban los Tikis, esas grandes formas escultóricas tradicionales, pero todas muy lejos de Atuona y, qué dramático, su físico le impedía el menor desplazamiento; ya no estaba en condiciones de salir de Atuona, de cruzar unos bosques en los que no había carretera. Por otra parte, no sólo el corazón le jugaba constantemente malas pasadas. Las piernas se le habían llenado de llagas, vivía con constantes infecciones y, además, lo más trágico que el destino puede imponer a un pintor, comenzaba a perder la vista. Los últimos cuadros que pinta en Tahití, en Atuona, son como las últimas páginas del diario de Flora Tristán antes de llegar a Burdeos. Los estertores agónicos de una voluntad que lucha contra la muerte y que en un momento dado parece que fuera a vencerla. Pinta casi ciego y, sin embargo, pinta, y los cuadros que pinta en los últimos meses de su vida, aunque no sean

los mejores, son cuadros emocionantes, impresionantes, donde esa visión, esa idea suya de un mundo de absoluta libertad, un mundo de instintos sin freno, un mundo de ocio, de goce, de identificación total con la naturaleza, sin bridas, sin anteojeras, sin prejuicios, se hace realidad. La fuerza de la visión es tan grande que supera las limitaciones, las estrecheces de un cuerpo, de unos sentidos que están ya dando las últimas boqueadas. Allí muere, allí está enterrado y allí termina la peripecia de Paul Gauguin.

Como ustedes ven, entre la abuela y el nieto hay enormes diferencias. Ambos amaron apasionadamente la libertad y trataron, con todos los medios a su alcance, de imponerla en la realidad que vivían, pero su idea de la realidad era completamente distinta y contradictoria. Para Flora Tristán la libertad era algo compartido, algo que debía beneficiar primero a las mujeres del mundo, porque eran las más discriminadas y explotadas, y en última instancia a todas las víctimas de una sociedad, quienes por razones de raza, por razones de nacimiento o ignorancia, están impedidos de gozar de las oportunidades de que gozan los demás para tener éxito, para disfrutar de la prosperidad, para acceder a una cultura. El ideal de Flora Tristán es un ideal generoso, idealista, colectivo.

A Paul Gauguin la justicia social le importaba un bledo. Que el mundo estuviera lleno de injusticias ni le iba ni le venía. Había en él ese egoísmo que suele ser característico de los grandes artistas y de los grandes creadores. Esa obsesión hipnótica en una tarea, en un quehacer, muchas veces completamente ciega con respecto a la problemática del entorno. Ése fue el caso de Gauguin. Si se estudia su vida desde un punto estrictamente ético, cívico o social lo que prevalece en el caso de Gauguin es el egoísmo, un egoísmo absolutamente desmesurado que para sacar adelante una obsesión creadora está dispuesto a sacrificarlo todo, incluso los seres más próximos, que se supone queridos, la mujer, los hijos. Pero en Gauguin también hay un sueño de un mundo de libertad, un mundo en el que la libertad no sea sinónimo de justicia sino de goce, de placer. Un mundo en el que la libertad produzca ante todo belleza, el primero de los valores para Paul Gauguin. Una belleza que de algún modo exprese la manera de ser de toda una colectividad, de todo un pueblo, sus creencias, sus costumbres, su relación con los ancestros y un mundo en el que la belleza será la

fuente primera del placer y del goce para todos, sin distinción de familias, de clases. Ambos sueños son utópicos y ambos sueños son complementarios.

Podemos sacar de estos sueños paralelos unas ciertas conclusiones y una de ellas es que siendo la libertad lo más importante para el progreso humano, tanto el progreso colectivo como el progreso individual, la libertad también es una quimera, es un apetito que nunca se sacia, es una aspiración que no tiene límites. Cuando nosotros somos poseídos por esa ambición, por ese deseo, por ese sueño de tener más libertad, perseguimos una quimera o un espejismo, algo que siempre se nos escapa de las manos cuando parece que lo tenemos cerca y vamos a atraparlo. Sin embargo, esa utopía de la libertad es la fuente principal de la civilización y del progreso. El hombre no hubiera llegado de la época del garrote, cuando la distancia entre el ser humano y el mono casi no existía, a viajar a las estrellas, a dominar la enfermedad, a conocer profundamente la materia, a derrotar tantos demonios que han aterrorizado a los hombres a lo largo de la historia. Y ha sido a medida que esa libertad, esa quimera, ese espejismo iba de todas maneras siendo parcialmente conquistado que la civilización se ha convertido en una realidad. Y esa libertad que ha ido siendo conquistada tiene sin duda mucho que ver con la utopía de Flora Tristán, la lucha contra la discriminación, la lucha contra la injusticia, la lucha contra los prejuicios sociales, pero también tiene mucho que ver con la utopía de Paul Gauguin. Nosotros sabemos que ese sueño a muchos de los amigos y contemporáneos de Gauguin les pareció delirante; la idea de que Europa tenía que abrir sus puertas y salir al mundo y que la cultura europea para fortalecerse y renovarse necesitaba de otras culturas y no confinarse, no ensimismarse dentro de unas fronteras, dentro de unas barreras que la distanciaran, que la incomunicaran de las otras culturas; que la juventud, el fortalecimiento, la recreación de una cultura significaba inevitablemente el comercio con otras culturas, el contacto con otras culturas. Esa idea nos parece hoy día una verdad, casi un tópico y, sin embargo, cuando él argumentaba a su favor no convencía a nadie. Hay un diálogo que fue profundamente doloroso para Gauguin, entre él y su maestro Pissarro, el pintor impresionista que fue muy amigo suyo y maestro en los primeros años de

pintor. Cuando él hizo su primera exposición de "cuadros exóticos", Pissarro asistió a la exposición y le habló con mucha franqueza y le dijo: "Mire Paul, déjese de jugar al salvaje, usted es un europeo, usted es un civilizado. ¿Qué hace usted pintando monos, jugando al caníbal? Olvídese de eso, eso no es usted. Usted es un europeo moderno, civilizado. Vuelva a su verdadera realidad".

Esta frase de su maestro lo hirió profundamente, le mostró que había una incomprensión tremenda hacia lo que él hacía y hacia lo que él creía. Por un momento lo hizo dudar de lo que estaba haciendo. O sea que eso que admiramos hoy en día en Gauguin, esos cuadros que han tenido una influencia tan grande en la pintura moderna, vienen de una convicción que tiene que ver con una idea de la libertad. Una idea que es absolutamente válida, vigente y que en sus mejores manifestaciones el arte europeo ha recogido: la de la apertura, la del comercio e intercambio constante con otras culturas y el rechazo de toda forma de confinamiento, de ensimismamiento en lo propio.

Los de Flora Tristán y Paul Gauguin son apenas dos mínimos ejemplos en ese mundo tan rico, tan diverso, tan plural que es el mundo de los luchadores por la libertad. Creo que vale la pena recordarlos, recordar a gente como ellos con cariño y con admiración.

Mario Vargas Llosa

Estudio introductorio

La insurrección comienza con una confesión

"Que las mujeres hagan hablar sus dolores"[1]

Biógrafos y estudiosos de Flora Tristán coinciden en señalar el 7 de abril de 1833 —fecha en que se embarca en el Mexicain rumbo al Perú— como el momento que marca simbólicamente el nuevo rumbo libertario que habría de tomar en adelante la vida de la paria. Pero acaso sea más significativa la fecha de publicación, cinco años más tarde, de aquella bomba de tiempo que fue la crónica de su viaje. Porque las Peregrinaciones de una paria son crónicas basadas en la confesión que Flora hace de su verdad, una confesión que lejos de ser un acto de contrición hincada de rodillas ante un sacerdote y en estricta privacidad, es antes bien un acto público de desafío y de autoafirmación ante una sociedad que insiste en silenciar la rabia de las mujeres. A juzgar por la reacción virulenta que provocó el libro, fue este sentido precisamente el que sus lectores contemporáneos dieron a estas crónicas confesas.

Si bien la experiencia cruda del viaje familiariza a Flora con la posibilidad de reinventarse como "otra y libre", como anota Mario Vargas Llosa en su novela El paraíso en la otra esquina, la verdadera insurrección no tomará una forma concreta y palpable hasta que los diarios íntimos en los que había anotado los avatares de su experiencia —desde aquella mañana en que zarpa de Burdeos hasta aquella otra, dieciséis meses más tarde, en que atraca de vuelta en Southampton— no se transformen en texto público. Un "ser

[1] Flora Tristán, Peregrinaciones de una paria, Universidad Nacional de San Agustín, Arequipa, 1996, tomo I, p. 25. En adelante, todas las referencias se harán a esta edición, salvo indicación contraria.

de verdad" (un être de vérité), eso, nada menos, es lo que Flora aspira alcanzar con este libro, y para lograrlo sabe que debe contar toda su verdad evitando caer en la tentación de recurrir a componendas que amortiguen los golpes y falseen esa verdad que su familia y sociedad se resisten a aceptar. Porque falsear su verdad no sería sino amordazar ese être de vérité, forzándola a admitirse culpable y deficiente, manteniendo de tal manera en un fondo oscuro lo más vital y profundo de su ser. Para Flora no tiene sentido mantener su dolor en cómplice y dudoso silencio con una sociedad que no ha aprendido todavía a controlar el instinto depredador del más fuerte contra el más débil. El gran desafío consistirá, pues, en encontrar la forma adecuada para confesar aquello que es inconfesable para una mujer de la Francia posrevolucionaria de Luis XVIII. Es precisamente en ese conflicto donde se encierra la tensión dramática de ese pedazo de espléndida autobiografía que es *Peregrinaciones de una paria*.

La exposición que la escritora realiza de sí misma en un texto confesional como el de *Peregrinaciones*... pretende entonces ser ante todo honesta y transparente. Para ello Flora tendrá que ensayar una mirada introspectiva y descarnada que permita reinterpretar la realidad de su vida a partir de su propia experiencia y no de aquella de la comunidad, y llegar así a una versión nueva, personal e inalienable de sus propios mitos, de sus propios orígenes. Entre los modelos confesionales clásicos de la tradición occidental, aquel ofrecido por las *Confesiones* de San Agustín entre los siglos IV y V sugiere al Dios del catolicismo como interlocutor del yo que se confiesa, mientras que aquel otro de las *Confesiones* (1782-1789) de Rousseau, animado por los mandatos de la Ilustración, introduce el desdoblamiento del yo como requisito de la confesión, o sea el cuestionamiento del yo por el otro yo, y no por Dios. Flora, que no contaba entre sus haberes con la autoridad masculina ilustrada ni con aquella de la autoridad religiosa, tendrá que echar mano a toda su reserva de valor y convicción para echarse a buscar un interlocutor propio que no sea ni el Dios de San Agustín ni acaso el otro yo de Rousseau. Lo encontrará, finalmente, en nosotros, sus lectoras y lectores. La tarea que le espera, nos advierte, es compleja porque cuando se trata de la confesión de una mujer "nadie le cree lo que dice".[2]

[2] Op. cit., p. 30.

En ese intento que realiza tras el viaje a Perú por replantear contra viento y marea su historia personal, Flora empezará recordando su primera caída, desde el esplendor y la dicha de la infancia, hasta la indigencia y la humillación de sus años de adolescente y adulta. Continúa con su segunda caída, aquella que la llevará de una situación de legalidad como esposa de Chazal, a la de esposa fugitiva en la clandestinidad. Esta segunda caída implica a su vez una tercera, que es la que servirá como punto de partida para sus crónicas: la caída en la vorágine de la mentira y el enmascaramiento. Porque será en esta tensión entre el deseo de decir la verdad y la necesidad de ocultarla o de enmascararla que encontrará su tono particular esta crónica de viaje/ memoria/ confesión que es *Peregrinaciones de una paria*. Así, la historia que cuenta la narradora, y que constituye el cuerpo mismo del texto, es aquélla de una cadena de engaños y trampas en los que involucra —a pesar de su declarada "propensión a la franqueza"— no sólo a autoridades francesas y peruanas, sino también a tíos, primos y sobrinos, a vecinos y compañeros de viaje, a amigos y amantes.

Pero esta confesión pública del engaño no es, como hemos dicho, contrita, sino una tarea de defensa desafiante que tiene como objeto la redención personal y pública de la confesante. Así, el subtexto narrativo discurre por las vías de la justificación: si en aquel pasado cercano la narradora recurrió a la mentira fue porque entonces era prisionera del miedo y de las leyes, esas leyes draconianas elaboradas por los hombres que procuran imponer imposibles modelos de conducta sobre los más débiles, es decir, las mujeres y los pobres. Si ella se sintió amedrentada entonces, ahora, al exponerse a sí misma en público, no habría ya más razones para tener miedo, porque en el acto mismo de sacar sus esqueletos del armario y de afirmarse como sujeto, deja de ser objeto de esas leyes. Ese sujeto que Flora construye en el proceso mismo de la escritura es el de la paria, es decir, el de la mujer que vive en las orillas del sistema social "legítimo" y oficial. Esta posición marginal que la narradora asume desafiante al confesarse debería, en principio, liberarla de seguir esa estrategia subalterna por excelencia que es la del disimulo. Pero la realidad, y la escritura de la realidad, es siempre más tramposa de lo que uno espera.

Si bien el disimulo fue necesario en su relación con los personajes que aparecen en el libro, en su relación con el lector la narradora establecerá una suerte de complicidad al elegirlo como confidente de esa verdad personal que nos cuenta en retrospectiva. Esta perspectiva de presente a pasado es fundamental en el relato puesto que éste se basa en la reescritura, tres años después, de los diarios que Flora mantuvo religiosamente durante su aventura transatlántica.[3] Ya desde el prefacio, el discurso está atravesado y marcado por esa tensión mencionada arriba entre el deseo de decir la verdad a los personajes que encuentra a su paso en su peregrinaje, y por otro lado, la necesidad de ocultarla. Porque Flora nos confiesa que ha mentido sistemáticamente y como estrategia de supervivencia acerca de su estado civil, de su nacionalidad, de su estatus social y hasta de su edad. Mintió, confiesa, cuando vivía en París con sus hijos, separada ya de Chazal y haciéndose pasar por viuda.[4] Mintió también en el campo, cuando huía de la policía, y se presentaba como mujer soltera. Y a Pío Tristán, poderoso señor peruano y tío paterno, haciéndole creer que era soltera. A propósito de la famosa carta a Pío, si bien es cierto que en ella Flora oculta la verdad de su estado civil, le revela en cambio "la irregularidad del matrimonio" de sus padres. De esta breve experiencia epistolar Flora aprenderá que la estrategia de la mentira es a veces más ventajosa que aquella de optar por la verdad. Porque

[3] Como contraste a la práctica que siguió Flora de consignar las impresiones cotidianas de sus vivencias en diarios, me interesa resaltar aquí la intrigante ausencia de una tradición diarística entre las escritoras ilustradas de la primera generación que emerge en el Perú en 1870 con Clorinda Matto, Mercedes Cabello y Teresa González de Fanning, entre otras. La pregunta que surge es si a lo mejor la ausencia de diarios entre nuestras intelectuales criollas se deba a una cultura de desconfianza que impidió a la escritora exponerse a sí misma fuera de las máscaras permitidas por la ficción. El miedo a ser descubierta y castigada, o quizá la nerviosidad ante la simple posibilidad de que su privacidad fuese violada, acaso fueran más poderosos que la necesidad de registrar los acontecimientos de la vida diaria. En la Inglaterra victoriana y en la Francia decimonónica, en cambio, la escritura de diarios íntimos y sustanciosos fue muy difundida entre las mujeres ilustradas, y gracias a que ellos sobrevivieron a sus autoras, hoy en día son material valiosísimo para la construcción de biografías y otros textos históricos y literarios de la época. De hecho, la publicación relativamente reciente de Le Tour de France (1983), el diario de viajes de Flora por el sur de Francia, resulta muy valiosa porque revela aspectos privados de la vida de Flora que ayudan a despejar dudas y a construir un retrato más completo y certero de ella.

[4] Op. cit., p. 30.

Pío aprovechará de la información que su sobrina le ofrece ingenua y voluntariamente acerca del matrimonio de sus padres para luego mezquinarle la herencia que le pertenecía. Mintió también a Chabrié —el hombre que aparentemente más la amó— sobre su supuesta viudez, a pesar de que varias veces estuvo a punto de ceder a lo que ella llama su "inclinación a decir la verdad". Y la red de engaños y disimulos sigue extendiéndose sin control: miente al tío Mariano de Goyeneche, su protector en Burdeos, y también a su fiel amigo Bertera.

La identidad fronteriza de la Flora que se embarca hacia el Perú tiene múltiples capas y abarca no solamente su estado civil, también su estatus social a horcajadas entre la clase obrera y la aristocracia. Flora, habituada como estaba a vivir en el mundo obrero, no duda en falsear deliberadamente su posición real cuando en Arequipa fomenta la imagen que los otros tienen de ella de mujer de sociedad parisina que conoce los pormenores de la moda, el lujo y la elegancia de la "gente bien". O al menos no intenta corregirla. También su nombre es objeto de constantes cambios estratégicos de acuerdo con las necesidades del momento: es Flora Tristán a secas, Flora viuda de Tristán, o Madame Chazal.[5] La red de mentiras la lleva a inventar la muerte de su madre, primero en la carta de presentación a Pío, y más adelante en conversación con Mariano de Goyeneche, quizá para proyectar la imagen vulnerable de mujer sola en el mundo y provocar un sentido de responsabilidad hacia ella de parte de los patriarcas de su poderosa familia peruana.

Posteriormente, en Londres, aprenderá a recurrir a otra nueva máscara, la del travestismo, vistiéndose como hombre para poder visitar instituciones donde las mujeres no tenían acceso, como por ejemplo, el parlamento. El tema de la nacionalidad es también objeto de encubrimiento, a veces Flora se hace pasar por francesa, otras por peruana. Y finalmente Flora miente también sobre su edad: los papeles de embarque la dan por una mujer algunos años menor de lo que era, "para evitar que la creyesen solterona", apunta Dominique Desanti en su biografía de la paria.[6]

[5] Sobre el tema ver el análisis minucioso de Denys Cuche, "Le Pérou de Flora Tristan: Du rêve a la realité", en Un fabuleux destin, Flora Tristan, Stéphane Michaud, Dijon, 1985.

[6] Dominique Desanti, Flora Tristan, La femme révoltée, Hachette, París, 1972, p. 67.

Si bien es cierto que desde el principio del texto Flora propone implícitamente a sus lectores como interlocutores de confianza, sabemos también que hay episodios de su vida sobre los cuales ella mantiene un silencio sepulcral. Por ejemplo, aquél de su empleo como ama de llaves, o quizá sirvienta, de una familia inglesa bajo cuya protección trabajó dos o tres años. Sus biógrafos coinciden en interpretar este silencio como prueba de que se sintió humillada de tener que aceptar un trabajo inferior a su estatus de origen. Quizá sea en estos años "de invisibilidad" como ciudadana de tercera clase que Flora desarrolla la hostilidad que siempre sintió hacia Inglaterra y que luego expresará en su segunda crónica de viajes, *Paseos en Londres*.

El hecho es que ante esta experiencia humillante para una mujer todavía consciente de sus orígenes aristocráticos, la memoria de Flora se detiene como ante un muro imposible de franquear. El episodio de marras habrá de salir finalmente a la luz, aunque siempre encriptado, recién en el juicio por homicidio que se le abre a Chazal en enero de 1839, tras descerrajar —el marido a su mujer— dos tiros a bocajarro en las calles de París, y que dejaran a Flora en los linderos entre la vida y la muerte por tres meses.[7] Es recién en este episodio tardío de su vida, y conminada a hablar en defensa propia por la corte del Sena, que Flora confesará que ha destruido todos los documentos y huellas que le recordaran esos años de servidumbre humillante.

Ahora bien, teniendo en cuenta el hermetismo con que Flora logra esconder durante tantos años su vida de sirvienta en Inglaterra habría que preguntarse qué otras humillaciones que la avergüencen habrá mantenido la narradora en su fondo oscuro y a salvo de nuestra curiosidad. Porque es cierto que en el texto la paria aparece desnudando su subjetividad con la franqueza más insólita, como cuando se autorretrata en Praia con todos los reflejos y gestos del peor racismo, donde, cuenta con candor, que el olor de los negros le provocó arcadas. Y es cierto también que a pesar de su furiosa búsqueda de independencia frente a los hombres, en su

[7] Sobre este episodio y sobre otros de la vida de Flora ver las diversas versiones que manejan biógrafos y novelistas, entre ellos Jules Puech (*La vie et l´oeuvre de Flora Tristan*, ed. Marcel Riviere, París, 1925); Lucien Scheler (*La geste romantique de Flora Tristan*, La Bibliotèque Française, París, 1946); Dominique Desanti (op. cit., 1972) y Mario Vargas Llosa (*El paraíso en la otra esquina*, Alfaguara, Lima, 2003). La biografía novelada de Luis Alberto Sanchez (Una

relación con Chabrié y luego con Escudero se expone a sí misma con todas sus contradicciones cuando echa mano a las antiguas tácticas femeninas del coqueteo engañoso para conseguir favores del varón. Sin embargo, y a pesar de esta audaz exposición pública de sus conflictos, debilidades y culpas más íntimas, hay preguntas que zumban insistentemente en el oído del lector acerca de aquellas inconfesables ambiciones y deseos prohibidos que la narradora nos podría estar ocultando en su confesión. Preguntas que acaso nos acerquen a los repliegues narcisistas que podrían haber dejado su huella en el texto.

Los puntos ciegos de la confesión

A pesar de sus esfuerzos por ser honesta y transparente hay en el libro, además del episodio con la familia inglesa, por lo menos tres asuntos adicionales que Flora prefiere mantener en secreto: la relación con su madre, la relación con su hija y finalmente, su propia sexualidad. En realidad, no es tan sorprendente que Flora se abstenga de hacer públicos los detalles sobre su vida sexual, no sólo porque en la época el tema era insólito, sino sobre todo por la ambigüedad de su propia sensibilidad frente al placer del cuerpo.

De hecho la paria se expresa con profundo disgusto sobre su relación sexual con Chazal. También escribe con verdadera aversión sobre las escenas de comercio sexual de las que ella es testigo, por ejemplo en los *finishes* de Londres, aquellos bares adonde recalaban los señoritos de la Inglaterra victoriana para cerrar la noche con broche de oro protagonizando escenas de humillación pública a las prostitutas que allí trabajaban.[8] Pero también es cierto que en su manera de representar la relación que tuvo con los hombres que le agradaron, entre ellos el general Clemente Althaus y el coronel Bernardo Escudero en Perú, o también el pintor Jules Laure en París, hay un subtexto que sugiere el placer que siente la paria con el flirteo y el frisson del silencio cargado de deseo. La suya parece, pues, una sensualidad polimorfa que goza con el roce de la

mujer sola contra el mundo, Ed. ALA, Buenos Aires, 1942) es problemática por la ambigüedad de un lenguaje a horcajadas entre la fantasía y la investigación.

[8] Ver The London Journal of Flora Tristan (Traducción al inglés de Promenades dans Londres), pp. 84-88. He utilizado esta versión inglesa a falta de una traducción al español del texto.

piel, las declaraciones veladas y el temblor de las manos, y que no vincula necesariamente la sexualidad con el acto sexual reproductivo.

Son diversas las interpretaciones que se han hecho acerca de la sexualidad de Flora. En su novela El paraíso en la otra esquina, Mario Vargas Llosa la retrata como una mujer cuya experiencia conyugal la enferma, definitivamente y para siempre, de frigidez y de repugnancia ante la idea de la relación heterosexual. Otros la imaginan como mujer fálica y manipuladora del deseo masculino que fríamente echa mano a sus encantos cada vez que necesita la protección de un hombre para luego dejarlo plantado cuando ya no lo requiere. También se ha sugerido que su sensualidad recién despierta en 1837, tras doce años de puritanismo cerrado, cuando conoce a Olympia, la polaca emigrada a París con quien Flora habría tenido una intensa relación amorosa.

Creo que la versión de Stéphane Michaud sobre una sexualidad ambivalente es la más convincente tomando en cuenta la totalidad de historias y lenguajes que ella misma nos dejó en sus escritos. André Breton declara, seducido por la fuerza de Flora, que el de ella es "el único destino femenino que deja en el firmamento del espíritu una estela tan larga y luminosa".[9] En su antología personal del surrealismo, el autor del Manifiesto del surrealismo publica la famosa carta que Flora escribiera a Olympia en agosto de 1839 desde Londres. En ella la paria tantea, como en una densa nebulosa, un concepto muy particular y ambivalente del amor, que luego habrá de repetir en su Le Tour de France con respecto a su relación con Eléonore Blanc, la joven lavandera de Lyon, y que queda también sugerido en Peregrinaciones... con respecto a su encuentro amistoso con La Mariscala. Este concepto parece más compatible con el del amor místico que con aquél del amor romántico y cortesano que difundieran los bardos medievales, que es el que sobrevive en nuestra cultura moderna. Flora seguirá entregada a esta exploración, inventando y reinventando el amor hasta su muerte. La carta, creo, revela más que el análisis y por ello la cito in extenso:

> Gracias por vuestra carta, mi querida Olympia, ha caído en mi corazón como una suave gota de rocío. Sepa Usted, extraña dama, que su carta me produjo escalofríos de placer. Usted dice que me

[9] Breton, André, Le surréalisme même, París, 1953.

ama, que yo la magnetizo, que la llevo al éxtasis. ¿Se estará Usted, acaso, burlando de mí? Pero cuídese, desde hace algún tiempo tengo deseos de ser amada apasionadamente por una mujer. Cómo quisiera ser hombre para ser amada por una mujer. Siento, querida Olympia, que he llegado al punto en mi vida en que ningún amor de hombre me podrá satisfacer. ¿Aquél de una mujer, quizá? La mujer tiene tanto poder en el corazón, en la imaginación, tantos recursos de espíritu. Pero Usted me dirá que la atracción sensual no puede existir entre dos personas del mismo sexo. Este amor, canto apasionado y exaltado con el que Usted sueña ¿no podría realizarse entre dos mujeres? Sí y no. Llega una edad en la vida en que las sensaciones cambian de lugar, es decir, una edad en la que el cerebro lo engloba todo. Pero todo esto que le he escrito le parecerá a Usted una locura. Lamentablemente Usted no comprende ni a Dios, ni a la mujer, ni al hombre, ni a la naturaleza como yo los comprendo. Es absolutamente necesario que este invierno yo les enseñe un curso a Usted y a otras dos o tres personas que sientan simpatía por mí. Yo vivo ahora una vida inmensa, completa. Es menester, querida Hermana, que yo la convenza de creer en mi vida. Mi alma, por decirlo de alguna manera, se encuentra desprendida de su envoltorio: yo vivo con las almas. Me identifico tanto con las almas, sobre todo cuando vibran al unísono de la mía, que por decirlo de alguna manera, tomo posesión de ellas. Desde hace tiempo yo la poseo a Usted. Sí, Olympia, yo respiro por vuestro pecho, y por todas las pulsaciones de su corazón. Es necesario que un día, que la va a horrorizar, yo le diga todo aquello de lo que Usted se lamenta, todo aquello que Usted desea y de cuál es el mal del que Usted adolece. El poder de la segunda vista es el más natural. Eso es todo. Simplemente un alma que tiene el poder de leer lo que pasa en el alma de otros —el magnetismo no es otra cosa que la superioridad de los fluidos de un individuo sobre los fluidos del otro. Podrá Usted ver, querida, que para mí el amor, quiero decir el verdadero amor, no puede existir sino de alma a alma. Ahora, es muy fácil eso de concebir el amor, dos mujeres pueden amarse de amor, dos hombres idem. Todo esto no es sino para decirle que en este momento siento una sed inmensa de ser amada. Pero soy tan ambiciosa, tan exigente, tan golosa que nada de lo que me ofrecen me satisface. Mi corazón se parece a la boca de los ingleses, es un pozo donde todo aquello que entra revienta y desaparece.[10]

[10] En *Lettres*, reunidas, anotadas y presentadas por Stéphane Michaud, París, Seuil, 2001, pp. 103-105. Mi traducción. Todas las cursivas aparecen en el original.

Flora empieza la carta declarando sentir "escalofríos de placer" y "deseos de ser amada por una mujer", pero inmediatamente después anota que placer y deseo están "englobados" en el cerebro. Más aún, que su alma se ha desprendido de su "envoltorio", es decir, de su cuerpo. Podríamos hablar, acaso, más allá de la dualidad cartesiana entre cuerpo y alma o entre cuerpo y mente, de un placer descorporeizado afín a la experiencia mística de la que nos hablan Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. En todo caso, lo que sí se podría afirmar más allá de toda duda es que la ambivalencia de afectos es la marca de esta carta. Porque en realidad lo que ella misma describe es una compleja "amistad amorosa", concepto que Flora creará para amalgamar el amor erótico y la amistad espiritual. La paria no se detiene ante los límites del lenguaje: si no encuentra la palabra que pueda contener y dar forma a su experiencia, ella la acuñará.Y así como ensaya el concepto de amistad amorosa, también creará su propia imagen de un dios que, a diferencia del dios clásico que reúne y contiene solamente los atributos del padre, es padre, madre y embrión a la vez, es decir hombre, mujer y niño, carne y espíritu, tierra y cielo, y a quien, por su naturaleza múltiple y plural denotará con el plural de Dieux o Dioses.

El segundo y tercer punto ciego del discurso narrativo es aquel que concierne a Flora en su papel de madre y de hija, temas profundamente conflictivos en los que la paria no se detiene ni en Peregrinaciones... ni en ninguno de sus otros escritos, prefiriendo mantenerlos en la oscuridad de sus aguas. Tratándose de una autora en la que no pocos lectores coinciden en ver una cierta vocación exhibicionista, desconcierta esta ausencia de referencias familiares, ausencia que podría traducir la magnitud de un dolor incurable. Entre la copiosa correspondencia que ha sobrevivido a la autora, tampoco se han encontrado cartas a Thérèse Laisney, su madre, o a Aline Tristán, su hija. Ni hay tampoco referencias a ellas registradas en su último diario, Le Tour de France. Por otro lado no es difícil adivinar una relación fuertemente conflictiva con su madre, a quien nunca comunica su decisión de partir de viaje al Perú, y a la que sólo menciona crípticamente en algunos momentos clave del diario de viajes. Ya en la introducción se refiere a ella en el contexto de su matrimonio: "A esta unión —escribe Flora— debo todos mis males, pero como mi madre después no ha cesado de

mostrar el más vivo pesar, la he perdonado y en el curso de esta narración, me abstendré de hablar de ella".[11] La economía del lenguaje de Flora es engañosa. En esta tersa frase laten como en una red sigilosa de canales subterráneos todas las secuencias de un juicio criminal imaginado, desde el delito cometido (matrimonio forzado) y la identificación del culpable (la madre) hasta la sentencia (partir sin despedirse) y el indulto final ("la he perdonado"). Más adelante vuelve a la carga con referencia a su situación de desamparo en el mundo, cuando exclama: "Ah madre mía, te perdono, pero el cúmulo de males que has amontonado sobre mi cabeza es demasiado pesado para las fuerzas de una sola criatura".[12]

A la muerte de Mariano Tristán, Thérèse, hija de una familia de la pequeña burguesía en decadencia, sobrevive gracias a la magra ayuda económica de un hermano avecindado en Versalles, el comandante Laisney, aclamado por el emperador Napoleón como héroe de la guerra de Tillsit.[13] El comandante tiene la convicción de que el destino de una mujer debe estar siempre al lado de su esposo; por ello cuando Flora huye de Chazal, su tío la repudia y su madre, mostrando cierta pusilanimidad ante la autoridad masculina, se suma al repudio. Tanto el tío materno como la madre prefieren creer en la versión de Chazal antes que escuchar aquella de Flora.

En adelante, y como quedará consignado en su libro de viajes, Flora se mostrará particularmente sensible a la deslealtad de una madre hacia su hija. Así, por ejemplo, en el episodio que relata las aventuras y desventuras de Dominga Gutiérrez, la monja carmelita que escapa del convento de Santa Rosa, Flora no pierde la oportunidad de señalar cómo, a pesar del evidente padecimiento de Dominga, "su madre, la señora Gutiérrez, la rechazó con dureza".[14] Pero como en el destino a veces hay ironías crueles, la relación distante que tuvo Flora con su madre se repite en aquella que habrá de tener con su hija. De hecho, Aline es abandonada a los

11 Peregrinaciones de una paria, op. cit., p. 30, tomo I. Vale la pena señalar que casi todos los estudiosos de Flora Tristán coinciden en sugerir que el desmoronamiento de la relación entre Flora y su madre ocurrió probablemente muy temprano. Ver Stephane Michaud, Dominique Desanti, Jules Puech, y la sugestiva versión que del tema ofrece Mario Vargas Llosa en su novela.

12 Ibid., p. 28, Tomo II.

13 Desanti, Flora Tristan..., op. cit., pp. 10-11.

14 Peregrinaciones..., op. cit., p. 168, tomo II.

pocos meses de nacida, cuando Flora parte a trabajar como lady's maid, y no será recogida por su madre hasta cumplidos los cuatro años. Y nuevamente Flora la abandonará a los seis o siete años cuando viaje al Perú. A su retorno, los pocos años pasados juntas transcurrirán a salto de mata entre pensiones y secuestros de Chazal. Mientras tanto Flora llevará una vida dividida entre el trabajo político y literario por un lado, y el deseo no siempre alcanzado de proteger a su hija. Entre sus contemporáneos, algunos la juzgarán duramente. Y no era para menos: todo parece indicar que Aline fue abusada sexualmente por su padre. ¿Negligencia de la madre que permitió que esto sucediera, o de la ley que protegía al padre? La carta que escribe George Sand a un colaborador fourierista a poco de la muerte de Flora, cuestiona duramente a la madre que abandonó a su hija. Deteniéndose en el semblante triste y solitario de Aline, la autora de Léila duda si "su madre la habrá amado", y más adelante se pregunta acerca de la validez de un "apostolado que pueda hacer que una madre envíe lejos a una hija tan carismática y adorable".[15]

Flora se refirió fugazmente en alguna carta a su decepción frente al rechazo de Aline a unirse a la causa de la Unión Obrera. Y ya hemos visto la manera críptica con la que expresa su resentimiento frente a la renuencia de su madre a apoyarla en sus conflictos conyugales. Pero más allá de esas pocas referencias encriptadas y fugaces sobre su identidad de madre culposa y de hija herida la paria no dejó más pistas. Acaso ese silencio fuese fruto de un dolor antiguo pero todavía vivo que era preciso negar para poder sobrevivir. A lo mejor culpaba a su madre por no haberse afirmado ante su padre exigiendo los papeles necesarios para legitimar su nacimiento. Porque sin duda el corolario de esta negligencia fue desastroso para su vida. De ese episodio se desprende no sólo aquel estatus de bastarda que tendrá que cargar hasta su muerte, sino, lo que es más grave, también aquella dilatada pesadilla conyugal. Porque cuando diez años después de la muerte de Mariano se presente Chazal ante Thérèse para pedir la mano de su hija, Théresè empujará a su hija con argumentos lapidarios y presiones múltiples para que acepte la propuesta aún en contra

[15] Carta de George Sand a Pompery, 1845. Citada en Desanti (1972) Flora Tristan..., op. cit., p. 308.

de su voluntad, alegando que sin dote ni nombre en su haber será difícil encontrar otro hombre que quiera darle su nombre.[16]

Sospechamos por todo ello que el principio del fin de la relación con su madre se remonta al momento en que muere su padre y Flora es expulsada del paraíso, y que considerando la creciente distancia entre ella y Thérèse, la relación con Olympia pudo haber sido en parte un acto de restitución de la relación de desamor que tuvo con su madre. Siguiendo la misma lógica, intuyo que la amistad estrecha con Eleonore acaso haya sido el acto compensatorio que habría de aliviar la nostalgia que le dejó la relación de ausencia y de culpabilidad que conoció con su hija. En este sentido, podríamos pensar también que aquella utopía de una Unión Obrera basada en el amor y la solidaridad haya surgido como parte de una visión compensatoria ante una vida de profunda orfandad. Si además de esta orfandad de afectos pensamos en la herida del desclasamiento, la lógica del silencio y de la negación aparece en toda su dimensión humana.

Tampoco hay que olvidar que en aquella época en la que los ideales burgueses de familia hacían de la mujer un ser valorado en tanto su posición de madre, hija o esposa, el vértigo de haberse convertido en madre ausente, hija repudiada, y esposa separada habrá tenido que ser verdaderamente insoportable. "He tenido tantas preocupaciones, tantas penas en los asuntos de familia" escribe con razón a Fourier en 1835.[17] En sus Peregrinaciones..., Flora se encontrará dispuesta a hablar de sus dolores con respecto a su experiencia de esposa separada, pero mantendrá silenciada aquella vinculada a su madre y a su hija. Y quizá sea precisamente en este punto ciego del vértigo que se deban buscar los linderos de ese otro internalizado con el que dialoga Flora en el texto.

Las trampas de la confesión

Como sabemos, la infancia de Flora es privilegiada. Vive con sus padres y hermano en una mansión con muebles exquisitos y ro-

16 Aunque la relación de Flora con su madre —como muchas otras áreas espinosas de su vida privada— es motivo de intensa especulación entre sus biógrafos, creo que la visión que nos ofrece Mario Vargas Llosa de una relación conflictiva que termina quebrándose muy pronto, es la más perspicaz y convincente.

17 Lettres, op. cit., p. 57.

deada de jardines esplendorosos, frecuentada además por hombres de distinción, entre ellos Simón Bolívar. Sin embargo, cuando cumple cuatro años y muere su padre sin haber legalizado el matrimonio ni redactado un testamento a favor de Thérèse y de sus hijos, los bienes íntegros de don Mariano revierten a la familia peruana, despojando en un solo acto a ella, a su hermano y a su madre de todo haber. A partir de entonces, y debido a ese negligente incumplimiento de unos trámites legales supuestamente ordinarios, la joven Flora deberá enfrentarse al desgarro de la pobreza y a la humillación del desclasamiento en una sociedad fuertemente jerarquizada.

Comenzará entonces la declinación social y económica de Thérèse Laisney y de su hija (su hermano muere tempranamente), quienes tras los prodigios de la mansión de Vaugirard terminarán en la indigencia en un modesto piso de la Plaza Maubert, barrio parisino tugurizado y marginal donde pululan prostitutas, delincuentes y mendigos, y donde Flora vivirá una juventud que fue todo menos dorada. Sus biógrafos no escatiman palabras para describir el ambiente sórdido y promiscuo en que vivían Thérèse y su hija.[18] Es por esos años, y en circunstancias crueles para una adolescente, que Flora se entera por primera vez de su condición de hija ilegítima, cuando los padres de su primer novio se oponen a que su hijo formalice la relación con una "bastarda".[19] Es en este momento cuando se produce la segunda caída que mencionáramos más arriba, porque a las miserias de la pobreza se sumará la humillación y el dolor de ser abandonada por el primer hombre de quien ella se enamora. Y todo por culpa de aquella antigua negligencia del padre, y de aquella pusilanimidad de la madre.

Atrapada entre la miseria, la ilegitimidad y el repudio, sin profesión ni dote, Flora entra a trabajar a los quince años como obre-

[18] Ver los textos de Dominique Desanti, Lucien Scheler, y Jules Puech. Ver también el retrato de los años de juventud de Flora que hace Vargas Llosa en los capítulos impares de su novela El paraíso en la otra esquina. Aunque Vargas Llosa pinte el retrato de la paria con la libertad que otorga el género de ficción, el personaje imaginado es fruto de una investigación exhaustiva que le llevó casi quince años. Si bien es cierto que en el retrato de Flora reviven los demonios del propio autor, también lo es que la trayectoria que sigue Flora en la novela es de un rigor histórico impecable.

[19] Desanti, op. cit., p. 12.

ra colorista al taller del grabador André Chazal, con quien luego se casará persuadida por su madre quien ve en el matrimonio la esperanza de una relativa estabilidad económica. El matrimonio resulta desastroso: Chazal es violento, la agrede constantemente, y en cuatro años de convivencia forzada nacen tres hijos. Ni siquiera cumple con darle la estabilidad económica esperada, pues a poco de casarse su negocio quiebra. A los veintitrés años y apenas nacida su hija Aline, Flora decide abandonar el hogar y huir de su esposo. Para ello, como ya lo hemos visto, deberá ocultar su identidad, lo que se traduce entre otras cosas en soportar el terror de ser descubierta y detenida por las autoridades por contravenir el acuerdo matrimonial que no permitía, bajo circunstancia alguna, que una mujer abandonase a su marido. Después de meses de clandestinidad, hambre e incertidumbre, Flora entregará su hija a su madre para aceptar el trabajo de lady's maid que la separará de Aline por cerca de tres años.

A su regreso, y ya cansada de vivir en la clandestinidad, la impostura y la mentira, Flora buscará una nueva vía de salida para sobrevivir. En realidad, hacía ya varios años que venía rumiando el deseo de partir hacia el legendario país de su padre, pero cada vez que iniciaba los trámites pertinentes, su esposo la amenazaba con secuestrar a sus hijos. Como ella misma lo anota en sus *Peregrinaciones...*, es gracias a un encuentro fortuito que ocurre en una hostería parisina con un capitán de la marina mercante, que Flora vislumbra la esperanza de ser recibida por su poderosa familia peruana y obtener de ellos la herencia que le correspondía como única hija sobreviviente de Mariano.

Con el dinero en sus manos, Flora sabe que tendrá la posibilidad de regresar a Francia para iniciar una nueva vida más digna y tranquila para ella y para sus hijos. Es cierto que la herencia no solucionaba directamente su estatus civil ni tampoco el problema de su ilegitimidad, pero Flora, que entendía bien la dinámica del poder, sabía que las leyes se ensañan siempre con los más pobres, y que por ende, con el acceso al bienestar económico y al aburguesamiento, las cortes se sentirían más dispuestas a respetarla. Como bien señala Stéphane Michaud, la experiencia de George Sand, quien como Flora era hija ilegítima, es ilustrativa. Aunque ella también se separa de su esposo después de un dilatado y escandalo-

so juicio, no sufrió el desprecio como Flora porque además de tener fortuna poseía el título nobiliario de Baronesa.[20] Por todo ello Flora se anima a escribir a su tío. Habiendo recibido la respuesta de Pío invitándola —aunque tibiamente— a Perú, se embarcará aquella mañana de abril, al cumplir los treinta años, rumbo al remoto país de su padre.

Cada uno de estos amargos episodios de su vida personal, desde la ilegitimidad y el matrimonio forzado hasta la separación conyugal, la persecución policial y el infructuoso viaje transatlántico con el que busca ponerse al abrigo del patriarca peruano, serán transformados por Flora en el material vital a partir del cual podrá luego imaginar la sociedad utópica por la que luchará hasta el fin de sus días. Así, en su Unión Obrera, Flora vislumbra una sociedad donde las mujeres tengan una formación profesional que las libere de la dependencia del varón a la que entonces estaban condenadas, y donde, además, la indisolubilidad del matrimonio fuese revocada con la ley del divorcio. La transformación de su experiencia personal y privada en texto público que pueda servir a la colectividad es uno de los patrones que emergen en este libro, y que Flora seguirá desarrollando en publicaciones futuras. A esta estrategia de utilizar lo personal como punto de partida para un discurso de política pública se le ha denominado "tretas del débil". La estrategia consistiría, según Josefina Ludmer, en incluir lo personal, privado y cotidiano como punto de partida y perspectiva de los otros discursos y prácticas, de tal manera que con esa promiscuidad de lenguajes y espacios se borren las fronteras entre lo privado y lo público. Así, las mujeres que se animen a "hablar sus dolores", lo harán como ciudadanas y no sólo como sujetos domésticos, y con ello sus dolores tendrán que trascender el espacio privado para convertirse en asunto de interés público y colectivo.[21]

De regreso a París, Flora hurgará en su frustrante experiencia de viajera solitaria en el Perú para publicar en 1836, y haciendo letra pública de la carne propia, un opúsculo que titulará "Necesidad de dar una mejor acogida a las extranjeras".[22] Casi dos años

20 Stéphane Michaud, "En miroir: Flora Tristan et George Sand", en Un fabuleux destin..., op. cit.

21 Josefina Ludmer, "Las tretas del débil", en La sartén por el mango, San Juan de Puerto Rico, 1984.

22 Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères, París, 1836.

más tarde, tras sórdidos episodios con Chazal, quien la persigue armado, publica una "Petición a los señores diputados para revocar el divorcio". Y otra vez en 1838, el mismo año de la publicación en francés de Peregrinaciones de una paria, y en pleno proceso judicial por homicidio contra Chazal, Flora presentará una nueva "Petición para la abolición de la pena de muerte", gesto que es interpretado por el público que sigue el sonado juicio como prueba de magnanimidad a favor de su feroz adversario.

Pero Flora no quedará contenta con su propia confesión. La experiencia le ha enseñado acerca del valor que otorga la "publicidad a las acciones privadas", y es por ello que anima a las mujeres para que ellas también salgan del armario. Así, en el prefacio a Peregrinaciones... insistirá en que no es sobre ella "personalmente que quiere atraer la atención, sino sobre todas las mujeres que se encuentran en la misma posición y cuyo número aumenta diariamente".[23] Lo verdaderamente audaz de esta posición no es que una mujer trate públicamente sobre el tema del divorcio y reclame además su derecho a la educación y al trabajo —George Sand ya lo había hecho con Lélia (1833), y más tarde en Inglaterra lo harían Charlotte Bronte con su novela Shirley y Anne Bronte con La inquilina de Wildfell Hall— sino que lo hiciera dando la cara, firmando con nombre y apellido y, sobre todo, sin recurrir a las máscaras de la ficción, estrategia tan común entre las escritoras de la época.[24]

Los episodios que vive Flora en la travesía, desde los ciento treinta y tres días a bordo hasta la estancia de ocho meses en Valparaíso, Arequipa y Lima, constituyen el cuerpo mismo de este relato, que no es sino un magnífico y problematizado ejercicio de introspección motivado por la desilusión del encuentro con su familia paterna. Perú es un país lejano y desconocido —"ultramarino"—, pero como allí había nacido su padre, ella lo consideraba tan suyo como su Francia natal. En realidad, la relación con su padre, muerto hacía tanto tiempo, le debía resultar casi tan lejana como ese

23 Peregrinaciones..., op. cit., p. 26, tomo II.

24 Según las teorías literarias últimas, habría mucho mayor número de obras literarias escritas por mujeres cuya autoría no conocemos porque recurrieron al anonimato para evitarse el castigo y el escarnio de la sociedad. Otra modalidad de ocultamiento a la que recurrieron las escritoras de siglos pasados fue la adopción de seudónimos masculinos. Ahí están las tres hermanas Bronte, casi contemporáneas de Flora, que firmaron como Acton Bell, Currer Bell y Ellis Bell. Y lo mismo harían décadas más tarde George Eliot, Fernán Caballero e Isak Dinesen, entre tantas otras.

país de oro y revoluciones hacia el que navegaba abordo del Mexicain, pero en su recuerdo la imagen paterna debía tener el cariz de la única arcadia que había conocido: Perú y el padre, ambos tan lejanos, Perú y la protección paterna, ambos tan elusivos, Perú y la pertenencia a una familia, ambos tan deseables. Protección, padre, familia: hacia ese puerto imaginario enrumba Flora con todas sus velas desplegadas.

Flora, lo hemos visto, padece de una orfandad total.[25] Porque no sólo es madre ausente, hija abandonada por su madre y esposa separada. También es hija sin padre. Su deseo de pertenencia es evidente, desde su referencia a Perú como "nuestra nación" y su insistencia de ser "del país de mi padre",[26] hasta la sugerencia de que los rasgos de sus facciones son peruanos. Así mismo, al llegar a Arequipa y conocer al primer pariente de una larga serie de primos y tíos, no tarda en subrayar el parecido con ella, como tampoco se cansa de recordarle a Pío que él es su segundo padre. En realidad, vale la pena recordar que ya mucho tiempo antes de su viaje a Perú, Flora había buscado en otro tío, esta vez el comandante Laisney, hermano de su madre, la elusiva y por ello ansiada figura paterna. Pero el tío materno la traiciona dos veces. Primero en el conflicto en Bel-Air en 1832 (ver cronología) y seis años más tarde, cuando en el proceso penal contra Chazal, el comandante atestigua contra ella (ver cronología). Cuando se sienta a escribir Peregrinaciones... Flora ya estaría curtida: también de Pío sólo había conocido la traición. Curtida y dolorosamente lúcida: porque para entonces ya había asumido la culpa de su padre. Por ello le recrimina a Pío, desafiante, cuando éste deja pasar la última oportunidad que tiene para limpiar la imagen de "hombre sin probidad" y "padre criminal" de su hermano Mariano. Al no "echar un velo sobre la culpa de [Mariano]" y reconocerla como sobrina legítima, Pío permite que la memoria de su hermano "quede manchada por el estado de abandono en que ha dejado a su hija".[27]

25 No creo que sea coincidencia que la imagen de la niña huérfana fuese en la literatura europea decimonónica uno de los símbolos más ubicuos de la vulnerabilidad, fragilidad e invisibilidad del desvalido. Acaso fuese porque en la Europa de entonces los modelos de familia patriarcal burguesa empezaban a consolidarse con fuerza y los niños huérfanos, sobre todo las niñas, como seres excluidos de esa estructura fundamental, representarán el horror de la otredad.

26 Peregrinaciones de una paria, Studium, Lima, 1986, p. 63.

27 Peregrinaciones, op. cit., p. 35, tomo II.

Criada en una Francia liberal regida por la ley moderna del Estado de Derecho, Flora predica y hace suyas las exigencias de honestidad y transparencia del racionalismo ilustrado. Así, antes de partir, escribe una carta de presentación a don Pío, anunciando el inminente viaje y confesando sin ambages la verdad de su estatus de bastarda ante la ley. Flora es consciente del peso que esa carta habrá de tener en la resolución de su delicada situación, pero confía en que Pío reaccionará como hombre ilustrado capaz de elevarse por encima de detalles legalistas que le mezquinan la legitimidad de su nacimiento, y que por tanto reconocerá la inexpugnable fuerza moral de su argumento. No hay documentos que prueben el matrimonio de sus padres —escribe a Pío—, pero ella es hija única de Mariano, fruto de la única unión que tuvo Mariano en vida; sino, sugiere, que se lo pregunte al mismo Bolívar, amigo íntimo de sus padres. Flora se despide apelando al sentido de nobleza de su destinatario, al fin y al cabo Pío fue último virrey y primer presidente de la República. "Espero de usted justicia y bondad —escribe Flora—. Le pido su protección y le ruego quererme como la hija de su hermano Mariano que tiene algún derecho de reclamarlo".[28] El titubeo entre la voz de ciudadana que reclama un derecho (espero de usted justicia... tengo el derecho de reclamarlo) y la de la subalterna que pide una gracia (espero de usted bondad... le ruego quererme) anuncia el conflicto de identidad que más tarde se hará evidente en sus crónicas de viaje. Un año después de sellar aquella fatídica carta, Flora descubrirá, con profundo pesar, que la transparencia que la ideología republicana exige en las relaciones sociales es una virtud demasiado costosa en el país de su padre, más aún si quien la ostenta es una mujer. En efecto, esta imprudente virtud le costará el éxito del viaje que con tanto sacrificio emprende Flora ese 7 de abril de 1833.

Sus Peregrinaciones... serán en cierto modo las crónicas de un fracaso anunciado. La correspondencia entre Pío y Flora acusa ya dos sistemas de relaciones sociales irreconciliables cuya batalla se librará en el campo del lenguaje: el de la transparencia implicada en el discurso de la modernidad europea en la que Francia está instalada y el de la opacidad que impregna el mundo colonial de su padre y del que el Perú no se sacude todavía. A Flora le costará

[28] Peregrinaciones de una paria, Studium, Lima, 1986, p. 63.

su herencia aprender las trampas de la confesión. A partir de entonces sabrá que para relacionarse con el poder es imprescindible buscar una estrategia apropiada para decir sin decir, o sea, para decir la verdad sólo en la medida en que se oculta. Al término de la crónica, reconoce su fracaso: "vine a buscar un lugar legítimo en el seno de una familia y de una nación —escribe— pero tras ocho meses de ser tratada como una extraña... es evidente que no había ganado ningún estatus dentro de mi familia paterna".[29]

Flora ha perdido la herencia, pero ha sido empoderada por este viaje. Porque de su estancia en Arequipa nace una conciencia política que a su regreso a Francia la convertirá en la apasionada militante comprometida con la causa de mujeres y obreros que hoy asociamos con su nombre. Gracias a este viaje, Flora abandona toda esperanza de convertirse en miembro respetable de la burguesía, pero en cambio toma conciencia del poder de su carisma (que ella llamará "magnetismo"), de su inteligencia y, sobre todo, de su capacidad de influenciar a los más poderosos. De hecho, en Arequipa, civiles y militares la buscan para solicitar sus consejos y opiniones, o al menos así lo consigna ella en sus crónicas. Increíblemente, Pío la busca en plena batalla de Cangallo para que lo asesore en sus negociaciones con los militares de ambos bandos; el general Clemente Althaus la busca para hacer de ella su cómplice frente a prácticamente todo lo que ocurre en la ciudad; y hasta el general San Román, adversario de los notables y de su propio tío, la recibe en su tienda de campaña interesado en conocerla e intercambiar ideas con ella.

A su vuelta, esa nueva conciencia del poder de su propia palabra será utilizada por Flora en sus relaciones con Considerant, fundador de la falange fourierista que gozaba de gran ascendencia entre los intelectuales de la época; también con Robert Owen, industrialista visionario del sistema cooperativista, quien en su viaje a París visita a Flora en su departamento de la rue Bac. Con ellos la nueva Flora parece sentirse lo suficientemente libre como para despojarse de sus máscaras. De ahí en adelante no habría razones para seguir teniendo miedo, ni para seguir mintiendo. El empoderamiento de Flora es múltiple. Porque en esa convivencia difícil y a veces adversa con sus poderosos parientes peruanos ha

[29] Peregrinations of a Pariah, Virago, London, 1986, p. 245. Traducción mía.

debido echar mano a recursos verbales de sobrevivencia que le han descubierto su verdadera versatilidad, agudeza e ingenio. También la empodera el haber sido testigo deslumbrado de la capacidad de algunas mujeres en el Perú para crearse espacios de autonomía y de libertad que en Francia eran desconocidos. Y tampoco hay que olvidar que si bien no regresa con la herencia que soñaba, al menos Pío le concede una pensión que la salva de la indigencia. Así pues, gracias al viaje, Flora saldrá de la clandestinidad y en adelante podrá dedicarse a estudiar y a hacer política con los grandes socialistas y reformistas de la época, y a escribir y salir en giras en busca de prosélitos para su Unión Obrera.

El otro lado de la confesión: Estrategias de escritura y de vida

El mismo año que publica *Peregrinaciones de una paria*, Flora viaja a Londres, pero esta vez ya no como acompañante subordinada, sino como viajera independiente y consciente de su poder. En "la ciudad monstruo" Tristán se entrevista con activistas políticos y obreros textiles, con comisarios y criminales, con prostitutas y aristócratas. Explora y estudia con ojo avizor las Cámaras del Parlamento, las fábricas de gas y hierro, las prisiones, los prostíbulos, manicomios y asilos. Participa, además, en una reunión cartista donde hace contactos con reformistas ingleses, cuyas ideas luego incorporará a la utopía que habrá de diseñar en su Unión Obrera. A su regreso a París publica su segunda crónica de viaje, a la que titulará *Paseos en Londres*.

Este nuevo libro, al igual que el anterior, seguirá el mismo parámetro de los opúsculos mencionados más arriba; extrae, así, de la experiencia propia y personal significados de dimensión social y pública. En este nuevo libro, la paria seguirá negociando con aquellos dos imperativos que se encuentran en claro conflicto el uno con el otro y que descubriera años atrás en su correspondencia con la astucia criolla de don Pío Tristán. Es decir, por un lado la necesidad íntima y perentoria de hurgar en su propia verdad, por el otro, la necesidad igualmente apremiante de enmascarar esa verdad.

Los títulos de sus dos libros de viaje son sintomáticos de este conflicto: *Paseos en Londres* y *Peregrinaciones de una paria*.[30] El paseo del primero evoca la caminata clásica de las damas con tiempo de ocio a su disposición, que salen usualmente acompañadas y a paso tranquilo para distraerse sin otro objetivo que el de hacer un poco de ejercicio, al mismo tiempo que ver y dejarse ver. El texto, como hemos visto, se ocupa de temas poco afines a los de la cultura de ocio femeninos implicados en el paseo del título. En el caso de *Peregrinaciones de una paria*, el sustantivo del título tiene connotaciones religiosas evidentes: una peregrinación es un viaje difícil por tierras inexploradas, viaje plagado de obstáculos que habrán de poner a prueba la fortaleza del peregrino, y que se emprende con espíritu de humildad y entrega. El sujeto que acomete el viaje, el peregrino o la peregrina, es disciplinado, resiliente y, sobre todo, es indiferente a los asuntos de dinero y poder que preocupan al resto de los mortales. Como en el caso anterior, la imagen que la narradora va construyendo en su relato no se ajusta a aquella evocada por el título. Así, los tropos de viajera peregrina y paseante ociosa parecen querer suavizar y paliar el contenido que anuncian.

Tal vez encontremos una clave si ubicamos ambas publicaciones dentro de la abundante literatura de viajes de la época, donde los narradores, en su abrumadora mayoría varones, asumen invariablemente una posición de autoridad académica científica, etnológica o comercial.[31] La mayoría de los viajeros que exploraban los territorios ultramarinos (americanos, asiáticos y africanos), lo hacían de manera oficial y representando a su nación, a la empresa para la que trabajaban, o a la institución a la que estaban afiliados. Viajaban, pues, con todas las de la ley. Aquellos que como Humboldt lo hicieran de manera independiente, gozaban de todo el prestigio que una gran fortuna, posición social e ilustración les brindaba. Pero Flora no tenía rango oficial, prestigio o fortuna.

30 Lo que sigue está basado en: Francesca Denegri, "Paseos y peregrinaciones, la literatura de viajes de Flora Tristán", en *Homenaje a Félix Denegri Luna*, PUCP, Lima, 2000.

31 Basta citar a guisa de ejemplo algunos libros de viajes de la época: *Relaciones de viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente*, de Humboldt (París, 1808-1834); *Viajes alrededor del mundo*, de Renée Lesson (París, 1839); *Relato de un viaje a través de los Andes y de una residencia en Lima y otras partes del Perú*, de Robert Proctor (Londres, 1825); *Narración de un viaje a Brasil, Chile y Perú*, de Gilbert Mathison (Londres, 1825) o *Viajes alrededor del mundo* de Gabriel Lafon (París, 1843).

Y lo que era potencialmente más serio: era una mujer que viajaba sola por el mundo. En este contexto no debe resultar extraño que las mujeres que como Tristán se aventuraban a viajar y a publicar sus crónicas por cuenta propia, adoptasen estratégicamente una posición marginal a la literatura de viajes de la época.

Por todo ello los títulos de ambas crónicas parecen querer disasociarse de la literatura canónica de viajes, que era por definición un género de varones. Sus viajes a Londres y al Perú, parece advertir la autora, no son lineales y teleológicos, son más bien "paseos" y "peregrinaciones". No habrá un Chimborazo por escalar como en el caso de los viajes de Humboldt, ni una mina por explotar, ni un Cuzco por explorar como en el caso de Markham, ni tampoco una flora ancashina por descubrir como en el caso de Raimondi. La voz narradora de sus crónicas no asume la autoridad intelectual del académico que presenta su informe, sino todo lo contrario, adopta el tono personal y confesional del que narra una autobiografía.

Sin embargo, si bien es cierto que ni en los *Paseos...* ni en las *Peregrinaciones...* figuran hazañas ni descubrimientos de volcanes, ciudades o plantas exóticas, también lo es que son viajes impulsados por objetivos personales muy claros. Flora Tristán, la viajera audaz que parte a América en busca de fortuna y posición social, es la misma paria del título que ella define en su dimensión cristiana como "uno de esos seres elegidos, a quienes Dios ha dotado de un coraje a toda prueba, preparada para sufrir martirio y soportar la esclavitud si fuera necesario".[32] El tropo del peregrino se complica más: ya no se trata de un simple pecador condenado a pagar con el castigo, sino de un condenado escogido por el mismo Dios para abrirse camino en un mundo peligroso y hostil con pocos remansos, con el objetivo de afilar la conciencia y enriquecer el autoconocimiento. El viaje, como la escritura, es el espacio privilegiado para llegar a la autenticidad.

Las estrategias del disimulo y la ambigüedad son, pues, tretas a las que regresa nuevamente Flora, pero en este contexto lo hará para legitimar su incursión en una actividad que en el siglo XIX era predominantemente masculina. Son tretas que por cierto expresan una subjetividad marginal o fronteriza entre dos territorios.

[32] *Peregrinaciones...*, Ibid., p. 85.

Por ello es que veremos cómo las narradoras de Peregrinaciones de una paria y de Paseos en Londres cambian de posición estratégicamente según las exigencias del momento, alterando su propia identidad y resemantizando en el proceso la figura del viajero decimonónico para darle entrada al punto de vista femenino. Al emprender paseos y peregrinaciones en busca de conocimiento y poder, las dimensiones semánticas convencionales contenidas en ambos términos se verán excedidas, a medida de que las supuestamente ahistóricas figuras de la peregrina y la paseante empiezan a reinventar nuevos papeles para intervenir en el debate político de la época y participar en la escritura de la historia.

Las imágenes de peregrina y de paseante resultan más afines a la del "ángel del hogar" —tan en boga en la literatura canónica del siglo XIX, tanto en América Latina como en Europa— que a la del viajero decimonónico. Se trata del mismo ángel que describiera Virginia Woolf en "Professions for women"[33] en la famosa escena que representa su iniciación a la literatura. Cuando con el entusiasmo del neófito la escritora se dispone a ejercer su oficio, no se da cuenta de que en el cuarto hay una sombra que la acecha, paralizándola. Al reparar en ella, descubre que aquella sombra no es sino la del ángel del hogar, ese ser dulce, sonriente y prescriptivo que le recuerda que ella es ante todo una mujer y que como tal debe de escribir como mujer. Es decir, "sacrificando sus propios deseos e ideas en aras de los deseos e ideas de otros... sobre todo, usando todos los recursos propios de su sexo para que nadie adivine que tiene una mente propia.[34] En este punto del relato de Woolf, la escritora, desesperada por aquellas consignas, se da media vuelta y agarrando al dichoso ángel del cuello lo estrangula sin piedad pero con la convicción de que sin ese asesinato no sería capaz de escribir jamás una sola palabra. En el siglo XIX de Flora

[33] La imagen del ángel del hogar, que fue muy difundida en la Inglaterra victoriana en los discursos políticos oficiales y en el arte, tiene su origen en el poemario que publicara el poeta Coventry Patmore en 1850 bajo el título de The Angel of the House. Fue además la figura femenina más exaltada por los artistas prerrafaelistas como Dante Gabriel Rossetti. Ese mismo ángel del hogar que paralizó a Virginia Woolf en Londres a la vuelta del siglo XX aparece en la Arequipa de 1833 cuando a Flora sus aliados le aconsejan "emplear la dulzura, hacer la corte a su tío, halagar a Joaquina, esperar con paciencia", en lugar de reclamar directamente lo que le pertenece. Ver Peregrinaciones... p. 37, tomo II.

[34] Woolf, "Professions for women", en The crowded dance of modern life, Penguin, Londres, 1993. Traducción mía.

Tristán, a ese ángel tan mentado como modelo de femineidad ideal, todavía no se le había liquidado como lo hiciera Woolf cien años después. Al respecto, recuérdese que George Sand insistía enfáticamente —en relación con su identidad de escritora— que antes que "mujer que escribe" ella era "simplemente escritor". El ángel acecha a Flora de tal manera que a pesar de su voluntad expresa de decir la verdad, logra persuadirla más de una vez a que la escamotee mediante la estrategia del disimulo.

La visita de Flora al Perú coincide con el periodo de guerra civil que sobreviene tras la declaración de la independencia y que culmina en 1834 con la batalla de Cangallo, en las afueras de la ciudad de Arequipa. En este escenario de caos, intrigas y ambiciones exacerbadas, Flora baja la resistencia y se despoja de la máscara de humilde peregrina. Esto es lo que declara la narradora:

> Resolví que habiendo sufrido los prejuicios de una sociedad que me humillaba, por fin había llegado mi hora. Me tocaba vivir una revolución en la que me podría tocar un rol protagonista... Opté por apoyar a los golpistas y actuar con la misma determinación que ellos. Tenía el ejemplo de la señora Gamarra: el destino de la república estaba en sus manos. Ella era quien decidía sobre política y también quien comandaba las tropas. La verdadera batalla se libraba entre ella y el monje Valdivia. Mi misión sería la de suplantar al clérigo y la de ganarme el apoyo de los simpatizantes de Orbegoso, porque entonces sí, el poder de la espada me sería útil.[35]

Cuando al caer Gamarra y exiliarse La Mariscala fracasa la intriga golpista —a la que la narradora denomina convenientemente plan "salvador"—, Flora realiza una astuta maniobra de enrevesamiento de imágenes y discursos para ubicarse nuevamente en el espacio femenino del peregrino que se sacrifica por los otros miembros de la familia. Así, declara que en realidad no implementó su misión porque prefirió mantenerse leal al tío: "Lo confieso ahora, ante Dios, que sacrifiqué la posición que yo sabía me sería fácil de conseguir por la consideración y el respeto que le debía a mi tío Pío".[36] La promiscuidad de lenguajes en el texto no es casual: la intriga política en el mundo masculino del poder público debe ser enmarcada sutilmente en un lenguaje femenino de devoción

[35] Peregrinaciones..., pp. 173-4.
[36] Ibid., p. 175.

religiosa. Tras esta escena de intrigas y elucubraciones golpistas, en la que Flora desenmascara monda y lironda sus ambiciones políticas en el Perú, regresa nuevamente a sus fueros piadosos. Nótese, sin embargo, el sesgo mesiánico con que da punto final al episodio: "Visto que la santidad de mi función fracasó, me veo obligada a concluir que Dios me tenía reservada para otra misión".[37]

En sus relatos de viaje, Flora Tristán resemantiza el espacio, el lenguaje y la figura misma de la viajera. Pero es una resemantización que se practica, como el acto confesional, a horcajadas entre una propuesta moderna del enfrentamiento honesto y abierto con una identidad en conflicto, y la de una perspectiva tradicional de escamoteo y enmascaramiento de esa identidad. Es así, pues, que estratégicamente acepta en apariencia el espacio y el lenguaje asignado a las mujeres por sus guardianes, para luego barajarlos de tal manera que el discurso religioso termina transformándose en político, y el espacio privado de su experiencia de mujer, en público. Al difuminarse por otro lado la línea fronteriza entre la figura de viajero autorizado y aquélla de viajera humilde peregrina, se sugiere la artificialidad de la misma. Y así como en Paseos en Londres la cultura de ocio femenino se convierte en el espacio privilegiado para que la paseante indague en ese mundo masculino en ebullición que es el del capitalismo inglés, en Peregrinaciones de una paria el coto femenino religioso se convierte en el punto de partida para reflexionar sobre el terreno masculino de la política republicana peruana.[38]

Castigo y redención

Descubrir los mecanismos y el engranaje de ese poder que somete a mujeres, obreros y analfabetos es el motor que empuja a Flora a

[37] Ibid., p. 178.

[38] La ubicación de las expresiones de religiosidad dentro del coto de lo femenino en el siglo XIX ha sido sugerida por historiadoras y críticas literarias, entre ellas, Jean Franco. El argumento es que en este siglo en que la ciencia se erige como el saber de mayor prestigio en Europa y en América Latina, la religión es desplazada simultáneamente hacia los márgenes del poder. Cuando eso ocurre, la iglesia se empieza a despoblar gradualmente de fieles varones, pero se ve compensada por la creciente presencia de las mujeres. Ver por ejemplo, Iglesia y poder en el Perú contemporáneo 1821-1919, de Pilar García Jordán (Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1992).

escribir, publicar y actuar desde el momento en que vuelve a Francia tras su viaje a Perú. Como Prometeo, aquel titán que incurre en la ira de los dioses del Olimpo al robar una brizna de fuego para ofrecerlo a los hombres en la tierra, Flora, que no es titán sino mujer, debe pagar el precio de su libertad. Apenas publicado su libro, Chazal le dispara a quemarropa, don Pío le retira la pensión acordada, su protector peruano en Francia manda decir que no la quiere ver más, y el distanciamiento con su madre se ahonda irremediablemente. Como si el precio pagado no fuera suficiente, los abogados de su esposo convierten arteramente el juicio por homicidio contra Chazal en un juicio público contra Flora, utilizando el libro como evidencia de su inmoralidad. Pero, como Prometeo, Flora asume su castigo y emerge en la otra orilla con convicción reforzada y lista para entregarse en cuerpo y alma a su nuevo plan, la construcción de una sociedad sobre la base de una novedosa unión de mujeres y obreros.

Sin duda, una de las fuentes inagotables de inspiración que tuvo Flora en medio de tantos padecimientos personales fue la amistad con otras mujeres combativas como ella. De hecho, el encuentro explosivo con Francisca Zubiaga de Gamarra, del que da cuenta con lujo de detalles en el último capítulo de su libro, es ilustrativo. Flora la pondera con generosidad por el valor con que consiguió hacerse respetar por soldados y oficiales en situaciones muy poco propicias para cualquier mujer. Pero además de admiración, resulta clara su identificación con ese espíritu femenino indomable que fue La Mariscala. El retrato que de ella nos deja la paria es memorable no sólo por su frescura y perspicacia sino también por el candor con el que deja entrever que el encuentro fue una suerte de justa de voluntades, pareja y dura, de la que ella, la paria, resulta vencedora. "Mi alma tomó posesión de la suya. Me sentí más fuerte que ella, la dominé con la mirada"[39], declara Flora echando mano a la misma imagen que luego utilizaría en su carta a Olympia. El deleite de la victoria da paso luego a una actitud noble y generosa ante la adversaria vencida que es, después de todo, una homóloga, una mujer-guía como la misma Flora. El concepto sansimoniano de mujer-guía dominará la obra posterior de la paria. La mujer-guía es aquella que lejos de asumirse como el ser obediente y abnegado encarnado en la Virgen María y en el modelo

[39] Peregrinaciones... op. cit., p. 254.

de femineidad burguesa decimonónica, asume la posición de agente, es decir, de sujeto que interpela, inventa y construye las bases para una sociedad libre y solidaria.[40]

Algunos estudiosos sugieren que fue la experiencia de su entrevista con una mujer que estuvo tan cerca del poder como La Mariscala, la que inspiró a Flora a abandonar sus reclamos personales de pensiones, herencias y hasta legitimación ante la ley, para optar por el camino más ancho de la lucha social y colectiva. De hecho, el concepto de mujer-mesías, que luego Flora convertiría en concepto clave para armar su Unión Obrera, aparece por primera vez en sus *Peregrinaciones...* en el episodio vinculado a La Mariscala. La mujer-mesías se muestra luego en su novela *Méphis* (1838), encarnada en la hija de Marequita y Méphis. Y más tarde en *Le Tour de France* será ella misma la encargada de encarnar a la mujer-mesías. Las imágenes que nos ofrece *El paraíso en la otra esquina* sobre estos últimos meses de su vida y en plena gira proselitista, resultan verdaderamente evocativas por el detalle vívido y la minuciosidad rigurosa con que Vargas Llosa se imagina a la paria en medio del fragor de la marcha y de la fatiga extrema, acosada por la policía, hostigada por los mismos obreros, y sin embargo, fortalecida en su convicción de ser la mujer elegida para una misión revolucionaria que trasciende la dimensión política y toca lo sagrado. Son estas imágenes de ficción que dotan de músculos a los huesos y nervios de su diario. En éste, la paria, ahora mujer-mesías, escribe que cuando el "soplo divino" la abandona, invadiéndole la duda y el desaliento, ella remonta vuelo "como Santa Teresa" para pedir a sus Dioses el envío a la tierra de diez mujeres más que tengan su temple para llevar a término su misión.

En cuanto a su amistad con Eleonore Blanc, la paria la describe en su diario con los términos que ya conocemos con respecto a su relación con La Mariscala y con Olympia. Su alma "toma posesión" de la de Eleonore "sin tener en cuenta el envoltorio". La ambigüedad sobre lo que significa esta toma de posesión es, pues, la marca principal de su discurso de los afectos. Así, concluye que la prueba de que la "posesión" es un proceso que ocurre entre dos

[40] Ver "El evangelio y la mujer guía" en *La emancipación de la mujer o El testamento de la paria*, A. Constant ed., pp. 57-61.

almas y no entre dos sexos es que ella misma lo ha vivido con tres mujeres: Eleonore, La Mariscala y Olympia.[41]

Pero además del reconocimiento a otras mujeres-mesías de su mismo temple, Flora escribe con admiración sobre aquéllas con quienes quizá no compartió "su misión", pero que la impresionaron por su fuerza y rebeldía. Ahí está, por ejemplo, el retrato de la monja superiora del convento de Santa Catalina, a quien destaca por su vivacidad y su conversación aguda y picante; están también las rabonas, cuyo valor, energía infatigable, y formidable capacidad de organización en el campo de batalla deslumbran a la viajera, y está el encuentro con la esclava en el ingenio de la hacienda Villa que inspira en ella un discurso abolicionista conmovedor y persuasivo. Y no hay que olvidar el célebre retrato que Flora hiciera de las legendarias tapadas limeñas, aquellas mujeres que se esmeraban en cubrir su rostro con la pudicia de las moras de España, al mismo tiempo que mostraban audazmente el contorno de sus caderas y aquella parte tan erótica de la anatomía femenina que eran los tobillos. Flora comprende inmediatamente que el traje de la limeña es un verdadero monumento al ingenio estratégico femenino que logra, como en ninguna otra ciudad del mundo, burlar el control del padre, hermano o esposo, bajo cuyas narices las limeñas, protegiendo su honor con el manto, se entregaban a las artes amatorias más avanzadas.[42] Si bien Flora celebra con entusiasmo y generosidad el peculiar poder que ejerce la limeña con su traje en las calles, también advierte sobre el peligro de que el "imperio de la mujer" dependa de su traje. Porque si el manto facilita el desplazamiento libre de las mujeres, si ellas no "cultivan su inteligencia" para asumirse como sujetos discursivos capaces de tomar la palabra con el rostro descubierto, sus encantos seguirán siendo irremediablemente arcaicos y destinados a sucumbir al primer soplo de los vientos modernizantes que tarde o temprano llegarían a estas costas.

Flora creía sinceramente en la superioridad emocional de las mujeres sobre los hombres. "Dios ha dotado a la mujer de un

41 Le Tour de France, Journal 1843-1844. Indigo & Coté-femmes éditions, París, 1983, p. 120.

42 Para más detalles y versiones sobre el legendario traje ver los diarios de viajeros de la época, entre ellos Max Radiguet, Lima y la sociedad peruana, Felipe Bauzá, "Carácter, genio y costumbre de los limeños", y J. J. Von Tschudi, Travels in Peru During the Years 1838-1842 entre otros.

corazón más amante y más abnegado que el del hombre",[43] escribe, pero también está convencida de que esa superioridad sólo podrá consolidarse a través de la educación. Al respecto, su experiencia en el Perú, donde descubre una libertad y autonomía femeninas desconocidas en Francia, le servirá de inspiración para las reflexiones que vierte posteriormente en La Unión Obrera. En su último libro Flora señala que ningún movimiento obrero podrá levantar vuelo sin la participación activa de las mujeres. Porque siendo ellas las encargadas de formar nuevos ciudadanos, resulta esencial que participen lado a lado y de igual a igual con los obreros en la construcción del nuevo orden social. Pero aquella participación sólo sería valiosa si se tratara de una fuerza femenina instruida. El mismo tema sería retomado en Francia recién después de la revolución de 1848, o sea, cinco años después de la publicación de La Unión Obrera y el advenimiento de la segunda república, mientras que en el caso del Perú habría que esperar todavía hasta la década de 1870 y las veladas literarias de Juana Manuela Gorriti para que intelectuales y políticos encontraran la pertinencia del tema para el desarrollo de la todavía joven república. En su ensayo sobre la paria, Magda Portal sugería la elaboración de un linaje de mujeres bajo cuya égida espiritual se puedan ubicar los que creen en una sociedad libre de prejuicios de género. Cuando Flora Tristán se embarca aquella mañana en Burdeos rumbo al Perú de su padre, acaso ya sabía que estaría destinada a ocupar un lugar prominente en ese linaje que recién hoy, después de ciento cincuenta y ocho años de su muerte, empezamos a desenterrar. Pero no hay que olvidar que el trabajo arqueológico recién empieza.

Francesca Denegri
Lima, julio de 2003

[43] Peregrinaciones... op. cit., p. 219, tomo II.

Cronología de Flora Tristán

1803 Nace el 7 de abril en París y es bautizada como Flore Célestine Théresè Henriette Tristán Moscoso, hija del coronel peruano Mariano Tristán y Moscoso y de la francesa Thérèse Laisney.

1804 Napoleón es coronado emperador por el Papa.

1806 El coronel Mariano Tristán y Moscoso, caballero de la orden de Santiago, compra una propiedad en Vaugirard, cerca de París, que consta de diversos edificios, jardines y patios encerrados por un muro. Entre las amistades que frecuentan a la pareja figuran Simón Bolívar y su maestro Simón Rodríguez.

1807 Muere Mariano Tristán y el gobierno español interviene sobre todos sus bienes para ponerlos a disposición de su familia en Perú. Nace Mariano Pío Enrique Tristán Moscoso, hermano de Flora.

1810-1817
Thérèse Laisney viuda de Tristán y sus dos hijos se avecinan en una pequeña propiedad en Val-de-Marne, cerca de París. Muere el hermano de Flora. Thérèse escribe a los parientes de Mariano en Perú, pero no obtiene respuesta.

1814 Napoleón se retira a la isla de Elba y la monarquía es restaurada en Francia con Luis XVIII.

1816 Por razones religiosas, el gobierno suprime la ley del divorcio aprobada por la Convención en septiembre de 1792. Dicha ley (Ley Naquet) no volverá a ser aprobada hasta el 24 de julio de 1884.

1818 Thérèse y su hija se mudan a un pequeño apartamento en la rue du Fouarre, en la Plaza Maubert, en París. Flora se entera de su estatus de hija ilegítima. El comandante Thomas-Joseph Laisney, hermano de Thérèse, le regala a su sobrina un curso de dibujo. Flora es contratada como obrera colorista en los talleres de grabación de André Chazal, en París.

1821 Matrimonio civil de Flora y Chazal. Muerte de Napoleón en Santa Helena.

1822 Nace Alexandre Chazal.

1824 Nace Ernest-Camille Chazal. André en quiebra, Flora se muda a la casa de su madre. Consigue trabajos eventuales. La relación conyugal se deteriora irreversiblemente.

1825 Nace Aline Marie Chazal. Separación de Flora y Chazal, contra la voluntad de Thérèse, quien apoya a Chazal. Siguen los quebrantos económicos y embargo del taller de grabación. Chazal obtiene la custodia de los niños. Flora huye con Aline.

Muerte de Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon.

1825-1829

Flora consigue trabajos eventuales (niñera, vendedora) hasta que es contratada como dama de compañía por una familia de ingleses, con quienes viajará a Suiza, Italia, Alemania e Inglaterra. Parte sin despedirse de Thérèse o Chazal.

El tribunal del Sena decreta la separación de bienes de los esposos Chazal.

1829 Flora regresa a París. Chazal la persigue y ella recoge a su hija para huir con ella de albergue en albergue, anunciándose como viuda. Más trabajos eventuales. Chazal las busca para obligarlas a regresar con él. Flora conoce de casualidad al capitán Chabrié, quien la anima para que escriba a su familia peruana. Flora escribe su primera carta a Pío de Tristán y Moscoso anunciando su deseo de viajar a Perú y reclamando su herencia. Conoce a Prosper Enfantin, Armand Bazard y Olinde Rodrigues, entre otros seguidores de Saint-Simon.

1830 Revolución ("los tres gloriosos días") en París, en la que Flora participa.

Recibe respuesta de Pío Tristán invitándola a visitar Perú. El rey Carlos X es obligado a abdicar y la corona pasa a Luis Felipe de Orléans, quien impone un régimen más liberal, pero insiste en una posición conservadora con respecto al divorcio.

1832 Muere Alexandre. Intento de arreglo amistoso en Bel-Air, en la casa del comandante Laisney que termina en confrontación entre Chazal y Flora en la que los cónyuges se agreden físicamente. Flora huye otra vez con Aline, pero la policía la atrapa. Su madre y su tío apoyan a Chazal, quien gana la custodia de Ernest-Camille y persigue a Flora. Ella huye con Aline de pueblo en pueblo haciéndose pasar por viuda. Busca refugio temporal en casa de su madre. En diciembre encuentra una pensión en Angulema para Aline, donde la deja encomendada a Mme. de Bourzac. Parte a Burdeos, donde será recibida en casa de su tío paterno, don Mariano de Goyeneche.

1833 De enero a abril vive en casa de don Mariano de Goyeneche, haciéndose pasar por soltera. El 7 de abril se embarca en el *Mexicain*, con rumbo a Valparaíso y Perú, también pasando como soltera. El 8 de agosto llega a Valparaíso. Del 1-8 de septiembre a bordo del *Leonidas* de Valparaíso a Islay. El 13 de septiembre llega a Arequipa.

1834 El 25 de abril parte de Arequipa hacia Lima, sin lograr que se le reconozca como heredera legítima de su padre pero habiéndose acordado que Pío le enviara una pensión de 2 500 francos. El 15 de julio se embarca en el *William Rushton* con destino a Liverpool y Francia.

1835 Regresa Flora a París, donde cambia de dirección con frecuencia para protegerse de la persecución de Chazal. Publicación del folleto *Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères* (Sobre la necesidad de dar una buena acogida a las extranjeras). Conoce a Charles Fourier y a su círculo más íntimo. Chazal descubre su paradero y rapta a Aline en octubre. Rescate de Aline por su madre en Versalles. El mismo episodio se repetirá tres veces.

Thérèse y el comandante Laisney apoyan siempre a Chazal. El procurador del Rey interviene, amenaza a Flora con la pena de prisión y exige colocar a Aline en una pensión donde padre y madre pudieran visitarla. Flora viaja a Inglaterra por tercera vez.

1836 En julio Chazal rapta nuevamente a Aline. La niña escapa y regresa donde su madre. En noviembre Aline es raptada otra

vez. Chazal abre proceso contra Flora. Flora frecuenta el grupo de fourieristas, entre ellos, Víctor Considerant. Frecuenta también la Gazette des Femmes, grupo de mujeres fourieristas. La prestigiosa Revue de Paris publica fragmentos de lo que será Peregrinaciones de una paria, con mucho éxito.

1837 Aline, nuevamente secuestrada por su padre, y nuevamente rescatada por su madre, confiesa a Flora que ha sido abusada sexualmente por su padre.

Se abre juicio penal. El abogado defensor de Chazal, Jules Favre, logra que el tribunal niegue tener suficientes pruebas, condena a Chazal a unas pocas semanas de cárcel y ordena internar a los niños para que padre y madre pudieran tener acceso a ellos. Publicación en la Revue de Paris de fragmentos de lo que será Paseos en Londres. Conoce al industrial socialista y visionario galés Robert Owen. Entrega a diputados liberales una "petición para el restablecimiento del divorcio" redactada y firmada por ella. Publicación de la misma en el diario Le Bon Sens de Louis Blanc. Flora conoce a Olympia Maleszewska, esposa de Leonard Chodzko, líder del Comité Nacional Polaco, de los exiliados polacos en Francia.

1838 Publicación de Peregrinaciones de una paria y de Méphis. Colabora con prestigiosas revistas como L'Artiste, Le Voleur, Le Globe y La Phalange.

El 10 de septiembre Chazal le dispara dos tiros de pistola en la calle. Flora, gravemente herida, agoniza durante tres meses. Flora presenta a los diputados liberales una "petición para la abolición de la pena de muerte", publicada luego en Le journal du peuple. Publica las cartas de Bolívar a su madre en L'Artiste.

1839 Se abre juicio contra Chazal para obtener la separación. El tío de Flora, el comandante Laisney atestigua contra ella. El proceso es seguido por los principales periódicos. Las confesiones que hiciera en Peregrinaciones de una paria son utilizadas por la defensa de Chazal para acusarla de apóloga de la bigamia. El tribunal del Sena condena a Chazal a veinte años de trabajos forzados, decreta la separación de cuerpos y autoriza a Flora a eliminar de su nombre y del de sus hijos su apellido de casada. Viaja por cuarta y última vez a

Inglaterra, y toma contacto con el movimiento cartista dirigido por Daniel O'Connor, en Londres. Segunda edición de Peregrinaciones de una paria.

1842 Publicación de Promenades dans Londres (Paseos en Londres). Flora toma contacto con líderes del movimiento obrero, entre ellos, Agricole Perdiguier.

1843 Publicación de La Unión Obrera por suscripción. Toma contacto con otros líderes prominentes del movimiento obrero, entre ellos Gosset y Moreau.
Viaje a Burdeos como paso preliminar para su gran gira por Francia reclutando obreros para su Unión Obrera.

1844 Segunda edición de La Unión Obrera. Inicio de la gira, que cubrirá Auxerre, Dijon, Lyon, Roanne, Avignon, Marsella, Montpellier, Carcassone y Toulouse, entre otras ciudades. Muerte de Flora en Burdeos el 14 de noviembre.

1847 Agitación popular obrera incitada por la crisis económica y los movimientos socialistas provocan el advenimiento de la segunda república.

Bibliografía de Flora Tristán

1836 "Necesidad de dar una buena acogida a las mujeres extranjeras" (folleto).

1837 "Petición para el restablecimiento del divorcio" (dirigida a la Cámara de Diputados de Francia).

1838 Peregrinaciones de una paria
Méphis, novela filosófica y social.
"Petición para la abolición de la pena de muerte" (dirigida a la Cámara de Diputados de Francia).

1840 Paseos en Londres.

1843 La Unión Obrera.

1845 La emancipación de la mujer o El testamento de la paria (A. Constant, ed.).

1983 Le Tour de France.

2001 Lettres (S. Michaud, ed.).

A los peruanos

Peruanos:

He creído que de mi relato podría resultar algún beneficio para vosotros. Por eso os lo dedico. Sin duda os sorprenderá que una persona que emplea tan escasos epítetos laudatorios al hablar de vosotros haya pensado en ofreceros su obra. Hay pueblos que se asemejan a ciertos individuos: mientras menos avanzados están, más susceptible es su amor propio. Aquellos de vosotros que lean mi relación sentirán primero animosidad contra mí y sólo después de un esfuerzo de filosofía algunos me harán justicia. La falsa censura es cosa vana. Fundada, irrita y, por consiguiente, es una de las más grandes pruebas de amistad. He recibido entre vosotros una acogida tan benévola que sería necesario que yo fuese un monstruo de ingratitud para alimentar contra el Perú sentimientos hostiles. Nadie hay quien desee más sinceramente que yo vuestra prosperidad actual y vuestros progresos en el porvenir. Ese voto de mi corazón domina mi pensamiento, y al ver que andáis errados y que no pensáis, ante todo, en armonizar vuestras costumbres con la organización política que habéis adoptado, he tenido el valor de decirlo, con riesgo de ofender vuestro orgullo nacional.

He dicho, después de haberlo comprobado, que en el Perú la clase alta está profundamente corrompida y que su egoísmo la lleva, para satisfacer su afán de lucro, su amor al poder y sus otras pasiones, a las tentativas más antisociales. He dicho también que el embrutecimiento del pueblo es extremo en todas las razas que lo componen. Esas dos situaciones se han enfrentado siempre una a otra en todos los países. El embrutecimiento de un pueblo hace nacer la inmoralidad en las clases altas y esta inmoralidad se pro-

paga y llega, con toda la potencia adquirida durante su carrera, a los últimos peldaños de la jerarquía social. Cuando la totalidad de los individuos sepa leer y escribir, cuando los periódicos penetren hasta la choza del indio, entonces, encontrando en el pueblo jueces, cuya censura habréis de temer y cuyos sufragios debéis buscar, adquiriréis las virtudes que os faltan. Entonces el clero, para conservar su influencia sobre ese pueblo, reconocerá que los medios que emplea en la actualidad no pueden ya servirle. Las procesiones burlescas y todos los oropeles del paganismo serán reemplazados por prédicas instructivas, porque después de que la imprenta haya despertado la razón de las masas, será a esta nueva facultad a que habrá que dirigirse, si se quiere ser escuchado. Instruid, pues, al pueblo; es por allí por donde debéis empezar para entrar a la vía de la prosperidad. Estableced escuelas hasta en las aldeas más humildes: esto es lo urgente en la actualidad. Emplead en ella vuestros recursos. Consagrad a esto los bienes de los conventos, pues no podríais darles destino más religioso. Tomad medidas para facilitar el aprendizaje. El hombre que tiene un oficio no es un proletario. A menos que le hieran calamidades públicas, no tiene ya independencia de carácter tan necesaria de que se desarrolle en un pueblo libre. El porvenir es de América. Los prejuicios no pueden adherirse en ella como en nuestra vieja Europa. Las poblaciones no son lo bastante homogéneas como para que este obstáculo retarde el progreso. Hasta que el trabajo cese de ser considerado como patrimonio del esclavo y de las clases ínfimas de la población, todos harán mérito de él algún día y la ociosidad, lejos de ser un título a la consideración, no será ya mirada sino como un delito de la escoria de la sociedad.

En toda América, el Perú era el país de civilización más avanzada a raíz de su descubrimiento por los españoles. Esta circunstancia hace presumir favorablemente acerca de las disposiciones ingénitas de sus habitantes y de los recursos que ofrece. ¡Que un gobierno progresista llame en su ayuda a las artes de Asia y de Europa y pueda hacer que los peruanos ocupen aquel rango entre las naciones del Nuevo Mundo! Éste es el deseo muy sincero que me anima.

Vuestra compatriota y amiga.

Flora Tristán

París, agosto de 1836.

Pues, en verdad os digo que si tuvieseis una fe
tan grande como un grano de mostaza,
diríais a esta montaña: Transpórtate de aquí a allá
y se transportaría y nada os sería imposible.
(San Mateo, XII, 17).

Dios no ha hecho nada en vano. Los mismos malos entran dentro del orden de su Providencia. Todo está coordinado y todo progresa hacia un fin. Los hombres son necesarios a la tierra que habitan, viven de su vida y, formando parte de ese conglomerado, cada uno de ellos tiene una misión a la que la Providencia le ha destinado. Sentimos inútiles pesares, estamos sitiados por impotentes deseos por haber desconocido esta misión y nuestra vida se ve atormentada, hasta que al fin volvemos sobre nuestros pasos. De igual modo, en el orden físico, las enfermedades provienen de la falsa apreciación de las necesidades del organismo para la satisfacción de sus exigencias. Descubriremos, pues, las reglas que hay que seguir para alcanzar en este mundo la mayor suma de felicidad por medio del estudio de nuestro ser moral y físico, de nuestra alma y de la organización del cuerpo al que aquélla ha sido destinada a mandar. Las enseñanzas no nos faltan ni para uno ni para otro estudio. El dolor, ese rudo maestro, nos las prodiga sin cesar; pero no ha sido dado al hombre progresar sino con lentitud. Sin embargo, si comparamos los males de que son presa los pueblos salvajes con los que existen todavía entre los pueblos más avanzados en civilización y los goces de los primeros con los de los segundos, nos admiraremos de la inmensa distancia que separa a estas dos fases extremas de colectividades humanas. Pero no es necesario, para comprobar el progreso, comparar dos estados de sociabilidad tan alejados el uno del otro. El progreso gradual de

siglo a siglo es fácil de verificar por los documentos históricos que nos presentan el estado social de los pueblos en tiempos anteriores. Para negarlo es preciso no quererlo ver, y el ateo, a fin de ser consecuente consigo mismo, es el único interesado en hacerlo.

Concurrimos todos, a pesar nuestro, al desarrollo progresivo de la especie. Mas en cada siglo, en cada fase de sociabilidad, vemos a hombres que sobresalen de la multitud y que marchan como exploradores, muy por delante de sus contemporáneos. Agentes especiales de la Providencia trazan la vía por la cual, después de ellos, prosigue la humanidad. Esos hombres son más o menos numerosos y ejercen sobre sus contemporáneos una influencia más o menos grande, según el grado de civilización a que ha llegado la sociedad. El punto más alto de civilización será aquél en que cada uno tenga conciencia de sus facultades intelectuales y las desarrolle deliberadamente en interés de sus semejantes, sin considerarlo diferente del suyo.

Si la apreciación de nosotros mismos es previamente necesaria para el desarrollo de nuestras facultades intelectuales, si el progreso individual está proporcionado al desarrollo y a la aplicación de estas mismas facultades, es incontestable que las obras más útiles para los hombres son aquellas que les ayudan al estudio de ellos mismos, haciéndoles ver al individuo en las diversas posiciones de la existencia social. Los hechos solos no son suficientes para hacer conocer al hombre. Si el grado de su progreso intelectual no se nos presenta y si las pasiones que han sido sus móviles no se nos muestran, los hechos no llegan hasta nosotros sino como otros tantos enigmas que la filosofía, con más o menos éxito, intenta calificar.

La mayor parte de los autores de memorias que contienen revelaciones no han querido que aparezcan sino cuando la muerte los ha cubierto de la responsabilidad de sus actos y palabras, sea que fuesen retenidos por una susceptibilidad de amor propio al hablar de sí mismos, sea por temor a suscitarse enemigos al hablar de otros, sea que temiesen las recriminaciones o los mentís. Procediendo en esta forma han invalidado su testimonio, al que sólo se presta fe cuando los autores de la época lo confirman. Tampoco se puede suponer que el perfeccionamiento ha sido el objeto predominante de su pensamiento. Se ve que han querido hacer ha-

blar de sí mismos dando pasto a la curiosidad y aparecer a los ojos de la posteridad distintos de lo que fueron sus contemporáneos y así han escrito con un propósito personal. Disposiciones recibidas por una generación que ya no se interesa por ellas, pueden ofrecer el cuadro de costumbres de sus antepasados, pero no podrán ejercer sino una débil influencia sobre las suyas. En efecto, es por lo general la opinión de nuestros contemporáneos lo que nos sirve de freno y no la que podrá emitir sobre nosotros la posteridad. Las almas de élite únicamente ambicionan este sufragio; las masas permanecen indiferentes.

En nuestros días, los corifeos proceden de suerte que sus revelaciones testamentarias se publiquen inmediatamente después de su muerte. Es entonces cuando quieren que su sombra arranque violentamente la máscara a quienes les precedieron en la tumba y a algunos de los sobrevivientes a quienes la vejez ha puesto fuera de escena. Así han procedido los Rousseau, los Fouché, los Grégoire, los Lafayette, etc. Así procederán los Talleyrand, los Chateaubriand, los Béranger, etc. La publicación de memorias, hecha al mismo tiempo que la nota necrológica o la oración fúnebre, ofrece, sin duda, más interés que si, como las del duque de Saint-Simon,[1] aparecen un siglo después de la muerte del autor; pero su acción represiva es casi nula. Son ramas de un árbol derribado cuyos frutos no son la sucesión del perfume de sus flores y la tierra no los hará reverdecer jamás.

El interés que se presta a los grandes acontecimientos induce generalmente a los escritores a representar a los hombres en medio de esos grandes acontecimientos y les hace despreocuparse de mostrárnoslos interiormente. Los autores de memorias no están siempre exentos de ese defecto, aunque nos hacen conocer a las personas de quienes hablan y las costumbres de su tiempo mejor que los historiadores propiamente dichos. Pero, la mayoría de estos escritores han tomado a los grandes personajes del orden social como tema de sus escritos y nos han descrito muy rara vez a

[1] Louis de Rouvroy, duque de Saint-Simon, (1675-1755), político e historiador francés. Hijo de un palafrenero del rey Luis XIII que llegó a ser duque y par del reino. A la muerte del regente (1723), se retiró a sus posesiones de La Ferté-Vidame para continuar con la redacción de sus Memorias que relatan los últimos veinte años del reinado de Luis XIV y de la Regencia. Impublicable durante su vida, su obra sólo fue editada íntegramente en 1829-1830. (N. del E.)

los hombres de las diversas profesiones que componen las sociedades humanas. El duque de Saint-Simon nos hace ver a los cortesanos y sus intrigas; pero no piensa en referirnos las costumbres del burgués de París o de alguna otra parte de Francia. El carácter moral de un hombre del pueblo no ofrecía ningún interés a los ojos de un gran señor de entonces. Sin embargo, el valor de un individuo no radica en la importancia de las funciones que desempeña, en el rango que ocupa o en las riquezas que posee. Su valor, a los ojos de Dios, está proporcionado a su grado de utilidad en sus relaciones con la especie humana íntegra, y es con esta escala con la que, en adelante, deberá medirse el elogio o la censura. En tiempos del duque de Saint-Simon se estaba aún muy lejos de conocer esta medida de las acciones humanas. Las memorias que harían conocer a los hombres tales cuales son, y que los apreciarían según su valor real, son las del hombre que ha luchado contra la adversidad, las de aquel que en el infortunio se encontró frente al poder del rango y de la riqueza y a quien una creencia religiosa pone por encima de todo temor. Quien ve un semejante en todo ser humano y sufre por sus penas y se regocija con sus goces es quien debe escribir sus memorias, cuando se ha encontrado en situación de recoger sus observaciones... Esas memorias harán conocer a los hombres sin distinción de rangos, tales como la época y el país los presentan.

Si sólo se tratara de presentar los hechos, los ojos bastarían para verlos. Pero, para apreciar la inteligencia y las pasiones del hombre, la instrucción no es lo único necesario. Es preciso haber sufrido y sufrido mucho, pues sólo el infortunio puede enseñarnos a conocer en lo justo lo que valemos y lo que valen los demás. Es preciso, además, haber visto mucho a fin de que, despojados de todo prejuicio, consideremos a la humanidad desde otro punto de vista que el de nuestro campanario. Es preciso, en fin, tener en el corazón una fe de mártir. Si la expresión del pensamiento se detiene por consideración ante la opinión de otro, si la voz de la conciencia se ahoga por temor de hacerse de enemigos, o por otras consideraciones particulares, se falta a la misión, se reniega de Dios.

Se preguntará quizá si es siempre útil publicar las acciones de los hombres en el momento en que acaban de practicarse. Sí, respondería yo. Todas las que perjudican; todas las que provienen

de un abuso de poder, cualquiera que éste sea: de fuerza o de autoridad, de inteligencia o de posición, y que hiera a otro en la independencia que Dios ha concedido sin distinción a todas las criaturas, fuertes o débiles. Pero si la esclavitud existe en la sociedad, si se encuentran ilotas en su seno, si las leyes no son iguales para todos, si los prejuicios religiosos o de otra índole reconocen una clase de PARIAS, ¡oh!, entonces la misma abnegación que nos lleva a señalar ante el desprecio al opresor debe hacernos echar un velo sobre la conducta del oprimido que trata de escapar al yugo. ¿Existe acción más odiosa que la de esos hombres que en las selvas de América van a la caza de negros fugitivos para traerlos de nuevo bajo el látigo del amo? La esclavitud está abolida, se dirá, en la Europa civilizada. Ya no hay, es cierto, mercados de esclavos en las plazas públicas; pero entre los países más avanzados no hay uno en el cual clases numerosas de individuos no tengan mucho que sufrir de una opresión legal: los campesinos en Rusia, los judíos en Roma, los marineros en Inglaterra, las mujeres en todas partes. Sí, en todas partes en donde la cesación del consentimiento mutuo y necesario a la formación del vínculo matrimonial no es suficiente para romperlo, la mujer está en servidumbre. El divorcio obtenido por la voluntad expresa de una de las partes puede únicamente libertarla y ponerla a nivel del hombre, al menos, para los derechos civiles. Así, pues, mientras el sexo débil, sujeto al más fuerte, se encuentre forzado en las afecciones más premiosas de nuestra naturaleza, mientras no haya reciprocidad entre ambos sexos, publicar los amores de las mujeres es exponerlas a la opresión. De parte del hombre es la acción de un cobarde puesto que, a este respecto, él goza de toda su independencia.

Se observa que el nivel de civilización a que han llegado diversas sociedades humanas está en proporción a la independencia de que gozan las mujeres. Algunos escritores, en la vía del progreso, convencidos de la influencia civilizadora de la mujer y al verla por todas partes regida por códigos excepcionales, han querido revelar al mundo los efectos de ese estado de cosas. Con este objeto, desde hace cerca de diez años han lanzado diversos llamamientos a las mujeres para animarlas a publicar sus dolores y sus necesidades, los males que resultan de su sujeción y lo que debería esperarse de la igualdad entre los dos sexos. Ninguna, que

yo sepa, ha respondido a este llamamiento. Los prejuicios que reinan en la sociedad parecen haber paralizado su valor y mientras en los tribunales repercuten las demandas dirigidas por las mujeres, ya sea para obtener pensiones alimenticias de sus maridos o su separación de ellos, ninguna se atreve a levantar la voz contra un orden social que, dejándolas sin profesión, las mantiene en la dependencia, al mismo tiempo que remacha sus cadenas con la indisolubilidad del matrimonio.[2] Me equivoco. Un escritor, que se ha distinguido desde sus comienzos por la elevación de su pensamiento y la dignidad y pureza de su estilo, ha empleado la forma de novela para hacer resaltar la desgracia de la posición que nuestras leyes han asignado a la mujer, y ha puesto tanto de verdad en su descripción que sus propios infortunios han sido presentidos por el lector. Pero, este escritor, que es una mujer, no contento del velo con que ha escondido sus escritos, los ha firmado con nombre masculino.[3] ¿Qué repercusión pueden tener las quejas envueltas entre ficciones? ¿Qué influencia podrán ejercer cuando los hechos que las motivan son despojados de la realidad? Las ficciones agradan, ocupan un instante del pensamiento; pero jamás son los móviles de las acciones de los hombres. La imaginación está cansada, las decepciones la han tornado desconfiada de sí misma. Y es sólo con palpables verdades, con hechos irrecusables, con lo que se puede esperar influir sobre la opinión pública. ¡Que las mujeres cuya vida ha sido atormentada por grandes infortunios hagan hablar sus dolores! Que expongan las desgracias sufridas como consecuencia de la posición que les ha deparado las leyes y los prejuicios que las encadenan; pero que hablen... ¿Quién mejor que ellas estaría a la altura de revelar las ini-

[2] Para ampliar el contexto histórico en el que escribe Flora Tristán puede consultarse la segunda parte del libro de Simone de Beauvoir, El segundo sexo. Los hechos y los mitos (Buenos Aires, Ediciones Siglo XX, 1984, p. 145). Allí se puede leer: "Durante todo el siglo XIX la jurisprudencia [francesa] no hace más que reforzar los rigores del código, privando a la mujer, entre otras cosas, del derecho absoluto de enajenar. En 1826, la Restauración abolió el divorcio; la Asamblea Constituyente de 1848 se negó a restablecerlo y no reapareció hasta 1884". Flora presenta al Parlamento francés, en 1837, una petición para el reestablecimiento del divorcio. (N. del E.)

[3] Aurore Dupin, baronesa Dudevant, llamada George Sand (1804-1876). Su primera novela, Rose y Blanche (1831), fue escrita en colaboración con Jules Sandeau, quien le proporcionó su seudónimo. Ver nota 24 (p. 51) de la introducción. (N. del E.)

quidades ocultas en la sombra al desprecio del público?... Que todo individuo, en fin, que ha visto y ha sufrido, y que ha tenido que luchar contra las personas y las cosas, se imponga el deber de contar con toda verdad los acontecimientos en los cuales ha sido autor o testigo y nombre a aquéllos a quienes debe censurar o elogiar. Pues, lo repito, la reforma sólo puede operarse, y sólo habrá probidad y franqueza en las relaciones sociales, por efecto de semejantes revelaciones.

En el curso de mi narración hablo a menudo de mí misma. Me pinto con mis dolores, mis pensamientos y mis afectos. Todo resulta de la constitución que Dios me ha dado, de la educación que he recibido y de la posición que las leyes y los prejuicios me han señalado. Nada es completamente igual y, sin duda, hay muchas diferencias entre todas las criaturas de una misma especie y de un mismo sexo. Pero, hay también semejanzas físicas y morales sobre las cuales los usos y las costumbres proceden en forma parecida y producen efectos análogos. Muchas mujeres viven, de hecho, separadas del marido, en los países donde el catolicismo de Roma ha hecho rechazar el divorcio. No es, pues, sobre mí, personalmente, que quiero atraer la atención, sino sobre todas las mujeres que se encuentran en la misma posición y cuyo número aumenta diariamente. Ellas pasan por tribulaciones y por sufrimientos de la misma naturaleza que los míos, están preocupadas por la misma clase de ideas y sienten los mismos afectos.

Las necesidades de la vida ocupan por igual a uno y otro sexo. Pero el amor no los afecta a ambos en el mismo grado. En la infancia de las sociedades el cuidado de su defensa absorbe la atención del hombre.[4] En una época más avanzada de la civilización, el de hacer fortuna. Pero en todas las fases sociales el amor es para la mujer la pasión central de todos sus pensamientos. Hablo según mis propias impresiones y lo que he observado. En otra obra entraré más a fondo en la cuestión y presentaré el cuadro de los males que resultan de su esclavitud y de la influencia que adquirirá con su liberación.

Todo escritor debe ser veraz. Si no se siente con el valor de serlo debe renunciar al sacerdocio que asume: el de instruir a sus seme-

[4] Las estadísticas señalan, en Francia, el número de trescientas mil mujeres separadas de sus maridos. (N. de la A.)

jantes. La utilidad de sus escritos resultará de las verdades que contengan. Por eso, dejando a las meditaciones de la Filosofía el descubrimiento de las verdades generales, no intento decir sino lo cierto en el relato de las acciones humanas. Esta verdad está al alcance de todos. Si el conocimiento de las acciones de los hombres en diversos grados de progreso intelectual y en las innumerables circunstancias de la existencia que los llama a obrar es indispensable al conocimiento del corazón humano y al estudio de uno mismo, la publicidad dada a las acciones de los hombres vivos es el mejor freno que se puede imponer a la perversidad y la más bella recompensa que ofrecer a la virtud. Sería desconocer extrañamente la gran utilidad moral de la publicidad el querer restringirla a los actos de los funcionarios del Estado. Las costumbres ejercen una influencia constante sobre la organización social; es evidente que el objeto de la publicidad fracasaría si las acciones privadas quedasen aparte. Ninguna hay que sea útil sustraer, ninguna es indiferente. Todas aceleran o retardan el movimiento progresivo de la sociedad. Si se reflexiona en el gran número de iniquidades que se cometen cada día y que las leyes no saben impedir, se convencerán del inmenso mejoramiento de las costumbres que resultaría de la publicidad dada a las acciones privadas. No habría ya hipocresía posible y la deslealtad, la perfidia y la traición no usurparían sin cesar, con apariencias engañosas, la recompensa de la virtud. Habría verdad en las costumbres y la franqueza se trocaría en habilidad.

Pero ¿dónde se encontrarán —está uno tentado de preguntar— esos seres llenos de fe y de inteligencia, cuya abnegación intrépida consienta en desafiar las recriminaciones, los odios, las venganzas y en exponer a toda luz las iniquidades ocultas y los nombres de sus autores? Para publicar acciones en las cuales uno está individualmente interesado, cometidas por personas vivas, que habitan en el mismo país, en la misma ciudad, ¿se encontrarán gentes que renuncien a todo interés mundano y abracen la vida del mártir? Se encontrará cada día más numerosas, responderé yo con la fe que tengo en el corazón. La religión del progreso tendrá sus mártires, como todas las otras han tenido los suyos, y no faltarán seres suficientemente religiosos para comprender el pensamiento que me guía y tengo también conciencia de que mi ejemplo

tendrá imitadores. El reino de Dios llega. Entramos en una era de verdad. Nada de lo que ponga trabas al progreso podrá subsistir. La opinión, esta reina del mundo, ha producido inmensas mejoras. Con los medios de ilustración que aumentan cada día, las producirá más grandes aún. Después de haber renovado la organización social, renovará el estado moral de los pueblos.

Al entrar en la nueva ruta que acabo de trazar, cumplo con la misión que me ha sido dada. Obedezco a mi conciencia. Los odios podrían levantarse contra mí; pero, Ser de fe, ante todo, ninguna consideración me impedirá decir todo cuanto he sufrido. Nombraré a los individuos pertenecientes a diversas clases de la sociedad con quienes las circunstancias me han puesto en contacto. Todos viven aún. Les haré conocer por sus acciones y sus palabras.

Prefacio
[a la primera edición]

Antes de comenzar la narración de mi viaje debo hacer conocer al lector la posición en que me encontraba cuando lo emprendí y los motivos que lo determinaron. Debo colocarlo en mi punto de vista, a fin de asociarlo a mis pensamientos y mis impresiones.

Mi madre es francesa. Durante la emigración se casó en España con un peruano.[5] Como algunos obstáculos se oponían a su unión, se casaron clandestinamente y fue un sacerdote francés emigrado quien celebró la ceremonia del matrimonio en la casa que ocupaba mi madre. Tenía yo cuatro años cuando perdí a mi padre en París.[6] Murió súbitamente, sin haber regularizado su matrimonio y sin haber pensado en reemplazarlo con disposiciones testamentarias. Mi madre tenía pocos recursos para vivir y educar a mi hermano menor y a mí. Se retiró al campo, en donde viví hasta la edad de quince años. Mi hermano murió. Regresamos a París donde mi madre me obligó a casarme con un hombre[7]

[5] El padre de Flora se llamaba Mariano Tristán y Moscoso y era coronel oriundo de Arequipa, mayorazgo de una antigua y rica familia virreinal. Su madre fue Teresa Laîné o Laisney, francesa educada en las ideas republicanas. Aunque Flora asegura que ambos se casaron en España clandestinamente, jamás pudo comprobar al orden social de su época la legitimidad de dicha unión. Ello hace pensar a algunos historiadores, entre ellos Basadre, que se trató de una unión libre. (N. del E.)

[6] Flora Celestina Teresa Enriqueta Tristán y Moscoso nació el 7 de abril de 1803, en plena época napoleónica. Su padre muere en 1808. (N. del E.)

[7] M. André Chazal (hijo), grabador, hermano de M.A. Chazal, profesor del Jardín Botánico. (N. de la A.)

a quien no podía amar ni estimar.[8] A esta unión debo todos mis males; pero como mi madre, después, no ha cesado de mostrar el vivo pesar, la he perdonado y en el curso de esta narración me abstendré de hablar de ella. Tenía veinte años cuando me separé de ese hombre. Hacía seis años, en 1833, que duraba esta separación y cuatro solamente que había yo entrado en correspondencia con mi familia del Perú.[9]

Supe durante esos seis años de aislamiento todo lo que está condenada a sufrir la mujer que se separa de su marido en medio de una sociedad que, por la más absurda de las contradicciones, ha conservado viejos prejuicios contra las mujeres colocadas en esta posición, después de haber abolido el divorcio y hecho casi imposible la separación de cuerpos. La incompatibilidad y mil otros motivos que la ley no admite hacen necesaria la separación de los esposos; pero la perversidad, sin suponer en la mujer motivos que ella pueda declarar, la persigue con sus infames calumnias. Excepto un número pequeño de amigos, nadie cree en lo que dice y, excluida de todo por la malevolencia, no es, en esta sociedad que se enorgullece de su civilización, sino una desgraciada paria a quien se cree demostrar favor cuando no se la injuria.

Al separarme de mi marido había abandonado su nombre y tomado el de mi padre. Bien acogida en todas partes como viuda o como soltera, siempre era rechazada cuando la verdad llegaba a ser descubierta. Joven, bonita y gozando, en apariencia, de una sombra de independencia eran causas suficientes para envenenar las conversaciones y para que me repudiase una sociedad que gime bajo el peso de las cadenas que se ha forjado y que no perdona a ninguno de sus miembros que trata de liberarse de ellas.

[8] Parece inexacta la afirmación de Flora de que fue obligada a casarse. En el largo proceso judicial que siguió con su marido años después, éste presentó cartas que prueban lo contrario. Es más, a lo que parece, Flora fue su amante y, quizá por esta causa, la madre hizo apresurar el matrimonio. Para mayores detalles puede consultarse el libro La vie et l'œuvre de Flora Tristan (1803-1844) de Jules L. Puech, Libraire des sciences sociales et politiques, París, 1925. [N. de la T.]

[9] Flora se separó de su marido a principios de 1825, poco antes de nacer su hija Aline. Además, su primer viaje a Londres lo hizo en 1826, estando ya separada de Chazal, y para lo cual dejó a sus hijos con su madre. Ver Puech, op. cit., pp. 17-19. (N. del E.)

La presencia de mis hijos[10] me impedía hacerme pasar por soltera y casi siempre me presentaba como viuda. Mas permaneciendo en la misma ciudad en donde residían mi marido y mis antiguas relaciones, me era muy difícil sostener un papel que una multitud de circunstancias podía hacerme traicionar. Ese papel me ponía frecuentemente en situaciones falsas, echaba sobre mi persona un velo de ambigüedad y me atraía sin cesar los más graves disgustos. Mi vida era un suplicio a cada instante. Sensible y orgullosa en exceso, me sentía continuamente ofendida en mis sentimientos y herida e irritada en la dignidad de mi ser. Si no hubiese sido por el amor que tenía a mis hijos, sobre todo a mi hija, cuya suerte en el porvenir excitaba vivamente mi solicitud y me inducía a quedarme a su lado para protegerla y socorrerla, sin ese deber sagrado que penetraba profundamente en mi corazón, ¡que Dios me perdone y que los que gobiernan nuestro país también!, ¡me habría dado la muerte...! Veo, ante esta confesión, la sonrisa de indiferencia y de egoísmo que no comprende, en su independencia, la correlación existente entre todos los individuos de una misma colectividad. Como si la salud del cuerpo social, en el que varios de sus miembros se sienten empujados al suicidio por la desesperación, no ofreciese algún motivo de estudio. Había escrito en 1829 a mi familia del Perú con el deseo, formado a medias, de refugiarme cerca de ella y la respuesta que recibí me habría animado a realizar de inmediato ese proyecto si no me hubiese detenido la reflexión desesperante de que también ellos iban a rechazar a una esclava fugitiva porque, por despreciable que fuese el ser de quien sufría el yugo, su deber era morir en el tormento antes que quebrantar los grillos remachados por la ley.

Las persecuciones de M. Chazal me habían obligado, en distintas ocasiones, a huir de París. Cuando mi hijo cumplió ocho años insistió en tenerlo a su lado y me ofreció el descanso con esta condición. Cansada de tan larga lucha, y no pudiendo resistir más, consentí en entregarle a mi hijo vertiendo lágrimas por el porvenir de ese niño; mas apenas transcurridos unos meses después del arreglo, este hombre empezó a atormentarme y quiso también qui-

[10] Flora tuvo tres hijos de su matrimonio. De ellos sólo sobrevivieron el mayor Ernesto Camilo y Aline, nacida el 16 de octubre de 1825. Esta última fue madre del pintor Paul Gauguin. [N. de la T.]

tarme a mi hija porque se dio cuenta de que me sentía feliz al tenerla cerca de mí. En esta circunstancia me vi obligada nuevamente a alejarme de París. Era la sexta vez que, para sustraerme de persecuciones incesantes, dejaba la única ciudad del mundo en que me ha gustado vivir. Durante más de seis meses, oculta bajo un nombre supuesto, anduve errante con mi pobre hijita. En esta época la duquesa de Berry recorría la Vendée. Tres veces me detuvieron. Mis ojos y mis largos cabellos negros, que no podían corresponder a la filiación de la duquesa, me sirvieron de pasaporte y me salvaron de toda equivocación. El dolor, unido a las fatigas, agotó mis fuerzas. Al llegar a Angulema caí peligrosamente enferma.

Dios me hizo encontrar en aquella ciudad a un ángel de virtud que me brindó la posibilidad de ejecutar el proyecto que desde hacía dos años meditaba y me impedía realizar el afecto por mi hija. Me habían indicado la pensión de Mlle. Bourzac como la mejor para dejar a mi niña. Desde el principio esta excelente persona leyó en la tristeza de mis ojos la intensidad de mi dolor. Recibió a mi hija sin hacerme una sola pregunta y me dijo: "Puede marcharse sin ninguna inquietud. Durante su ausencia le serviré de madre y si la desgracia quisiera que no la volviese a ver se quedará con nosotros". Cuando tuve la certidumbre de ser reemplazada cerca de mi hija, resolví ir al Perú y refugiarme en el seno de mi familia paterna con la esperanza de encontrar allí una posición que me hiciese entrar de nuevo en la sociedad.

Hacia fines de enero de 1833 fui a Burdeos y me presenté en casa de M.[11] de Goyeneche, con quien estaba en correspondencia. M. de Goyeneche (Mariano) es primo de mi padre. A mi vista, M. de Goyeneche se admiró de la extraordinaria semejanza de mi fisonomía con la de mi padre. Le recordaba a su antiguo amigo y a este recuerdo se unían para él los de su juventud, los de su familia y, en fin, los de su país al que extrañaba sin cesar. Concentró luego en mí una parte del afecto que había tenido a su primo; ese anciano de nobles modales me recibió con consideraciones que me demostraban cuánto me distinguía. Me presentó a toda la sociedad como su sobrina y me colmó de testimonios de benevolencia.

[11] Hemos conservado en todo el texto esta inicial que corresponde al apelativo francés "monsieur", equivalente a "señor" en castellano. (N. de la T.)

Recibí también muy buena acogida de M. Bertera (Felipe),[12] joven español que vive con M. de Goyeneche y se ocupa de los negocios de mi tío Pío de Tristán. Permanecí dos meses y medio en Burdeos tomando las comidas en casa de mi pariente; me alojé muy cerca, en casa de una señora que me arrendó un departamento amueblado. Tuve alguna demora antes de poder emprender el viaje y un concurso de circunstancias fortuitas vino a complicar aún más mi situación. En 1829 había encontrado en París, en una pensión donde me alojé al llegar de un viaje, a un capitán de navío que venía de Lima. Sorprendido de la semejanza de mi nombre con el de la familia Tristán, que él había conocido en el Perú, me preguntó si éramos parientes. Respondí que no, como tenía costumbre de hacerlo. Diez años hacía que había renegado de esa familia, por causas que más adelante haré conocer, y fue la casualidad de ese encuentro la que me permitió entrar en correspondencia con parientes del Perú, hacer el viaje y todo cuanto sucedió después.

Tras larga conversación con M. Chabrié (nombre del capitán) escribí a mi tío Pío una carta que puede atestiguar la nobleza de mis sentimientos y la lealtad de mi carácter; pero que me perdió al revelarle la irregularidad del matrimonio de mis padres. Pasaba como viuda en el hotel, mi hija estaba conmigo. Fue en esta situación en que me conoció el capitán Chabrié. Se fue. Yo a la vez dejé esta casa poco después de haberlo encontrado y, desde entonces, no oí hablar más de él.

En febrero de 1833 sólo había en Burdeos tres navíos que salían para Valparaíso: el "Carlos Adolfo", cuyo camarote no me convenía; el "Fletes", al que hube de renunciar porque el capitán no quiso tomar en pago de mi pasaje una letra de cambio pagadera por mi tío; y el "Mexicano", hermoso barco nuevo que todo el mundo ponderaba. Me había presentado como señorita a M. de Goyeneche y a toda su sociedad. Es fácil imaginar el efecto que produjo sobre mí el nombre del capitán del "Mexicano" cuando mi pariente me dijo que se apellidaba Chabrié. Era el mismo capitán que, en 1829, había encontrado en aquel hotel de París.

Hice cuanto pude a fin de evitar embarcarme en el "Mexicano"; pero temiendo que mi conducta fuese juzgada como extraor-

[12] Felipe Bertera fue cónsul del Perú en Burdeos y a lo que parece murió en 1844. Ver Puech, nota de la p. 29. (N. de la T.)

dinaria en la casa de mi pariente, en la que M. Chabrié había sido muy recomendado por el capitán Roux, quien desde hacía mucho tiempo mantenía relaciones de negocios con mi familia, no me atreví a negarme a visitar el barco.

Pasé dos días y dos noches en una perplejidad de la que no sabía cómo salir. No había visto a M. Chabrié sino dos o tres veces cuando comía con él en la mesa de huéspedes. Sólo me había hablado del Perú y al escucharlo pensaba únicamente en una familia cuyo abandono me había causado tan terribles pesares, sin ocuparme en lo menor del hombre quien, sin darse cuenta, me hablaba de mis más caros intereses. Lo había olvidado por completo y ahora hacía penosos esfuerzos para recordar a aquel hombre con quien habría de entenderme. Me atormentaban las más vivas inquietudes. Temía echar a perder mi viaje si lo difería; lo que no cesaba de oír acerca de los capitanes de navío no era de naturaleza para tranquilizarme sobre el grado de confianza que debía conceder al capitán del "Mexicano". No podía resistir más a las instancias de mi pariente, a quien presionaba M. Chabrié para conocer mi determinación a fin de poder disponer, si yo no iba en su barco, del camarote que me destinaba. Cuando me he encontrado en situaciones embarazosas no he tomado consejo sino de mi corazón. Hice buscar a M. Chabrié, quien me reconoció con sorpresa en cuanto entró. Yo estaba emocionada. Cuando estuvimos solos le tendí la mano:

—Señor, le dije, no lo conozco; sin embargo, le voy a confiar un secreto muy importante para mí y voy a pedirle un eminente servicio.

—Cualquiera que sea la naturaleza de ese secreto, me respondió, le doy mi palabra, señorita, de que su confianza no estará mal colocada y en cuanto al servicio que espera de mí le prometo hacerlo, a menos que la cosa sea completamente imposible.

—¡Oh! Gracias, gracias, le dije, apretándole con fuerza la mano. Dios lo recompensará del bien que me hace.

La expresión y el acento de verdad de M. Chabrié me habían convencido enseguida de que podía contar con él.

—Lo que le pido, continué, es simplemente olvidar que me ha conocido en París con el nombre de señora y con mi hija. Le explicaré a bordo la razón. Dentro de dos horas visitaré su navío y es-

cogeré mi camarote. M. Bertera arreglará el precio con usted y hasta la partida hable de mí como si me hubiese visto hoy por primera vez... M. Chabrié me comprendió y me apretó la mano con cordialidad. Ya éramos amigos.

—¡Valor!, me dijo, voy a apresurar nuestra partida. Comprendo todo lo que debe sufrir en su situación.

Puedo decirlo: esta primera visita de M. Chabrié es uno de los más felices recuerdos que conservo en el corazón.

Durante los dos meses y medio que permanecí en Burdeos me sentía afectada por las más inquietantes aprensiones. En dos oportunidades había vivido en esa ciudad con mi hija antes de haber pensado en mi familia del Perú. Había conocido a mucha gente, de suerte que cada vez que salía me exponía a encontrar a algunos de esos antiguos conocidos, quienes podían pedirme noticias de mi hija a mí, la señorita Flora Tristán. Sentía una continua ansiedad. ¡Con qué impaciencia esperaba el día en que debíamos hacernos a la vela!

No veía la hora de salir de casa de mi tío, M. de Goyeneche. Sin embargo, me trataban con la mayor distinción y sobre todo con pruebas de afecto que me hubiesen hecho muy feliz de haber estado en una posición sólida. Pero tenía demasiado orgullo como para complacerme en consideraciones prodigadas a un título que no era el mío y mi corazón, abrevado por largos sufrimientos, no podía ser accesible a los prestigios del mundo y de su lujo. Esta sociedad organizada para el dolor, en la cual el amor es un instrumento de tortura, no tenía para mí ningún atractivo. Sus placeres no me daban ninguna ilusión, veía el vacío y la realidad de la ventura que a ella se había sacrificado. Mi existencia había sido destrozada y no aspiraba ya sino a una vida tranquila. El reposo era el sueño constante de mi imaginación y el objeto de todos mis deseos. No me resolvía sin pesar a mi viaje al Perú. Sentía, como por instinto, que me iba a atraer nuevas desgracias sobre mi cabeza. Dejar mi país que amaba con predilección; abandonar a mi hija que no tenía más apoyo que el mío; exponer mi vida, mi vida que era una carga para mí, porque sufría y porque no podía gozarla sino furtivamente, pero que de haber sido yo libre me habría parecido bella y radiante. En fin, hacer todos esos sacrificios y afrontar todos esos peligros, porque estaba unida a un ser vil que me

reclamaba como a su esclava. ¡Oh! Esas reflexiones hacían saltar indignado a mi corazón. Maldecía esta organización social que, opuesta a la Providencia, sustituye con la cadena del forzado el lazo del amor y divide la sociedad en siervos y en amos. A esos movimientos de desesperación sucedía el sentimiento de mi debilidad. Las lágrimas brotaban de mis ojos. Caía de rodillas e imploraba a Dios con fervor para que me ayudase a soportar la opresión. Era durante el silencio de la noche cuando, asediada por estas reflexiones, se desenvolvía ante mis pensamientos el irritante cuadro de mis desgracias pasadas. El sueño huía, sólo durante cortos instantes endulzaba mis penas. Me perdía en vanos proyectos, trataba de penetrar en el carácter de mi pariente M. de Goyeneche. Es religioso, me decía, hasta el punto de no faltar un solo día a misa. Puntual en el cumplimiento de todos los deberes que la religión impone, debe estar en sus pensamientos Dios al que nombra a cada paso. Es rico y pariente mío cercano, ¿podría negarse a tomarme a mí y a mi hija bajo su protección? ¡Oh!, pensaba, no puede rechazarme. No, yo soy la que Dios le envía. Hoy, esta misma mañana, le confiaré mis pesares, le relataré el martirio de mi vida y le suplicaré que nos guarde en su casa a mi pobre hijita y a mí. ¿Sería, ¡ay!, una carga que le impondríamos a él, solterón, sin familia, rebozando de todo y que vivía solo en una casa inmensa (el hotel Schicler), en donde su sombra se pierde y donde nuestras voces amigas harían resonar sin cesar acentos de reconocimiento?... Pero en la mañana, cuando con el corazón palpitante de emoción me acercaba al anciano, desde las palabras que me dirigía me asombraba la expresión seca y egoísta del solterón, del hombre rico y avaro que no piensa sino en sí mismo, que se considera el centro de todas las cosas y atesora siempre para un futuro que no alcanzará jamás. Esta expresión de sequedad me helaba. Enmudecía, encomendaba a mi hija a Dios y deseaba ardientemente estar lejos, en el mar. Nunca hice esta tentativa, es cierto, a pesar de la devoción de mi pariente, pero no hubiese tenido éxito. Tuve la prueba de ello a mi regreso. El catolicismo de Roma nos dejaba con todas nuestras inclinaciones y da a la del egoísmo mayor intensidad. Nos separa de ello sólo para concentrar todos nuestros afectos en la Iglesia. Se hace profesión de amar a Dios y es por la observancia de las prácticas religiosas, impuestas por la

Iglesia, que se cree probarle ese amor. Lejos de creerse uno obligado a socorrer a sus parientes, sus relacionados y amigos, al prójimo en fin, se encuentra casi siempre motivos religiosos tomados en la conducta del que reclama el socorro para negárselo. Con largueza para la Iglesia y confiándole algunas limosnas es como se imagina, generalmente, satisfacer la caridad predicada por Jesucristo.

M. Bertera, aunque español y buen católico, había ido muy joven a Francia donde fue educado e imbuido en los mismos prejuicios religiosos de M. de Goyeneche. Sin embargo, no le concedí mi confianza; sentía hacia él una amistad desinteresada y no quise comprometerlo en la mentira que decía a mi familia. Ese joven, desde que lo conocí, no había cesado de prodigarme testimonios de afecto. Creía en la sinceridad del interés que me manifestaba y me complacía en demostrarle mi reconocimiento. El placer que sentía en hacerlo mitigaba las innumerables tribulaciones que me asaltaron durante mi estancia en Burdeos. Hasta entonces la mayor parte de las personas con quienes las circunstancias me habían puesto en relación sólo me había hecho daño, en tanto que M. Bertera sentía satisfacción en serme útil. Me confió sus dolorosos pesares y sus preocupaciones. Había visto morir de la misma enfermedad a toda su familia, con la que estaba tiernamente vinculado. Quedó solo y vivía en el aislamiento, en medio del mundo y de su frío egoísmo. El dolor compadece al dolor por más diversas que sean las causas. Desde la primera conversación se estableció entre nuestras almas una intimidad melancólica que, piadosa en sus aspiraciones, no tocaba a la tierra por ningún punto. Me gustaba este joven, sentía esa simpatía tierna y afectuosa que, en la desgracia, los seres sensibles experimentan unos por otros. Su trato para mí era un dulce bálsamo. Cerca de él respiraba con más libertad y la horrible pesadilla que continuamente me oprimía pesaba menos sobre mi pecho. Me gustaba salir con él y casi todas las tardes hacía largos paseos, mientras mi viejo pariente echaba su siesta. Por su lado, M. Bertera buscaba asiduamente todas las ocasiones para serme agradable. Su afecto por mí se manifestaba hasta en las cosas más pequeñas.

En mi vida he vacilado un instante en sacrificar un goce personal al placer más vivo para mí. El de contribuir a hacer feliz o

preservar del pesar a quienes amaba realmente. La sinceridad del afecto que me tenía M. Bertera me daba la convicción de que había comprendido mi dolor si le hubiese confiado el secreto de mi cruel posición y la imposibilidad de cambiarla hubiese aumentado más aún su pesar. Además, la falsa situación en la que me había puesto la mentira, la misma que me fue impuesta por los prejuicios de la sociedad, me era demasiado penosa para consentir que un hombre bueno, a quien quería y para quien tenía tantas obligaciones, soportase una porción cualquiera de las consecuencias que podía acarrear esta mentira. Guardé mi secreto. Tuve el valor de callar cuando estaba segura de encontrar en el corazón de aquel joven una viva simpatía para mis desgracias. Hice este sacrificio por la amistad que le había jurado y sólo espero la recompensa de Dios.

Partí, recomendando a mi hija a la señorita Bourzac y al único amigo que tenía. Ambos me prometieron amarla como a su hija y conservé la dulce y pura satisfacción de no dejar ningún recuerdo penoso tras de mí.

—I—
El "Mexicano"

El 7 de abril de 1833, aniversario de mi nacimiento, fue el día de nuestra partida. Sentía tal agitación al acercarse aquel momento, que durante tres noches no pude saborear una hora de sueño. Tenía el cuerpo quebrantado. Me levanté, sin embargo, al alba, a fin de disponer de tiempo para terminar mis preparativos. A las siete M. Bertera vino en coche a buscarme. Con el resto de mis efectos nos dirigimos al barco. ¡Qué multitud de reflexiones me agitaron durante el corto trayecto entre mi morada y el puerto! El ruido creciente de las calles anunciaba el comienzo de la vida activa. Saqué la cabeza fuera de la ventanilla, ávida de ver todavía aquella hermosa ciudad, en la cual, en otros tiempos, había pasado días tan tranquilos. El soplo tibio de la brisa acariciaba mi rostro. Sentía una superabundancia de vida, mientras que el dolor y la desesperación estaban en mi alma. Me asemejaba al reo a quien se conduce a la muerte. Envidiaba la suerte de esas mujeres que venían del campo a vender leche a la ciudad, a esos obreros que iban al trabajo. Testigo yo misma de mi cortejo fúnebre, veía quizá por última vez esta población laboriosa. Pasamos delante del jardín público. Dije adiós a sus hermosos árboles. ¡Con qué sentimientos de pesar recordaba los paseos hechos bajo su sombra! No me atrevía a mirar a M. Bertera, pues temía que leyera en mis ojos el atroz dolor del que era presa. Al llegar al barco, la vista de esas personas reunidas que llegaban para decir adiós a sus amigos o que iban alegremente a los campos circunvecinos aumentó mi emoción. El momento fatal había llegado. Mi corazón latía tan apresu-

radamente que temí un instante no poderme sostener. Sólo Dios puede apreciar la fuerza que necesité desplegar a fin de resistir el impetuoso deseo que me empujaba a decir a M. Bertera: "En nombre del cielo, sálveme! ¡Por piedad, lléveme lejos de aquí!". Diez veces, durante aquel momento de espera, hice un movimiento para coger de la mano a M. Bertera y dirigirle este ruego. Pero la presencia de toda esa gente me recordaba como un espectro horrible la sociedad que me había arrojado de su seno. A este recuerdo mi lengua se heló, un sudor frío me cubrió el cuerpo y, empleando las pocas fuerzas que me quedaban, pedí con fervor a Dios la muerte como único remedio de mis males.

Se dio la señal de partida. Las personas que habían venido a acompañar a sus amigos se retiraron. El barco hizo un movimiento y se alejó. Quedé sola en la cámara donde había bajado. Todos los pasajeros se hallaban en el puente haciendo a sus conocidos los últimos signos de adiós. De golpe la indignación me devolvió las fuerzas y, lanzándome hacia una de las ventanas, exclamé con voz ahogada:

—¡Insensatos! Os compadezco y no os odio. Vuestros desdenes me hacen sufrir, pero no turban mi conciencia. Las mismas leyes y los mismos prejuicios de que soy víctima llenan igualmente vuestra vida de amargura. Y como no tenéis el valor de sustraeros a su yugo os convertís en serviles instrumentos. ¡Ah! Si tratáis de la misma suerte a aquéllos a quienes la elevación de sus almas y la generosidad de sus corazones llevan a sacrificarse por vuestra causa, os lo predigo, permaneceréis todavía por largo tiempo en vuestra etapa de dolor.

Este arranque me devolvió todo mi valor, me sentí más tranquila. A pesar mío, Dios había venido a habitar dentro de mí. Los señores del "Mexicano" entraron en la cámara. Sólo M. Chabrié parecía emocionado. Gruesas lágrimas se escapaban de sus ojos. Lo atraje hacia mí con una mirada de simpatía. Me dijo:

—Hay que tener valor para alejarse de su país y dejar a sus amigos, mas espero, señorita, que los volveremos a ver...

Al llegar a Pouillac estaba yo aparentemente resignada. Empleé la noche en escribir mis últimas cartas y a la mañana siguiente, hacia las once, subí a la cubierta del "Mexicano".

El "Mexicano" era un brick nuevo de cerca de 200 toneladas. Se esperaba, a causa de su construcción, que fuese un buen velero. Sus compartimientos eran cómodos, pero muy exiguos. La cámara podía tener de dieciséis a diecisiete pies de largo por doce de ancho. Contenía cinco camarotes, de los cuales cuatro eran muy pequeños y el quinto, más grande, destinado al capitán, se encontraba en un extremo. El camarote del segundo estaba fuera de la cámara, a la entrada. La toldilla, obstruida por jaulas de gallinas, canastas y provisiones de toda especie, no ofrecía sino un espacio reducido en donde estar. Ese barco pertenecía en compañía a M. Chabrié que lo mandaba, al segundo M. Briet y a M. David. La carga casi íntegra era igualmente de propiedad de estos tres señores. La tripulación se componía de quince hombres: ocho marineros, un carpintero, un cocinero, un grumete, un contramaestre, el teniente, el segundo y el capitán. Todos estos hombres eran jóvenes, vigorosos y perfectos en su oficio. Hago excepción del grumete, cuya pereza y suciedad causaban a bordo una constante irritación. El barco iba abundantemente aprovisionado y nuestro cocinero era excelente.

No éramos sino cinco pasajeros: un viejo español, antiguo militar que estuvo en la guerra de 1808 y desde hacía diez años habíase establecido en Lima. Este valiente quiso ver a su patria antes de morir y cumplido su deseo, regresaba al Perú. Llevaba consigo a un sobrino, muchacho de quince años, notable por su inteligencia. El tío se llamaba don José y el sobrino, Cesáreo. El tercer pasajero era un peruano, nacido en la Ciudad del Sol (el Cuzco), que había sido enviado a París a la edad de dieciséis años para educarse. Por entonces tenía veinticuatro. Le acompañaba su primo, joven vizcaíno de diecisiete años. El peruano se llamaba Fermín Mioía y su primo, simplemente don Fernando, pues, al igual que los dos primeros pasajeros, sólo era designado por su nombre patronímico. De esos cuatro extranjeros sólo Miota hablaba francés. Yo era la quinta persona a bordo del "Mexicano".

El capitán, M. Chabrié (Zacarías), era un hombre de treinta y seis años, nacido en Lorient. Su padre, oficial de la marina real, le hizo seguir la misma carrera y orientó para ello su educación. Después de los acontecimientos de 1815, M. Chabrié abandonó la marina del Estado para correr los azares de la marina mercante. Ignoro qué motivos le determinaron a ello.

M. Chabrié es completamente distinto de los capitanes de la marina mercante, bravos marinos que, de ordinario, han comenzado por ser simples marineros y después han progresado por su inteligencia y buena conducta. M. Chabrié tiene mucho espíritu natural, la réplica siempre lista, salidas admirables de sencillez y de originalidad; su brusquedad es fruto tanto de su franqueza como de los hábitos de su profesión. Pero lo que hay de más notable en él es la extrema bondad de su corazón y su exaltada imaginación. En cuanto a su carácter, es lo más espantoso que alguna vez he encontrado. Su susceptibilidad se irrita por las cosas más pequeñas y es intolerable. Áspero y colérico, sería inútil, en sus accesos de mal humor, buscar en él las huellas de la bondad de su corazón. No transige con nada, hiere a sus amigos con la ironía más amarga, se complace en torturarlos sin la menor piedad y parece sentir alegría por el mal que les causa. Todo eso con una constancia cuyos periodos me han parecido más de una vez demasiado largos.

A primera vista M. Chabrié parece muy vulgar; pero si se conversa con él unos instantes se reconoce muy pronto al hombre cuya educación ha sido esmerada. Es de estatura mediana y ha debido ser bien proporcionado antes de engordar. Su cabeza, casi enteramente desprovista de cabello, presenta sobre la coronilla una superficie cuya blancura contrasta de una manera muy curiosa con el rojo oscuro que tiñe su rostro. Sus ojillos azules, estropeados por el aire de mar, tienen una expresión indefinible de malicia, descaro y ternura. Su nariz, un poco torcida y sus gruesos labios, tan horribles cuando está enfadado, tan graciosos cuando ríe con esa risa sencilla que tienen los niños, dan a ese conjunto una expresión a la vez de franqueza, de bondad y de audacia. Lo que tiene admirable son sus dientes. Éstos forman, según su propia expresión, una *mandíbula modelo*. Como todo en este hombre contrasta de la manera más extraña, su voz afecta el oído en dos formas muy opuestas: cuando habla no creo que sea posible oír un sonido de voz más ronca, más discordante; pero si esta misma voz canta un pasaje de Rossini, uno de esos trozos de Nourrit, una tirolesa o una linda romanza sentimental, ¡oh!, entonces se siente uno elevado hasta los cielos. Su voz pura y fresca y su acento armónico repercuten hasta el fondo del corazón. Se siente un estremecimiento

y una suave emoción. El capitán Chabrié ha errado su vocación como tantos otros en nuestra sociedad al revés. Estaba hecho para cantar en la Ópera. Su admirable voz de tenor habría encantado a tres mil espectadores, manteniéndolos durante seis horas seguidas en un estado de dulce beatitud, así como lo hace nuestro célebre Nourrit. Para completar el retrato, agregaré que el capitán Chabrié es muy cuidadoso en su vestido y hasta presumido, si se quiere. En extremo friolento, desde que ha sentido los primeros síntomas de un dolor reumático en una pierna, toma los cuidados más minuciosos por su salud y, para preservarse del frío o de la humedad, se cubre con toda clase de vestidos que amontona unos sobre otros de la manera más grotesca.

El segundo, M. Briet (Luis), nació también en Lorient. De la misma edad que M. Chabrié, formaba parte de los guardias del emperador en 1815. La caída del águila le arrebató su hermoso caballo y su brillante uniforme y el futuro mariscal de Francia quedó inconsolable. Decepcionado en sus esperanzas de gloria, fue a probar fortuna a las colonias españolas. M. Briet optó por el oficio de marino, se hizo graduar de capitán y navegaba por cuenta propia o por la de su patrón. Su carácter tenía más de militar que de marino. Era muy ordenado en todas las cosas, lo que no ocurre con los marinos. Era muy limpio y muy entendido en todo cuanto hacía, y a esas cualidades unía gran sobriedad. Hablaba poco, trabajaba mucho y daba órdenes, siempre con ese tono frío y seco del oficial cuando dirige escuadrones o batallones, sin parecer sentir esa ansiedad del marino por la pronta ejecución de las maniobras que ordenaba. Su educación había sido descuidada, pero su buen sentido natural la suplía tan bien, que hubiese sido difícil percibirlo antes de haberlo estudiado.

M. Briet es buen mozo, alto, bien plantado, tiene hermosas facciones y fisonomía distinguida. No entraba dentro de su carácter el ser prevenido, ni menos galante con las damas. Pero a bordo tenía para todos atenciones esmeradas y muy convenientes.

M. David (Alfredo), nacido en París, tenía treinta y cuatro años. Ofrecía el tipo del parisién que ha corrido mundo. Habiendo salido del colegio Bonaparte a la edad de catorce años, sus padres le hicieron embarcar a bordo de un navío que iba a la India para hacerle pasar las de Caín. Llegado a Calcuta, el capitán lo dejó en

tierra harto del incorregible. El audaz muchacho, de mala cabeza pero con un corazón lleno de energía, tomó la firme resolución de ganar su vida y la ganó. Fue sucesivamente marinero, profesor de gramática, empleado de comercio, etc., y permaneció así durante cinco años en la India. De regreso a Francia trató de emplearse. Pero, después de que lo engañaron con esas hermosas promesas que nunca faltan en París, se decidió a probar de nuevo fortuna en la carrera industrial y fue al Perú. En Lima trabó conocimiento con M. Chabrié, se vinculó con él y retornaron juntos a Francia en 1832. M. David había estado ausente ocho años.

M. David se ha educado a sí mismo y, sin haber profundizado nada, ha adquirido una gran variedad de conocimientos. Activo, emprendedor, infatigable, ávido de placeres, inaccesible al pesar, insensible al dolor, posee en el más alto grado ese espíritu de denigración que el autor de Cándido puso de moda a fines del último siglo.[13] Ve siempre el lado malo de la especie humana. Empecinado en su opinión, nunca acata la de los demás, critica todo, porfía a todo. Sofista por carácter, se lanza audazmente en una discusión que le es imposible proseguir, a tal punto repugnan a su espíritu ligero los pensamientos profundos, a tal punto es incapaz de prestar atención sostenida. Y cuando se ha enredado en medio de sus razonamientos, suelta alguna broma chistosa que excita la hilaridad del auditorio y hace perder de vista el objeto principal de la discusión. Por más superficialmente que conozca la cosa sobre la cual se entabla conversación, M. David habla de ella con un aplomo capaz de desconcertar al mismo inventor de aquella cosa. Abandonado sin recursos y en lucha con la miseria en una edad muy tierna, no es en buena escuela donde ha conocido el corazón humano. Acogido por precoces decepciones, la vida no ha tenido ilusiones para él. M. David odia a la especie humana y considera a los hombres como bestias feroces, prontos a devorarse entre sí. Más de una vez ha sido su víctima, y trata sin cesar de ponerse en guardia contra sus ataques. El desgraciado nunca ha amado a nadie, ni siquiera a una mujer. Ningún ser ha compadecido sus penas y su corazón se ha endurecido. El único goce que concibe es el de abandonarse a todas sus inclinaciones. Las dulces emocio-

[13] Se refiere al Cándido o el optimismo de Voltaire, publicado en 1759. La vitalidad del volterianismo se mantuvo hasta muy avanzado el siglo XIX. (N. del E.)

nes del alma han sido ahogadas en él antes de haberse desarrollado. Las sensaciones materiales lo dominan y su alma está como aniquilada. Gusta con pasión de la buena mesa, encuentra delicias en fumar un cigarro y regocija su pensamiento soñando con las guapas mozas de cualquier color que piensa encontrar en el primer puerto donde la casualidad lo hace anclar. Son los únicos amores que comprende.

M. David es un hombre bien plantado, de esbelta estatura, de salud robusta, aunque delgado. La regularidad y la fineza de sus facciones, la palidez de su tez, sus patillas negras y su cabello brillante como el azabache, el fuego de sus ojos y la sonrisa siempre errante sobre sus labios forman un conjunto agradable de contrastes y de armonías que le da una expresión de alegría y de felicidad que está muy lejos de sentir. M. David es lo que el mundo llama un hombre amable. Habla mucho, pero con gracia y alegría y tiene en la conversación ese género de amabilidad tan apreciado por las damas. Además, es un dandi que pasa el cabo de Hornos con medias de seda, se afeita la barba diariamente, perfuma sus cabellos, recita poesías, habla inglés, italiano y español y nunca se cae, a pesar del más fuerte balance. Tales eran los personajes que se encontraban reunidos en el "Mexicano".

Desde nuestro arribo a bordo, cada uno de nosotros trató de acomodarse en su pequeño hueco lo mejor que pudo. M. David me ayudó a hacer mis arreglos, indicándome, con la experiencia adquirida en sus viajes por mar, lo que debía hacer para evitar en lo posible el mayor número de molestias.

Me sentí mareada una hora después de haber entrado en esa casa flotante. Ese mal ha sido descrito muchas veces por las numerosas víctimas que han sufrido sus torturas y evitaré fatigar a mi lector con una nueva descripción. Diré solamente que el mareo es un sufrimiento completamente distinto de nuestras enfermedades habituales. Es una agonía permanente, una suspensión de la vida. Tiene el horrible poder de quitar el uso de las facultades intelectuales y también el uso de los sentidos a los desgraciados que son su presa. Las personas de temperamento nervioso sienten los crueles efectos de ese mal con más intensidad que los demás. En cuanto a mí, lo sentí con tal persistencia que no pasó un solo día, durante los ciento treinta y tres del viaje, que no tuviese náuseas.

Nuestro barco estaba anclado en la parte baja del río. El tiempo no parecía favorecer nuestra salida del peligroso golfo de Gascuña. Sin embargo, el capitán hizo levantar el ancla hacia las tres. La pesada máquina, ligera como una pluma en medio de las olas, se puso en marcha a través de la inmensidad que cubre el cielo y dócil al genio del hombre iba en la dirección que se le daba.

Estábamos todavía en el golfo cuando el agudo silbido de los vientos y el tumulto de las olas nos anunciaron la tempestad, que se declaró muy pronto con toda su violencia por medio de espantosos rugidos. Ese espectáculo, al que asistía sin verlo, era nuevo para mí. Hubiera encontrado encanto en contemplarlo si me hubiese quedado un vestigio de fuerzas, pero el mareo absorbía todas mis facultades. No tenía sentimiento de mi existencia sino por los escalofríos que estremecían mi cuerpo y creía que eran los precursores de mi muerte. Pasamos una noche horrible. El capitán tuvo bastante suerte para poder entrar en el río. Una ola nos había arrebatado nuestros carneros, otra nuestras canastas de legumbres y nuestro pobre navío, la víspera tan elegante y tan bien arreglado, estaba ya mutilado. El capitán, aunque agobiado de fatiga, bajó a tierra para comprar otros carneros y reemplazar las legumbres que el mar nos había quitado. Durante su ausencia, el carpintero reparó las averías causadas por la tempestad y los marineros restablecieron el orden tan necesario a bordo de las embarcaciones.

Esta primera tentativa no nos hizo más prudentes y nos expusimos de nuevo a peligros certeros, de los que pudimos ser víctimas por un falso punto de honor el cual induce a menudo a los marinos a desafiar inútiles peligros y les hace comprometer la existencia de los hombres y la seguridad de los navíos confiados a sus cuidados. A la mañana siguiente, 10 de abril, el mar continuaba igualmente agitado y esos señores, que eran muy prudentes, juzgaron con razón que debía retenerse al piloto hasta que el tiempo fuese suficientemente seguro para devolverlo sin peligro. Pero, cerca de nosotros estaban anclados otros dos barcos que zarparon de Burdeos el mismo día y para el mismo destino: el "Carlos Adolfo" y el "Fletes". Este último, por fanfarronada sin duda, devolvió el piloto y tomó de largo. El otro no quiso quedarse atrás e hizo otro tanto. Los señores del "Mexicano" comenzaron por censurar la imprudencia de los otros navíos; pero, aunque fuesen poco suscepti-

bles de dejarse dominar por el ejemplo de otro, el temor de pasar por miedosos les hizo abandonar su primera determinación. Hacia las cuatro de la tarde despidieron al piloto y nos encontramos en medio de las olas embravecidas que, como altas montañas, se elevaban en torno de nuestra nave. No estábamos sino a un punto del abismo y el choque de dos olas nos podía haber sepultado.

Antes de poder salir del golfo estuvimos tres días continuamente azotados por la tempestad y en la situación más crítica. Todos nuestros hombres, enfermos o rendidos de fatiga, estaban imposibilitados para hacer su servicio. Durante esos tres largos días de agonía nuestro bravo capitán no abandonó el puente de su navío. Me ha dicho después que muchas veces había visto a nuestro débil brick a punto de estrellarse contra las rocas o ser devorado por las olas. Gracias a Dios, escapamos felizmente. Pero semejantes peligros ¿no deberían hacer reflexionar a los marinos que todos los días cometen tales imprudencias?

El 13, entre las dos y las tres de la tarde, nuestro capitán, agobiado de fatiga y empapado como si hubiese caído al mar, bajó a su cámara donde no había entrado desde hacía tres días. Al ver cerrados todos los camarotes y no escuchar el menor soplo humano, gritó con su voz gruesa y ronca.

—¡Hola!, ¡he!, ¡pasajeros!, ¿todo el mundo está muerto aquí?

Nadie contestó a su benevolente pregunta. Entonces M. Chabrié entreabrió la puerta de mi camarote y me dijo con un acento de solicitud que jamás olvidaré.

—Señorita Flora, me ha dicho David que ha estado usted muy enferma. ¡Pobre señorita! La compadezco, pues yo antes sufría también mucho con el mareo. Pero tranquilícese, ya hemos salido por fin de la boca del golfo y acabamos de entrar en plena mar. ¿No siente usted el dulce balance que sucede a las horribles convulsiones que sentíamos hace unos momentos? El tiempo es magnífico. Si tiene fuerza para levantarse y subir sobre el puente eso la reanimará. Reina allá arriba un airecito puro y fresco que es una delicia.

Le agradecí con la mirada. Me sentía demasiado debilitada para hacer siquiera el ensayo de hablar.

—¡Pobre señorita!, dijo con la expresión de una bondad compasiva. Este tiempo va a permitirle dormir. Y yo también voy a dormir. Bien lo necesito.

En efecto, dormimos todos veinticuatro horas seguidas. Me despertó M. David, quien abría los camarotes con gran estrépito porque quería saber, decía, si todos los pasajeros estábamos decididamente muertos. No estábamos muertos, pero, ¡gran Dios!, en qué estado nos hallábamos. M. Chabrié, demasiado superior como hombre para darse importancia por ser capitán del navío confiado a sus cuidados, hablaba a la tripulación y a sus pasajeros más bien como amigo y no como amo después de Dios. Durante la tempestad era el primer marinero del barco y en general un hombre cuya bondad se interesaba por el bienestar de todas las personas de a bordo. Nos invitó amablemente a levantarnos a fin de cambiar la ropa, a subir y tomar aire y, sobre todo, a comer un poco de sopa caliente. En cuanto a mí, consentí con la condición de que no se me obligase a comer nada. Esos señores tuvieron la amabilidad de arreglarme un lecho sobre la toldilla. Necesité de todo mi valor para poder levantarme y vestirme y sin la ayuda de esos señores me hubiese sido imposible subir al puente.

Los quince primeros días de mi permanencia a bordo fueron para mí de un largo entorpecimiento durante el cual no tuve sino por muy cortos intervalos la conciencia de mi ser. Desde la salida del sol hasta las seis de la tarde sufría tanto que me era imposible hilvanar dos ideas. Me sentía indiferente a todo. Deseaba solamente que una cercana muerte viniera a poner término a mis males. Pero, una voz interior me decía que no moriría.

A la altura de las Canarias esos señores notaron que el navío hacía agua y decidieron hacer escala en el primer puerto con el objetivo de hacerlo calafatear.

No hacía sino veinticinco días que nos habíamos embarcado. Ese tiempo me había parecido tan largo, la vida a bordo me era tan sumamente penosa que, cuando me anunciaron la vista próxima de la tierra, la alegría y el contento que sentí hicieron enseguida desvanecerse mi mal: recobré la salud. Hay que haber estado en el mar para conocer el poder de emoción encerrado en esa palabra: ¡tierra!, ¡tierra! El árabe en el desierto no experimenta un gozo más vivo a la vista de la fuente que debe apagar su sed ardiente. El prisionero que después de una larga detención recobra su libertad siente menos alegría. ¡Tierra!, ¡tierra! Esa palabra, después de largos meses pasados entre el cielo y el abismo, encierra todo

para el navegante. Es la vida íntegra con sus goces, es la patria. Entonces los prejuicios nacionales se callan, no se siente sino el lazo que une a la humanidad. Son los goces sociales, la dulce sombra y los prados esmaltados, el amor y la libertad. En fin, esa palabra, tierra, hace renacer el sentimiento de la seguridad que, después de grandes peligros, da un encanto mágico a la existencia. A todos estos goces se une, para muchos, la impresión del placer que sentirán al ver a sus amigos o reunirse con su familia y abrazar a su madre, esposa e hijos. ¡Oh!, ¡tierra!, a menudo maldecida por quienes te pisan. Tú les parecerías un Edén si hubiesen habitado algunos meses en el seno de los mares, donde no se ven frescas sombras, ni prados esmaltados y donde no se encuentran parientes ni amigos en el camino.

Estábamos todos en el puente ávidos por descubrir esa tierra que en aquel instante cada uno de nosotros embellecía con los sueños de su imaginación. El corazón nos palpitaba mientras doblábamos el cabo que termina la lengua de tierra y forma la bahía de la Praia.[14] ¿Qué íbamos a ver? Fue en este anclaje donde me esperaba la primera decepción de mi viaje. Yo no era muy fuerte en geografía y, como jamás había leído la descripción de la Praia, improvisé una en mi cabeza. Pensaba que una isla llamada Cabo Verde debía necesariamente ofrecer a la vista de los navegantes un paisaje de verdor. Pues ¿a qué causa sino a esa habría que atribuir el origen de su nombre? No pensaba entonces que los nombres tienen a menudo su origen en circunstancias extrañas que, la mayor parte del tiempo, no guardan la más ligera relación con las cosas que esos nombres designan. Lo que se llama, en el cabo de Hornos, la Tierra del Fuego parece la Tierra del hielo. Pero quien la descubrió creyó ver fuego, no sé por qué ilusión óptica, y la llamó tal como se presentaba a su vista. De igual modo, Valparaíso (valle del Paraíso) recibió ese nombre divino de los primeros marinos españoles que abordaron su bahía. Después de una travesía tan larga y tan penosa hubieran llamado igualmente paraíso a la costa más

[14] Praia es capital y puerto pesquero de la República de las islas de Cabo Verde en la isla de São Tiago. Este archipiélago está situado en el océano Atlántico, a 500 kilómetros de la costa oeste de África. Su clima es cálido y seco. Fue colonia portuguesa hasta 1975. Flora nos dice que en la época en que recaló el "Mexicano" tenía "cerca de cuatro mil habitantes durante la estación de las lluvias"; actualmente su población bordea las 50 000 personas. (N. del E.)

árida, al país más espantoso, con tal que respondiera a la palabra tierra. ¡Oh! La tierra es, en efecto, el paraíso del hombre; pero es él quien debe plantar la viña, el olivo y arrancar las espinas y los zarzales.

El aspecto de esta tierra negra, enteramente árida, tiene algo de tan monótono, que uno se siente penosamente entristecido. Toda la bahía está rodeada de rocas más o menos elevadas, contra las cuales vienen a romperse las mugientes olas. En medio de la bahía avanza majestuosamente una alta mole de rocas curvada en forma de herradura y sobre la plataforma que la corona se eleva la ciudad de la Praia.

De lejos esta ciudad tiene gran apariencia. En la parte curva de la herradura se ha colocado una batería provista de veintidós piezas de cañón de grueso calibre. Algunos militares regularmente equipados hacen la guardia. A la izquierda se levanta una bonita iglesia edificada recientemente. A la derecha la casa del cónsul americano, coronada por un pequeño mirador, sirve de observatorio para columbrar las embarcaciones en el mar. Aquí y allá se distinguen algunos grupos de platanares, sicómoros y otros árboles de anchas hojas.

—II—
La Praia

En cuanto anclamos vimos que había gran movimiento en la bahía. Pocos instantes después una pequeña falúa se dirigió hacia nosotros. Iban en ella cuatro remeros negros casi completamente desnudos. En la parte posterior, dirigiendo el timón, estaba sentado orgullosamente un hombrecillo con enormes patillas, cuya piel cobriza y crespos cabellos nos indicaban suficientemente que no pertenecía a la raza caucásica. La indumentaria del personaje era de lo más grotesca. Su pantalón de nanquín databa de 1800 y debía haber pasado por diversas alternativas antes de llegar a su poder. Tenía chaleco de piqué blanco y leva de barragán, un inmenso fular rojo con puntos negros le servía de corbata y sus extremos flotaban graciosamente al capricho de los vientos. Para completar dignamente su vestimenta llevaba un gran sombrero de paja, guantes que un día debieron ser blancos y tenía en la mano un hermoso fular amarillo que le servía de abanico. Se defendía del ardor del sol con un gran paraguas rayado de celeste y rosa, tal como se usaba hace treinta años. Una vez que hubo llegado cerca de nuestra embarcación nos hizo saber sus títulos con gestos no menos ridículos que su vestido. Era a la vez capitán de puerto de la Praia y secretario del gobernador y, además, negociante al por mayor y menor, etc. Se veía que la ley contra el acaparamiento no había penetrado hasta la costa de África. Ese capitán de puerto era portugués. Nos dijo que la isla pertenecía a don Miguel, su ilustre amo. Y al pronunciar ese nombre, el burlesco individuo se quitaba el sombrero. Habló mucho de política tratando de hacernos char-

lar sobre ese tema. Aceptó nuestro aguardiente y nuestros bizcochos, me dijo pomposos cumplimientos en portugués y después de haber permanecido mucho tiempo a bordo, donde hizo más bien el papel de espía que de cumplidor de los deberes de su cargo, regresó a su falúa y adoptó la actitud de un capitán-pachá que sale de Alejandría con toda su flota.

Mientras el pequeño portugués nos hablaba de los altos hechos de su ilustre amo, vinieron a bordo otros dos personajes no menos notables ya por su indumentaria, ya por sus modales: uno era el capitán de un brick americano; el otro mandaba una pequeña goleta de Sierra Leona. Este último era italiano y al subir a bordo nos dijo que era casado con una parisiense de la calle de Saint-Denis. El valiente capitán Brandisco (que así se llamaba) citaba el nombre de esa calle con tanto énfasis, como en tiempo de César lo haría un patricio al decir que vivía en la plaza del Capitolio.

Nuestro capitán, el segundo y M. David juzgaron conveniente bajar a tierra al mismo tiempo que el capitán de puerto, para ir donde el gobernador, poner en regla los papeles del barco y conseguir lo más pronto posible los obreros capaces de ayudar a nuestro carpintero en las reparaciones que se harían a la nave.

Puesto que me he prometido decir toda la verdad, confesaré el movimiento de orgullo que sentí al comparar nuestro bote y los hombres que lo tripulaban con los otros tres miserables botecillos tripulados por negros o pobres marineros americanos. ¡Qué gran diferencia! ¡Qué bonito y elegante era el nuestro! ¡Qué buen aspecto tenían nuestros marinos! M. Briet dirigía el timón. La nobleza de su porte representaba dignamente la marina francesa y nuestro capitán con sus botas bien lustradas, su pantalón de dril blanco, su casaca azul oscuro, su corbata de seda negra y su hermoso sombrero de paja adornado de terciopelo negro atravesado por una pequeña hebilla, representaba fielmente al marino comerciante. En cuanto al amable M. David, era el *fashionable* en toda su pureza. Tenía botas de gamuza gris, un pantalón de dril gris que formaba polainas, una pequeña casaca de paño verde con muchos alamares. No llevaba chaleco y tenía un pañuelo de Madrás a cuadritos, enrollado negligentemente al cuello. En la cabeza, una gorra de terciopelo violeta le cubría sólo la oreja izquierda. Se mantenía de pie en medio del bote, me saludaba con el gesto y reía a

carcajadas, probablemente del aspecto grotesco de los personajes del puerto de la Praia. En 1833 me hallaba todavía muy lejos de tener las ideas que después se han desarrollado en mi espíritu. En aquella época era muy exclusivista. Mi país ocupaba en mi pensamiento más sitio que todo el resto del mundo. Era con las opiniones y los usos de mi patria con lo que juzgaba las opiniones y usos de los demás. El nombre de Francia y todo lo que se vinculaba con ella producían sobre mí efectos casi mágicos. Entonces consideraba a un inglés, un alemán o un italiano como a otros tantos extranjeros. No veía que todos los hombres son hermanos y que el mundo es su patria común. Estaba todavía muy lejos de reconocer la solidaridad de las naciones entre sí, de donde resulta que la humanidad íntegra experimenta el bien y el mal de cada una de ellas. Pero relato mis impresiones tal como las sentí a la vista de nuestra superioridad sobre los individuos de las otras naciones que se encontraban en la Praia.

Esos señores permanecieron mucho tiempo en tierra. No regresaron sino en el momento de la comida, cerca de las cinco. Durante su ausencia nos perdimos en conjeturas sobre las distracciones que podría ofrecer la ciudad de la Praia. M. Miota quería alojarse en un hotel para sustraerse a la vida de a bordo durante la escala. Cesáreo y Fernando proyectaban ir a la población a traer provisiones. Estos dos jóvenes españoles se hacían grandes ilusiones para ir de caza, correr por la llanura, comer fruta, montar a caballo, hacer, en fin, el ejercicio tan necesario a su edad y del que sentían gran necesidad sus miembros entorpecidos. Yo también me trazaba un plan de vida para el tiempo de nuestra estada. Quería alojarme en una casa portuguesa para poder estudiar las costumbres y los usos del país, ver todo y tomar notas exactas sobre las cosas que me pareciesen valer la pena. Todos esos hermosos proyectos se hacían sobre el puente mientras que el viejo don José, que al fin podía pasearse a su antojo ahora que la casa flotante estaba en reposo, gozaba, con un aire de delicia, de la inexpresable felicidad de poder dar dos pasos seguidos sin riesgo de caer. El viejo sólo se detenía para hacer sus cigarrillos de papel. De tiempo en tiempo sonreía al escucharnos. Noté su sonrisa y, deseando conocer el fondo de su pensamiento, le pregunté lo que pensaba hacer en la ciudad.

—Señorita, me respondió con esa tranquilidad española que lo distinguía en tan alto grado, me cuidaré muy bien de ir a ella.

—¡Qué indiferencia, don José! ¿Está usted, pues, tan satisfecho en este navío donde se tiene tan poco espacio para pasearse?

—No, señorita. No soy más indiferente que usted a la vista de la tierra. Pero tengo sobre usted la ventaja de mi larga experiencia y sé a qué atenerme sobre los placeres que ofrecen estas costas y muchas otras en donde podemos abordar antes de llegar a Lima. Pienso que no vale la pena dejar el barco para estar peor en tierra. Es lo que va a suceder. Pero los niños tienen necesidad de ver por sus propios ojos. ¡Bien! Vean y después me dirán si no tenía yo razón.

Pero la juventud, impaciente de vencer obstáculos, sólo tiene fe en sus deseos y se convence sólo por su propia experiencia. Mostramos desdén por la de don José.

Cuando vimos regresar el bote nuestra curiosidad se reanimó. Apenas esos señores estuvieron a bordo les asaltamos a preguntas. Pero el momento no era bien escogido para que pudiesen responderlas. M. Chabrié estaba ocupado con M. Briet explicando a los obreros, que habían traído, la obra que debían hacer y M. David, anglómano por excelencia, se dedicaba por completo a hablar la hermosa lengua de Lord Byron con el joven y muy elegante cónsul americano a quien acababa de conocer y a quien traía a comer a bordo.

A la mañana siguiente, después del desayuno, los tres jóvenes españoles, M. David, el capitán y yo fuimos a tierra.

No hay en la Praia muelle que facilite el desembarco. Las cercanías están erizadas de rocas más o menos grandes contra las cuales el mar viene a estrellarse con una violencia que haría añicos las más fuertes embarcaciones si no se tomara las más grandes precauciones para preservarlas. Es preciso que un marinero remolque el bote, saltando de roca en roca, hasta encontrar una abertura conveniente para hacerlo entrar y durante esa maniobra los marineros, que han quedado en la embarcación, se ocupan con sus remos en impedir que las olas la estrellen contra las peñas. Es muy difícil desembarcar sin mojarse, sobre todo en la mañana, cuando el mar está siempre muy agitado. Sin embargo, gracias a las precauciones tomadas por esos señores, no me mojé. Un mari-

nero me levantó en sus vigorosos brazos y me depositó en tierra, en sitio seco. Un estrecho sendero trazado entre los peñascos que bordean el mar conduce a la Praia. Este camino no está exento de peligros. La arena negra que recubre la roca se desmorona bajo los pies y al menor paso en falso se corre el riesgo de rodar de piedra en piedra hasta el mar. Dejando el sendero se llega a la arena lisa y suave de la playa que las olas lamen formando plumillas argentadas. Se siente descanso al caminar sobre esta arena fina, refrescada continuamente por el mar; mas apenas se recorren doscientos o trescientos pasos es preciso abandonarla y seguir un camino pedregoso de los más difíciles. Ese camino en forma de escalera ha sido abierto entre la mole de rocas, sobre las que está situada la ciudad. Se necesita por lo menos un cuarto de hora para treparlo. Estaba yo tan débil que me vi obligada a descansar en tres ocasiones. Apenas podía caminar. El bueno de M. Chabrié me llevaba casi cargada. M. Miota me hacía sombra con un paraguas, pues mi sombrilla no me hubiese defendido sino muy débilmente; mientras que, ligero como un gamo, M. David iba por delante como explorador para indicarnos los sitios menos malos. El sol de los trópicos lanzaba verticalmente sus ardientes rayos. Ni el menor soplo de céfiro venía a secar nuestras frentes bañadas de sudor y una sed ardiente nos secaba la garganta. Por fin llegamos a la plataforma. M. David tomó la delantera y fue a anunciar nuestra llegada al cónsul, para que dispusiese algunos refrescos. Atravesamos la ciudad y la encontramos casi desierta. Era el mediodía, el momento en que hasta las tres de la tarde el calor es más fuerte y los habitantes no se exponen a él. Encerrados en sus casas emplean el tiempo en dormir. La reverberación de los rayos del sol era tan ardiente que nos cegaba. M. Chabrié se desesperaba de haberme llevado a aquel horno, esta idea le ponía de un humor detestable. Los tres jóvenes comenzaban ya a echar de menos sus pequeños camarotes y yo estaba horriblemente contrariada al sentirme tan incómoda, pues temía que eso me impidiera visitar lo que había de curioso en la ciudad. Con esas disposiciones llegamos a casa del cónsul a quien encontramos con M. David sentado cerca de una mesita bebiendo un grog y fumando excelentes cigarrillos de La Habana.

El cónsul americano había transportado a ese triste lugar toda la comodidad que su nación concede a tan alto precio. Tendría unos treinta años y habitaba hacía cuatro esta residencia. Su casa era grande, bien distribuida y mantenida en el orden más minucioso. Nos hizo servir una agradable colación compuesta de jamón, mantequilla, queso, bizcochos y muchas otras cosas: todo venido de Nueva York. Había también pescado fresco y gran abundancia de toda clase de frutas del país.

El salón en el cual se nos sirvió la comida estaba completamente amueblado a la inglesa. Una bonita alfombra cubría el piso. Las ventanas estaban provistas de cortinas que representaban vistas de diferentes partes. Hermosos grabados adornaban las paredes: en unos se veía escenas de caza, la partida de una diligencia, niños que jugaban con perros; en otros se podía admirar esas vaporosas cabezas de mujeres que han dado tanta fama al buril inglés.

Nuestra mesa estaba servida igualmente al uso de Inglaterra y de América del Norte. Comimos en grandes platos con dibujos azules, bebimos la cerveza en vasos grandes y el oporto en los más pequeños. Nuestros cuchillos y nuestros tenedores estaban pulidos como si fuesen nuevos. En fin, no teníamos servilletas y cada uno las reemplazaba con el extremo del mantel que tenía por delante. La alegría del cónsul parecía llegar al colmo por haber encontrado en M. David un anglómano que hablara tan bien la lengua de su cara patria y no cesaba de conversar con él. Hablaba igualmente en inglés con los dos negros que nos servían, de suerte que yo, silenciosa observadora, me figuraba por momentos —a tal punto la influencia de los objetos que impresionan nuestros sentidos tienen poder sobre nuestra imaginación— que me hallaba en una casa de campo en las cercanías de Nueva York.

Después de la comida el capitán Brandisco vino en busca nuestra para llevarnos donde una dama que se consideraba casi francesa porque había sido casada con un francés, M. Watrin, de Burdeos.

M. David se quedó para hablar inglés y tomar el té mientras nosotros fuimos a visitar a la señora Watrin.

Esta señora es la más rica de la ciudad. Es una mujer de cincuenta a cincuenta y cuatro años. Alta, muy gorda, tiene la piel de un color café con leche oscuro, los cabellos ligeramente encrespa-

dos y rasgos bastante regulares. La expresión de su fisonomía es dulce, sus maneras son las de una persona bien educada. Habla un poco de francés, lo lee y lo escribe regularmente bien. Su marido le enseñó lo que sabe y ella extraña mucho a ese marido adorado, muerto hacía cuatro años.

Nos recibió en una gran pieza oscura, mal enladrillada y de aspecto triste. A esto llama ella un salón. El mobiliario tenía algo de extraño y en cuanto entramos llamó nuestra atención. Era fácil reconocer que esta pieza había sido habitada por un francés. Las paredes estaban tapizadas con malos grabados que representaban a Bonaparte en cuatro o cinco actitudes diferentes. Todos los generales del Imperio y las principales batallas estaban simétricamente colocados. En el fondo de ese salón había una biblioteca enrejada, encima un busto del emperador, cubierto con un velo negro. Esta biblioteca encerraba algunas obras de Voltaire y de Rousseau, las fábulas de La Fontaine, el Telémaco, Robinson Crusoe. Todos estos libros estaban mezclados en los estantes. Sobre un mueble había dos esferas y un tarro que contenía dos fetos en espíritu de vino. Se veía por todas partes objetos traídos de Francia: una pequeña mesa de costura de caoba, una lámpara, dos sillones de crin negro, jaulas con pájaros, un hermoso tapiz que cubría la gran mesa en medio del salón, y una multitud de cosas pequeñas. En cuanto entramos, la señora Watrin vino hacia mí, me tomó de la mano y me hizo sentar en uno de los sillones. Para recibirme se había hecho un gran toilette y había reunido en su casa a varias amigas que tenían gran curiosidad de ver a una joven extranjera. Nuestras parisienses no estarán quizá disgustadas de conocer la indumentaria de gran etiqueta de las señoras de la Praia. La toilette de Mme. Watrin contrastaba de manera chocante con el conjunto de toda su persona. Tenía un vestido de color cereza. Era un vestido corto, estrecho, muy escotado y con mangas cortas; un enorme chal de crespón de China celeste, en el que sobresalían hermosas rosas blancas bordadas, le servía a la vez de manto y de tocado, pues se envolvía grotescamente en esta enorme manteleta, cubriéndose la parte posterior de la cabeza. Sus gruesos brazos estaban adornados con brazaletes de todos los colores; sortijas de toda especie cargaba en los dedos; grandes aretes pendían de sus orejas y un collar de coral de siete u ocho hileras rodeaba su cue-

llo. Tenía medias de seda blanca y zapatos de raso azul. Las otras señoras no se aproximaban al lujo de Mme. Watrin. Sus vestidos eran sencillos, de tela de algodón azul, roja o blanca, pero las formas de ellos y de sus chales eran en todo semejantes.

Mme. Watrin me hizo muchas preguntas sobre Burdeos, lugar del que su marido le había hablado muy a menudo y enseguida se prestó con una afabilidad rara entre las gentes de aquel país, a satisfacer mi curiosidad en todo lo que deseaba saber.

Me hizo visitar su casa. Constaba de tres piezas en el piso bajo y de dos buhardillas. Se encontraba situada al borde de la plataforma opuesta al mar y la vista era magnífica. En la parte baja de la plataforma había cinco o seis hermosos jardines muy bien cultivados. Se bajaba de la casa por una escalera practicada en la roca. Después de esos jardines venía una extensión de arena enteramente desierta. Más allá se descubría unos árboles que formaban verdes bosquecillos.

Mme. Watrin me invitó a quedarme en su casa todo el tiempo que nuestra embarcación permaneciese anclada en el puerto. Agradecí mucho esta atención, pero confieso que no estuve muy tentada de aceptarla. La tierra, cuya vista hace palpitar el corazón de alegría cuando se la descubre desde el mar, pierde todo su encanto cuando se encuentra uno sin amigos y en medio de un pueblo aún muy alejado de la civilización a la que está uno habituado. M. Chabrié enrojeció al oír el ofrecimiento de Mme. Watrin. Sus ojos se fijaron en mí con una expresión de dolorosa ansiedad. Yo rechacé la invitación y nos despedimos de la amable mujer prometiéndole regresar dos días después.

Dimos una vuelta por la ciudad. Eran las seis de la tarde. El sol caía y una ligera brisa ayudaba a soportar la declinación del calor diurno.

Toda la población se hallaba en las calles, respirando el fresco delante de las puertas de sus casas. Entonces sentimos el olor de negro, que no puede compararse con nada, que da náuseas y persigue por todas partes. Se entra en una casa y al instante siente uno esa emanación fétida. Si uno se acerca a algunos niños para ver sus juegos, tiene que alejarse rápidamente, ¡tan repugnante es el olor que exhalan! Yo tengo los sentidos muy aguzados y el menor olor se me va a la cabeza o al estómago. Sentía un

malestar tan insoportable que nos vimos obligados a precipitar la marcha para encontrarnos fuera del alcance de aquellas exhalaciones africanas.

Luego que descendimos de la roca me senté para descansar. M. Chabrié se puso a mi lado mientras los tres jóvenes vagaban por la playa buscando conchas. M. Chabrié me tomó la mano, la apretó afectuosamente contra su pecho y me dijo con un acento que aún no le conocía:

—¡Oh, señorita Flora! ¡Cómo le agradezco que no haya aceptado el ofrecimiento de esa señora! ¡Qué dolor me habría causado! ¡Separarme de usted, que me ha sido confiada, cuando está usted tan delicada! ¡Dejarla sola en esta roca infecta, rodeada de esos horrendos negros a quienes usted mira con tanta repugnancia! ¡Oh! No lo hubiese consentido. Y, además, ¿quién la habría cuidado si yo no estaba allí?

La expresión apasionada con que M. Chabrié pronunció estas palabras me produjo un efecto difícil de describir. Me sentí penetrada de un sentimiento a la vez de reconocimiento, de apego hacia él y de terror.

Desde mi salida de Burdeos había perdido enteramente de vista lo que mi posición tenía de extraordinario a los ojos de M. Chabrié. Mi estado de salud me había impedido pensar. Atribuía a la bondad natural de nuestro capitán los halagos que tenía para mí y las atenciones con que me rodeaba. No había pensado en que pudiese experimentar otro sentimiento diferente del afecto compasivo que mi posición inspiraba por lo general.

A los seres dotados de alma amorosa, cuyo temperamento es a la vez delicado y magnético, basta una mirada para hacerles penetrar el secreto del individuo a quien habla. La mirada de M. Chabrié me dejó leer claramente su pensamiento. Él también leyó el mío. Le apreté la mano. Me dijo entonces con un acento de profunda tristeza:

—Señorita Flora, no espero hacerme amar de usted. Le pido solamente ayudarla a soportar sus pesares.

Le di las gracias con una sonrisa y mostrándole el mar: —Mi corazón, le dije, se asemeja a ese océano. La desgracia ha abierto en él profundos abismos. No hay poder humano que pueda colmarlos.

—¿Concede usted más poder a la desgracia que el amor?...

Esa respuesta me hizo estremecer. Entonces no podía oír pronunciar la palabra amor sin que las lágrimas se agolpasen a mis ojos. M. Chabrié ocultó su cabeza entre las manos. Por primera vez lo miré. No conocía todavía sus facciones. Lloraba. Lo examiné atentamente y me abandoné con delicia a los pensamientos más melancólicos.

Nos llamaron. El bote nos esperaba. Nos dirigimos a él lentamente, apoyándome yo en el brazo de M. Chabrié. Estábamos absortos en nuestros pensamientos, ni el uno ni el otro trataba de romper el silencio. Encontramos a bordo a M. David con su cónsul y dos músicos a quienes había traído para hacerme conocer la música del país. Nos reunimos sobre el puente y yo me tendí sobre un doble tapiz. Los señores se sentaron alrededor mío y cada uno, según el orden de ideas que tenía en la cabeza, prestó más o menos atención a la monótona música de los dos africanos.

El concierto se habría prolongado hasta muy avanzada la noche si uno de los músicos no se hubiese mareado a pesar de que el barco no tenía oscilación alguna. Esta circunstancia obligó al cónsul a regresar a la ciudad. Así, me sentí libre del fastidio que su habla inglesa y sus músicos me producían. Nos quedamos hasta muy tarde conversando en el puente. ¡Son tan hermosas las noches en los trópicos!

A la mañana siguiente M. David y M. Miota abandonaron la embarcación con el proyecto de hacer una incursión por el interior de la isla. Iban donde un francés que cultivaba un campo a dieciocho leguas de la ciudad con el deseo de comprarle provisiones y también para ver el país.

Pasaron dos días durante los cuales me pareció que M. Chabrié sentía algún embarazo delante mío. Su aire turbado no estaba entre sus costumbres y me molestaba. Aumentaba aún más las inquietudes y la tristeza de los pensamientos que la conversación en la roca había hecho nacer en mí.

En aquella época estaba todavía bajo la influencia de todas las ilusiones de una niña que ha conocido poco el mundo, aunque ya ha sufrido los más crueles pesares. Educada en el campo, en el más completo aislamiento de la sociedad y habiendo vivido después en el retiro, había atravesado diez años de desgracias y de

decepciones sin ser por eso más clarividente. Creía siempre en la benevolencia, en la buena fe. Suponía que la maldad y la perfidia no se mostraban sino por excepción. La profunda soledad a la que me había retirado me había dejado ignorar el mundo y todo cuanto ocurre en él. Me había replegado sobre mí misma y no podía suponer en otro la existencia de vicios cuyas trazas no descubría en mí y que sublevaban de indignación mi corazón generoso. ¡Oh preciosa ignorancia que hace creer en la buena fe y en la benevolencia! ¿Por qué te he perdido? ¿Por qué la sociedad está tan poco avanzada que es necesario reemplazar la franqueza con la desconfianza y el abandono con la circunspección? ¡Oh! ¡Cuán herido se siente el corazón por ese cruel desencanto! Bajo el imperio de la violencia, las almas amantes se retiraban a la Tebaida.[15] Todavía deberán habitar en el desierto mientras el disimulo y la mentira gobiernen la sociedad. Es en la soledad donde las almas penetradas del espíritu de Dios reciben esas inspiraciones que preparan el mundo para el reino de la verdad.

En 1833, el amor era para mí una religión. Desde los catorce años mi alma ardiente lo había deificado. Consideraba el amor como el soplo de Dios y a su pensamiento vivificante como la causa de todo lo grande y hermoso. Él solo tenía mi fe y no habría puesto por encima de los otros animales de la creación a la criatura humana capaz de vivir sin uno de esos grandes amores puros, abnegados y eternos. Amaba a mi país, deseaba poder hacer el bien a mis semejantes y admiraba las maravillas de la naturaleza, pero nada de eso llenaba mi alma. El único afecto que hubiese podido entonces hacerme feliz habría sido un amor apasionado y exclusivo hacia uno de esos hombres a quienes los grandes sacrificios atraen grandes infortunios y sufren una de esas desgracias que engrandecen y ennoblecen a la víctima a quien hieren.

Había amado dos veces: la primera cuando todavía era una niña. El joven por quien experimenté aquel sentimiento lo merecía desde todo punto de vista. Mas, privado de energía de alma, murió antes que desobedecer a su padre, quien en la crueldad de su orgullo me había rechazado. La segunda vez, el joven que había

[15] Parte meridional del antiguo Egipto cuya capital fue Tebas. Los primeros ermitas cristianos, para huir de la persecución del emperador romano Decio y llevar vida de ascesis, se retiraron a los territorios desérticos de esta región. (N. del E.)

sido objeto de mi completo cariño, aunque irreprochable en todo lo relacionado con la delicadeza y el honor de sus procedimientos para conmigo, era uno de esos seres fríos y calculadores, a los ojos de los cuales una gran pasión tiene la apariencia de la locura. Tuvo miedo de mi amor. Temió que lo amase demasiado. Esta segunda decepción me había desgarrado el corazón y sufrí horriblemente. Pero, lejos de dejarme abatir, mi alma se engrandeció por el dolor y se volvió más amante y más firme en su fe. A toda alma ardiente es necesario un Dios a quien poder incensar, un templo en el cual poder verter dulces lágrimas y presentir, en el recogimiento, el porvenir que su fe le promete.

Mis sufrimientos me habían revelado todo el poder de amar con que Dios me había dotado. Y después de aquellas dos decepciones no entraba en mi pensamiento que la grandeza de mi amor pudiese ser comprendida por un hombre que no hubiese sido él mismo susceptible a esos actos de abnegación. Actos que la raza carneril tilda de locuras porque no ve ningún interés personal, pero que trasmiten a las futuras generaciones el recuerdo de los hombres de corazón, como el más honorable título de la humanidad y que comprueban el mayor de sus progresos.

En todos los tiempos y en todos los países se ha encontrado constantemente hombres que se han impuesto trabajos penosos y que no han retrocedido ante ningún sacrificio con el fin de alcanzar el objeto que se proponían. Esos seres se hallan tan por encima del común de los hombres que siempre han sido desconocidos y, a menudo, la grandeza de sus actos no ha sido apreciada sino muchos años después. La antigüedad no ofrece mayor número de ejemplos de los que presenta la historia moderna en el establecimiento de las religiones y en las revoluciones políticas de los pueblos. A los ojos del escéptico y del egoísta, los sacrificios de Juana de Arco, de Carlota Corday,[16] de los mártires de todas las revoluciones, de todas las sectas religiosas, parecen actos de demencia; pero esas almas heroicas seguían el impulso que habían recibido de Dios, y aunque ellas deseasen el éxito de sus actos, no era de los hombres de quienes esperaban la recompensa.

[16] Charlotte de Corday d'Armont (1768-1793) fue la joven francesa que apuñaló a Marat en la bañera. Partidaria de la Revolución Francesa, había visto en él al principal responsable de la eliminación de los girondinos y de la instauración del Terror. Fue ejecutada en la guillotina. (N. del E.)

Yo sabía, por experiencia, todo lo que hay de horrible en amar a un ser que no puede comprendernos y cuyo amor no se armoniza con la grandeza del sentimiento que se siente por él. Por eso me había prometido poner todos mis cuidados en no ser jamás la causa de semejante dolor y evitar, en tanto que dependiera de mí, inspirar un sentimiento que yo no hubiese podido compartir. Nunca he comprendido la felicidad que se puede encontrar en hacer nacer un amor que no puede corresponderse. Es un regocijo del amor propio al que son insensibles los seres que sólo viven por el corazón.

No estaba segura de que M. Chabrié me amase. Pero, con el temor de que esto pudiese ocurrir, creí que dependía de mi delicadeza prevenir el nacimiento de un amor que yo no podía corresponder.

La ausencia de M. David y M. Miota me daba un poco más de libertad. Los otros tres pasajeros no comprendían una palabra de francés. Podía hablar con M. Chabrié sin correr el riesgo de ser escuchada.

Por la noche subí al puente y después de haberme arreglado un diván sobre una de las jaulas de gallinas me puse a conversar con M. Chabrié.

—Esta noche es muy hermosa, le dije. Admire usted la magnificencia de la bóveda resplandeciente que cubre nuestras cabezas. Ayúdeme a clasificar todas esas brillantes estrellas que veo por primera vez.

—Mis conocimientos en astronomía no son tan completos como para que pueda enumerar las miles de estrellas que brillan en ese hermoso cielo. Quiero con predilección a esta cruz del sur, formada por esas cuatro estrellas, una de las cuales es más pequeña.

—¿Y las dos que veo por ese lado que brillan con vivo fulgor?

—Ésas son los gemelos.

—En efecto, se parecen. Y esas innumerables estrellitas que forman como una nube fulgente de luz, ¿cómo se llaman?

—¡Qué feliz es usted, señorita Flora, de conceder interés a todo! ¡Admiro en usted esa curiosidad de niño! ¡Qué felicidad el tener ilusiones! ¡La vida es muy triste cuando ya no se las tiene!

—Mas espero, señor Chabrié, que usted no ha de hallarse en ese caso. Con un alma grande como la suya se es joven por mucho tiempo.

—Señorita, se es joven cuando se quiere con amor a un ser de quien se es correspondido; pero el hombre de veinte años que tiene el corazón vacío es un viejo.

—¿Cree usted que no se puede vivir sin esta condición de amar?

—Estoy convencido, a menos que se llame vivir a comer, beber y dormir como lo hacen los animales. Pero presumo, señorita, que usted comprende demasiado bien el amor para dar el nombre de vida a semejante existencia. Sin embargo, es así como vive la mayoría de los hombres. Pensando en eso, ¿no siente usted como un sentimiento de vergüenza de pertenecer a la raza humana?

—No. La raza humana sufre y no es despreciable. La compadezco por la desgracia que se ha causado ella misma y la amo porque es desgraciada.

—¿No siente usted jamás el deseo de vengarse?

—Jamás.

—Pero quizá usted jamás ha tenido de quién quejarse. No ha encontrado probablemente sino gentes que la han querido y usted ignora lo horrible, lo desgarrador de una cobarde perfidia.

—Es verdad. Pero conozco algo más horrible que la perfidia: es la insensibilidad. Sí. El ser frío, inaccesible al entusiasmo, que responde con su razón a los sentimientos del corazón y pretende medir los arranques del alma. Sí. El ser que teme ser amado con exceso y ve sufrir con la más seca indiferencia a aquella que le ama es peor que el pérfido. Este último, señor Chabrié, tiene siempre el amor por móvil; el otro, movido por asqueroso egoísmo, refleja sus afectos sobre sí mismo.

Al pronunciar estas palabras, escapadas casi a pesar mío, había olvidado la reserva que hasta entonces había guardado escrupulosamente. Mis facciones y el acento de mi voz debían expresar un dolor sobrehumano. Y este dolor, cuyo recuerdo anima mis palabras, había sido, como el amor que lo había causado, un sentimiento desconocido sobre la tierra. M. Chabrié se admiró de mi expresión y me dijo mirándome con ansiedad:

—¡Gran Dios! ¿Habrá amado usted a un hombre de naturaleza tan atroz? ¡Ah!, dígame, dígame si semejante dolor pesa sobre usted!

No podía hablar. Dije sí con la cabeza. Miré el cielo como para implorar su auxilio. Después, tendiendo la mano a M. Chabrié, no pude sino articular estas palabras:

—¡Cómo sufro!, ¡ah!, ¡cómo sufro!

Después de este grito de un dolor que todos mis esfuerzos no habían podido todavía vencer, dejé caer la cabeza sobre mi almohada. Los objetos exteriores me fatigaban, mis ojos se cerraron y, sumida en una confusión de recuerdos, gusté un encanto indefinible en el exceso mismo de mi dolor. Permanecí en la misma actitud varias horas durante las cuales la agitación convulsa de mi cerebro dominaba las potencias de mi alma.

M. Chabrié fue a traer mi abrigo, me cubrió con él y defendió mi cabeza de la humedad de la noche con un pañuelo de seda. Lo sentía a mi lado. De rato en rato suspiraba como un hombre oprimido por un espasmo. A veces se levantaba, daba algunas vueltas y regresaba a sentarse.

Cuando salí de esta especie de marasmo, la luna iluminaba la bahía de la Praia. El pálido fulgor de sus rayos daba una apariencia melancólica a todos los objetos que nos rodeaban. Ni el más ligero ruido llegaba de la ciudad. Las altas masas de rocas, cubiertas por la sombra, recordaban las descripciones que el paganismo nos ha dejado de su infierno. El mar estaba tranquilo. Los tres navíos anclados en la rada no tenían balance alguno perceptible. M. Chabrié, sentado en el extremo de la jaula sobre la que me hallaba extendida, con la cabeza apoyada sobre una de sus manos y en actitud melancólica que armonizaba con todo aquel conjunto, contemplaba el cielo con una expresión de dolor.

Permanecí largo tiempo en muda contemplación de esta escena. En esas hermosas noches los seres de la creación, privados de movimiento, parecen expresar una felicidad completa. El acento de dolor no se deja oír y ese silencio es para el corazón torturado el más persuasivo de los consuelos. Poco a poco sentí la dulce influencia que ejerce la luna sobre toda la naturaleza. La calma se hizo en mi espíritu y recuperé mis sentidos para admirar la belleza majestuosa del firmamento.

No me atrevía a hablar a M. Chabrié por temor de turbar su ensimismamiento. Me moví suavemente. Se volteó enseguida y al verme con los ojos abiertos se levantó con precipitación. Después, acercándose mucho a mí, me preguntó si deseaba alguna cosa.

—Deseo saber, le dije, qué hora es.

—Más de las doce.

—¡Tan tarde! ¿Por qué no se ha acostado? Usted proyectaba dormir todas las noches cuando no tuviese que hacer guardia.

—Así como a usted, señorita Flora, me agrada contemplar las hermosas noches de los trópicos. Y además, ahora soy su amigo, su viejo amigo que la quiere demasiado para dejarla dormir sobre una jaula de gallinas sin velar cerca de usted.

Tomé una de sus manos y la apreté con fuerza entre las mías.

—Gracias, le dije, ¡oh!, ¡gracias! ¡Cuán agradecida estoy a su buena amistad! ¡Cuánto bien me ha hecho y cuánto la necesito! Usted también ha tenido pesares. Yo le ayudaré a consolarse de la perfidia de que ha sido víctima y sus dolores le parecerán ligeros comparados con los míos.

—¿Me acepta entonces como amigo?...

—¡Oh, sí, lo acepto!...

Y besé su frente en un movimiento de reconocimiento que hizo correr mis lágrimas.

Eran cerca de las dos de la madrugada cuando bajé a acostarme. Dormí hasta las diez de la mañana. Me despertó la voz armoniosa de M. Chabrié que cantaba una vieja romanza sobre la amistad. Me levanté. Todo el mundo había ya desayunado. El grumete me sirvió y M. Chabrié, que vino a hacerme compañía, mondó mis naranjas y mis plátanos mientras conversaba con un abandono y una franqueza que a cada instante me hacían quererlo más.

Hacia las tres M. David y M. Miota reaparecieron trayendo consigo al francés de cuya casa venían. M. Miota abrumado de cansancio se acostó. En cuanto a M. David no se quejaba de fatiga, pero estaba muy enfadado porque no se había afeitado desde hacía tres días y su toilette estaba en desorden.

Fue necesario cederle la cámara íntegra para que pudiese rehacer por completo su toilette, lo que no fue por lo demás una privación para ninguno de nosotros, pues el puente se había convertido en salón muy agradable gracias al toldo que nos defendía del sol.

Las pocas palabras que M. David me había dicho sobre el francés, propietario en esta isla del Cabo Verde, me daban deseos de conversar con él. Era un hombrecillo rechoncho, con rasgos angulosos, la tez curtida, los cabellos negros y espesos que le caían sobre las sienes. Su vestimenta se parecía a la de uno de nuestros campesinos endomingados. Lo abordé con palabras amables, como

está uno inclinado a dirigirse a un compatriota a quien se encuentra lejos de su país.

M. Tappe (era éste su nombre) se mostró agradado con estas pruebas de interés y, aunque no era de naturaleza muy locuaz, vi que se animaría de buen grado a contarme su historia.

Hacía catorce años que M. Tappe se había establecido en las islas del Cabo Verde. Le pregunté por qué había escogido una tierra tan árida.

—Señorita, me respondió, no soy yo quien la ha escogido. Es Dios, en sus incomprensibles decretos, quien ha querido que permanezca en esta tierra de miseria y de aridez. Fui educado en el Seminario de Passe, cerca de Bayona. El celo religioso con que mi alma se sentía abrasada hizo que mis superiores me distinguieran. Con la caída del usurpador y el restablecimiento de la monarquía, nuestra santa religión había recuperado todo su poderío y en 1819 se decidió escoger, en todos los seminarios de Francia, a los individuos que demostraran más abnegación para enviarlos como misioneros a propagar la fe en diferentes puntos del globo y convirtieran a las poblaciones salvajes sumidas en la idolatría. Yo fui uno de los designados y salimos hacia donde nos llamaba nuestro apostolado. Nuestra embarcación, al igual que la de ustedes, tuvo necesidad de reparaciones y desembarcamos en el puerto de la Praia. Mientras estábamos anclados en la rada bajé a tierra, en donde entré en tratos con un viejo portugués. Éste me puso al corriente de todos los recursos que podía ofrecer esta tierra. Vi que con muy poco dinero era posible hacer rápidamente una fortuna. Después de esta conversación tomé el partido de cambiar mi destino y decidí quedarme en esta costa. Pero, ¡ay!, Dios, cuyos designios yo respeto, no ha permitido que se realicen mis esperanzas y desde hace catorce años vegeto de la manera más penosa.

M. Tappe, al acabar su historia, cruzó las manos sobre el pecho, elevó sus ojillos grises hacia el cielo y recitó a media voz dos o tres frases en latín, que no cito porque no comprendo esa lengua.

Tenía curiosidad por saber qué clase de negocio había determinado a M. Tappe a abandonar el apostolado por los azares de la fortuna. Le pregunté entonces cuál podía ser ese medio que le había seducido para hacer rápidamente fortuna.

—Dios mío, señorita, no hay en esta costa sino un solo género de comercio: la trata de negros. Cuando vine a establecerme a esta isla era entonces el buen tiempo. Se podía ganar dinero sin darse mucho trabajo. Durante dos años fue un gran negocio. La prohibición misma de la trata hacía que se vendieran los negros como uno quería. Pero, desde entonces, esos malditos ingleses han insistido tanto en la ejecución rigurosa de los tratados que los peligros y los gastos que ocasiona el transporte de los negros han arruinado por completo el negocio más lucrativo que ha existido. Además, esta industria la explota ahora todo el mundo y no se gana en ella más que cuando se vende fardos de lana o de algodón.

M. Tappe me hablaba de todo lo que acabo de referir sucintamente con tal naturalidad que me dejó admirada. Contemplaba a aquel hombre y trataba de adivinar en su fisonomía cuál podía ser su pensamiento. Mas durante todo el tiempo que conversó conmigo su rostro no expresó ninguna emoción. Quedó tranquilo e impasible.

No hallé palabra para responder a M. Tappe. Experimenté a su vista una de esas repugnancias instintivas y, como no podía librarme de él de otro modo, bajé a la cámara. Encontré a M. David vestido de mañana, sentado a la mesa con su cónsul, quien decididamente no podía abandonarlo. Cuando entré arrojó su cigarrillo y me dijo:

—Y bien, señorita, ¿qué dice usted del amable compatriota que le he traído? Espero que convendrá conmigo en que se encuentran en las islas del Cabo Verde algunos franceses un tanto pulcros. Ahí tiene usted a un hombre que habla latín mejor que Cicerón. Ese curioso tipo cita a Horacio, a Juvenal o a Virgilio a propósito de los limones verdes o de las coles mal venidas, sin contar los pasajes de las Sagradas Escrituras. Conoce también el hebreo. Estoy seguro, señorita, que se siente halagada al ver a nuestra bella Francia tan bien representada en la costa de África.

—Señor David, encuentro en este momento muy mal dirigidas sus bromas. Debía usted ver en la expresión de mi rostro que este hombre me inspira la más profunda repugnancia.

—¡Cómo, señorita! Usted, tan grande admiradora de los franceses, ¿siente repugnancia por un apóstol francés, un santo misionero de los altares?

—Acabemos este capítulo, señor. Este hombre no es francés. Es un antropófago bajo la forma de un carnero...

—¡Oh!, ¡qué bien! ¡Ah, señorita, esta verdad es encantadora! Es preciso que traduzca esto al cónsul.

Y, desde aquel momento, el señor Tappe fue llamado el carnero antropófago.

—En realidad, dije, no puedo adivinar, señor David, con qué objeto ha traído usted a bordo a este hombre. En cuanto a mí, daría mucho por no haberlo visto.

—Mire, señorita, ¡qué ingrata es usted con los amigos sinceros que la quieren bien! Sin embargo es para usted, para usted sola que he traído a M. Tappe.

—¿Y por qué, señor? ¿Qué derecho tiene usted para exponer ante mis ojos a criaturas inmundas?

—Señorita, para que adquiera por sí misma la prueba de que entre los hombres hay criaturas inmundas.

—Y, suponiendo que eso fuese cierto, ¿podría decirme qué ganaría con saberlo?

—¿Lo que ganaría usted, señorita? Pues, lo que se gana en conocer a los enemigos: usted aprendería a desconfiar.

—¡Oh!, ¡esa ciencia cuesta demasiado caro! Lo poco que acabo de ver ha helado toda mi sangre de horror. ¿Será, pues, verdad que se encuentran en el mundo muchos hombres de la especie de aquél con quien acabo de hablar?

—Desgraciadamente sí, señorita. Y puesto que estamos en un momento de franqueza me atreveré aún a afirmarle que la mayoría de la raza humana es en todo semejante al honorable M. Tappe.

—Si eso fuese verdad enseguida me echaría al mar. Pero, felizmente leo en los ojos de M. Chabrié un desmentido formal a lo que su misantropía le hace pronunciar más que ligeramente.

—¿Qué le cuenta todavía ese David, señorita Flora?, dijo M. Chabrié al entrar. Que los hombres son malos, apuesto. Ése es su continuo estribillo y de allí no sale.

—Esta vez hago más que decirlo: lo pruebo. Y es para convencer a nuestra amable pasajera que he traído de San Martín al muy santo y muy virtuoso M. Tappe quien comerá con nosotros, si ustedes quieren permitirlo.

—En eso, David, ha hecho una tontería, como en general no deja usted escapar la ocasión de hacerla. Su M. Tappe me hace el efecto de un voluminoso sapo cuyo veneno salta sobre quienes se le acercan. ¿Qué necesidad tenía de traer a un jesuita de esa laya cuando sabe que es una casta por la que siento horror y a la que más desprecio?

—Mi querido amigo, no lo he traído para usted. He querido hacérselo ver a la señorita. Me ha parecido una pieza muy curiosa para ser conservada en la libreta de apuntes de una viajera observadora.

La conversación comenzaba a tomar un tono agrio. Habría acabado como de costumbre, entre M. David y su amigo, con algunas bromas punzantes, si no nos hubiese distraído el grumete que vino a anunciarnos la comida.

M. David se acercó entonces a mí y me dijo: —Ahora, señorita, ya no bromeo. Le aconsejo estudiar a este hombre. Voy a colocarlo cerca de usted. Domine un poco su repugnancia. Creo que para un viajero este encuentro es una buena suerte.

Cuando se sirvió el primer plato, el antiguo seminarista comió y bebió. Su avidez era tal que no le dejaba tiempo de pronunciar una palabra. Todas las facultades de su ser estaban absorbidas por su plato y su vaso. Yo nunca comía el primer plato, así es que tuve mucho tiempo para observar a este hombre notable en su género, como decía M. David. Pude conocer en la expresión de sus facciones la pasión dominante en él: la gula. ¡Cómo brillaban sus ojillos a la vista de la enorme pierna de carnero y de las otras presas de carne que nos servían! Sus narices se dilataban. Pasaba la lengua sobre sus labios delgados y pálidos. El sudor corría por su frente. Parecía estar en uno de aquellos momentos en los cuales el gozo que no podemos contener brota por todos nuestros poros. Este hombre me representaba una bestia feroz. Cuando se hubo saciado, sus facciones readquirieron poco a poco su expresión ordinaria, que era la de no tener ninguna, y comenzó a hablarme en el mismo tono de antes de la comida.

—Su capitán, señorita, acaba de darnos una comida muy buena. ¡Comer! Ésa es la vida. Y yo, en esta isla de miseria, estoy privado de esa vida.

—¿No tiene usted nada para comer en esta isla?

—No tenemos sino carneros, aves, legumbres, pescado fresco y fruta.

—Pero me parece que con todas esas cosas se debe tener un menú muy conveniente.

—Sí, si tuviera un cocinero y todo lo que se necesita para preparar los guisos; pero no hay nada de eso.

—¿Por qué, pues, no le enseña a cocinar a una de sus negras?

—¡Ay, señorita! Se ve bien que no conoce usted a la raza negra. Esas miserables criaturas son tan malas que me es imposible confiar a ninguna de ellas ese trabajo sin correr el riesgo de ser envenenado.

—Entonces las trata usted muy duramente para que sientan tanto odio y alimenten tanta animosidad contra su amo.

—Las trato como es preciso tratar a los negros, si se quiere ser obedecido: a latigazos. Le aseguro, señorita, que para manejar a esos bribones se tiene más trabajo que con los animales.

—¿Cuántos tiene usted actualmente?

—Tengo dieciocho negros, veintiocho negras y treinta y siete negritos. Desde hace dos años los negritos se venden muy bien, pero cuesta mucho trabajo deshacerse de los negros.

—¿En qué ocupa usted a esa gente?

—En cultivar mi chacra, en cuidar mi casa. Todo está muy bien cuidado, pregunte a esos señores.

—M. David me ha dicho que es usted casado, ¿es feliz en su matrimonio?

—Me vi obligado a casarme con una de esas negras para asegurar mi vida. Ya habían tratado de envenenarme tres veces. Temía morir y pensé que casándome con una de aquellas mujeres ella tomaría interés por mí, sobre todo si le hacía creer que todo lo mío le pertenecía también a ella. La hago cocinar y la obligo a probar delante mío lo que me sirve de comer. Encuentro en esta precaución una gran seguridad. Tengo en esta mujer tres hijos a quienes ella quiere mucho.

—Entonces ya no puede pensar en regresar alguna vez a Francia, pues ya está usted vinculado a este país.

—¿Por qué? ¿Acaso por esa mujer? ¡Oh! Eso no me inquieta. Cuando haya realizado mi pequeña fortuna traeré aquí a esa negra, un día en que el mar esté muy agitado y le diré: Yo regreso a

mi país, ¿quieres seguirme?... Como todas estas mujeres tienen gran miedo al mar, estoy seguro de que se negará a ello. Entonces le diré: mi querida amiga, ves que cumplo con mi deber. Te propongo llevarte conmigo. Te niegas a obedecer a tu marido, soy demasiado bueno para obligarte por la fuerza, te deseo toda clase de felicidades... y me voy.

—¿Y qué será de esa pobre mujer?

—¡Oh! No tema usted nada. No es de compadecerla. Venderá a sus hijos, de los que sacará un buen precio, y después podrá encontrar otro marido a quien servirá para tener alimentos. Es una moza soberbia que sólo tiene veintiséis años.

—Pero señor Tappe, esa mujer es su esposa delante de Dios, es la madre de sus hijos, ¿dejará a todos esos seres a merced de quien quiera comprarlos en la plaza pública?... Ésa es una acción atroz...

—Señorita, es una acción semejante a las que se cometen cada día en nuestra sociedad.

Yo estaba de color púrpura, tal era la indignación que me sofocaba. M. Tappe lo notó, me miró con asombro, refunfuñó de nuevo algunas frases en latín y me dijo con una sonrisa malvada:

—Señorita, es usted todavía muy joven. Creo notar que ha visto poco el mundo. Le aconsejo conocerlo más, pues es bueno saber con qué gentes se vive, sin lo cual todos nos engañan.

Después de la comida, M. Tappe regresó a la ciudad. Cuando estuve a solas con M. David me dijo:

—Pues bien, ¿qué piensa usted del alumno de aquellos señores del célebre seminario de la Passe?

—M. David, le repito, habría preferido no ver a aquel hombre.

—Señorita, le ruego excusarme si con el deseo de servirla le he ocasionado algunos momentos desagradables. Pero es usted demasiado racional para no sentir que tarde o temprano será preciso resolverse a conocer el mundo en medio del cual está uno obligado a vivir. La sociedad, convengo en ello, no es muy hermosa cuando se la ve de cerca, pero es importante conocerla tal cual es.

Transcurrió una semana sin que regresara a la ciudad. Me lo impedía mi aversión por el olor de los negros. Sin embargo, la cortesía me hizo dominar mi repugnancia y resolví hacer las visitas de despedida a la señora Watrin y al cónsul.

En casa del cónsul me esperaba el espectáculo de una de aquellas escenas bochornosas de atrocidad, tan frecuentes en los países donde todavía subsiste ese monstruoso ultraje a la humanidad que es la esclavitud.

Ese joven cónsul, representante de una república, ese elegante americano tan gracioso conmigo, tan amable con M. David, no era sino un amo bárbaro. Lo encontramos en la sala baja golpeando con un garrote a un negro extendido a sus pies, cuyo rostro estaba cubierto de sangre. Hice un movimiento para ir a defender de su opresor a ese negro a quien la esclavitud paralizaba las fuerzas.

El cónsul encargó a M. David que nos explicara por qué golpeaba a su esclavo. El negro era ladrón, embustero, etc. ¡Como si el más enorme de los robos no fuese aquél de que es víctima el esclavo! ¡Como si pudiese existir una virtud para aquel que no puede tener una voluntad! ¡Como si el esclavo debiese algo a su amo y no estuviese, por el contrario, con derecho de intentar todo contra él!

No. No podría describir la dolorosa impresión que me produjo este horroroso espectáculo. Me imaginaba ver a ese miserable de M. Tappe en medio de sus negros. ¡Dios mío!, pensaba, ¿tendrá razón M. David?, ¿todos los hombres serán malvados? Esas reflexiones trastornaban mis ideas morales y me sumían en una negra melancolía. La desconfianza, esa reacción contra los males que hemos sufrido o de los que hemos sido testigos, ese fruto acre de la vida, nacía en mí, y comenzaba a temer que la bondad no fuese tan general como había pensado hasta entonces. En camino hacia la casa de Mme. Watrin, examinaba con mucha atención todas las caras negras y curtidas que se presentaban ante mí. Todos aquellos seres, con escasos vestidos, ofrecían un aspecto repugnante: los hombres tenían una expresión de dureza, a veces hasta de ferocidad, y las mujeres, de necedad y de descaro. En cuanto a los niños, eran horribles de fealdad, completamente desnudos, flacos, enclenques. Se les habría tomado por monos pequeños. Al pasar delante del municipio vimos a algunos soldados ocupados en golpear a unos negros por orden de los dueños a quienes pertenecían. Esta crueldad, que estaba dentro de las costumbres de la población, redobló el humor sombrío que la escena del consulado me había causado. En casa de Mme. Watrin me quejé a esta señora,

que parecía tan buena, de todos los actos de barbarie que había visto cometer en la ciudad. Sonrió y me respondió con su dulce voz.

—Concibo que para usted, crecida con otras costumbres, estos hábitos le parezcan extraordinarios. Pero si estuviese aquí ocho días no pensaría más en ello.

Esa sequedad, esa dureza, me sublevaron. Estaba impaciente por hallarme lejos de toda aquella gente.

La víspera de nuestra partida cedí a las importunidades del capitán Brandisco y fui a hacerle una visita a bordo de su goleta. Me acompañaron M. David y Briet, pues M. Chabrié no sentía ninguna simpatía por el pobre capitán veneciano.

Ese Brandisco era también un original en su especie. Trataba de hacerse el interesante delante mío y no creo conveniente desdeñar su descripción. Era un hombre de cincuenta años, flaco y endeble, nacido en Venecia. Desde la edad de seis años recorría todos los mares. Había sido grumete, marinero, capitán y propietario de navío. Por largo tiempo fue servidor de la esposa del Dux; posteriormente se había lanzado al gran océano sufriendo diversas alternativas de fortuna. Hablaba todas las lenguas, pero todas tan mal que apenas se le podía comprender y, a pesar de todo, era un hablador inagotable. Nos tomó gran simpatía, sobre todo a mí porque decía que yo era la compatriota de su *mujercita*; era así como llamaba a su esposa. El capitán Brandisco nos contó su historia: de simple gondolero había logrado adquirir una fortuna y una vez rico quiso serlo aún más y se había arruinado.

—Sí, nos dijo un día, he tenido un hermoso barco de tres mástiles y de ochocientas toneladas, cargado de tal manera que las cadenas de los obenques tocaban el agua. Pero fui robado por esos perros de los ingleses. Esos piratas me desvalijaron.

—¿En qué paraje?, preguntó M. Chabrié, ¿y cuál era su carga?

—Tenía a bordo toda mi fortuna, respondió evitando contestar la pregunta. Era mi último viaje. ¡Ah! ¡Los tunos de los ingleses! Los veo todavía con sus uniformes rojos. Esos bribones son los bellacos más desvergonzados que Satanás ha puesto en el mundo. No contentos con robarme, los malvados me amarraron y me llevaron a Inglaterra.

—Que el diablo me lleve si le comprendo a usted, con su hablar extravagante, replicó Chabrié. Lo que creo adivinar, capitán Brandisco, es que su hermoso barco de tres mástiles era sencillamente un negrero, y el pirata que le robó, una fragata inglesa que lo apresó ¿no es eso?

—Tal como usted lo dice, capitán. Ese infernal gobierno inglés me tuvo en prisión durante dos años. Me soltaron al fin, pero los muy ladrones se quedaron con mi barco y con todos mis negros. ¡Es una infamia!

Y Brandisco se puso a llorar.

—Después de haber salido de las prisiones de Inglaterra recibí una pequeña herencia. Fui a París donde conocí a mi linda mujercita de la calle de Saint-Denis. Me casé y ella me aconsejó que viniera a comerciar en Sierra Leona. Desde que estoy en este país he tenido también muchas desgracias y he abandonado casi por completo la trata. Dios no quiere que tenga éxito en vender esos perros de negros. Ahora hago mi pequeño negocio, un poco de contrabando. Mi mujercita tiene una tienda bien puesta y es muy ordenada, así es que podré, dentro de cuatro o cinco años, regresar a mi hermosa Venecia.

La goleta de Brandisco era de treinta a cuarenta toneladas. Me costó mucho trabajo subir a ella. El negrazo que me recibió era espantoso por sus proporciones hercúleas unidas a un aire de ferocidad. Tuve también mucha dificultad para bajar a la cámara. La entrada a ésta era un hueco cuadrado al que se arrimaba una escalera pequeña colocada perpendicularmente. M. Briet bajó primero y facilitó mi introducción en aquella jaula. Sólo podían caber tres personas y M. Briet no podía permanecer en pie.

El capitán Brandisco estaba en el colmo de la dicha. Nos recibió lo mejor que pudo, nos ofreció muy buen ron, excelente café y galletas. Tenía de todo en abundancia. Quería absolutamente que yo aceptase unos collarcitos de vidrio que los negreros tienen siempre en cantidad a bordo, pues África acepta adornos de esta calidad a cambio de sus hijos. Me contenté con tomar un vaso de Bohemia para no descontentarlo. Después de habernos hablado de su mujercita y de su antigua riqueza vino a su negocio.

—Ahí tengo, nos dijo, dos lindos negritos que serían muy convenientes para ustedes. Son buenos, honrados, bien educados, fuer-

tes y sanos. ¡Cok!, gritó. Enseguida un negro joven, como de quince o dieciséis años, saltó a la cámara y quedó inmóvil delante de nosotros. El miserable Brandisco se puso a elogiar su mercadería mostrándonos por todos lados a ese ser humano, como hubiese podido hacerlo un chalán con un potro joven. Este acto de barbarie trajo presentes a mi espíritu todos los males de la esclavitud, odioso cuadro que ya me había ofrecido la Praia. Rogué a M. David que regresáramos.

Antes de dejar su barco, M. Briet pidió al capitán Brandisco que hiciese subir toda su gente al puente para que yo viese de qué clase de hombres se componía su tripulación. Había ocho negros, todos altos y fuertes, quienes de un solo puñetazo hubiesen podido aplastar a su amo. Cuando nos alejamos de esta débil embarcación, dije a M. David:

—Lo que no puedo explicarme en este hombre es esa mezcla de atrevimiento y bajeza. ¿Sabe usted que se necesita valor para vivir a bordo con ocho negros a quienes maltrata y que podrían muy bien, si la venganza los empujara, torcerle el cuello y arrojarlo al mar?

—Sí. Sin duda se necesita cierto valor. Convengo en que en su lugar no dormiría tranquilo, pero la avaricia es un motor tan poderoso que los hombres exponen diariamente su vida con la esperanza de adquirir oro.

La Praia tiene cerca de cuatro mil habitantes durante la estación de las lluvias. En los meses de junio, julio y agosto esta población disminuye a causa de la insalubridad del clima.

El único comercio que se hace es la trata. No existe ningún producto para la exportación. Los habitantes de la Praia cambian negros por harina, vino, aceite, arroz, azúcar, otros comestibles y objetos manufacturados que necesitan. Esta población es pobre, se alimenta muy mal y la mortalidad es considerable a causa de las numerosas enfermedades a las que están expuestos sus habitantes.

Por fin, después de haber permanecido diez días en la Praia para reparar nuestro barco volvimos a navegar.

—III—
La vida a bordo

En los ocho primeros días estuve tan enferma como al salir de Burdeos. Mi enfermedad tomó después un curso regular. Sentía náuseas todas las mañanas y me encontraba mejor al mediodía. Desde las dos hasta las cuatro tenía un fuerte malestar y desde las cuatro de la tarde hasta la mañana siguiente me sentía completamente bien. Este estado continuó diariamente hasta nuestra llegada a Valparaíso. Pero cuando el mar se encrespaba estaba enferma día y noche sin interrupción.

Catorce días después de nuestra salida de la Praia llegamos a las regiones de la línea equinoccial, allí comenzaron nuestras grandes miserias.

Nuestro barco, que se reparó con cuidado, ya no hacía agua. Pero resultó de esto un grave inconveniente. Nos venía de la cala un fuerte olor ocasionado, según pensábamos, por la putrefacción del agua que había quedado y que el mar no renovaba. Fue preciso abandonar nuestros camarotes, pues no podíamos permanecer en ellos sin correr el riesgo de asfixiarnos.

Experimentamos durante doce días los sufrimientos más terribles. Como no podíamos bajar a la cámara fue necesario resolvernos a permanecer día y noche en el puente. Teníamos de continuo tormenta y lluvia con cuartos de hora de intervalo y, además de esto, el sol ecuatorial lanzaba verticalmente sus rayos sobre nuestras cabezas. El calor era intolerable y no podíamos poner el toldo para preservarnos a causa de la frecuencia de los cambios del viento. Cada uno de nosotros trataba de acurrucarse en un rincón del

puente lo mejor que podía para tener un poco de sombra. Mas nuestros esfuerzos eran vanos y no podíamos lograr ponernos al abrigo del sol o de la lluvia. Daba compasión vernos tan mojados, como si el mar nos hubiese cubierto con sus olas, abatidos por el calor, la fatiga y el sueño. La provisión de agua estaba contenida en barriles que, colocados sobre el puente, se calentaban a tal punto con el ardor del sol, que el agua era más que tibia. Teníamos la boca seca, ardiente. Sentíamos como una especie de rabia.

A pesar de los cuidados y las amabilidades que esos señores del "Mexicano" tuvieron para conmigo en esta ocasión, así como durante todo el viaje, creí que sucumbiría al cansancio, que me abrumó al pasar la línea. M. Chabrié había hecho desfondar un tonel vacío y éste me servía de defensa. Por medio de esta casa movediza me hallé, por excepción, garantizada a la vez del sol y de la lluvia. M. David me había prestado sus botas. M. Briet se había privado de su gran capote de piel de pescado para prestármelo. Este capote, hecho en la China, era un trabajo soberbio, impermeable y excesivamente liviano. M. Chabrié me había dado un gran sombrero de hule igualmente impermeable. Así disfrazada estaba cual nuevo Diógenes, instalada en mi tonel, haciendo tristes reflexiones sobre la condición humana. M. David, que tiene un secreto suyo para soportar el calor y el frío con la misma serenidad, estaba siempre ágil, alegre y bien puesto. Estos señores no usaban sino camisa y pantalón. Sólo M. David tenía corbata, medias y una casaca de tela blanca. Él y nuestro cocinero[17] eran, cada cual en su esfera, el alma del navío. Nada podía abatirlos. M. David tenía mil atenciones para con nosotros. Nos hacía refrescar el agua en botellas que sumergía en el mar, nos preparaba limonada con los limones agrios que el piadoso Tappe nos había vendido como de buena calidad y hacía dar a uno sopa, a otro plátanos, a éste té, a aquel otro un ponche. En fin era el enfermero de todos.

Permanecimos más o menos diecisiete días en los parajes del Ecuador. Poco a poco la infección desapareció. Se limpió perfectamente la cámara y se quemó espicanardo y vainilla. Cada uno daba

[17] Cuando se presentó para servir durante el viaje, M. Chabrié le observó que el oficio de cocinero a bordo era muy penoso, mas él respondió: "¡Capitán!, esté usted tranquilo, conozco mi oficio y, además, para mí el mar es mi elemento". (N. de la A.)

todo lo que tenía en materia de perfumes a fin de aromatizar esta cámara que era como la capital de nuestro imperio.

Como la tripulación del "Mexicano" se componía de hombres civilizados no hubo bautismo al pasar la línea. El navío, que hacía su primer viaje, fue lanzado del astillero sin bautizarlo y por consiguiente no había tenido padrino ni madrina. Habíamos zarpado un viernes y el capitán no quería celebrar el bautizo: tres acontecimientos importantes que hacían decir a Leborgne, el verdadero marinero, que sus hermanas podrían ver florecer los cerezos dos estaciones seguidas antes de que viésemos tierra. Nadie se atrevió a contradecir la orden del capitán, pero se tramó una conspiración en el castillo de proa, encabezada por el cocinero. Éste, a nombre de Neptuno, de quien se titulaba secretario, escribió una carta al capitán. Leborgne se encargó de entregarla. Revestido de una lona empapada de agua, tenía cierta apariencia de mensajero del dios de las ondas.

Lamento no haber conservado esta carta. El estilo, la ortografía y el pensamiento eran característicos.

El astuto cocinero expresaba la ira que el dios sentía al ver su imperio atravesado por ciertos capitanes filósofos. Amenazaba con tragarlos a menos que quisiesen prestarse de buena gracia a pagar el tributo que le debían. Nuestro capitán comprendió muy bien el ingenioso apólogo y, con el fin de apaciguar el enojo de Neptuno, envió a sus dignos representantes vino, aguardiente, pan blanco, un jamón y una bolsa en la que cada uno de los que pasaban la línea por primera vez depositaron una moneda. Nos pareció que el dios se había mostrado muy sensible a todos estos dones, pues escuchamos en medio de los cantos de sus servidores las voces chillonas del cocinero y de Leborgne que sobresalían de la manera más discordante.

Entre la línea y el cabo de Hornos tuvimos días más o menos buenos. Entonces fue cuando admiré con entusiasmo la salida del sol con toda su magnificencia. ¡Qué espectáculo en esta zona! Y con todo, la puesta del sol me parecía aún más grandiosa. ¡El ojo humano no puede ver nada más sublime, grandiosidad más divina, belleza más deslumbradora que la puesta del sol en los trópicos! No trataré de describir los efectos mágicos de luz que producen sus rayos sobre las nubes y sobre las olas. La palabra carece

de color para pintarlo. El pincel da vida para animar la pintura. Esos espectáculos encantan y elevan el alma hacia el Creador, pero no está dado al hombre reproducir las emociones que producen.

Después de una hermosa puesta de sol me gustaba quedarme en el puente una parte de la noche. Me sentaba en un extremo del navío y allí, conversando con M. Chabrié, contemplaba con vivo placer los dibujos de la luz fosforescente que brotaba del movimiento de las olas. ¡Qué brillante cometa arrastraba nuestro barco en pos de sí! ¡Qué riqueza de diamantes levantaban esas locas ondas en sus juegos! Me gustaba también ver las bandas de marsoplas que venían a lo largo de la embarcación y dejaban tras sí las huellas de su carrera, en largos espirales luminosos que iluminaban vastos trechos de mar. Después llegaba la hora de la salida de la luna. Su claridad invadía poco a poco el imperio de la noche. Los resplandecientes diamantes se iban al fondo del abismo y, atravesadas por los rayos del astro, las olas, deslumbradoras de reflejos, centelleaban como las estrellas en el firmamento.

¡Cuántas tardes deliciosas he pasado así, sumida en la más dulce contemplación! M. Chabrié me hablaba de las penas que habían atormentado su vida, pero sobre todo de la última decepción que le había destrozado el corazón tan cruelmente. Sufría y la semejanza de sufrimientos establecía, aún a pesar nuestro, un lazo de simpatía de los más íntimos. Cada día M. Chabrié me quería más y cada día yo sentía también un bienestar indecible en sentirme amada por él.

Llegó el cabo de Hornos con todos sus horrores. Ha sido ya objeto de muchas descripciones y me creo dispensada de hablar de él a mis lectores. Que les baste saber que la temperatura varía de 7 a 20 grados, según la estación y la latitud por la que se dobla el cabo. Nosotros lo pasamos por los 58 grados de latitud y en los meses de julio y agosto, lo que nos dio de 8 a 12 grados de temperatura. Tuvimos un poco de nieve, granizo y hielo.

Fue allí donde sufrimos una segunda serie de miserias. El mar en los parajes del cabo de Hornos es constantemente espantoso. Encontramos casi en todas partes vientos contrarios. El frío paralizaba las fuerzas de nuestros tripulantes, aun de los más fuertes. Nuestros marineros eran todos jóvenes y vigorosos y, sin embargo, a muchos de ellos les salieron forúnculos; otros se hicieron mu-

cho daño al resbalar sobre el puente. Hubo uno que se dejó caer sobre el cabrestante desde el mástil de la cofa y se dislocó el hombro. Aquellos que tenían salud resistente estaban abrumados de fatiga por la necesidad de hacer la tarea de los que se encontraban fuera de servicio. Para colmo de males, esos desgraciados no usaban la cuarta parte de las ropas necesarias. La indiferencia que da a los marineros la vida aventurera hace que cuando emprenden un largo viaje no piensen en proveerse de los vestidos indispensables para defenderse del calor y del frío. Sucede a veces que en el Ecuador les hacen falta vestidos ligeros y en el cabo de Hornos sólo tienen dos camisas de lana por todo repuesto, y lo demás de la indumentaria en la misma proporción. ¡Ah! Es allí donde he visto en lo que tienen de más horrible los males que pueden azotar al hombre. He visto a marineros cuya camisa de lana y cuyo pantalón se helaron sobre ellos y no podían hacer un movimiento sin magullar su cuerpo por el frotamiento del hielo sobre sus miembros ateridos de frío. Las cabinas donde estos desgraciados tenían sus lechos estaban llenas de agua (como sucede de ordinario durante el mal tiempo en el castillo de proa de los barcos pequeños) y no tenían otro sitio para descansar. ¡Oh! ¡Qué doloroso espectáculo ver a los hombres reducidos a tal estado de sufrimiento!

El ministro de marina podría prevenir las desgracias que resultan de la miseria del marinero obligando a los comisarios de marina, de los puertos por donde se pasa, a que conjuntamente con los capitanes revisen las ropas antes del embarque. Los reglamentos serán siempre impotentes mientras no se provean los medios de asegurar su rigurosa ejecución. A bordo de las naves del Estado, el vestuario del marinero es objeto de frecuentes inspecciones. Se le proporciona los vestidos que el reglamento exige usar, sin que pueda oponerse a esto porque se retiene el precio de ellos sobre su sueldo. ¿Por qué no ejercer la misma vigilancia a bordo de las embarcaciones de la marina mercante?

La imprevisión del marinero o su indiferencia, aun hacia los males contra los que debe luchar, le asimila a la infancia. Es preciso prever por él. Nuestro interés, tanto como la humanidad, nos obliga a hacerlo. El sufrimiento físico llevado al extremo desmoraliza al hombre a tal punto que no se puede obtener de él ningún servicio. Los señores del "Mexicano" me han referido diversos ejem-

plos. En el cabo de Hornos ha sucedido a varios capitanes que se han visto forzados a dar órdenes con una pistola cargada en cada mano para hacerse obedecer, pues los marineros se negaban a subir a las cofas. El frío excesivo hace caer al marinero en una desmoralización que lo vuelve absolutamente inerte. Resiste las súplicas, soporta los golpes sin que nada pueda hacerle mover. Algunas veces se les hielan los dedos a esos desgraciados y si entonces se encuentran en las cofas se dejan caer con riesgo de matarse, tan adoloridas o entumecidas sienten las manos. Si esos hombres estuviesen bien abrigados, si tuviesen un capote impermeable para preservar de toda humedad su ropa de lana podrían, con una alimentación conveniente, soportar cualquier grado de frío. Lo que ocurrió en nuestra embarcación me dio la prueba de lo que afirmo. Cinco de nuestros hombres estaban bien equipados y cuatro en la mayor desnudez. Los cinco que tenían abrigo suficiente toleraron el frío sin enfermarse, mientras que los otros cuatro quedaron fuera de servicio por los males que cogieron. Tenían fiebre continua, sus cuerpos se cubrieron de abscesos. No podían comer y se encontraron reducidos a tal estado de debilidad que temimos por sus vidas.

Fue nuevamente durante esta terrible crisis de dolor y de fatiga cuando se mostró en toda su extensión la indomable energía de nuestro valiente capitán. Siempre sobre el puente, animaba a sus hombres con el ejemplo y sus dulces exhortaciones. Daba uno de sus capotes y sus guantes al hombre que estaba en el timón; un sombrero a éste, un pantalón a otro, botas, medias, camisas, en fin, todo lo que podía dar. Enseguida iba a visitar a los enfermos en el castillo de proa, los curaba, los consolaba y los reanimaba.

—¡Bueno, muchachos!, les decía al entrar, ¿cómo estamos hoy?, ¿desaparecieron ya esos abscesos canallas?... De ti, Leborgne, se dice que bebes el mar con todos sus peces, ¡quizá te has acalorado, muchacho!

—¡Acalorado, capitán!, si es todo lo contrario: tirito.

—Pero, animal, tiritas porque tienes fiebre.

—¡Oh! ¡Sí, y bien alta! Pero, capitán, siempre había oído decir que se tenía calor con la fiebre y yo estoy helado.

—¿Cómo no vas a estar helado con tu camisa rosada, imbécil? Pero ¿estabas loco cuando te embarcaste para pasar el cabo de Hornos con esta sola camisa de algodón y un mal pantalón?

—¡Qué quiere, capitán! Detesto los equipajes. Encuentro que todo eso molesta a bordo; y luego, el verdadero marinero debe ser como el caracol que lleva todo consigo.

—¡Desgraciado! Es por semejantes ideas que has llegado a los treinta y ocho años sin tener por todo bien más que una camisa rosada y un pantalón de tela.

—¡Capitán! Eso basta al verdadero marinero, que hace su servicio por gusto y que sólo vive para conocer nuevos países, ¡y vaya que he conocido países!

—¡Y eso te ha hecho más rico!

—Capitán, ¿acaso el verdadero marinero piensa en ser rico?

—Vamos, muchachos, ahora que están curados y algo limpios, les voy a mandar la sopa y un guiso de la mesa. Aquí tienen chocolate y tabaco para mascar que la señorita Flora me ha dado para ustedes. Ella les recomienda tener paciencia con sus males y pedirle lo que pueda gustarles, con el fin de enviárselo.

—¡Gracias, capitán, gracias! Diga usted a esa buena señorita que le estamos muy reconocidos por su tabaco. El tabaco es el alma del marinero. Capitán, esté tranquilo, antes de ocho días estaremos en el puente.

Cada vez que M. Chabrié regresaba de ver a sus enfermos me refería las conversaciones que había tenido con esos hombres de naturaleza tan especial. Hay que haber vivido entre los marineros y haberse tomado el trabajo de estudiarlos para poder imaginar el orden extraño de ideas que tienen en la cabeza.

El verdadero marinero, como decía Leborgne, no tiene patria ni familia. Su lenguaje no pertenece, en sentido propio, a ninguna nación. Es una amalgama de palabras que ha tomado de todas las lenguas, de la de los negros y de la de los salvajes de América, así como de la de Cervantes y la de Shakespeare. No tiene más vestidos que los que lleva puestos, vive al azar sin inquietarse por el porvenir. Recorre la vasta extensión de los mares; vaga en el seno de las selvas por las poblaciones salvajes o gasta en pocos días, en algún puerto y con mujeres públicas, el dinero que ha ganado penosamente durante una larga travesía. El verdadero marinero deserta cada vez que puede y pasa sucesivamente a bordo de las naves de todas las naciones, visita todos los países, satisfecho de ver y sin tratar de comprender nada de lo que ve. Es un pájaro viajero

que descansa algunos instantes en los árboles que encuentra en su camino pero que no se fija en ningún bosquecillo. El verdadero marinero no se apega a nada, no tiene ningún afecto, no quiere a nadie, ni siquiera a sí mismo. Es un ser pasivo que sirve a la navegación, pero tan indiferente como el ancla en relación con la playa en donde fondea la embarcación. Al llegar al puerto abandona su nave y el salario que se le debe, va a tierra y vende hasta su pipa para ir a comer con alguna mujer, y a la mañana siguiente se enrola de nuevo en el primer navío inglés, sueco o americano que necesite sus servicios. Si en su peligrosa carrera le preserva el mar, si su salud resiste los excesos y fatigas, si sobrevive a todos los males que lo asaltan y llega a ese estado de vejez que no le deja ya fuerzas para largar una escota, se resigna a quedar en tierra. Mendiga su pan en el puerto en donde le dejó su último viaje. Come ese pan en la playa, al sol, y contempla el mar con amor: es el compañero de su juventud. Le trae a la memoria numerosos recuerdos. Gime ante su impotencia y va a morir a un hospital.

Ésa es la vida del verdadero marinero. Leborgne me ha servido de modelo, pero como todo degenera en nuestra sociedad, ese tipo se pierde más cada día. Ahora los marineros se casan, llevan consigo una maleta bien provista, desertan menos, porque no quieren perder sus efectos ni el dinero que se les adeuda, ponen su amor propio en ser entendidos en su profesión, tienen ambición por hacer fortuna y cuando sus esfuerzos para alcanzar este objeto no tienen éxito, acaban su vida laboriosa en las embarcaciones o lanchones de los puertos de mar.

El frío del cabo de Hornos, además de sus funestos efectos sobre la salud del marinero, ejerce una influencia fatal sobre la moral, aun de aquellos que adoptan las mayores precauciones para preservarse de sus ataques. Los oficiales, que tienen sus camarotes bien secos y están provistos de todo cuanto la industria humana ha podido inventar para precaverse del frío y de la humedad, no sufren como el marinero hasta el punto de enfermar, mas la aspereza de la temperatura los torna morosos. La extrema dificultad que sienten en ver ejecutadas las órdenes, la vista de los sufrimientos de sus hombres, la energía que exige el cumplimiento de sus deberes, las fatigas extremas que resultan de ello, todas esas causas reunidas los irritan. Su humor se hace desagradable y los

caracteres más dulces, al cabo de un mes de permanencia en aquellos parajes se vuelven insoportables. M. Briet, que desde hacía diez años no había abandonado las costas del Perú y de California, donde el cielo es siempre puro y la temperatura tibia, no podía acostumbrarse a las nieves y hielos del cabo. M. Miota, muy friolento, habituado a todas las dulzuras de la vida de París y cuya salud era muy delicada, sufría horriblemente. Cesáreo y Fernando echaban de menos el hermoso cielo de Andalucía. Sólo don José soportaba el frío sin decir palabra. En cuanto a M. David, tenía su punto de honor en parecer insensible, pero la insociabilidad de su humor probaba demasiado a las claras que sufría tanto como nosotros. M. Chabrié estaba más brusco y desigual que de ordinario, y yo estaba tan caprichosa e irritable que la menor contrariedad provocaba mis lágrimas o mi cólera. El único individuo que se mostró siempre igual fue el cocinero. No varió un solo día y fue admirable por su alegría y su valor. Encontraba medio de cocinar a pesar del tiempo espantoso que volcaba sus hornillos. Cuidaba a los marineros, ayudaba al grumete en el servicio de la cámara, daba una mano a la maniobra cuando se necesitaba y a veces hasta hacía guardia por la noche. Durante toda la travesía no tuvo un minuto de malestar, aunque al verlo pequeño, flaco y pálido se le hubiese tomado por un hombre débil. Era de Burdeos, pero como había hecho en París su aprendizaje de cocinero había adquirido los modales del parisién. Era un gran hablador y un gran lector de novelas; había servido de cocinero a bordo de una fragata del Estado y atravesado el cabo de Buena Esperanza.

Como navegábamos en julio y agosto, en la extremidad meridional de América, no teníamos sino cuatro horas de luz y cuando no brillaba la luna estábamos durante veinte horas sumidos en una profunda oscuridad. Esas largas noches aumentan las dificultades y los peligros de la navegación y son causa de numerosas averías. Los movimientos violentos del navío y el silbido horroroso de las olas quitan toda facultad para ocuparse de cualquiera otra cosa. No se podía leer, ni pasear, ni siquiera dormir. ¿Qué hubiera sido de mí durante las seis semanas de crueles sufrimientos que tuvimos que soportar en aquellos sitios, si abandonada a mis propias fuerzas mi alma no hubiese estado confortada por el suave y puro afecto de M. Chabrié?

Antes de subir al puente a hacer su guardia, M. Chabrié se acercaba a mi lecho y me preguntaba con su voz a veces tan dulce:

—Señorita Flora, dígame, le suplico, algunas palabras de buena amistad, para que pueda yo soportar cuatro horas de frío, de nieve y de hielo.

—Mi pobre amigo, ¿seré tan feliz como para que mi amistad pueda aligerar sus males? ¡Ah! Entonces es toda suya. Pero ¿sabe usted que es volverme Dios decir que yo puedo disminuir sus sufrimientos?

—Y bien, señorita Flora, usted es Dios, al menos para mí. Tal es el poder que usted ejerce sobre todo mi ser, que basta una palabra suya, una de sus miradas, una de sus sonrisas, para aumentar mi fuerza y sostener mi valor. Subo allá arriba y durante cuatro horas pienso en usted y no siento frío.

—¡Cuántas mujeres en mi lugar estarían halagadas al oír estas palabras! Llenan mi corazón de alegría. Se las agradezco, Chabrié; conservaré el recuerdo de ellas toda mi vida. Suba, querido amigo, y, puesto que pensar en mí le hace feliz, persuádase bien de que la amistad que siento por usted aventaja mucho, aunque sea diferente en naturaleza, al amor con que otras mujeres lo han amado.

Diciendo estas palabras le apretaba la mano y le ponía los guantes. A veces también lo besaba en la frente al arreglarle la corbata para precaverle del frío. Me gustaba rodearle de estos cuidados y caricias, como si hubiese sido mi hermano o mi hijo.

Siento aquí la dificultad de la tarea que me he impuesto, no porque algo de lo que digo sea para mí causa de arrepentimiento, sino porque temo que la descripción de un amor verdadero por un lado y de una amistad pura por el otro sea en este siglo materialista acusada de inverosímil. Temo encontrar muy pocas personas cuya alma en armonía con la mía crean en mis palabras. Además, antes de comenzar este libro, he examinado atentamente todas las consecuencias posibles de mi narración y, por penosos que fuesen los deberes que mi conciencia me imponía, mi fe de apóstol no ha vacilado. No he retrocedido ante su cumplimiento.

M. Chabrié, de naturaleza sensible, no pudo ver mis sufrimientos sin conmoverse profundamente. De la amistad pasó al amor, como sucedería a casi todos los hombres de su edad que hubiesen

tenido que vivir con una mujer joven en la intimidad de la vida de a bordo durante cinco meses.

Creo que en el mar el corazón del hombre es más amante. Perdido en medio del océano y separado de la muerte por una débil tabla, reflexiona sobre la inestabilidad de las cosas humanas. Su vida pasada se representa ante él y entre los sentimientos que le han agitado no ve sino uno solo que conserva todavía recuerdos de felicidad para él: es el amor. El hombre pronto a dejar la vida reconoce todo el vacío de la ambición, toda la esterilidad de la gloria. Siente nacer el hastío de las grandezas y la saciedad de la riqueza. Pero la impresión de los amores de su juventud derrama sus encantos hasta los últimos instantes de su existencia. Cree instintivamente que encontrará en un mundo mejor a los seres que tuvieron sus afectos. A bordo, los seres tiernos y religiosos tienen el corazón más amoroso y la fe más viva. Aislados de todos los círculos sociales de la tierra y en presencia de la eternidad sienten el deseo de amar y de creer, ambos sentimientos se depuran de toda mundana aleación.

M. Chabrié era uno de aquellos seres. Había tomado la resolución de no amarme sino con amistad, pero el amor entró en su corazón a pesar de su voluntad. Debo decir que lo extraño de nuestras respectivas posiciones, el misterio con que me hallaba envuelta a sus ojos y la viva amistad que yo le demostraba, concurrieron a hacer brotar en él un sentimiento al que quizá no hubiese sido accesible en otra circunstancia.

Según el plan que me había trazado me había visto obligada a mentir a M. Chabrié y, al referirle muy sucintamente los acontecimientos de mi vida, le había ocultado mi matrimonio. Sin embargo había sido necesario explicarle el nacimiento de mi hija. ¡Oh!, ¡aquel que para salir de un aprieto recurre a una primera mentira no se imagina el camino sin salida que emprende! Es preciso que prosiga mintiendo, no puede salir de las intrincadas sinuosidades del tenebroso laberinto sino regresando definitivamente a la verdad. Me vi forzada a decir a M. Chabrié que había tenido a la niña siendo soltera. Le dije que ése era el secreto, motivo al que había que atribuir la repugnancia por el matrimonio de que hacía gala.

Esta confidencia tuvo como resultado hacerme amar aún más por M. Chabrié. Su alma era demasiado grande y demasiado deli-

cada para no comprender con exquisita sensibilidad toda la desgracia que hay en la posición de una joven engañada y abandonada cobardemente por quien la sedujo. Comenzó a compadecerme y sintió por mí ese respeto que inspira un dolor verdadero e irremediable. Pero, después de haberme compadecido, la pasión que sintió le hizo nacer el sublime pensamiento de realizar uno de aquellos actos de abnegación que no se comprenden en nuestros días y que nuestra estúpida sociedad pone hasta en ridículo, porque no tiene sentido sino para sus intereses materiales y es más fácil a su egoísmo ridiculizar la abnegación que imitarla.

M. Chabrié concibió el proyecto de devolverme a la sociedad, de la que me veía excluida, ofreciéndome la protección de su nombre. Ante esta propuesta hecha con una generosidad que está por encima de todo elogio, me sentí penetrada del más profundo agradecimiento hacia él y al mismo tiempo retrocedí de espanto ante la idea de las consecuencias que podía tener la mentira que me había visto obligada a decir.

Y, así, cuando M. Chabrié me ofreció casarse conmigo, escondí mi cabeza entre las manos sin atreverme a responderle, pues temía dejarle leer en mi fisonomía lo que ocurría en el fondo de mi alma. Estuve largo tiempo sin poder encontrar una palabra. Me prosternaba en pensamiento ante semejante amor y, después, al pensar que jamás podría participar de este amor celestial, vertía lágrimas de desesperación.

M. Chabrié sufría con mi silencio. Lo rompió y me dijo: —Señorita Flora, si le es imposible contestarme sí o no, míreme. Sus ojos son tan expresivos que adivinaré con facilidad su pensamiento.

—¡Ah, mi pobre amigo! Es justamente con el fin de evitarle ese nuevo dolor que no me atrevo a mirarlo.

—¿Rechaza, pues, el amor de su viejo amigo? ¡Ah! ¡La amo bastante, sin embargo!

—¡Chabrié!, le dije, reclinando mi cabeza sobre su pecho, su amor me parece demasiado grande, demasiado generoso. Temo que no sea sino un momento de locura.

—¡Flora! En este momento no piensa usted en lo que dice. Su respuesta es la del mundo, pues es así como me juzgarán en esa sociedad que se vanagloria de ser civilizada. Pero, hija mía, no he terminado mi proposición. No le ofrezco ir a vivir a Burdeos, a

Lorient o, aun, a París. En aquellas ciudades, tan vanas por sus perfecciones, se nos señalaría con el dedo, a usted porque ha tenido la desgracia de ser engañada por un hombre lo bastante cobarde como para abandonarla, y a mí por haberme elevado sobre miserables prejuicios y porque, amándola con un amor verdadero, más poderoso que la vana opinión del mundo, me había casado con usted. Como si la primera obligación de un hombre de honor no fuese la de casarse con la mujer a quien ama, para adquirir el derecho de protegerla y defenderla, lo que no puede hacer con una amante. Querida Flora nos quedaremos en América, en Valparaíso, si la ciudad le gusta; en Lima, si lo prefiere; en las costas de California, que son tan hermosas; en los Estados Unidos, en las Indias, en la China; en fin, en donde usted quiera. Amo Francia, aún más a mi anciano padre, pero con usted, Flora, no temo sentir ningún vacío. ¡Ah!, amiga mía, la amo tanto que el lugar más árido, si usted lo escoge, me parecerá un paraíso.

El amor verdadero tiene un lenguaje, un son de voz, una mirada y una expresión tan propios que ningún otro los podría imitar. Miré a M. Chabrié y comprendí que realmente me amaba. Este descubrimiento produjo en mí un arranque de embeleso, pues el amor, tal como yo lo comprendo, es el espíritu de Dios. Toca a nosotros, mortales, atados a la tierra, adorar a esa divina aparición. Mas a ese arranque de gratitud sucedió la horrible desesperación que nacía de mi posición. ¡Yo, unirme a un ser de quien me sentía amada! ¡Imposible! Una voz infernal me repetía con una risa burlona: "Tú eres casada. Con un ser despreciable, es cierto, pero encadenada a él para el resto de tus días, y no puedes sustraerte a su yugo. Pesa la cadena que te hace su esclava y ve si mejor que en París la puedes romper". Creí que mi frente iba a estallar. Estaba sentada sobre mi lecho y M. Chabrié se hallaba cerca de mí. Atraje su cabeza sobre mis rodillas con intención de hablarle. Iba a revelarle toda la verdad, pero mis lágrimas me sofocaron, cayeron en abundancia e inundaron su rostro. M. Chabrié no podía comprenderme. Veía en mí un dolor que se desbordaba y sentía al mismo tiempo que lo amaba con el más sincero afecto. Le rogué que me dejara. Me sentía incapaz de contener los sollozos y temía ser oída por mis vecinos. Le supliqué que me quisiese siempre y le pedí concederme dos días para reponerme de la agitación producida por esta conversación.

A juzgar por el ofrecimiento que M. Chabrié acababa de hacerme, no podía ya dudar que me amaba con sinceridad y vehementemente, como toda mi vida había ambicionado serlo. Pero, ¡ay!, ese amor tan puro, tan abnegado, en el que todavía podía encontrar la felicidad, llenaba mi corazón de amargura y de desesperación, pues me hacía sentir con todo su horror el indigno matrimonio que me habían obligado a contraer.[18]

Permanecí durante dos días en una incertidumbre de las más penosas. A veces estaba casi decidida a ceder a mi inclinación y decir a M. Chabrié toda la verdad sobre mi posición, mas la reflexión venía muy pronto a reprimir esa propensión de mi franqueza. Todas las consecuencias posibles se presentaban a mi espíritu. Me imaginaba a M. Chabrié rechazándome como los demás lo habían hecho. Me veía sola, abandonada, presa de mi desesperación. Retrocedía, lo confieso, ante este aumento de dolor que temía no poder soportar y que podía ser el resultado de una revelación indiscreta. En mi inquietante perplejidad me vino el pensamiento de hacer hablar a M. David sobre M. Chabrié a fin de conocer más su carácter y también para saber por medio de él, que conocía tan bien el mundo, muchas cosas que yo ignoraba y de las cuales sentía necesidad de estar informada.

M. David era siempre muy amable cuando yo quería conversar con él, aunque se mantenía constantemente en un tono de reserva y de ceremonia que conservó hasta los últimos instantes del viaje.

Una tarde M. David vino a mi camarote a charlar conmigo mientras M. Chabrié estaba de guardia. Entablé la conversación sobre el amor y la amistad, para de allí llegar hasta su amigo M. Chabrié.

18 Jorge Basadre al respecto dice: "Tenía diez y siete años Flora cuando entró como obrera en el taller del grabador Andrés Chazal, con quien se casó poco después (1821). Parece inverosímil la afirmación de Flora de que este matrimonio fue impuesto por la madre. No era mujer para aceptar esa clase de órdenes y ya contaba en su educación sentimental, por lo menos, con un amor frustrado, el de un hombre que retrocedió ante su equívoca partida de bautismo. Más bien hay, de esa época, apasionados documentos suyos dirigidos a Chazal, sólo seis años mayor que ella, escritos sin freno y sin ortografía. Pero la decepción que el matrimonio le produjo, es innegable". En Flora Tristán, Peregrinaciones de una paria, Editorial Cultura Antártica S.A. Lima, 1946, Traducción y notas de Emilia Romero y Prólogo de Jorge Basadre, p. V. (N. del E.)

—¿Cree usted, señor, que hay en la naturaleza hombres que sienten un amor puro, libre por completo de todo interés personal y con abnegación absoluta?

—Señorita, estoy convencido que no. Mujeres y hombres buscamos la belleza, la riqueza o el talento, por los goces que esperamos de ellos y no amamos sino en proporción de lo que nos da el objeto amado.

—¡Dios mío, siempre tiene usted respuestas áridas y desoladoras!

—¿Le gustaría a usted más que la engañase?... Siento la más sincera adhesión hacia usted para consentir en esto jamás. Usted es la única mujer por la que mi estimación ha aumentado a medida que mejor la voy conociendo. Antes de encontrarla no me figuraba que pudiese existir una persona tan realmente buena. Usted me reconcilia con la especie humana y concibo que se la ame sin esperanza de retribución. Pero, querida señorita, usted es la excepción y la excepción confirma la regla.

—¡Y bien! Admito que tenga usted razón, que el amor sea en efecto un sentimiento egoísta y creo con usted que lo es en general, ¿pero sucede lo mismo en la amistad? ¿Este afecto no existe independientemente de todo interés?

—¡En verdad la admiro! ¡A los veintiséis años creer aún, con ese candor de niño, que existe la amistad entre los hombres!

—Y qué, señor, ¿la niega usted?

—Querida señorita, no se sonroje así, no me mire con sus ojazos llenos de ira y desdén. Le repito, la quiero como si fuese usted mi hermana, y aunque tenga que hacerla sufrir tendré el valor de ilustrarla. Sepa, pues, niña como es usted todavía, que la palabra amistad que se encuentra en todos los libros, en todas las bocas, designa un sentimiento ideal que jamás ha existido entre los hombres. Ninguno de ellos lo cree porque ninguno de ellos lo ha sentido y nadie ha comprobado su existencia en algún otro ser. Las mujeres tienen entre ellas demasiados motivos de rivalidad para poder amarse de una manera desinteresada. Sus relaciones con el otro sexo, cuando no tienen el amor por base, están fundadas sobre el interés, y en total sus afectos son transitorios como las causas que los han hecho nacer. En cuanto a los hombres, nunca sienten amistad hacia las mujeres y no las aman sino por amor,

ni se unen a ellas sino por interés. Entre ellos se buscan o se dejan según el interés que el momento determine y la amistad, tal como los poetas y los filósofos nos la escriben, es una trampa tendida a la credulidad. Es una palabra cuya vacuidad se encarga de hacernos conocer la sociedad.

—¡Ah, señor! Su misantropía le vuelve muy injusto y le hace calumniar a la especie humana. Le afirmo que creo en la existencia de la amistad.

—Señorita, la expresión de su fisonomía y el acento de su voz me prueban que la amistad existe en su corazón, pero, se lo repito, es usted una excepción y me parece que hablamos de la raza humana.

—Entonces, señor, esta gran amistad que usted profesa hacia M. Chabrié ¿no es más que una vana ilusión?

—Esta pregunta, señorita, es muy delicada. A usted sola le responderé, dándole por allí una prueba irrecusable de mi adhesión. Chabrié es la persona a quien más quiero en el mundo. Sin embargo, el principio de esta amistad descansa por entero en las ventajas que yo encuentro en la asociación que he formado con él. Es lo mismo que siente él respecto de mí.

Miré a M. David con una emoción que le hizo conocer cuánto sufría. Me tomó de la mano y me dijo con cariño.

—¡Qué quiere, mi querida señorita! Hay que tomar el mundo como es. Pero desearía, así como le dije en la Praia, verla conocer ese mundo en medio del cual está usted destinada a vivir, para que evite ser engañada, desconocida y hasta ridiculizada y, en definitiva, se sienta desgraciada. Su candor será tomado por hipocresía, se servirán de usted como de un instrumento y será usted abandonada cuando ya no pueda ser útil. El dolor entrará entonces en su corazón bueno y sensible, se abandonará usted a él con toda la violencia de su imaginación. La desesperación se apoderará de usted y gastará en la lucha, por continuas decepciones, esa riqueza de temperamento con que la naturaleza la ha dotado.

—¡Le agradezco sus advertencias y sus consejos, mi querido señor! Creo con usted que es un gran error no conocer el mundo y, por muy penoso que sea su estudio, le prometo dedicarle en adelante una atención esmerada. Ésta es una necesidad a la que hay que resolverse. Las razones que acaba usted de darme para

determinarme a ella me hacen presentir cuán doloroso es para el corazón adquirir este conocimiento. ¡Dios mío! ¡Cuán seca e insípida debe parecer la vida a los seres que han llegado al punto de considerar todos los afectos del alma como otras tantas ilusiones!

—Lo sería, en efecto, si nuestro globo no tuviese sino los hombres por habitantes. Pero también está poblado por animales de toda especie, cubierto por una variedad de plantas y encubre brillantes metales en sus entrañas. Además, los mares de que está rodeada la tierra y el cielo nebuloso o brillante de estrellas ofrecen a nuestra admiración los más imponentes espectáculos. Con una inteligencia como la suya ¿qué necesidad tiene del afecto de los hombres para ocupar sus pensamientos? A usted le gusta dibujar el paisaje, ¡pues bien!, encontrará en la satisfacción de ese gusto una fuente inagotable de gozos. Animará sus cuadros poniendo animales que puede escoger entre aquellos cuyos instintos ha observado y tendrá así la oportunidad de representar las cualidades que usted busca en vano entre los hombres, pero cuyo modelo se lo ofrecen los animales. Podrá también estudiar el inmenso reino vegetal y hará cada día nuevos descubrimientos en la organización de las plantas, en sus costumbres y su utilidad. ¡Ah! Créalo, señorita, la naturaleza encierra bastantes tesoros para ocupar todas las facultades del ser inteligente, para que su alma esté encantada y sin sentir la más leve necesidad de interesarse en los miserables y pequeños dramas de los hombres.

Esta última respuesta de M. David mostraba que primitivamente había habido en el corazón de este hijo de Dios algo bueno y hermoso. Pero la maldad de los hombres había ahogado en él los gérmenes de las virtudes. Todo acto de abnegación le parecía un absurdo y, en lugar de ser útil a sus hermanos, amándolos, no vivía más que para admirar las maravillas de la naturaleza.

Esta conversación nos arrastró más lejos de lo que pude pensar. Dieron las doce de la noche antes de que me fuese posible hablar de M. Chabrié. Éste bajó de su guardia y al encontrar a M. David en mi camarote demostró fastidio y le dijo cosas duras. No porque estuviese celoso de M. David, sino porque temía que su amigo me hablase de cierta señora Aimée, cosa que M. David había hecho algunas veces. M. Chabrié se negó a quedarse a conversar conmigo. Respondió con brusquedad y cólera a la graciosa in-

vitación que le hice. Es tal su mal carácter que, en su ira, es duro con sus mejores amigos, los hace sufrir y sufre él mismo durante días íntegros.

En la noche no pude conciliar el sueño un instante. Repasaba en mi memoria la larga conversación que acababa de tener con M. David. Los argumentos que me había dado para probarme que la amistad no existe me helaban el corazón. Apenas cerraba los ojos, un horroroso espectro, el implacable egoísmo, se presentaba delante de mí haciendo presa de todo cuanto podía alcanzar. La horrible visión me aterrorizaba y, despertándome sobresaltada, repetía las palabras de M. David: "La amistad no existe. Los hombres no aman a las mujeres sino por amor". Este pensamiento me desesperaba y sentía que ya no estaba en mí sentir alguna vez amor por nadie. En la exaltación febril que hacía latir mis arterias con violencia me decía: Sí, M. David dice la verdad. Chabrié nunca me amará con amistad, y si yo le revelo mi matrimonio no me querrá con amor. Quiere que sea su esposa, no su amante. Desde el momento en que deba renunciar a la esperanza de casarse conmigo, conozco su delicadeza, huirá de mí. Ante este pensamiento temblaba de espanto. Sola, en medio del océano, nada debía temer con su amor. La nobleza de sus sentimientos me defendía contra sí mismo y su intrepidez contra todo otro ataque. Si nuestro navío se hubiere destrozado contra las rocas del cabo estaba segura de que Chabrié me habría salvado y protegido, y su valor me hubiese hecho respetar. Si nuestro barco hubiese naufragado en pleno mar, estoy también segura de que Chabrié me habría llevado en la chalupa, dándome su último pedazo de galleta, su última gota de agua, alimentándome aun con su propia carne para conservar mis días. En fin, si nuestra nave se hubiese incendiado sin haber tenido tiempo de salvarnos, Chabrié, consagrado por entero a su amor, me habría tomado en sus brazos y, como me lo dijo cien veces con una expresión del alma, para salvarme de la horrible agonía de las personas que se ahogan, me habría hundido el puñal en el corazón. Confesaré que retrocedía espantada ante el temor de que al confesar a M. Chabrié toda la verdad perdiese, con su amor, la poderosa protección que me ofrecía. El instinto de la propia conservación ha sido dado por Dios a todas sus criaturas y cuando la vida está en peligro es permitido, según creo, usar, para defender-

la, de los medios que la Providencia deja a nuestro alcance. Tuve miedo del abandono. Mis días podían depender de la protección de otro ser y me asía del amor de M. Chabrié como el náufrago de la tabla que flota.

Además esperaba lograr que M. Chabrié comprendiera que mi amistad le sería tan dulce como el amor de las otras mujeres. No era orgullo de mi parte. Procedía de buena fe, pero me engañaba por completo.

Cuando me encontré a solas con M. Chabrié me preguntó lo que había decidido sobre su suerte.

—He decidido, le dije, que usted será mi amigo toda la vida, mi excelente amigo a quien querré tiernamente. —¿Y nada más?..., me preguntó con una voz emocionada. ¡Ah!, ¡qué desgraciado soy!, continuó, dejando caer la cabeza entre sus manos.

Quedé largo rato contemplándolo. Las venas de su frente se hincharon. Se estremecía como uno que tiene movimientos convulsos. Todo en él anunciaba un profundo pesar.

Al verlo así, presa del dolor, pensaba en lo que me había dicho la víspera M. David: los hombres no aman a las mujeres sino por amor. Así son los hombres, me dije suspirando. Desdeñan la amistad de las mujeres, no quieren sino amor y las acusan de duplicidad cuando a ellos mismos conviene engañarlas. Las mujeres no ejercen ninguno de los empleos de la sociedad, no tienen para ellas sino un número pequeño de profesiones, tienen más que los hombres necesidad de relaciones de amistad. Pero si una mujer amante se halla en la necesidad de implorar abnegación, el hombre a quien se dirige le exige amor y, sin inquietarse si ella puede o quiere dárselo, pone ese precio a los servicios de su amistad.

Después de haber quedado mucho tiempo absorto en sus pensamientos, M. Chabrié salió de repente de ellos con un movimiento brusco. Su expresión era altiva, su sonrisa sardónica, su voz agria:

—Así, pues, señorita, me dijo ¿usted no me ama?... En efecto concibo que el amor de un viejo lobo de mar como yo debe parecer muy ridículo a usted, acostumbrada a las elegantes maneras de los guapos jóvenes de París, que saben decir lindas frases, pero que no sienten nada o, más bien, me equivoco, sienten miedo, pues

¿no me dijo usted una noche cuando estábamos en la rada de la Praia que uno de ellos había tenido miedo de su amor?

—Chabrié, usted me recuerda cosas que me desgarran el corazón.

—¡Perdón, señorita, creí, en mi sencillez, que cuando una persona permanece impasible a la vista de los atroces dolores que causa debe estar poco conmovida por un recuerdo!

—Chabrié, me hace usted sufrir. Es injusto para conmigo y no me ama tanto como me lo asegura.

—¡Que no la amo tanto como lo aseguro!... Pero, ¿no sabe usted, Flora, que la amo más que lo que yo mismo querría?

—Si es cierto, ¡deme una prueba!

—¿Cuál?, dígala. Estoy pronto a darlas todas.

—Bien, ámeme con amistad.

—Es inútil pedírmelo. Usted bien sabe que soy su amigo y el de su hija, hasta mi último soplo de vida.

—Y este afecto ¿no tiene el poder de hacerle feliz como yo deseo tan ardientemente que lo sea?

—No.

—¡Ah, Chabrié! ¡Qué diferencia hay entre los dos! Yo estoy feliz de la amistad que siento por usted. Mi dicha sería completa si un sentimiento de la misma naturaleza llenara igualmente su corazón. Pero veo con vivo dolor que jamás sentirá usted ninguna alegría.

—¡Escuche, Flora! Si yo la quisiese menos podría quizá engañarla, como, a pesar de mi franqueza, me ha ocurrido más de una vez con otras. Dígame ¿cree usted que un hombre de mi edad puede permanecer horas enteras sentando a su lado, como me sucede cada día desde hace tres meses sin enamorarse? Usted debe pensar que esto es imposible. Usted ve esas cosas relatadas en los libros, pero es mentira. Y usted, querida amiga, ¡tiene aún sencillez como para creer en los libros!

—¿Por qué no habría de creerlos si me siento capaz de proceder tan bien como lo refieren esos libros?

—Quien sabe usted, querida, porque es un ser de excepción. Usted ha vivido desde su infancia entre lágrimas y dolores. La desgracia es un crisol en el que las almas nobles se purifican, mientras que yo he vivido en medio del tumulto del mundo, menos que

David sin duda. También he conservado una alma para amar y ¿cómo quiere usted, querida amiga, que no haya sido sensible a todos los encantos de su persona? Toda mi vida he deseado gozar de un amor que llamaré completo: el de un alma bella unida a un físico agradable. He amado a mujeres más hermosas que usted, pero, privadas de corazón, esas bellas estatuas se convertían muy pronto en seres abyectos ante mis ojos. En cuanto a la última que atrajo mi afecto, no era hermosa, quedé fascinado por la apariencia de ciertas cualidades que yo supuse en ella. Me engañó. Su ingratitud me ha hecho mucho daño. Ahora, gracias a usted, mi buena Flora, ya no pienso en ella.

—Amigo mío, aquella mujer le engañó porque quizá no quería más que su amistad y usted exigió de ella su amor.

—Querida Flora, usted es en toda circunstancia de una sencillez que me admira. Sepa, pues, hija mía, que no hay amistad en el mundo. Sólo hay interés entre los malos y amor entre los buenos. Luego, usted sabe que a su viejo amigo Chabrié es menester colocarlo entre esta última clase.

Mi corazón se oprimió y repetí por lo bajo: David tenía razón.

A la mañana siguiente, y los demás días, M. Chabrié regresó a mi camarote donde la conversación continuó en el mismo tono. Me demostró siempre un amor tan puro como verdadero, pero vi que debía renunciar a la esperanza de inspirarle sólo amistad. No sé si nuestros compañeros de viaje repararon en las atenciones y cuidados afectuosos que M. Chabrié tenía para conmigo. Su conducta era tan digna que, a pesar de sus largas y frecuentes visitas a mi camarote, esos señores me demostraban cada día más amistad y deferencia. ¡A tal punto un amor puro es cosa respetable y ejerce influencia sobre aquellos que son testigos de él!

Durante las rudas jornadas del cabo yo tenía a menudo que hacer el oficio de conciliadora entre mis compañeros de viaje, esos ocho hombres cuya dureza e irritabilidad envenenaban las menores palabras.

M. David tenía la grosera y burlesca costumbre de juntar siempre cuatro o cinco juramentos o epítetos cuando se expresaba sobre las cosas o dirigía la palabra a las gentes que hacían el servicio. No hablaba de los peruanos sino con una retahíla de términos injuriosos. M. Miota, que se molestaba con esto, no encontra-

ba otro medio de vengarse que excitando a su vez el mal humor de los tres españoles traduciéndoles las frases que probablemente amplificaba aún más.

La vida a bordo es antipática a nuestra naturaleza. Al tormento perpetuo de las sacudidas más o menos violentas del balance, a la privación del ejercicio y de los víveres frescos, a la continuidad de los sufrimientos que agrian el humor y vuelven irascibles los caracteres más dulces, hay que añadir el cruel suplicio de vivir en un cuartito de diez a doce pies, frente a siete u ocho personas a quienes se ve por la tarde, por la mañana, por la noche y a todo instante. Es una tortura que hay que haberla soportado para comprenderla bien.

M. David se levantaba muy temprano para poder usar la mesa íntegra para afeitarse, peinarse y vestirse. Su toilette no se hacía sin ruido. Juraba, como para hacer temblar a un ateo, contra el pobre grumete que era en realidad tan sucio como perezoso; pero que tenía sólo dieciséis años y estaba casi siempre enfermo. Su estado reclamaba un poco de indulgencia y yo lo había tomado bajo mi protección inmediata. M. David no se atrevía ya a golpearlo desde que cierto día, en que casi lo mata, había yo intervenido y obtuve de M. Chabrié la prohibición expresa de que se tocara a este muchacho. Terminada su toilette, M. David iba a la bodega a lanzar sus juramentos contra el teniente Manuel, que por negligencia dejaba todo en desorden. La perra Cora era el siguiente objeto de su indignación. Después llegaba a las causas generales y M. David daba curso a su irritación jurando contra el mar y los vientos, el comercio y los hombres. Desacreditaba, sobre todo, con el obligado acompañamiento de injurias, al Perú y sus habitantes. La voz de M. David, los lloriqueos del grumete, las respuestas de Manuel, los gritos de la perra, todo formaba tal escándalo que los que sentían la necesidad del sueño no podían dormir. Los oficiales que habían estado de guardia durante la noche se quejaban amargamente. M. Briet decía que jamás había oído tanto ruido a bordo de un barco. M. Chabrié apostrofaba entonces a M. David en términos poco mesurados. Éste respondía en el mismo tono. Se empeñaba la disputa y aumentaba aún más el estrépito que la había hecho nacer. Cuando daban las nueve se servía el desayuno. Acusados y demandantes se encontraban reunidos y la disputa se prolongaba.

Desde el principio del viaje me había abstenido de presentarme a esta comida y después lo convertí en regla. Comía muy poco y estaba casi siempre enferma en la mañana, por lo que prefería levantarme cuando se había acabado el desayuno y todo el mundo estaba en el puente. Me encontraba entonces más libre para mi toilette y mis pequeños arreglos. Como mi camarote no estaba cerrado sino con persianas, oía todo lo que se decía y veía cuanto sucedía en la cámara sin que pudiesen notarlo.

Esos ocho hombres reunidos durante el desayuno renovaban las recriminaciones con más fuerza y acritud que antes. M. Briet se quejaba en tono duro y seco y sus quejas provocaban la ira de M. Chabrié contra M. David, que hacía frente a todos con un aplomo imperturbable.

—Hay que convenir, David, decía M. Briet, que usted habría sido un excelente despertador. Verdaderamente admiro yo, viejo marino, la facilidad con que jura usted contra la tempestad. Sin embargo, no creo que ésta le moje los cabellos, pues si así fuera no estarían tan bien rizados. Me asombra que sus juramentos no corrijan a la amable perra de Chabrié de hacer sus inmundicias sobre el puente, lo cual hace el servicio sumamente atrayente. Y también que no vuelvan más cuidadoso a nuestro grumete, aunque emplea toda la mañana en calentar agua dulce para jabonar sus blancas manos. Estoy sorprendido de que no tengan más poder sobre ese buen Manuel. Parece, según he oído esta mañana, que no hace más caso de sus recomendaciones que de las mías. Es una maravilla David. Ciertamente, puede usted atribuirse una gran parte de las tribulaciones que nos es preciso soportar en este querido "Mexicano".

—Briet, decía M. Chabrié, me mortifica que mi perra te disguste o te incomode. He dado a Labarre la orden de amarrarla en su tonel ¿por qué no me ha obedecido?

—Mi querido amigo, tu perra no me disgusta en lo más mínimo. Pero te digo que a bordo de un barquito donde no se puede dar cuatro pasos, no es agradable tener entre las piernas, durante la maniobra, a un gran diablo de perro como tu Cora. Uno de estos días nos hará quebrarnos el cuello.

—Pero antes de zarpar te pregunté si la querías y consentiste.

—Mi querido amigo, debes pensar en que si cada uno de nosotros tuviese a bordo un animal a su gusto, mono, ardilla, loro u otro cualquiera, todos esos lindos animales harían de tu nave un infierno insoportable. Pero basta ya, no hablemos más.

—Estoy contento de lo que dice Briet. Usted ve, Chabrié, no soy el único en quejarme de su perra.

—David, usted es un imbécil y un egoísta. Mi perra puede incomodar a Briet pero no a usted que va al puente sólo para fumar un cigarrillo, a usted que está muellemente acostado a las ocho de la noche cuando no tiene que conversar con la señorita Flora. ¿Qué incomodidad puede causarle Cora?... Veo, mi querido David, el fondo de su pensamiento. Usted quiere por medio de mi perra desviarnos de la conversación que había comenzado Briet. ¡Pues bien! Vuelvo a ella, e interpelo a todos estos señores para que nos digan si sus perpetuos juramentos y su alboroto de todas las mañanas no les incomoda más de lo que puede hacerles Cora.

—¡Oh! En cuanto a eso, respondía a M. Briet, Chabrié tiene razón. Estoy seguro de que M. Miota, y don José son de la misma opinión.

—Confieso, decía M. Miota, que no es muy agradable ser despertado a las seis de la mañana por el alboroto de M. David y oír tratar a los peruanos de ladrones, de tunantes, de malvados, de bandidos.

—¡Ah!, decía burlonamente M. David, allí está M. Miota con sus susceptibilidades peruanas. Pero, mi querido señor, usted sabe bien que, cuando hablo así de los peruanos exceptúo a usted, a su familia y a todas las familias honorables. Hablo de los peruanos que son ladrones, tunantes, bandidos. Pero no me negará usted que los hay en su país como los hay en Francia, en Inglaterra y, en fin, en todas partes. Pues allí en donde hay hombres, el uno trata de engañar al otro.

—Señor, como es en términos generales en que habla de los peruanos, usted ataca a todos mis compatriotas.

—Pero, mi querido señor Miota, usted no conoce a sus buenos compatriotas. Usted dejó su país a la edad de dieciséis años. No niego que haya allí, como en todas partes, familias muy respetables tales como la suya, la de la señorita Tristán y muchas más. Pero, le repito, la mayoría de los habitantes son ladrones.

—¿Sabe usted bien, señor David, que si debiéramos creerle nos consideraríamos aquí como otros tantos ladrones, bribones y malvados y no sería eso muy tranquilizador para la asociación que hemos formado?

—Por Dios, Briet, no hagas caso de lo que dice David. ¿No ves que su placer, su más grande placer, después de haberse acicalado y de haber fumado decenas de cigarrillos es el de vociferar contra los hombres? Y como el amigo David con todo su espíritu es, a mi modo de ver, muy bruto, está en constante contradicción con sus principios. ¡Ay, amigo mío!, cuando se detesta a los hombres se vive en los bosques con los animales y no como usted que no puede estar un instante sin compañía.

Sobre este tono se entablaban casi todas las conversaciones del desayuno. En cuanto me levantaba, M. Miota venía a darme las quejas. Trataba de hacerme participar de su indignación, demostrándome que M. David me insultaba junto con la nación peruana. Yo lo calmaba lo mejor posible y le hacía prometer que no respondería una palabra a M. David. Cesáreo, de carácter orgulloso y violento, estaba furioso, azuzaba a su tío, así como a Fernando, formaba proyectos de venganza contra M. David y era necesario que yo ejerciera toda mi influencia sobre él para impedir que este niño hiciese alguna escena.

Conversaba con menos frecuencia con M. Briet, pero cuando esto sucedía me llegaba a decir que nunca más formaría una asociación y en su vida pondría los pies a bordo de un navío en donde el capitán olvidaba, al no hacerse respetar, el primer deber que le incumbía.

Cuando daban las tres de la tarde, M. David venía a mi camarote a preguntarme cuáles eran los dos platos de conservas que prefería para la comida. Durante todo el curso del viaje no faltó un día a esta deferencia, pero era tan astuto que tenía la mayor habilidad para hacerme escoger siempre los platos que le convenían, sin inquietarse si les convenía a los demás. Yo aprovechaba de esta visita para regañarle por su conducta de la mañana.

—Querida señorita, perdóneme hoy. Le prometo que en adelante juraré mucho menos. Le doy mi palabra de que creía que estaba dormida. Usted sabe que nunca juro delante de usted.

—Pero, mi querido David, ¿por qué acumula usted tantos juramentos? Uno solo vale por mil ¿y qué significa esa retahíla de epítetos que usted lanza? Si el grumete los mereciera todos ¿sabe usted que sería un ser extraordinario? En nombre del cielo, por consideración a nosotros, conténtese con un solo juramento y un solo epíteto. No grite durante una hora, pues todo lo que dice no hace al muchacho más limpio y, en cambio, nos despierta y nos hace daño.

—Señorita, ¿me permitiría decirle que es usted quien echa a perder al grumete? Ese tunante se siente sostenido por usted y por Chabrié, quien hace todo cuanto usted quiere. Y ya ve como marcha todo aquí.

—Encuentro, señor, que todo marcha aquí tan bien como es posible que suceda a bordo de un barco pequeño e incómodo como el nuestro. Usted es duro para con un niño siempre enfermo, de constitución débil y que, sin embargo, sirve a nueve personas, con poca inteligencia es cierto, pero con una gran suma de buena voluntad.

—Con su sistema de indulgencia todo se encuentra bien, pero confieso que no lo adopto. Sin el temor no puede uno hacerse obedecer, y ese bribonzuelo de grumete...

—¡Y sus epítetos contra los peruanos!... ¿Cree usted que M. Miota y yo podemos estar satisfechos de oír tratar así a nuestra nación?

—Pero, señorita, usted es francesa.

—Yo nací en Francia, pero soy del país de mi padre. Es la casualidad lo que nos hace nacer en un lugar o en otro. Mire mis facciones y dígame a qué nación pertenezco.

—¡Ah, coqueta! Me hace esta pregunta para que le diga un piropo sobre sus lindos ojos y sus hermosos cabellos andaluces.

—Señor David, debe usted saber ya, mejor que nadie, cuán poco sensible soy a los cumplimientos. Trata usted de escapar a mis amonestaciones. Se lo repito por vigésima vez: M. Miota está profundamente herido por la manera como habla usted de los peruanos delante de él.

—Puede usted creerme, señorita, que mi intención nunca ha sido la de insultar a M. Miota y menos a usted. Cuando usted y él conozcan a los peruanos dirán: David tenía razón... Querida se-

ñorita, usted sabe cómo la estimo. He oído muchos elogios sobre su familia. Su tío Pío es un hombre muy respetable, según dicen, pero le aseguro que los peruanos en masa son los más viles pícaros que se puede uno imaginar.

—Si es así, señor ¿cómo se ha quedado diez años en ese país y por qué regresa a él?

—Porque hay dinero por ganar.

—Pero hay ingratitud en hablar mal de gentes que le permiten hacer su fortuna.

—¡Ay!, ¡valiente mérito el que tienen! Les vendí mis mercaderías al precio en plaza. Si las compraron fue porque las necesitaban. No veo por qué razón habría de tenerles agradecimiento.

M. David veía el interés como único móvil de los hombres. No podía, pues, ser accesible al reconocimiento. Me parece, después de todo, que debemos demostrar benevolencia al país en donde hemos encontrado protección para nuestras personas, nuestros bienes y nuestro trabajo. Si M. David hubiese sido consecuente con sus principios no habría acusado la probidad de los peruanos y si hubiese tenido filantropía habría deplorado su ignorancia.

Llegaba la hora de la comida. Todos se habían acicalado ligeramente y la conversación durante ella tomaba distinto giro que la del desayuno. Alegres o tristes según el viento, cuando estábamos en buena ruta y el vaivén no era muy fuerte, la charla se hacía muy entretenida y estaba llena de salidas de ingenio.

M. Chabrié salía de su cabina frotándose las manos.

—¡Vamos, vamos! Amigos míos, paciencia. Nuestro tiempo de miseria toca a su fin. Señorita Flora, estamos en ruta y hacemos ocho nudos. Puede venir a la mesa sin temor de que la sopa se derrame sobre usted. El mar está tranquilo como una niña con los ojos azules... Vamos, M. Miota ¡un poco de valor!, dentro de ocho días estaremos en Valparaíso. ¡Oh!, ¡qué felicidad! Señores, hagamos algunos proyectos de gula para que esto nos ayude a engullir este buey salado y los frejoles que maese David nos hace poner todos los días en la mesa... Señorita Flora ¿qué comerá usted el primer día de nuestra llegada a Valparaíso?

—Café con crema, naranjas y helados.

—¡Peste! ¡Va a engordar mucho con ese alimento!... ¿Y usted señor Miota?

—¿Yo? Alcachofas con salsa, ensalada y huevos a la nieve.

—¡Bravo! Le predigo que con ese régimen, señor Miota, conservará por mucho tiempo su figura de Cristo. ¡Qué gusto tan singular tienen ustedes los peruanos!

—¿Y tú, Briet?

—Yo me regalaré con buena mantequilla fresca y con una botella de buena cerveza.

—Ese Briet puede ir a California, pero siempre es bajo-bretón. ¿Y usted, David?

—Yo me haré servir una buena pierna de carnero, un pavo, riñones en Champagne, un fricasé de pollo con cebollas y después algunos platos de legumbres frescas, cremas, fruta...

—En realidad, David, se creería que se le ha hecho ayunar aquí durante tres meses por la manera como proyecta atracarse... Por mi parte me contentaré con una cabeza de ternero, una perdiz con coles y algunas manzanas.

Durante los postres, la conversación versaba sobre política, los viajes o los lugares preferidos de manera especial por cada uno de aquellos señores.

M. Chabrié era republicano, M. David legitimista y M. Briet bonapartista.

M. David, con su tono pedante y contundente, hacía rabiar a M. Chabrié ridiculizando a su partido. Se dirigía a M. Briet en los términos más burlones sobre su difunto emperador.

—Sí, señor David, decía M. Briet, sostengo que el emperador está más vivo que su viejo espantajo. El espíritu de Napoleón sobrevive entre los franceses, en tanto que sus tres reyes jesuitas, padre, hijo y nieto, que cazan en Alemania, se han hundido para siempre.

—Briet, te equivocas, replicaba M. Chabrié. Desde 1816 has salido de Francia e ignoras los cambios que se han operado en los espíritus. La juventud, ahora, no aceptará ya un emperador, ni nada que se le parezca. Ya no considera a Napoleón, a pesar de toda su gloria, sino como a un tirano que oprimió la república tal como la había establecido la Constitución del año III. El pueblo de 1830 quiere libertad...

—¡Ah! ¡Qué curioso es este Chabrié con su libertad!, decía M. David. Se le llena la boca cuando pronuncia la amada palabra

libertad. Chabrié ¿quiere usted su gorro frigio? Haría un magnífico efecto sobre su casquete de seda negra y con su gruesa chaqueta tejida.

CHABRIÉ.— Señor David, no son las bromas repetidas desde hace cuarenta años por las viejas matronas del barrio de San Germán lo que impedirá el progreso de la Nación. Cuando se formaba la opinión en los salones de Versalles concibo la importancia que debían tener los cuodlibetos sostenidos por los grandes señores y las prostitutas de la Corte. Pero ese buen tiempo ya pasó. Los hijos de los antiguos cortesanos se ríen entre ellos de los chistes de sus padres, sin que nadie más les preste atención.

DAVID.— Concibo que, en efecto, los razonamientos de los banqueros y de los tenderos, sobre política, sean mucho más divertidos... Las frases de sus periodistas y de sus oradores de tribuna son de una necedad para morir de risa. Paul Louis Courier tenía razón: es en verdad un gobierno recreativo.

BRIET.— ¡Ah! En tiempo del Emperador no existían todos esos charlatanes.

CHABRIÉ.— No soy, más que usted, partidario del gobierno que nos rige. No habrá felicidad para nosotros sino cuando estemos en la república.

BRIET.— No seremos felices sino cuando tengamos un amo que sepa hacerse obedecer como el gran Napoleón.

DAVID.— Briet, si habla usted siempre en forma tan oportuna, estaré con más frecuencia de acuerdo con su opinión.

CHABRIÉ.— Pero ¿cuál es, pues, su sistema de gobierno?

M. David, a quien le agradaba oír primero a su antagonista, respondía con la misma pregunta:

—¿Cuál es el suyo, Chabrié?

M. Chabrié entraba entonces en grandes detalles sobre la organización de su república. Pero, como no soy publicista, confieso que prestaba poca atención a esta parte de la conversación. Su sistema consistía, según podía yo comprender, en hacer distribuir todos los empleos por el pueblo y en hacer que todos los individuos estuviesen capacitados para desempeñarlos. Terminaba diciendo:

—Espero, señor David, que va a decir que mi organización republicana está calcada sobre la de los Estados Unidos. Mas los

resultados obtenidos en aquel país ¿no deberían animarnos a adoptarla para nuestra patria?

DAVID.— ¿Cómo es posible, mi querido Chabrié, que incurra usted en semejante desvarío? ¿No ve que los diez millones de población de los Estados Unidos ocupan un territorio más extenso que los treinta millones de población francesa? Por consiguiente, en Francia la propiedad tiene mayor importancia y menor el individuo. Además ¡qué hermoso país para habitar, los Estados Unidos! El obrero es de una insolencia que subleva. No puede uno hacerse servir en ninguna forma. La voluntad de un populacho sin freno hace la ley, hasta el punto de que el individuo que le desagrada no está seguro. Allí se ve incendiar las iglesias católicas en virtud de la libertad de cultos; matar a las gentes de color en nombre de la igualdad ante la ley y tener a tres millones de negros en la esclavitud por respeto a la libertad individual. En verdad, mi querido Chabrié, debería usted escoger mejor sus modelos. Yo viviría más a gusto en Turquía y no en sus países de libertad.

CHABRIÉ.— ¡Oh! Sé que usted prefiere los países donde el pueblo es servil, donde el hombre que tiene bienes es todo y el proletario es nada porque pertenece a la primera de las dos clases y le gusta que lo adulen. Pero la cuestión es la de saber si el mayor número se encuentra mejor. En cuanto a mí, nunca comprenderé la justicia que hay en sacrificar el bienestar de veinticuatro millones de proletarios para el mayor provecho de tres o cuatro millones de propietarios.

DAVID.— ¿Qué entiende usted por justicia?

CHABRIÉ.— Estoy admirado de su pregunta. La justicia, tal como la entiendo, es esta regla que Dios ha puesto en nuestras almas y que ni el salvaje ni el hombre civilizado pueden desconocer.

DAVID.— Amigo mío, en todas partes se considera por justo o injusto lo que es conforme o contrario a la ley del país o a la voluntad de quien hizo la ley. El mejor gobierno es para mí el que me ofrece más ventajas.

CHABRIÉ.— Es la respuesta de un ateo y de un egoísta.

DAVID.— Sus planes de gobierno, soñados por otros antes que por usted, no han podido ni podrán triunfar jamás porque somos en Francia más egoístas que en cualquier otro país y, como no cree-

mos en los dogmas religiosos, la religión no es para nosotros ningún freno.

BRIET.— El mejor gobierno fue el organizado por el Emperador. Francia no puede ser feliz después de las humillaciones sufridas y con los límites que le han dejado. La gloria es necesaria a su felicidad.

CHABRIÉ.— ¿No ves, Briet, que bajo el gobierno de uno solo el despotismo se acrecienta con la extensión del territorio? Puesto que has vivido en la China debes haber visto el ejemplo de cuanto digo.

BRIET.— Pero la China no está mal gobernada. Los mandarines son obedecidos como los comandantes a bordo de nuestros buques de guerra. El país está bien cultivado. Hay canales en todas direcciones y los chinos hacen, en materia de industrias, cosas que a nosotros nos costaría mucho trabajo imitar.

CHABRIÉ.— Briet, no somos chinos y no soportaríamos ser gobernados como ellos... Parece, David, que no cree usted en el progreso; pero, en definitiva ¿qué gobierno desearía usted para Francia?

DAVID.— Efectivamente, no creo en el progreso en el sentido en que usted lo entiende, sino más bien en el de los vicios de nuestra naturaleza. Hay naciones como los hombres. Al envejecer, los preceptos de la moral tienen menos influencia sobre ellas y he ahí por qué los pueblos se inclinan, a medida que envejecen, a reformar la autoridad. El gobierno que convendría a Francia es aquél establecido por el tiempo, el cual se desplomó, no porque sus instituciones estuviesen carcomidas (como las gentes de la opinión de usted repiten sin cesar), sino que fue demolido porque quienes obtenían más ventajas de aquel gobierno tuvieron el inconcebible extravío de abandonar su cuidado y favorecer a los demoledores.

CHABRIÉ.— Si no fuese un ateo, David, usted vería el dedo de Dios en ese gran acontecimiento.

DAVID.— Dios se inclina hacia los grandes ejércitos. Dios abandona a los débiles y a los imbéciles.

CHABRIÉ.— ¿Cree usted, pues, que nuestras antiguas instituciones eran buenas, aunque se hayan derrumbado? Pero actualmente ¿qué quiere usted poner en lugar de lo que existe?

DAVID.— Si Napoleón hubiese sido legítimo habría resuelto el problema.

CHABRIÉ.— ¿Querría entonces un gobierno imperial?

DAVID.— Quiero decir que si Napoleón no hubiese estado maniatado por sus antecedentes, si para dominar a los revolucionarios no se hubiese visto forzado a dar curso a su ambición, haciendo guerras perpetuas, y si, en fin, hubiese sido dado a un usurpador poder hacerlo, él habría restablecido por completo las antiguas instituciones a las que las suyas, con nombres diferentes, se parecían cada día más, en el fondo. Y no habría tenido la insigne locura de Luis XVIII quien al encontrar la comedia demasiado corta quiso empezarla de nuevo y, sin tener en cuenta la suerte de su desgraciado hermano, exhumó la soberanía del pueblo para ponerla frente a la que acababa de recuperar.

CHABRIÉ.— Pero, vamos al grano, ¿qué gobierno quisiera usted en la actualidad?

DAVID.— Acabo de decirlo: quisiera que se restableciese, con las modificaciones aprobadas por la experiencia, la antigua forma de gobierno. Desearía ver las provincias administradas por intendentes, bajo el control de las asambleas provinciales, las cuales serían nombradas por los grandes propietarios y las corporaciones. Desearía que el gobierno se descentralizara y que cada provincia fuese dueña de decidir sobre sus propios problemas por medio de su asamblea. Quisiera, en fin, que se acabara con el gobierno charlatán y se enviara a sus casas a nuestros muy queridos diputados, así como a esa mascarada de Cámara de los Pares.

CHABRIÉ.— ¿No querría usted la libertad de prensa?

DAVID.— Sí, pero para las tarjetas de visita únicamente.

CHABRIÉ.— ¿Y a quién pondría usted por rey? ¿Al duque de Burdeos o a Luis Felipe?

DAVID.— Creo que el principio de la legitimidad consagrado en la persona de Enrique V sería una garantía para la tranquilidad presente y futura.

BRIET.— Sí, una garantía de tranquilidad como lo fue Luis XVIII, huyendo a Gante ante la aproximación del gran Napoleón quien, ¡con ochocientos hombres solamente!, se propuso expulsarlo. Una garantía de tranquilidad como lo ha sido Carlos X, a quien cincuenta mil hombres no pudieron sostener sobre el trono en presencia del pueblo sublevado, y que ahora caza en las selvas de Alemania con el héroe del Trocadero y Enrique V, el candidato de M. David.

DAVID.— Habitarunt dii quoque sylvas.

CHABRIÉ.— Cada cuba huele al vino que tiene. Ese demonio de David es siempre pedagogo. No puede olvidar que fue profesor de idiomas y no puede perder la costumbre de escupir su latín a cada paso.

BRIET.— Si es algo bueno podría usted traducirlo para todos nosotros, pobres diablos, que no hemos tenido los medios de estar en el colegio Bonaparte. ¿No es en ese colegio donde aprendió usted su latín?

CHABRIÉ.— Y todavía gratis. ¿Por qué, pues, David, su padre no se hizo dar un título de barón bajo el usurpador?

DAVID.— Porque no tenía necesidad de él.

CHABRIÉ.— Sin embargo, tenía necesidad, para arrastrar su carroza, del puesto otorgado por el Emperador. Me admira que no haya aprovechado de la ocasión para agregar algo a su nombre, para que en el correo por lo menos se le pudiese distinguir del peluquero de la esquina.

BRIET.— Pero, M. David ¿no se llama M. de la Cabusiére y sus hermanos de Thiais?

CHABRIÉ.— ¡Dios mío! Sí Briet, y si la inocente fantasía te seduce no te costará muy caro satisfacerla. No tendrás más que emplear el mismo procedimiento. Comprar en Bretaña sólo media fanegada de bosque, la bautizas con un nombre sonoro y la unes con la noble partícula al honorable nombre que tu padre te dejó.

BRIET.— ¿Y qué ganaría yo con esto?

CHABRIÉ.— ¿Lo que ganarías? Pero, ¡es muy sencillo, Briet! Ganarías lo que gana David: ser otro imbécil de quien poder burlarnos.

DAVID.— Chabrié, si hago mal en hablar latín a quienes cuando mucho hablan francés, dudo que usted proceda más cuerdamente al responder a mis razonamientos con tonterías.

CHABRIÉ.— ¿Y quién es el santo que tendría la paciencia de responder de otro modo a la vanidad y al absurdo de que usted hace alarde? Es preciso ser tan necio como un rey legítimo destronado para venir a ponderarnos al viejo gazmoño y a la madre desvergonzada de su Enrique V. Hay que ser un extravagante para firmar con el nombre ridículo de la Cabusiére una carta en la cual no se trata sino de gros de Nápoles, de telas y de blondas. ¡Cómo deben reírse los comerciantes cuando reciben semejantes epístolas!

Ahora que nuestra sociedad tiene carácter público, le declaro David que no quiero que firme nuestras cartas de comercio con un endemoniado nombre feudal. No quiero que el ridículo recaiga sobre mí.

DAVID.— Chabrié, es usted tan brutal, que no se puede hablar de nada con usted.

CHABRIÉ.— Tengo el valor de ser franco con mis amigos porque quisiera verlos corregirse de sus defectos. Pero usted tiene demasiado amor propio para reconocer los suyos y llama brutalidad a la franqueza. Además, si yo señalo sus absurdos defectos es porque otros pueden percibirlos igualmente y no quiero ser ridiculizado en la persona de mi socio. Todavía es tiempo de corregirse. No han echado raíz, pues en el fondo es usted menos necio de como hubiesen querido verlo sus grandes y poderosas primas del barrio de San Germán.

La mitad del mundo se ríe de la otra mitad. Ese adagio es muy cierto. Pero como cada uno de nosotros tiene sus defectos nadie puede tener el derecho de ofenderse por los de otro y la franqueza, para producir buenos efectos, no debe tener acritud ni violencia. M. David debía necesariamente sentirse herido por una franqueza expresada con esa virulencia. M. Chabrié tenía más bien el aire de quererlo desafiar y no el de tratar de corregir su vanidad al mostrarle su ridiculez.

En cuanto al resultado de las discusiones, el pobre David, a pesar de su imperturbable aplomo, tenía que luchar contra los dos marinos y era siempre derrotado. Chabrié, con sus fogosas salidas, Briet con la acre verdad de sus observaciones, aplastaban a M. de la Cabusiére y triunfaban de sus brillantes palabras, de su latín y de todo el aparato de sus frases pedantes o sofísticas. Cuando se veía en una posición desesperada cambiaba con admirable destreza el curso de las ideas de sus dos interlocutores. Conducía a Briet a sus viajes y a Chabrié a Lorient. Briet era el único que podía hablar de la China. Había permanecido algún tiempo en aquel inmenso imperio y, como ningún otro de los de a bordo había ido, no tenía contradictores. Se le escuchaba y la irritación se calmaba. La conversación sobre Lorient era más borrascosa. M. Chabrié tenía el defecto de ser regionalista. Su vida de viajes no había disminuido en nada un amor exclusivo por su ciudad na-

tal. A sus ojos nada era bueno ni estaba bien hecho sino en Lorient, citaba Lorient a cada paso.

—Nos va usted a probar, decía M. David, que Lorient vale más que París, ¿no es eso?

—Sí, se lo probaré. Primero, se come mejor. Después, las mujeres son más bonitas, bailan con más gracia. En fin, es sólo en Lorient donde canto realmente bien porque sólo allí me saben acompañar con método.

—¡Pobre hombre! ¡Qué gracioso es usted con su Lorient!

—¡Y su París! ¡Qué hermoso!, un lugar donde no se pone sal en el pan, ni condimentos en las salsas. Donde todos los hombres se tratan como amigos desde la primera visita y donde las mujeres no conocen más amor que el de las modas y el de los espectáculos.

—Eso se lo concedo. Pero aparte de la sal y de los condimentos con que se envenena la cocina de Lorient, ¿cuáles son las grandes diferencias en las costumbres? No creo que se encuentren mujeres más amantes ni amigos más sinceros que en París.

—David, si usted conociera la sociedad de Lorient no hablaría así.

—Y qué, amigo mío, he estado allí durante veinte días y ese tiempo me ha bastado para conocer el modo de ser de su ciudad. Sus mujeres me han parecido menos ligeras que las parisienses; pero en cambio son frías, egoístas, amaneradas con exceso y sin gracia, aunque usted quiera encontrársela en el baile. En cuanto a los hombres, me han parecido muy bruscos, lo que se llama malhumorados, y no más francos que los parisienses.

Esas discusiones sobre Lorient y París eran interminables entre M. Chabrié y su amigo. M. Briet permanecía indiferente. No le gustaba la estancia en ciudades pequeñas y su proyecto era retirarse al campo. En cuanto a mí, me mezclaba rara vez en las conversaciones generales. Mi posición me obligaba a una reserva de cada instante. Nunca imaginé al salir la penosa tarea que me imponía tomando el título de soltera. En efecto, me era necesario olvidar todo mi pasado, mis ocho años de matrimonio, la existencia de mis hijos y, en fin, el papel de señora, completamente distinto al de señorita. Como tengo una extrema franqueza y mucho de sencillez, a veces, arrastrada por el calor de la imaginación, en una

charla animada hablo con tal rapidez que dejo escapar mi pensamiento a medida que nace sin ver el resultado completo antes de haberlo expresado. Por eso temía esta viveza de mi temperamento y no me atrevía a hablar. Temía olvidar mi posición y nombrar por descuido a mi hija y, arrastrada por los sesgos imprevistos de la conversación, dejar de contener mi indignación contra las leyes que en Francia rigen el matrimonio. Temía, en fin, traicionarme. Ese temor me ponía en zozobra perpetua y hacía reprimir el vuelo de mi pensamiento, me tenía silenciosa y no respondía sino brevemente a las preguntas de los otros.

Mi temperamento sanguíneo aumentaba el embarazo de mi situación, a veces he deplorado que nuestra voluntad no pueda ejercitarse sobre el oído como sobre la voz. A la menor palabra, a la inflexión que le era dada, a una sola mirada, me sonrojaba a tal punto que atraía la atención de todos aquellos señores. Estaba en un suplicio, temía que mi pensamiento íntimo se revelara o fuera mal interpretado. Sólo M. Chabrié comprendía a veces esos súbitos rubores. Hacía cuanto podía para evitármelos, pero la malicia y las bromas de M. David, la franqueza sin freno de M. Briet, las preguntas algo indiscretas de M. Miota, todo me torturaba de la manera más penosa.

Acabo de exponer la vida que hacía en el "Mexicano". Esta vida de a bordo, en general de una monotonía tan fatigosa, variaba con la diversidad de nuestros caracteres, de nuestra posición social y de nuestros esfuerzos para soportar el fastidio. Celebrábamos el domingo consumiendo, en la comida, pasteles y conservas de frutas. Bebíamos Champagne o Burdeos. Al terminar aquella comida M. Chabrié cantaba áreas de ópera o romanzas. Esos señores me prodigaban grandes atenciones y me hacían frecuentes lecturas. Cuando M. Miota se sentía bien venía a leer a mi camarote los autores de la escuela a que pertenecía: Voltaire, Byron... M. David me leía el *Viaje del joven Anacharsis*, Chateaubriand o las fábulas de La Fontaine. M. Chabrié y yo leíamos Lamartine, Víctor Hugo, Walter Scott y sobre todo Bernardino de Saint-Pierre.

Al salir de Burdeos habían dicho: en ochenta o noventa días estaremos en Valparaíso y, sin embargo, M. Briet escribía en el diario de a bordo: "El día 120º en mala ruta". Entonces el desaliento comenzó a manifestarse entre nosotros. Temimos que faltase el

agua. Todo el mundo se puso a ración. Un candado pequeño cerró el tonel de consumo para que no se pudiera extraerla sino en presencia del oficial de guardia. Eso hizo nacer continuas disputas. Los marineros robaban agua cuando podían. El cocinero bebía la que le daban para la comida y nos servía sopas tan espesas que no se podían tomar. Don José perdía su filosofía a medida que sus cigarrillos disminuían. M. Miota no tenía ya nada que leer. Su impaciencia y su fastidio llegaban al colmo. Todos, en una palabra, sufrían del dolor que consideraban más sensible. El verdadero marinero Leborgne no cesaba de repetir que mientras quedase a bordo un puerco se tendría vientos contrarios.

Chabrié y Briet estaban, como marinos, horriblemente fatigados del largo viaje, mas el pesar moral que sufrían dominaba con mucho toda su fatiga. Los tres asociados no podían creer, con razón, que los dos navíos destinados para el mismo puerto y en compañía de los cuales habíamos dejado las orillas de Burdeos hubiesen sido contrariados en su viaje como lo habíamos sido nosotros. Abrigaban las más vivas inquietudes acerca de la venta de sus mercaderías, pues tenían la certidumbre de llegar a Valparaíso cuando ya los dos concurrentes hubiesen atiborrado los almacenes del país con mercaderías semejantes a aquellas que el "Mexicano" llevaba. Como hombres de honor, y previendo el mal éxito de su viaje, les torturaba el temor de no poder cumplir con los compromisos contraídos. Su ansiedad duró hasta nuestra llegada. Sólo los negociantes pueden tener una idea justa del tormento soportado por ellos. David juraba contra el viento y se desesperaba. M. Briet me decía con tristeza: "No concibo cómo he podido exponerme todavía a los azares del mar, yo que tengo tan poca ambición; pero a mi regreso a Francia no encontré un solo amigo, no tuve una sola persona capaz de hacerme esta pregunta ¿para qué se embarca usted de nuevo? Y por falta de plan decidido, por ociosidad, por costumbre, como sucede a los marinos, me embarqué". M. Chabrié era el único de los tres socios que soportaba con valor la desgracia que lo amenazaba. Ponía las cosas en lo peor, pagaba a los fabricantes con todo cuanto poseía y si no tenía lo suficiente contaba con su actividad infatigable, con su profesión de marino y con su conocimiento de los asuntos comerciales para acabar de liberarse.

Me desesperaba la idea de que mi amigo, tan desgraciado hasta entonces en sus empresas y amores, pudiese arruinarse por los resultados de este viaje. A cada momento preguntaba de qué lado soplaba el viento y la respuesta del marinero, la expresión de M. Briet o la de M. David me penetraban del más vivo dolor.

Pude convencerme en esta circunstancia del grado a que llegaba la delicadeza de sentimientos de M. Chabrié. He dicho cómo había aceptado su amor, tanto para no desesperarlo como para asegurarme su poderosa protección. Desde aquel momento hacía sin cesar proyectos brillantes de esperanza, persuadido como estaba de encontrar la felicidad en nuestra unión. Yo, en un principio, escuchaba aquellos planes de dicha sin tener el pensamiento de participar en su realización. Después, gradualmente, su amor me penetró de tal admiración que me acostumbré a la idea de casarme con él, quedándome en California... Comprendo que las gentes establecidas cómodamente en su hogar en el que viven felices y honradas se admiren por las consecuencias de la bigamia y sientan desprecio y vergüenza por el individuo que incurra en culpa. Pero ¿quién comete el crimen, si no es la absurda ley que establece la indisolubilidad del matrimonio? Siendo nuestras personas tan diversas, ¿somos acaso todos tan semejantes en nuestros afectos y en nuestras inclinaciones para que las promesas del corazón, voluntarias o forzadas, sean asimiladas a los contratos relativos a la propiedad? Dios ha puesto en el seno de sus criaturas simpatías y antipatías, ¿acaso ha condenado a alguna a la esclavitud o a la esterilidad? El esclavo fugitivo ¿es criminal a sus ojos?, ¿lo es cuando sigue las impresiones de su corazón y la ley de la creación?...

El afecto que sentía por M. Chabrié no era amor apasionado como ya había yo sentido antes de conocerlo, mas era un sentimiento de admiración y de reconocimiento. Cuando fuera su esposa lo amaría más y sentía que si con él no encontraba esa suprema felicidad —quimera acariciada por mí siendo más joven— encontraría al menos ese reposo, esa tranquilidad a que aspiraba, ese afecto verdadero y seguro que se aprecia tanto después de las desgarradoras decepciones de una vida borrascosa. Poníamos a M. David dentro de nuestros proyectos. Él quería a M. Chabrié y éste se había habituado de tal modo al carácter original y jocoso de su amigo que se le había hecho indispensable.

M. David me quería mucho y, sea que sospechase las intenciones secretas de M. Chabrié, sea que las presintiese, le repetía a menudo.

—¡Es una buena persona, la señorita Flora! Si pudiésemos decidirla a quedarse en Centroamérica seríamos muy felices. Yo no sé de dónde le vienen sus prevenciones contra el matrimonio, pero ella lo quiere a usted mucho y pienso que al fin se decidirá a casarse con usted. En cuanto a mí, que he jurado odio al matrimonio, me quedaré con ustedes y les ayudaré a arrullar a los chiquillos, a quienes quiero con locura hasta la edad de siete u ocho años.

Por mi lado, me acostumbraba también a M. David. Era complaciente conmigo, era instruido y su compañía en mi hogar no me habría desagradado. No le interesaba regresar a Europa sino, al contrario, le gustaba de preferencia el clima de América y si hubiese podido vivir con personas de su agrado se habría establecido con gusto. Tales eran las disposiciones en que me encontraba hacia el final del viaje.

Una tarde creo que M. Chabrié me dijo:

—Mi querida Flora, consuéleme, porque sufro mucho al ver que David se desespera como lo hace. Briet está enfermo y me reprocha haberle comprometido en esta especulación.

—¿Qué hacer, mi pobre amigo? No está en nuestro poder cambiar el viento. El "Carlos Adolfo" y el "Fletes" han llegado probablemente desde hace tiempo a Valparaíso. Es un viaje perdido; pero, amigo mío, yo le quedo a usted.

—¡Oh!, excelente amiga, no deploro este viaje sino por David y Briet. ¡Ya llegó a mi vida la era de la felicidad! Es en este viaje cuando la dicha ha comenzado a despuntar para mí.

—Querido amigo, hasta aquí, en nuestros proyectos de unión, ni el uno ni el otro hemos pensado en las ventajas de fortuna que podríamos encontrar. Permítame por vez primera decirle dos palabras. Usted sabe que me dirijo donde mi familia con la esperanza de recoger, si no la totalidad, por lo menos una parte de la herencia de mi padre. Si obtuviese todo tendría un millón, pero, como mi título de hija legítima puede ser discutido, no cuento con el millón. Esperemos solamente que, como hija natural, recibiré el quinto de esa suma y además el regalo que puede hacerme mi abuela. Porque, mi querido amigo, todo cuanto poseo es suyo. Con esta suma

podrá pagar sus facturas y proporcionar aún a David los medios de comenzar sobre nuevo pie.

—La reconozco bien en esta generosidad. Pero, querida amiga, le voy a hacer conocer el fondo de mi corazón. Esta fortuna esperada, de la que es usted tan digna de gozar, yo la temo; tiemblo ante la idea de que pueda llegarle.

—¿Y por qué, mi buen amigo?

—¡Querida mía!, le repito, no conoce usted la bajeza de los hombres, su negra maldad y los absurdos prejuicios que gobiernan el mundo.

—Pero Chabrié, no comprendo...

—Escuche, Flora. Usted está ahora sin fortuna. Si yo me caso con usted, se dirá por el mundo que he hecho una tontería, una calaverada. Pero aquellos que tengan el alma noble y generosa me aprobarán y dirán: ha hecho bien en casarse con la mujer a quien ama. Si, por el contrario, me caso con usted cuando ya sea rica, ¡oh!, entonces dirán a porfía que sólo el interés me ha guiado y que no he vacilado en pasar por encima del honor, pues bajo la palabra honor, el mundo comprende también los absurdos prejuicios de que está imbuido. Flora, este pensamiento me hace daño y mientras más nos acercamos a Valparaíso siento mejor cómo me atenacea el cerebro.

—¡Ah, Chabrié! ¡Eso es horrible! ¡Como usted, retrocedo espantada ante las consecuencias que podría tener nuestra unión. En mi ignorancia no lo había pensado.

Escondí mi cabeza entre las manos, asustada de las consecuencias de mi mentira...

—Amiga mía, respondió Chabrié, no se abandone así al dolor. Sin duda nuestra posición es difícil, pues, con mi carácter, siento que una vez que sea su marido el primer bellaco (que no faltan en América) que se permitiese una palabra o una sonrisa equívoca respecto a usted tendría mi vida, o ya la suya. Pero, querida amiga, no pensemos en desgracias de este género antes de que lleguen. Por lo demás, quizá no reciba usted un peso de toda esa gran fortuna. ¡Dios mío, lo deseo con todo mi corazón!

Me sentía anonadada. Paria en mi país, había creído que al poner entre Francia y yo la inmensidad de los mares podría recuperar una sombra de libertad. ¡Imposible! En el Nuevo Mundo era

también una paria como en el otro. Desde aquel momento renuncié al proyecto de tranquilidad y a los dulces goces que el amor de M. Chabrié me había hecho concebir. Si el espanto causado por mi soledad y el deseo de protección me habían hecho aceptar ese amor no podía ya, una vez en tierra, comprometer la fortuna, la felicidad y aun la vida del hombre de honor a quien debía el más sincero reconocimiento por la abnegación demostrada durante cinco meses.

Por fin, el 133º día de nuestra navegación descubrimos Piedra Blanca y seis horas después echamos ancla en la rada de Valparaíso.

—IV—
Valparaíso

El número considerable de embarcaciones ancladas en la bahía de Valparaíso da inmediatamente una idea de la gran importancia comercial de este puerto. El día de nuestro arribo entraron doce naves extranjeras. Esta circunstancia no era de naturaleza para reanimar las esperanzas de lucro de esos señores. Como son muy conocidos en estos parajes fue mucha gente a saludarnos apenas anclamos.

Desde que se tuvo noticia de la entrada del "Mexicano" en la rada, los franceses acudieron al muelle a esperar nuestro desembarco. Las dos naves que zarparon de Burdeos al mismo tiempo que nosotros y que habían llegado a Valparaíso desde hacía más de un mes habían salido nuevamente para su viaje por la costa. Los dos capitanes, en sus charlas por la ciudad, creyeron que debían anunciar mi próxima llegada y, no queriendo decir las verdaderas razones que me impidieron embarcarme con ellos, dijeron con toda desvergüenza que había dado la preferencia a M. Chabrié, a causa de los buenos mozos que se encontraban a bordo, y que el atractivo de esa grata compañía me había hecho pasar sobre los inconvenientes de un navío tan pequeño como el "Mexicano". Los amables franceses de Valparaíso esperaban, pues, ver desembarcar a una linda señorita porque los dos malvados capitanes, para completar la venganza, me habían descrito con insinuaciones malévolas. Esperaban también ver batirse en duelo a los buenos mozos del "Mexicano", desde la mañana siguiente, lo cual les habría divertido mucho.

Estaban todos reunidos en el muelle cuando pusimos pie en tierra. Me sorprendió el aspecto del lugar. Me creí en una ciudad francesa. Todos los hombres a quienes encontraba hablaban francés y estaban vestidos a la última moda. Noté que yo era el blanco de las miradas de toda esa gente, sin poder comprender entonces el porqué. M. David me condujo donde Mme. Aubrit, una francesa que tenía una pensión en Valparaíso. No juzgó conveniente dejar allí a M. Miota y le llevó a otro hotel, administrado igualmente por una francesa. La casa de la señora Aubrit se hallaba a orillas del mar. Mi ventana daba sobre la playa y la habitación estaba muy bien amueblada, la mitad a la francesa y la otra mitad a la inglesa.

Al bajar a tierra después de ciento treinta y tres días de navegación ya no sabía caminar. Me bamboleaba. Todo daba vueltas a mi alrededor y mis pies eran tan sensibles que sentía en las plantas vivos dolores cuando estaba de pie.

Por la tarde vino a verme M. Miota. Le rogué ir a la ciudad en busca de noticias de Arequipa, de mi tío Pío y, sobre todo, averiguar si mi abuela vivía todavía.

Por la noche no pude dormir. Un presentimiento confuso, una voz misteriosa me decía que una nueva desgracia iba a caer sobre mi cabeza. En todas las grandes crisis de mi vida he tenido presentimientos semejantes. Creo que, cuando estamos reservados para grandes pesares, la Providencia nos prepara a ellos por medio de advertencias secretas, a las que prestaríamos mayor atención si no estuviésemos seducidos constantemente por nuestra vana razón, que nos engaña sin cesar y nos arrastra siempre. Después de haber hecho mil suposiciones todo lo vi peor. Me representé muerta a mi abuela, a mi tío que me rechazaba, y a mí sola, a cuatro mil leguas de mi país, sin apoyo, sin fortuna, sin ninguna esperanza. Esta situación tenía algo tan terrible, que su mismo horror levantó mi energía, me dio conciencia de mí misma y esperé el acontecimiento con resignación.

A la mañana siguiente M. Miota regresó a verme hacia las once. En cuanto llegó leí en su rostro que tenía alguna nueva siniestra que darme. ¡Mi abuela ha muerto...!, le dije. Quiso tomar algunas precauciones para anunciármelo, pero el golpe estaba dado. Había muerto el mismo día de mi salida de Burdeos. ¡Oh! Confieso que por un momento sentí vacilar mis fuerzas. Esta muerte me

quitaba mi único refugio, mi única protección, mi última esperanza. M. Miota se retiró, comprendiendo bien que, en momentos semejantes, se necesita estar solo. Sin embargo, me dijo al dejarme:
—Voy a decirle a M. Chabrié que venga a verla. El buen joven no sabía que, para mí, Chabrié, ¡también había muerto!...

Existen dolores tan por encima de aquéllos a que uno está expuesto por lo común, cuyas garras rudas y ardientes penetran tan profundamente que ninguna lengua tiene palabras para describirlos. De esta naturaleza fueron los que sentí con la nueva de esta muerte que aniquilaba todas mis esperanzas. No vertí una sola lágrima. Con los ojos secos, ardientes, hundidos en las órbitas, hinchadas las venas del cuello y de la frente, las manos frías y crispadas, permanecí más de dos horas en la misma actitud, contemplando el mar que me parecía un cuadro horrible sobre el que mi historia estaba trazada con caracteres de fuego. Me sirvieron la comida ¡y comí!... a tal punto, en esta crisis de dolor inextinguible, mi alma se había separado tan por completo de mi cuerpo. Dos seres habitaban en mí: uno, para la vida física, respondía a las preguntas que se le dirigían, veía los objetos que lo rodeaban; y el otro, enteramente espiritual, vivía su vida de visiones, de recuerdos, de presentimientos. Por la tarde M. Chabrié entró en mi cuarto, vino a sentarse cerca de mí, me tomó de la mano, la apretó cariñosamente entre las suyas y lloró. Tenía una de esas naturalezas felices cuyo dolor se desvanece con las lágrimas.

—¡Dios mío!, me dijo después de un largo silencio, ¡querida amiga! ¿Qué podría decirle para consolarla? ¡Estoy aterrado! Desde esta mañana no he podido hilvanar dos ideas. No me he atrevido a venir, mi pobre Flora. Su dolor está aquí, en mi viejo corazón, como un ancla que se hunde en el fango por su propio peso. ¡Qué hacer! En nombre de mi amor, dígame qué puedo hacer.

Contemplé el mar con un movimiento de desvarío. Hubiese querido que Chabrié me precipitase en él.

—¿Quiere que la haga regresar?...

—¿Regresar?... ¿Y a qué país?

—Querida Flora, ¿qué tiene usted? Dios mío, qué frías están sus manos, cómo quema su frente. Querida amiga, cálmese. Su sufrimiento me mata.

Él también contempló el mar y gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

De repente rompió el silencio que reinaba entre nosotros y me dijo:

—¡Bien, Flora! Mientras más pienso más insisto en creer que este acontecimiento es feliz para los dos. Si usted hubiese encontrado a su abuela en Arequipa todos sus asuntos de intereses se habrían arreglado como usted deseaba. Hubiese usted sido rica. ¡Oh!, mi querida amiga. Este pensamiento ¿no la hace estremecer?... ¡Usted rica y yo pobre! Usted lo comprende, Flora; en este caso me habría sido preciso renunciar a usted. ¡Renunciar a usted! ¡Flora, eso sería mi muerte!... En cambio, por este acontecimiento, usted es mía... ¡Oh!, no puedo creer en tanta felicidad, pues toda mi vida he sido tan desgraciado. Siempre he tocado la felicidad con la mano y en el momento de cogerla la veía desvanecerse. Mi buena Flora, tenga piedad de mi gozo, de mi dolor, de las crueles inquietudes que me asaltan... Han pasado tantas cosas en mí desde que he tenido noticia de esa muerte, que en verdad no sé dónde encontrar mi razón.

Chabrié estaba en una agitación como jamás le había visto. Caminaba a grandes pasos en el cuarto, se detenía delante de la ventana, se aproximaba a mí, me cubría con mi chal, calentaba mis manos heladas, me hablaba de nuestro matrimonio, de su alegría, de los arreglos que iba a hacer para apresurar nuestra unión, me consultaba sobre sus negocios, me pedía que decidiese yo misma en la forma que quisiese. Chabrié estaba feliz y con la imagen de su felicidad sentía yo mil serpientes que me devoraban el corazón.

Se retiró. Me arrojé sobre mi lecho. Mi cuerpo estaba quebrantado por la fatiga. Mi cuerpo durmió y mi alma continuó velando. Las personas que han tenido semejantes noches pueden decir que han vivido siglos en mundos diferentes. El alma se despoja de su envoltura, se lanza ávida de conocer, en la inmensidad del pensamiento. Corre, vuela como el cometa, atraviesa miles de esferas y, así como este astro luminoso, absorbe las ondas de claridad que refleja en su curso sobre los seres que le son caros. Libertada del cuerpo y de sus exigencias, sin que nada la detenga, el alma sigue los impulsos de Dios, principio de amor del que ella emana, y en su libertad tiene conciencia de sí misma y el presentimiento de su destino.

Dos días después de nuestra llegada a Valparaíso el hermoso barco de tres mástiles, "Elisabeth", se hizo a la vela para Francia. Al ver los aprestos de su partida tuve el vivo deseo de irme en aquel barco pues estaba segura de la mala acogida que me haría mi tío. El temor de afligir a Chabrié me impidió ceder a este deseo. Este paso me hubiese hecho pasar por loca a los ojos de las gentes. Pero no fue esta consideración la que me detuvo. Ya en esta época tenía costumbre de seguir la voz de mi conciencia. Los afectos de mi corazón podían disuadirme, mas no los razonamientos del mundo.

M. David vino a verme. Me pareció realmente apenado por la desgracia que me había ocurrido. Me habló primero con bondad y luego sacó a relucir su filosofía. Después, cambiando el curso de la conversación, me dijo:

—¿Sabe, señorita, que aquí se habla mucho de usted desde su llegada?

—¿Y a propósito de qué?

—¡Ah!, porque es usted la sobrina de don Pío de Tristán, muy conocido en Valparaíso por su larga estada aquí durante su destierro; porque es usted francesa y aquellos dos capitanes dijeron que era usted una belleza, una divinidad y, en fin, porque están sorprendidos de que siendo ocho los que hemos vivido a bordo durante cinco meses con usted, no nos hayamos batido los ocho al llegar aquí, como sucede cuando hay una mujer en un barco. Nos acometen a preguntas acerca de usted y todos tienen el más vivo deseo de conocerla.

—¡Ah, señor!, comienzo a comprender la verdad de sus opiniones: los hombres son muy malos.

—Querida señorita, no ha visto usted nada todavía y si se deja llevar de su sensibilidad tendrá mucho que sufrir en este país. Hay que acorazar el corazón, como los antiguos caballeros se ponían corazas sobre el pecho. Sobre todo, oculte sus impresiones. Que no se den cuenta de todo el daño que le hacen, pues si lo perciben, todo se perdería. Son tan cobardes que desde que ven caer a un hombre se arrojan sobre él para abrumarle.

—¿Ha oído usted hablar mal de mi tío?

—No le repetiré todo cuanto se dice de él. Eso la apenaría sin necesidad. Espere, para juzgarlo, conocerle por usted misma. Aquí

lo que hay que observar de curioso es la población francesa. Figúrese que hay en Valparaíso cerca de doscientos franceses.

—Esa cifra es enorme, ¿qué hacen para vivir?

—Practican el comercio con el Perú y Centroamérica.

—¿Qué género de distracciones encuentran en este país?

—Los ricos tienen mujeres, juegan y montan a caballo. Los que no lo son fuman cigarrillos, cortejan a las muchachas que pasan por los muelles y tienen el recurso de los chismes.

—¡Cómo! ¡En Chile también hay chismes! ¿Y sobre qué?

—Sobre todo. Siempre que se encuentran dos franceses no pueden faltar los temas. Cada nave que llega les proporciona uno nuevo. En este momento el "Mexicano" y usted, en particular, cautivan toda la atención.

En efecto, nuestra estada en Valparaíso ocupaba mucho a estos franceses, quienes en realidad son los seres más habladores y más chismosos que es dable imaginar. Se destrozan entre sí sin ninguna consideración y se hacen detestar de los habitantes por las bromas que no cesan de dirigirles. Es así como por lo general se muestran en los países extranjeros nuestros queridos compatriotas.

Mme. Aubrit tenía un comedor común donde se reunían cuarenta o cincuenta de ellos. Cuando vieron que no quería presentarme me hicieron pedir permiso para visitarme. Quizá hice mal en negarme a satisfacer su curiosidad. Pero confieso que no sentía ninguna disposición para hablar de lugares comunes con esos señores. Mi negativa los ofendió y desde aquel momento me hicieron todas las pequeñas maldades que pudieron.

Creo que mi huésped, la señora Aubrit, merece figurar aquí. Presentaba en Valparaíso el tipo de la modistilla de París. Había sido modista y tenía unos treinta años. Su físico era agradable, su carácter alegre y despreocupado. Tenía sobre todo un corazón excelente. Era fina en sus maneras y buena con todo el mundo. Se estaba en su casa mejor de lo que podía uno estar en su propia casa. El precio era de 10 francos por día por el alojamiento y dos comidas; pero se podía pedir lo que uno deseara pues Mme. Aubrit estaba siempre dispuesta a darlo sin exigir precio adicional.

La señora Aubrit había sido pasajera de M. Chabrié y le debía todo. Fue con su ayuda, con su apoyo y sus recomendaciones con

lo que había podido formar su establecimiento en Valparaíso. Había prosperado y esta excelente mujer sentía por M. Chabrié el más vivo reconocimiento. Quizá fue a causa de esto que estuve tan bien en su casa porque M. Chabrié me había recomendado de una manera especial.

Mme. Aubrit es también una de las víctimas del matrimonio. Casada a los dieciséis años con un viejo militar, cuyo carácter y costumbres le eran antipáticos, la infortunada joven tuvo mucho que sufrir. Al fin no pudo ya soportar aquel infierno, se escapó y huyó. Entonces otros males cayeron sobre su cabeza. Mme. Aubrit al dejar a su marido quedó sin medios de subsistencia. Quiso ganarse la vida, pero ¿qué hacer? Para las mujeres ¿no están cerradas todas las puertas? Cuando se ha tenido un hogar es difícil decidirse a vivir en dependencia de los demás. La señora Aubrit hubiese tenido que ser otra vez empleada de tienda a no haber esperado algo mejor. Tenía una linda voz y le aconsejaron que se dedicase al teatro. Lo hizo así, en efecto, en el Variedades. Pero una voz bonita no basta para triunfar en las tablas. Es necesario, además, cantar con escuela y, aunque bastante joven para aprender música no podía, sin dinero, entregarse a este estudio, pues debía trabajar para subvenir a sus necesidades. Arrastró así durante dos años su penosa existencia ya como dama de compañía, cajera o en su casa, triste, desanimada, enferma y sin nadie que derramara sobre su corazón alguna palabra de consuelo. En la pensión donde vivía conoció a un joven a quien confió su triste situación. Éste no era más feliz que ella y le propuso que se fuese con él a América del Sur. La desgraciada se sentía vencida, no podía ya luchar contra la miseria y la soledad, y aceptó. Ese joven era un conocido de Chabrié. Había perdido su fortuna y con los restos que logró salvar se dirigió a América.

Seis meses después de su llegada a Valparaíso murió el joven. Su larga enfermedad había agotado sus últimos recursos. La pobre Mme. Aubrit quedó encinta y sin ningún medio de subsistencia. Fue en esta cruel situación que M. Chabrié la encontró al regreso de su viaje por la costa. Le propuso llevarla a Francia junto con su hijo. Pero ella comprendió que en Francia no sería sino una miserable paria y prefirió quedarse. Entonces el buen Chabrié, con su generosidad habitual, se propuso hacerla salir de la desgracia-

da situación en la que se hallaba. La recomendó a sus consignatarios y garantizó por ella la cantidad de 1 000 pesos. Además de esta garantía le prestó dinero. Con estos recursos abrió una pensión que prosperó inmediatamente aun más allá de sus esperanzas.

La historia de Mme. Aubrit es la de miles de mujeres que, como ella, están al margen de la sociedad y tienen que sufrir los horrores de la miseria y del abandono. Nuestra sociedad se muestra insensible a la vista de estas desgracias y a la perversidad que las hace nacer. En su estúpido egoísmo no ve que el mal ataca la organización social por su base; los datos estadísticos revelan sus progresos sin que se piense en ponerle remedio.

Cuando la señora Aubrit acabó de referirme sus penas me habló de M. Chabrié, alabó su generosidad, delicadeza y agregó:

—¡Ah, señorita! ¡Es una lástima que tan bella alma haya caído también en tan malas manos!

—¿De quién quiere usted hablar?...

—De aquella mujer que le hizo quedarse en Lima durante tres años perdiendo su tiempo. De esa señora Aimée, de quien quizá M. David le ha hablado, pues él no la quería en lo absoluto. Hay mucha razón, señorita, en decir que un buen hueso no es jamás para un buen perro. Creo, sin alabarme, que valgo un poco más que esa señora Aimée y si nunca he encontrado hombres que me han hecho mal, en cambio, no he encontrado alguno cuyo amor corresponda al mío; mientras esa mujer ha tratado al pobre Chabrié en la forma más indigna y, a pesar de todo, él está como loco por ella.

Todo cuanto Mme. Aubrit me contó respecto a aquella señora Aimée, y el daño que le había hecho a M. Chabrié, me hizo tomar la resolución de ser su ángel bueno, de esforzarme en reparar con el poder de mi afecto el mal que aquella mujer le había causado. Y, a fin de alcanzar ese objeto, arrancar de su corazón el amor que tenía para mí. Éste era el punto principal para triunfar, y al mismo tiempo, lo más difícil de la tarea que me imponía. Si nunca he retrocedido ante una empresa por penosa que fuera cuando la esperanza de hacer el bien ha sido el móvil, debo confesar, sin embargo, que tuve que sostener una lucha penosa durante tres días. La voz de mi conciencia me decía: Deja a Chabrié. Haz de suerte que no te ame más, tu amor le causaría vivos dolores. Mientras la voz del yo, del interés personal, me repetía sin cesar: Si dejas a

Chabrié, si pierdes su amor, te quedarás sola. Sola, sin afectos, sin amistad, la vida será para ti un desierto. Cuando esta voz insidiosa silbaba sus palabras a mi oído sentía un sudor frío por todo mi cuerpo. Me parecía que tenía miedo.

La amistad de Chabrié era para mí más necesaria y la abnegación de su afecto tomaba nuevo imperio sobre mí a cada instante. David también me agradaba más y la vista de la señora Aubrit traía presente a mi pensamiento la historia de sus dolores, de los cuales me refería a cada momento nuevos detalles y reanimaba en mí el espanto causado por la perspectiva del aislamiento. Además tenía la salud debilitada por largos sufrimientos, la moral abatida por la última pérdida que acababa de sufrir, como consecuencia de la cual esperaba nuevas desgracias en mi familia. La reunión de todas esas circunstancias, demasiado fuertes para mí, me hacía sentir un deseo imperioso de cariño y tranquilidad. Por momentos estaba lista a arrojarme al cuello de Chabrié, confesarle todo lo que sufría, pedirle ayuda y protección, sintiéndome ya incapaz de resistir por más tiempo. Pero el temor de causarle un dolor me detenía. Su conducta para conmigo durante todo el viaje, esos cinco meses de amor y de complacencia, me inspiraban tanto agradecimiento que no tenía valor para hacerlo sufrir. No sé lo que habría sucedido si hubiera tenido la fuerza para obedecer a mi deber, sin una ocurrencia providencial que me hizo tomar una determinación.

M. David venía a verme todas las tardes. Mi habitación era el punto de reunión de aquellos señores. Sus negocios no ofrecían brillantes perspectivas. Habían encontrado la plaza completamente ocupada, no tenían ventas y el vencimiento de sus letras les preocupaba horriblemente. M. David entró una tarde con aire muy satisfecho. —Querida señorita, me dijo, tengo una buena noticia que darle. Ya estamos sin inquietudes respecto a nuestras fechas de pago. Acabamos de recibir cartas de M. Roux, de Burdeos, en las cuales nos anuncia que sale fiador de nosotros y se encarga del pago de todas nuestras obligaciones a medida que se venzan. Dice que considera a Chabrié como miembro de su familia, como si fuera ya su hijo... Usted sabe, agregó M. David, antes de nuestra salida de Burdeos hubo el proyecto de casar a Chabrié con la señorita Roux. El matrimonio no le agradó a nuestro amigo porque

encontraba a esta señorita demasiado joven. Suceda lo que suceda, esta circunstancia es muy feliz para nosotros. Nuestra operación es buena, pero las ventas, más tardías de lo que pensábamos, la hubiesen hecho mala sin la complacencia de M. Roux quien va a facilitarnos los medios de esperar.

Lo que me dijo M. David me hizo vislumbrar para Chabrié un porvenir insospechado hasta entonces. Ese matrimonio con la señorita Roux le convenía perfectamente. Él quería a la familia de M. Roux tanto como a la suya. La más grande intimidad reinaba entre ellos. Ambos, nacidos en la misma ciudad, educados juntos, habían navegado largo tiempo en la misma embarcación. Chabrié tenía dieciocho años más que la señorita Roux, pero si la joven lo amaba ¿qué importaba esa diferencia de edad? No sé si mi doble vista me sirvió en esta ocasión, mas pude ver con claridad que Chabrié encontraría en esta unión con la hija de su amigo la felicidad y el reposo que tanto necesitaba. Y desde aquel instante resolví emplear todos mis esfuerzos para decidirle. Me regocijé con M. David por la generosa confianza de M. Roux, que les sacaba de apuros, y cuando Chabrié vino conversamos largamente.

Al día siguiente anuncié a M. Chabrié que al ver mis intereses comprometidos por la demora no podía esperar por más tiempo su partida y estaba determinada a seguir sola en línea recta hasta Arequipa.

Chabrié se sorprendió tanto por esta súbita determinación que no pudo creer en mis palabras. Me las hizo repetir varias veces. Calmé su pesar y le mostré que nuestros comunes intereses así lo exigían. Me suplicó que esperara por lo menos dos días a fin de tener tiempo para reflexionar. Persuadí a M. David de la urgencia de mi salida inmediata para Arequipa, él me ayudó a reconciliar a M. Chabrié con esta próxima separación. Desde el momento en que tomé esta resolución me sentí fuerte, libre de toda inquietud y gusté esa satisfacción interior que tanto bien hace cuando se tiene la conciencia de haber hecho una buena acción. Me encontré tranquila. Acababa de triunfar de mí. La buena voz había prevalecido.

Libre por completo de toda preocupación pude entregarme a mi papel de observadora. Recorrí entonces la ciudad en todos sentidos. Para describir una ciudad, por poco importante que sea, hay que hacer una estancia prolongada, conversar con toda clase de

gentes y ver la campiña que la alimenta. No es sólo de paso como se pueden apreciar los usos y costumbres y conocer la vida íntima. Sólo me quedé catorce días, siempre en Valparaíso y un tiempo tan corto no permite trazar sino un esbozo de su apariencia exterior.

M. Chabrié me dijo que había conocido Valparaíso en 1825. En aquella época la ciudad se componía de treinta o cuarenta cabañas de madera. Ahora todas las alturas que circundan el mar están cubiertas de casas. La población se eleva a treinta mil almas. La ciudad presenta tres partes bien distintas: el barrio del Puerto o de la Aduana, formado por una sola calle y que se prolonga por las orillas del mar por espacio de una legua. No está todavía pavimentada y en tiempo de lluvias es una cloaca. La Aduana está situada frente al muelle: es un vasto edificio cómodo para su destino, pero sin ninguna decoración arquitectónica. En aquel barrio están las grandes casas de comercio de diversas nacionalidades, los almacenes, los depósitos y las hermosas tiendas de objetos de lujo. Allí la vida es activa y el movimiento continuo. Alejándose de aquel centro se llega al barrio del Almendral, único paseo de los habitantes. Es en esa parte de la ciudad donde se hallan los *retiros*, las casas de recreo con bellos jardines. En fin, la tercera parte se llama la Quebrada (garganta de montañas que ciñen la ciudad) y está habitada por los indios.

El carácter de los chilenos me ha parecido frío. Sus maneras duras y altaneras. Las mujeres son tiesas, hablan poco, ostentan gran lujo en la toilette, pero su manera de vestir carece de gusto. En lo poco que conversé con ellas no quedé impresionada por su amabilidad, y a ese respecto me parecen muy inferiores a las peruanas. Se dice que son excelentes mujeres de hogar, laboriosas y sedentarias. Lo que parecería probarlo es que todos los europeos que llegan a Chile se casan allí, lo que sucede con menos frecuencia en el Perú.

—V—
El "Leonidas"

Había separado mi pasaje a bordo del barco de tres mástiles "Leonidas". El capitán me hizo prevenir que se había fijado la partida para el domingo 1 de septiembre, a las doce del día.

Me levanté ese día muy temprano, pues no tenía criado para ayudarme a hacer mis maletas y otros preparativos de viaje. Tuve que escribir varias cartas. Todas esas ocupaciones pusieron, por algunos instantes, una tregua a los pesares que me oprimían el alma. En medio de mis preparativos recibí muchas visitas y debí a las molestias del momento la apariencia de calma con que las recibí. Esas personas venían a despedirse de mí, las unas por afecto, el mayor número por curiosidad. El pobre Chabrié no podía estar tranquilo. Iba y venía alternativamente del cuarto al balcón por temor a que esos visitantes importunos percibiesen su emoción. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, su voz estaba alterada, no se atrevía a decir una palabra. Su dolor me agobiaba.

Como viéramos que el "Leonidas" se aprestaba a levar anclas despedí a mis visitantes. No conocía a todas aquellas gentes sino desde hacía poco tiempo. Pero estábamos en país extraño, los unos habían venido de Francia conmigo, los otros eran mis compatriotas, hablaban mi idioma y mi corazón se oprimía al verlos alejarse.

Quedé algunos instantes sola con Chabrié.

—¡Oh!, me dijo. Flora, júreme que me quiere usted, que será usted mía y que la veré muy pronto, pues si usted no lo hace no tendré fuerzas para verla partir.

—Querido amigo ¿tengo necesidad de jurarle que lo amo? En cuanto a la unión proyectada, sólo Dios sabe lo que el porvenir nos tiene reservado.

—Pero, ¡su voluntad, Flora! Repítame que en este momento puedo considerarla como mi esposa. ¡Oh!, repítalo.

Hubiese deseado evitar la renovación de una promesa que sabía muy bien no podía cumplir. Pero su dolor me asustó. Temí que no pudiese dominarse y, atormentada por su expresión conmovedora y ante el temor de que David u otra persona entrase y lo encontrase llorando, le prometí ser su esposa y quedarme en América a participar de su buena o mala fortuna. El desgraciado, ebrio de alegría, estaba emocionado muy vivamente para notar el profundo dolor que me agobiaba. No sentía que en sus brazos no estrechaba más que un cadáver incapaz de devolverle la menor caricia. Me dejó porque creyó no tener la fuerza de acompañarme y fui con M. David a bordo. Me despedí de la señora Aubrit y saludé a la multitud de franceses, que encontré en mi camino, con una sangre fría que me admiraba a mí misma y que provenía del estado de aturdimiento en que me encontraba.

Nos hallábamos en el bote. Guardaba silencio y estaba atenta sólo para reprimir dentro de mí el dolor que me devoraba, cuando M. David me dijo:

—Señorita Flora, vamos a pasar delante del "Mexicano". ¿No quiere usted decirle adiós a ese pobre "Mexicano", al que sin duda no volverá a ver más? Esas palabras produjeron en mí un efecto inconcebible. Fui presa de un temblor súbito que no pude resistir. Mis dientes castañeteaban. M. David lo notó, pero le dije que sentía frío. Temí por un instante que no podría sostener ya mi cabeza.

M. Briet, Fernando, Cesáreo, todos estaban en el puente para saludarme y decirme adiós. No podía pronunciar una palabra. ¿Por qué nos deja, señorita Flora?, me gritó M. Briet. ¡Pobre señorita!, decían los demás, ¡qué valor tiene! Todos repetían la palabra adiós, que repercutía en mi corazón desgarrado. Inclinaba la cabeza, me ocultaba entre mi velo, murmuraba ¡adiós!, ¡adiós!, e invocaba a la muerte.

Subimos a bordo del "Leonidas" en el cual encontramos una inmensa multitud de ingleses y americanos que habían ido a acompañar a sus amigos. David, después de haberme recomendado ca-

lurosamente al capitán, me condujo a mi camarote junto con el steward,[19] a quien pidió que me atendiese con celo. Ambos me ayudaron a arreglar mis efectos y a ordenar mi camarote. Enseguida M. David me llamó aparte, me describió la manera de ser de los extranjeros con quienes iba a vivir para ponerme en guardia contra hombres con quienes una mujer debe ser más que reservada si quiere que la respeten. Había en el salón varios ingleses o americanos sentados en torno de una mesa bebiendo un grog. Me convertí en el centro de atención de todos aquellos extranjeros. Hablaban en inglés y veía que me tomaban por tema de su charla. Sus risas y miradas insolentes provocaron mi indignación. Sentí cuán sola estaba en medio de esos hombres con vicios inmundos y que desconocían las atenciones debidas a una mujer y a la primera de las leyes sociales: la decencia. Ese espectáculo, que daba tanta veracidad a los consejos de M. David, me entristecía profundamente. Sentía yo todos los horrores del aislamiento. M. David, al darse cuenta de ello, se esforzó por fortalecer mi valor, por reanimar la confianza en mí misma y, cuando levaron anclas, se despidió. Lo acompañé hasta el puente y después de haberlo visto embarcar en su bote me senté en la popa del barco donde permanecí hasta que vinieron a arrancarme de allí.

Lo que pasaba en mí sería difícil de describir. Mi corazón estaba tan ahíto de dolor, mis miembros tan fatigados, todo tan confuso en mi pobre cabeza debilitada, y yo tan débil, que los ruidos diferentes, los objetos dispares de que me hallaba rodeada me causaban la más extraña pesadilla y presentaban para mí el caos más extraño. Había aquel día una gran fiesta en la ciudad, con ocasión de una revista de la guardia nacional de Chile. Escuchaba las bandas de música, veía a todo el mundo muy bien vestido y yo asistía del brazo de Chabrié. Poco a poco vi alejarse Valparaíso, los barcos de la rada se volvieron tan pequeños que parecían juguetes de niños. El ruido del puerto, los ladridos de los perros, el canto del gallo no llegaban ya a mis oídos. ¡Oh, Dios mío! Una vez más perdía tierra. Entonces un dolor violento se apoderó de mi corazón. Recobré mis sentidos, pero fue para maldecir mi destino. Cuanto había sufrido desde mi infancia, mi posición actual,

[19] El steward es a bordo de los barcos ingleses el sirviente que atiende el salón. (N. de la A.)

todo se presentó simultáneamente ante mis ojos. Aquellos recuerdos estaban tan llenos de vida que sentí juntos todos los dolores pasados y los pesares presentes. Mi imaginación me hacía concebir los más funestos pensamientos. Estaba inclinada sobre la barandilla del navío desde hacía algunos instantes, miraba con fijeza la casa del cónsul inglés situada en la cima de la más elevada montaña de Valparaíso que, gradualmente, se perdía en el horizonte. Mis ojos fatigados miraron el agua. Sentí la inmensidad del mar y los pesares que arrastraba en pos mío. No sé lo que hubiese ocurrido con ese deseo que a cada momento tomaba más fuerza si el capitán y un médico, a quienes no había hablado todavía, no hubiesen venido a obligarme a dejar mi sitio para conducirme al salón. Quise resistir, mas el mareo se había apoderado de todas mis fuerzas y paralizó mi voluntad. Me condujeron a mi cabina. Me acosté y por felicidad el mareo fue tan fuerte que muy pronto no me quedó idea alguna.

Pasé una noche espantosa. Al amanecer mis sufrimientos se calmaron un tanto. Me quedé dormida y no desperté sino dos horas después del mediodía. El capitán y el doctor me importunaron entonces con sus apremiantes solicitudes para inducirme a tomar alguna cosa. Al fin, impaciente y para librarme de sus reiterados ruegos, consentí en tomar un poco de sopa a la que agregué una taza de café con agua. En efecto, me encontré mejor después de esta ligera colación. Me levanté y subí al puente. Mi primer movimiento fue volver los ojos en dirección de Valparaíso. Pero ¡ay!, no había ya nada... nada, sino cielo y agua. Me sentí oprimida y un suspiro se escapó de mi pecho. Me senté sobre la banca destinada a los pasajeros. Mi estado de debilidad me dispensaba de hablar y, como no estaba dispuesta en lo absoluto a hacerlo, me puse a observar con atención a mis nuevos compañeros de viaje.

El capitán era uno de esos americanos del norte cuyo espíritu está circunscrito a la profesión que ha abrazado. Pesado y materialista, la bondad resultaba en él fruto del temperamento más bien que de la educación. Yo le había sido recomendada en Valparaíso en forma muy especial por los consignatarios de M. Chabrié. Tenía para mí el más grande respeto y todas las complacencias y atenciones que su imaginación podía sugerirle. Nos hicimos buenos amigos enseguida, tanto como podíamos serlo, hablando idio-

mas diferentes: él inglés únicamente y yo francés y español que él no comprendía.

Había tres pasajeros americanos, además del doctor. Uno de ellos era un hombre bastante vulgar y no hablaba francés ni español; otro, un joven de diecinueve años, de un físico agradable, de humor sombrío y melancólico, que estaba atacado de *spleen*. Le obligaban a hacer un viaje tan largo sólo con la esperanza de curarlo. Mas en vano había pasado por todas las latitudes del globo. Languidecía siempre, ninguna mejoría se manifestaba en su estado, parecía aspirar a otra vida y no haber venido a este mundo sino para apreciar mejor aquél al que estaba destinado. Me fue imposible hablar mucho con él pues no comprendía sino algunas palabras de español y nada de francés.

El tercer americano merece una atención especial. De veinticuatro a veintiséis años de edad, era de talla pequeña, bien formado, gracioso en todos sus movimientos, muy rubio, con la piel pecosa, los rasgos finos y regulares pero le faltaba esa expresión viril que uno gusta de ver en un hombre. Hablaba el español bastante bien, comprendía un poco el francés aunque no lo hablaba, y tenía, cosa rara entre los americanos, un excelente tono y el exterior de un hombre acostumbrado a la buena sociedad. Era un elegante de buen gusto que, aun a bordo, cambiaba cada día de *toilette* y su indumentaria presentaba siempre un conjunto de formas y de colores de admirable armonía. Era muy refinado en todo, tenía mucho orden, sin que, a pesar de ello, se le notara afectación en nada. Con todo, su manera de ser parecía provenir de las reglas aprendidas y ser su expresión exacta. Empleaba la mañana en su correspondencia comercial. Después de la comida leía, tocaba flauta y también cantaba. Era el hermoso ideal, el modelo perfecto del *gentleman de trasatlántico*. Pero se sentía en él la ausencia de aquel abandono que da tanto encanto a las relaciones íntimas. La regla dominaba al hombre en todos los detalles de la vida. Dotado de tacto y de discernimiento, estaba demasiado en guardia sobre sí mismo para desviarse jamás de un plan de conducta en el que todo parecía haber sido previsto. En una palabra, la inspiración o la espontaneidad no se manifestaban en nada de cuanto hacía. Como apreciamos nuestros talentos en proporción al trabajo que hemos tenido al adquirirlos, estaría dispuesta a creer que ese elegante

americano tenía una alta idea de sí mismo. Nacido en Nueva York se llamaba Pedro Vanderwoort. Por todas las ventajas exteriores que se había procurado debía haber obtenido éxitos de salón, pero ¡qué distancia hay entre el hombre a quien el arte social ha modelado así y aquél a quien la Providencia ha destinado a sobresalir en cualquier parte, a ser eminente como artista, como sabio o como escritor, en fin, a marchar a la cabeza de sus semejantes! Este último domina las reglas, no las soporta.

Desde el primer momento que examiné a Mr. Vanderwoort vi que a mi vez era objeto de su observación. Pero no podía adivinar qué efecto producía sobre él. Su fisonomía poco expresiva no dejaba traicionar su pensamiento.

Llego por fin al doctor, M. Víctor de Castellac. Por primera vez en mi vida, quizá, encontraba en él a un hombre a quien no llegaba a clasificar. Ese doctor me dijo que tenía treinta y tres años. Yo le habría dado tanto veinte como cuarenta. Era francés y, de no habérmelo dicho, no hubiese podido distinguir a qué nacionalidad pertenecía. Hablaba el francés sin ningún acento local, así es que no se podía discernir en qué provincia de Francia había nacido y su tono, sus maneras, sus costumbres, su vestido y su conversación tampoco indicaban uno u otro país, ni traicionaban alguna profesión. Me di cuenta de que el doctor me examinaba también con una curiosidad mezclada de sorpresa. No supe en aquel momento a qué atribuirlo. Más tarde vi que la atención del público de Valparaíso, de la que a pesar mío había sido objeto, había hecho nacer en él el deseo de conocerme.

Estuve enferma los dos primeros días, pero enseguida me encontré mejor. Readquirí mis fuerzas físicas y con ellas mis fuerzas morales. Aprobaba mi conducta. Me sentía con valor para persistir en ella y luchar contra los obstáculos que me esperaban. La satisfacción de mí misma me devolvió toda mi alegría.

El doctor y yo nos juntamos para conversar. Me puse a hablar de París, de Argelia, de otras mil cosas con un entusiasmo que me admiraba a mí misma. Hablamos sobre todos los temas pero en especial de París, tema al que él me conducía siempre porque casi no conocía aquella ciudad habiendo pasado toda su vida, desde su salida del colegio, en las colonias españolas. El elegante americano se esforzaba por comprender lo que decíamos. Cogía el sen-

tido de algunas frases y adivinaba lo demás. Me dejó al fin conocer la opinión que se había formado de mí y de M. de Castellac; tuve más libertad para divertirme con él a expensas de ese pobre doctor que se prestaba a burla en una multitud de ocasiones.

M. de Castellac, después de haber permanecido seis años en México, donde había acumulado una bonita fortuna, fue a París en 1829. Confió todo su dinero a M. Vassel y Cie., pues pensaba que la casa bancaria de esos señores era una de las que ofrecían más garantía. Sobrevino la revolución de 1830. Esos señores quebraron y el doctor perdió en un solo día el fruto de seis años de trabajo. En un principio estuvo inconsolable, se quedó un año en París y devoró sus últimos recursos al tratar de salir de compromisos y de recoger algunos restos de su fortuna perdida. Al fin adoptó un partido: resignarse a volver a América con intención de juntar nuevas riquezas. Esta vez había dado su preferencia al Perú y se dirigía a la ciudad del Cuzco.

El doctor era muy conversador y sobre todo muy curioso. En el fondo excelente hombre, aunque egoísta y desconfiado porque conocía el mundo y, como M. David, había sido víctima suya.

Hicimos una travesía muy feliz. El octavo día, a las nueve de la noche, anclamos en la bahía de Islay (costa del Perú).

—VI—
Islay

El día de nuestra llegada no pude distinguir la costa del Perú. En el momento en que nos acercábamos caía una lluvia menuda como la niebla que nos disimulaba la vista de la ribera. El mar estaba tranquilo y sin una embarcación inglesa que envió su chalupa para remolcarnos no sé cómo hubiésemos entrado. Estuvimos muy contrariados por no poder juzgar el aspecto de la comarca. El doctor y yo teníamos viva impaciencia por verla. Agitados por esta curiosidad velamos hasta muy avanzada la noche. Formábamos conjeturas acerca de la naturaleza de un país que ansiábamos conocer, al mismo tiempo que conversábamos sobre nuestros respectivos proyectos. El doctor se levantó de madrugada, atormentado por el deseo de ver. Regresó al salón. Yo no dormía y lo veía a través de mis persianas. El pobre hombre me pareció enteramente desmoralizado. Lloraba. Esto me dijo mucho sobre el país. Pocos momentos después el doctor no pudo contenerse más, se acercó a mi puerta y me dijo: —Paisana ¿duerme usted?

—No, le dije.

—¡Ah! ¡Si usted supiera, señorita, en qué horrible desierto nos encontramos! ¡Es espantoso! Ningún árbol, nada verde, sólo arena negra y árida y algunas cabañas de bambú. ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿qué va a ser de mí?

—Doctor, es preciso tomar un partido. La suerte está ya echada. Sus llantos, sus lamentos y sus maldiciones no harán crecer árboles ni verdor. Por lo demás parece que usted viene acá para buscar oro y no hermosos lugares campestres.

Me levanté. Mientras me vestía, mi imaginación exageró de tal manera el horror del país que, cuando subí al puente, me sentí menos afectada por la vista de la aridez y la miseria. Toda la costa del Perú es en extremo árida. Islay y sus alrededores no presentan sino una perspectiva de desolación. Sin embargo, el puerto prospera en forma sorprendente. Me ha referido don Justo, el director del correo, que cuando se estableció en aquel lugar sólo había tres chozas y un gran hangar en donde se instaló la Aduana. Después de seis años de existencia Islay tenía de 1 000 a 1 200 habitantes, por lo menos. La mayoría de las casas, construidas de caña, no están enladrilladas; pero hay algunas muy bonitas, hechas de madera que tienen elegantes ventanas y el suelo entablado. La casa del cónsul inglés estaba a punto de quedar terminada cuando ingresé a Islay, es encantadora. La Aduana es una construcción de madera muy grande. La iglesia es más o menos buena y sus proporciones están en relación con la importancia de la localidad. El puerto de Islay, mejor situado que el de Arica, ha absorbido todos los negocios. Si continúa prosperando, como sucede desde hace seis años, podrá en diez más tener cuatro o cinco mil habitantes. Pero la esterilidad del territorio será por mucho tiempo un obstáculo para un crecimiento mayor. Enteramente privado de agua, carece de árboles y de vegetación de cualquier especie. La época de los pozos artesianos no ha llegado todavía para este país. Está demasiado atrasado para pensar en ello. Islay no tiene sino una pequeña fuente de agua potable que a menudo se seca en el verano, entonces los habitantes se ven obligados a abandonar sus habitaciones. El suelo está formado por una arena negra y pedregosa que sería indudablemente muy fértil si se pudiese irrigar.

Hacia las seis de la mañana el capitán de puerto vino a bordo a hacer la inspección, como se practica en todas partes a la llegada de los barcos. Se pidieron los pasaportes y cuando leyó el mío se elevó entre los dos o tres hombres de la aduana un grito de admiración. Aquellos hombres me preguntaron si yo era pariente de don Pío de Tristán y mi respuesta afirmativa suscitó entre ellos una larga conversación en voz baja. El resultado de esa deliberación fue que se me trataría con todas las muestras de deferencia y de distinción propias a los personajes eminentes de la república. El capitán de puerto vino respetuosamente a decirme que era un

antiguo servidor de mi tío, a cuya generosidad debía su puesto, pues don Pío se lo había concedido cuando fue prefecto de Arequipa. Me dijo también que desde hacía un mes mi tío estaba en Camaná con toda su familia, en un gran ingenio de azúcar situado a orillas del mar, a cuarenta leguas de Islay y otras tantas de Arequipa. Aproveché los ofrecimientos del capitán de puerto para rogarle que me precediera en Islay y llevase las cartas de recomendación que traía para el administrador de la aduana y para don Justo de Medina,[20] director del correo y apoderado de mi tío. A las once, después de haber almorzado y habernos vestido abandonamos el "Leonidas" con todo nuestro equipaje.

Islay no tiene muelle todavía y el desembarque es por lo menos tan difícil como en la Praia. Fui recibida en aquella primera aldea del Perú con todos los honores debidos a los títulos y empleos de mi tío Pío. El administrador de la aduana, don Basilio de la Fuente,[21] me ofreció su casa. Justo de Medina, director del correo, me propuso igualmente que aceptase la suya. Di preferencia a este último porque sentí más simpatía hacia él.

Atravesamos toda la población. Consta de una larga calle no muy bien trazada, en la cual subsisten todavía las rocas del mar y las desigualdades del terreno y en donde uno se hunde en la arena hasta la mitad de las piernas. Allí fui, aún más que en Valparaíso, el punto de mira de todos. Era yo un acontecimiento. Don Justo me instaló en la pieza más hermosa de su casa. Su esposa y su hija se apresuraron a ofrecerme todo cuanto juzgaron que podría serme agradable. El pobre doctor Castellac no me dejaba a sol ni a sombra y, para recompensarle de todos los cuidados que me había prodigado durante el viaje, hice de él realmente mi médico. Con este título sería admitido a gozar de las ventajas y de la generosa hospitalidad brindadas a la sobrina de don Pío de Tristán. El doctor ocupó también un cuarto en la casa de don Justo y desde entonces no se separó de mí.

20 El administrador del correo de Islay en ese año se llamaba José de Medina y no Justo, según puede verse en el Calendario y Guía de Forasteros para el año 1833. (N. de la T.)

21 El administrador de la aduana de Islay, por largo tiempo, fue Mariano Basilio de la Fuente y Bustamante, quien también fuera alcalde de Arequipa (1823) y Prefecto en varios departamentos. Ver Gustavo Bacacorzo, Flora Tristán. Personalidad contestataria universal, Tomo I, Lima, BNP, 2000, p. 441. (N. del E.)

Es necesario que, para ilustración del lector, le ponga al corriente de las relaciones existentes entre mi tío y yo y que le instruya acerca de la posición de mi tío respecto a los habitantes del país.

Se ha visto en mi prefacio que el matrimonio de mi madre no había sido regularizado en Francia y que, como resultado de aquel defecto de forma, se me consideraba como hija natural. Hasta la edad de quince años había yo ignorado esta absurda distinción social y sus monstruosas consecuencias. Adoraba la memoria de mi padre y esperaba siempre la protección de mi tío Pío, a quien mi madre me hacía querer y de quien me hablaba continuamente, aunque ella no le conociera sino por su correspondencia con mi padre. Yo había leído y releído esta correspondencia, monumento extraordinario en que el amor fraternal se producía en todas sus formas. Tenía quince años cuando, con ocasión de un matrimonio que yo deseaba contraer, mi madre me reveló la posición en que me colocaba mi nacimiento. Mi orgullo quedó herido de tal manera que en el primer momento de indignación renegué de mi tío Pío y de toda mi familia. En 1829, después de una larga conversación sobre el Perú con M. Chabrié, escribí a mi tío la carta siguiente, en la que yo misma, para servirme de la expresión del presidente de la Corte de Arequipa, *me corté en cuatro la cabeza*.

Al señor Pío de Tristán.

"Señor:

"Es la hija de su hermano, de ese Mariano tan querido para usted, quien se toma la libertad de escribirle. Quiero creer que usted ignora mi existencia y que de más de veinte cartas escritas a usted por mi madre, en el espacio de diez años, ninguna ha llegado a su poder. Sin una última desgracia que me ha reducido al colmo del infortunio no me dirigiría a usted. He encontrado un conducto seguro para hacerle llegar esta carta y abrigo la esperanza de que no será usted insensible a ella. Adjunto mi partida de bautismo. Si le quedan algunas dudas, el célebre Bolívar, amigo íntimo de los autores de mis días, podrá esclarecerlas.[22] Me ha

[22] Simón Bolívar conoce a la pareja Tristán-Laisnay a su paso por Bilbao alrededor de 1800. Apenas con 16 años de edad, Bolívar tenía el grado de Alférez, mientras que Tristán era Coronel y estaba investido del hábito de la Real Orden de Santiago. La amistad continuaría por largo tiempo. Ver Gustavo Bacacorzo, *Flora Tristán...*, op. cit., pp. 158-160. (N. del E.)

visto educar por mi padre, cuya casa frecuentaba continuamente. Puede usted también ver a su amigo, conocido por nosotros con el nombre de Robinson, así como a M. Bonpland, a quien ha debido usted conocer antes de que fuese hecho prisionero en el Paraguay. Podría citarle algunas otras personas, pero éstas bastan. Voy, lacónicamente, a exponerle los hechos.

"Para sustraerse a los horrores de la revolución, mi madre fue a España con una señora pariente suya. Estas damas se establecieron en Bilbao. Mi padre trabó amistad con ellas, y de esta relación nació pronto entre él y mi madre un amor irresistible que les hizo indispensables el uno al otro. Las señoras regresaron a Francia en 1802. Mi padre no tardó en seguirlas. Como militar tenía necesidad del permiso del rey para casarse. No quiso pedirlo (respeto demasiado la memoria de mi padre para tratar de adivinar cuáles pudieron ser sus motivos) y propuso a mi madre unirse a ella solamente por medio de un matrimonio religioso (matrimonio que no tiene valor alguno en Francia). Mi madre sentía que ya no podía vivir sin él y aceptó esta propuesta. La bendición nupcial les fue dada por un respetable eclesiástico, M. Roncelin, quien conocía a mi madre desde su infancia. Los esposos fueron a habitar en París.

"A la muerte de mi padre, M. Adam, de Bilbao, después diputado a las Cortes y que había conocido a mi madre tanto en España como en Francia como esposa legítima de don Mariano de Tristán, le envió un acta notarial firmada por más de diez personas, quienes, todas, atestiguaban haberla conocido con este mismo título.[23]

"Usted sabe que entonces mi padre no tenía por fortuna sino la renta de 6 000 francos dejados por su tío el arzobispo de Granada, a título de hijo mayor de la familia de los Tristán. Recibió también algunas sumas que usted le envió; pero las más considerables se perdieron: 20 000 francos fueron capturados por los ingleses y 10 000 volaron en el navío "La Minerva". Sin embargo, gra-

[23] "El alto rango del peruano y su condición privilegiada de noble le obligaban a solicitar permiso para la unión formal, y realizada ésta procedía su inscripción en vía de constancia". "El instrumento notarial suscrito por el señor Adam [...] es absolutamente insuficiente para reemplazar una partida legal, ya que matrimonio non praesumitur (el matrimonio no se presume)". Ver Gustavo Bacacorzo, op. cit., p. 204. (N. del E.)

cias a la economía de mi madre, mi padre llevaba una vida muy honorable. Trece meses antes de su muerte compró una casa en Vaugirard, cerca de París. Cuando murió, el embajador príncipe de Masserano se apoderó de todos sus papeles, usted ha debido recibirlos por intermedio del embajador de España y con ellos el contrato de adquisición de la mencionada casa.

"Mi padre había pagado en parte esta propiedad. Si se la hubiesen dejado a mi madre esto la habría ayudado a educarnos a mi hermano y a mí. Pero diez meses después de la muerte de mi padre el gobierno se apoderó de ella como bien perteneciente a un español a causa de la guerra que entonces había entre ambos países. Después ha sido vendida y hay un excedente de 10 000 francos que se debían sobre el precio de adquisición. Con todo, mi madre pagó 554 francos de alcabala a nombre de los herederos, suma que jamás le ha sido devuelta.

"Usted debe pensar, señor, cuánto ha debido sufrir mi madre al quedar sin fortuna y cargada con dos hijos, pues mi hermano vivió diez años. Mas, a pesar del estado de necesidad en que se encontraba, no quiso que la memoria de aquel que había sido el objeto de sus más tiernos afectos quedase manchada. A causa de la guerra mi padre no recibía nada desde hacía veinte meses y, por lo tanto, se hallaba en gran necesidad. A solicitud de mi madre, mi abuela prestó a mi padre 2 800 francos, sin pedirle recibo de aquella suma, lo que hizo que a su muerte se encontrase sin comprobante. Mi madre pagó puntualmente los intereses a mi abuela que los necesitaba para vivir. A la muerte de ella reembolsó el tercio de la suma a su hermana y el otro tercio a su hermano.

"No deseo, señor, que el resumen de mis desgracias cuyos rasgos he trazado débilmente le hagan descubrir los detalles. Su alma sensible al recuerdo de un hermano que le quería a usted como a su hijo, sufriría demasiado midiendo la distancia que existe entre mi suerte actual y la que debería tener la hija de Mariano... de ese hermano que, herido como por un rayo por una muerte súbita y prematura (una apoplejía fulminante), no pudo decir sino estas palabras: 'Hija mía... Pío te queda...' ¡Desgraciada hija!...

"Sin embargo, no crea, señor, que cualquiera que sea el resultado de mi carta, los manes de mi padre podrán ofenderse con mis murmuraciones. Su memoria será siempre querida y sagrada.

"Espero de usted justicia y bondad. Me confío a usted con la esperanza de un mejor porvenir. Le pido su protección y le ruego quererme como la hija de su hermano, Mariano tiene el derecho de reclamarlo.

"Soy su muy humilde y obediente servidora

Flora de Tristán".

Después de la lectura de esta carta puede juzgarse mi sinceridad cuando he descrito mi completa ignorancia del mundo, mi fe en la probidad, esta crédula confianza en la buena fe, que supone a los demás buenos y justos como lo es uno mismo. Crédula confianza de la que mi tío me enseñó a conocer el abuso, a pesar de haber hecho profesión de tanto amor hacia mi padre. He aquí la respuesta que me dirigió.

Señorita Flora de Tristán.
Arequipa, 6 de octubre de 1830.
"Señorita y mi estimable sobrina:

"He recibido con tanta sorpresa como placer su estimable carta del 2 de junio último. Ya sabía, desde que el general Bolívar estuvo aquí en 1825, que mi hermano muy querido, Mariano de Tristán, tenía una hija en el momento de su muerte. Antes, el señor Simón Rodríguez, conocido por usted con el nombre de Robinson, me había dicho igual cosa. Mas, como ni el uno ni el otro me dieron noticias posteriores de usted ni del lugar en donde se encontraba, no me fue posible tratar de algunos asuntos que nos interesaban a usted y a mí. La muerte de su padre me fue anunciada oficialmente por el gobierno español, según noticias enviadas por el príncipe de Masserano. Envié, por tanto, mis plenos poderes al general Goyeneche, hoy conde de Guaqui, para el efecto de seguir los asuntos de la sucesión de mi hermano. Pero nada pudo hacer, a causa de la invasión de España por los franceses, lo que le obligó a venir al continente americano por asuntos de gran importancia. Como resultado de esta misma invasión quedamos durante largos años incomunicados y luego la guerra de América nos ocupó de tal manera que no pudimos pensar en cosas que, a causa de

la distancia, eran difíciles de solucionar. Sin embargo, el 9 de abril de 1824 envié a M. Changeur, negociante de Burdeos, poderes especiales para llegar a descubrir su paradero por intermedio de sus agentes en París y recoger los bienes que el difunto había dejado. Le di la dirección de la casa que habitaba mi hermano en momentos de su muerte. Antes y después de enviar el poder le recomendé muy especialmente, y en diferentes ocasiones, que no perdonara la menor gestión para saber si existían usted y su señora madre. No obtuve más resultado que hacerme cargar en cuenta los gastos inútiles de las averiguaciones practicadas para ello, averiguaciones cuyas pruebas tengo en mi poder. ¿Cómo después de veinte años a partir de la muerte de mi hermano Tristán, sin tener noticias suyas ni de su madre, podía figurarme que vivía usted todavía? Sí, mi querida sobrina, es una fatalidad que ninguna de las numerosas cartas escritas por su señora madre hayan llegado, cuando la primera dirigida por usted la he recibido sin atraso. Yo soy muy conocido en este país y las relaciones entre sus costas y las de allá son muy frecuentes desde hace ocho años para que me llegase una de sus cartas por lo menos. Esto prueba de manera evidente que ustedes han procedido con cierta negligencia a este respecto.

"He visto la partida de bautismo que me ha enviado y tengo fe plena y absoluta en cuanto a su calidad de hija reconocida de mi hermano, aunque esta pieza no está legalizada y firmada por tres notarios que certifiquen como verdadera la firma del cura que la entregó, como debería estarlo. En cuanto a su madre y su calidad de esposa legítima de mi difunto hermano, usted misma reconoce y confiesa que la manera como le fue dada la bendición nupcial es nula y de ningún valor tanto en este país como en toda la cristiandad. En efecto, es extraordinario que un eclesiástico que se llama respetable como M. Roncelin, se haya permitido proceder en un acto semejante, tomándose una atribución indebida respecto a los contrayentes. Carece también de valor el hecho de que en el momento de su bautismo se haya declarado a usted como hija legítima y es igualmente insignificante el documento que usted me dice haber sido enviado desde Bilbao por intermedio de M. Adam y en el cual diez personas de dicha ciudad declaraban haber considerado y conocido a su madre como esposa legítima de Mariano. Esta

pieza prueba únicamente que era por pura y simple conveniencia social que se le daba esta calidad y este título. Tengo, por lo demás, en la propia correspondencia de mi hermano hasta poco tiempo antes de su muerte, algo que puede servir de prueba bastante contundente, aunque negativa, de lo que sostengo. Y es que mi hermano nunca me habló de esta unión, cosa extraordinaria cuando no teníamos nada oculto el uno para el otro. Agregue usted a esto que, si hubiese habido una unión legítima entre mi hermano y su señora madre, ni el príncipe de Masserano ni ninguna otra autoridad hubiese podido poner los sellos sobre los bienes de una persona muerta que dejaba descendencia legítima conocida y nacida en el país. Convengamos, pues, en que usted no es sino la hija natural de mi hermano, lo cual no es una razón para que sea menos digna de mi consideración y de mi tierno afecto. Yo le doy con mucho gusto el título de sobrina querida y agregaré aun, el de hija, pues nada de lo que era objeto del cariño de mi hermano puede dejar de inspirarme el más vivo interés. Ni el tiempo ni la muerte podrán borrar en mí la tierna adhesión que tenía para él y que conservaré toda mi vida.

"Nuestra respetable madre vive todavía y cuenta ya ochenta y nueve años de edad. Conserva toda su razón y todas sus facultades físicas y morales y hace la delicia de toda la familia, entre la cual ha tenido la bondad de distribuir recientemente sus bienes para tener el placer de verla gozar de ellos antes de su muerte. Nos hallábamos seriamente ocupados en esta división cuando nos llegó su carta. Se la he leído, y al conocer su existencia y su suerte, a ruego de la familia le ha hecho un importante legado de 3 000 pesos fuertes, en dinero constante, el que le ruego considerar como una prueba de mi interés particular hacia usted, del inagotable amor de nuestra madre hacia su hijo Mariano y del recuerdo imperecedero de todos los miembros de la familia.

"Entre tanto, como usted tiene un derecho equívoco sobre los bienes de mi difunto hermano, bienes que yo administré en virtud de los plenos poderes otorgados el 20 de noviembre de 1801 por ante el notario real de Nuestra Señora de Begoña, en Viscaya, M.J. Antonio Oleaga, le envío copia de la cuenta corriente que ha existido entre los dos. Esto la convencerá de que no existe ningún fondo perteneciente a mi difunto hermano, puesto que el negocio de

Ibáñez absorbió todo cuanto quedaba en momentos de su muerte. Este negocio habría quedado terminado inmediatamente si hubiese tenido conocimiento de él o si los acreedores no hubiesen sido tan negligentes al dejar transcurrir once años antes de hacer alguna diligencia para ser pagados después de la muerte de mi hermano, de la que debieron enterarse a tiempo. De esta manera, los intereses de la deuda, aunque sólo al 4%, han doblado el capital inicial. Todo fue fatalidad en esta muerte. La forma y la época en que tuvo lugar han hecho su desgracia y me han ocasionado a mí una infinidad de molestias. Olvidemos todo esto y tratemos de poner remedio en cuanto sea posible.

"Mi apoderado y agente en Burdeos es M. Bertera por medio del cual le envío una letra por 2 500 francos. Será necesario, para recibir el importe, que le envíe usted un certificado hecho ante un notario. Trate de que esta suma le baste hasta conseguir los medios de enviarle, por su cuenta y riesgo, los 3 000 pesos a que asciende el legado hecho a usted, pero para cuya seguridad tomaré las medidas convenientes. Hará bien en colocar esos 3 000 pesos en fondos públicos u otros fondos, en el caso de que los acontecimientos políticos hagan poco seguros aquéllos, a fin de procurarse por este medio una renta segura que le sea pagada cada seis meses. Encontrará usted en mi conducta una prueba inequívoca, aunque de poco valor, de mi adhesión hacia usted y el tiempo, si vivo y nos reunimos alguna vez, le probará cuánto amo a la hija de mi hermano Mariano.

"Escríbame siempre que pueda, dirija sus cartas al señor Bertera por cuyo medio le escribiré yo también. Dígame en qué lugar reside, háblame de su estado, de los proyectos que forme y de las necesidades que pueda tener con toda la confianza que debe inspirarle mi sinceridad. Le escribo en español porque he olvidado por completo el francés.

"Me he casado con una de mis sobrinas llamada Joaquina Flores. Tenemos un hijo que se llama Florentino y tres hijas de ocho, cinco y tres años. Quiera Dios que puedan abrazarla algún día y que usted, igualmente, pueda prodigarles sus caricias en aquel país.

"En espera de ese placer, reciba la seguridad de todo mi afecto.

Pío de Tristán".

Cuando recibí esta respuesta, a pesar de la buena opinión que tenía de los hombres, comprendí que no debía esperar nada de mi tío. Pero me quedaba todavía mi abuela y toda mi esperanza se volvió hacia ella. Parece que mi tío me engañó al escribir que había leído mi carta a mi abuela y a toda la familia, pues casi ninguno de los miembros de ella conocía mi existencia antes de hacer yo mi aparición, y he adquirido la convicción de que mi abuela también la ignoró.[24] Yo no informé a mi tío sobre mi viaje al Perú y como no tuve tiempo de prevenirle, él ignoraba mi llegada. Tal era mi posición frente a él. Ahora voy a decir en pocas palabras la que él ocupaba en el país.

Don Pío de Tristán había regresado de Europa en 1803 con el grado de coronel.[25] Hizo aquella terrible Guerra de la Independencia en la cual los peruanos pusieron tanto encarnizamiento para conquistar su libertad. Mi tío era uno de los más hábiles militares que España envió a aquellos países. Cuando las tropas del rey Fernando se vieron obligadas a evacuar Buenos Aires y el territorio de la República Argentina, fue él quien las mandó como segundo bajo las órdenes de nuestro primo M. de Goyeneche, hermano de M. Mariano Goyeneche, de quien ya he hablado. Mi tío era entonces mariscal de campo. Efectuaron la retirada y se dirigieron hacia el Alto Perú, atravesaron la inmensa distancia que separa Bue-

[24] Mi tío, poco tiempo antes de la muerte de mi abuela, le hizo hacer un testamento, en el cual su esposa quedaba beneficiada con 20 000 pesos y en el que yo estaba comprendida con un legado de 3 000 pesos. Ese testamento es muy largo y mi abuela que tenía ciega confianza en su hijo Pío, lo firmó sin conocer sus disposiciones. Yo no estaba designada como la hija de don Mariano, sino por mi nombre de Florita solamente, sin que se pudiese saber a qué título se me hacía ese don. A raíz de la partición de la herencia, mi existencia fue revelada a las partes interesadas por la deducción del legado. Mi tío tuvo mucho trabajo en hacer consentir a las otras partes en que me dieran esa suma. Se le preguntaba: "Pero ¿por qué dar 15 000 francos a una extranjera? —Porque es presumible que sea hija de mi hermano". (N. de la A.)

[25] Don Juan Pío de Tristán y Moscoso, nacido en Arequipa (1773), entró a servir muy joven en el ejército español y pasó a España como cadete del regimiento de infantería de "Soria" que se había distinguido en la lucha contra Túpac Amaru. En Madrid su hermano mayor, Mariano —el padre de Flora— lo hizo salir del regimiento y le hizo dar alguna instrucción científica enviándolo a Francia. Al estallar la revolución en este país regresó a España y sirvió en el ejército español tomando parte en algunas campañas. Años después volvió a América y sirvió en el ejército real. (N. de la T.)

nos Aires de Lima,[26] teniendo con frecuencia que sostener combates, atravesar ríos y recorrer lugares en los que no había ningún camino trazado. Esos magníficos soldados del rey, esos guerreros cubiertos de oro, habituados a la vida muelle de las ciudades de la América española, tuvieron mucho que sufrir en aquellas comarcas salvajes. Vivieron durante ese prodigioso trayecto de los víveres obtenidos con la punta de las bayonetas, de los animales salvajes muertos en la caza y, en fin, de las subsistencias que podían comprar. Mi tío me ha referido a menudo que, en aquellas ocasiones, como no había dinero en la caja del ejército hacía sacar en suerte a los de caballería, que todos tenían espuelas de oro macizo, a fin de determinar cuáles de ellos darían una de sus espuelas para pagar los víveres. Uno solo de aquellos soldados llevaba sobre sí más oro que el que se requeriría en la actualidad para equipar a doscientos de la república. Ese lujo soberbio de las tropas españolas de América les daba una alta idea de sí mismos y de su superioridad sobre los pueblos cuya sumisión aseguraban. Pero es uno de los resortes que más pronto se gastan. Con lo que costaba en las colonias un militar español, el Rey hubiese podido sostener veinte soldados alemanes.

Las poblaciones indígenas no brillan por sus virtudes marciales. Diseminadas sobre vastos territorios, habrían sido fácilmente sometidas y contenidas si se hubiesen mantenido tropas más numerosas, lo que podía hacer España sin aumentar los gastos. A los ojos de las personas que conocían la América del Sur, el momento de su independencia estaba aún muy lejano y España más que suficientemente fuerte para reprimir las revueltas que habían sido favorecidas por la invasión de la Península por Bonaparte.

[26] No fueron tan brillantes los servicios de don Pío Tristán dentro del ejército real, como lo asegura Flora, ni tuvo que atravesar las distancias inmensas que ella señala. Bajo las órdenes de su primo, el general José Manuel Goyeneche concurrió a las batallas de Guaqui y Sipesipe, ascendiendo por entonces al grado de brigadier. En 1812 venció al ejército argentino mandado por Díaz Vélez, pero no supo sacar partido de esta victoria. Derrotado por Belgrano en la batalla de Salta (20 de febrero de 1813) firmó una capitulación que desaprobó el virrey Abascal. En ella se comprometió a no luchar contra los argentinos. Tristán fue separado del ejército y se retiró a Arequipa hasta 1814, en que tomó parte en la defensa de esta ciudad contra las huestes de Pumacahua. Fue vencido junto con Picoaga en la Apacheta (10 de noviembre de 1814) y tuvo la suerte de escapar. Sólo en 1823 La Serna lo ascendió a Mariscal de Campo. (N. de la T.)

Pero, los acontecimientos desmienten de continuo las prevenciones humanas. La insurrección de Riego vino a paralizar los esfuerzos de la monarquía española, volviendo contra el monarca las fuerzas destinadas a someter a las colonias y la emancipación de América se realizó. M. de Goyeneche y mi tío tenían cinco mil hombres bajo su mando al dejar las orillas del Plata y cuando, después de dos años de marcha, de fatigas y de combates, llegaron al Perú, más o menos la tercera parte de aquel número respondió a la llamada. La guerra en el Perú duró quince años entre las tropas del Rey y los republicanos. Mi tío se encontró en todas las batallas libradas entre ambos partidos y, en fin, combatió en la última que aseguró el triunfo de la causa republicana, en la famosa batalla de Ayacucho ganada por los patriotas peruanos.[27]

Mi tío, nombrado Virrey interino, tuvo el valor de aceptar aquella alta función en un momento en el cual había mayores peligros que ventajas. Después de la pérdida de la batalla, el partido realista se encontraba completamente aniquilado y el virrey y todos los oficiales no tuvieron más remedio que abandonar la partida. Mi tío anunció entonces su decisión de regresar a España con su familia y su fortuna. Pero los jefes de la república apreciaban su valentía y su talento militar, sentían también la necesidad que tenía el nuevo régimen de atraerse a semejantes hombres y le ofrecieron que se encargase del comando de las tropas, cambiando únicamente su título de brigadier del Rey por el de general de la República. No aceptó el comando de las tropas, prefirió hacerse nombrar gobernador del Cuzco y se dirigió a esa provincia que administró durante seis años.[28] Con esta conducta prudente, por completo dentro de sus intereses personales, creyó no irritar a ningún

27 Pío Tristán no peleó en la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824). Se hallaba por entonces encargado del mando de las provincias del Sur, residiendo en Arequipa. Como a tal, los generales españoles le dieron la investidura de Virrey, al caer prisionero La Serna. El 24 de diciembre de 1824 envió a Bolívar un oficio desde Arequipa pidiéndole manifestar sus propósitos para el futuro del país; el 30 de diciembre, ya entendido con Sucre, lanzaba una proclama anunciando la capitulación de Ayacucho y el establecimiento de la república. Tristán no fue molestado por los vencedores. (N. de la T.)

28 Pío Tristán nunca fue prefecto del Cuzco. Fue prefecto de Arequipa desde el 20 de enero de 1832 hasta 1833. Durante su gestión administrativa acaeció el fallecimiento de su madre, la abuela de Flora. En 1815 había sido Jefe de la Intendencia del Cuzco. (N. de la T.)

partido. Las cosas sucedieron de distinta manera. En los tiempos de la revolución sólo con actos de abnegación se obtiene la confianza. La habilidad administrativa no puede entonces cubrir el defecto de conciencia política y la tibieza de la opinión. Mi tío se enajenó para siempre a los realistas quienes lo consideraban como a un traidor e inspiró la desconfianza de los republicanos. En vano empleó todos los recursos de su espíritu para unir a los dos partidos, pues amaba al antiguo por afición y servía al nuevo por interés. No pudo lograr ningún éxito. Los realistas le temían porque tenía en sus manos el poder, pero renegaban de él como de un perjuro; mientras los republicanos controlaban todos sus actos hasta el punto de llegar a hacer sus funciones sumamente penosas. Mi tío luchó mucho tiempo contra los vejámenes que recibía de todas partes, con una obstinación que estaría tentada de llamar admirable. Al fin, como los odios se hicieron tan violentos, creyó prudente dejar un lugar en el que su vida ya no estaba segura. Presentó su dimisión y regresó a Arequipa en donde hubiese podido vivir tan bien y con tanto lujo como puede hacerlo en cualquier lugar de la tierra un hombre que tiene doscientas mil libras de renta. Pero ya estaba acostumbrado a gobernar y los goces de la fortuna aislados no tenían encanto para él. Para sentirse vivir necesitaba verse rodeado de un brillante estado mayor o de una multitud de subalternos y emplear en grandes intereses la actividad de su espíritu. Con el propósito de engañar este deseo emprendió viajes a todos sus ingenios azucareros, hizo edificar una magnífica casa de campo, pero ninguna de estas ocupaciones pudo distraerlo de su ambición. Intrigó en la sombra y sus maniobras subterráneas obtuvieron tal éxito que sólo le faltaron cinco votos para ser elegido presidente del Perú.[29] Sus partidarios para desagraviarlo de aquella contrariedad lo nombraron prefecto de Arequipa. Mi tío administró los nuevos intereses que le fueron confiados con tanta inteligencia como celo, embelleció muchísimo la ciudad y empleó su solicitud en todo cuanto pudo contribuir al desarrollo de la prosperidad pública. Pero, con todo, lejos de calmarse, los odios se re-

[29] Pío Tristán jamás fue candidato a la presidencia del Perú. Por lo menos no se sabe que —si alguna vez tuvo tal pretensión— revistiese alguna importancia su candidatura, como lo parecería a juzgar por lo expresado por Flora. Don Pío fue, años después, nombrado por Santa Cruz presidente interino del Estado Sur Peruano durante la Confederación Perú-Boliviana (1838). (N. de la T.)

animaban a medida que adquiría nuevos títulos a la estimación de sus ciudadanos. Los realistas repitieron sus recriminaciones contra él y los republicanos manifestaron también su desconfianza. Los periódicos que, en el Perú, son más virulentos que en ninguna otra parte, atacaron a mi tío con tanta saña que, al cabo de dos años, se vio de nuevo forzado a presentar su renuncia. Esta vez también su vida estuvo amenazada. Uno de nuestros primos, militar en extremo violento, indignado por los ataques y por los ultrajes que aparecían sin cesar contra don Pío de Tristán en el periódico la República,[30] fue a buscar al redactor en jefe, tuvo con él un cambio de palabras y puso fin a la disputa dándole una bofetada tan recia que casi le revienta un ojo. El periodista, furioso, juró vengarse en mi tío. Éste que conocía la exasperación de los partidos políticos contra su persona, no juzgó prudente esperar que el periodista se restableciese y realizase su amenaza y se retiró a Chile.

Para dar una idea de la virulencia de los ataques de que era objeto mi tío, citaré aquí el pasaje de una hoja que circuló en Arequipa y en todo el Perú. Lo reproduzco textualmente:

"Electores y Arequipeños:

"Si queréis un presidente entendido en el arte de la guerra y que, con su profunda inteligencia se deje vencer por un ejército compuesto de la tercera parte del suyo, como sucedió en Salta, elegid al señor Tristán. Si deseáis un hombre de honor, pero que falte continuamente a sus juramentos, ya sea como magistrado o como particular y cuya mala fe sea conocida en todas las naciones europeas, como se puede ver en el Atlas histórico escrito en París por el conde de Las Cases, elegid al señor Tristán. Si queréis un hombre de espíritu y de raro talento para engañar a todo el mundo, como lo hizo con su colega Belgrano, con quien falseó todos los convenios y lo dejó enseguida comprometido con el gobierno, nombrad al señor Tristán. Si queréis un hombre poseedor de un olfato particular para descubrir a los verdaderos patriotas y perseguirlos hasta la tumba, tomad al señor Tristán. Si

[30] Probablemente se refiere a El Republicano, semanario o bisemanario a veces, que aparecía por ese tiempo en Arequipa. (N. de la T.)

queréis un hombre que aspira a la presidencia de la República a causa de los grandes servicios prestados a su amo el Rey, elegid al señor Tristán. Si queréis un ciudadano amable, cortés y caritativo, pero hipócrita por naturaleza, tomad al señor Tristán. Si queréis un hombre fiel y consecuente con el Rey, nombrad al señor Tristán. En fin, si queréis un hombre cuyas manos están manchadas con la sangre de las víctimas sacrificadas ante el altar de nuestros antiguos opresores, ¡oh!, entonces, tomad al señor don Pío de Tristán!!! Si hay un hombre para quien los manes de Lavin y Villenga [?] piden un justo castigo, es el señor don Pío de Tristán! Si queréis ser regidos por el enemigo más encarnizado del pueblo, quien con su táctica dorada no ha trabajado sino contra los intereses de la patria, nombrad al célebre don Pío! Si queréis un Presidente que sobrepuje en mérito a todos los demás, pero que recibirá con los brazos abiertos a los navíos de guerra que España nos envíe para exterminarnos, ¡oh!, entonces nombrad a don Pío de Tristán. ¡Electores! Si los peruanos han vertido su sangre para ser gobernados por los godos (carlistas rabiosos) y por los cobardes que no han sabido sino capitular, por monstruos que tantas veces han renegado de la naturaleza y de la humanidad y cuya obstinación reniega de la luz de la razón, elegid a don Pío. Complaceréis a España, ante la cual, hoy mismo, él hace valer sus servicios y destruiréis para siempre el descanso y la felicidad de los peruanos.

"Os comprometemos a agradecer al Globo de Lima, cuyas columnas están llenas cada día de pomposos elogios del muy célebre y muy honorable señor don Pío de Tristán!..."

Cuando yo llegué al Perú, hacía solamente diez meses que estaba de regreso y pensaba por entonces hacerse elegir Presidente. Sus proyectos de ambición contribuyeron a apresurar su retorno, tanto como el deseo de ver de nuevo a su familia.

Mi tío con sus intrigas podía muy bien llegar a conciliar los intereses de los grupos políticos. Pero después de la exposición precedente es fácil juzgar que no había podido conquistar el afecto de los ciudadanos de ninguna clase social. Todos le temían, en particular los empleados del gobierno, porque casi siempre él se hallaba en el poder y todos en el fondo lo detestaban.

Los peruanos son corteses en toda circunstancia, aduladores, bajos, vengativos y cobardes.[31] Según este carácter de las gentes del país y la alta influencia de mi tío en el gobierno, se explica uno con facilidad su modo de proceder respecto de mí.

Volvamos ahora al correo de Islay, a la casa de don Justo de Medina.

Desde mi cuarto veía a todas las personas que entraban donde don Justo o visitaban a las señoras en una pieza vecina al escritorio. Me sorprendió la cantidad de gente que iba y venía a esta casa. Noté también que toda ella tenía un aire inquieto y preocupado. Hablaba poco el español, pero lo comprendía muy bien y algunas frases cogidas al paso me advirtieron que yo era el objeto de todas aquellas visitas. El doctor había ido a la aduana por nuestras maletas y a su regreso vino donde mí con un aire de misterio y de alegría cuya causa no podía adivinar.

—¡Ah, señorita!, me dijo en voz baja, ¡si supiera usted en qué perverso país nos encontramos! Estas gentes del Perú son tan adulonas y viles como los mexicanos. ¡Oh, querida Francia! ¿Por qué un mediquito no puede hacer una fortunita en París?

—¡Cómo, doctor! ¿Ya echa maldiciones contra este país?... ¿Qué mal, pues, le han hecho estas gentes?

—Ninguno todavía. Pero juzgue usted por la muestra que le voy a dar, lo que se puede esperar de ellos. Adopto el aire de no entender español para que no disimulen delante de mí. Pues bien, sepa usted que estos bribones han deliberado sobre si debían hacerle una buena acogida o si era más prudente ponerle mala cara por temor a disgustar a don Pío de Tristán. Felizmente para usted, se encuentra aquí un enemigo jurado de su tío, sacerdote y diputado. Se le considera como jefe del partido republicano, se dirige a Lima y se llama Francisco Luna Pizarro.[32] Se aloja donde el direc-

[31] La pasión y el rencor de Flora, por no haber conseguido sus propósitos de lucro en el Perú, están visibles en muchos de los párrafos de este libro. Nada es más injusto que generalizar en cualquier materia. Y si ella tropezó con algunos peruanos aduladores, bajos, vengativos y cobardes, son defectos éstos que se encuentran repartidos entre individuos de todos los países de la tierra y no pueden considerarse privativos de todos los habitantes de un país cualquiera que éste sea. (N. de la T.)

[32] El arequipeño Francisco Javier de Luna Pizarro, que llegó más tarde a ser Arzobispo de Lima, fue político influyente y elocuente orador. Presidió el primer Congreso Constituyente del Perú (1822), sufrió destierros y persecuciones políticas y se

tor de la aduana, don Basilio, quien al no saber cómo proceder respecto a usted, le ha consultado. El sacerdote ha respondido inmediatamente que era necesario recibirla con mucha distinción y él mismo quiere venir a hacerle una visita. Lo verá usted aparecer muy pronto.

En efecto, pocos instantes después, el famoso sacerdote Luna Pizarro, pequeño Lamennais peruano, vino a hacerme una visita con don Basilio de la Fuente y los notables del lugar. Después de esta visita oficial vinieron sucesivamente las señoras de Arequipa que se encontraban en Islay tomando baños de mar. Enseguida se presentaron personas de las clases menos elevadas. Don Justo nos dio una buena comida y para festejarnos dignamente reunió en su casa a los músicos y bailarines del lugar, para hacerme ver un baile a la usanza del país. Las danzas se prolongaron hasta después de la medianoche.

Yo esperaba con impaciencia que todos los convidados se retirasen, pues me caía de cansancio. Al fin pude acostarme. Pero, ¡ay!, apenas estuve en el lecho me sentí como en una madriguera de pulgas. Desde mi llegada me habían incomodado pero nunca hasta ese punto. No pude dormir en toda la noche y las picaduras de estos insectos inflamaron mi sangre al extremo de tener fiebre. Me levanté en cuanto amaneció y salí al patio para tomar aire. Encontré al doctor que se lavaba la cara, el cuello y los brazos, echando pestes contra las pulgas. Por toda respuesta le mostré mis manos cubiertas de ampollas. El bueno de don Justo se mostró desolado porque las pulgas nos habían impedido dormir. La señora me dijo con embarazo: —Señorita, no me atreví a hablarle de lo que era preciso hacer para que la incomodaran menos. Esta noche le enseñaré.

Por la mañana, el agente de negocios de mi tío vino a decirme que habían despachado un correo a Camaná para prevenir a la familia de mi llegada. No dudaba que mi tío me enviase a buscar en cuanto supiese que me hallaba en Islay. Reflexioné algunos instantes y después de todo lo que sabía de él pensé que no era prudente ir inmediatamente a su casa, en el campo, y quedar en cierta

distinguió por sus ideas liberales en la primera época de su actuación política. Aseguraban que durante la lucha emancipadora se había afiliado a una logia masónica. (N. de la T.)

forma a su discreción. Creí que era mucho mejor ir directamente a Arequipa, tomar informes, estudiar el terreno y esperar allí que mi tío fuese el primero en abordar la cuestión de intereses. Respondí a este hombre de negocios que a la mañana siguiente saldría para Arequipa, pues me sentía muy fatigada para ir a Camaná. Encargué al doctor hacer los preparativos del viaje para ponernos en camino al despuntar el día.

El resto del día lo pasé recibiendo visitas de despedida y recorriendo el lugar. Por la tarde fui donde el administrador de la aduana, quien me había invitado a un té. Para que la hospitalidad fuese más espléndida había reunido, al igual que don Justo, músicos y bailarines de la población y el baile se prolongó hasta la una de la madrugada. Para no dormirme recurrí al café del que bebí varias tazas. Era muy bueno, pero estuve muy agitada. Al entrar en mi cuarto, la señora de don Justo vino a enseñarme cómo era preciso defenderse de las pulgas. Colocó cuatro o cinco sillas a continuación unas de otras, de tal manera que la última llegaba hasta el borde del lecho. Me hizo desvestir sobre la primera silla, pasé a la segunda cuando no tenía sino la camisa. La señora se llevó toda mi ropa fuera del cuarto recomendándome que me limpiara con una toalla para hacer caer las pulgas adheridas al cuerpo. Enseguida fui de silla en silla hasta la cama donde tomé una camisa blanca sobre la que habían echado mucha agua de Colonia. Este procedimiento me proporcionó dos horas de tranquilidad, pero después me sentí asaltada por millares de pulgas que subían a mi cama. Es preciso haber vivido en los países en donde abundan estos insectos para poder imaginar el suplicio de las picaduras. Los dolores que se sienten atacan los nervios, inflaman la sangre y dan fiebre. El Perú está infestado por aquellos insectos. En las calles de Islay se les ve saltar sobre la arena. Es imposible preservarse de ellas totalmente, pero con más pulcritud en las costumbres del país estaría uno menos incomodado.

—VII—
El desierto

A las cuatro de la mañana el arriero vino a recoger mi equipaje. Mientras lo cargaba me levanté. Estaba rendida, abrumada de cansancio y según mi costumbre me reanimé tomando mucho café.

Cuando quise montar en la mula la encontré muy mala y sobre todo muy mal enjaezada para tan largo viaje. Hice esta observación al doctor, quien se había encargado de buscármela y lo felicité por haber estado más afortunado en la elección de la suya, pues la que él montaba era tan buena como bien enjaezada. Miraba a M. de Castellac y pensaba en M. David. ¡Ah! ¡Cuánta razón tenía, me decía a mí misma! Así son todos los hombres. ¡Todo para ellos! El yo, sólo el yo. Si entonces hubiese estado mejor iniciada en el conocimiento del mundo, hubiese dicho a ese buen doctor que tomaba tanto interés por mí: Doctor, no saldré si no me encuentra usted una buena mula y una silla cómoda. Habría conseguido la una y la otra porque pensaba que yo podía serle útil. Pero me aseguró que había buscado por todas partes sin haber podido encontrar algo mejor. Le creí. Jamás hubiera imaginado que un hombre a quien se acaba de prestar algunos servicios pudiese perder tan pronto su recuerdo o los consideraba en la misma forma del industrial que explota al público y contempla los objetos de que se ha apoderado. Don Justo me prestó un tapiz con el cual cubrió el cojín relleno de paja puesto a guisa de silla sobre el lomo del animal. Esta silla económica se llama en ese país *antorcha*. Me arreglé lo mejor que pude. Todas las personas que estaban alrededor de nosotros me decían que cometía una imprudencia al partir

tan mal montada, que el viaje era largo y pesado y que valía más retardarlo y no hacerlo con aquella montura. Pero la juventud tiene confianza en sí misma y sus planes admiten rara vez las demoras. Contaba con mi fuerza moral, con esa voluntad que nunca me ha traicionado. No tomé en cuenta los ruegos del buen don Justo ni de los de su esposa e hija quienes me repetían que ellas casi sucumbieron de cansancio en su último viaje a Arequipa. Partí a las cinco de la mañana. Era el 11 de septiembre de 1833.

Al principio del viaje me sentí bien sobre la mula. El café que había bebido me daba una fuerza ficticia, me sentía infatigable y muy satisfecha del partido que había adoptado. Apenas dejamos las alturas de Islay para internarnos en los cerros nos dieron alcance dos jinetes. Eran primos del administrador de la aduana de Islay: uno se llamaba don Baltazar de la Fuente y el otro don José de la Fuente. Esos señores se me acercaron y me preguntaron si quería aceptarlos por compañeros de viaje. Les agradecí su atención y estuve encantada del feliz encuentro, pues el valor de M. de Castellac no me dejaba sin ciertas inquietudes. El doctor, habituado a viajar en México donde los caminos están infestados de bandidos, temía que sucediese lo mismo en el Perú. Se había armado de cabeza a pies, aunque el valor no era su fuerte. Esto era para asustar a los bandidos y no con intención de servirse de sus armas. Esperaba ser un espantapájaros y no dejaba de parecerse en su vestimenta a don Quijote, sin pretender en lo menor tener el heroico valor de aquel noble caballero. Llevaba en la cintura un par de pistolas, encima un cinturón del que pendía un gran sable de acero y un tahalí en el cual estaba amarrado un cuchillo de caza y, en fin, dos grandes pistolas en el arzón de su silla. Esas apariencias militares contrastaban de la manera más burlesca con su endeble persona y con su indumentaria casi mezquina. El doctor tenía un pantalón de piel que había usado en su viaje a México, botas con largas espuelas provenientes igualmente de México, una pequeña casaca de caza de paño verde, tan apretada y tan raída, que podía uno temer verla reventarse en cualquier momento. Tenía la cabeza cubierta por un casquete negro de seda y encima de éste un enorme sombrero de paja. A todo esto hay que añadir el acompañamiento de canastas y botellas por delante de su mula y sobre la grupa, mantas, alfombras, fulares, abrigos, en una

palabra, todos los arreos de un hombre habituado a viajar por el desierto y que teme la falta de todo. En cuanto a mí, ignoraba lo que eran tales viajes y había salido como lo hubiese hecho para ir de París a Orleáns. Tenía borceguíes de cutí gris, un peinador de tela café, un mandil de seda, en cuyo bolsillo estaba mi cuchillo y mi pañuelo, en la cabeza un sombrerito azul de gros de la India y llevaba también mi abrigo y dos fulares.

Bajamos de los cerros y el peligroso camino nos condujo a Guerrera, a una legua de Islay. Allí encontramos fuentes de agua viva, árboles y un poco de vegetación. Había cinco o seis cabañas habitadas por arrieros. Los señores de la Fuente entablaron conversación conmigo y me expresaron la admiración producida por mi llegada, que nadie podía esperar, pues mi tío jamás había hecho mención de mí. Enseguida me hablaron de mi abuela y sin darse cuenta del mal que me hacían, deploraron la pérdida que había sufrido con la muerte de esta respetable mujer, tan generosa como justa. No había hablado de este acontecimiento desde el día en que lo supe. En Valparaíso mis amigos evitaban con cuidado todo cuanto podía recordármelo. El doctor tenía la misma atención. En Islay nadie me dijo una palabra; pero hay en todos los países muchas gentes a quienes el deseo de hablar hace olvidar las conveniencias. Lo que don Baltazar y su primo me dijeron sobre mi abuela despertó mis dolores y me enterneció hasta el punto de no poder contener mis lágrimas. Cuando esos señores vieron el efecto de sus palabras trataron de calmarme y cambiaron el tema de la conversación; pero habían excitado mi sensibilidad y sentí el deseo imperioso de llorar. Les dejé ir por delante con el doctor y una vez sola, di libre curso a mis lágrimas.

El estado en que me encontraba dependía de mi temperamento nervioso. Después de grandes fatigas siempre he sentido los mismos efectos. Los dos días pasados en Islay me habían cansado en extremo. La emoción de verme en ese suelo después de tantos trabajos para llegar a él, la multitud de visitas que tuve que recibir, las noches febriles causadas por las malditas pulgas, la cantidad de café que bebí, todo eso había sobreexcitado mi sistema nervioso de la manera más violenta.

Creí primero que las lágrimas vertidas me aliviarían. Pero muy pronto sentí un fuerte dolor de cabeza. El calor comenzaba a ser

excesivo. El polvo blanco y espeso levantado por las patas de nuestras bestias aumentaba aún más mi sufrimiento. Necesitaba todas las fuerzas de mi ánimo para mantenerme en la silla. Don Baltazar sostenía mi valor moral y me aseguraba que una vez que nos hallásemos fuera de las gargantas de la montaña entraríamos en campo raso donde encontraríamos aire puro y fresco. Sentía una sed devoradora. Bebía a cada instante agua con vino del país. Esta mezcla, tan saludable por lo general, redobló mi jaqueca, pues el vino era fuerte y espirituoso. Por fin salimos de aquellas gargantas sofocantes en las cuales jamás sentí el más ligero soplo de céfiro y en donde un sol ardiente caldeaba la arena como en un horno. Ascendimos la última montaña. Cuando llegamos a su cima, la inmensidad del desierto, la cadena de las cordilleras y los tres gigantescos volcanes de Arequipa se presentaron a nuestras miradas. A la vista de aquel magnífico espectáculo perdí el sentimiento de mis males. No vivía sino para admirar, o más bien, mi vida no bastaba a la admiración. ¿Era éste el atrio celestial que un poder desconocido me hacía contemplar? La divina mansión ¿estaba más allá de aquel dique de altas montañas que unen el cielo con la tierra, más allá de ese océano ondulante de arena cuyo progreso ellas detienen? Mis ojos vagaban por aquellas ondas argentadas, las seguían hasta verlas confundirse con la bóveda azulada; enseguida contemplaba esos escalones de los cielos, esos montes elevados, cadena sin término, cuyos millares de cimas cubiertas de nieve reverberaban con los reflejos del sol y trazaban sobre el firmamento el límite occidental del desierto con todos los colores del prisma. El infinito penetraba de estupor todos mis sentidos y como aquel pastor del monte Horeb, Dios se manifestaba a mí con toda su potencia, con todo su esplendor. Después mis miradas se dirigieron sobre aquellos tres volcanes de Arequipa unidos en su base, que presentan el caos en toda su confusión y alzan hasta las nubes sus tres cimas cubiertas de nieve que reflejan los rayos del sol y a veces las llamas de la tierra. Inmensa antorcha de tres ramas encendida para misteriosas solemnidades, símbolo de una trinidad que rebasa nuestra inteligencia. Estaba yo en éxtasis y no trataba de adivinar los misterios de la creación. Mi alma se unía a Dios en sus arrebatos de amor. Jamás un espectáculo me había emocionado tanto. Ni las olas del vasto océano en su ira espantosa o

cuando se agitan resplandecientes con las claridades de las noches de los trópicos, ni la brillante puesta del sol bajo la línea equinoccial, ni la majestad de un cielo centellante con sus numerosas estrellas, habían producido en mí tan poderosa admiración como esta sublime manifestación de Dios.

Los señores no nos habían prevenido. Habían querido gozar del efecto que produciría sobre mí la vista de aquellas grandes obras de la creación. Don Baltazar gozaba de mi admiración y me dijo con un vivo sentimiento de orgullo nacional:

—Señorita ¿qué piensa usted de esta vista? ¿Tienen ustedes algo parecido en su hermosa Europa?

—Don Baltazar, la creación revela en todos los lugares la alta y todopoderosa inteligencia de su autor, pero se manifiesta aquí en toda su gloria y vale la pena de venir a contemplar este espectáculo solemne desde las extremidades de la tierra.

Mientras admiraba todas aquellas maravillas, el doctor y don José, en vez de emplear el tiempo en extasiarse contemplando esas nieves eternas y esas arenas ardientes, me habían hecho preparar un lecho sobre algunos tapices y levantaron una tienda para preservarnos del sol. Me extendí sobre ese lecho e hicimos una comida en la que había de todo en abundancia. La buena señora de don Justo había dado al doctor una canasta bien provista de carnes asadas, legumbres, bizcochos y frutas. Los dos españoles estaban a su vez muy bien aprovisionados; traían salchichones, queso, chocolate, azúcar y fruta. De bebidas había leche, vino y rhum. Nuestra merienda fue larga. No me cansaba de admirar el paisaje. Después de la comida le tocó el turno al doctor. Al fin fue preciso partir. Teníamos que recorrer treinta y cuatro leguas sin encontrar vestigio de agua. No habíamos avanzado sino seis y eran las diez.

Don José me cedió su yegua que era mejor que la mía y nos pusimos en marcha. El magnífico panorama que me había llenado el alma me tuvo algún tiempo como fascinada bajo el poder de su encanto. Mis sentidos estaban cautivados y hacía cerca de media hora que avanzábamos penosamente sin que el horroroso desierto en que nos internábamos hubiese producido sobre mí ninguna impresión. El sufrimiento físico vino a sacarme de mi éxtasis intelectual. De repente mis ojos se abrieron y me creí en medio de un mar límpido y azul como el cielo que reflejaba. Veía ondu-

lar las olas blandamente, mas por el ardor que se desprendía, por la atmósfera sofocante de que me sentía rodeada y por ese polvo fino, imperceptible y picante como la ortiga que se adhería a mi piel, pensaba que engañada por una visión veía fuego líquido bajo el aspecto de agua. Y al dirigir mis miradas hacia las cordilleras sufría el tormento del ángel caído, expulsado del cielo.

—Don Baltazar, le pregunté espantada, ¿estamos sobre metal fundido y tenemos que caminar mucho tiempo sobre este mar de fuego?

—Tiene usted razón, señorita. La arena es tan caliente que se la puede tomar por vidrio en fusión.

—Pero, señor, ¿la arena es líquida?

—Señorita, es efecto del espejismo lo que la hace parecer así. Mire, nuestras mulas de carga se hunden ahora hasta las rodillas, están jadeantes, la arena quema sus patas y, sin embargo, como usted creen ver a la distancia una capa de agua. Véalas redoblar sus esfuerzos para alcanzar esa onda fugitiva. Su sed ardiente las irrita. Las pobres bestias no podrían resistir por largo tiempo el suplicio de esta decepción.

—¿Tenemos agua para abrevarlas?

—Nunca se les da agua en el camino. El propietario del tambo tiene provisión de ella para los viajeros cuya llegada espera.

—Don Baltazar, a pesar de la explicación que acaba usted de darme, creo siempre ver olas claramente.

—Esta pampa está cubierta por pequeños montículos de arena semejantes a estos que el viento acumula. Usted ve que, en efecto, tienen la forma de las olas del mar y el espejismo a la distancia les presta su agitación. Por lo demás no son más estables que las olas del océano; los vientos los mueven sin cesar.

—Entonces ¿debe haber muchos peligros al encontrarse en la pampa cuando el viento sopla con violencia?

—¡Oh! Sí. Hace algunos años unos arrieros que iban de Islay a Arequipa fueron sepultados con sus mulas por una tromba, pero esos acontecimientos son raros.

No cesamos de hablar. Pensaba en la debilidad del hombre en presencia de los peligros a que está expuesto en estas vastas soledades y una sombra de terror se apoderó de mí. La tempestad del desierto, me decía, es más temible que la del océano. La sed y el

hambre amenazan de continuo al hombre en medio de estas arenas sin límites. Si se extravía o se detiene, perece. En vano se agita, mira en todas direcciones: ni la menor brizna de hierba se ofrece a su vista. Ni la esperanza puede nacer en él, rodeado por todas partes como está, de una naturaleza muerta. Una inmensidad que sus esfuerzos no pueden franquear lo separa de sus semejantes, y ese ser tan orgulloso, reconoce en sus angustias que nada puede en donde Dios nada ha provisto para él. Yo invocaba a Dios con fervor para que viniese en mi auxilio y me abandonaba a su providencia. Dirigía la vista hacia mis compañeros de viaje. El doctor estaba sombrío y silencioso. Don José, en las palabras que le dirigía, manifestaba inquietud por la lentitud de nuestro paso. Don Baltazar confiaba en su fuerza, y habituado a viajar por el desierto, parecía el único que no estuviese afectado.

Hacia las doce el calor se hizo tan fuerte que mi jaqueca redobló hasta el punto de que casi no podía sostenerme en el caballo. El sol y la reverberación de la arena me quemaban la cara y una sed ardiente me secaba la garganta. En fin, una laxitud general, invencible para mi voluntad, hacía que cayera como muerta. Dos veces me sentí en peligro de perder el conocimiento. Mis tres compañeros estaban desesperados. El doctor quiso sangrarme. Felizmente don Baltazar se opuso, pues sin duda alguna me habría muerto si hubiese dejado actuar a ese nuevo Sangrado. Me acosté sobre el caballo y estoy tentada de creer que una mano invisible me sostuvo. Al ir así a la buena de Dios no caí ni una sola vez. Por fin el sol desapareció detrás de los altos volcanes y poco a poco el fresco de la tarde me reanimó. Don Baltazar para excitar mi valor empleó un medio muy usado en semejantes circunstancias el cual consiste en engañar al viajero sobre la distancia que le separa del tambo. Me decía que no estábamos sino a tres leguas.

—Consuélese, mi querida señorita, muy pronto va usted a ver brillar la luz del fanal suspendido en la puerta de esa hermosa posada. El astuto Baltazar sabía bien que estábamos a más de seis leguas. Contaba con la primera estrella que apareciera sobre las cordilleras para dar verosimilitud a su superchería. Pero la noche se hizo completamente sombría y nuestra inquietud fue entonces mayor. No hay camino trazado a través del desierto y como en la oscuridad no teníamos sino las estrellas para guiarnos, corríamos

el peligro de perdernos, de morir de hambre y de sed en medio de aquellas vastas soledades. El doctor se deshizo en lamentaciones lastimosas y don Baltazar, de carácter muy alegre, le hacía bromas en la forma más divertida. Nos abandonamos al instinto de nuestras bestias. Los arrieros en semejantes circunstancias no tienen otra brújula y es la más segura.

En esta pampa, así como los días son ardientes por el calor del sol y las reverberaciones de la arena, las noches son frías por la influencia de la brisa que ha atravesado las nieves de las montañas. El frío me hizo mucho bien. Me sentí más fuerte. El dolor de cabeza disminuyó y apuré mi cabalgadura con un vigor que admiró a esos señores. Dos horas antes estaba a la muerte y ahora me sentía con fuerzas. No había sido víctima de la ilusión con que don Baltasar había querido engañarme al indicar una estrella como el farol del tambo, y fui yo quien distinguió antes que nadie la verdadera linterna. ¡Ah!, ¡qué sensación inefable de alegría me hizo sentir su vista! Fue la del desgraciado náufrago que, a punto de sucumbir, divisa un navío que viene a su socorro. Lancé un grito e hice correr a gran trote mi caballo. La distancia era todavía muy grande, pero la vista de ese pequeño fanal sostuvo mi valor. Llegamos al tambo a las doce de la noche. Don Baltazar había ido por delante con su criado para hacerme preparar caldo y una cama. Al llegar me acosté y tomé mi caldo pero no pude dormir. Tres cosas me lo impidieron: las pulgas que encontré aún más abundantes que en Islay, el ruido continuo que hacían en la posada y, en fin, la inquietud de que me llegasen a flaquear las fuerzas y no pudiese continuar el camino.

Esta posada no existía sino desde hacía un año. Antes había que resignarse a reposar a la intemperie, en medio del desierto. La casa constaba de tres piezas separadas por divisiones hechas de caña: la primera de estas piezas estaba destinada a los arrieros y sus bestias y servía al mismo tiempo de cocina y de almacén. Los viajeros de uno y otro sexo se acostaban por lo general en la pieza del centro; pero los señores de la Fuente tuvieron para mí, desde el instante de nuestro encuentro hasta el final del viaje, las atenciones más delicadas, los cuidados más afectuosos y no quisieron, a pesar de mis instancias, permanecer en ese cuarto y me lo abandonaron por entero. Se retiraron con el doctor a la cocina en

donde estuvieron muy incómodos en todo sentido y no durmieron mejor que yo. Aunque su conversación fuese en voz baja, oía lo suficiente para asustarme de mi situación. Don Baltazar decía al doctor:

—Yo no creo prudente, le aseguro, llevar con nosotros a esa pobre señorita. Está en tal estado de debilidad que temo se pueda morir en el camino, tanto más que el trecho que nos falta por hacer es mucho más penoso que el ya hecho. Soy de opinión de dejarla aquí y mañana mandarla recoger en una litera.

A este propósito, el dueño de la posada intervenía y observaba que no estaba seguro de tener agua, pues su provisión estaba agotada y si no le llegaba podría yo morir de sed.

Estas palabras me hicieron estremecer de horror. La idea de que pensaran abandonarme en aquel desierto y de que las gentes groseras a quienes quedaría confiada podían tornarse crueles por la sed y dejarme parecer quizá por un vaso de agua, reanimó mis fuerzas y, a pesar de lo que pudiese sucederme, preferí morir de fatiga y no de sed. Sentí en esta circunstancia cuán poderoso es en nosotros el instinto vital. El temor de una muerte tan espantosa me excitó a tal punto que a las tres de la mañana estaba ya lista. Había arreglado mis cabellos y abierto por encima mis borceguíes para que mis pies hinchados estuviesen más cómodos; habiéndome vestido convenientemente y puesto en orden todas mis cosas, llamé al doctor y le rogué que me hiciese preparar una taza de chocolate. Aquellos señores se sorprendieron al verme tan bien. Les dije que había dormido y que me sentía repuesta por completo. Apuré los preparativos del viaje y dejamos el tambo a las cuatro de la mañana.

Hacía mucho frío. Don Baltazar me prestó un gran poncho[33] forrado en franela. Me envolví las dos manos en un fular y gracias a todas estas precauciones pude avanzar sin sufrir mucho por la temperatura.

Al salir del tambo el paisaje cambia por completo de aspecto. Allí termina la pampa, se entra en una región montañosa que tampoco presenta ningún vestigio de vegetación. Es la naturaleza muerta en todo lo que hay de más triste. Ningún pájaro vuela por el aire, ni el más pequeño animal corre sobre la tierra, nada hay fue-

[33] El poncho es una capa peruana que se usa en los viajes. (N. de la A.)

ra de la arena negra y pedregosa. El hombre a su paso ha aumentado aún más el horror de estos lugares. Esta tierra de desolación está sembrada de esqueletos de animales muertos de hambre y de sed en este horrible desierto: son mulas, caballos, asnos o bueyes. En cuanto a las llamas no se las expone a estas travesías muy penosas para su constitución. Necesitan mucha agua y una temperatura fría. La vista de aquellos esqueletos me entristeció profundamente. Los animales que viven en el mismo planeta, en el mismo suelo que nosotros ¿no son acaso nuestros compañeros?, ¿no son también criaturas de Dios? No es por una contemplación de mí misma que sufro por las penas de mis semejantes. El dolor excita mi compasión, cualquiera que sea el ser que lo soporte y creo que es un deber religioso preservar de él a los animales que se hallan bajo nuestro dominio. Ninguna de las osamentas de estas diversas víctimas de la avaricia humana aparecía ante mis miradas sin que mi imaginación se representara la cruel agonía del ser que había animado aquel esqueleto. Veía a esos pobres animales agotados de cansancio, acezantes de sed, morir en un estado de rabia. Ante esta pintura espantosa la conversación de la noche anterior volvía a mi espíritu. Entonces sentía con terror cuán débil estaba para sobrellevar todavía la fatiga de tan ruda jornada y temblaba ante la idea de que quizá yo también fuese a quedar abandonada en el desierto...

El sol había salido y el calor se hacía más y más ardiente. La arena sobre la que caminábamos se calentaba y nubes de polvo fino como cenizas quemaban nuestros rostros y secaban nuestros paladares. Hacia las ocho entramos en las quebradas, montañas famosas en el país por las dificultades que ofrecen a los viajeros. Al subir los picos sobre los que pasa el camino, me recostaba sobre la mula y me abandonaba a merced de la Providencia. Al bajar no podía hacer lo mismo y aunque mi mula tenía el paso muy seguro, los peligros que continuamente presentaba el camino me obligaban a prestar mayor atención. Nuestras mulas debían franquear las grietas que cortan el camino y trepar por enormes rocas y a veces seguir estrechos senderos, en donde la arena se desmorona bajo sus pisadas, lo cual nos ponía en gran peligro y en riesgo de caer al horrible precipicio que rodeaba la montaña. Don Baltazar iba siempre por delante a fin de indicarnos la ruta. Su primo era

el hombre más atento y más suave que jamás he encontrado y caminaba lo más posible cerca de mí para prestarme asistencia en caso de necesidad. El doctor, hombre precavido por excelencia, iba siempre por detrás por temor al peligro de que si uno de nosotros caía, pudiese arrastrarle en la caída. Yo le oía gritar a cada paso en falso que daba su cabalgadura, encomendarse a Dios, jurar contra el camino, el sol y el polvo y deplorar su horrible destino.

Descendí bien la primera y la segunda cuesta. Cuando llegué a la cima de la tercera montaña, me sentí tan débil y tan mal, los movimientos violentos de mi mula me habían dado tal dolor de costado que me fue imposible sostener la brida. Hicimos un alto en la cima de esta tercera montaña donde reina un aire puro y fresco. El viajero jadeante de fatiga y bañado en sudor se siente reanimado. En cuanto a mí, tenía los mismos sufrimientos que había sentido la víspera: una opresión espasmódica me apretaba el pecho y hacía que se me hincharan las venas del cuello y de la frente, me corrían las lágrimas sin poderlas contener, no podía sostener ya la cabeza y todos mis miembros estaban extenuados. La sed, una sed devoradora era el único deseo que sentía. Don José, de constitución delicada y sensible con exceso, se afectó de tal manera al verme en ese estado, que de pronto su cara adquirió una palidez de muerte y se desvaneció por completo. El doctor se veía en apuros, se desesperaba, lloraba y no remediaba nada. Solo don Baltazar no perdió un instante su sangre fría, ni su alegría. Cuidaba a todo el mundo y velaba sobre todo con orden e inteligencia. Hizo volver en sí a su primo, le arregló un lecho sobre alfombras y después de descansar cerca de media hora en lo alto de esa montaña dio la señal de partida. Le obedecimos sin réplica, sintiendo como por instinto que a él le había sido concedida la fuerza y que era él quien debía guiarnos. Don Baltazar juzgó que en la situación en que me encontraba no podía montar sobre mi cabalgadura sin exponerme al riesgo de rodar al precipicio y me propuso hacer el descenso a pie. Él y su primo me tomaron de los brazos, casi cargada, y bajamos así, en tanto que M. de Castellac tiraba de las riendas a las bestias. Como ese medio resultó bueno, lo empleamos para los demás picos que pasamos sucesivamente y fueron siete u ocho.

Si la víspera la vista de los cadáveres de los animales muertos en estas áridas soledades me había causado tan profunda impresión, se puede juzgar cómo al día siguiente mi sensibilidad acrecentada por la irritabilidad del sistema nervioso, debió afectarse con el espectáculo de las víctimas en lucha con la muerte del desierto. Encontramos a dos desgraciados animales, un asno y una mula, que sucumbían de hambre y de sed y se debatían en la agonía de una muerte horrible. ¡No! ¡No podría decir el efecto que esta escena causó en mí! La vista de aquellos dos seres que expiraban en tan terrible agonía y sus sordos y débiles gemidos me arrancaron sollozos como si hubiese asistido a la muerte de dos de mis semejantes. El propio doctor estaba emocionado a pesar de su frío egoísmo. Es que, en aquellos espantosos lugares, los mismos peligros amenazan a todas las criaturas. No podía abandonar el sitio, mis emociones me tenían encadenada a aquel espectáculo desgarrador. Don Baltazar me arrastró haciéndome razonamientos filosóficos sobre la muerte. Hay que haber visto la del desierto para conocer la más espantosa de todas. ¡Ah! ¡Qué penosas sensaciones son desconocidas por los que nunca han sido testigos de ella!

Al subir el último pico hube de sufrir todavía otra prueba que me había reservado la muerte, esa divinidad del desierto. Una tumba situada al borde del camino, de manera que no se la podía evitar, se ofreció a mi vista. Don Baltazar quiso hacerme pasar de largo, pero una curiosidad que no pude dominar me indujo a leer la inscripción. Era un joven de veintiocho años muerto en aquel lugar al dirigirse a Arequipa. Salió enfermo de Islay adonde fue a tomar baños de mar y el desgraciado no pudo soportar las fatigas del camino. Murió y el más grande de los dolores, el de una madre que llora a su hijo, se ha eternizado en este desierto para que nada falte a su horror. La tumba ha sido levantada en el mismo sitio donde el joven murió. Se lee sobre la piedra tumularia su deplorable fin. Me representaba vivamente los sufrimientos que aquel desgraciado debió sentir al expirar en ese lugar, lejos de los suyos. Mi imaginación abultaba los dolores, estaba profundamente afectada y, por un instante, temí morir yo también en el mismo sitio. ¡Fue un momento terrible! Me acordaba de mi pobre hija y le imploraba perdón por la muerte que había venido a buscar a cuatro mil leguas de mi país. Pedía a Dios la tomara bajo su protec-

ción, perdonaba a todos cuantos me habían hecho mal y me resignaba a dejar esta vida. Estaba anonadada, inmóvil al pie de la tumba. Don Baltazar fue nuevamente mi salvador. Me subió sobre su mula, me ató con su poncho y me sostuvo con sus brazos vigorosos. Apuró el paso de las bestias y me hizo llegar, como por encanto, a la cima del último pico. Me tendieron en el suelo. Mis tres compañeros me hablaban a la vez con un acento de felicidad:

—Querida señorita, abra usted los ojos. ¡Vea la campiña tan verde! ¡Mire qué hermosa es Arequipa!...

—Mire el río Congata, decían los señores de la Fuente. ¡Mire esos grandes árboles y díganos si en Francia tienen ustedes campos más deliciosos!

¡Ay! Hacía inútiles esfuerzos para abrir los ojos. Estaba completamente agotada. No sentía el aire fresco que soplaba sobre mi frente, ni oía sino muy imperfectamente la voz de mis compañeros. Mis ideas se me escapaban y sólo me unía a la tierra un hilo que una nada podía romper. Nos quedaba todavía agua y me lavaron el rostro, frotaron con ron mis manos y mis sienes, me hicieron chupar naranjas y, más que eso, el viento fresco me trajo a la vida. Poco a poco recuperé las fuerzas, pude abrir los ojos, miré entonces el valle riente y sentí una emoción tan dulce, que lloré, pero eran lágrimas de gozo. Descansé allí largo rato. Esta vista hizo renacer la esperanza en mi corazón. Reapareció mi energía, aunque mi agotamiento físico era el mismo. Quise levantarme para tratar de bajar esta última montaña, pero me fue imposible sostenerme. Don Baltazar esta vez decidió llevarme a la grupa de su caballo. El camino era mejor y sólo necesitábamos media hora para llegar a Congata. Por fin llegamos a las dos de la tarde.

Congata no es una población, pues sólo se compone de tres o cuatro casas y de una hermosa chacra que sirve a la vez de correo, de albergue y de lugar de cita para los viajeros que atraviesan el desierto. El propietario de la casa lo es también del establecimiento y se llama don Juan Nájar. Don Baltazar, al entrar en el patio, le anunció quién era yo y la urgencia de socorros que mi estado reclamaba. El nombre de mi tío fue una poderosa recomendación. El señor Nájar, su esposa y sus numerosos servidores me atendieron con tal prontitud que en menos de diez minutos me sirvieron un excelente caldo. Me descalzaron, me lavaron los pies con agua ti-

bia y leche, así como la cara y los brazos y me llevaron después a la pequeña capilla de la hacienda donde colocaron un lecho para mí. La señora Nájar me desvistió ayudada por una negra, me puso una camisa de batista blanca y fresca, me echó sobre la cama, me arregló con el mayor cuidado, puso cerca de mí una taza de leche y se retiró cerrando la puerta de la capilla.

Según los datos que me habían dado en Islay, pensé que mi tío no regresaría a Arequipa antes de dos meses, y como me encontraba en la necesidad de pedir hospitalidad a otros parientes, la víspera de mi partida había escrito al obispo y a su hermano, el señor de Goyeneche, que eran nuestros primos. El doctor que conocía esta circunstancia le comunicó a don Baltazar para que a su llegada a Arequipa fuese a anunciar mi llegada a Congata a la familia Goyeneche y el estado alarmante en que me encontraba.

En cuanto don Baltazar se hubo informado de lo que necesitaba saber, picó espuelas y se desquitó, con una carrera rápida, del fastidio que la lentitud del viaje le había producido. Los señores de la Fuente habían hecho el más grande sacrificio que algunos peruanos pueden hacer, al resignarse a caminar con esa lentitud. De haber estado solos habrían hecho ese recorrido en dieciséis o dieciocho horas, en tanto que habíamos empleado cuarenta.

M. de Castellac, aunque en apariencia de muy delicada constitución, había soportado muy bien la fatiga y mientras yo descansaba, en lugar de hacer otro tanto por su lado, prefirió conversar con el señor Nájar. Le refirió todo cuanto sabía de mí, agregó cosas de su invención para presentarme mejor y de que recayera algo sobre él. Era en el fondo un hombre excelente, pero tenía tanto miedo de fracasar que trataba de sacar provecho de todas las ocasiones.

Dios tuvo piedad de mí. En cuanto estuve acostada, me dormí profundamente. Cuando desperté eran cerca de las cinco de la tarde. Consideré con admiración los objetos que me rodeaban y creí en un principio que era la continuación de un sueño y no podía creer en la realidad de lo que veía. La capillita en la que me encontraba estaba tan burlescamente decorada como lo están todas las del Perú. El altar estaba recargado de figuras de yeso, con una virgen vestida extrañamente, un gran Cristo cubierto de gotas de sangre, candeleros de plata, floreros con flores tanto artificiales como naturales y una multitud de otros objetos. Una alfombra más

o menos buena cubría el piso y una ventana pequeña aclaraba este santo lugar, no dejando penetrar sino una luz débil que daba a este conjunto un tono pálido y melancólico.

Mi lecho había sido colocado en un rincón cerca del altar y frente a él se encontraba la puerta de entrada. Cuando abrí los ojos, esta puerta se hallaba entreabierta y mi atención se sintió atraída por un animal que sacaba la cabeza y trataba de entrar en la capilla. Este animal era un enorme gato negro de Angora, cuyos ojos color de fuego tenían una expresión extraordinaria. Era en su especie el más hermoso animal que había visto hasta entonces. Cerré a medias los ojos para no asustarlo y ver lo que iba hacer. Entró con pasos lentos, con un aire de misterio y de precaución, entornaba sus grandes ojos llameantes y agitaba su larga cola ondulante como la serpiente que juguetea al sol a lo largo de un seto. Sea que mi cerebro estuviese todavía agitado por la fiebre o debilitado por los días de sufrimientos inconcebibles que acababa de pasar, sea que estuviese en una de aquellas extrañas disposiciones de espíritu en las que se encuentran a veces los seres propensos al sonambulismo, el hecho es que la vista de aquel soberbio gato me inspiró un movimiento de temor que no pude explicarme. Quise, sin embargo, dominar ese terror, pánico del que se indignaba mi carácter atrevido y valiente hasta la temeridad; saqué el brazo de entre las sábanas, cogí la taza de leche que estaba a mi lado y la tendí al animal, llamándolo con voz dulce para no asustarlo. A este movimiento la bestia erizó el pelaje, dio un salto, después otro y trepó al altar como si hubiese querido lanzarse sobre mí. Iba a pedir socorro cuando apareció en la puerta un pequeño ser que me hizo el efecto de un ángel.

—No tema usted nada, me dijo al ver mi susto. Ese gato no es malo, pero es muy arisco y cuando tiene miedo se pone como loco. Al decir estas palabras la linda criatura se acercó al altar, habló al gato que se dejó acariciar, y como si fuese demasiado pesado para cargarlo, lo arrastró hacia la puerta que cerró por completo después de haberlo echado fuera. De momento no sabía qué pensar de esta aparición. Si el enorme gato, con sus ojos encendidos me había parecido la encarnación de Lucifer, la encantadora figurita que estaba allí, delante de mí, en una actitud angélica de curiosidad y de sencillez me parecía un ángel bajado de los cielos. —Ven cerca de mí, le dije, ¿quién eres tú?, ¿cómo te llamas?

La criatura se aproximó, se arrodilló al borde de mi lecho, me presentó su boca para besarme y puso su graciosa cabeza de serafín sobre mi brazo para que le acariciara.

—Me llamo Mariano. Soy hijo del señor Nájar. Hace rato que escuchaba a la puerta para saber si había despertado. Me retiré un instante y el gato negro se metió. Yo entré por miedo de que se tomara su leche. ¿No se ha molestado usted, no es cierto?

El pequeño Mariano era un amor de niño. A su edad de cinco años tenía un género de belleza que es difícil encontrar en un muchacho tan pequeño: la belleza de la expresión. Se leía en sus grandes ojos negros que Dios le había dotado de una alma tan sensible como inteligente. Su frente revelaba el genio; su cabellera, espesa y ondulada, de un hermoso negro lustroso, era admirable. Tenía el cuerpo débil, los miembros muy delgados, lindas manitas y los pies tan pequeños que costaba trabajo verlo caminar. El sonido de su voz conmovía el alma y su lenguaje todavía infantil daba una gracia muy particular a lo que decía.

Este admirable niño me contemplaba con aire de ternura y de solicitud. Le pregunté la causa.

—Quisiera saber, me dijo, si sufre usted mucho.

Y me dijo que a mi llegada, al verme con los ojos cerrados y moribunda tuvo tanta pena que había llorado mucho, mucho. Enseguida me contó todo cuanto había sucedido desde que me quedé dormida y todo esto con una inteligencia extraordinaria para un niño de esa edad. Le rogué que fuese en busca de su madre. Ésta vino con el doctor que estaba radiante.

—¡Ah, señorita!, me dijo, ¡cuántas cosas gratas tengo que decirle! El obispo de Arequipa acaba de enviar a una de sus gentes con esta carta. Léala para que sepamos de qué se trata. Parece que toda la ciudad está en alboroto por causa suya. Querida señorita, todo va bien ahora. Espero que esté contenta.

La buena señora Nájar se ocupó de mi salud en lo que el doctor ni pensaba siquiera. Me aconsejó quedarme en cama y me ofreció enviarme la comida.

La carta de mi ilustre pariente era muy satisfactoria. Me decía que su hermano iría en persona, al acabar la comida, a ponerse de acuerdo conmigo para prestarme todos los servicios que fuesen necesarios.

La señora Nájar me dio una comida de las más delicadas. Desplegó un lujo y una limpieza que me sorprendió encontrar en aquel lugar. Hermosa porcelana, cristal cortado, manteles de damasco, plata labrada y lo que es raro en el país, cuchillería inglesa. En fin, el servicio fue tan esmerado como hubiese podido serlo en un hotel de las grandes ciudades de Europa. Mi querido Mariano comió conmigo. Se sentó sobre mi lecho y durante todo el tiempo de la comida conversamos de una multitud de cosas. Entonces pude juzgar el gran desarrollo de su inteligencia.

Me levanté hacia las seis. Tenía el cuerpo magullado y los pies hinchados. Sin embargo, quise dar un paseo por el pequeño bosque del señor Nájar. Fui con él y con el angelito que no se separaba de mí. Después de dos días pasados en el desierto, ¡qué placer sentía al encontrarme en un campo cultivado, al escuchar el murmullo de un ancho arroyo que corre a lo largo del camino que seguíamos y al ver los grandes y hermosos árboles! El aspecto de ese valle encantador me ponía en éxtasis. Hablaba sobre agricultura con el señor Nájar, cuando un negro vino a anunciarnos la visita del señor don Juan de Goyeneche. Fue el primer pariente a quien estreché la mano. Me gustó un tanto. Su tono era de una cortesía y de una suavidad exquisitas. Me invitó a nombre de su hermano, de su hermana y en el suyo propio a considerar su casa como la mía, pero agregó que mi prima, sobrina de mi tío Pío, le había dicho que no sufriría que me alojase en casa que no fuese la de mi tío y que a la mañana siguiente ella misma me invitaría a ir y a tomar posesión de ella. El señor Goyeneche estaba acompañado de un francés, M. Durand, que vino con el pretexto de servir de intérprete, pero en el fondo, para hacerse el oficioso y por curiosidad. En cuanto se fueron me retiré a mi capilla y me acosté con un gozo indecible.

A la mañana siguiente, cuando desperté, me sentí completamente repuesta. La buena señora Nájar tuvo la amabilidad de hacerme traer un baño preparado por orden suya. Permanecí en él media hora, me acosté de nuevo entre mis hermosas sábanas de fina batista bordada y me sirvieron un excelente desayuno. Mi pequeño Mariano me hizo también compañía y me entretuvo mucho con sus razonamientos tan originales como extraordinarios. Me levanté e hice una toilette muy cuidadosa, pues sabía que iba a re-

cibir numerosas visitas. Hacia las doce M. de Castellac vino a decirme que debía darme prisa, pues cuatro caballeros llegados de Arequipa querían serme presentados. Al salir de la capilla, situada al extremo de la galería que rodea la casa, vi dirigirse hacia mí a un joven de dieciocho o diecinueve años, que se me parecía de tal manera que se le hubiese tomado por hermano mío: era mi primo Manuel de Rivero. Hablaba el francés como si hubiese nacido en Francia. Lo habían mandado allí a la edad de siete años y había regresado sólo desde hacía un año. Inmediatamente sentimos mutua simpatía. He aquí las primeras palabras que me dirigió:

—¡Ah, prima mía! ¿Cómo es posible que hasta el presente haya yo ignorado su existencia? He estado cuatro años en París, solo, sin tener una persona amiga. Usted vivía en aquella ciudad y Dios no permitió que la encontrase. ¡Qué cruel pensamiento! No, jamás podré consolarme...

Me gustó este joven desde el primer momento en que lo vi. Es francés de carácter, afable, bueno y también ha sufrido.

Manuel me dio una carta de mi prima doña Carmen Piérola de Flores, quien representaba a mi tío Pío y me invitaba en su nombre a alojarme en su casa, la única que me convendría habitar. La carta íntegra proseguía en el mismo tono. Vi por su estilo que tenía que habérmelas con una mujer de espíritu, pero prudente y muy cortés. Mi prima me enviaba, para llevarme a Arequipa, un hermoso caballo sobre el que habían puesto una soberbia silla inglesa. Me mandaba, además, dos vestidos de amazona, zapatos, guantes y una cantidad de objetos diversos para el caso de no tener mis maletas conmigo y pudiese necesitar vestidos. Los tres caballeros que acompañaban a mi primo eran el señor Arismendi, el señor Rendón y M. Durand, grandes amigos de mi prima. Conversé algún tiempo con aquellos señores, después les dejé en compañía del doctor para hacer un paseo con mi primo. Supe por él que mi llegada ocupaba a toda la ciudad y que todos pensaban que venía a reclamar la herencia de mi padre. Ese joven me puso al corriente del carácter y de la posición de mi tío de quien él había tenido también mucho de qué quejarse, pues mi tío se negó con extrema dureza a pagar durante tres años solamente una pensión que le hubiese permitido acabar sus estudios en Francia. El padre de Manuel había disipado una gran fortuna y reducido a su fami-

lia a la miseria. Mi abuela acudió en ayuda de sus hijos y les había dejado una renta vitalicia que les daba lo preciso con qué vivir. Mi primo, con un afectuoso abandono, me contó todos sus pesares de familia, como si nos hubiésemos conocido desde hacía diez años. Yo también sentía que lo quería como si hubiese sido mi hermano.

Quisimos partir porque mi prima nos había prevenido que nos esperaba para comer, pero nuestros excelentes anfitriones me instaron tanto para que hiciese con ellos esta última comida que acepté con satisfacción, conmovida por las muestras de cordial interés que me prodigaban.

Terminada la comida, luciendo un elegante vestido de amazona de paño verde, un sombrero de hombre con velo negro sobre la cabeza y montada sobre un hermoso caballo vivo y fogoso, dejé la hacienda de Congata a las seis de la tarde, me coloqué yo a la cabeza de la pequeña comitiva y el inseparable doctor cerraba la marcha.

El camino de Congata a Arequipa es bueno comparado con los otros del país. Sin embargo, no deja de presentar obstáculos a los viajeros. Hay que vadear el río de Congata, lo cual es peligroso en ciertas épocas. Había poca agua cuando lo atravesamos, pero las piedras del fondo exponen a que resbalen las patas de los caballos y una caída en ese río puede tener consecuencias funestas. Mi caballo era tan brioso que tuve mucho trabajo en contenerlo. El querido primo Manuel era mi escudero y gracias a sus cuidados salí sana y salva.

Al alejarnos del río vi unos campos bien cultivados y aldeas que me parecieron pobres y poco habitadas. Mi compatriota M. Durand estaba a mi lado y sea con intención de halagarme o más bien para hacerme hablar de mis pesares, excitándolos, no cesaba de repetirme a lo largo del camino, como el intendente del marqués de Carabas:

—Esta hacienda es de su tío, el señor Pío de Tristán; ésa de sus ilustres primos, los señores de Goyeneche; aquella tierra pertenece también a su tío; la otra igualmente, y siempre lo mismo, hasta Arequipa, sin que el oficioso M. Durand se cansara de designarme las numerosas propiedades de mi familia. Cuando el bueno de Manuel se acercaba, me decía con tristeza:

—Querida prima, nuestros parientes son los reyes del país. Ninguna familia de Francia, ni aun las de Rohan y de Montmorency tienen tanta influencia por su nombre o su fortuna y, sin embargo, nos hallamos en una república. ¡Ah! Sus títulos y sus inmensas riquezas pueden procurarles el poder mas no el afecto. Duros y pequeños como banqueros, son incapaces de hacer una acción que responda al nombre que llevan.

¡Pobre niño! ¡Qué sentimientos tan generosos! Por la nobleza de su alma, mi corazón reconocía en él a un pariente.

Cuando llegamos a las alturas de Tiabaya nos detuvimos para gozar de la perspectiva encantadora que ofrece el valle y la ciudad de Arequipa. El efecto es mágico. Creí ver realizada una de esas creaciones fantástica de los cuentos árabes. Esos hermosos lugares merecen una descripción muy particular. Hablaré de ellos más adelante.

Encontramos en Tiabaya a una gran cabalgata que venía a nuestro encuentro, conducida por mi salvador, don Baltazar, y su primo.

Las otras personas eran amigos de mi prima y siete u ocho franceses residentes en Arequipa.

Por fin llegamos. Cinco leguas separan Congata de Arequipa y ya era de noche cuando entramos en la ciudad. Estaba encantada con esta circunstancia que me libraba de las miradas. Sin embargo, el ruido que hacía esta numerosa comitiva al pasar por las calles atraía a los curiosos a las puertas de las casas; pero la oscuridad era demasiado grande para que se pudiese distinguir a nadie. Cuando estuvimos en la calle de Santo Domingo vi una casa cuya fachada estaba alumbrada. Manuel me dijo: —¡Ésta es la casa de su tío!

Una multitud de esclavos se hallaba en la puerta. Al acercarnos, regresaron al interior presurosos por anunciarnos. Mi entrada fue una de aquellas escenas de aparato como se las ve en el teatro. El patio íntegro estaba alumbrado con antorchas de resina fijadas en las paredes. El gran salón de recepciones ocupaba todo el fondo de aquel patio. Había en medio una gran puerta de entrada, precedida de un pórtico que forma el vestíbulo al cual se llega por una escalinata de cuatro o cinco gradas. El vestíbulo estaba alumbrado por lámparas y el salón resplandecía de luces, con una

hermosa araña y una multitud de candelabros en los que ardían velas de diversos colores. Mi prima, que se había hecho una gran toilette en honor mío, avanzó hasta la escalinata y me recibió con todo el ceremonial prescrito por la etiqueta y las conveniencias. Eché pie a tierra y avancé hacia ella. Estaba emocionada. La tomé de la mano y le agradecí con efusión todo cuanto había hecho hasta entonces por mí. Me condujo a un gran sofá y se sentó a mi lado. Apenas estuve sentada se dirigió hacia mí una diputación de cinco o seis monjes de la orden de Santo Domingo. El gran prior de la orden pronunció un largo discurso en el cual me habló de las virtudes de mi abuela y de los magníficos donativos que había hecho al convento. Mientras me recitaba su arenga tuve tiempo de examinar a todos los personajes que llenaban el salón. Era una multitud bastante abigarrada y en conjunto, los hombres más que las mujeres me parecieron pertenecer a las primeras clases de la sociedad. Cada uno me dijo un cumplimiento en términos pomposos acompañado de ofrecimientos de servicios tan exagerados, que ninguno de ellos podía ser la expresión de un sentimiento verdadero. Resultaba que en caso necesario no debía contar con ellos para la más ligera ayuda y su lenguaje era simplemente un homenaje servil dirigido a don Pío de Tristán, en la persona de su sobrina. Mi prima me dijo que me había hecho preparar una cena y que nos sentaríamos a la mesa cuando quisiese yo dar la señal. Me sentía cansada y por lo demás no me preocupaba ser por más tiempo el objeto de las miradas de aquellos curiosos. Rogué a mi prima que me dispensara de asistir a la comida y me permitiera retirarme al departamento que me había destinado. Vi que mi pedido, al que no podía dejar de acceder, contrariaba mucho a la honorable concurrencia. Se me condujo a una parte de la casa compuesta de dos grandes piezas más que mezquinamente amuebladas. Una cantidad de personas, además de los monjes, me acompañaron hasta mi dormitorio. Éstos me ofrecieron, verdad es que en broma, ayudarme a desvestir. Manuel se encargó de decir a mi prima que deseaba quedarme sola. Todo el mundo se retiró y por fin, cerca de la medianoche, logré estar sola en mi cuarto con una negrita que me dieron para mi servicio.

—VIII—
Arequipa

Me encontraba en la casa donde había nacido mi padre. Casa a la cual mis sueños de infancia me habían transportado tan a menudo, que el presentimiento de verla algún día se había arraigado en mi alma sin abandonarla jamás. Este presentimiento provenía del amor idólatra con que había amado a mi padre, amor que conserva su imagen viva en mi pensamiento.

Cuando la negrita se durmió, cedí al impulso de examinar las dos salas abovedadas donde estaba alojada. ¿Quizá mi padre ha vivido aquí?, me decía, y esta idea prestaba todo el encanto del techo paternal a lugares cuyo aspecto sombrío y frío desde la entrada, helaba el corazón. El mobiliario de la primera pieza se componía de una gran cómoda de encina, que debía haber seguido de cerca la expedición de Pizarro al Perú y databa por su forma del reinado de Fernando e Isabel; de una mesa y sillas más modernas, en el estilo que el duque de Anjou, Felipe V, introdujo en España; y, en fin, de una gran alfombra inglesa que cubría casi toda la habitación. Las paredes estaban blanqueadas con cal y tapizadas con mapas geográficos. Esta sala de veinticinco pies de largo por veinte de ancho, sólo recibía luz por medio de una ventana pequeña de cuatro vidrios abierta en lo alto. La segunda pieza estaba separada de la primera por una división que no subía hasta la bóveda y no estaba alumbrada directamente. Mucho más pequeña que la otra, su mobiliario consistía en una pequeña cama de fierro guarnecida de cortinas de muselina blanca, una mesa de encina, cuatro sillas viejas y en el suelo un viejo gobelino. El sol no entraba

jamás en esta inmensa alcoba parecida por su forma, su atmósfera y su obscuridad, a un sótano. El examen del sitio que mi familia me daba como alojamiento causó en mi alma una profunda impresión de tristeza. La avaricia de mi tío y todo cuanto había temido, se presentaba a mi pensamiento. Es fácil juzgar al dueño de casa por la manera de proceder de quienes lo representan. Si doña Carmen me daba tal aposento en ausencia de mi tío era porque estaba muy segura de que él mismo no me habría destinado otro mejor. A fin de no dejarme duda alguna a este respecto, me había dicho al conducirme que este departamento, aunque poco conveniente, era el único disponible en la casa para recibir a los parientes y amigos. Este rasgo pintaba a mi tío. Jefe de una numerosa familia, relacionado por sus altas funciones y su mérito personal con todo cuanto el país encerraba de más distinguido, don Pío gozaba de una fortuna colosal; pero no podía ofrecer por alojamiento a sus amigos y parientes sino una fría cueva, en la que se necesitaba luz para leer en pleno día. Esta idea me hacía sonrojar de vergüenza. ¡Y qué!, exclamaba involuntariamente ¿es mi destino estar aliada a personas cuya alma dura es inaccesible a los sentimientos elevados? Enseguida pensaba en mi abuela, ¡tan noble en todo, tan caritativa!, en mi pobre padre que había sido tan generoso, en el buen Manuel, en su excelente madre y sentía un dulce consuelo al ver en esta familia a algunos individuos a quienes podía reconocer como parientes. Mis reflexiones me agitaron de tal modo que era casi de día cuando quedé dormida.

A la mañana siguiente mi prima me dijo que las principales personas de la ciudad vendrían a visitarme como es la costumbre y que sería conveniente estar temprano en el salón. Triste y doliente, no estaba dispuesta a recibir a toda aquella gente y, a decir verdad, una razón de coquetería fue el motivo determinante de mi negativa. Durante la travesía del desierto el ardor del sol, el polvo y la acritud del viento que soplaba del mar me había tostado la cara y las manos. La pomada que la bondadosa señora Nájar me había dado comenzaba a disminuir la rojez y a ponerme la piel en su estado natural y deseaba esperar cuatro o cinco días más antes de presentarme. Los dos primeros días se aceptó mi excusa de indisposición, pero el tercero causó rumor en la ciudad y M. Durand, que conocía muy bien el espíritu de los arequipeños, me aconsejó

que me presentara si no quería exponerme a enajenarme la benevolencia que los habitantes me demostraban. Así son los pueblos en su infancia: su hospitalidad tiene algo de tiránico. En Islay hube de quedarme en el baile, rendida de fatiga, hasta las doce de la noche. En Arequipa, a pesar de mis sufrimientos en el viaje y el dolor que sentía por la muerte de mi abuela, me era preciso recibir a toda la ciudad el tercer día después de mi llegada. Se me hizo con todo apuro un traje negro. Me presenté en el vasto salón de mi tío cubierta con ropas de duelo como toda mi familia y la tristeza de mi alma sobrepasaba la de mis vestidos.

Es costumbre en el Perú, entre las mujeres de la alta clase social, que cuando llegan a una ciudad en la que son extranjeras permanezcan en la casa sin salir durante todo el primer mes a fin de esperar las visitas. Trascurrido ese tiempo salen para corresponder a su vez las que han recibido. Mi prima Carmen, estricta en estas reglas de etiqueta, me dio instrucciones exactas sobre ellas creyendo que les prestaría igual importancia y que me conformaría a ellas sin omitir detalle alguno. Pero en esta circunstancia el yugo de la costumbre me pareció demasiado pesado y decidí liberarme. Mi prima, a quien no le agradaba más que a mí recibir visitas, aplaudió la forma oportuna con que me eximía de ellas, aunque no se sentía capaz de semejante atrevimiento. Antes de proseguir mi relato es necesario que haga conocer al lector a mi prima doña Carmen.

Con pesar me veo obligada a decir, para ser fiel a la verdad, que mi pobre prima Carmen Piérola de Flores es de una fealdad rayana en la deformidad. Víctima de la viruela, esta espantosa enfermedad ha hecho en ella sus más crueles estragos. Podía entonces tener treinta y ocho o cuarenta años.

Pero Dios no ha querido que sus criaturas peor dotadas estén por completo desprovistas de encantos. Mi prima tenía los pies más lindos, no sólo de Arequipa, sino quizá de todo el Perú. Su pie es una miniatura, un amor de pie, el ideal soñado que aún me complazco en recordar. Un pie de sólo seis pulgadas de largo, de ancho proporcionado, de forma perfecta, con el empeine levantado, la pierna fina y lo que es más extraordinario, vista la extrema flacura de doña Carmen, su pie y su pierna son llenos y torneados. Este lindo pie lleno de gracia y de personalidad está siempre cal-

zado con magníficas medias de seda rosa, gris o blancas y con un elegante zapato de raso de cualquier color. Doña Carmen usa los vestidos muy cortos y tiene razón. Sus pies son admirables para esconder esa pequeña obra maestra de la naturaleza. Es muy elegante, se arregla con gusto pero con todo, su modo de vestir es el de una persona más joven de lo que su edad permite.

Mi prima es de un carácter muy singular. No ha recibido educación, pero la ha adquirido por sí misma y comprende con una admirable inteligencia. La pobre mujer perdió a su madre en la infancia y desde entonces la desgracia comenzó para ella. Educada por una tía dura y soberbia, su vida fue tan miserable que deseando sustraerse a ese yugo y sin tener más alternativa que el matrimonio o el claustro, por el que no sentía ninguna vocación, decidió casarse con el hijo de una hermana de mi padre. Éste había pedido su mano atraída por el cebo de una rica dote. Mi primo era un hombre muy guapo, muy amable, pero jugador y libertino que despilfarró su fortuna y la de su esposa en desórdenes de toda especie. Doña Carmen, orgullosa y arrogante, hubo de sufrir todas las torturas imaginables durante los diez años que duró esta unión. Quería a su marido, a este hombre que no vivía sino para los sentidos, que rechazaba su amor con brutalidad, que la humillaba con su conducta y la ultrajaba con las explicaciones que le daba. En muchas ocasiones la dejó para vivir públicamente con amantes. Esas mujeres pasaban bajo las ventanas de doña Carmen, la miraban con cinismo y reían burlonamente del insulto. Cuando en los primeros tiempos del matrimonio la joven esposa trató de hacer escuchar algunas quejas, ya sea en la familia de su marido o a amigos comunes, se le respondió que debía estimarse feliz con tener a un hombre tan guapo por marido y que debía soportar su conducta sin quejarse. Esas personas encontraban en la fealdad de la mujer y en la hermosura del marido razones suficientes para justificar la expoliación de su fortuna y los continuos ultrajes de que era víctima aquella desgraciada. Tal es la moral que resulta de la indisolubilidad del matrimonio. Después, no sé por qué horrible disposición de espíritu, ocurre que hay hombres más crueles que la naturaleza quienes creen que todo se les está permitido en contra de los seres deformes a los que prodigan sarcasmos e insultos. Su conducta es tan impía como malvada e in-

sensata. Los defectos, cuya corrección está en nuestro poder, deben ser los únicos objetos del ridículo. No hay monstruos a los ojos de Dios. El árbol derecho y el árbol torcido tienen su razón de ser. Esopo así como Alcibiades fueron dotados por la Providencia de las formas más convenientes al destino que les estaba reservado. Censurar la obra del Creador es poner a nuestra inteligencia por encima de la suya. El hombre en demencia, que al aspecto de la sociedad lanza una risa convulsiva, es menos insensato que el individuo que ve, en la configuración de una planta, de un hombre o de un ser cualquiera salido de las manos de Dios, un objeto de burla y de ultraje.

Después de esta infructuosa tentativa doña Carmen no profirió nuevas quejas, no dejó oír una murmuración y exagerando la perversidad humana, expulsó desde entonces todo afecto de su corazón para no dejar más que sentimientos de desprecio y de odio. Mi prima con el fin de aturdirse se consagró al mundo. Y aunque privada de fortuna y de belleza, su espíritu atraía siempre a su alrededor a un círculo de adoradores. Doña Carmen tenía demasiado discernimiento para no comprender la causa de las adulaciones que le estaban dirigidas y aprendió así, en el curso de sus coqueterías, a conocer el corazón humano. Mientras más avanzaba en este conocimiento aumentaba más su desprecio por la raza humana. Si mi prima hubiese tenido el menor sentimiento religioso, en lugar de espiar los vicios de los hombres con el objeto de alimentar su odio, debería haber tratado de descubrir sus inclinaciones al bien y de esforzarse en hacerlos mejores. Pero Dios no entraba en sus pensamientos, tenía necesidad de la sociedad de esos mismos hombres a quienes despreciaba y les prodigaba lisonjas para a su vez ser lisonjeada.

Al cabo de diez años de matrimonio su marido, que entonces tenía treinta, volvió donde ella. Había disipado toda la fortuna que ambos poseían, se había endeudado en todas partes y era presa de una horrible enfermedad que ningún médico pudo conocer. Mientras había tenido dinero, las cortesanas y hasta las hermosas señoras se habían disputado a este guapo mozo. Mas cuando no le quedó ni un peso, aquellas mujeres desvergonzadas lo rechazaron con desprecio, le dirigieron risas burlonas y censuraron en alta voz su conducta. El infortunado pudo entonces apreciar los

seres inmundos a quienes había prodigado sus riquezas. Sin recursos y abandonado por todos regresó por instinto donde la mujer a quien había humillado y abandonado a pedirle asilo. Ella lo recibió, no con cariño, pues ese sentimiento no podía ya renacer en su corazón, sino con aquel secreto placer que sienten las personas de su carácter, de ejercer una noble venganza que exalta su superioridad. El desgraciado pagó caro los desórdenes de su vida. Estuvo en cama dieciséis meses sufriendo las más crueles torturas. Durante ese tiempo su esposa no lo dejó un instante. Fue a la vez su enfermera, su médico, su sacerdote. Había hecho colocar un sofá cerca del lecho de dolor, de noche y de día estaba allí, pronta a asistirlo en todo. ¡Qué espectáculo para ella! ¡Qué aversión y desprecio abrigaba hacia la especie humana! Veía morir en la flor de la edad a ese joven a quien había amado, pero en estado de decrepitud, pues hasta ese punto lo había envejecido el libertinaje. Y lo veía morir con cobardía. En esta circunstancia, doña Carmen mostró una fuerza de carácter no desmentida una sola vez. Sufrió con una paciencia admirable los caprichos, las repulsas y los accesos de desesperación del moribundo. Esta larga enfermedad agotó los últimos recursos de mi desgraciada prima. Después de la muerte de su marido quedó reducida a vivir de nuevo donde su tía junto con su hija, único vástago que había tenido.

Desde entonces su vida fue un suplicio de todo momento. Sin fortuna deseaba siempre vivir en sociedad, mantener un rango y se veía sin cesar obligada a recurrir a una tía dura y avara. La pobre Carmen apenas tenía con qué hacer frente a sus necesidades, aunque presentaba las apariencias del lujo. Cuando llegué a Arequipa hacía doce años que era viuda y doce años que vegetaba, ocultando su miseria real bajo las apariencias de la opulencia. Cada año pasaba seis meses donde su tía en un ingenio azucarero situado en Camaná cerca del de mi tío Pío. A ella no le agradaba vivir en el campo al que la necesidad la obligaba a ir; en la época de mi llegada una causa inesperada la había retenido en la ciudad, por primera vez. Vimos ella y yo en esta circunstancia el dedo de la Providencia, pues si por una ocurrencia fortuita mi prima no hubiese estado en Arequipa no habría yo encontrado a nadie para recibirme en casa de mi tío.

Si en un principio la sequedad y la fealdad de mi pobre pariente produjeron sobre mí un efecto desagradable, muy pronto descubrí en el fondo de aquella alma un género de nobleza y de superioridad que me inspiró simpatía. Desde mi llegada mi prima me demostró mucho afecto, tuvo para mí todas las atenciones imaginables y se ofreció ser mi maestra de idiomas. Gracias a ella pude aprender el español en poco tiempo. Tenía una paciencia admirable para enseñarme y corregirme cuando me equivocaba. Su casa estaba situada frente a la de mi tío, de manera que siempre estábamos la una donde la otra. Por la mañana ella me enviaba el desayuno y a las tres iba yo a comer donde ella. Siempre doña Carmen tenía la atención de invitar a algunos amigos a fin de que tuviese compañía para distraerme, pero prefería estar a solas con ella porque encontraba sin cesar en su conversación la manera de instruirme sobre las personas y las cosas del lugar.

Desde la mañana siguiente a mi llegada a Arequipa había escrito a mi tío que estaba en su casa porque mi salud no me permitía ir a buscarlo a Camaná y que esperaba su regreso con la más viva impaciencia.

Transcurrieron quince días sin respuesta de don Pío. Estaba inquieta y mi prima otro tanto. Temía a mi tío y se imaginaba que su silencio podía indicar la desaprobación de la conducta que había observado conmigo. La manera de proceder de mi tío respecto a mí renovaba la agitación producida por mi llegada entre sus amigos y enemigos. Los unos decían que tenía miedo de mí; los otros pensaban que maquinaba alguna mala pasada, alguna trampa para cogerme. Los alarmistas llegaban hasta a decir que podría hacerme detener. Mi cuarto estaba lleno desde la mañana hasta la noche con estos oficiosos amigos quienes venían a comunicarnos sus temores, sus consejos o sus extravagantes proyectos. Escribí carta sobre carta. Mi prima, la señorita de Goyeneche y otras personas escribieron también. Don Pío no daba ninguna respuesta. Estaba en aquel momento en completo descrédito; esta circunstancia, feliz para mí, ponía de mi parte a todo el mundo. Por fin, el vigésimo primer día después de mi llegada, todos recibieron una contestación y todas aquellas misivas estaban escritas con tanto arte que el ilustre Talleyrand hubiese podido reivindicar el mérito de haber concebido estas obras de arte en diplomacia. Mi tío esta-

ba hecho para ser primer ministro de una monarquía absoluta. En los tiempos difíciles habría dejado muy lejos, tras de sí, por la superioridad de su talento, a los hombres de estado más notables. Los Nesselrod y los Metternich palidecían a su lado. Él se quejaba también a menudo del destino que le reducía a intrigar sordamente, para llegar a la dirección de los negocios de una miserable republiquita, cuando se sentía con las dotes necesarias para dirigir los de una gran monarquía. Me decía a veces: "Si sólo tuviese cuarenta o cincuenta años me iría inmediatamente a Madrid y en sólo dos meses podría destronar a los grandes dirigentes de San Ildefonso, en tal forma, que tendría todos los resortes del gobierno entre mis manos".

Esta primera carta de mi tío tuvo el resultado que probablemente esperaba. Me demostraba tanta benevolencia, recordaba con tanta gratitud los servicios que mi padre le había hecho que creí su corazón abierto a todo mi afecto y que podía contar con su justicia. Era necesario ser tan ignorante del mundo como yo lo era para dejarme engañar por las hermosas palabras de don Pío. ¡Ay! Tenía necesidad de cariño, creía en la probidad, en el agradecimiento y si por instantes me venían ideas de desconfianza contra mi tío las rechazaba con todas mis fuerzas obstinándome en no ver el mal que me decían de él. Toda su correspondencia durante los tres meses de espera conservó el mismo tono afectuoso, bondadoso y leal. Al fin comprendí que me engañaba. Sus acciones no tenían relación alguna con sus cartas y esa contradicción me hizo descubrir aquello que se tomaba tanto trabajo en ocultar. La correspondencia con los otros miembros de la familia era muy amable y, según creo, un poco más franca.

Mientras permanecí sola en casa de mi tío no tuve tiempo de aburrirme. Estaba siempre ocupada en recibir o en hacer visitas, en escribir o ver todo cuanto había de curioso en el lugar de modo que el tiempo transcurría muy rápidamente.

Había llegado a Arequipa el 13 de septiembre. El 18 del mismo mes sentí por primera vez en mi vida un temblor. Fue aquél tan famoso por sus desastres que destruyó por completo Tacna y Arica. La primera sacudida tuvo lugar a las seis de la mañana: duró dos minutos. Me desperté sobresaltada y casi fui arrojada fuera de mi lecho. Creía estar todavía a bordo, mecida por las olas y

no tuve miedo. Pero enseguida la negra se levantó gritando: "Señora, ¡temblor!, ¡temblor!". Abrió la puerta y salió al patio donde me precipité tras de ella, echándome el peinador sobre los hombros. Los movimientos eran tan violentos que nos vimos obligadas a echarnos al suelo para no caer. El más valiente hubiese tenido miedo al sentir agitarse así la tierra y ver la oscilación de las casas. Todos los esclavos estaban en el patio de rodillas, rezando, petrificados y como resignados a morir.

Regresé a acostarme. Mi prima vino enseguida. El terror había trastornado su rostro. ¡Ah, Florita!, me dijo, ¡qué horrible terremoto! Estoy segura de que una parte de la ciudad se ha derrumbado. Un día voy a quedar sepultada bajo las ruinas de mi vieja casa. Y a usted, mi querida amiga, que no está acostumbrada a semejantes convulsiones ¿qué efecto le ha producido?

—Prima, creía estar todavía en un navío. Es así como se siente el movimiento de las olas y no he tenido miedo sino cuando me encontré en el patio y vi inclinarse las casas sobre mí, estremecerse el piso y el cielo vacilar como cuando uno está en el mar. Entonces comprendí todo el horror que se apodera del corazón humano en presencia de una plaga que le hace sentir tan profundamente su impotencia. ¿Son frecuentes estos temblores en el país?

—Hay a veces tres o cuatro en el mismo día. Es raro que pase una semana sin que se sienta uno más o menos fuerte. Debemos esto a la vecindad del volcán.

Doña Carmen se quedó conversando conmigo. Sentada, sobre mi cama, fumaba sus cigarrillos y me refería todas las desgracias innumerables que en diferentes ocasiones los temblores habían causado en la región.

Como a las siete se dejó sentir un ruido sordo que parecía venir de las entrañas de la tierra: ¡era su voz! Mi prima lanzó un grito de espanto y se precipitó fuera de la habitación. En aquel momento, tenía yo los ojos fijos en una grieta bastante pequeña que había en el centro de la bóveda. Esta grieta se entreabrió de repente y las enormes piedras se dislocaron. Creí que toda esa masa iba a desplomarse sobre mi cabeza y huí espantada. Esta sacudida fue menos fuerte que la primera. Regresamos de nuevo y angustiada me acosté. Confieso que estaba trastornada. Mi prima se sentó cerca de mí. La expresión de su rostro me dio miedo. —¡Execra-

ble país!, exclamó con un acento de furor contenido ¡y pensar que estoy condenada a quedarme en él!

—Prima, si le parece tan execrable ¿por qué se queda usted?

—¿Por qué, Florita? Por orden de la más dura de las leyes, la de la necesidad. Todo ser privado de fortuna depende de otro, es esclavo y debe vivir donde su amo lo ate.

Y mi prima rechinó los dientes con un movimiento de rebeldía, el cual me probó que no estaba organizada para la esclavitud.

La miré y le dije con un sentimiento de superioridad cuya expresión no pude reprimir:

—Prima, tengo menos fortuna que usted. ¡He querido venir a Arequipa y aquí estoy!

—¿Y qué deduce usted de esto?, me preguntó con un movimiento de envidia.

—Que la libertad no existe realmente sino en la voluntad. Quienes han recibido de Dios esta voluntad fuerte que hace sobreponerse a todos los obstáculos son libres. Mientras que aquellos cuyo débil deseo se cansa o cede ante las contrariedades, son esclavos y lo serían aun si la caprichosa fortuna les colocase sobre un trono.

Mi prima no supo qué responder. Sentía instintivamente que tenía razón. Sin embargo no podía explicarse qué era lo que me daba fuerza para sostener semejante lenguaje. Me contempló largo rato en silencio, soplando el humo de su cigarro en forma de plumillas y dibujos fantásticos que yo seguía maquinalmente con los ojos. De repente se incorporó bruscamente y dijo con mal humor:

—Que Dios me perdone, Florita, usted también me da miedo. ¿Dónde iré a refugiarme? No me atrevo a entrar en mi casa por temor de que se me caiga sobre la cabeza y, por la Santísima Virgen, no me atrevo a quedarme sentada junto a usted y oírla pronunciar, con aire tranquilo, las palabras que harían temblar a un monje y la harían tomar por loca...

—¿De veras, querida prima? ¡Ah! No tenga miedo, venga a sentarse aquí bien cerca de mí para poder esconderme bajo su mantilla y dígame ¿por qué me toma usted por loca?

—Pero, querida Florita, usted pretende que basta una voluntad firme para ser libre. Y es usted, débil mujer, esclava de las leyes, de los prejuicios, sujeta a mil sufrimientos, con una debilidad física que la hace incapaz de luchar contra el menor obstáculo ¿es

usted quien se atreve a avanzar semejante paradoja? ¡Ay, Florita! Se ve que usted no ha estado dominada por una familia altanera y poderosa, ni expuesta a la negra maldad de los hombres. Soltera, sin familia, usted ha sido libre en todas sus acciones, dueña absoluta de sí misma. Sin estar sujeta a ningún deber, no tenía obligaciones para con el mundo y la calumnia no podía alcanzarla. Florita, hay pocas mujeres en su feliz posición. Casi todas, casadas muy jóvenes, han tenido sus facultades marchitas, alteradas por la opresión más o menos fuerte que sus amos han hecho pesar sobre ellas. Usted no sabe cuántos de estos penosos sufrimientos está uno obligada a ocultar a los ojos del mundo, a disimular aun en el interior y cómo paralizan y debilitan la moral del ser más felizmente dotado. Al menos, tales son los efectos que aquellos sufrimientos producen sobre nosotras, pobres mujeres, poco avanzadas en civilización. ¿Será de otro modo entre las mujeres de Europa?

—Prima, hay sufrimientos en donde hay opresión y opresión donde el poder de ejercitarla existe. En Europa, como aquí, las mujeres están sometidas a los hombres y tienen que sufrir aun más su tiranía. Pero en Europa se encuentra, más que acá, mujeres a quienes Dios ha concedido suficientes fuerzas para sustraerse al yugo.

Al decir estas palabras arrastrada por el sentimiento que me inspiraba, el tono de mi voz y la expresión de mi mirada excitaron la sorpresa de mi prima.

—Por esta vez, Florita, la admiro, ¡está usted soberbia así! En mi vida he visto una criatura que exprese sus sentimientos con tanto calor. Es usted muy buena en irritarse así por la suerte de las mujeres. Son en efecto muy desgraciadas y, sin embargo, querida amiga, no puede usted juzgar de ello sino imperfectamente. Para tener una idea justa del abismo de dolor en que está condenada a vivir, hay que estar o haber estado casada. ¡Oh, Florita! El matrimonio es el único infierno que reconozco.

Como me sentía enrojecer por la indignación que esta conversación despertaba en mi alma, oculté la cara en una de las puntas de la mantilla de doña Carmen. Y mientras ella continuaba sólo estaba atenta para calmarme.

Esta primera conversación me bastó para adivinar todo lo que esta mujer había tenido que sufrir durante la vida de mi primo.

Las mujeres de acá, pensaba, son por el matrimonio tan desgraciadas como en Francia. Encuentran igualmente la opresión en ese lazo y la inteligencia con que Dios las ha dotado queda inerte y estéril.

La mañana del temblor recibí una multitud de visitas. Todos esos buenos arequipeños estaban curiosos por conocer la impresión que había producido sobre mí. Muchos de ellos parecían decirme con su aire: ustedes no tienen esas cosas tan bonitas en Francia.

Ese temblor destruyó por completo la ciudad de Tacna, situada en la costa. Todas las casas quedaron derrumbadas. La iglesia, terminada recientemente y abierta al público desde hacía quince días se desplomó. Dieciocho personas perecieron y veinticinco fueron heridas gravemente. La ciudad de Arica sufrió casi lo mismo.[34] La comarca de Sama, los departamentos de Moquegua y de Tarata fueron devastados. En Locumba la tierra se entreabrió y tragó casas íntegras. En todos estos lugares muchas personas murieron o estuvieron heridas de más o menos gravedad. Arequipa sufrió poco. Las casas de esta ciudad estaban tan sólidamente edificadas, que para derribarlas se necesitaría un temblor que deshiciese todo el Perú. Esta sacudida se dejó sentir igualmente en Lima y en Valparaíso, pero muy amortiguada y no causó ningún desastre. Hay que haber habitado los países donde son frecuentes estos temblores para tener una idea justa del terror que inspiran y de las desgracias que ocasionan; cuando estas espantosas convulsiones remueven la tierra en todo sentido la hacen ondular como las olas o la entreabren como abismos.

El 24 de septiembre, para festejar a Nuestra Señora, una gran procesión recorrió la ciudad, una de aquellas procesiones en las que el clero del país despliega más ostentación. Son las únicas diversiones del pueblo. Las fiestas de la iglesia peruana dan una idea de lo que debían ser las Bacanales y las Saturnales del paganismo. La religión católica, desde los tiempos de la más profunda ignorancia, no ha expuesto nunca a toda luz tan indecentes bufonadas ni desfiles más escandalosamente impíos. A la cabeza de la procesión marchaban las bandas de músicos y de bailari-

[34] Coinciden estos datos exactamente con los que da J. Toribio Polo en "Sinopsis de temblores y volcanes del Perú". En Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, 31 de marzo de 1899, T. VIII, pp. 401-402. (N. de la T.)

nes, todos disfrazados. Algunos negros y zambos[35] se alquilan por un real al día para representar un papel en esta farsa religiosa. La iglesia los disfraza con las vestimentas más burlescas. Los viste de pierrot, de arlequines, de tontos o de otros caracteres del mismo género y les da para cubrirse la cara malas máscaras de todos colores. Los cuarenta o cincuenta bailarines hacían gestos y contorsiones de una cínica desvergüenza y molestaban a las negras y a las muchachas de color formadas en fila dirigiéndoles toda clase de frases obscenas. Éstas, mezclándose en la broma, intentaban por su lado reconocer a las máscaras. Era una confusión grotesca donde se oían gritos y risas convulsas y aparté los ojos con disgusto. Después de los bailarines aparecía la Virgen vestida con magnificencia. Su traje de terciopelo estaba guarnecido de perlas. Tenía diamantes sobre la cabeza, en el cuello y en las manos. Veinte o treinta negros cargaban esta imagen, detrás de la cual iba el obispo seguido de todo el clero. Enseguida venían los religiosos de todos los conventos, reunidos aquel día para ir juntos en el santo paseo. Las autoridades terminaban la fila oficial, a la que seguía sin ningún orden la masa del pueblo que reía, gritaba y creía estar nada menos que en oración.

Estas fiestas y la magnificencia que las caracteriza hacen la felicidad de los habitantes del Perú. Dudo que sea posible espiritualizar su culto antes de mucho tiempo.

Por la tarde se representó un Misterio al aire libre, en la plaza de las Mercedes. Lamento no haber podido conseguir el manuscrito de ese drama religioso. Si se puede juzgar por lo poco que vi y oí contar, debía ser un modelo en su género. Doña Carmen se volvía loca por cualquier espectáculo y me dejé arrastrar por ella a la representación, pero nos fue imposible acercarnos a la escena. Los primeros sitios estaban ocupados por las mujeres del pueblo quienes esperaban allí desde la mañana. Las empujamos para tener un rincón desde donde poder ver. Jamás había sido testigo de tanto entusiasmo. Con la ayuda de los señores que nos acompañaban logré subir sobre un poste y desde mi pedestal vi con comodidad el magnífico cuadro que la plaza ofrecía. Se había levantado sobre el pórtico de la iglesia una especie de teatro por medio de tablas colocadas sobre toneles. Algunos decorados, sacados del

[35] Los mestizos provienen de la mezcla de los indios y negros. (N. de la A.)

teatro de la ciudad, formaban la escena que debía estar alumbrada por cuatro o cinco quinqués, pero los rayos argentados de la luna suplían la economía de los empresarios y en el hermoso cielo de Arequipa la luna esparcía brillantes claridades.

Era una cosa nueva para mí, hija del siglo XIX, recién llegada de París, la representación de un Misterio bajo el pórtico de una iglesia en presencia de una inmensa multitud de pueblo. Pero el espectáculo más lleno de enseñanzas era la brutalidad, los vestidos groseros y los harapos de ese mismo pueblo cuya extrema ignorancia y estúpida superstición retrotraían la imaginación a la Edad Media. Todas esas caras blancas, negras o cobrizas expresaban una ferocidad salvaje y un fanatismo exaltado. El Misterio se parecía mucho (no diré nada de las bellezas del diálogo, pues las palabras llegaban imperfectamente a mis oídos) a los que se representaban con gran pompa en el siglo XV, en la sala del Palacio de Justicia de París para edificación del pueblo, representación a la cual nos hace asistir Víctor Hugo en su *Nuestra Señora*. Con ayuda de algunas palabras cogidas al vuelo, de algunas explicaciones que me fueron dadas por los iniciados en los bastidores y, en fin, por la pantomima de los actores, logré comprender el argumento.

Los cristianos van a la tierra del Islam a combatir a los turcos y sarracenos a fin de atraerlos a la *verdadera fe*. Los musulmanes se defienden con obstinación. Tienen a su favor la ventaja del número. Los cristianos hacen la señal de la cruz, pero a pesar de todo están a punto de sucumbir cuando la *Virgen Nuestra Señora*, dando el brazo a *San José* y acompañada de un gran séquito de niñas, llega junto al ejército cristiano. Esta celeste aparición reanima su entusiasmo. Se precipitan enseguida sobre los musulmanes gritando: ¡Milagro! ¡Milagro! La ocasión es propicia, pues éstos, petrificados, parecen haber olvidado el uso de sus armas y su admiración es motivada por la vista de esa multitud de bonitas muchachas de todos los matices de colores que se mezclan con los soldados y que llevan la cabeza ceñida por una aureola de papel amarillo. Los musulmanes temen herir a estas huríes del paraíso y hay, me parece, deslealtad por parte de los cristianos en aprovechar de esta circunstancia para caerles encima. En suma, el sultán y el emperador de los sarracenos son derrotados y despojados, con ultra-

je, de las insignias de su dignidad. En aquel estado de miseria prefieren ser reyes cristianos que monarcas destronados, imploran la misericordia de la Virgen Nuestra Señora y se hacen bautizar, así como todos los soldados. Creí comprender que la gloria de esta conversión en masa correspondía más a las compañeras de la Virgen que a los soldados de su hijo. Sea lo que fuere, la Virgen parece encantada con esta conversión general. Hace muchas cortesías al sultán y al emperador; nombra al primero patriarca de Constantinopla y al segundo arcipreste de Mauritania, conservándoles su poder temporal. Uno y otro juran sobre el crucifijo, que traen sobre una fuente de plata, hacer pagar anualmente el diezmo al clero católico en sus vastos estados y el dinero de San Pedro al Papa de Roma. A una señal dada por la Santísima Virgen, el coro de jóvenes entona himnos y cánticos a los que responden, a voz en cuello, los soldados turcos, cristianos y sarracenos. Enseguida se ponen a zarandear a los judíos que se encuentran en gran número en el ejército musulmán donde han acudido de todas partes para comprar los despojos de los cristianos. Como no quieren convertirse, los cristianos y los nuevos convertidos los golpean, les quitan su dinero, se apoderan de sus vestidos y les dan harapos en cambio. Estas escenas burlescas son muy aplaudidas. Después empiezan de nuevo los cánticos, mientras se quitan al emperador y al sultán sus vestidos impíos y la Virgen les reviste con gran ceremonia con las vestiduras sacerdotales de sus nuevas dignidades. Llega entonces Jesucristo, la Santísima Virgen, San José, San Mateo, los generales cristianos, el emperador de los sarracenos y el sultán. Hay trece cubiertos, y un judío, para aprovechar la comida, se desliza furtivamente en el decimotercer asiento que queda desocupado. Jesús ha partido el pan y ha hecho pasar la copa a los convidados cuando se da cuenta del fraude. Inmediatamente arrojan al judío de su sitio y los soldados lo ahorcan (a lo menos en efigie). Continúa la comida y la atención es cautivada por la acción de Jesucristo que renueva el milagro de las bodas de Cana y cambia el agua en vino de Canarias. En realidad, un negro oculto bajo la mesa sustituye con bastante habilidad un vaso de agua por otro lleno de vino. Durante la comida el coro de vírgenes canta himnos. Es así como termina la representación de la cual, imperfectamente sin duda, acabo de trazar un esbozo.

El pueblo estaba como loco. Aplaudía, saltaba de alegría y gritaba con todas sus fuerzas: ¡Viva Jesucristo! ¡Viva la Santísima Virgen! ¡Viva Nuestro Señor don José! ¡Viva Nuestro Santo Padre el Papa! ¡Viva!, ¡viva!, ¡viva!

Con estos medios es como se mantiene en sus prejuicios a los pueblos de América. El clero ha ayudado a la revolución, pero no ha pensado en abandonar el poder y lo conservará por mucho tiempo todavía.

Doña Carmen, cuya pasión por los espectáculos de toda clase era tal que tendría fuerza para ir en la misma tarde a ver crucificar a Jesucristo, representación que se da en las iglesias de América durante la Semana Santa, enseguida al teatro a admirar a las bailarinas de cuerda y después a la pelea de gallos, mi querida prima, aunque miraba desdeñosamente al populacho reunido en la plaza de las Mercedes, no había dejado de sentir una buena parte del placer que la multitud experimentaba al ver maniobrar a la Virgen y a sus soldados. Pero se guardó muy bien de confesarlo. Criticó en alta voz ese adefesio y estuvo, en el fondo, muy contrariada de que yo lo hubiese presenciado.

Los franceses que asistieron con nosotros a la representación del Misterio se contentaron con burlarse y reírse sin impresionarse en otra forma. Por lo que pude ver, fui la única en regresar entristecida de ese espectáculo. Siempre me he interesado vivamente por el bienestar de las sociedades en medio de las cuales el destino me ha transportado y sentía un verdadero pesar por el embrutecimiento de aquel pueblo. Su felicidad, me decía, no ha entrado jamás dentro de las combinaciones de los gobernantes. Si hubiesen querido realmente organizar una república habrían tratado de hacer germinar, por medio de la instrucción, las virtudes cívicas hasta entre las últimas clases de la sociedad. Pero como el poder y no la libertad es el objetivo de esa multitud de intrigantes, que se suceden en la dirección de los negocios públicos, continúan la obra del despotismo y para asegurarse la obediencia del pueblo, a quien explotan, se asocian con los sacerdotes para mantenerlo con todos los prejuicios de la superstición. Ese país desangrado por veinte años de guerras civiles se halla en un estado deplorable y busca, en vano, en la clase que por su fortuna ocupa el primer rango, la esperanza de un porvenir mejor. Pero no se encuentra en ella

sino la más orgullosa presunción unida a la más profunda ignorancia y un lenguaje de baladronada del que sonríe con piedad el último marinero europeo. Hay sin duda algunas excepciones entre los peruanos, pero estas personas gimen por la situación de su país y en cuanto lo pueden dejar apresúranse a hacerlo. El verdadero patriotismo y la abnegación no existen en ninguna parte. No será sino por medio de las más grandes calamidades como se hará la educación política y moral de este pueblo. Quizá la miseria, que se acrecienta cada día, hará nacer el amor al trabajo y las virtudes sociales que de él resultan. Quizá también la Providencia suscitará en este pueblo un hombre con brazo de hierro que lo conduzca a la libertad como Bolívar había comenzado a hacerlo.

Todos los domingos era preciso que desde las diez de la mañana estuviese en gran toilette en el salón para recibir visitas hasta las tres, momento en que íbamos a la mesa a almorzar y, enseguida, desde las cinco hasta las once de la noche —jamás he tenido tarea más fatigosa—, las señoras venían para lucir sus galas, los hombres por ociosidad y todos tenían en su fisonomía la expresión de un tedio permanente. Como el país no ofrece ningún recurso para alimentar las conversaciones resulta que la charla es siempre fría, afectada y monótona. Están reducidos a murmurar el uno del otro, a hablar de la salud de cada uno o de la temperatura. El fastidio la hace a uno curiosa. Me fue fácil ver que todos mis visitantes tenían curiosidad por saber el motivo de mi viaje; pero mi carácter cortés y reservado hizo que, a la vez, me observase con mayor cuidado del que me creí capaz. Nadie supo una palabra de mis asuntos, ni aun mi prima, la persona con quien mayor confianza tenía.

El 28 de octubre, M. Viollier, francés empleado en la casa de M. Le Bris, vino a anunciarme la llegada del "Mexicano" a Islay y me informó que se dirigía allí inmediatamente y que estaría de regreso al día siguiente con M. Chabrié quien deseaba venir a Arequipa. Desde mi partida de Valparaíso apenas me había aventurado en detener mi pensamiento en M. Chabrié. Su amor que no podía corresponder y la promesa que me había arrancado, que por mi parte no podía cumplir, pesaban sobre mi corazón. Temía considerar las consecuencias de todo ello. Sentía un dolor tan profundo que no atreviéndome a confesar que Chabrié existía toda-

vía, casi hubiese deseado que una muerte funesta me permitiera derramar por él dulces lágrimas. ¡Cuántas veces durante la noche, cuando el sueño huía de mis párpados, había hecho vanos esfuerzos para adormecer mi memoria! A pesar mío, los recuerdos me llevaban de nuevo al "Mexicano". Veía a Chabrié apoyado al borde de mi lecho hablándome de sus esperanzas de felicidad y pintándome la dicha de que gozaríamos en la hermosa California. Esos cuadros arrebatadores de amor y de tranquilidad se me aparecían con todo su encanto. Un poder invisible parecía presentarme su imagen para excitar mis pesares. Entonces se renovaban en mí los combates que había soportado en Valparaíso. El interés personal luchaba con obstinación contra las inspiraciones generosas. Un espíritu de tinieblas y un ángel agitaban mi alma. Pero el poder celeste vencía siempre.

Cuando M. Viollier me anunció esta nueva me puse roja y temblorosa, después tan pálida que no pudo contenerse y me preguntó si estaba contrariada.

—No, en lo absoluto, le dije. Quiero mucho a ese valiente capitán. Es un poco brusco, pero me ha demostrado tanto interés durante mis cinco meses de sufrimiento a bordo que siento hacia él la más sincera adhesión.

A pesar de la emoción que no pude ocultar, M. Viollier no concibió ninguna sospecha. Nadie, en efecto, hubiese podido creer que yo pensaba en M. Chabrié consintiendo en pasar sobre los enormes defectos de su carácter en favor de las cualidades de su corazón.

Esa noche, y el día siguiente, mi agitación fue extrema. Invocaba a Dios, pues sentía debilitarse mi valor. M. Chabrié no vino en la mañana, de modo que tuve una noche y un día más para reafirmarme en mi resolución y prepararme a recibirlo. El sábado, hacia las ocho de la noche, me paseaba en el salón de mi prima y hablaba con ella de filosofía según nuestra costumbre, cuando vi entrar a Chabrié... Vino hacia mí, me tomó de las manos, las estrechó y besó con ternura mientras que gruesas lágrimas caían sobre ellas en precipitadas gotas. Felizmente era de noche. Mi prima que se hallaba en la extremidad del salón podía ver sus gestos, mas no su llanto. Le conduje a mi departamento. Allí fue incapaz de contener su alegría y en él la alegría y el dolor se manifestaban con lágrimas. Estaba sentado cerca de mí, me apretaba las manos,

ponía su cabeza sobre mis rodillas, tocaba mis cabellos y repetía con un acento de amor que hacía vibrar hasta mi última fibra:

—¡Oh, mi Flora, mi querida Flora! ¡Por fin la veo! ¡Dios mío, tenía ansia de verla! Querida mía, háble me, quiero oír su voz. Dígame que me quiere, que no soy víctima de un sueño. ¡Oh! Dígamelo, déjeme oírlo. ¡Ah! ¡Me ahogo!...

Yo no podía respirar. Una cadena de hierro me oprimía el pecho. Apoyaba su cabeza contra mí, pero no podía encontrar una palabra que decirle.

Nos quedamos así largo tiempo fascinados el uno por el otro, en muda contemplación. Chabrié fue el primero en romper el silencio y fue para decirme:

—¡Y usted Flora, usted no llora!...

Esta pregunta me hizo sentir que Chabrié jamás podría comprender la extensión de mis sentimientos. Mi silencio y mi expresión probaban mi amor con más elocuencia que sus lágrimas... Su alma me amaba tanto como podía hacerlo, pero ¡ay!, se hallaba lejos de la mía. Suspiré dolorosamente y pensé con amargura que no me había sido dado encontrar sobre la tierra un afecto que correspondiese al que yo sentía que podía dar en cambio.

No conversamos mucho tiempo. M. Viollier vino a buscar a Chabrié, quien se alojó en casa de M. Le Bris los seis días de su estancia en Arequipa. Ambos se retiraron. Estaban rendidos de cansancio pues habían hecho el viaje galopando a rienda suelta. M. Miota y Fernando no habían podido seguirlos y se habían quedado en Congata.

El día siguiente, domingo, no pude decir una sola palabra a M. Chabrié. Estuve continuamente rodeada de gente hasta las doce de la noche. El lunes vino a verme y le dejé exponer sus proyectos: eran los mismos de Valparaíso. Deseaba, además, que nos casáramos enseguida para que se convencieran de que se casaba conmigo por amor puesto que lo hacía antes de tener ninguna esperanza por el lado de mi tío. No había yo previsto esta nueva exigencia que aumentaba las molestias de mi situación. No sabía qué decirle y me sentía atormentada como para perder la cabeza.

Por la tarde quise evitar encontrarme a solas con él y lo conduje a una casa donde se tocaba música. Cantó por complacerme, pero su mal humor fue tal que todo el mundo lo notó. El martes

vino a abrumarme de reproches por haberlo hecho perder así una tarde, cuando teníamos apenas tiempo para ocuparnos de nuestros asuntos. Los gastos diarios del "Mexicano" ascendían a 110 ó 120 francos y a Chabrié correspondía la tercera parte. M. David me escribía carta sobre carta rogándome despedir a Chabrié enseguida y este último me declaraba formalmente que no se iría antes de que se realizara nuestro matrimonio.

En mi vida me había encontrado en una posición tan difícil como ésta en la que me ponía la obstinación de Chabrié. Le dije todo cuanto pude imaginar para hacerle entender la razón. Me contestaba a todo con este perpetuo estribillo:

—Si me ama, deme la prueba. Si está usted contenta con la unión que le propongo, ¿para qué retardarla? Voy a verme obligado a dejarla de nuevo. Mi profesión me expone a perecer a cada instante, quizá no la volveré a ver más ¿por qué no aprovechar de la vida mientras gozamos de ella?...

Se puede creer que en esta circunstancia empleé toda mi influencia sobre Chabrié para hacerlo sentir cuánto iba en nuestro interés y en nuestra felicidad esperar que él hubiese acabado sus negocios y yo los míos, antes de celebrar este matrimonio. Pero no sé qué demonio se había apoderado de su espíritu. Mis palabras, mis ruegos y mis más vivas instancias quedaron sin éxito. Chabrié había sido cruelmente engañado varias veces y se había vuelto desconfiado. Además, los celos lo privaban de la facultad de razonar.

Pasé la noche del miércoles al jueves en una perplejidad de las más penosas no porque vacilase en sacrificar a la felicidad de Chabrié el afecto que me inspiraba, sino porque estaba preocupada e inquieta por la razón que habría de darle para motivar mi negativa a casarme con él. Tenía la firme convicción de que si le decía la verdad vería en eso una razón más para apresurar nuestra unión para protegerme y asegurarme un descanso que tanto necesitaba. A bordo, yo había pensado de distinta manera. Había creído que decirle que era casada era alejarlo de mí y quién sabe si esta revelación habría entonces producido aquel efecto. Después su amor había tomado sobre él un imperio que dominaba todo su ser. Chabrié respetaba los prejuicios puesto que para desafiarlos me proponía vivir fuera de Francia. Religioso observador de las leyes en todo lo referente a la propiedad, creía que les correspon-

día regular la posesión de las cosas mas no les concedía el poder de esclavizar las inclinaciones del corazón y, lejos de su país, hubiese igualmente sacudido el yugo de esa tiranía. Si me engañaba en esta suposición y si mi matrimonio fuese un obstáculo que no osara franquear, no podía confiárselo en estos momentos sin comprometer un secreto que me interesaba no divulgar, pues su indignación contra mí por haberlo hecho creer que era soltera no habría tenido límites, como más tarde lo pude comprobar.

La idea de que al aceptar el amor de Chabrié iba a reducirlo a la miseria, y al pesar eterno de abandonar su país y su familia para relegarse conmigo a las costas de California, me devolvió todo mi valor y me hizo buscar en la mente un medio para separarlo de mí para siempre. Lo conocía íntegro y de una rigurosa probidad por eso concebí el pensamiento de atacarlo de este punto. ¡Ah! Necesité de la ayuda de Dios en la prosecución de un proyecto cuya ejecución sobrepasaba toda la fuerza humana. Al emprender la tarea de que Chabrié renunciara a su amor corría el riesgo de perder también su estimación y su afecto que, desde hacía ocho meses, habían sido los únicos y dulces consuelos de mi alma. ¡Pues bien! ¡Tuve ese valor! ¡Sólo Dios ha comprendido la extensión de mi sacrificio!

El jueves por la tarde Chabrié llegó a casa con apuro. Le había prometido la víspera darle una respuesta definitiva al siguiente día.

—¿Cuál es, pues, su determinación?, me dijo al entrar con la expresiva emoción de un hombre impaciente por conocer su suerte.

—Aquí está, señor Chabrié, mi determinación: si usted me ama tanto como me asegura deme la prueba y sírvame como le voy a indicar. Usted sabe que mi partida de bautismo no basta para hacerme reconocer como hija legítima. Necesito otro acto que compruebe el matrimonio de mi madre con mi padre. Si no lo puedo presentar, no debo contar ni con un peso, mi tío no me dará nada. ¡Pues bien! Usted puede darme un millón. Encárguese de hacer confeccionar una partida de matrimonio por algún viejo misionero de California. Él le pondrá fecha anterior y por cien pesos tendremos un millón. Tal es, Chabrié, la condición de la que hago depender mi amor y mi mano.

El desgraciado quedó anonadado. Con el codo apoyado sobre la mesa me contemplaba sin hablar, como un hombre inocente a quien una funesta sentencia acaba de condenar a muerte. Me paseaba de largo en largo y evitaba encontrar su mirada, sufriendo mil muertes por el dolor atroz que causaba a un hombre a quien amaba con el más tierno afecto. Al fin me dijo con acento de una profunda indignación:

—Así es que, cuando quiero casarme con usted sin fortuna, en la posición en que se encuentra, con un hijo, cuando estoy listo a sacrificar todo, todo... Usted pone condiciones a su amor... ¡Y qué condiciones!...

—Señor Chabrié, ¿vacila usted?

—Vacilar, señorita, ¡no!, no. En tanto que este viejo corazón palpite en mi pecho no vacilaré jamás entre el honor y la infamia.

—¿En dónde está la infamia de mi propuesta cuando le pido, señor, que me ayude a hacerme devolver lo que me pertenece con toda equidad?

—No soy el juez de sus acciones. Usted quiere hacer de mí un instrumento, hacerme servir sus proyectos de ambición. Es así como corresponde usted a mi amor...

—Si usted me amara, señor Chabrié, no vacilaría un instante en hacerme el servicio que le pido, y usted me lo niega.

—Pero Flora, mi querida Flora, ¿está usted bien despierta? ¿No consume la fiebre su cerebro? ¿La ambición la hace olvidar todo? ¡Y qué! ¡Usted exige mi deshonra! ¡Ah, Flora! La amo bastante para sacrificarle mi vida. Con usted soportaría la miseria y la soportaría sin quejarme. Pero no me pida envilecerme, pues por el amor que siento por usted no lo consentiría jamás.

Esta respuesta de Chabrié era la que esperaba. Con un hombre semejante hubiese podido vivir en el fondo de un desierto y gozar momentos deliciosos. ¡Qué delicadeza!, ¡qué amor! Sentí entonces vacilar mis fuerzas. Hice un último esfuerzo y tomando un tono irónico y áspero continué la conversación en forma de torturar un amor propio herido ya tan vivamente con mi proposición. La exasperación de Chabrié fue tal que me abrumó con los reproches más amargos, con las maldiciones más espantosas y se abandonó con tal ímpetu a la violencia del dolor, que le causaba esta

última decepción, que por un momento creí que iba a emplear las vías de hecho contra mí.

Por fin se retiró y yo caí agotada. Fue la última vez que lo vi. Éstas fueron las últimas palabras que me dirigió: "¡La odio tanto como la he amado!"...

Era tan urgente para mí dar fin a las persecuciones de Chabrié y poner término a su amor que, a falta de otro medio, le hice mi extraña propuesta sin considerar cuánto tenía de inverosímil para ser tomada en serio. ¿Cómo pudo —he pensado después— creerme tan desprovista de sentido común hasta el punto de pensar en regularizar el matrimonio de mi madre por medio de una partida fabricada en California? Si hubiese sido capaz de recurrir a una falsificación ¿no era en Europa y no en Arequipa donde hubiese concebido la idea? Su ejecución ¿no era absolutamente imposible? ¿Cómo encontrar en la costa de California un sacerdote que hubiese estado vinculado en esta calidad con una iglesia de la ciudad española de frontera donde había habitado mi madre antes de su matrimonio? ¿Cómo reemplazar las formalidades de legalización, de timbre, etc.? Sólo en España habría podido encontrar alguna probabilidad de lograr éxito para semejante designio. Si Chabrié hubiese tenido suficiente sangre fría para reflexionar sólo diez minutos se habría convencido fácilmente de que todo era un subterfugio de mi parte y un pretexto para romper. Pero, estaba tan violentamente agitado que perdió por completo la razón. Mi proposición hería profundamente su amor propio y por eso me repetía: "¡Usted pone condiciones! ¡A mí, Chabrié, que jamás las ha soportado de nadie! ¡Usted quiere hacer de mí un instrumento al servicio de su ambición! Cuando quiero casarme con usted sin nada, después de tantas pruebas de mi completa abnegación, no me ama usted sino por interés!...". El pensamiento de haber sido engañado, como le había sucedido con muchas otras mujeres lo volvía loco. Los celos y el orgullo lo dominaron y la violencia de su dolor lo precipitó. Es así como estamos expuestos a ser víctimas no sólo de los demás, sino de nosotros mismos cuando actuamos bajo la influencia de una pasión cualquiera.

Al día siguiente salió para Islay. Antes de dejar Arequipa me envió la carta siguiente:

"A la señorita Flora de Tristán, en Arequipa.

Señorita:

En momentos de dejarla, probablemente para siempre, quiero decirle adiós... Siento cuán sola y desgraciada va usted a quedar después del amor verdadero y abnegado que acaba usted de perder... No tengo necesidad de decirle todo lo que su extraña conducta... tiene de cruel y de espantoso para mí. La dejo para siempre... ¡Ah, Flora! No deseo que usted comprenda cuánto hay de doloroso en esta palabra siempre.

Como los pocos servicios que podría ofrecerle no tendrán lugar sino en el caso de sucederle un acontecimiento funesto, no se los ofrezco a usted. Pero le repito: que sea dulce su última hora, su hija encontrará en mí un amigo, quien le hará amar la memoria de su madre.

¡Adiós!... ¡Adiós para siempre!

29 de octubre de 1833.

Z. Ch."

Esta carta, cuya lectura me hizo sentir un vivo pesar, me probaba que había logrado plenamente mi objeto. Chabrié había arrancado de su corazón el amor que yo le inspiraba. Ya entonces podría hacer un matrimonio de conveniencia y ser feliz quizá, pues con la bondad de su corazón, un hogar y los hijos que tuviera podrían bastar a su felicidad. Sentí un gran consuelo para mis males cuando estuve segura de que el porvenir de un hombre, a quien amaba realmente, no estaría ya encadenado a mi cruel destino. Le había recomendado a mi hija. Estaba persuadida de que velaría por ella si yo moría; esta convicción me daba una gran tranquilidad. ¡Oh! No debe uno admirarse de encontrar sólo un pequeño número de gentes virtuosas. Sentí de nuevo en esta circunstancia que, para ser virtuoso, se necesita una fuerza más que sobrehumana.

Las cartas que escribí a Chabrié después de nuestra ruptura lo mantuvieron en las mismas disposiciones. Seis semanas después de su ida de Arequipa abandonó Lima para dirigirse a California, no tuve más noticias suyas sino a su regreso a Francia donde lo precedí por tres meses.

Voy a presentar a los ojos del lector un corto número de los párrafos de M. David y de algunas personas de quienes he hablado en el curso de mi narración. Estos extractos de correspondencia servirán de complemento a la pintura hecha.

"A la señorita Flora de Tristán, en Arequipa.

Islay, 24 de octubre de 1833.

No podría decirle, señorita, cuánto pesar me ha causado su carta. Había supuesto por datos que creí fidedignos que su recepción había sido favorable y su posición y porvenir más risueños. Mis ideas me habían llevado aún más lejos, hasta anticipar su regreso a Europa, cuando llegó el correo y disipó una de las últimas ilusiones que me había forjado, pues no ignora, señorita, que no se ha compartido impunemente con usted los hermosos días de los trópicos y las noches sombrías del Cabo de Hornos. Ese viaje, por triste, por pesado que haya sido, tiene su lado hermoso considerado desde más de un aspecto y para mí los momentos de alegría que sorprendí en usted, así como sus amables conversaciones cuando las náuseas del mareo habían pasado, me han dejado un gran vacío. Rara vez voy a su camarote ocupado por mí ahora, sin evocar la sombra de quien la habitó. Al recordarla a usted no puedo apartar de mi mente el temor del presente y entonces me siento disgustado de haberla conocido, puesto que mis deseos son estériles y al desear su felicidad no puedo aún entreverla. Me consideraba usted ligero cuando juzgaba que no había virtud sobre esta tierra inhospitalaria, sin embargo, el juicio que yo emitía era fundado...".

"Usted había pensado sabiamente en que se trataría de indagar algunas circunstancias de su vida, de sus relaciones y de sus proyectos. Me han dirigido algunas preguntas dictadas en apariencia por el interés que ofrece una joven viajera. Decir que he res-

pondido favorablemente para usted es decir sencillamente que he leído algunas páginas de su historia. Como a los hombres no les hago el honor de aborrecerles, sino sólo el de despreciarlos, no he creído deber responder a ciertas preguntas cuyo sentido era demasiado claro. Han visto que no ganaban nada y desde entonces su elogio ha corrido de boca en boca. Esto también es una lección, pues ¿a qué se asemeja un elogio cuando no está precedido de alguna acción conocida que puede darle nacimiento? Estas cortas conversaciones, estas frases tendenciosas, deben más que nunca fortificarla en la resolución tomada por usted de andar con prudencia. Hay países en el mundo donde ésta es más necesaria y donde es preciso conservar un aspecto más igual. En esto, quizá, le faltará talento, pues si mal no recuerdo, la linda frente y los hermosos ojos que expresaban lo que el corazón sentía, podían difícilmente habituarse a un disimulo que les es extraño y sin embargo es tan útil".

"El juicio de los hombres es siempre a favor suyo; pero las mujeres fruncen los labios al jurar por Dios que es usted encantadora. Es un principio de civilización...".

"Me es muy penoso terminar tan pronto una plática tan agradable. Pero la aduana, las declaraciones de cargo y las visitas femeninas que llueven a bordo del 'Mexicano' privado de su cocinero,[36] me arrancan al poco descanso que me prometía. Termino deseando que se realicen lo más pronto y lo mejor posible sus intenciones, no como a una buena y encantadora hermana, lo cual me sería difícil pues nunca he tenido la dicha de tener una, sino como a una persona a quien quiero tanto cuanto respeto y cuya amistad me hace sentir orgulloso".

"Don Justo es una pobre bestia. No me admira que su viaje haya estado tan mal arreglado. Me atrevo a creer que, si hubiésemos estado allí nosotros, habría tenido usted menos incomodidades".

"M. Briet ha recibido su carta, se ha enternecido y le contestará por correo. ¿Recuerda usted, señorita, cuando me decía: 'Por más malhumorado que esté usted, yo le haré cambiar enseguida si me tomo la molestia de proponérmelo?' ¡Pues bien! Sí, a mí y a muchos otros...

[36] Roberto había desertado en Cobija para pasar al servicio del presidente Santa Cruz. Leborgne había, igualmente, desertado en Valparaíso. (N. de la T.)

Con el derecho que un espíritu amplio y firme en sus designios tiene sobre el espíritu grosero de los vulgares humanos.

Tal es la distancia que me complazco en reconocer.

Acepte, señorita, etc.

A. David".

SEGUNDA CARTA

Islay, 4 de noviembre.

"Señorita:

Por penosa que sea la idea de juzgar mal es necesaria a veces. Y a pesar de una propensión muy grande a lo contrario, he acabado por asegurarme que es la base más segura y única sobre la cual es preciso apoyarse. He reconocido con espanto en los tiempos en que pensaba seriamente en un fin, que de todos los puntos del globo ninguno como éste se halla desprovisto de los elementos que constituyen la felicidad interior y aunque me haya costado muchos sufrimientos y pérdidas, bendije el día en que me desengañé por completo. Mis conversaciones y mis deducciones generales tenían, como se ha convencido usted, antecedentes. Éstos se presentan hoy con más fuerza desde que sé que usted está a punto de soportar en distintas formas disgustos y sufrimientos semejantes a los míos. Lamento vivamente y desde lo más profundo de mi corazón, que mi carrera de aventuras me aleje de usted, señorita, y de los lugares donde hubiese podido, quizá, serle útil en alguna cosa. Su última carta ha despertado en mí impresiones ya desconocidas desde hacía mucho tiempo y he comprobado que todo sentimiento vivo no está por completo apagado en mí, pues el pesar de otro me es tan amargo. A veces puedo ser mejor que mis palabras, pero en general mi conducta está al unísono. Demasiados años pasados sin ningún lazo afectuoso me han vuelto muy frío, muy egoísta y tal vez sólo la desgracia tiene derechos a mi simpatía. No se lo

oculto, señorita. Si la amable y buena pasajera del 'Mexicano' hubiese sido recibida con los brazos abiertos y reintegrada en sus derechos paternos no habría sido entonces para mí sino una pasajera. Triste y abandonada, se ha convertido en una verdadera hermana, en una tierna amiga en quien encuentro una dulzura muy agradable al poder confiar también los pesares y temores del porvenir. Para un hombre existen consuelos en ocupaciones fuertes y variadas; para la pobre mujer, ¡el llanto y las penas! La distribución es tan triste que me estimaría muy feliz al poder, como verdadero amigo, tomar la parte más pesada de los pesares que la agobian. Pero mi situación me lo impide y al compadecerla y admirarla no tengo como antes, sino consejos que darle.

Por aquí siempre el mismo lenguaje, tocante a la extranjera, su prometida fortuna y su presunta residencia. Esto es decirle, demasiado buena y demasiado crédula Flora, que no confíe ni en su sombra y use más que nunca de precaución. No me hago mayores ilusiones que antes de su llegada. Temo para usted dificultades, mala fe y quizá la expoliación casi íntegra de su herencia paterna. Éstos son los verdaderos males que debe combatir y de los cuales tal vez la hagan triunfar, mucha perseverancia y firmeza. Pero antes, ¡cuántos pesares, cuántos sufrimientos, cuántas lágrimas!... La compadezco y la compadezco mucho más porque no puedo servirle de ninguna ayuda. Mil leguas nos van a separar y más que la distancia, la necesidad...".

TERCERA CARTA

Lima, 1 de diciembre de 1833.

"... Lima a partir de este viaje ha perdido sus encantos para mí. El viaje a Europa ha reanimado el gusto, ya apagado, que tenía por lo hermoso y lo bueno, y en adelante esta ciudad no puede ofrecerme más interés que el de los negocios que me retienen. Todo ha cambiado aquí de color y de figura. Creo soñar cuando veo a mis antiguos camaradas y mis conocidos de ocasión en este país. Es probable que pase todavía dos o tres años en el Perú o por decir mejor en América y le aseguro que no puedo pensar en

este sacrificio, que no lo era al salir de Francia, sin temblar. Quizá las costumbres patriarcales de California me reconciliarán con el destierro y la soledad.

Nuestro porvenir no nos pertenece, como se ha dicho. Depende de todo y a veces de nada. El suyo, señorita, no es más risueño que el mío. La misma pena pide el mismo remedio. Dediquémonos a aplicarlo a nuestro regreso a Francia y allí, si usted lo exige todavía, diré adiós, horrible palabra cuando se quiere bien, deliciosa cuando se deja a los importunos, a los fastidiosos, a los peruanos, en fin...".

CUARTA CARTA

Guaymas, 2 de diciembre de 1834.

"... No tenía necesidad de un testimonio más para conservar mis primeras y constantes impresiones sobre el Perú y la América en general. Cada uno en este mundo tiene la pretensión de creerse mejor que su vecino. Yo, sin fatuidad y sin orgullo alguno, creo poder avanzar esta pretensión tan lejos como aquel que nunca ha venido a Lima. Aseguraría con gran pesar de mi parte que, nunca hasta entonces, habían entrado en mi cabeza las ideas de falsedad y duplicidad y seguramente mis pérdidas continuas en el comercio han sido la causa. Desde que en la bienaventurada Lima he debido siempre luchar con lo que la bajeza, la mentira y la cobardía tienen de más horroroso, mis ideas han cambiado y desde aquel tiempo no he podido ya contar con verdaderos días hermosos, pues he perdido aquello que hace hermosos esos días: una opinión favorable de nuestros semejantes. Cuando me ha oído usted criticar como Aristarco a nuestros republicanos, a nuestros comerciantes (clase de la cual, ¡ay!, formo parte) y a tantos otros, no lo hacía sino a la fuerza. Porque, en fin, al perder la idea del bien siempre está uno en lo vago, teme uno detenerse, hablar y desahogar el corazón. Se cree siempre encontrar a un falso amigo, a un mercader pícaro, a un militar cobarde, en una palabra, siempre lo contrario del bien. Este conocimiento es triste. Cuando se adquiere no se tienen ya más ilusiones y sin ilusiones la vida no tiene ya

sol. ¡Pues bien!, todo ese saber tan necesario para dirigir bien su barca en este mundo, es en Lima donde lo he adquirido. Y así, en agradecimiento, he sabido apreciar a sus habitantes y he podido ponerla a usted en guardia contra sus ataques en grande.

Al proseguir la carrera del comercio que aborrezco, soy tan desgraciado en Guaymas, lejos de todo cuando puede gustarme, que sin la fuerza del compromiso que me liga a Chabrié y sin el temor de perder en un mes el fruto de muchos años de trabajo habría ya abandonado una tierra más inhospitalaria aún que el árido Perú. Hoy he llegado al colmo de los votos en materia de fortuna. Suplico a mi amigo no emprender operación en grande, pues podría arrastrarme a la ruina y contentarse con venir a buscarme como simple capitán, dejando el título solemne, comprado demasiado caro, de armador. Es el principio, el fin y el objeto de todas mis largas cartas. Si dependiera sólo de mí querría desde hoy decir adiós a todo género de tráfico no por principios de aristocracia, sino por honradez. Porque, sin hablar de las mentiras, se ve uno obligado a ver y a hacer en el comercio cosas lícitas según la ley, pero rechazadas por un corazón recto. Vea el punto en que estoy, mi buena hermana, satisfecho, como siempre, con muy poco respecto a la fortuna y miserable, más de lo que puede imaginar, como resultado de mi permanencia indefinida en el más indigno lugar de destierro.

A. David".

CARTA DE M. BRIET

Islay, 25 de octubre de 1833.

"Señorita Flora Tristán:

He recibido su amable carta con infinito placer y me apresuro a atestiguarle mi reconocimiento y a asegurarle que mis intenciones no han tenido por objeto guardar resentimiento hacia una persona tan amable como usted.

En cuanto al pequeño enojo en cuestión, le diré con franqueza que, si no continué prestándole las atenciones debidas a una pasajera tan perfecta y respetable fue porque creí que eran tan inútiles como molestas y como no está en mi carácter disgustar a nadie, tomé el partido del silencio, conveniente según creo en esta circunstancia.

Le estoy reconocido por el interés que toma en nuestros negocios y le ruego creer que tendré un placer infinito en recibir noticias suyas y saber su feliz retorno a Francia y hago los votos más sinceros por el éxito de sus proyectos en este país.

Reciba mis respetuosos saludos.

M. Briet".

"Don José me encarga enviarle un recuerdo y decirle que le desea dicha y fortuna".

CARTA DE M. DE CASTELLAC

Cuzco, 6 de diciembre de 1833.

"Señorita Flora de Tristán y Moscoso.
Mi querida y buena compatriota:

M. Miota me ha entregado un poco atrasada su amable carta, pues estuve en Urubamba para ver a un enfermo. Me dice usted que su salud está restablecida y que ha comenzado a acostumbrarse a este nuevo lugar. Estoy verdaderamente encantado al verla tomar una buena dosis de filosofía para calmar esa efervescencia europea. Pero creo que el volcán de Arequipa tarde o temprano inflamará su imaginación vagabunda y acabará por tomar horror a este país. Es preciso, encantadora y amable Flora, olvidar las ilusiones y los placeres de nuestra bella Francia si se quiere ser feliz. Esto es muy difícil, es verdad; pero, en fin, no será sino por algunos años. Me dice usted que sus asuntos están en el statu quo. Deseo que su señor tío la aprecie y la trate como lo merece.

Estoy aquí muy bien. Mis negocios van adelante. Quiera Dios que esto continúe. He sido nombrado cirujano de un regimiento, sin ningún compromiso, es decir, que si se aleja de aquí no tengo la menor obligación de seguirlo. Me darán el hospital dentro de unos días. Comuníqueme sus proyectos y lo que piensa hacer. Usted sabe y debe creer que nadie toma más interés en usted que yo. Deseo verla feliz y contenta. Sabe cuánto la quiero y todo cuanto la toca de cerca me interesa quizá más que a usted misma. Trate de ser amable y obsequiosa con su tío. Esto le será muy fácil ya que es usted así por naturaleza. Los alrededores del Cuzco son encantadores. No puede tener una idea de la riqueza y del temperamento de este país. Tenemos los frutos de Europa y de América. Cada lugar tiene un clima diferente. Esta capital es triste y sucia; pero no llueve tanto como dicen y tenemos días muy hermosos. He sido muy bien recibido. Tienen para mí las más grandes atenciones. Los caballos y las buenas comidas no faltan. Tres o cuatro buenas curaciones me han dado reputación.

Espero que en su próxima carta, como me indica, me pondrá al corriente de sus asuntos. Deseo de todo corazón que estos garabatos la encuentren en buena salud. Escríbame a menudo. Siempre tendré un nuevo placer en recibir y en leer sus amables misivas.

Su adicto compatriota.

Víctor de Castellac".

CARTA DE M. MIOTA

Cuzco, 9 de enero de 1834.

"Mi querida señorita:

Con toda razón me debe usted acusar de ingrato porque he faltado al reconocimiento que le debo y a los deberes sagrados de la amistad, al quedar tanto tiempo sin escribirle. Pero sería conocerme muy mal juzgarme así, pues sin las numerosas ocupaciones que me han abrumado desde mi llegada a esta ciudad hace tiempo que habría cumplido con estos deberes tan sagrados. Pero

su habitual indulgencia para mí me hará obtener perdón sin ninguna dificultad".

"... Me sentí sinceramente afectado cuando el doctor me refirió que su salud estaba algo alterada y sus asuntos no marchaban según sus deseos. Es preciso tener paciencia y servirse, en estos casos borrascosos, de su poderosa filosofía. En cuanto a mí, hago votos porque sea feliz y mi deseo es el de servirla en todo cuanto me sea posible. No dude de mi sinceridad.

Su más sincero amigo.

F. Miota".

M. Miota y su primo permanecieron quince días en Arequipa. Se dirigieron enseguida al Cuzco donde el doctor de Castellac había llegado desde hacía mucho tiempo.

En esta misma época mi tío me envió a M. Crevoisier, francés que desde hacía veinticinco años administraba su ingenio de Camaná y contaba con treinta y dos de estancia en el país. Venía a buscarme para llevarme a Camaná y también por el deseo de conocerme. M. Crevoisier es el mismo francés de quien habla el general Miller en su obra sobre el Perú. El general nos presenta a M. Crevoisier como una especie de orangután, sin saber ya hablar francés y sin poder hacerse entender en español.[37] En una palabra, el retrato que hace no tiene la menor semejanza y M. Crevoisier tendría derecho a quejarse. Pero lo que hay de más divertido es

[37] Miller describe en esta forma a Crevoisier, refiriéndose primero a su esposa que era sorda como una tapia: "... Esta señora está casada con un caballero francés que no habla bien español y al cual por esta razón no entiende con la misma facilidad. Sus hijos sirven muchas veces de intérprete, aunque parece que sus padres no lo necesitaron antes de casarse. Este caballero francés había olvidado su lengua nativa durante su larga residencia de veintitrés años en el Perú, lo cual no había notado hasta que fue a visitar un buque de guerra francés que ancló al frente de Quilca en 1823. Deseoso de hacer conocimiento con sus paisanos, cargó un bote de carne fresca, aves, frutas y verduras y salió para ofrecer sus respetos al comandante. Al entrar a bordo se encontró, con gran sorpresa suya, sin ocurrírsele palabras que decir y, aunque entendía todo lo que le decían, no podía contestar en francés. El efecto que causó en su alma esta sorpresa, dijo el interesado, lo mortificó infinito, pero aquella dificultad no duró sino hasta el segundo día...". En Memorias del General Guillermo Miller al servicio de la República del Perú, traducidas al castellano por el general Torrijos, Madrid 1910, T. II, pp. 24-25. (N. de la T.).

que el general Miller habla él mismo muy mal el francés y no mejor el español.

M. Crevoisier es el tipo del francés de antes de la revolución. Su cortesía rebuscada, su alegría, su tono ligero y jocoso, su buen corazón, su mala cabeza, toda su persona, en fin, así como sus maneras, reproducen a la perfección lo que eran nuestros abuelos. Pero, bajo esta frívola apariencia del siglo pasado, M. Crevoisier posee las cualidades esenciales para los hombres que se reúnen en sociedad. Es el ser más leal, más laborioso y más puntual que puede encontrarse. Goza a justo título de la estimación y del afecto de todos los que han tenido relación con él. Está casado desde hace veinticinco años con una parienta de mi prima Carmen y tiene dos hijos, el mayor de los cuales es un joven encantador. M. Crevoisier es querido en toda nuestra familia que lo considera como miembro de ella y es el único que escapa a la envidiosa maledicencia de nuestros amables franceses residentes en el Perú. El querido papá Crevoisier (es así como lo llamábamos) me quería con locura. Se quedó diez días a mi lado sin poderme decidir acompañarlo a Camaná. Feliz de encontrarse con su encantadora compatriota me demostraba su satisfacción con inagotable alegría; debo decir que durante su permanencia en Arequipa no me aburrí un solo instante. Le fue preciso marcharse, pues los trabajos del ingenio reclamaban sus cuidados. Regresó a Camaná llevando consigo mi sincero afecto. He aquí algunos pasajes de las cartas que me escribió.

Camaná, 15 de octubre de 1833.

"Encantadora y querida señorita:

Tengo el honor de anunciarle mi regreso a este sitio después de tres días de camino que me han mortificado mucho por el intenso calor que he soportado y, sobre todo, por el cruel recuerdo de mi separación de mi buena y querida compatriota y de los hermosos días pasados cerca de ella. Pero, en fin, es preciso aprender a resolverse a todo y disponer con placer de un grato momento cuando se presenta y conformarse con resignación cuando nos sorprenden los días infortunados. Esto es positivamente lo que me

ha sucedido. He tenido el honor de conocerla, he pasado días deliciosos en su compañía que no han durado mucho tiempo. Luego no soy de los más felices. ¡Paciencia!

He visto con placer a toda mi familia que está bien, así como M. Tristán y su amable esposa quienes se han apresurado a venir a verme en cuanto llegué. Me han pedido noticias suyas y toda la familia ha estado decepcionada al no verla llegar conmigo. Les he hecho comprender que era cosa imposible en vista del temor que usted sentía de coger aquí las tercianas (fiebres) después de todo cuanto le han dicho acerca del peligro que se corre por la proximidad de la estación calurosa que sentimos desde ahora. En fin, les he hecho ver que, aunque usted suspira por conocerlos prefiere esperar un mes más para gozar en buena salud de su compañía y no tener el desagrado de estar enferma en cama y privada de asistir a sus amables tertulias. Se han convencido y muchos le han dado la razón, excepto M. Tristán, quien hubiese deseado absolutamente verla y abrazarla.

Me han interrogado sobre el motivo de su llegada al Perú. He respondido que usted es tan reservada que me ha sido imposible saber nada acerca de usted, pero que he creído entender que su único deseo era el estar cerca de su tío y conservar su ternura y su amistad. También que comprendí, por algunas palabras que se le escaparon, que venía con algunas pretensiones sobre asuntos de intereses, pero sin saber nada más.

M. Tristán me ha respondido que cuando se presente la ocasión le contestará con sus propias cartas, es decir, que él cree que usted no tiene derechos a la legitimidad; pero suspende todo pensamiento hasta haber hablado con usted.

El conductor me apura y no tengo más que decirle, sino que la quiero de corazón y soy y seré siempre su más fiel, abnegado y apasionado servidor.

J. de Crevoisier".

SEGUNDA CARTA

Camaná, 3 de diciembre de 1833.

"Encantadora y preciosa señorita:

... Le hablo francamente. Como los franceses, entre las demás naciones, pasan por inconstantes, en vista de que no me escribía usted, la he llamado ingrata. Me arrepiento de ello y le ruego perdonar esta ligereza de mi parte no merecida por usted. Desde el instante en que se confiesan los pecados con sinceridad se merece el perdón. Usted tiene indulgencia, ésta es una de sus virtudes. Así, pues, hagamos la paz, amable Florita y desde aquí la abrazo tiernamente.

Pero, sin embargo, tengo todavía deseos de arrepentirme por haberla tratado de indulgente, pues recuerdo que usted pretendía quererme en un día más de lo que yo podía quererla en un mes. Osaré asegurarle que es todo lo contrario, pues le será imposible excederme en amistad. En fin, es siempre cosa halagadora para mí recibir un cumplimiento tan caro y tierno de una persona tan amable como usted. Le agradezco desde lo profundo de mi corazón y le aseguro que todo mi deseo es encontrar una ocasión de probarle toda mi estimación y la amistad sincera que le tengo.

Deseo que se encuentre lo más pronto posible con su señor tío y que todas las cosas se arreglen bien. Pero temo las discusiones porque podrán entristecerla no a causa de él, que tiene buenas intenciones respecto a usted, sino a causa de los otros herederos a los que costará mucho trabajo obligarlos a devolver. En fin, dígnese le ruego, escribirme a menudo y sobre todo cuénteme sus asuntos cuando sean favorables. Cualquiera que sea su suerte, le repito lo que le prometí en el momento de decirle adiós: mi casa y lo poco que poseo estarán siempre a su servicio. Si sólo tuviera un pedazo de pan, mi mayor alegría sería dividirlo con usted. Cuente siempre con mi sincera amistad."

"... Tenga un poco de paciencia y soporte por algunos días las habladurías de esos imprudentes e imbéciles holgazanes. A la llegada de su tío todo acabará. Concibo la molestia de verse rodeada

de gentes tan ridículas y tan despreciables; pero, en fin, le repito de nuevo, soporte eso por algunos días...

J. de Crevoisier".

Después de la ida de todos estos amigos, me encontré muy sola. No había arreglado mi vida de acuerdo con la monotonía de la existencia del país y confieso que comenzaba a estar muy cansada.

He dicho algunas palabras sobre los franceses de Valparaíso. Voy ahora a ocuparme de los que viven en Arequipa, así como más tarde hablaré de los que habitan en Lima.

Arequipa, ciudad del interior, no ofrece al comercio sino recursos limitados. El número de extranjeros es también muy restringido. La única casa francesa es la de M. Le Bris. Se estableció en el Perú desde hace diez años y sus negocios han ascendido a la más alta escala. Antes de ser explotado el Perú por la concurrencia, y arruinado por las guerras civiles, M. Le Bris ganó una fortuna de varios millones. Pero sus casas de Valparaíso y de Lima sufrieron pérdidas enormes por demasiada complacencia en los negocios. Fue preciso que la casa central de Arequipa acudiese en socorro de las otras dos. M. Le Bris es un hábil negociante y fue a ponerse sucesivamente a la cabeza de cada una de las casas correspondientes y en pocos meses todo quedó restablecido en el antiguo pie.

M. Le Bris es de Brest. Tiene de treinta y seis a treinta y ocho años. Su salud débil y delicada está quebrantada por la tormenta de los negocios y el aire volcánico de Arequipa. Sufre de una afección nerviosa que irrita su carácter, adelgaza su cuerpo y mina su organismo. Es instruido, sus maneras son las de un hombre distinguido, su educación ha sido esmerada y su espíritu fino, ligeramente sardónico, da mucha agudeza a su conversación. La bondad de su corazón y la generosidad de su alma son admirables y sobrepasan todo cuanto se pudiera decir.

M. Le Bris realiza lo que me gustaría calificar de ideal elevado del comerciante. Al llegar al Perú en tiempos en que los negocios eran fáciles, pudo dar libre expansión a sus proyectos, a sus ideas amplias y grandiosas. Su genio concibe vastas operaciones,

ordena los detalles y emprende su ejecución con una inteligencia y un discernimiento notables. Organiza el trabajo, lo reparte entre sus numerosos empleados según la capacidad que descubre entre ellos y su gran tacto y buen juicio son casi infalibles. Su atrevimiento en los negocios no es el de un jugador. Es el resultado de su confianza en la exactitud de sus combinaciones. Muy laborioso, su regularidad en todo puede servir de modelo; como negociante aporta a sus relaciones comerciales tanta integridad y exactitud que su palabra vale como un escrito. Está libre de todas esas tacañerías y esas pequeñeces de las cuales parece que el comercio francés jamás podrá desprenderse. M. Le Bris en toda circunstancia es de una complacencia inagotable; pero su desinterés y su generosidad hacia aquéllos de sus empleados que, por su inteligencia responden a sus expectativas, pueden en Francia servir de ejemplo. Si envía a uno de ellos a un departamento alejado y el agente tiene éxito en la operación que le está confiada, le concede un porcentaje en los beneficios a título de gratificación. Cuando un vendedor minorista solicita un crédito averigua antes de concedérselo si es trabajador y honrado y no si es pobre o rico, cuando los informes son favorables sobre este punto hace adelantos por sumas considerables.

La casa de este respetable negociante no presenta ese lujo excesivo que los ingleses despliegan con ostentación en las suyas. Todo es conveniente y de una limpieza extrema. M. Le Bris recibe a mucha gente. Consignatario de un gran número de barcos, los capitanes y sobrecargos que vienen a Arequipa no tienen más residencia que la suya. Invita constantemente a todos los oficiales de la marina real, así como a los viajeros de distinción que visitan el país. Se decía, cuando salí de Arequipa, que iba a ser nombrado vicecónsul para que el comercio francés tuviese un representante en aquella ciudad. No se preocupaba de ello al principio, pues la independencia de su carácter rechazaba las funciones públicas; pero en interés del comercio nacional ha prometido aceptar su nominación.

M. Viollier, primer empleado de la casa, representa a M. Le Bris cuando éste se ausenta. Es un joven suizo de treinta años, educado en Burdeos y reside en el Perú desde hace diez años. Los demás empleados de la casa son jóvenes de diferentes partes de Fran-

cia. He conocido a M. Delor, de Burdeos, y a M. Jacquet de la misma ciudad. Ambos trabajan ahora por su cuenta.

No hay en total sino ocho a diez franceses en Arequipa. Son, además de los que acabo de nombrar: M. Poncignon, de Burdeos, cuyo almacén de novedades es el más hermoso de la ciudad; Mm. Cerf, judíos de Brest, quienes venden en su tienda toda clase de objetos. Muchos otros franceses tienen igualmente su domicilio en Arequipa, pero no residen allí habitualmente. Los negocios de corretaje que tienen les obliga a ir a todos los puntos del Perú. En el colegio hay un francés en calidad de profesor: se llama M. Moriniére. Son pues, en total ocho o diez franceses en una ciudad de treinta mil almas. Uno se imaginaría naturalmente que esos señores que hablan la misma lengua, originarios del mismo país y que tienen las mismas costumbres, deberían, a tan gran distancia de su patria, buscar la sociedad los unos de los otros y vivir entre sí en relaciones de amistad. Pues bien, no es así. Esos hombres se detestan, se destrozan a cual más. Durante los siete meses que pasé en Arequipa tuve tiempo de juzgar hasta dónde puede llegar el odio de los hombres cuando está excitado por la rivalidad y la envidia. Oír y ver proceder a aquellos individuos es un espectáculo que provoca disgusto. M. Le Bris ocupaba el primer lugar por su fortuna y era el eterno objeto de la envidia de sus compatriotas. Su lealtad y su generosidad, reconocidas desde tiempo atrás de manera incontestable, no ofrecían asidero para este propósito. Como no podían atacarlo por ese lado caían sin consideración sobre su carácter que pintaban violento, áspero y difícil de convivir. De él pasaban a M. Viollier a quien trataban de hipócrita y de adulón. M. Moriniére estaba irritado contra M. Le Bris y Viollier. Venía a verme muy a menudo y no cesaba de quejarse de esos señores.

En las colonias todo el mundo practica el comercio. Esas costumbres de especulación existen por todas partes en las dos Américas. Los prejuicios de nuestra vieja Europa sobre las profesiones no han podido propagarse. La esclavitud del negro ha hecho clasificar a los hombres por matices de color, mas no por el género de trabajo a que se dedican. M. Moriniére, aunque empleado en el colegio, se ocupaba también de negocios. Había recurrido a M. Le Bris quien en un principio le concedió su ayuda y su apoyo. Pero este señor reconoció muy pronto la ineptitud del profesor de filo-

sofía para los negocios. Le hizo observar amistosamente que si continuaba haciendo operaciones comerciales comprometería su dinero y el de los demás. M. Moriniére tuvo la debilidad de ofenderse por una observación cuya exactitud podría apreciar si reflexionaba en la incompatibilidad de las dos ocupaciones que pretendía juntar, pues el hombre cuyo espíritu está ocupado en las altas especulaciones de la ciencia es poco susceptible de conceder la atención exigida por los menudos detalles del comercio. Por la negativa de M. Le Bris, el profesor se encontró decepcionado en sus esperanzas de lucro y difundió por todas partes calumnias sobre la dureza y egoísmo de su compatriota; pero estas calumnias sólo provocaron sonrisas pues se comprendía la causa y nadie prestó fe en ellas ya que la reputación de M. Le Bris estaba por encima de semejantes ataques. Tal era la posición respectiva de los franceses que vivían en Arequipa.

El origen de esta ciudad es bastante fabuloso. Sin embargo, se lee en una crónica que contiene tradiciones indígenas y que está en el Cuzco, que hacia el siglo XII de nuestra era, Mayta Capac, soberano de la ciudad del Sol fue destronado. Se libró de sus enemigos mediante la fuga y erró por las selvas y por las cimas heladas de la cordillera acompañado de algunos de los suyos. El cuarto día, rendido de fatiga, muriendo de hambre y de sed, se detuvo al pie del volcán. De repente, cediendo a una inspiración divina, Mayta plantó su dardo y exclamó: ¡Arequipa!, palabra que significa: Aquí me quedo. Luego, al volverse, vio sólo a cinco de sus compañeros que lo habían seguido, pero el Inca confiaba únicamente en la voz de Dios. Persistió y en torno de su dardo, sobre los flancos de un volcán rodeado de desiertos por todos lados, los hombres agruparon sus habitaciones. Así como los conquistadores y como los fundadores de imperios, Mayta no fue sino el ciego instrumento de los secretos designios de la Providencia.[38] Las ciuda-

[38] No se encuentra referencia a esta interpretación en las crónicas. Según ellas Mayta Capac jamás fue destronado ni tuvo que huir. Lo que indican las crónicas es que el Inca llegó al valle del Chili, en su viaje de regreso al Cuzco, después de una campaña victoriosa en la que sojuzgó a muchos de los pueblos vecinos. Al encontrar un clima templado y agradable, y el lugar provisto de abundante caza, se detuvo y dio orden de organizar una cacería o chaco. Sus acompañantes encantados con el lugar le pidieron quedarse allí y él asintió diciendo: Ariquepay que según dice el padre Calancha significa: Está bien, quedaos. Hay que decir

des que se han desarrollado en el mundo y los hombres que se han distinguido han debido, a veces, su grandeza a su mérito; pero a menudo también a causas fortuitas e injustificables a los ojos de la razón.

Aunque Arequipa se encuentra en los 16°13'2" de latitud meridional, su elevación sobre el nivel del mar y la vecindad de las montañas hace el clima templado. La ciudad está situada en medio de un pequeño valle de radiante belleza que no tiene más de una legua de ancho y dos de largo. Encerrado por altas montañas está regado por el Chili que tiene sus fuentes al pie mismo del volcán. El ruido de este río y su curso recuerda el Cave de los Pirineos. Su lecho es muy caprichoso, muy ancho en ciertos lugares; pero se estrecha en otros. Casi siempre erizado por enormes piedras o cubierto de guijarros, ofrece a veces una arena suave y unida como para el pie de una niña. El Chili se asemeja a un torrente después de la estación de las lluvias y está casi siempre seco durante el verano. En este valle se cultiva trigo, maíz, cebada, alfalfa y hortalizas. Se ven pocas casas de recreo. En el Perú están todos demasiado ocupados en cualquier clase de intrigas para gustar de la estancia en el campo.

La ciudad ocupa en el valle un vasto recinto. Desde las alturas de Tiabaya parece extenderse sobre uno aún mayor. Desde allí sólo una estrecha faja de terreno hace el efecto de separarla del pie de las montañas. Y esa masa de casas blancas, esa multitud de cúpulas resplandecientes al sol en medio de la variedad de los tonos verdes del valle y del gris de las montañas, causan sobre el espectador un efecto que no se creería dado producir a las cosas de este mundo. El viajero que desde Tiabaya contempla Arequipa por primera vez está tentado de imaginar que seres de otra naturaleza esconden allí su misteriosa existencia y que el volcán, cuya gigantesca elevación llena de estupor los sentidos, les protege e impide alcanzarlos.

El volcán de Arequipa es una de las más altas cumbres de la cadena de los Andes. Enteramente aislado, presenta un cono per-

también que fray Blas Valera afirma que esta voz significa trompeta sonora. (Sobre la base de N. de la T.) En el diccionario de Diego González Holguín (Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua quechua o del Inca, 3.ª edición, Lima, UNMSM, 1989) se registra la entrada "Ariquipa" como "Una ciudad del Piru" (p. 33). (N. del E.)

fecto. La uniformidad de su color gris le da un aire de tristeza. La cima está casi por completo cubierta de nieve y esta nieve, más o menos densa, disminuye desde la salida hasta la puesta del sol. Algunas veces el volcán arroja humo, esto sucede particularmente por la tarde. A veces en ese humo he visto llamas. Cuando ha estado mucho tiempo sin humear se espera un temblor. Las nubes envuelven casi siempre la cima de la montaña, parecen cortarlas y se distinguen perfectamente las zonas matizadas. Esta masa aérea de todos los tonos, posada sobre aquel cono de un solo color, sobre aquel gigante que oculta entre nubes su cabeza amenazadora, es uno de los magníficos espectáculos ofrecidos por la tierra a los ojos del hombre.

Mi primo Althaus[39] ha trepado hasta la cumbre del volcán, ha visitado su cráter y descendido en el abismo hasta la tercera chimenea. Tiene sobre su viaje volcánico notas y dibujos muy curiosos, que siento no tener en mi poder para comunicarlos al lector. Realizó esta ascensión acompañado por diez indios armados de garfios. Sólo cinco fueron lo bastante fuertes para seguirlo. Tres quedaron en el camino y dos perecieron al caer. Demoraron tres días en subir hasta la cima y no pudieron permanecer allí sino algunas horas ya que el frío era muy intenso. Las dificultades del descenso superaron con mucho a las de la subida. Todos quedaron heridos, desgarrados. Althaus estuvo a punto de perecer. El volcán (no se le designa por otro nombre) está a doce mil pies sobre el nivel del mar. Los dos montes vecinos, cubiertos de nieves perpetuas, brillan con mil reflejos bajo los rayos del sol, se hallan a gran distancia de él y son más gigantescos aún. El primero se llama Pichu-pichu, el segundo Chachani y son volcanes completamente extinguidos. La extrema elevación de estas tres montañas

[39] Von Clemens Althaus (París, 1790). Su padre fue el barón Clemens August von Kass y su madre, la princesa holandesa Amalia Sophia Juliana Wihelmina Louise von Essen, quien muriera a los nueve años de su nacimiento. Tuvo una educación rigurosa e inicia su carrera militar a los 23 años participando en la batalla de Waterloo. En 1819 llega a Buenos Aires, pasa luego por Chile y finalmente se afinca en el Perú en 1822. Allí se casa (1826) con la prima de Flora, María Manuela Flórez y Tristán con la que tiene cuatro hijos. Su actuación en el Perú es larga y brillante, como la misma Flora lo anota a lo largo de sus Peregrinaciones... Althaus muere a los 46 años de edad (13 de enero de 1836) en Concepción (Valle del Mantaro) afectado de disentería. Ver Gustavo Bacacorzo, op. cit., pp. 429-432. (N. del E.).

aisladas, cuyas bases están igualmente elevadas sobre el nivel del mar, las hace, a la distancia, parecer unidas por la base.

A raíz del descubrimiento, Francisco Pizarro estableció en Arequipa un obispado y una de las sedes del gobierno. Los temblores han causado en esta ciudad espantosos desastres en diversas épocas: los de 1582 y 1600 la destruyeron casi por completo y los de 1687 y 1785[40] no fueron menos funestos.

Las calles de Arequipa son anchas, cortadas en ángulos rectos y están regularmente pavimentadas. En medio de cada una de ellas corre una acequia. Las principales tienen aceras de gruesas losas blancas.[41] Están todas más o menos bien alumbradas, pues cada propietario está obligado, bajo pena de multa, a poner una linterna delante de su puerta. La gran plaza es espaciosa. La Catedral ocupa el lado norte, la municipalidad y la prisión militar están al frente, además casas particulares forman los otros dos lados. A excepción de la Catedral, todas estas construcciones tienen arcos. Bajo las galerías se ven las tiendas con diversas mercaderías. Esta plaza sirve para el mercado de la ciudad, para las fiestas, revistas, etc. El puente sobre el Chili está groseramente construido y es poco sólido para resistir en ciertas estaciones al torrente que pasa por debajo.

Arequipa encierra muchos conventos de hombres y de mujeres. Todos tienen iglesias muy hermosas. La Catedral es muy vasta, pero oscura, triste y de una arquitectura pesada: Santa Rosa, Santa Catalina y San Francisco se distinguen por la belleza de sus cúpulas, de prodigiosa elevación. En todas las iglesias se ven figuras grotescas de madera y de yeso que personifican los ídolos del catolicismo peruano. Aquí y allá algunos grotescos mamarrachos dan a los santos que representan el aspecto más burlesco que es dable imaginar. La iglesia de los jesuitas es una excepción a este respecto. Es mucho más discreta en la representación de los santos que ofrece a la invocación de los devotos. Antes de la independencia todos estos templos, ricamente decorados, tenían candela-

40 Este último temblor tuvo lugar en 1784 y no en 1785. Según J. Toribio Polo fue el peor de todos y el que más estragos ocasionó en Arequipa. Op. cit. pp. 337-342. (N. de la T.).

41 Don Pío, cuando fue Prefecto, hizo muchas aceras y reparó las antiguas. La ciudad estuvo muy limpia bajo su administración. Mi tío concedía una vigilancia muy especial a la salubridad pública. (N. de la A.)

bros, balaustradas, columnas, altares, etc., de plata maciza y otros adornos de oro. Estos dos metales estaban prodigados por todos lados con más profusión que gusto. Pero la fe no protege ya estas riquezas. Varios presidentes y jefes de partido, después de haber agotado en sus querellas el tesoro de la república, despojaron sin escrúpulo las iglesias. Las frontales de los altares, las columnas y candelabros fueron fundidos para pagar a los soldados y alimentar los vicios de los generales. Los adornos preciosos que han sido respetados están amenazados de seguir más tarde la misma suerte. Durante la última guerra, entre Orbegoso y Bermúdez, se trató la cuestión de quitar a las vírgenes sus perlas, sus diamantes, etc.

Arequipa tiene un hospital para enfermos, una casa de locos y otra para niños huérfanos. Esos tres hospicios están, en general, muy mal atendidos. Tendré, más adelante, ocasión de hablar de mi visita al hospital. Fui también a visitar a los niños huérfanos y no quedé muy satisfecha de los cuidados que se les prodigaba, como tampoco de los que eran objeto los enfermos. Daba pena ver a esas desgraciadas criaturas desnudas, flacas y en un estado deplorable. Se cree haber cumplido con los deberes de la caridad proporcionándoles algunos alimentos para sostener su débil existencia; pero, por lo demás, no se les da ninguna instrucción, no se les enseña ningún arte. De este modo, los que sobreviven se convierten en vagabundos, consecuencia necesaria de este abandono. El torno que sirve para introducir en el hospicio a estas infortunadas víctimas me parece bien imaginado. Es una caja en forma de cuna. Se deposita al niño en la abertura exterior sin que los depositantes puedan ser vistos desde el interior del hospicio. De este modo se evita a la desgraciada madre, forzada a abandonar a su hijo, la obligación de revelarse, obligación que hace cometer muchos crímenes...

Las casas, construidas muy sólidamente con hermosas piedras blancas, no tienen sino un solo piso abovedado a causa de los temblores. Son en general espaciosas y cómodas. Tienen una gran puerta cochera en medio de la fachada. Todas las ventanas son enrejadas y sin vidrios. Las construcciones de la casa forman tres secciones: el salón, los dormitorios, los escritorios están en la primera; en la segunda, que es un jardín, está el comedor, una galería abierta apropiada al clima, la capilla, la lavandería y diversos ofi-

cios; la tercera sección, situada en el fondo, está ocupada por la cocina y el alojamiento de los esclavos. Las paredes de las casas tienen de cinco a seis pies de espesor. Las piezas con techos en forma de bóveda son muy altas. Algunas de ellas sólo tienen una tapicería de papel hasta la mitad de la altura; las paredes de las otras están completamente blanqueadas con cal. Esas bóvedas hacen que los departamentos se asemejen a sótanos y la monotonía de su tono blanco cansa y entristece. Los muebles son pesados; las camas y las cómodas, de proporciones gigantescas; las sillas y las mesas parecen haber sido hechas para no moverse de su sitio; los espejos son de metal, los cortinajes, sin gusto. Desde hace algunos años, las alfombras inglesas se venden a precio tan bajo en el país que todo el mundo ha cubierto con ellas el piso de las habitaciones. Ninguna pieza está entablada.

Los arequipeños son muy aficionados a la buena mesa y, sin embargo, son poco hábiles para procurarse un placer. Su cocina es detestable. Los alimentos no son buenos y el arte culinario está aún en la barbarie. El valle de Arequipa es muy fértil, pero las legumbres son malas; las papas no son arenosas; las coles y las arvejas son duras y sin sabor; la carne no es jugosa; en fin, hasta las aves de corral tienen la carne cariácea y parecen sufrir la influencia volcánica. La mantequilla y el queso se traen desde lejos y jamás llegan frescos. Lo mismo sucede con la fruta y el pescado que vienen desde la costa; el aceite que se usa es rancio, mal purificado; el azúcar groseramente refinado; el pan mal hecho. En definitiva, nada es bueno.

Voy a decir cuál es su manera de alimentarse. Se desayuna a las nueve de la mañana. Esa comida se compone de arroz con cebollas (cocidas o crudas, ponen cebollas en todo), carnero asado, pero tan mal preparado que nunca se puede comer. Enseguida viene el chocolate. A las tres se sirve una olla podrida (puchero es el nombre que se le da en el Perú), ésta se compone de una mezcla confusa de diversos alimentos: carne de vaca, tocino y carnero hervidos con arroz, siete u ocho especies de legumbres y todas las frutas que les cae a la mano, como manzanas, peras, melocotones, ciruelas, uvas, etc. Un concierto de voces falsas o de instrumentos discordantes no sublevan la vista, el olfato y el gusto como lo hace esta bárbara amalgama. Vienen después camarones preparados

con tomates, arroz, cebollas crudas y ají; carne con uvas, duraznos y azúcar; pescado con ají; ensalada con cebollas crudas y huevos con ají. Este último ingrediente lo emplean con profusión en todos sus guisos, junto con una cantidad de otras especerías. La boca queda cauterizada y para soportarlo el paladar debe haber perdido su sensibilidad. El agua es la bebida ordinaria. La comida se toma a las ocho de la noche y los guisos son de la misma calidad que los del almuerzo.[42]

Las conveniencias en el servicio y los usos de la mesa no se practican mejor que las armonías culinarias. Aún hoy, en muchas casas, no hay sino un vaso para todos los convidados. Los platos y cubiertos están sucios. La suciedad de los esclavos no es la única causa de ello. Para tales amos, tales criados. Los esclavos de los ingleses son muy limpios. Es de buen tono hacer pasar en el extremo del tenedor un pedazo tomado de su plato a las personas a quienes se quiere hacer una cortesía. Los europeos se han rebelado de tal modo contra esta costumbre que ahora cae en desuso. Pero hace sólo algunos años los pedazos de olla, de pescado, de alas de pollo, goteando salsa, circulaban alrededor de la mesa llevados por los esclavos en la punta de los tenedores.

Como todo es muy caro, las invitaciones a comer son poco frecuentes y han prevalecido las invitaciones a tertulias, en cuanto se introdujo esta moda. Todos los domingos, en casa de mi tío se daba una comida a los parientes, a la cual estaban invitados los amigos íntimos; por la noche se tomaba té, chocolate y bizcochos. Las únicas cosas que he encontrado buenas en Arequipa son los bizcochos y las golosinas hechas por las religiosas. Gracias a mis numerosas relaciones nunca me faltaron durante mi estada allí, esto me permitía hacer muy buenas meriendas.

A los arequipeños les gusta toda clase de espectáculos. Acuden con igual complacencia a las representaciones teatrales que a

[42] En materia de gustos en la comida existe un amplio margen de discusión. Se ve que Flora no tuvo tiempo de acostumbrarse a saborear los exquisitos platos peruanos y arequipeños en particular. Los considera despectivamente, cuando a los paladares de algunos finos gourmets nada hay más delicioso que una ocopa arequipeña o algún otro picante del país. Y en cuanto a la olla podrida, o puchero, que es el cocido español con unos cuantos ingredientes más, también podría discutirse sus excelencias. Hay que tener en cuenta que Flora jamás había vivido en España, ni podía establecer comparación sino con los menús ingleses y franceses. (N. de la T.)

las religiosas. La falta total de instrucción suscita esta necesidad y los convierte en espectadores fáciles de satisfacer. La sala de espectáculos, construida de madera, es tan mal hecha que no se está a cubierto de la lluvia. Demasiado pequeña para la población, a menudo no se puede encontrar sitio en ella. La compañía teatral era muy mala. Se componía de siete u ocho actores, hez de los teatros de Europa, reforzada en el país por dos o tres indios. Representaba toda clase de piezas, comedias, tragedias y óperas. Estropeaba a Lope de Vega y a Calderón. Destrozaba la música, como para dar ataques de nervios y todo esto en medio de los aplausos del público. Fui cuatro o cinco veces a este teatro. Se representaba una tragedia y noté que a falta de mantos los cómicos se envolvían en viejos chales de seda.

Las peleas de gallos, los bailarines de cuerda, las pruebas de los indios, todo estos espectáculos atraen a la multitud. Un acróbata francés con su esposa ganó en el Perú treinta mil pesos.

La iglesia peruana explota, en provecho de su influencia, el gusto de la población. Independientemente de las grandes procesiones hechas en las fiestas solemnes, no pasa un mes sin salir alguna por las calles de Arequipa. Ya son los monjes grises quienes por la tarde sacan una procesión por los muertos y piden para los muertos y se les da para los muertos. Otra vez son los dominicos quienes hacen en honor de la Virgen su paseo religioso. Enseguida es para el Niño Jesús. Después viene una retahíla de santos. Es la de nunca acabar. He descrito la procesión de las fiestas solemnes. No fatigaré al lector con la descripción de aquéllas donde los santos sirven de pretexto. Se hace gala de menos lujo y pompa que en las primeras, pero el fondo es igualmente burlesco; las escenas, indecentes bufonadas que divierten tanto a este pueblo, no son menos escandalosas. Todas estas procesiones tienen un rasgo de semejanza: los buenos sacerdotes piden siempre y siempre se les da.

Durante la Semana Santa tienen lugar las grandes saturnales del catolicismo peruano. En todas las iglesias de Arequipa se eleva un enorme montículo de tierra y de piedras sobre el cual se plantan ramas de olivo para figurar el calvario con sus rocas y árboles. Sobre este monte ficticio se da el Viernes Santo la representación del suplicio de Jesús. Se le ve detenido, flagelado y crucificado con

los dos ladrones. Es la historia de la Pasión sin omitir ningún detalle, pero a lo vivo. Todo acompañado de cantos y de recitaciones. Después viene la muerte de Cristo. Los cirios se apagan, reinan las tinieblas... Las costumbres fáciles de este pueblo, hacinado en el templo, pueden hacer presumir lo que entonces sucede en los diferentes sitios de la iglesia... pero Dios es misericordioso y los sacerdotes, sus ministros, disponen de la absolución. El descendimiento de la cruz es la segunda parte. Una multitud confusa de hombres y mujeres de raza blanca, india y negra sitian al calvario lanzando gritos lastimeros. Pronto están entre sus manos los árboles desarraigados y las rocas levantadas del suelo. La sangre mana de las llagas de ese Cristo de cartón y hace redoblar los aullidos de la multitud. El pueblo, los sacerdotes, la cruz y las ramas de olivo, todo mezclado, forma un caos, un tumulto y una confusión espantosa que jamás imaginaría uno encontrar en un templo de cualquier religión. Y casi siempre, en aquellas escenas de desorden hay personas heridas más o menos gravemente.

Por la tarde se ve por las calles a los habitantes que van a hacer las estaciones a todas las iglesias. Al entrar rezan sus oraciones en alta voz. Los más celosos se prosternan de rodillas y besan el suelo; unos se dan golpes de pecho; éstos se ponen andrajos en la cabeza; aquéllos, con los pies descalzos, llevan la cruz sobre los hombros; otros cargan piedras y en cada caso ejecutan las extravagancias más insensatas, sugeridas a estas cabezas exaltadas por una devoción supersticiosa. No es en sus conciencias donde buscan su deber, sino en lo maravilloso de sus creencias. El medio para no creerse exento de las virtudes sociales es efectuar semejantes pruebas... Tales son los resultados obtenidos por las religiones que separan la fe de la caridad.

El día de Pascua se visita a todos los conocidos y la conversación no versa sino sobre las fiestas de la Semana Santa. Se reduce a esto: —Mi señora ¿se ha divertido usted mucho? Todo estuvo muy bien en Santo Domingo, en Santa Rosa, ¡ah!, esto me ha dado mucho gusto.

—Y yo, señor, no he encontrado nada tan bien como en los años anteriores. La religión pierde su esplendor. No hubo nada alegre en la Catedral. En Santa Catalina ya no hacen el descendimiento de la Cruz. Y a fuerza de ver pelear a todos esos zambos

por tener un pedazo de cruz, la cosa me ha parecido monótona. Eso no vale el trabajo que uno se toma en seguir las estaciones.

—Señora mía, el buen tiempo ha pasado, nuestras iglesias no son tan ricas como lo eran antes. Las madres de Santa Catalina gastan todo su dinero en comprar pianos importados de Francia y no hacen ya el descendimiento de la cruz.

El domingo, durante la misa, los hombres permanecen de pie, hablan, se ríen o miran a las mujeres bonitas que están de rodillas por delante, semiocultas en sus mantillas. Las mismas mujeres son muy distraídas, jamás usan libro. Ya miran el vestido de su vecina o hablan con sus negras colocadas detrás de ellas. Se les ve a veces negligentemente reclinadas sobre su alfombra, dormir o conversar.

Los sacerdotes que dicen la misa están siempre suciamente vestidos. Los pobres indios la ayudan con los pies descalzos y a medio vestir. La música en todas esas iglesias es algo espantosa. Dos violines y una especie de gaita acompañan el órgano. Éstos instrumentos tan discordantes, así como los cantos, a menudo tan desentonados, que forman un conjunto imposible de oír durante un cuarto de hora sin sufrir una irritación de los nervios durante todo el día. En Europa las bellas artes cubren por lo menos con un brillante barniz la insípida esterilidad de las ceremonias. Por lo demás, en el Perú no se frecuentan las iglesias sino como sitio de reunión.

El grado de civilización alcanzado por un pueblo se refleja en todo. Las diversiones del carnaval no son más decentes en Arequipa que las farsas y bufonadas de la Semana Santa.

Hay gentes que durante todo el año se ocupan en vaciar cáscaras de huevo para hacer negocio con ellas. Cuando llega el carnaval llenan esos cascarones con aguas de distintos colores: rosa, azul, verde, roja, y después pegan la abertura con cera. Las señoras se proveen de una canasta con esos huevos y vestidas de blanco se sientan en lo alto de sus casas y desde allí se divierten lanzándolos sobre las personas que pasan por la calle. Los transeúntes, ya sean de a pie o a caballo, están igualmente provistos de los mismos proyectiles y responden a sus agresoras. Mas, para hacer el juego más simpático, llenan a veces esos huevos con tinta, miel, aceite y hasta con cosas más asquerosas. Muchos individuos han

tenido un ojo reventado en este combate de nuevo género. Me han mostrado a tres o cuatro a quienes les ha sucedido este accidente; pero a pesar de aquellos ejemplos, los arequipeños conservan por este juego un gusto que raya en furor. Las jóvenes hacen alarde de las numerosas manchas de sus vestidos y se muestran orgullosas de estas extrañas marcas de galantería. Los esclavos participan también en estas diversiones: se echan harina. Este modo de atacar es muy cómico y lo emplean muchas personas. Por la tarde asisten a bailes donde se ejecutan danzas aún más indecentes. Muchas personas lucen disfraces extraños, pero ningún vestido de carácter. Esas diversiones duran una semana.

De esos huevos inmundos, al diluvio de confeti que inundan a los transeúntes de las calles de Roma; de esas groseras diversiones a las máscaras de Italia hay la misma distancia que entre las comedias burlescas que ofrecen las iglesias de Arequipa, durante la Semana Santa, la música bárbara que se escucha en ellas, las miserables máscaras y los salvajes adornos con que están decoradas, y las majestuosas ceremonias, la música encantadora, las magníficas producciones de arte y todos aquellos brillantes y poéticos alardes con los que Roma sostiene todavía su religión carcomida.

La población de Arequipa, comprendiendo la de los arrabales, se eleva a treinta o cuarenta mil almas. Se puede considerar que se compone poco más o menos de una cuarta parte de blancos, otro tanto de negros o mestizos y la mitad de indios. En el Perú, como en toda la América, el origen europeo es el gran título de nobleza. En el lenguaje aristocrático del país se llama blancos a aquellos cuyos ascendientes no son indios ni negros. He visto a varias señoras que pasan por blancas, aunque su piel sea de color canela, porque su padre fue nativo de Andalucía o del reino de Valencia. La población libre forma, pues, tres clases, provenientes de tres razas muy distintas: europea, india y negra. En la última clase, bajo la denominación de *gentes de color*, se confunden los negros y los mestizos de las tres razas. En cuanto a los esclavos, a cualquier raza a que pertenezcan, la privación de la libertad establece entre ellos la igualdad en la desgracia.

Desde hace cuatro o cinco años se han operado grandes cambios en los usos y costumbres del Perú. La moda de París va tomando el cetro y no quedan sino algunas ricas y antiguas fami-

lias que se muestran rebeldes a su imperio: viejos árboles a los que la savia abandona y subsisten todavía, como los calabozos de la Inquisición, para indicar el punto del que se ha principiado. Las costumbres de las clases altas no difieren en nada de las de Europa. Hombres y mujeres están vestidos lo mismo que en París; las señoras siguen las modas con una exactitud escrupulosa, salvo que van con la cabeza descubierta y el uso les exige siempre ir de negro a la iglesia, con la mantilla y con toda la severidad del vestido español. Los bailes franceses substituyen el fandango, el bolero y las danzas del país reprobadas por la decencia. Las partituras de nuestras óperas se cantan en los salones y, en fin, se llega hasta a leer novelas. Dentro de algún tiempo ya no irán a misa sino cuando se les haga oír buena música. Las gentes acomodadas pasan el tiempo fumando, leyendo periódicos y jugando al faraón. Los hombres se arruinan en el juego y las mujeres con la toilette.

Los arequipeños tienen por lo general mucho espíritu natural, gran facilidad de palabra, memoria feliz, carácter alegre y maneras distinguidas. Son agradables para convivir con ellos y esencialmente apropiados para las intrigas. Las mujeres de Arequipa, así como las de Lima, me han parecido superiores a los hombres. No son tan bonitas como las limeñas, tienen otras costumbres y su carácter también es diferente. Su porte digno y orgulloso impone. A primera vista se podría suponer que son frías y desdeñosas; pero cuando se las conoce la fineza de su espíritu y la delicadeza de sus sentimientos, encajados en este grave exterior, realza su valor e impresiona más vivamente. Son sedentarias, trabajadoras, no se parecen en absoluto a las limeñas a quienes la intriga o el placer atraen constantemente fuera de sus casas. Las señoras de Arequipa cosen sus vestidos ellas mismas y lo hacen con una perfección que sorprendería a las mismas modistas. Bailan con gracia y decencia, les gusta mucho la música y la cultivan con éxito. Conozco a cuatro o cinco cuyas voces frescas y melodiosas serían admiradas en los salones de París.

El clima de Arequipa no es saludable. Las disenterías, las jaquecas, las afecciones nerviosas y, sobre todo, los catarros son muy frecuentes. Los habitantes tienen también la manía de creerse siempre enfermos. Es el pretexto dado para sus viajes perpetuos. La

actividad de su imaginación, unida a la falta de instrucción, explica ese furor de movimiento. Sólo cambiando de lugar pueden alimentar su pensamiento, tener nuevas ideas y experimentar otras emociones. Las señoras, en especial, van y vienen a los pueblos de la costa, tales como Islay, Camaná y Arica donde toman baños de mar, o a las fuentes de aguas termales. Hay muchas de esas fuentes en las cercanías de Arequipa, sus propiedades curativas son muy renombradas. La de Yura opera curaciones maravillosas. El agua es verde y caliente hasta quemar. No hay nada más sucio ni más incómodo que los lugares de la costa y del interior a donde se dirige la buena sociedad para tomar baños. Sin embargo, todos son muy frecuentados y se gasta mucho dinero en vivir allí tres semanas.

Las mujeres de Arequipa aceptan con entusiasmo todas las ocasiones de viajar en cualquier dirección: Bolivia, Cuzco, Lima o Chile, y los gastos o las excesivas fatigas jamás son motivos para detenerlas. A este gusto por los viajes estaría yo tentada de atribuir las preferencias de las jóvenes por los extranjeros. Al casarse con un extranjero esperan conocer el país donde él nació: Francia, Inglaterra o Italia y realizar un viaje cuya ilusión ha sonreído desde mucho tiempo atrás a su imaginación. Esta perspectiva da a aquellas uniones un encanto muy particular cuando a menudo no lo tienen por sí mismas. Las ideas de viaje pone a la lengua francesa de moda entre las señoras. Muchas la aprenden con la esperanza de necesitarla algún día y en espera de ello gozan de la lectura de algunas de nuestras mejores obras; al desarrollar su inteligencia soportan con menos tedio la monotonía que ofrece el país.

Todos los hombres bien educados saben también el francés.

El Panteón, hermoso cementerio recientemente construido, se halla a dos leguas de la ciudad. Está situado sobre la pendiente de una colina, frente al volcán y ocupa un vasto espacio. De lejos, nada es más curioso ni más melancólico que la vista de los altos muros blancos y dentellados que lo rodean. En la superficie de aquellos muros están dispuestas tres filas de nichos abiertos en el espesor de ellos. Se depositan los féretros en estos nichos cuya abertura se cierra con una piedra sellada. Sobre esta piedra los parientes del difunto asocian su vanidad a la nada de la tumba. Se lee sobre planchas de mármol o de bronce, escrito con letras de oro:

"Aquí yace el ilustre mariscal, el célebre general, el venerable cura, etc.". Otros epitafios de ejecución menos pomposa hacen una larga enumeración de las virtudes de los difuntos. No se encuentra, al igual que en todos los cementerios del mundo, sino buenos padres, esposas queridas, tiernas madres, etc. Es así como al dictar nuestras palabras la pasión del momento, exageramos en el individuo muerto las virtudes que habíamos desconocido durante su vida. Los pobres tienen una fosa común cerrada de la misma manera cuando está llena. Los cuerpos de los protestantes no son admitidos en este cementerio. Sólo desde hace pocos años no se entierra ya en las iglesias. Ciertas personas murmuran y compran a los conventos, a precios elevados, un sitio en sus templos. Por eso mi abuela tiene su tumba en Santo Domingo. Con dinero se dispensan también con facilidad, en este país, las prescripciones de la ley y las de la religión. Los rescates de la última son, sin embargo, a mejor precio.

En Arequipa, la muerte de las gentes acomodadas no regocija únicamente a sus herederos. Los monjes encuentran también ocasión de vender, a precios elevados, sus vestidos grises, negros, blancos, carmelitas, etc., para enterrar al difunto. Se acostumbra y es de buen tono hacerse enterrar con un hábito de monje, por esta razón esos santos personajes tienen casi siempre hábitos nuevos que contrastan con la suciedad del resto de su indumentaria. En cuanto el moribundo ha expirado se le reviste con un hábito de estos religiosos, sin tener en cuenta su sexo, y queda así vestido con el rostro descubierto y extendido sobre su lecho por espacio de tres días. Durante ese tiempo se hacen visitas de condolencia. Los parientes más cercanos presiden el duelo, es decir, se quedan recibiendo a los visitantes en la pieza donde está el muerto. Los visitantes, sean hombres o mujeres, van vestidos de negro y hacen al entrar un saludo grave a los parientes, quienes se hallan sobre un estrado; enseguida van a sentarse en un rincón y se ponen a rezar. Se lleva el cuerpo en hombros hasta la iglesia y así, también en hombros, se le conduce fuera de la ciudad, después de la ceremonia. Desde allí se le transporta en una carretilla al cementerio.

No hay coches en Arequipa. Antiguamente los grandes personajes se hacían llevar cargados en sillas. Hay una en casa de mi tío que servía a mi abuela y de la cual se sirve él mismo cuando

está enfermo. Se parece a las sillas de mano que había en Francia antes de la revolución. Todo el mundo va a caballo o en mula. Los asnos están destinados a llevar fardos a las montañas. Los indios emplean llamas para esto.

La llama es el animal de carga de la cordillera.[43] En él se hacen los transportes y el indio lo utiliza para comerciar con los valles. Ese gracioso animal es muy interesante de estudiar. Es el único de los animales asociados al hombre al que éste no ha logrado envilecer. La llama no se deja golpear ni maltratar. Consiente en ser útil, pero a condición de que se le ruegue y no se le mande. Esos animales caminan en tropeles más o menos numerosos, conducidos por indios que van por delante de ellos, a una gran distancia. Si el tropel se siente cansado se detiene y el indio se detiene igualmente. Cuando la estación se prolonga, el indio, inquieto al ver descender el sol, se decide, después de haber tomado toda clase de precauciones, suplicar a sus bestias para que continúen el camino. Se pone a cincuenta o sesenta pasos del grupo, adopta una actitud humilde, hace con la mano un gesto de los más acariciadores a sus llamas, les dirige miradas tiernas y al mismo tiempo grita con voz dulce y con una paciencia que no podía cansarme de admirar: ic, ic, ic, ic. Si las llamas están dispuestas a ponerse en camino, siguen al indio en buen orden, con paso igual y van muy ligero, pues sus patas son muy largas; pero si están de mal humor no vuelven la cabeza hacia el lado de la voz que las llama con tanto amor y paciencia. Permanecen inmóviles, ya apretadas las unas contra las otras, ya echadas mirando el cielo con miradas tan tiernas, tan melancólicas, que se creería verdaderamente que estas admirables criaturas tienen conciencia de otra vida. Su largo cuello, que llevan con graciosa majestad, las largas sedas de su pelaje siempre limpias y brillantes, sus movimientos flexibles y tímidos dan a esos animales una expresión de nobleza y sensibilidad que inspira respeto. Es preciso que sea así, pues las llamas son los únicos animales al servicio del hombre a los que éste no se atreve a golpear. Si sucede (cosa muy rara) que un indio en su cólera quiere exigir por la fuerza o aun por la amenaza lo que su llama no quiere hacer voluntariamente, y si el animal se siente maltratado con las palabras o con los gestos, levanta la cabeza con

[43] Llama es femenino en español y se pronuncia liama. (N. de la A.)

dignidad, no intenta huir y para escapar a los malos tratos (la llama nunca está atada o entrabada) se echa en el suelo, dirige sus miradas al cielo, gruesas lágrimas caen en abundancia de sus hermosos ojos, se escapan suspiros de su pecho y expira en el espacio de media hora o a lo más de tres cuartos de hora. ¡Felices criaturas! ¡Parecen no haber aceptado la vida sino con la condición de que ésta sea dulce!

Como estos animales ofrecen el único medio de comunicación con los indios de la sierra son de gran importancia comercial. Pero, estaría uno tentado de creer que la reverencia casi supersticiosa de la que son objeto no proviene únicamente del sentimiento de su utilidad. He visto a veces a treinta o cuarenta interceptar el paso en una de las calles más frecuentadas de la ciudad. Los transeúntes que llegaban cerca de ellos los contemplaban con timidez y volvían atrás. Un día entró una veintena de ellos al patio de nuestra casa y permanecieron seis horas. El indio se desesperaba y nuestros esclavos no podían hacer el servicio. Pero no importa, se soportó la incomodidad causada por estos animales sin que nadie pensara en dirigirles una mirada de disgusto. Por fin, los mismos niños que nada respetan, no osan tocar a las llamas. Cuando los indios quieren cargarlas dos de ellos se aproximan al animal, lo acarician y le cubren la cabeza a fin de que no vea que se le pone un fardo sobre el lomo. Si lo percibiera caería muerta. Es necesario proceder de igual modo al descargarlas. Si el fardo excede cierto peso, el animal se arroja inmediatamente al suelo y muere. Esos animales son de una gran sobriedad: un puñado de maíz basta para hacerlos vivir tres o cuatro días. Son con todo muy fuertes y viven mucho tiempo. Un indio me afirmó que tenía uno de treinta y cuatro años. Ningún otro hombre sino el indio de las cordilleras tendría suficiente paciencia y dulzura para utilizar a las llamas. Es sin duda de este extraordinario compañero dado por la Providencia al indígena del Perú que éste ha aprendido a morir cuando se exige de él más de lo que quiere hacer. Esta fuerza moral, tan rara en nuestra especie y que nos hace escapar por la muerte a la opresión, es muy común entre los indios del Perú. Tendré a menudo ocasión de probarlo.

Como se ha podido ver, la vida de Arequipa es una de las más aburridas. Lo era sobre todo para mí que soy de una actividad incesante. No podía habituarme a esa monotonía.

La casa de M. Le Bris era la única en la cual encontraba algunas distracciones. Todos esos señores me demostraban el más tierno interés y se afanaban por serme agradables. Cada vez que un extranjero llegaba a Arequipa M. Viollier venía a prevenirme, me lo describía y me preguntaba si deseaba que me fuera presentado. Yo aceptaba o rehusaba según el grado de curiosidad que me inspiraban esos personajes.

Vi en casa de M. Le Bris a muchos viajeros, oficiales de marina o comerciantes. Hablaré, sin embargo, sólo de uno que no pertenecía a ninguna de estas dos clases: del señor vizconde de Sartiges a quien conocí. Era secretario de embajada en Río de Janeiro, había obtenido de M. de Saint Priest, entonces embajador en el Brasil, un permiso de seis meses para visitar el Perú y había venido en la "Thisbé", mandada por M. Murat.

Nunca me he reído más que el día en que M. Viollier vino a anunciarme la llegada de M. de Sartiges, quien se había instalado en la habitación de M. Le Bris, ausente en aquel momento, y se proponía quedarse quince días en la ciudad.

M. Viollier era suizo en Arequipa, como lo era en Burdeos. Las emanaciones del volcán no habían ejercido ninguna influencia sobre su hermosa y robusta constitución. Estaba gordo y fresco como si jamás hubiese salido de sus montañas. Bueno, sencillo y poco locuaz jamás abandonaba su flema, pero juzgaba todo con un sentido recto y una tranquilidad que no me cansaba de admirar.

—¡Oh señorita!, me dijo, ¡qué personaje tan singular me ha enviado M. Le Bris! Palabra de honor, no sé qué cosa es. Al ver su persona tan bonita, tan frágil, tan delicada, su cara tan sonrosada, sus hermosos cabellos rubios tan rizados, al examinar sus manos blancas y llenas, al oír el sonido de su dulce voz, sin vacilar afirmaría que el vizconde de Sartiges no es otra cosa que una mujer. Le aseguro que así lo creí en un principio. Pero si se le juzga según sus conversaciones debe ser un hombre y un hombre muy peligroso para las mujeres... Al llegar ayer por la noche en lugar de descansar se puso a hablarme hasta la una de la madrugada. El principal objeto de su larga charla fue el de inquirir si en la ciudad había muchas mujeres bonitas. Si estas mujeres bonitas eran casadas o solteras y cuál sería el medio de acercarse a ellas. Y así lo demás. Esto constituyó el lado serio de la plática. La escasa aten-

ción que concedió al resto me pareció igualmente extraña. Por fin, señorita, ese joven o esa mujer es para mí algo extraordinario, inexplicable y recurro a usted para que me ayude a estudiarlo.

Por la tarde M. de Sartiges vino a verme. El bueno de M. Viollier no decía nada, escuchaba al vizconde con toda atención y sus miradas me interrogaban y parecían decirme: ¿Qué piensa usted?, ¿es un hombre o una mujer?

Confieso que yo misma estuve muy confundida y no hubiese podido responder a esta pregunta. El aspecto del vizconde se parecía al de aquellas jóvenes inglesas que encontramos a veces en nuestros paseos, a aquellas encantadoras criaturas cuyos hermosos ojos azules, celestes miradas, menudas facciones de virgen, tez blanca y sonrosada y cabellos con reflejos de oro, parecen que los han disputado a los ángeles de Rafael. Ese joven no tenía barba ni patillas y sólo un imperceptible bigote rubio guarnecía su labio superior. Sus miembros delgados, su talle fino, su pecho ligeramente sumido, anunciaban en él una extrema debilidad de constitución. La indumentaria de ese pequeño silfo estaba en armonía con su gentil persona.

Un bonito pantalón gris con polainas de tela sedosa, una leva negra que caía hasta las caderas, un ancho cuello de terciopelo y una corbata de terciopelo negro hacían resaltar su fina ropa. Guantes amarillos, un bastoncillo en una mano, en la otra unos lentes retenidos alrededor del cuello por una cadena de pelo negro: tal era la toilette del joven diplomático. Si al verlo costaba trabajo distinguir a qué sexo pertenecía, al escucharlo se quedaba uno aún más perplejo. Su voz tenía un encanto inexplicable. Bajaba los ojos con un candor muy difícil de encontrar en un hombre. Su conversación era extraña, muy variada y salpicada de rasgos de originalidad. Profesaba por todas las damas una admiración que le dispensaba sentir amor por alguna. —¡Por lo demás, decía, no creo ya en el amor! Tenía veintidós años. Sí, veintidós primaveras solamente habían pasado sobre esa cabeza imberbe y en tan poco tiempo la moral llegaba a la decrepitud. El joven vizconde se parecía a aquellos viejos que han gastado la vida y no les queda nada por aprender sobre la tierra. Había estado de agregado en las embajadas de Nápoles y de Inglaterra y tuvo en ambos países esas grandes aventuras amorosas que hastían el corazón y secan la fuen-

te de las más caras ilusiones. Ávido de sensaciones nuevas sentía un deseo incesante de ver. Apenas llegó a Río de Janeiro quiso ver más allá. Los hielos del Cabo de Hornos tentaron su curiosidad y sin tener en cuenta la fragilidad de su endeble persona se expuso con su débil pecho al espantoso invierno de los mares polares. Llegó a Valparaíso con una tos seca y en un estado de extrema delgadez; pero, sin embargo, se entregó a los placeres y después de permanecer en Chile llevando la vida de los marinos en tierra, cansado de las beldades chilenas, quiso conocer a las peruanas. Este niño-viejo se parecía mucho al colibrí que voltejea sucesivamente en las ramas de un árbol sin posarse sobre ninguna, o como dirían los furieristas, la papillonne [44] es su dominante.

M. de Sartiges hizo furor entre las damas de Arequipa. Todas ellas querían tener un mechón de sus rubios cabellos. Cuando pasaba por la calle se ponían a la puerta para ver al lindo francés de blondos cabellos.[45] Las más bonitas de mis amigas envidiaban mi felicidad de poder hablar con el vizconde. Algunas de ellas me preguntaban en su sencillez:

—¿Qué le dice ese encantador vizconde?, ¿le habla de amor?...

—No, señoras, M. de Sartiges no me habla de amor y eso me hace apreciar más sus frecuentes visitas.

M. de Sartiges no vivía en apariencia sino para frívolos goces. Sin embargo trataba de instruirse en todo lo que podía. Por supuesto, ponía sus placeres en primera línea, mas al mismo tiempo recogía aquí y allá datos sobre el país que recorría. Tomaba muchas notas, interrogaba a las personas capaces y prestaba al examen de las cosas una atención sostenida. M. Viollier no volvía de su asombro.[46] No podía concebir cómo ese pequeño ser se expo-

44 El sistema pasional de M. Fourier es demasiado conocido para verme obligada a decir a cuál de nuestras pasiones da el nombre de papillonne. (N. de la A.)

45 En el Perú los cabellos rubios y los ojos azules son los dos géneros de belleza que se estiman más. (N. de la A.)

46 M. de Sartiges escribió con el nombre de E.S. de Lavandais un interesante relato sobre su viaje al Perú que se publicó en la Eevue des Deux Mondes de París, el 15 de enero, el 1 de marzo y 15 de junio de 1851 con el nombre de "Voyage dans les Républiques de l'Amérique du Sud". En él, sin mencionar a Flora, la describe en estas líneas: "Encontré en una de las buenas casas de la ciudad a una joven señora medio francesa, medio española, que tenía que reclamar no sé qué de una familia de la ciudad de la que era pariente. Su vivacidad parisiense contrastaba singularmente con la tranquilidad aparente de las otras damas que la rodeaban quienes parecían comprender mejor el espíritu del corazón que el del cerebro". (N. de la T.)

nía voluntariamente a las más rudas fatigas, soportándolas con valor y desafiando toda especie de peligros únicamente para satisfacer su fantasía de ver nuevos países. M. Viollier tampoco pudo explicarse jamás cómo esa vida errante y penosa no había cambiado en nada, ni modificado el carácter, los gustos y las costumbres del vizconde. M. de Sartiges encontraba encantador dormir en pleno aire, en el suelo, sobre un saco y en medio de la pampa, y mientras tanto, durante toda su permanencia en casa de M. Le Bris no cesó de quejarse de la dureza de las sillas que se usaban en Arequipa. A la hora de la comida ponía sobre su asiento un tapiz doblado en cuatro. Se quejaba también de la alimentación. No sabían preparar el té, los helados no valían nada. Pero lo que le desesperaba y le hacía realmente desgraciado era que las lavanderas del país no supiesen planchar la ropa a su agrado. El vizconde tenía a su lado para servirle, no a un criado, sino a una especie de Miguel Morin a quien llamaba *su hombre*. Era un antiguo militar, robusto, hábil, inteligente y que entendía un poco de todo. Mi primo Althaus, que les trazó un itinerario para ir al Cuzco, pretendía que el servidor sabía más que el amo y por esta razón lo denominó *el Barón*. Nunca hablé con este último.

M. de Sartiges se quedó tres semanas en Arequipa. Todos se afanaron en festejarle lo mejor que pudieron. Nos reunimos en gran cabalgata para hacerle ver las pocas cosas curiosas que se encuentran en los alrededores de la ciudad. Se le dieron bailes, comidas y, en suma, no creo que estuvo descontento de la recepción que se le hizo. Se fue al Cuzco cargado de cartas de recomendación y he tenido el gusto de saber que le fue muy agradable la relación con M. Miota para quien le di una carta.

Durante la estada de M. de Sartiges en Arequipa llegó de Lima uno de mis primos políticos, el hombre más original que he encontrado en mi vida: Althaus, de quien ya he hablado. Desde la primera entrevista nos hicimos amigos. Althaus es alemán, pero habla francés a la perfección, pues ha pasado en Francia gran parte de su vida. A partir de aquel momento no tuve ya tiempo de reposo. Su conversación me gustaba mucho, encontraba tantas ocasiones de instruirme que aproveché de sus disposiciones de bohemio para entablar con él interminables charlas. Como su esposa, sus hijos y criados estaban con mi tío en Camaná venía a comer

conmigo donde mi prima, de suerte que no nos separábamos. Althaus tiene una manera de hablar de las personas y de las cosas muy especial en él. En español, que habla muy bien, así como en francés, encuentra palabras que describen y caracterizan y se citan enseguida como proverbios. Estuvo en todos nuestros paseos con M. de Sartiges y todo cuanto me decía respecto a este hombre-mujer era digno de nota.

—En resumen, me decía un día, veo, mi querida Flora, que desde hace quince años que dejé Francia, la juventud de su país no ha mejorado. En mi tiempo he visto a jóvenes de la edad de M. de Sartiges que ya tenían dos charreteras y se habían encontrado en mil lances. Jóvenes fuertes y robustos que resistían el frío y el calor, el hambre y la sed y toda especie de fatigas. ¡Ésos eran hombres! Pero alfeñiques como su vizconde a quien se tomaría por una marquesita disfrazada, le pregunto ¿de qué utilidad pueden ser a su país? Sin duda es simpático, pero ¿acaso con muñecas de esta naturaleza piensan ustedes hacer avanzar la civilización?

—Althaus, usted no aprecia sino la fuerza física.

—Es porque la fuerza física arrastra siempre consigo la fuerza moral. Ciertamente, no encontrará usted en una frágil apariencia de mujercilla un César, un Pedro el Grande o un Napoleón.

—Hay que creer, primo, que los hábitos de la juventud son muy fuertes, pues su buen sentido natural y sus conocimientos científicos no han podido desarraigar en usted los gustos del soldado.

—Prima, es usted encantadora, cuando se rebela contra los soldados. Pero dígame ¿qué espera de la juventud francesa? ¿Hará ella algo que pueda acercarse a las grandes cosas efectuadas por los soldados del Imperio?

Se puede juzgar por estas pocas palabras el carácter de mi primo Althaus. El hombre ha desaparecido dentro de su profesión. Soldado ante todo, encarna por completo al oficial de fortuna de Walter Scott. Dentro de algunos años ese tipo no se encontrará más en Europa.

Althaus hace la guerra desde la edad de diecisiete años. Sirvió como oficial de ingeniería en los ejércitos franceses y los aliados. La carrera de las armas es, a sus ojos, la primera y a la cual deben subordinarse las demás. La ejerce por gusto y se interesa en los combates, aunque sea indiferente a la causa por la cual se bate.

Le gusta la guerra por ella misma y se enrola con aquél a quien juzga más hábil. Después de los acontecimientos de 1815 permaneció al servicio de Alemania. Tenía un alto grado, buenos emolumentos y hubiese podido llevar una vida alegre en todas las guarniciones. Mas su actividad guerrera no podía acostumbrarse al reposo. Necesitaba ejercer su arte, el juego de las batallas, las fuertes emociones nacidas de los riesgos del éxito y de los reveses, la alegría del triunfo o la enseñanza de la derrota. Durante tres años esperó las querellas de los reyes y acogió hasta los más débiles rumores que pudieran presagiar la guerra, bien decidido a tomar parte y ponerse bajo la bandera de aquél a quien pareciera favorecer la fortuna. Pero, al ver que eran vanos los esfuerzos de los periodistas para provocar la continuación de las hostilidades, que los jefes de los pueblos, menos por moderación que por impotencia, persistían en seguir en paz y que todavía por largo tiempo la juventud de Europa se encontraba condenada a vegetar en sus hogares, Althaus se decidió dejar un país sobre el cual, decía, parecía haber caído la maldición de Dios. Presentó su dimisión, abandonó a su familia que lo amaba tiernamente y como verdadero aventurero fue al Perú en busca de ocasiones de combatir.

Al llegar a Lima, Althaus se presentó al jefe del gobierno y sin más recomendación que su buena presencia y su paso marcial fue recibido con distinción y empleado según sus deseos. Acostumbrado a las proporciones gigantescas de las guerras del Imperio, Althaus no hubiese podido imaginar que se pensaba entrar en campaña con un ejército menor de cincuenta mil hombres. Se sintió completamente desilusionado cuando se le dijo que el cuerpo del ejército, cuyo mando se le confiaba, se componía de ochocientos hombres. Cuando vio a los soldados peruanos mal equipados, sin ninguna noción de táctica ni de disciplina militar, cobardes y casi sin ninguna de las virtudes del guerrero, el pobre Althaus quedó petrificado y creyó que se burlaban de él. El desgraciado se sintió tentado de abandonar América y acudir a los campos de Grecia donde tenía noticias de que había guerra entre la cruz y la media luna. Pero Althaus aborrece el mar. Había sufrido mucho en el viaje que acababa de hacer y la inmensa distancia que separa el país de los helenos del de los incas le hizo temer que no llegaría sino para ser testigo del final de la lucha. Se resignó, pues, a

quedarse en el Perú. Reflexionó que en este país nuevo sus talentos de ingeniero podían emplearse de mil maneras; propuso al gobierno levantar el plano topográfico del territorio y encargarse de todos los trabajos de esta clase que se juzgara conveniente emprender. Su propuesta fue aceptada. Quedó en el ejército peruano en calidad de coronel de ingeniería, fue nombrado ingeniero y geógrafo en jefe de la República y encargado de la ejecución del mapa del Perú. Se le asignó 600 pesos al mes (3 000 francos) fuera de sus gastos de viaje. Tuvo dos ayudantes agregados a su persona, como jefe de la ingeniería militar, y dos ayudantes geógrafos para los trabajos topográficos. Hacía catorce años que Althaus vivía en el Perú. Se había encontrado en todos los combates sin haber recibido jamás la menor herida en ninguno de ellos. En 1825 vino a Arequipa en el séquito de Bolívar y se alojó en casa de mi tío Pío a quien conocía mucho. Conoció a mi prima Manuela de Flores, hija de una hermana de mi padre, se enamoró de ella, se hizo amar de la joven y venciendo una ligera oposición la obtuvo de mi tío, tutor de Manuela que era huérfana. Althaus se casó con mi prima en 1826. Tenían, cuando estuve en el Perú, tres hijos: dos hombres y una mujer.

Althaus tiene todas las virtudes que honran al hombre y, al mismo tiempo, defectos aparentemente inconciliables con sus cualidades y que deben atribuirse al largo ejercicio de su profesión. Se acusa a mi primo de ser duro. Se le reprocha la severidad de sus exigencias y el rigor de los castigos que impone a sus soldados y subordinados. Estoy muy lejos de excusar semejantes defectos, pero haré notar, sin embargo, que a un veterano de los ejércitos de Alemania le sería preciso ser más que un ángel para no ser duro y hasta violento al mandar a los peruanos; sería de desear, para el progreso de la civilización, que el Perú tuviese hombres del temple de Althaus a la cabeza de todos los servicios públicos. Amable con todo el mundo, a mi primo le agrada prestar servicios y los ha prestado hasta a sus enemigos. Es caritativo con los pobres, generoso con todos los que lo rodean, buen padre, buen esposo, aunque a veces un poco brusco e idólatra de sus hijos. Muy laborioso, tiene una gran paciencia para sus investigaciones, estudios y trabajos de toda índole. Posee una rara inteligencia, conocimientos profundos y casi universales. Su espíritu es sardónico

en exceso. La franqueza y la extravagancia de sus expresiones sobrepasan todo cuanto se podría decir. Se ríe de todo, ve siempre el lado chistoso, coge el ridículo de las cosas y de las personas con tanta precisión y lo manifiesta con tanta libertad que los más valientes se estremecen. Althaus no es querido. Es demasiado severo en el ejercicio de sus deberes y ha herido el amor propio de muchos. Se le teme de tal manera que a menudo se desvían de su camino para evitar su encuentro. Althaus tenía entonces cuarenta y ocho años. Su físico es el de un alemán rubio, grueso y fuerte. Es un hombre cuadrado, infatigable, puntual en todos sus deberes y de una gran lealtad en sus tratos.

Althaus evitaba con cuidado hablarme del motivo de mi viaje y a este respecto dejaba la decisión a don Pío quien, como resultado de una larga costumbre, trataba todos los negocios de la familia. Mi tío había administrado durante cuarenta años la fortuna de mi abuela y a raíz de la rendición de cuentas y de los arreglos de la sucesión, Althaus, militar franco, poco versado en materia de intereses y teniendo que hacer frente a un hombre de la fuerza de mi tío, no obtuvo la mejor parte. Fue perjudicado en todo. Se quejaba, entre otras cosas, de que todas las buenas tierras de Camaná se encontraban dentro del lote de mi tío, mientras las malas habían sido dejadas en las partes de Manuela y de la hija de mi prima Carmen.

De Camaná mi tío había ido a Islay para tomar baños de mar. Me pareció evidente que afectaba demostrar que no me temía al diferir con diversos pretextos su regreso a Arequipa. Desde hacía tres meses vivía en su casa y lo esperaba. Por fin me anunció su salida de Islay y me invitó a ir a su encuentro, si esto me convenía, hasta su casa de campo donde pensaba detenerse.

Iba, pues, a ver a este tío en quien se cifraban ahora todas mis esperanzas, al hombre que debía todo a mi padre, su educación, su ascenso y, por consiguiente, sus éxitos en el mundo. ¿Qué acogida iba a dispensarme? ¿Qué sensación experimentaría a su vista? A este pensamiento mi corazón latía con violencia. En mi juventud quise yo tanto a este tío a quien mi imaginación me representaba como un segundo padre y sufrí tanto cuando mi madre me dijo: "Tu tío te ha abandonado", que nunca pensaba en él sin sentir la más viva emoción.

El 3 de enero, hacia las cuatro de la tarde, monté a caballo acompañada de mi querido primo Manuel, de Althaus, del bueno de M. Viollier, mis tres íntimos, y seguida de una multitud de otras personas, quienes venían más bien para satisfacer su curiosidad que por interés por mí o atención hacia don Pío de Tristán. Nos dirigimos a la hermosa casa de campo que mi tío llama simplemente su *chacra*.[47] Está situada a legua y media de la ciudad. Cuando nos acercamos, Manuel y Althaus se adelantaron para anunciarme. Poco después vi a un jinete que venía a toda velocidad. Exclamé, ¡mi tío! Lancé mi caballo y en un instante me encontré a su lado. Lo que sentí entonces no podría expresarlo sino imperfectamente con las palabras. Tomé su mano y apretándola con cariño le dije:

—¡Oh, tío! ¡Qué necesidad tengo de su cariño!...

—¡ Hija mía!, lo tiene por completo. La quiero como a mi hija. Usted es mi hermana, pues su padre me sirvió de padre. ¡Ah!, mi querida sobrina, qué feliz soy de verla, de contemplar las facciones que me recuerdan tan fielmente las de mi pobre hermano. Es él, él, mi hermano, mi querido Mariano, en la persona de Florita. Me atrajo hacia sí, incliné mi cabeza sobre su pecho con riesgo de caer del caballo y permanecí así mucho tiempo. Me levanté bañada en lágrimas, logré recuperar mi calma y fui por delante con mi tío sin hablar. Al entrar en el patio, mi tía, que es también mi prima porque es hermana de Manuela, vino hacia mí, y me acogió graciosamente; pero en el fondo de ella adiviné una gran sequedad de alma. Abracé a sus hijos: tres mujeres y un varón. Los cuatro me parecieron muy fríos. En cuanto a mi prima Manuela no fue lo mismo. Se echó en mis brazos, me abrazó con ternura y con los ojos llenos de lágrimas y con voz emocionada me dijo:

—¡Ah, prima mía! ¡Cuánto he deseado conocerla! Desde que tuve noticia de su existencia la quiero, admiro su valor y deploro sus sufrimientos.

Nos quedamos cerca de dos horas en este sitio de campo. Me paseaba por el jardín con mi tío. No podía cansarme de oírlo. Hablaba el francés con una pureza y una gracia encantadoras. Estaba encantada de su espíritu y su amabilidad me fascinaba.

47 En el Perú se usa esta palabra para designar una casa de campo. (N. de la A.)

A las siete nos pusimos en camino hacia Arequipa. Mi tío subió en su hermosa y fogosa yegua chilena. La habilidad y gracia con que la conducía denotaban que su educación ecuestre había tenido lugar en Andalucía. Esta vez también estuve a la cabeza de la numerosa caballada. Mi tío, a mi derecha, no cesaba de conversarme de la manera más amistosa.

Al llegar a la casa encontramos a mi prima Carmen ocupada en hacer los honores, en el gran salón, a los numerosos visitantes que habían venido para recibir a don Pío y a su familia. Mi prima hizo preparar una comida soberbia. Mi tía invitó a todas las personas presentes. Algunos aceptaron; otros se quedaron a conversar o fumar. Permanecí mucho rato con mi tío. Su conversación tenía para mí un atractivo irresistible. Fue necesario, sin embargo, retirarse y aunque era tarde lo dejé con pesar. Estaba encantada y gozando de la dicha de encontrarme cerca de él, no me atrevía a reflexionar en lo que debía esperar, por completo subyugada por el encanto que esparcía en torno a mí.

—I—
Don Pío de Tristán y su familia

Mi tío no tiene cara de europeo. Ha sufrido la influencia que el sol y el clima ejercen sobre el organismo humano, así como sobre todo cuanto existe en la naturaleza. Nuestra familia es, sin embargo, de pura sangre española y tiene esto de notable: los numerosos miembros que la componen se parecen todos entre sí. Mi prima Manuela y mi tío son los únicos totalmente diferentes de los demás. Don Pío sólo tiene cinco pies de estatura. Es muy delgado y endeble, aunque de constitución robusta. Su cabeza es pequeña y está guarnecida de cabellos que recién empiezan a encanecer. El color de su piel es amarillento. Sus facciones son finas y regulares; sus ojos azules, chispeantes de espíritu. Tiene toda la agilidad del habitante de las cordilleras. A su edad (tenía entonces sesenta y cuatro años) era más ligero y más activo que un francés de veinticinco. Al verlo por detrás se le hubiese dado treinta años y de frente a lo más cuarenta y cinco.

Su espíritu reúne la gracia francesa, la astucia y la obstinación propias del habitante de las montañas. Su memoria y su aptitud para todo son extraordinarias. Nada hay que no comprenda con admirable facilidad. Su trato es suave, amable y lleno de encanto. Su conversación es muy animada, brillante y con salidas de ingenio. Es muy alegre y si a veces se permite algunas bromas son siempre de buen gusto. Ese exterior seductor no se contradice jamás. Todo cuanto dice, los gestos que acompañan sus palabras y hasta su manera de fumar un cigarrillo revelan al hombre distinguido, cuya educación ha sido esmerada, y se admira uno al

descubrir al hombre de corte en el militar que ha pasado veinticinco años de su vida en medio de los soldados. Mi tío tiene el talento exquisito de hablar a cada cual en su lenguaje. Cuando se le escucha está uno de tal modo fascinado por sus palabras que se olvidan las quejas que se tienen contra él. Es una verdadera sirena. Nadie todavía ha producido sobre mí el efecto mágico que él ejercía sobre todo mi ser.

A todas estas brillantes cualidades que hacen de don Pío de Tristán uno de esos hombres de excepción destinados por la Providencia a conducir a los demás, se une una pasión dominante, rival de la ambición y que ésta no ha podido reprimir: la avaricia. Ésta le hace cometer los actos más duros; sus esfuerzos para ocultar una pasión que lo desacredita, lo hacen proceder a veces en una forma muy generosa. Si no fuese visible para todos no sentiría la necesidad de desmentirla. Sus generosidades accidentales pueden muy bien echar un velo de ambigüedad sobre el fondo de su carácter ante los ojos de los observadores descuidados, pero no podrían hacerse ilusiones sus íntimos y quienes mantienen con él relaciones continuas.

Poco tiempo después de su regreso a España mi tío se casó con su sobrina, la hermana de Manuela. Mi tía se llama Joaquina Flores. Debe haber sido, sin contradicción, la más hermosa persona de toda la familia. Cuando la vi podía tener unos cuarenta años y era todavía muy bella. Sus numerosos partos (había tenido once hijos), más que los años, habían marchitado su belleza. Sus grandes ojos negros son admirables de forma y de expresión, su piel dorada y limpia, sus dientes, de la blancura de las perlas, le daban mucho esplendor. Mi tía me daba una idea de lo que debió ser Mme. de Maintenon. Ha sido formada por mi tío y, aunque su primera educación haya sido muy descuidada, ciertamente la discípula hace honor al maestro. Joaquina estaba hecha para ser regente de un reino o amante de un rey septuagenario.

Su gran talento es el de hacer creer, hasta a su marido por más astuto que éste sea, que no sabe nada y que se ocupa únicamente de sus hijos y de su hogar. Su gran devoción, su aire humilde, dulce, sumiso, la bondad con que habla de los pobres, el interés que demuestra a las gentes modestas que la saludan cuando pasa por las calles, la timidez de sus maneras y hasta la extrema sencillez

de sus vestidos, todo anuncia en ella a la mujer piadosa, modesta y sin ambición. Joaquina ha adoptado una sonrisa amable, un sonido de voz halagüeño para acercarse a los partidarios de quienes se disputan el poder. Sus maneras son sencillas, su espíritu penetrante, su elocuencia persuasiva y sus hermosos ojos se llenan de lágrimas con la menor emoción. Si esta mujer se hubiese encontrado colocada en una situación proporcionada a sus capacidades, habría sido uno de los personajes más notables de la época. Su carácter está moldeado por las costumbres peruanas.

Desde el primer momento Joaquina me inspiró una repulsión instintiva. Siempre he desconfiado de las personas cuya graciosa sonrisa no está en armonía con su mirada. Mi tía ofrece al ojo avizor la representación de esta discordancia, a pesar de su cuidado en poner de acuerdo el tono de su voz con la sonrisa de sus labios. Su cortesía causa la admiración de quienes la conocen pues en el Perú lo que más se estima es la falsedad. Un día Carmen, después de haberme hecho la enumeración de los mejores diplomáticos del país, me dijo con un suspiro de envidia:

—¡Pero ninguno de los que acabo de citar iguala a Joaquina! Imagínese, Florita, ha llegado a tal grado de perfección que recibe a su más encarnizado enemigo con la misma calma y la misma amabilidad que a su amigo más íntimo. Jamás deja ver sobre su rostro el más ligero indicio de los sentimientos que la agitan. ¡Oh! Es una mujer extraordinaria. Hubiese representado un gran papel en las cortes de España; pero aquí ese hermoso talento está perdido, pues nada o poca cosa hay que hacer.

Joaquina hace gran alarde de religiosidad. Observa todas las prácticas supersticiosas del catolicismo con una puntualidad fatigante para quienes la rodean. Mas es preciso conciliarse el favor del clero y la veneración de la multitud gazmoña, y nada hay penoso para los intereses de su ambición. Halaga a los pobres con dulces palabras, pero no consuela su miseria como su inmensa fortuna le permitiría hacerlo. La religión no es en ella esa cualidad del alma que se manifiesta por el amor a sus semejantes. La suya no la empuja a ningún sacrificio, a ningún acto de abnegación. Para ella es un instrumento al servicio de sus pasiones y un medio de acallar el remordimiento. Más ávara que su marido, Joaquina comete actos de una irritante dureza. Su egoísmo parali-

za en ella todo movimiento generoso. Bajo apariencias de humildad oculta un orgullo y una ambición sin medida. Le gusta la sociedad y sus pompas, el juego con furor, la buena mesa con sensualidad, engríe a sus hijos para que no la importunen de manera que son muy mal educados. Consagrados por entero a su ambición y a su avaricia, los padres no se ocupan de ellos en lo menor y aunque Arequipa ofrece recursos para la instrucción, pues hay maestros de dibujo, de música y de lengua francesa, a los hijos de mi tío no se les instruye en nada, ni poseen nociones de alguna especie de talento. El mayor tenía, sin embargo, dieciséis años. Los otros, doce, nueve y siete.

La hermana de Joaquina, Manuela Flores de Althaus, no se le parece en nada. Es una de aquellas encantadoras criaturas que el arte imita pero no moldea y que embellecen y vivifican todo no pareciendo felices sino con la dicha que derraman a su alrededor. Mi prima Manuela es en Arequipa lo que son en París las elegantes del barrio de Gante o de Bouffé. Es la mujer modelo a quienes todos envidian o tratan de imitar. Manuela no perdona cuidados ni gastos para ponerse al corriente de las nuevas modas. Recibe el periódico que les está consagrado y sus corresponsales le hacen llegar los nuevos vestidos a medida que éstos aparecen. M. Poncignon considera a mi prima como su mejor cliente y la llama antes que a ninguna otra señora de la ciudad para que escoja las novedades que recibe. En esto M. Poncignon procede con mucho discernimiento pues si Manuela recibe la moda de las parisienses, es ella quien la da a las arequipeñas. La mejor costurera, permanente en su casa, copia las toilettes representadas en los grabados con tal exactitud que a menudo, al ver a mi prima, creería ver a una de esas gentiles señoras que adornan el escaparate de Martinet en la calle de Coq. Este servilismo en la imitación perjudicaría a muchas otras, pero Manuela es tan graciosa que sobre ella todo se embellece, todo es encantador. Sus lindas facciones, la expresión de su fisonomía tan espiritual como alegre, su aire distinguido, sus maneras afables y su paso ligero y elegante se armonizan con todos los vestidos por extraños que parezcan.

Manuela, así como mi tío Pío, no se parece ni por las facciones ni por el carácter a los demás miembros de la familia. Es gastadora hasta la prodigalidad. El lujo y el refinamiento en todo son para

ella indispensables. Sería en realidad desgraciada si no tuviese camisas de batista adornadas con encajes, bonitas medias de seda y zapatos de raso de los mejor hechos. No hay mujerzuela en París que use más que ella, perfumes, pastas, pomadas, baños y cuidados de toda especie para su persona. Por el perfume que exhala se creería uno rodeada de magnolias, rosas, heliotropos y jazmines. Y las flores tan frescas como hermosas que constantemente adornan su cabeza la harían suponer consagrada a su culto. Su casa está arreglada con mucho lujo. Sus esclavos están bien vestidos y sus hijos son los mejor puestos de toda la ciudad, sobre todo la niñita, que es un amor, ¡a tal punto es simpática y bien ataviada! Manuela no tiene nada de la seriedad española, es de una alegría loca, aturdida, ligera y de una puerilidad cuyo candor contrasta con esa cortesía rastrera y disimulada de la sociedad peruana. Busca las diversiones con pasión. Le agradan todas. Los espectáculos, bailes, soirées, paseos y visitas son sus más caras ocupaciones y con todo no bastan a su actividad. Encuentra tiempo para interesarse en la política, para leer todos los periódicos y estar perfectamente enterada de todos los asuntos de su país y de los de Europa. Ha aprendido hasta francés para poder leer los periódicos publicados en Francia. Además, sostiene una correspondencia continua y voluminosa con su marido, que está casi siempre ausente, y con muchas otras personas. Escribe muy bien y con una facilidad sorprendente. Reúne a todas estas ventajas las cualidades del corazón: es muy generosa y de una sensibilidad que se encuentra muy rara vez. Manuela está hecha para vivir en las sociedades de élite que ofrecen las grandes capitales de Europa en donde podría brillar con vivo esplendor. Pero, ¡ay!, la pobre prima se halla reducida a gastar su rico temperamento en medio de un mundo en el cual las pequeñas intrigas no se avienen con su carácter. Sus elegantes toilettes, que en los suntuosos salones de París encantarían a una multitud, son cosa perdida en las reuniones de Arequipa y para la clase de gentes que las forman bien podría evitarse tanto trabajo. Mas el adorno es para su naturaleza como la belleza del plumaje para los pájaros de su país: nacida reina, brilla en un oasis del desierto. Según el retrato que acabo de trazar de mi prima, se admirará uno quizá de que haya escogido por marido a un soldado como Althaus, cuyas maneras simpatizan poco con las de

esta mujer tan graciosa, tan refinada y tan perfumada; pero a pesar de todo se llevan muy bien. Manuela quiere mucho a su marido, soporta todas sus brusquedades sin asustarse en lo menor y no por eso deja de hacer sus cuatro voluntades. Althaus, por su lado, quiere a su esposa y se lo prueba con todas las atenciones que tiene para ella. La deja de dueña absoluta, le compra todo cuanto cree que le puede gustar y goza con los adornos con que engalana su hermosura. El ejemplo de este hogar prueba que los contrastes se armonizan a veces mejor que las similitudes.

Los primeros días de la llegada de mi tío se pasaron en conversar. No me cansaba de escucharlo. Me refirió la historia de toda nuestra familia, deploró la fatalidad que le había privado de conocerme antes y, en fin, me habló con tanta bondad y cariño que olvidé su conducta anterior y creí poder contar con su justicia respecto a mí. Pero, ¡ay!, no tardé en desengañarme. Un día que hablábamos de asuntos de familia me pareció que deseaba enterarse del motivo de mi viaje al Perú. Le dije que, como no tenía en Francia parientes ni fortuna, había venido a buscar auxilio y protección al lado de mi abuela; pero, al tener noticia de su muerte en Valparaíso, apoyaba ahora en su afecto y en su justicia todas mis esperanzas.

Esta respuesta pareció inquietarlo y desde sus primeras palabras sobre este tema quedé petrificada de admiración y de dolor.

—Florita, me dijo, cuando se trata de negocios, no conozco sino las leyes y pongo de lado toda consideración particular. Usted me muestra una partida de bautismo en la que está usted calificada de hija legítima. Pero no me presenta el certificado de matrimonio de su madre, la partida del estado civil establece que usted ha sido inscrita como hija natural. Con este título tiene usted derecho al quinto de la sucesión de su padre. Ya le he enviado las cuentas de los bienes que él dejó y que yo había quedado encargado de administrar. Usted ha visto que he tenido apenas con qué pagar las deudas que contrajo en España, mucho tiempo antes de pasar a Francia. En cuanto a la sucesión de nuestra madre usted sabe, Florita, que los hijos naturales no tienen ningún derecho sobre los bienes de los ascendientes de sus padres. Así, pues, no tengo nada suyo, mientras no dé a conocer una partida revestida de todas las

formas legales que compruebe el matrimonio de su madre con mi hermano.[48]

Mi tío habló sobre este tono durante más de media hora y la sequedad de su voz y la expresión de sus facciones demostraba que se hallaba en uno de esos momentos en los cuales el hombre está poseído por entero por su pasión dominante. Era el ávaro descrito por Walter Scott, el padre de Rebeca, quien cuenta una por una las piezas de oro de su saco y las vuelve a colocar sin dar nada al que acaba de hacérselas encontrar. ¡Oh! ¡Cómo se empequeñece el hombre, cómo se envilece cuando se deja tiranizar así por pasiones que ahogan en él los sentimientos de la naturaleza! Estaba en el escritorio de mi tío, sentada sobre un sofá y él se paseaba a lo largo hablando mucho, como un hombre que trata de persuadirse a sí mismo de que no comete una mala acción. Yo veía lo que pasaba dentro de él y le tenía piedad. Los malos son desgraciados, hay que compadecerlos. Los vicios no dependen de ellos. Son los amos que nos han dado las instituciones sociales y al yugo de los cuales sólo las naturalezas privilegiadas pueden sustraerse.

—Tío, le dije, ¿está usted bien seguro de que soy hija de su hermano?

—¡Oh! Sin duda, Florita. Su imagen se reproduce en usted demasiado fielmente para ponerlo en duda.

—Tío, usted cree en Dios. Cada mañana entona sus alabanzas y observa con exactitud los ritos de la religión. ¿Supone que Dios puede ordenar al hermano que abandone a la hija de su hermano, que la desconozca y la trate como a una extranjera? ¿Piensa usted no infringir la ley cuyo divino sello está en nosotros,

[48] Don Pío de Tristán refutaba a Flora con la verdad, ya que ésta no tenía ningún derecho —fuera del quinto— a la sucesión de su padre. La ley que entonces regía en el Perú —que era la española— no consideraba herederos a los hijos naturales. La ley no les concedía derechos sobre los bienes de su padre o madre muertos sino cuando habían sido legalmente reconocidos. Tampoco les concedía ningún derecho sobre los bienes de los ascendientes de su padre o madre, según puede verse en la recopilación de Leyes de Toro. Y en el Fuero Real decía: "Son herederos forzosos los hijos descendientes legítimos con exclusión de los naturales a quienes sólo se puede dejar el quinto...". Por eso M.L. Vidaurre en su Proyecto de Código Civil Peruano, publicado en 1834, proponía modificar la ley en este sentido: "Los hijos naturales son herederos legítimos de los padres en la tercera parte" y más adelante: "El derecho de los hijos naturales es el mismo y en los mismos casos para con los abuelos y demás ascendientes" (pp. 23 y 24 de dicha obra). (N. de la T.)

negándose a entregar a la hija la herencia de su padre? ¡Oh! No, tío, tengo la convicción de que no será usted sordo a la voz de su alma, no mentirá a su conciencia ni renegará de Dios.

—Florita, los hombres han hecho las leyes. Éstas son tan sagradas como los preceptos de Dios. Sin duda debo quererla y la quiero a usted, en efecto, como a la hija de mi hermano. Pero como la ley no le confiere ningún título a la herencia que le hubiese correspondido a mi hermano no le debo nada de lo que habría podido pertenecerle. Le toca solamente el quinto de aquello que poseía en el momento de su muerte.

—Tío, el matrimonio de mi padre con mi madre es un hecho notorio. No ha sido disuelto sino por la muerte. Este matrimonio, celebrado por un sacerdote como usted sabe, no ha sido, convengo en ello, revestido de las formalidades prescritas por las leyes humanas. He sido la primera en anunciárselo. Pero la buena fe ¿podría invocar un derecho por la omisión de esas formalidades para apropiarse del pan de la huérfana? ¿Piensa usted que podían faltarme los medios de suplir esas fórmulas omitidas si hubiese dudado de su justicia? ¿Cree usted que me habría sido difícil obtener en una de las iglesias de España un título que regularizase el matrimonio de mi madre? Provista de esta pieza en vano habría usted podido negarme la parte correspondiente a mi padre. No hubiese podido privarme de un solo óbolo. Antes de mi partida he consultado con muchos abogados españoles. Todos me aconsejaron proveerme de semejante título y me indicaron el medio que debía emplear para procurarlo. Pues bien, tío, he rechazado esos consejos y mi correspondencia debe hacerle añadir fe a mis palabras. Los he rechazado porque creí en su afecto y porque sólo de su justicia quería obtener la fortuna que me podía tocar.

—Pero Florita, no concibo por qué se obstina usted en creerme injusto. ¿Soy depositario de sus dineros? ¿Tiene derecho a reclamarme un peso?

—Sea, tío. Puesto que se encastilla usted en la letra de la ley, tiene razón y sé por lo demás que bajo la denominación de hija natural no tengo derecho a la herencia de mi abuela. Pero como hija de su hermano a quien usted le debe todo ¿no tengo derecho a su reconocimiento particular? Pues bien, tío, es ese reconocimiento el que invoco. No pido a usted ni a los coherederos los 800 000

francos que cada uno de ustedes ha recibido. Sólo le pido la octava parte de esa suma, lo justo para tener con qué vivir de manera independiente. Mis necesidades son muy restringidas y mis gustos modestos. No me agrada la sociedad ni su lujo. Con 5 000 francos de renta podría vivir en cualquier parte libre y feliz. Ese don, tío, colmará todos mis votos. No quiero deberlo sino a usted solo. Yo lo bendeciré y mi vida no será nunca bastante larga para poder satisfacer la gratitud que sentiría.

Al decir estas palabras fui a su lado. Tomé una de sus manos y la apreté fuertemente contra mi corazón. Mi voz estaba entrecortada por mis lágrimas. Lo miraba con una expresión inefable de ternura, de ansiedad y de reconocimiento y esperaba, temblando, la respuesta que parecía meditar.

—Querido tío ¿consiente usted, no es cierto, en hacerme feliz? ¡Ah! ¡Qué Dios le conceda larga vida! Mi felicidad y mi gratitud van a derramar dulzura y quietud y le pagarán así con creces todo cuanto haga por mí.

Mi tío salió de su silencio con un movimiento brusco.

—Pero, Florita ¿cómo, pues, entiende usted este asunto? ¿Piensa usted que yo puedo darle 20 000 pesos? ¡Es una suma enorme!... ¡20 000 pesos!!!

No podría explicar el efecto súbito que la brusquedad y la dureza de esta respuesta produjeron en mí. Lo que puedo decir es que al estado de sensibilidad en que me hallaba desde el principio de la conversación sucedió un acceso de indignación tan violento, la conmoción que sentí fue tan fuerte, que creí llegado mi último instante. Me paseaba por el cuarto sin poder hablar. De mis ojos brotaban relámpagos, mis músculos estaban rígidos. No hubiese entonces oído caer el rayo. No sabía lo que mi tío me decía. Estaba en uno de aquellos momentos en que el alma se comunica con una potencia sobrehumana.

Me detuve delante de él, le apreté el brazo con fuerza y hablé en un tono de voz que no me había oído nunca:

—¿Así, pues, don Pío, con sangre fría y con premeditación, rechaza usted a la hija de su hermano, de ese hermano que le sirvió de padre, a quien debe usted su educación, su fortuna y todo lo que es usted? En reconocimiento de lo que usted debe a mi padre, usted que posee 300 000 francos de renta, ¿me condena fríamente

a sufrir la miseria? ¡Cuando usted tiene un millón y más, usted me abandona a los horrores de la pobreza, me entrega a la desesperación, me obliga a despreciarlo, usted a quien mi padre me enseñó a amar, usted, el único pariente sobre quien descansaban todas mis esperanzas! ¡Ah! ¡Hombre sin fe, sin honor, sin humanidad, yo lo rechazo a mi vez. No soy de su sangre, le entrego a los remordimientos de su conciencia! No quiero ya nada suyo. Desde esta tarde saldré de su casa y mañana toda la ciudad conocerá su ingratitud para con la memoria de ese hermano que provoca sus lágrimas cada vez que pronuncia su nombre, su dureza para conmigo y la manera cómo ha burlado la imprudente confianza que yo había depositado en usted.

Salí del gabinete y entré en mi gran sala abovedada. Me hallaba en un estado de exasperación y de sufrimiento que las palabras no podrían hacer concebir. Escribí enseguida a M. Viollier. Cuando éste llegó le rogué buscarme un alojamiento y le confié mi deseo de no permanecer por más tiempo en casa de mi tío. Me suplicó esperar dos días, pues M. Le Bris debía llegar de Islay al día siguiente.

Mi tío había ido enseguida a comunicar a toda la familia mis intenciones hostiles. Althaus quedó encargado de traerme palabras de paz. Le referí la escena que acababa de tener con don Pío.

—Eso no me admira, me dijo. Después de todo lo que usted sabe de él, hubiese debido esperarlo. Pero, mi querida Flora, antes de hacer escándalo y de atraerse pesares más vivos aún, veamos si no es posible arreglar las cosas. Si usted tiene algunos derechos, no seré yo ni Manuela quienes los pondremos en duda. Se reharán las partes, tendremos cada uno lo que es nuestro y todo quedará terminado. Don Pío y el tío de Margarita (la hija de mi prima Carmen) son dos abogados muy astutos, pero usted podría escoger al doctor Valdivia, quien ciertamente está a la altura de poder luchar con ellos. Si usted persiste en querer salir de la casa de don Pío le ofrezco la nuestra y aunque litiguemos el uno contra el otro no por eso dejaremos de ser buenos amigos.

Manuela vino a hacerme los mismos ofrecimientos, me demostró mucho interés y me prodigó todos los consuelos que pudo.

Por la noche no pude gustar de un solo instante de reposo. La fiebre agitaba mi sangre y me impedía permanecer extendida sobre mi lecho. No podía estar en el mismo sitio. Iba y venía y hasta me vi obligada a salir al patio para respirar el aire fresco de la

mañana. ¡Oh!, ¡qué sufrimiento era el mío! ¡Destruida mi última esperanza! Esta familia a la que había venido a buscar desde tan lejos, cuyos miembros me presentaban el egoísmo en todos sus aspectos, en todas sus fases, fríos, insensibles a la desgracia de otro, ¡como estatuas de mármol! ¡Mi tío, el único de ellos que había vivido con mi padre, de quien había sido tan amado, quien había depositado en él toda su confianza! ¡Mi tío, cuyo afecto me había abandonado por completo, mi tío, cuyo corazón a muchos títulos debió compadecer los sufrimientos del mío, se mostraba a mí con toda la árida desnudez de su avaricia y de su ingratitud! Fue también una de esas épocas de mi vida en la que todos los males de mi destino se dibujaron ante mis ojos con todo cuanto tenían de cruel tortura. Nacida con todas las ventajas que excitan la ambición de los hombres, éstas no me eran mostradas sino para hacerme sentir la injusticia que me despojaba de su goce. Veía abismos por donde quiera; a las sociedades humanas, organizadas contra mí; seguridad y simpatía en ninguna parte. ¡Oh, padre mío!, exclamaba involuntariamente, ¡cuánto mal me has hecho! ¡Y tú madre mía..! ¡Ah, madre mía!, te perdono, pero el cúmulo de males que has amontonado sobre mi cabeza es demasiado pesado para las fuerzas de una sola criatura. En cuanto a usted, don Pío, hermano más criminal que lo fue Caín al matar a su hermano de un solo golpe, pues usted asesina a la hija del suyo con mil tormentos, no le entrego a su conciencia porque no tiene conciencia quien como usted se prosterna tarde y mañana al pie de la cruz y tarde y mañana desmiente con sus actos las santas palabras de sus oraciones. Sólo las pasiones son los dioses de su fe: el dios de la suya es el oro. Así, por un poco de oro, usted desgarra mi corazón, usted lleva la desesperación y el odio a un alma que Dios había creado para amar a sus semejantes y elevarse hasta Él por la meditación. ¡Oh, tío mío! ¿Quién podrá hacerle comprender la extensión de los males que su execrable avaricia me condena a sufrir? Pero no. Ese hombre nada siente fuera del único goce de contemplar su oro. ¡Pues bien!, exclamé en un momento en que me sentí con una irresistible necesidad de venganza: ¡deseo que pierdas la vista!

Por la mañana mi cuerpo estaba agotado de cansancio y sin tener el menor deseo de dormir o de comer. La exaltación de mi cerebro me sostuvo así durante cinco días.

A la mañana siguiente fui a ver al presidente de la Corte de Justicia, hombre muy versado en las leyes y le confié mi situación. Me dijo que cuando mi tío recibió mi primera carta fue a consultarle y a la lectura de aquella carta él, antiguo abogado, había dicho a don Pío que no se inquietara en lo absoluto por las pretensiones que pudiese tener la hija de su hermano puesto que no tenía derecho a reclamar, sino el quinto de los bienes dejados por su padre.

—Señorita, agregó, nunca he comprendido cómo pudo usted escribir semejante carta... Don Pío mismo quedó sorprendido de tal modo que la hizo leer a un francés, temiendo haberse equivocado en el sentido de su contenido. Esta carta la ha perdido. Se puede decir que usted misma se ha cortado en cuatro la cabeza.

El señor presidente me invitó, sin embargo, a consultar con uno de los mejores abogados para no tener reproche alguno que hacerme. Consulté con dos y ambos opinaron que había materia para un proceso; pero me confesaron que el éxito era dudoso, sobre todo litigando contra don Pío en un país donde se vende la justicia. Mi tío era la parte más interesada pues había recibido una tercera parte, además de la suya por los derechos de su esposa, sin contar con un legado de 100 000 francos que mi abuela había hecho a Joaquina. Era hombre capaz de sacrificar el cuarto y hasta la mitad si fuera necesario con tal de obtener el triunfo. Los dos abogados no pudieron comprender mi conducta mejor que el Presidente.

—Esa carta, señorita, me dijeron, esa desgraciada carta la pierde. Si todavía hubiese usted venido con un documento que comprobara la notoriedad del matrimonio de su madre con su padre, esto aquí se podía haber considerado como una verdadera partida de matrimonio y habría usted vencido todas las dificultades que podían presentársele.

No me atreví a decir a aquellos señores que había contado con el cariño, el reconocimiento y la justicia de mi tío. Me habrían creído loca y preferí pasar por aturdida.

M. Le Bris llegó. Le consulté sobre lo que debía hacer. Se manifestó indignado contra mi tío a quien conoce y estima en su justo valor. Su carácter orgulloso lo llevó a aconsejarme que dejase enseguida la casa de don Pío. Me hizo todos los ofrecimientos de servicios que podía yo esperar de un antiguo amigo y encontré dulce consuelo en el interés que me demostró.

Sin embargo, mi tío tenía interés en no verme salir de su casa. Está dentro de su sistema arreglar amigablemente toda disputa en cuanto es posible, conocedor por experiencia de la superioridad de su talento en materia de transacciones. Me escribió, pues, y me preguntó si quería reunirme con todos los miembros de la familia: él, Althaus y el viejo doctor, representante de Margarita hija de Carmen. Yo no había podido decidirme verlo de nuevo después de la escena que acabo de relatar. Me servían la comida en mi cuarto y estaba siempre decidida a marcharme.

A pesar de todo cedí a las instancias de Althaus y me dirigí al gabinete de mi tío. ¡Qué cruel dolor sentí al ver otra vez a este hombre que me obligaba a despreciarlo! A él a quien me sentía inclinada a querer con el más vivo afecto. Me habló con más dulzura y amistad que nunca. Me hizo presente ante los dos testigos la conducta que había seguido conmigo. Althaus y el viejo doctor reconocieron que fue a solicitud de don Pío que me habían sido concedidos, a raíz de la división de los bienes de mi abuela, los 15 000 francos que ésta me había legado.

Los dos señores me dijeron también que debía a la generosidad de mi tío solo la pensión de 2 500 francos que recibía desde hacía cinco años. Me conmoví con estas pruebas de afectos de parte de mi tío y mis ojos se llenaron de lágrimas. Él se dio cuenta de esto y temiendo que mi orgullo sufriera por recibir anualmente esta suma a título gratuito, se apresuró a responder a esos señores que no era un don de su parte, sino una deuda que me pagaba.

—Porque, agregó, si por algunas faltas de forma en el matrimonio de su madre con mi hermano, Florita se encuentra privada de los derechos de hija legítima, ella tiene el derecho incontestable, como hija natural, por lo menos a una pensión alimenticia. Me he encargado yo solo de pagársela y le ruego aceptarla siempre, como si yo fuese su encargado de negocios. Después de una larga conversación en la cual mi tío tuvo el talento de persuadirnos, hasta a mí, de que me quería al igual de su propia hija y que su conducta con relación a mí no había cesado de ser leal, generosa y llena de reconocimiento por todo lo que debía a mi padre; después de haberme enternecido hasta provocar mis lágrimas y conmover a Althaus, me pidió con el modo más cariñoso olvidar todo lo que había pasado entre nosotros y me suplicó permanecer en

su casa como hija suya, como su amiga, la de su esposa y como la segunda madre de sus hijos. Y todo esto con tanto encanto, con tanta sinceridad en su acento, que le prometí cuanto quiso. Joaquina vino enseguida a acabar lo que mi tío había comenzado tan bien y las dos sirenas me fascinaron a tal punto que, renunciando a todo proceso, me confié no ya a su justicia, sino a sus promesas.

M. Le Bris y todas las personas de mi intimidad admiraron mi valor y se asombraron de la resignación con que me dejaba despojar. No lo habían esperado del orgullo y de la independencia de mi carácter. Comprendí su admiración. Mi gran franqueza no podía, en efecto, hacerme atribuir ninguna simpatía hacia individuos tales como mi tío y mi tía quienes no tenían más móvil que la ambición y la avaricia, y modelaban su carácter flexible al grado de su interés según las ocurrencias del momento. El mío no era tan fácilmente adaptable. Había conservado mi independencia natural y no me cuadraba esta angélica resignación. Pero cedía a la dura ley que me imponían las circunstancias de mi situación, circunstancias que no podía revelar a M. Le Bris ni a quienquiera que fuese.

El interés de mis hijos subyugaba mi carácter. Si conducía a mi tío ante los tribunales, si hacía escándalo, enajenaba su voluntad para siempre. Tenía pocas probabilidades de triunfar sobre su influencia y con el proceso perdería también la protección que podría conceder a mis hijos. Ciertamente, si hubiese tenido que pensar sólo en mí, no habría vacilado un solo instante. Mis pretensiones estaban apoyadas por mi partida de bautismo en un país donde más o menos éste es el único título que comprueba la legitimidad. Podía haber intentado reconquistar la situación que mi imprudente carta me había hecho perder. Y si no era reconocida como miembro legítimo de la familia, habría roto totalmente con esos parientes desnaturalizados y rechazado con indignación el socorro anual que me concedían como para impedir que me muriera de hambre. Pero no era libre de proceder así. Debía acallar mi orgullo y no comprometer un socorro que, aunque insuficiente, me era indispensable para subvenir a la educación de mis hijos, a menos que tuviese la probabilidad de ganar el proceso o de llegar a una transacción. Por lo demás, para entablar ese proceso se necesitaba dinero, mucho dinero. Cuando salí de Burdeos M. Bertera, cedien-

do a la generosidad de su corazón y al interés que sentía por mí, me había entregado la suma de 5 000 pesos (25 000 francos) en letras de crédito a cargo de M. de Goyeneche en Arequipa. Además, a mi llegada a Valparaíso encontré una carta de M. Bertera que contenía otro crédito por 2 000 pesos (10 000 francos). Así es que tenía a mi disposición más dinero del necesario para los gastos judiciales. Pero si no ganaba, como había lugar de temer, quedaba endeudada con M. Bertera y en apuros para pagarle. La misma razón me impedía también aprovechar la complacencia de M. Le Bris. No me atreví a tomar sobre mí la responsabilidad de aceptar ninguno de estos ofrecimientos sin tener la certeza de poder reembolsar los adelantos que me habían sido hechos. Consideré al mismo tiempo el estado de debilitamiento en que había caído. Los largos sufrimientos de mis cinco meses de navegación habían alterado mi salud y desde mi desembarco en el suelo peruano no había cesado de estar enferma. El aire volcanizado de Arequipa y la alimentación me eran tan desagradables, la sacudida violenta experimentada al tener noticia de la muerte de mi abuela, la separación de Chabrié y, en fin, la cruel decepción sentida ante la dura negativa de mi tío, todas esas causas reunidas me habían agotado de tal manera que creí no poder vivir mucho tiempo. Mi fin parecía próximo y esta certidumbre me devolvió la tranquilidad. Pensé que en esta situación me debía por completo a mis hijos y sobre todo a mi hija que iba a quedar sola sobre la tierra. Esperaba que el triste espectáculo de mi muerte tuviese quizá el poder de conmover a mi tío y que, en mis últimos instantes de agonía, podría arrancarle la promesa de tomar a mis hijos bajo su protección y asegurarles los medios de existencia que les pusiese fuera del alcance de la miseria.

Los acontecimientos políticos vinieron, entre tanto, a complicar la situación y a hacer más dudoso aún el éxito del proceso. Mi tío había regresado a Arequipa el 3 de enero y el 23 del mismo mes se tuvo noticia de la revolución de Lima. El presidente Bermúdez,[49] aunque estaba sostenido por las intrigas del antiguo pre-

[49] El general Pedro Bermúdez jamás fue reconocido como Presidente del Perú. La Convención Nacional, reunida desde septiembre de 1833, había nombrado el 20 de diciembre de ese año, Presidente provisional de la República al general Luis José de Orbegoso. Bermúdez, protegido por Gamarra, preparó con este último una intriga para derrocar a Orbegoso. La conspiración no tuvo éxito y Orbegoso

sidente Gamarra, había sido derrocado y Orbegoso fue reconocido en su lugar. A la lectura de los periódicos que daban cuenta de este acontecimiento, se produjo un movimiento en Arequipa. La mayoría se declaró en favor de Orbegoso. El general Nieto fue nombrado Comandante General de las tropas del departamento; Althaus, Jefe de Estado Mayor, y Cuadros, Prefecto. En una palabra, se improvisó un gobierno en veinticuatro horas y sin tomarse el tiempo en reflexionar sobre las consecuencias de tal decisión, se separaron de los departamentos de Puno, Cuzco, Ayacucho y otros. Esta revolución produjo espanto en la ciudad. Cada cual, amenazado en su propia fortuna, no tenía ya simpatía que conceder a la situación de los demás. Lo caprichoso de la mía había cautivado el interés general antes de esta crisis. Pero en cuanto los arequipeños tuvieron que ocuparse de ellos mismos no pensaron más en mí. El abogado Valdivia se lanzó en medio de los acontecimientos con la esperanza de hacer fortuna y me hizo decir que no podía atender mi asunto. Los otros abogados me inspiraban poca confianza y, por lo demás, me rechazaron igualmente, temiendo comprometerse con don Pío. Sobre el suelo clásico del egoísmo ¿podría esperar que en tiempo de alarma aquellas gentes pensaran en cosa distinta de sus propios intereses? No necesitaba mucha penetración para ver que esta revolución me dejaba sin la menor posibilidad de éxito. Mi tío volvería probablemente al poder. Esta perspectiva me quitaba toda esperanza de encontrar imparcialidad entre los jueces. Un nuevo panorama se me presentaba y me pareció que había locura e impiedad en la pretensión de seguir resistiendo todavía después de semejante aviso de la Providencia. Incliné la cabeza bajo la potencia de la fatalidad que pesaba sobre mí desde mi nacimiento y como el musulmán exclamé: ¡Dios es grande!... Abandoné a la vez toda idea de proceso y toda esperanza de fortuna sabiendo muy bien que nada tenía que esperar de la generosidad de mi tío ni de los reproches de su conciencia. Le escribí la siguiente carta:

logró hacerse fuerte en el Callao. Gamarra y Bermúdez mandaron disolver con tropas la Convención el 4 de enero de 1834 y ese mismo día Bermúdez se proclamó Jefe Supremo. Daban como pretexto que la Convención no tenía poderes para nombrar Presidente. Pero el pueblo de Lima se levantó en masa en contra de Bermúdez y Gamarra y los obligó a retirarse con sus fuerzas a la sierra. Esto dio principio a la revolución que tanto interesó a Flora. (N. de la T.)

A don Pío de Tristán.

"Esta carta está destinada a la familia. La dirijo a usted, tío, como a su jefe y le ruego traducirla fielmente a aquellos de sus miembros que no comprenden el francés.

Había venido donde usted, tío, más bien en busca de un afecto paternal y de una protección benevolente, que para hacerme rendir cuentas. Mis esperanzas han sido defraudadas. Armado con la letra de la ley, sin sentir ninguna emoción, usted me ha arrancado uno por uno los títulos que me unían a la familia en cuyo seno venía a refugiarme. Usted no se ha contenido ni por respeto a la memoria de un hermano a quien usted tanto quiso. Ninguna piedad ha hablado en favor de una víctima inocente de la culpable negligencia de los autores de sus días. Usted me ha rechazado y tratado como a una extraña. Tío, semejantes actos no pueden ser juzgados sino por Dios...

Si en el primer movimiento de mi justa indignación he querido presentar ante el tribunal de los hombres el horroroso espectáculo de estas iniquidades, después de algunos días de reflexión he sentido que mis fuerzas debilitadas desde hace tiempo no me permitirían soportar el dolor atroz que me causaría el escándalo de tal proceso. Sé, tío, que estas consideraciones no obran lo mismo en todos los individuos y que hay personas cuyo corazón, cerrado a todo sentimiento noble, divulgaría sin pudor en la barra de un tribunal las faltas y crímenes de su padre y de su madre; así como los de su hermano, por el cebo de un poco de oro. En cuanto a mí lo confieso, este solo pensamiento me hace sufrir. La legitimidad de mi nacimiento ha sido puesta en duda. Era éste un motivo para desear ardientemente ser reconocida como hija legítima a fin de echar un velo sobre la culpa de mi padre, cuya memoria queda manchada por el estado de abandono en que ha dejado a su hija. Pero al entrar en el examen de los medios a que se debería recurrir para dar fuerza a mi demanda, le repito, tío, he retrocedido espantada. En efecto, usted debería demostrar que su hermano fue un hombre sin probidad y un padre criminal, que tuvo la infamia de engañar cobardemente a una joven sin apoyo a quien su desgracia debería haber hecho respetar en la tierra extranjera donde se

había refugiado huyendo del hacha revolucionaria, y abusando del amor y de la inexperiencia, cubrió su perfidia con la truhanería de un matrimonio clandestino. Usted debería probar también que su hermano abandonó a la miseria a la hija que Dios le había dado, a los insultos y al desprecio de una sociedad bárbara, mientras él le recomendaba su hija con sus últimas palabras. Usted debería, al calumniar su memoria, imputar a premeditación la falta de su negligencia. ¡Oh! Aunque debiera ganar delante de la justicia, renuncio a ello. Me siento con el valor de soportar la pobreza con dignidad como lo he hecho hasta el presente y que a este precio descansen en paz los manes de mi padre.

Usted me ha invitado a seguir viviendo en su casa. Lo consiento a condición de que no se me exija alegría y se me guarde todo el respeto que mi desgracia merece. Jamás oirá usted una queja mía, ni verá un signo que pueda ser su manifestación.

Flora de Tristán".

Confieso que después del envío de esta carta me sentí consolada. Era una satisfacción que reclamaba el orgullo de mi carácter: hacer conocer mi pensamiento a toda la familia.

Mi tío mostró esta carta a la familia. Joaquina fue la única que se ofendió con ella. Su marido le hizo comprender que el estado de dolor y de exaltación en que me hallaba debía hacerme excusar y le dio el ejemplo de indulgencia al no quejarse en absoluto de las palabras duras que le había dirigido. Por la tarde, don José, el capellán de la casa, vino a decirme como en confidencia (pero vi que había recibido la orden de hacerlo) que se ocupaban en la familia de hacer una bolsa común para permitirme comprar una pequeña propiedad donde pudiese vivir convenientemente.

Mi prima Carmen, Manuela, Althaus, don Juan de Goyeneche, todos, en fin, fuera de M. Le Bris, me censuraron por haber procedido con mi tío como lo había hecho y sobre todo con mi tía.

—No era ésta la forma que se debía adoptar, me decían, para obtener algo de ellos. Ya que usted no quería litigar era necesario emplear la dulzura, hacer la corte a su tío, halagar a Joaquina, esperar con paciencia y aprovechar del momento en que don Pío hubiese hecho ostentación, a los ojos del mundo, de su gran generosidad hacia usted. En lugar de eso, usted los trata desde lo alto de su

superioridad, los hiere en los puntos más sensibles, expone a los ojos de todos su avaricia ¿cómo quiere usted que no le tomen odio, odio que será tanto más peligroso cuanto que quedará oculto?

Tenían razón. Otra en mi lugar habría podido obtener cien mil francos de mi tío y la graciosa protección de Joaquina. Pero hubiese sido necesario que esa otra no tuviese mi orgullo y la franqueza de mi carácter, ni sintiese como yo un invencible disgusto hacia el oficio de adulador. Si mi tío, obrando con nobleza, hubiese consentido en darme 100 000 francos, así satisfecha habría tenido para él un vivo reconocimiento al aceptar ese don de su generosidad. Pero cuando para obtener aquella suma me veía forzada a renunciar a la independencia de mi carácter prefería quedarme pobre, pues estimo en un precio demasiado alto la libertad de mi pensamiento y la personalidad que Dios me ha dado para cambiarla por un poco de oro, cuya sola vista habría excitado mis remordimientos.

Althaus me dijo que mi tío se había comprometido delante de toda la familia a asegurarme la pensión de dos mil quinientos francos que me daba. Le hice agradecer por eso sin contar mucho sobre su palabra y me reservé el recordárselo cuando se tratara de solicitar algunos ligeros socorros para mis hijos.

Reconocí entonces toda la verdad encerrada en aquellas palabras de Bernardino de Saint-Pierre[50] en las que compara la desgracia al Himalaya, desde cuya cima todas las montañas circundantes no parecen sino montículos pequeños y desde donde se descubren los hermosos países de Cachemira y de Lahore. Había llegado al apogeo del dolor y debo decir, para consuelo del infortunio, que alcanzando este punto extremo encontré en el dolor gozos inefables, celestiales, podría decir, y de los cuales mi imaginación no había ni sospechado la existencia. Me sentía elevada por una potencia sobrehumana que me transportaba a las regiones superiores desde donde podía percibir las cosas de la tierra en su verdadero aspecto, despojadas del prestigio engañoso con que las revisten las pasiones de los hombres. Jamás, en ninguna época de mi vida, estuve más tranquila. Si hubiese podido vivir en la soledad con libros y flores mi felicidad habría sido completa.

[50] Jacques Henri Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814), escritor francés, gran viajero, discípulo de Rousseau, precursor del Romanticismo. (N. del E.)

—II—
La república y los tres presidentes

Me sería difícil exponer a mis lectores las causas de la revolución que estalló en Lima en enero de 1834 y de las guerras civiles que fueron su secuela.[51] Jamás he podido comprender cómo los tres aspirantes a la presidencia podían fundar sus derechos ante los ojos de sus partidarios. Las explicaciones dadas por mi tío a este respecto no fueron muy inteligibles. Cuando interrogaba a Althaus sobre este tema me respondía riendo:

—Florita, desde que tengo el honor de servir a la República del Perú no he visto todavía a ningún presidente cuyo título no fuese muy discutible... A veces ha habido hasta cinco que se decían legalmente elegidos.

En resumen, he aquí lo que he podido comprender. La presidenta Gamarra,[52] al ver que no podía ya mantener a su marido en el poder, hizo que sus partidarios llevasen como candidato a Bermúdez, una de sus criaturas, y éste fue elegido presidente. Sus antagonistas alegaban, no sé por qué razones, que la nominación de Bermúdez era nula y por su lado nombraron a Orbegoso. Entonces estallaron los desórdenes.

Recuerdo que el día en que la nueva llegó de Lima estaba enferma. Vestida, me había recostado sobre la cama y conversaba con

[51] Sobre el levantamiento del 28 de enero de 1834 y sus consecuencias políticas ver Jorge Basadre, Iniciación de la República, 2.ª ed., tomo primero, Lima, Fondo Editorial de la UNMSM, pp. 273-280. (N. del E.)

[52] Flora se refiere a la esposa del general Agustín Gamarra, Francisca Subyaga y Bernales, nacida en el Cuzco, más conocida como "La Mariscala", de gran influencia en la política peruana de la época. (N. del E.)

mi prima Carmen sobre el vacío de las cosas humanas. Podían ser las cuatro. De repente, Manuel se precipitó en el cuarto con un aire despavorido y me dijo:

—¿Saben ustedes lo que ocurre? El correo acaba de traer la noticia de que ha habido una horrible revolución en Lima. ¡Una matanza espantosa! Ha causado aquí tal indignación que acaba de producirse espontáneamente un movimiento general. Todo el pueblo está reunido en la plaza de la Catedral. El general Nieto ha sido nombrado comandante del departamento. Es una confusión de no saber qué creer ni qué entender. Mi padre me envía a buscar a mi tío Pío.

—¡Bueno!, le dijo mi prima sin conmoverse y sacudiendo la ceniza de su cigarro, anda a contar todo esto a don Pío de Tristán. Estos acontecimientos le interesan a él que puede temer pagar por los vencedores o los vencidos. Pero a nosotras ¿qué nos importa? Florita ¿no es extranjera? y yo no poseo ya ni un maravedí ¿qué necesidad tengo de saber si se matan por Orbegoso, Bermúdez o Gamarra?

Manuel se retiró. Poco tiempo después entró Joaquina.

—¡Virgen Santa! ¡Hermanas mías! ¿Saben ustedes la desgracia que viene a azotar a nuestro país? La ciudad está en laberinto. Un nuevo gobierno se ha formado y los miserables que están a la cabeza de la insurrección van a exprimir a los desgraciados propietarios. ¡Dios mío! ¡Qué calamidad!

—Tienes razón, dijo Carmen. En semejantes circunstancias está una casi satisfecha de no ser propietaria, pues es duro dar su plata para hacer la guerra civil cuando se podría emplearla en socorrer a los desgraciados. Pero, ¿qué quieres?, es el reverso de la medalla.

Vinieron enseguida mi tío y Althaus. Ambos estaban visiblemente inquietos. Mi tío porque temía que le hiciesen dar dinero; mi primo porque vacilaba en pronunciarse por uno u otro partido. Los dos tenían igualmente mucha confianza en mí y en esta situación embarazosa me pidieron mi opinión.

Mi tío acercándose mucho a mí me dijo con abandono:

—Mi querida Florita, estoy muy inquieto. Aconséjeme. Usted tiene apreciaciones tan justas en todo y es realmente la única persona aquí con la cual puedo hablar de cosas tan graves. Ese Nieto es un miserable sin honor, un derrochador, un hombre débil que

va a dejarse manejar por el abogado Valdivia, hombre muy capaz, pero intrigante y revolucionario furioso.[53] Esos bandidos van a ponernos cupos a nosotros los propietarios, Dios sabe hasta qué punto. Florita, me ha venido una idea. Si mañana yo fuese muy temprano a ofrecer a esos ladrones dos mil pesos y al mismo tiempo les propusiese imponer un cupo a todos los demás propietarios ¿no cree usted que esto me daría la apariencia de estar de su lado y daría tal vez por resultado impedir que me gravaran muy fuertemente? Querida niña ¿qué piensa usted?

—Tío, encuentro su idea excelente, pero creo que la suma que usted ofrece no es bastante elevada.

—Pero, Florita ¿me cree usted tan rico como el Papa? ¡Cómo! ¿No se contentarán con diez mil francos?

—Querido tío, piense que sus exigencias han de estar en relación con las fortunas. Usted comprende que si usted, el hombre más rico de la ciudad, no da sino diez mil francos, en esa proporción las entradas no serán muy considerables, no tendrán una buena presa y creo poderle asegurar que su intención es la de hacer un saqueo de mano maestra.

—¿Cómo es eso? ¿Sabe usted alguna cosa?

—No, precisamente; pero tengo noticias.

—¡Ah, mi Florita!, póngame al corriente. ¡Althaus es tan reservado conmigo! Jamás puedo sacarle una palabra. Ese Manuelito huye de mí. Los dos la quieren a usted mucho, trate de que la tengan siempre bien informada. Voy a retirarme a mis habitaciones y me fingiré enfermo, pues en estas circunstancias no me atrevo a hablar. Bastaría de una palabra para comprometerme.

Mis relaciones con Valdivia me habían hecho juzgar al hombre. Al saber que estaba en el gobierno que se organizaba presumí que los propietarios serían explotados. Esto fue lo que me hizo hablar con tanta seguridad a mi tío.

[53] El doctor Juan Gualberto Valdivia, conocido comúnmente con el nombre de "el Deán Valdivia" era religioso mercedario. De ideas liberales, sus enemigos se valieron de ellas para impedir que fuese nombrado Obispo. Hábil político, y con gran influencia en Arequipa, fue siempre enemigo de Gamarra; desempeñó el papel de consejero de Santa Cruz durante la Confederación Perú-boliviana, a pesar de que él confesó que lo hizo por la fuerza. Fue más tarde diputado al Congreso, nombrado Deán de la Catedral de Arequipa y primer Decano de la Facultad de Letras en la Universidad de San Marcos de Lima. (N. de la T.)

Cuando éste salió, Althaus se acercó a mí a su vez y me dijo:

—Prima, despida a toda esta gente que la cansa. Querría conversar con usted. Estoy en una posición muy embarazosa. No sé qué partido tomar.

Llamé a mi prima Carmen y le rogué despedir a todos los visitantes, quienes creyendo causarme un placer, venían a mi cuarto y aumentaban mi jaqueca con su bulliciosa conversación. Todo el mundo se retiró y diez minutos después regresó Althaus.

—Florita, no sé qué hacer. ¿Por cuál de estos tres bribones de presidentes debo tomar partido?

—Primo, no tiene usted lugar a elegir. Si aquí se reconoce a Orbegoso, es preciso marchar bajo el estandarte y el gobierno de Nieto.

—Esto es justamente lo que me hace rabiar. Ese Nieto es un asno y presuntuoso como todos los necios, que se dejará gobernar por ese abogadillo Valdivia. Mientras que en el lado de Bermúdez hay algunos soldados con quienes podría marchar.

—Sea; pero Bermúdez está en el Cuzco y usted está en Arequipa. Si se niega a ir con éstos van a destituirlo, a exigirle rescate y vejarlo en todo.

—Eso es lo que temo. ¿Qué piensa don Pío de la duración de este gobierno? No le digo nada porque me ha mentido tantas veces que no creo ya en ninguna de sus palabras.

—Al menos, primo, usted cree en sus actos. Lo que debe determinarle es que don Pío concede suficiente duración a este gobierno como para ofrecerle dinero. Mañana irá a llevarle 4 000 pesos a Nieto.

—¿Él se lo ha dicho?

—Sí, querido amigo.

—¡Oh! Entonces eso cambia las cosas. Usted tiene razón, prima. Cuando un político como don Pío ofrece 4 000 pesos, un pobre soldado como yo debe aceptar el puesto que le ofrecen de Jefe del Estado Mayor. Mañana, antes de las ocho, estaré donde el general. ¡Maldito oficio! Yo, Althaus, obligado a servir bajo las órdenes de un hombre a quien, cuando fui teniente del ejército del Rhin, no habría aceptado ni por simple caporal!... ¡Ah, banda de ladrones! ¡Si llego a hacerme pagar solamente la mitad de lo que me debéis por los trabajos que os he hecho y que sois in-

capaz de apreciar, juro dejar vuestro maldito país para no volver a verlo jamás!

Althaus una vez lanzado se desencadenó contra los tres presidentes: el antiguo, Gamarra; el nuevo, Orbegoso y, en fin, contra el que estaba en posesión del poder militar.[54] Despreciaba por igual a los tres. Pero muy pronto vio las cosas por el lado jocoso y me dijo a este propósito los chistes más originales.

Después de dejarme Althaus, mis pensamientos tomaron un curso más serio. Sin poderlo evitar deploré las desgracias de esta América española donde en ninguna parte se ha establecido un gobierno que proteja las personas y las propiedades en forma estable. Adonde, desde hace veinte años acuden de todas partes los hombres de violencia, que al ver en Europa cerrada la arena de los combates por los progresos de la razón humana, van a América a fomentar los odios, tomar parte en las querellas, prolongar las resistencias con su cooperación y perpetuar así las calamidades de la guerra. No es actualmente por principios por lo que combaten los hispanoamericanos, sino por jefes que les recompensen con el saqueo de sus hermanos. Jamás la guerra se ha mostrado bajo un aspecto más repugnante y más despreciable. No cesará sus destrozos en esos desgraciados países sino cuando ya nada tiente su avaricia y ese momento no está muy lejano. Llegará por fin el día fijado por la Providencia en que esos pueblos estén unidos bajo el estandarte del trabajo. ¡Ojalá puedan, con el recuerdo de las calamidades pasadas, tomar en santo horror a los hombres de sangre y de rapiña! ¡Que las cruces, las estrellas y las condecoraciones de toda especie, con que les cubren sus amos, no sean a sus ojos sino estigmas de infamia y rechazándolas por todas partes no acojan ya sino a la ciencia y el talento aplicados a su felicidad común!

Al día siguiente mi tío entró en mi cuarto por la mañana. Yo estaba adormecida.

—Querida Florita, me dijo, perdóneme si la molesto tan temprano. ¿Cómo está usted? ¿Ha descansado esta noche?

—No, tío, he tenido una agitación febril que me privó por completo del sueño. El dolor de cabeza no me deja y me siento en extremo débil.

[54] Se refiere a Bermúdez, pero ya hemos indicado que el título de Jefe Supremo que se dio sólo fue reconocido por el ejército, existiendo un presidente legal que era Orbegoso. (N. de la T.)

—No me admira, si no come nada, ¿cree usted que con naranjas, café y un poco de leche va a poder reponerse de las duras fatigas de su largo viaje? Joaquina y yo no nos atrevemos a contrariarla, pero sufrimos al ver el trato que se da. Carmen tiene razón al llamarla flor del aire. En efecto, usted se parece algo a esa planta que se alimenta con aire únicamente.[8]

—Tío, toda mi vida me he alimentado lo mismo y, sin embargo, siempre he estado muy bien. Creo que es al aire del volcán al que debe atribuirse mi enfermedad. Y usted, tío, parece inquieto y mortificado ¿está también enfermo?

—No, hija mía. Sin embargo, no he dormido durante la noche. Esos acontecimientos me han trastornado. Florita he reflexionado en lo que me dijo. Temo que 2 000 pesos no sean suficientes, ¡pero 4 000 es demasiado!

—Sí, sin duda. Pero Althaus me ha dicho ayer que tomarían ese dinero sólo a título de préstamo.

—¡Ah!, ¡ah! ¡Ellos también se sirven de bellas palabras! ¡Llaman a eso préstamos!... ¡descarados bribones! Bolívar daba también el nombre de préstamo a sus exacciones. ¿Y quién me ha devuelto o pensado en devolver los 25 000 pesos que el ilustre libertador me tomó cuando estuvo por acá? Fue igualmente, a título de préstamo, que el general Sucre tomaba nuestro dinero y, sin embargo, jamás he vuelto a ver los 10 000 pesos que me tomó prestado. ¡Ah, Florita!, semejante descaro me saca de quicio. Venir a robar a las gentes, a su casa, a mano armada y añadiendo la infamia a la irrisión, registran las sumas robadas con la denominación de préstamos. Esto sobrepasa toda desvergüenza.

—Tío, ¿qué hora es?

—Las ocho.

—Pues bien, le invito a irse porque sé que a las diez se debe publicar en la ciudad el bando que pone el cupo a los propietarios.

—¿De veras? Entonces no tengo tiempo que perder. Me decido por los 4 000 pesos.

Así es, pensaba yo. Por un equilibrio providencial el dinero que la iniquidad me niega, la violencia le arrebata. Si pudiese creer en una venganza divina ¿no vería en esto un ejemplo? Mi tío ¿no

[8] En Buenos Aires los balcones de las casas están decorados con esa planta que se llama flor del aire porque no tiene raíces y se alimenta con el aire. (N. de la A.)

ha sido herido en lo que tiene de más caro? Como si Dios hubiese querido que la injusticia fuese a su vez víctima de la injusticia.

Mi tío regresó contento.

—¡Ah, Florita! ¡Qué bien he hecho en proceder según sus consejos! Figúrese que estos bribones han hecho ya su lista. El general me recibió muy bien. Pero ese Valdivia tenía el aire de adivinar el motivo que me hacía ir. Su mirada parecía decirme: "Usted nos trae su plata por temor de que le pidamos más. Nada ganará con eso". Felizmente soy tan vivo como él.

A las diez se publicó en la ciudad el bando (orden impartida por pregones). No. ¡Jamás en la vida he oído semejante rumor! Althaus vino donde mí, riendo como un loco.

—¡Ah, prima mía! ¡Qué feliz es usted de no tener dinero! Hoy quienes lo poseen ponen una cara tan lastimosa que me daría pena verla hacer a usted, que es tan simpática, semejante mueca. Ahora me ve usted de Jefe del Estado Mayor del generalísimo Nieto. ¡Eso me representa ya 800 pesos! El amable doctor Valdivia había inscrito en su bando a Manuela Flores de Althaus con la módica suma de 800 pesos. Pero como todo en este tiempo feliz se hace a nombre del poder militar, el dicho bando llegó a mi escritorio y antes de firmarlo tuve la buena idea de leer los nombres de las víctimas. Cuando leí el de mi ilustre esposa lo taché sin ninguna ceremonia y fui donde el general gritando muy alto. Le dije que encontraba extraordinario que hubiesen gravado a mi consorte con 800 pesos, cuando ni la suya ni las de los demás miembros del Gobierno Supremo figuraban en el bando con un real. Valdivia quiso replicar y dijo "que la sobrina de don Pío..."

—Aquí, exclamé, interrumpiéndolo con vehemencia, no se debe ver a la sobrina de don Pío sino únicamente a la esposa del Jefe de Estado Mayor Althaus y si los lobos se devoran entre ellos entonces, ¡al diablo!, arrojo la piel y me voy a aullar a otra guarida... Al pronunciar estas palabras con mi dulce voz hice sonar mi sable y mis espuelas contra el suelo con tal fuerza que el monje tomó la pluma para tachar el nombre de mi esposa. Al encontrarlo tachado frunció los labios, palideció y su mirada trató de penetrar de donde provenía mi seguridad. Pero al igual que en Waterloo permanecí firme como una roca y mirándolo de frente le dije:

—Camarada, en este negocio cada uno de nosotros tendrá su tarea: usted la de fabricar los bandos que extorsionen el dinero de los burgueses y yo, la de hacerlos ejecutar. Pienso que en esta circunstancia mi sable será tan útil como su pluma. El camarada comprendió... y, le aseguro Florita, que esta salida de soldado como va usted a llamarla, causó muy buen efecto.

Como a las doce mi prima Carmen entró con la expresión de una alegría reconcentrada:

—Florita, vengo a buscarla. Querida amiga, levántese. Es preciso, absolutamente, que usted venga a sentarse a la ventana de mi salón para gozar conmigo del espectáculo que ofrece la calle de Santo Domingo. Es un acontecimiento que debe figurar en su diario. Yo he tomado nota, para usted, de los dos más curiosos. Usted va a envolverse en su abrigo, a cubrirse la cabeza con su gran velo negro y pondré en el borde de la ventana alfombras y cojines. Estará usted allí como en su lecho y nos divertiremos como reinas.

—Pero, prima ¿qué ocurre en la calle de Santo Domingo?...

—¡Lo que ocurre! El espectáculo más divertido que se puede dar. Verá a todos esos capitalistas con sacos de plata bajo el brazo, con la cara pálida, alargada, ir como gentes a quienes se conduce a un auto de fe. Venga pronto Florita. En este momento perdemos mucho.

Arrastrada por sus instancias fui a instalarme a su ventana. Carmen tenía razón. Encontré interesantes observaciones que hacer.

Mi prima está penetrada de ese espíritu sordamente maligno, muy corriente entre los seres que no se atreven a ponerse en lucha abierta contra la sociedad de la que han sido víctimas y aprovechan, con complacencia, todas las ocasiones para vengarse de esa misma sociedad a la cual odian. Por eso se dirigía a cada individuo que pasaba delante de nosotros y se gozaba en revolver el puñal en la llaga.

—¡Qué cambiado está usted, señor Gamio! ¿Dónde lleva usted esos grandes sacos de pesos?... Con esto podría comprar una chacrita para cada una de sus hijas.

—Como, doña Carmen, ¿no sabe usted que han tenido la iniquidad de imponerme 6 000 pesos?

—¿De veras, señor Gamio? ¡Ah!, ¡eso es espantoso!... ¡A un padre de familia; a un hombre tan ordenado, tan económico, que se priva de lo necesario para amontonar saco sobre saco! ¡Esto es de una injusticia clamorosa!

—Sí. Usted bien sabe si me he privado de todo para ahorrar. ¡Pues bien! ¡Aquí están los frutos de mis economías perdidos de un solo golpe! ¡Me quitan todo!

—Y con todo don José, ¡si quedara usted libre con esa suma!...

—¡Ah!, pero ¿cree usted que me pedirán más?

—Don José, vivimos en un tiempo en el cual las gentes honradas no tienen libertad de hablar. Hay que encomendar el alma a la Santísima Virgen y rogar por los desgraciados que tienen dinero...

El señor Gamio, con las lágrimas en los ojos, temblando de miedo, dejó la ventana de Carmen con la desesperación en el alma.

Después de él pasó el señor Ugarte, hombre tan rico como mi tío, pero mucho más avaro. En los días corrientes Ugarte usa medias azules, zapatos rotos y un vestido remendado. Ese día, exasperado por el dolor del avaro, quizá el más fuerte de todos los dolores, se había puesto todo cuanto tenía de más andrajoso creyendo que de esta manera disimulaba sus riquezas. Ataviado de harapos de todos colores, su exterior y su semblante eran de lo más grotescos. Al verlo no pude contener una carcajada. Oculté la cabeza entre mi velo mientras mi prima, habituada a dominar sus emociones, hacía hablar a ese pobre rico a quien se hubiese podido tomar por un mendigo y, sin embargo, posee de cinco a seis millones de fortuna.

—¿Por qué, señor Ugarte, se desloma usted en llevar sacos con ese peso? ¿No tiene un negro o un asno que puedan evitarle ese trabajo?

—¡Confiar sacos de plata a un negro! ¡Lo piensa usted, doña Carmen! Ayúdeme un poco a poner esos sacos sobre su ventana. ¡Hay allí 10 000 pesos, doña Carmen!, ¡y casi todo en oro!...

—¡Oh, señor! El color no viene al caso; pero concibo que sea duro despojarse así de tan hermosas onzas,[55] que descansaban tranquilamente en el fondo de algún subterráneo, para darlas a gentes que las van a hacer circular.

[55] En el país español, el cuádruplo toma por su peso la denominación de onza. (N. de la A.)

—¡Darlas! ¡Diga más bien que me las roban! Pues, por la Virgen que está en el cielo con su hijo amantísimo, si no fuese porque me han amenazado con tomarme preso, y durante mi prisión mi mujer puede robarme mi plata, me habría dejado quemar antes que darles un maravedí. ¡Pobre mi plata ¡Mi único consuelo!, ¡me la quitan!

El insensato, en el paroxismo de su dolor, se puso a llorar al contemplar sus sacos, como una madre en presencia de su hijo muerto. Mi prima entró en el salón para reír con más libertad. En cuanto a mí, consideraba a aquel desgraciado con un sentimiento de piedad. Le creí atacado de enajenación mental y la demencia excita todo mi interés y toda mi compasión. Pero pronto no vi en él sino al vil esclavo del oro, al hombre sin corazón para con sus semejantes, aislado de todos, extraño a las más caras afecciones de nuestra naturaleza y sentí el más profundo desprecio hacia aquel miserable que, rico de seis millones, se cubría con sucios harapos. Esta guerra civil, pensaba, está dentro de los decretos de la Providencia. Las extorsiones del poder militar tendrán por lo menos como resultado inmediato hacer circular metales cuya única utilidad está en la circulación, en espera de que un deseo unánime de orden y de seguridad traiga el establecimiento de un gobierno protector.

Mi prima había regresado a la ventana y ofreció un cigarrillo a Ugarte, pues sabía que éste era el mejor medio de hacerlo volver en sí. Ugarte jamás ofrece cigarros a nadie, sino que por el contrario, siempre olvida los suyos para que se los den de caridad: es un maravedí economizado.

—Aquí tiene, señor Ugarte, un hermoso cigarro de La Habana, de contrabando: cuesta dos centavos.

—Gracias señora. Me hace un verdadero regalo. Es para mí un gran placer fumar un buen cigarrillo, pero usted comprende que no puedo hacerlo a ese precio.

—Pero, señor, con la cuarta parte de uno de esos sacos habría con qué comprar cigarros de La Habana en tal cantidad como las torres de Santo Domingo. Pero después de semejantes expoliaciones está usted privado para toda su vida de buenos cigarros.

—Y lo que hay de más horrible, doña Carmen, es ver la injusticia con que se me trata. ¡Imponerme 10 000 pesos a mí, pobre

hombre que no tengo un vestido que ponerme! Mis enemigos me llaman rico. ¡Yo, rico! ¡Santísima Virgen! Porque tengo dos o tres propiedades pequeñas que me cuestan más de lo que producen. Es notorio que, desde hace seis años, no he recibido un peso de mis arrendatarios. El poco dinero contante que tenía lo he prestado a gentes que no me lo devuelven. En fin, es hasta el punto de que mi mujer no tiene a menudo con qué ir al mercado.

—Y sin embargo, señor, desde esta mañana a las diez, y no son sino las doce, ha encontrado usted esos sacos de oro en algunos rincones...

El pobre loco contempló a mi prima con aire espantado.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Usted no lo ignora: todo se sabe en este país. Se llega hasta a decir que usted tiene en su sótano un tonel lleno de oro.

—¡Virgen Santa! ¡Qué maldad! ¡Qué calumnia! ¡Qué! ¿Mis enemigos llegan a decir que tengo un tonel lleno de oro? ¡Ah! ¡Pero ya no me puedo contener! Doña Carmen, usted no lo cree ¿no es cierto?... ¡Señorita! ¡Ésas son mentiras infames! ¡No las crea!... ¡San José! ¡Me harán perder la cabeza!...

El insensato cargó de nuevo sus sacos. Su cara adquirió la expresión de una locura sombría, sus músculos se contrajeron, todos sus miembros temblaban. Se veía que sufría horriblemente. Ese mendigo, doblegado bajo el peso de su oro, se alejó tan presto como se lo permitía su fardo.

—Carmen, es usted muy mala. Será causa de que este desgraciado se vuelva loco de remate.

—¡Ah! ¡Qué gran pérdida sufriría el país! Un hombre semejante basta para deshonrar la ciudad donde ha nacido. ¿No es irritante ver a un millonario cubierto con los harapos de la miseria, acumular siempre para no gozar jamás y privar a los desgraciados de trabajo, enterrando sus riquezas? La ciudad tiene cinco o seis individuos riquísimos y a cual de ellos más miserable. Son otras tantas sanguijuelas que chupan incesantemente el oro y la plata de la sociedad sin devolverle nada.

La indignación de Carmen era fundada. En los países donde el dinero como vehículo de trabajo está puesto al alcance de todos los que tienen una industria, por medio del establecimiento de bancos emisores de papel moneda, el avaro es un loco de quien

todo el mundo ríe. Pero, en los países atrasados donde el oro ha conservado todo su poder, el avaro es un enemigo público que detiene la circulación de la moneda y vuelve el trabajo oneroso o aun imposible por la exorbitancia de sus exigencias. No se debe admirar, pues, que las masas explotadas por la avaricia de algunos se regocijen y apoyen con sus fuerzas las extorsiones del poder. Se vengan de las que soportan cada día. La invención más fecunda de los tiempos modernos quizá en resultados es, después de la imprenta, la del papel moneda. Ha venido a poner un freno al poder del oro y a hacerle la competencia. Ha hecho siempre posible la adquisición de riquezas para el trabajo hábil y constante. En una palabra, ha aniquilado la usura y la esclavitud del talento. En todos los países donde el sistema de crédito público no ponga el dinero o la divisa que lo representa al alcance del trabajo,[56] las gentes con dinero serán tan odiosas al pueblo como lo eran para los romanos y como los judíos eran para el pueblo de la Edad Media; y en todas las ocasiones se mostrará dispuesto a prestar su apoyo al poder que las despoja.

Cuando acabábamos las reflexiones provocadas por la avaricia del señor Ugarte, don Juan de Goyeneche se acercó a nosotras. Estaba deshecho, hasta el punto de que creí que iba a caerse. Carmen lo invitó a entrar.

—Voy donde don Pío, dijo. Espero que él podrá prestarme dinero, pues de otra manera sólo Dios sabe lo que le va a suceder a nuestra familia. Ustedes saben, señoras, que esas gentes... (Doña Carmen ¿no hay peligro de que nos oigan?, mire por la ventana si alguien nos escucha) han tenido la desvergüenza de imponer a nuestro venerable hermano, el obispo, ¡20 000 pesos! Mi hermana ha sido gravada con 5 000 y yo con 6 000. Así, pues, ¡son 31 000 pesos arrebatados de un solo golpe a nuestra fortuna! ¡Ah, Florita! ¡Cuánto daría por estar en lugar de nuestro hermano Mariano! Él está tranquilo. Goza apaciblemente en Burdeos de sus rentas. No

[56] El sistema de crédito de Inglaterra y de los Estados Unidos ha hecho prodigios al dar al trabajo un inmenso desarrollo. Su exageración ha ocasionado, sin duda, crisis comerciales, pero no han sido sino calamidades pasajeras. El comercio ha salido siempre más floreciente de esas crisis y la experiencia adquirida va a hacer adoptar en uno y otro país medidas que prevengan su repetición. Sin ese sistema ¿cómo Inglaterra hubiese podido hacer soportar al pueblo el enorme peso de sus impuestos en presencia de una aristocracia que posee todo el suelo? (N. de la A.)

es sólo desde hoy que me arrepiento de haberle comprado todos los bienes que poseía acá, pero más que nunca desde esta revolución. Deploro la insigne locura que he cometido al haberme encadenado a este país.

—Don Juan, dijo mi prima, todo esto no es sino una tempestad. Cuando haya cesado volverá a ser usted rey. Su hermano es aquí el primero por su dignidad, como lo es usted por sus riquezas. Esta posición eminente ¿la encontrará en Francia donde la abundancia de grandes fortunas no permite distinguir ninguna?

—¡Ah, doña Carmen! La ventaja de ser alguna cosa en un país de revoluciones cuesta demasiado caro para no preferir la oscuridad al vano goce de semejante distinción. Piense usted en lo que nos ha costado cada aparición de un nuevo gobierno. El libertador Bolívar arrebató a nuestra casa 40 000 pesos; el general Sucre, 30 000, San Martín todo lo que mi hermano Mariano poseía en Lima[57] y ahora son Nieto y Valdivia quienes han emprendido la tarea de arruinarnos.

—Primo, se necesita un poco de filosofía. Los billetes ganadores y los perdedores salen de la rueda de la fortuna. No se puede siempre coger los primeros. Su padre vino a este país sin nada y aquí acumuló grandes bienes. Su hermano, don Manuel, hoy Conde de Guaqui, dicen que tiene 20 millones. Todo eso proviene del Perú. ¿Cree usted, don Juan, realmente que si su padre se hubiese quedado en Vizcaya sus hermanos serían ahora, el uno obispo y el otro grande de España?

Interrumpí a la maligna Carmen que se complacía en torturar a ese otro Ugarte.

—Primo, le dije, este dinero le será fielmente devuelto. Mi tío Pío está convencido de ello y prestaría a este gobierno cuanto le pidieran.

—Entonces, Florita, dígame se lo ruego, ¿por qué nuestro amable primo no le ha prestado sino 4 000 pesos, cuando dicen que

[57] Pedro Mariano de Goyeneche fue oidor de la Real Audiencia del Cuzco (1807-1814) y de Lima hasta 1819, año en el que se jubiló. Partidario ferviente de la causa española, Monteagudo le impuso un cupo de 50 000 pesos que debía pagar dentro de las 24 horas. Como no lo hizo o no pudo hacerlo fue puesto en prisión. Molesto con estas hostilidades viajó a Europa y se radicó en Burdeos donde lo conoció y trató Flora. (N. de la T.)

aconsejó a Valdivia que nos obligara a nosotros a prestar treinta y un mil?

—Primo, no hay que prestar fe a los decires. Dicen también de usted cosas que no serían muy agradables para mi tío.

—Pero, Florita, convenga al menos en que esta desproporción es chocante. Todo el mundo sabe que don Pío es más rico que yo y...

—Don Juan, dijo Carmen, parece que es el día en que sólo se encuentran pobres en Arequipa. Acabamos de ver pasar a Ugarte que no tenía zapatos en los pies...

Se levantó, viendo que no era de Carmen quien lo detesta, de quien podía esperar el menor consuelo.

—Voy a ver, dijo, si don Pío quiere prestarme el dinero. Y salió.

—Supongo, Florita, que aquí encuentra excelentes tipos para poner en su diario. ¿Qué piensa usted de todos estos pobres millonarios? ¿No le parece que nuestro ilustre pariente Goyeneche es digno de compasión? Su padre llegó de Vizcaya con zuecos en los pies.[58] Era tonto de capirote, lo que en todo tiempo es una cualidad para hacer fortuna; en aquella época feliz no se necesitaba mucho espíritu para ganar dinero. Ganó enormemente, se casó con una prima de la abuela de usted, una señorita Moscoso, quien le llevó una rica dote. El uno y la otra, muy avaros, criaron a sus hijos en esos buenos principios e hicieron dar educación a los mayores, don Manuel y don Mariano a quien usted conoce. Manuel[59] se fue a España, sirvió como militar y obtuvo la confianza de no sé qué ministro, quien lo envió al Perú para sostener la causa del rey. Cuando esta causa se perdió recibió la misión de recoger los

[58] Don Juan Crisóstomo de Goyeneche y Aguerreverre llegó a Arequipa, en 1765, adonde el virrey Amat lo envió como sargento de milicias. Pertenecía a una noble familia originaria de Bastan, en los Pirineos. Se casó con doña María Josefa de Barreda y Benavides, emparentada con la familia Moscoso. (N. de la T.)

[59] El mariscal de campo José Manuel de Goyeneche, nombrado Presidente interino de la Audiencia del Cuzco, fue designado por Abascal para dirigir las tropas que debían sofocar el movimiento revolucionario que estalló en el Alto Perú a favor de la independencia en 1809. En 1811 venció a los patriotas en la batalla de Guaqui, con este triunfo restableció momentáneamente el dominio español en aquella región. Después de diferentes alternativas se vio obligado a retirarse y regresar a España (1814). El rey de España le concedió el título de Conde de Guaqui, lo ascendió a teniente general de los reales ejércitos, lo nombró Gentil Hombre de Cámara, lo condecoró con las cruces de Isabel la Católica y San Fernando y le concedió otros honores. Fue él quien debió iniciar el movimiento de independencia en el Perú y aun consumarlo. (N. de la T.)

restos del antiguo esplendor y trasladarlos a España. Ejecutó esta orden con tanto rigor como si hubiese nacido castellano, sacó del Perú todo cuanto pudo, tratando a su propio país, donde su padre había hecho fortuna, como a país conquistado. Nunca se ha sabido con exactitud cuántos millones arrebató a los peruanos. Pero lo que hay de muy cierto es que guardó unos veinte para sí. Usted ve, querida amiga, que nadie se arruina por los asuntos del rey. Fue don Manuel quien hizo nombrar obispo a su hermano y Mariano ocupó también, por influencia suya, el puesto de Juez en Lima. Este último fue arrojado por San Martín quien se apoderó de todo cuanto poseía en Lima y aunque todavía es rico, pues tiene 100 000 libras de renta, se ha hecho dar por el gobierno español una pensión de 20 000 francos a título de indemnización. No le hablo de los honores que han llovido sobre ellos, las cruces de San Juan, de Santiago, los títulos de conde de Guaqui,[60] de grande de España, etc., y he aquí a este don Juan que viene a llorar miserias porque la república le pide 6 000 pesos. Que se vayan al diablo todos estos extranjeros que no acuden a un país nuevo sino para despojarlo y, después de burlarse de aquéllos a quienes han arruinado, se retiran con su botín a las ciudades de Europa.

Era evidente que Carmen sentía un gozo secreto en vengarse de aquellos avaros que habían criticado su manera de vivir; pero aceptaban sus cigarros de dos centavos, sus comidas y sus fiestas.

Insistía en hacerme regresar a la ventana, pero ese espectáculo de la avaricia en pugna con la opresión me repugnaba. Me mostraba la humanidad bajo un aspecto tan despreciable que resistí a las solicitaciones de Carmen.

—Al menos, Florita, venga a ver al viejo vecino Hurtado. El buen hombre hace cargar estoicamente sus 6 000 pesos por su asno. Ése es filósofo... Veamos lo que nos va a contar.

Me dejé llevar por la curiosidad de saber lo que pensaba el viejo filósofo al dar sus pesos.

—¡Bravo, padre Hurtado! Por lo menos usted no se fatiga en cargar sus sacos hasta la municipalidad.

—Carmen, el filósofo no debe doblegarse sino bajo el peso de la sabiduría. Mi asno está destinado a cargar los fardos y no veo

60 El conde de Guaqui está actualmente al lado de don Carlos con el cargo de gran escudero. (N. de la A.)

por qué el oro y la plata serían, por excepción, transportados exclusivamente por los hombres cuando el hierro, el cobre y el plomo, metales mucho más útiles, se llevan sobre bestias de carga.

—Vecino, veo que procede usted de buena gracia, lo que es fácil cuando como usted se posee un tapado.[61] Pero los desgraciados como don Pío de Tristán, Juan de Goyeneche, Ugarte, Gamio y otros no pueden, usted comprende, resignarse tan fácilmente.

—Sí, Carmen, usted tiene razón. Tengo un tapado, pues la verdadera sabiduría es más inagotable aún que la tumba más rica de los antiguos Incas.

—La sabiduría, vecino, la sabiduría es cosa preciosa, convengo en ello. Mas le aseguro que yo podría ser tan sabia como uno de aquellos sabios griegos o romanos, cuyos nombres nunca he conocido, y todo eso no me pondría una onza en el bolsillo.

—Usted lo cree así, hija mía, y ése es precisamente su error.

—Padre Hurtado, usted me va hacer rabiar nuevamente. Sucede lo mismo cada vez que converso con usted. No va a tratar de probarme que su sabiduría es la que le ha proporcionado los medios de comprar las siete u ocho casas que posee en la ciudad, su hacienda y su ingenio azucarero. Que es con su sabiduría con lo que ha criado a sus once hijos, les ha dado educación y dotado a sus hijas. Que es con su sabiduría con lo que puede sostener a su hija, religiosa de Santa Catalina, con un lujo que escandaliza a toda la comunidad y puede hacer ofrendas a los conventos y construir una iglesia en el pueblo donde está su hacienda... ¡Ah! ¡Déjeme tranquila con toda su sabiduría! ¡Por Cristo! A ese precio todo el mundo sería sabio.

—Sí. Si las disposiciones para la sabiduría hubiesen sido concedidas a todo el mundo. Pero he observado atentamente por todos lados sin descubrir ningún sabio y no veo sino locos... Adiós vecina... Mi querida señorita Florita, puesto que se siente mejor, venga a visitarme. Tengo todavía muchas cosas curiosas que mostrarle en mi gabinete. Usted tiene todo, mi querida niña, para llegar a la sabiduría. Por eso me gusta tanto conversar con usted.

Y se alejó.

[61] Se dice de las gentes que tienen una fortuna, cuyo origen no se conoce, que tienen un tapado porque los antiguos peruanos eran enterrados con sus tesoros y cuando se dio la conquista ocultaron sus riquezas en las tumbas. (N. de la A.)

—¡Que el cielo te confunda, viejo loco, con tu sabiduría!, exclamó Carmen. Cada vez que ese indio viejo me habla, me hace poner la carne de gallina. Tiene un tapado, estoy tan segura de ello como de tener mi cigarro en la mano. Lo explota desde hace sesenta u ochenta años, pues ese zambo ha sobrevivido a los más viejos. Su tesoro le da para construir casas, iglesias e irrigar su hacienda. Compra para su hija, la religiosa, los objetos más costosos que traen los barcos de Europa, ¡y el viejo hipócrita tiene el cinismo de venir a predicar la sabiduría!... a mí, que desde hace veinte años soporto con una verdadera filosofía todo género de privaciones y no tengo a veces ni para comprar un par de medias de seda. En verdad, Florita, ésas son cosas que me irritan. No concibo cómo no ha tomado usted la palabra para demostrarle que usted no se engaña y que se corre el riesgo de ser mal recibido cuando poseyendo un tapado se viene a hacer ostentación de sabiduría ante las que no tienen un centavo.

Todo el mundo en Arequipa está persuadido de que el viejo Hurtado ha encontrado un tapado que provee a sus inmensos gastos. En cuanto a mí, creo que como el viejo de La Fontaine, ha hallado un tesoro en su trabajo o, como él dice, en su sabiduría. Ciertamente, el trabajo inteligente es la mejor sabiduría humana. Ese venerable anciano es económico sin avaricia y muy trabajador. Ha trabajado durante su larga vida y ha podido llevar a buen fin sus numerosas empresas. El origen de su fortuna está, por lo que me parece, explicado suficientemente sin que haya necesidad de recurrir al descubrimiento milagroso de un tapado. Además, si el destino le hubiese favorecido, deberían regocijarse pues hace de sus riquezas un noble empleo. Pero se envidia a los hombres cuya inteligencia sobresale entre las demás. Cuando no se pueden calumniar sus éxitos, se atribuyen éstos a milagros antes de reconocer su superioridad.

Mi tío me mandó buscar y me dirigí a su casa. A pesar de la carta dirigida a la familia, don Pío continuaba demostrándome una entera confianza, me hablaba de sus inquietudes más secretas y me consultaba, sobre todo, con un abandono y una amistad que yo misma no sabía cómo explicar. ¿Temía mi resentimiento y quería paralizar sus efectos? Estaría tentada de creerlo. Yo podía, con mis relaciones, hacerle algunos servicios y cuando una perso-

na puede serle útil, por humilde que sea, don Pío tiene un talento particular para servirse de ella, así como para adormecer los odios de sus enemigos.

Desde los últimos acontecimientos la ciudad había cambiado por completo de aspecto. De la calma monótona, del fastidio abrumador anteriores a la revolución, acababa de pasar a una agitación extraordinaria, a un movimiento y alboroto perpetuos. El gobierno que se había organizado en nombre de Orbegoso debía emplear las sumas recibidas de los propietarios en poner en pie un ejército bastante fuerte, capaz de resistir al de Bermúdez. Yo estaba al corriente de todo cuanto sucedía en la comandancia general. Althaus con su franqueza y el deseo que sentía de poner en ridículo a sus ilustres jefes me repetía hasta los más pequeños detalles. La presunción, la incapacidad, la incuria de esos hombres rebasaban todo lo que se podría suponer. Manuel, por su lado, me confiaba lo que Althaus no podía saber, de suerte que yo era la mejor informada del país. Si Nieto y Valdivia hubiesen estado por sus talentos al nivel de su posición política, ciertamente habrían podido, con orden, economía y actividad, satisfacer las necesidades del momento con las enormes sumas extorsionadas a los desgraciados propietarios. Pero el dinero obtenido sin trabajo se gasta con prodigalidad. No hubo falta ni extravagancia que no cometieran estos dos hombres. Si llegaba un barco a Islay, el general hacía preguntar enseguida, con gran énfasis, qué armas y municiones traía y daba orden de comprar inmediatamente los sables, fusiles, pólvora, balas, géneros, etc., que podían encontrarse a bordo. Valdivia no actuaba con más tino sin olvidar, no obstante, sus intereses personales. Fundó en Arequipa un periódico cuya redacción costaba muy caro, pero él era el redactor en jefe con 1000 pesos de sueldo al mes, fuera del precio que recibía por cada artículo que publicaba.[62]

Apenas había transcurrido un mes desde la publicación del famoso bando cuando un día entró Althaus en mi cuarto, riendo sin poderse contener.

—¿Qué puede provocar así su hilaridad, primo? Apuesto que nuevos errores del generalísimo. Cuéntemelos pronto, para reír junto con usted.

[62] Este periódico fue El Yanacocha donde el Deán Valdivia escribía los editoriales y era vocero de las ideas confederacionistas de Santa Cruz. (N. del E.)

—¡Ah, Florita! He reído tanto desde esta mañana que, palabra de honor, creo estar enfermo.

—Pero ¿qué cosa es?, dígame...

—Pues figúrese... ¡ah!, ¡ah!, perdón, prima, pero no podré contarle eso! ¡Es increíble!... Esta página de su diario será curiosa. ¡Ah! ¡Bribón de Nieto! ¡Bah! Te perdono el no poder comprender la más sencilla figura de geometría. Cuando se hace reír a los viejos matemáticos como me has hecho reír desde esta mañana, se debe estar dispensado de saber que 2 y 2 son 4.

—¡Bueno, Althaus! Me voy a incomodar. Hemos convenido en que yo sería la confidenta de los goces, así como de las tribulaciones. Quiero reírme a mi vez.

—Sepa, pues, querida prima, que esta mañana nuestro amable y previsor general me hizo decir que fuese a arreglar lo que él llama *su gran almacén* y es sencillamente la capillita que comunica con la prisión. Después del desayuno llevé conmigo dos hombres y fui a este santuario donde, hasta entonces, se me había prohibido la entrada. No era sin razón que me hacían tanto misterio. Adivine, querida niña, lo que encontré en aquel almacén.

—Pero, qué se yo ¿sables, fusiles...?

—Sí, sables, pero no adivina usted en qué número... Hay en el almacén dos mil ochocientos sables acabados de comprar y yo desafío a Nieto a reunir seiscientos u ochocientos hombres bajo sus órdenes. Hay mil ochocientos fusiles, ¡y qué fusiles! ¡Ah!, ¡no hay peligro! No matarán a sus hermanos con esos fusiles fabricados en Birmingham. Aquí no cuestan sino 22 francos. Es verdad que son de fabricación inglesa y baratos, pero un inocente rodrigón sería más temible que diez de estos fusiles. ¡Y los sables!, ¡oh! Serían excelentes instrumentos para cortar nabos. No le hablo de las piezas de tela azul, color de los *granaderos franceses* y de los millares de cinturones, de los tahalíes que encontré en un rincón, sin ver por ningún lado una sola cartuchera. Que el diablo me lleve, pero hay que creer que las palomas mensajeras han llevado la noticia de la revolución de Lima a esos jocosos capitanes ingleses y franceses para que hayan venido a infestar el Perú con todos los desperdicios de sus tiendas. ¿Cree usted que todas esas armas estaban arregladas en el orden exigido para su conservación? ¿Que los fusiles, por ejemplo, habían

sido dispuestos en forma de prevenir que se enmohezcan? De ninguna manera. Todos los objetos del almacén, arrumbados en la vieja capilla donde el agua cae por todos lados, han sido arrojados como manojos de heno. Pero no importa, mojados o no, esos perros de fusiles no ladrarán jamás. ¡Vamos, bravos burgueses de Arequipa! ¡Actualmente debéis estar contentos! ¡Si se toma vuestro dinero, podéis tener a lo menos la satisfacción de verlo útilmente empleado! Allí tenéis un gran almacén donde el número de sables es mayor que el de los soldados que podéis armar... donde tenéis rimeros de paño azul, cuando no hay ni sastres para coser los vestidos y una abundante cantidad de tahalíes. En cuanto a las cartucheras, el capitán las ha vendido a Santa Cruz. ¡Ah! ¡Es delicioso! Diga Flora, cuando les describa en Francia esas mascaradas peruanas creerán que usted oscurece el cuadro: ¡dos mil ochocientos sables para seiscientos soldados que no tienen zapatos en los pies ni morriones en la cabeza, a quienes, en fin, les falta todo!!!... ¡Bravo, mi general! Creo que entiendes de todo esto admirablemente. ¡Qué cuidadoso proveedor habrías sido! Los del Gran Ejército daban a los soldados zapatos que les duraban ocho días; pero tú, fina flor de proveedores les habrías dado, ¡tres sables en lugar de un par de zapatos!

Althaus se quedó más de dos horas haciendo bromas sobre los hechos y dichos de los ilustres jefes de la república y esto con una originalidad tal, como para reír tanto como él.

—Florita, cuéntele a don Pío en gran confianza todo cuanto acabo de decirle. No me molestaría si lo supiese, pero no quiero que lo sepa por mí.

—Althaus, usted debería aconsejar a esas gentes, usted ve bien que no tienen idea alguna de lo que deben hacer en las graves circunstancias en que su ignorante temeridad los ha colocado.

—¡Darle consejos!, ¡ah! Florita, se ve que no conoce aún el espíritu de las gentes de este país. Son tan necios y presuntuosos que creen tener la ciencia infusa. En los primeros años de mi estancia en América me apenaba como usted verlos cometer tantas faltas y les advertía con franqueza que si obraban de otra manera las cosas irían mejor. ¿Sabe usted lo que me sucedió? Me suscité enemigos implacables entre todos esos imbéciles. Desconfiaron de mí, me hicieron misterio de todo, como usted ve el que me han he-

cho con las armas, y sin la necesidad urgente que tenían de mis conocimientos me hubiesen arrojado como a un hombre abominable. Tuve que sufrir mucho al principio con tales gentes; pero al fin adopté mi partido y sin inquietarme más, les dejé hacer sus tonterías y me contenté con hacer bromas, pues, durante mi estada en Francia conocí el poder del ridículo cuando se emplea oportunamente y con habilidad.

—Pero, Althaus, todo cuanto me acaba usted de decir es muy alarmante. Semejantes extravagancias tendrán consecuencias desgraciadas para los habitantes de Arequipa. Si Nieto compra así todas las vejeces de los capitanes europeos se verá obligado a recurrir a nuevas extorsiones y por la manera como proceden, éstas se repetirán sin cesar.

—Será como usted dice. El audaz monje Valdivia prepara ya su segundo bando. Esta vez don Pío no se le escapará. Ugarte y Gamio van a ser esquilmados, pero sobre todo van a golpear sobre el obispo y su casa. ¡Ah, señores burgueses! ¿Queréis república? Bien, bien, amigos míos, ¡vamos a mostraros lo que cuesta una república!

Althaus se dedicó a ridiculizar ese sistema de gobierno. El absolutismo estaba en el alma del barón de Althaus y los resultados que tenía delante de los ojos no eran a propósito para convertirlo a la organización republicana.

Las ciudades de América española, separadas unas de otras por inmensas extensiones de territorio sin cultivo y sin habitantes, tienen todavía pocos intereses comunes. La necesidad más urgente era dotarlas de organizaciones municipales proporcionadas al adelanto intelectual de sus poblaciones y susceptibles de progresar con ellas y unirlas por un lazo federal que sería la expresión de las relaciones existentes entre esas ciudades. Pero, para libertarse de España fue preciso levantar ejércitos y, como sucede siempre, la potencia del sable ha querido dominar. Si las poblaciones de estas repúblicas estuviesen aproximadas se encontraría más unidad de aspiraciones y no presentarían, después de veinte años, el espectáculo aflictivo de guerras renacientes sin cesar.

El gran acontecimiento de la independencia ha engañado todas las previsiones. Inglaterra gastó sumas enormes en provocarla y desde que la América española es independiente el comercio

inglés hace operaciones ruinosas.[63] El sentimiento que se explotó para excitar a esos pueblos a sacudir el yugo de España no fue el amor de una libertad política, deseo que estaban muy lejos de sentir, ni el de una independencia comercial, que las masas eran demasiado pobres para poder gozar. Se puso en juego contra los españoles el odio, alimentado por las preferencias de que eran objeto. Con los ojos fijos en los prodigios que la libertad ha hecho florecer en la América del Norte, se admira uno de ver a la del Sur presa, por tanto tiempo, de las convulsiones políticas y de las guerras civiles y no se presta suficiente atención a la diversidad de climas y a las diferencias morales de los dos pueblos. En América del Sur las necesidades son restringidas y fáciles de satisfacer. Las riquezas están también repartidas con mucha desigualdad y la mendicidad, compañera inseparable del catolicismo español, es casi una profesión. Existían en el Perú, antes de la independencia, inmensas fortunas hechas en los empleos públicos, en el comercio y en especial en el comercio intérlope, así como en la explotación de las minas. Un número muy pequeño de esas fortunas tenía su origen en el cultivo de las tierras. La masa de la población estaba cubierta de harapos y no ha mejorado su suerte desde entonces. Mientras tanto, en la América inglesa las costumbres y los usos se habían formado bajo el imperio de las ideas liberales, políticas y religiosas. Las poblaciones estaban cercanas, habitaban en un clima que suscita muchas necesidades, conservaron las costumbres laboriosas de Europa y como la riqueza no se adquiría sino por el cultivo de las tierras y el comercio regular hubo bastante igualdad en su distribución.

Puede uno sorprenderse de que, según las reglas de la prudencia humana, todas las gentes ricas no evacuaran América al mismo tiempo que el gobierno español. Era evidente que iban a ser las víctimas de todas las conmociones. Sus riquezas, en efecto, han alimentado las guerras y éstas no cesarán sino cuando ya no haya grandes fortunas que expoliar. La explotación de las minas disminuye cada día, muchas a consecuencia de las guerras se han

[63] "Inglaterra ofreció una base de apoyo económico y moral sobre todo al avanzar el siglo XIX cuando su industrialismo necesitó un campo de expansión por el exceso de productos a causa de los progresos de la técnica y de la aplicación del vapor.". Jorge Basadre, Perú: Problema y Posibilidad, 4.ª edición, Consorcio Técnico de Editores S.A., Lima, 1984, pp. 18-19. (N. del E.)

inundado; cuando la tranquilidad se restablezca los habitantes se encontrarán obligados a entregarse casi por completo al cultivo de las tierras, ese trabajo civilizador hará nacer gradualmente entre ellos las ideas de orden y de libertad racional.

En cuanto la noticia de los acontecimientos de Lima llegó a Arequipa, los hombres que hicieron pronunciarse a la ciudad a favor de Orbegoso no estaban movidos por el amor del bien público, ni porque estimaran que este presidente valía más que sus competidores. Vieron la ocasión de apoderarse del poder, de llegar a la fortuna y se apresuraron en aprovecharla.[64] Valdivia ejercía gran influencia sobre el general Nieto y lo empujó a tomar el gobierno militar de todo el departamento. Él mismo, bajo los auspicios del general, se puso a la cabeza del gobierno civil y distribuyó entre sus paniaguados todos los empleos. Esos dos hombres, o más bien Valdivia solo, dirigieron todos los asuntos durante tres meses hasta la llegada de San Román.

El monje Valdivia, nacido con eminentes talentos, fue educado en el más famoso convento de Arequipa, el de los jesuitas. Su aptitud, su prodigiosa inteligencia y la audacia de su carácter lo elevaron sobre la multitud de alumnos y atrajeron todas las miradas. El sacerdote Luna Pizarro lo tomó bajo su protección inmediata, lo tuvo en su casa, lo nombró su secretario y le prodigó todos sus cuidados hasta completar la educación del joven de quien contaba servirse algún día. Valdivia se convirtió pronto en confidente de Luna Pizarro. Éste lo inició en todos sus proyectos de ambición. Los dos sacerdotes hicieron un pacto y unieron sus respectivos medios de acción para llegar uno y otro al poder. Luna Pizarro aspiraba al obispado de Arequipa, lo que le hubiese dado el poder eclesiástico y cerca de 100 000 pesos de renta. Todos sus manejos tendían hacia esa posición eminente.

[64] La revolución de 1834 tuvo un carácter muy diferente del simple pretexto para imponer cupos, obtener puestos o perseguir enemigos. Fue un movimiento esencialmente popular y espontáneo, antecedente de la reacción civil contra el militarismo que protagoniza en 1872 la multitud contra los Gutiérrez y en 1895 las montoneras de Piérola. Desde un punto de vista formal fue la defensa del presidente legal contra el intento de usurpar su función mediante la fuerza. En el fondo representó el anhelo de salir de la etapa del caudillaje, del despotismo, del gobierno de grupo que si no pudo lograr su objetivo merece, al menos, comprensión y hasta respeto. (N. de la T.)

Valdivia era un hombre de cerca de treinta y seis años. Desde hacía quince venía observando el curso de los acontecimientos y la marcha de la opinión; reconoció que los tiempos del poder civil habían llegado y que el pueblo, a pesar de su excesiva beatitud y superstición, concedería naturalmente más autoridad a los agentes nombrados por él mismo, a los depositarios de su voluntad, que a los sacerdotes impuestos por un poder exterior. El catolicismo comenzó a declinar desde el día en que, abandonando la elección popular, el sacerdocio no quiso recibir sus funciones de la conciencia de los pueblos, sino de los reyes y de los príncipes de la iglesia. Esta religión se detuvo desde entonces y al cesar de progresar, a la par que las naciones, ha sido abandonada sucesivamente. Esto sucederá en el Perú y ocurrirá en todas partes si no se armoniza con los adelantos del pensamiento humano.

Valdivia entró en la carrera civil, se hizo abogado, escritor y periodista sin dejar de ser sacerdote. Se puso así en situación de aprovechar de todos los acontecimientos reservándose el cubrirse, en caso necesario, de su carácter sacerdotal y servirse de éste, según las circunstancias, como medio de agresión. Luna Pizarro, diputado por Arequipa ante el Congreso Nacional, intrigaba en Lima y aprovechaba todas las ocasiones para fomentar las discordias, excitar el desorden y provocar las revoluciones mientras que en Arequipa Valdivia hacía, como sacerdote, las predicaciones más furibundas contra el obispo; irritaba contra él a toda la población y, arrastrándolo por el lodo, le quitaba todo el prestigio y respeto con que el prelado había estado rodeado hasta entonces. El monje tenía tanto espíritu, lógica y vehemencia que cada artículo lanzado en su periódico contra el obispo le hacía a éste perder uno de sus miembros, como decía Althaus. Pero si la voz del impetuoso Valdivia tuvo tanto poder contra el obispo fue porque había mucho de verdad en sus ataques. Valdivia y Luna Pizarro no se mostraron más duros e implacables contra el prelado de lo que éste había sido durante doce años con los desgraciados a quienes los deberes de apóstol, las condiciones que la ciudad le había impuesto y, en fin, las consideraciones sociales y religiosas, le exigían como rigurosa obligación consolar.

Don José Sebastián de Goyeneche ocupaba desde hacía catorce años la sede episcopal de Arequipa.[65] Obtuvo esta alta dignidad mediante la todopoderosa influencia que en los asuntos del Perú tenía su hermano don Manuel, conde de Guaqui, muy en favor entonces en la corte de Fernando. El obispado de Arequipa producía anualmente cerca de 100 000 pesos; pero el obispo estaba obligado, según las disposiciones impuestas por la ciudad al concederle esta suma, a distribuir entre los pobres una parte de ella. Esta obligación, que sería injuriosa para el carácter apostólico de un obispo si la caridad fuese infaliblemente la virtud de los prelados nombrados por las cortes, fue para los desgraciados de Arequipa una garantía insuficiente de la beneficencia del señor de Goyeneche. Ya he dicho que el vicio dominante de esta familia es la avaricia. En el obispo llegaba a una escandalosa exageración... No sólo privaba a los pobres de las limosnas a que tenían derecho sobre su enorme renta, sino que aun cometía diariamente actos de la más irritante dureza. Una pobre viuda desprovista de todo recurso fue a solicitar un socorro y el obispo le hizo dar un real (14 céntimos). Un padre de familia se fracturó un miembro y le envió una limosna de igual valor. Una señora pobre, de muy alto nacimiento, que había perdido a una hija a quien amaba tiernamente, fue un día donde el obispo y le rogó darle tres pesos (15 francos) que le faltaban para colocar una modesta piedra sobre la tumba de su hija. El obispo se los negó... Cuando mi abuela murió todos los pobres siguieron el cortejo hasta el cementerio y repetían llorando: "Perdemos a una mujer que nos daba en un mes más que el obispo en todo el año". Esta horrible avaricia atrajo sobre él y sobre su casa el desprecio público a tal punto que se había hecho proverbial decir, cuando alguno cometía una mezquindad: es a la Goyeneche. Pero si su extrema avaricia privaba de estimación y de afecto a toda la familia, ésta procuraba, con un exterior lleno de afabilidad, de cortesía y de modestia, conciliarse el respeto de todos. El mendigo desarrapado, a quien se le negaba una limosna, se sentía honrado al ser saludado por un prelado cubierto de seda carmesí, que llevaba una cadena de oro al cuello, una her-

[65] Don José Sebastián de Goyeneche fue elegido Obispo de Arequipa en 1816 y desempeñó este cargo hasta 1860 en que fue nombrado Arzobispo de Lima. (N. de la T.)

mosa sortija en el dedo e iba seguido por cuatro sacerdotes ricamente ataviados. La hermana era también graciosa para con todo el mundo e igualmente los hermanos. Bajo esa apariencia de rústica sencillez todos ellos apreciaban con suficiente exactitud el corazón humano para conocer el valor que se debía atribuir a las cortesías que bajan de lo alto y creían deber ofrecerlas en compensación de las virtudes de que carecían.

Valdivia, al atacar al obispo,[66] golpeaba en el punto preciso y produjo un efecto correspondiente a la gravedad de sus acusaciones. Publicó en su periódico una serie de artículos en los cuales describía la avaricia del prelado con los colores más odiosos. Y cuando exaltó hasta el colmo la indignación pública, probó que durante toda la duración de su episcopado el señor de Goyeneche había distribuido anualmente a los indigentes de la ciudad o a los curas del campo sólo 1 000 pesos; mientras que debía haber empleado 14 000 en este objeto de los 100 000 que la ciudad concedía a su obispo. Después presentó la cuenta de las sumas robadas a los pobres y demostró que, en el curso de diez años les había sustraído una suma que ascendía con sus intereses a 200 000 pesos (más de un millón en nuestra moneda), el monje pedía a gritos que se forzase al obispo a la restitución. Todo el mundo, hasta los amigos de la familia Goyeneche, no podía dejar de reconocer la verdad de los cálculos de Valdivia y las conclusiones deducidas de ellos. Por toda respuesta, los Goyeneche vociferaban sobre la irreverencia y el escándalo de semejantes ataques y se negaban a entender el asunto de manera diferente. Valdivia no abandonó su presa y persiguió al obispo con una constancia y una fuerza de lógica que redujeron a silencio a los tímidos defensores del prelado. El propósito del audaz monje era el de hacerlo comparecer ante un tribunal de alta jurisdicción con una acusación de peculado. El señor de Goyeneche, de salud precaria, ha-

66 La enemistad de Valdivia con Goyeneche era antigua, aunque no revistió los caracteres de odiosidad que Flora le atribuye. En 1827, Valdivia pronunció en la Academia Lauretana de Arequipa una disertación combatiendo el celibato eclesiástico y Goyeneche sostuvo una polémica con él. Posteriormente, Valdivia se retractó en público por lo que el obispo reputó errores en su disertación. En San Camilo dio una serie de conferencias y sermones condenando su doctrina y llegó a ser Prelado Doméstico de Su Santidad, nombrado a este cargo por Pío IX en 1861. (N. de la T.)

bría sucumbido ante la vergüenza de semejante proceso o se vería obligado a renunciar. Una vez abatido el árbol, Valdivia correría a las ramas y Luna Pizarro podía tomar sus medidas para ocupar la sede ya vacante.

Al organizar el nuevo gobierno, Valdivia había colocado bajo sus órdenes a gentes nulas en extremo con el fin de paralizar toda oposición y tener constantemente a su disposición dóciles instrumentos. Nombró prefecto a don Manuel Cuadros,[67] hombre incapaz; pero que tenía a su favor la recomendación del odio implacable que sentía hacia los Goyeneche. El señor Cuadros había pedido en matrimonio a la señorita Goyeneche. Esta señorita, a quien la fortuna hacía exigente, había ya rechazado numerosos pretendientes. El señor Cuadros fue, según creo, el vigésimo despedido. Ella se enfadaba con cada nueva propuesta que se le hacía y decía en alta voz "que no concebía cómo hombres que tenían por toda fortuna 60 000 u 80 000 pesos solamente, osaban venirle a ofrecer un peso a cambio de una onza". El señor Cuadros de Osencio pertenecía a una familia muy antigua de Cádiz. Tan orgulloso como necio, furioso de ver que se medía su mérito por el número de pesos que tenía, se convirtió en enemigo irreconciliable de esta familia y cuando se presentó la ocasión, la pobre mariquita pagó muy caro el rechazo un poco altivo hecho al señor Cuadros.

Como Althaus me lo había anunciado, Valdivia hizo aparecer su segundo bando un mes después del primero. Esta vez a mi tío se le impuso 6 000 pesos. Protestó, pero fue necesario pagar el mismo día. El bando decía que los retardatarios serían reducidos a prisión. Al obispo se le impuso 30 000 pesos; a su hermano 6 000 y a su hermana igual suma; a Ugarte 10 000. Este último tuvo accesos de locura y su esposa se vio obligada a llevarlo al campo. El pobre Gamio casi muere. Una de mis primas, apellidada Gutiérrez, fue la única que demostró energía. Se encaprichó en no pagar y no la pudieron obligar a hacerlo. Toda la ciudad se hallaba en tal estado de exasperación que Nieto no se atrevía ya a salir por las

67 Manuel Ascencio Cuadros y Loayza (1777-1864) fue alcalde de Arequipa (1825-1826) además de prefecto del departamento (1834) y vocal de la Corte Suprema del Estado Sud-Peruano (1836). En 1839 abandona Arequipa para asumir su puesto de Vocal Superior de Lima (1839), continuando en la capital su carrera pública. (N. del E.)

calles. El audaz Valdivia, que desde hacía tiempo se vestía de paisano, juzgó prudente revestir la sotana. El hábito talar ha conservado aún influencia sobre el populacho y Valdivia se inquietaba muy poco del resentimiento de los propietarios. Después de haber impuesto esta segunda contribución, que no fue mejor empleada que la primera, se hizo una requisición de caballos, después de yeguas y de mulas y, al fin, quitaron hasta los asnos. Todas aquellas exacciones agotaron a los desgraciados arequipeños. Las soportaban murmurando y sin tener el valor de libertarse, cuando la leva de hombres, ordenada por el general Nieto llevó al colmo sus dolores y su indignación. El pueblo peruano es antimilitarista. Todos aborrecen el estado de soldado y el indio mismo prefiere matarse antes que servir.[68] En un principio los arequipeños se negaron rotundamente a obedecer la llamada del general. Valdivia recurrió entonces a la persuasión y en una serie de artículos, publicados en su periódico, supo interesar su orgullo con tanta astucia que todos los jóvenes se enrolaron voluntariamente. El hábil monje explotaba su vanidad e ignorancia, los comparaba a los espartanos, a los romanos, en fin, a los inmortales parisienses de 1830. Consiguió, por medio de adulaciones, excitar su emulación de tal modo que todos, jóvenes y viejos, marcharon en las filas de los defensores de la patria. Recuerdo que los artículos del monje comenzaban siempre así: "¡Arequipeños! La República del Perú espera encontrar en vosotros defensores, pues no quiere ver su noble causa defendida por lo que se llama soldados". Otra vez les dijo: "¡Arequipeños! Vosotros todos sois libres. El jefe no es más que el subordinado, el subordinado es tanto como su jefe. Ya no hay soldados entre vosotros, sólo hermanos, hombres libres, defensores de la patria, etc."

—En verdad, me decía Althaus, estoy tentado por creer como las viejas que este monje condenado ha encontrado los cuernos del diablo que, según ellas, dan el poder de hacer milagros. En cuanto a mí, le estoy sumamente agradecido, pues le aseguro que me saca de un gran apuro. El general, que es miedoso como una perdiz,

[68] Mi tío me ha referido que, durante sus veinte años de guerras en el Perú, cada vez que tenía que atravesar ríos o bordear precipicios, perdía un gran número de soldados indios, quienes se arrojaban al río o al precipicio, prefiriendo esta muerte espantosa a la vida de soldado. (N. de la A.)

me había dado el pesado encargo de registrar las casas para descubrir a los conscriptos que no querían presentarse. Ese trabajo no me cuadraba en lo absoluto. Soy hombre capaz de cargar sobre mis hombros a tres de esos mozalbetes si los encuentro en los linderos de un bosque; pero forzar la entrada de una casa donde la anciana madre, la esposa llorosa y los hijos me hubiesen rodeado suplicantes, saltándome al cuello para acariciarme... no habría podido resistirlo. Soy duro sobre el campo de batalla porque he aprendido a serlo y es una necesidad; pero con los desgraciados que sufren y lloran yo sufro y lloro también.

—¡Ah, primo! Se pinta usted con estas palabras y me agrada usted así. Althaus, usted no está hecho para matar a los hombres...

—Florita, sin embargo, nunca he estado mejor que en Waterloo y allí maté hombres.

—¡Por Dios! No me hable de su Waterloo. Esa palabra me hace estremecer de horror. No puedo oírla sin estar penosamente afectada. ¿Decía usted, primo, que el padre Valdivia ha conseguido que los conscriptos vayan voluntariamente sin emplear con ellos la fuerza?

—Es un hecho muy cierto. Los llama Alejandros, Césares, Napoleones.[69] Les habla en griego y en latín y quizá sí les dice en esas antiguas lenguas: malditos animales, cobardes, etc., pues que el diablo me lleve si uno solo de sus lectores sabe latín. Entre otras bellas frases que les recita ¿no tiene la desfachatez de decirles que Europa, que el mundo entero, los contempla? ¡Que en París van a estar envidiosos de su valor! Qué sé yo todas las paparruchas que les dice. ¿Por qué no lee usted su periódico y sus sublimes proclamas? Le aseguro que son piezas muy curiosas.

—Leo todo cuanto este sacerdote escribe. Pero evito hablar de ello porque me hace sufrir. Es imposible burlarse así de todo un pueblo con tanta impavidez.

—¡Ah, Florita! ¿Por qué este pueblo es tan torpe como para dejarse engañar por ese intrigante? Esos imbéciles peruanos están

[69] En la Biblioteca Nacional del Perú pueden consultarse varios de los bandos y proclamas lanzadas por Nieto en Arequipa en esos días. Son interesantes piezas históricas. En ninguno de ellos aparecen las palabras exageradas que señala Flora. En una de las primeras, del 14 de enero de 1834, Nieto dice que toma su lanza para vengar el ultraje inferido a la Convención por Gamarra. (N. de la T.)

tan hinchados de orgullo que tienen la estupidez de creer que sobrepasan en valor y en inteligencia a los Alejandros, los Césares y los Napoleones. ¡Pues bien! No tendrán sino lo que merecen. Es preciso que paguen su necedad. Soltarán el queso, el zorro se apoderará de él y se reirá en sus narices. Es usted muy buena en tener compasión de ellos. Ríase conmigo de sus tonterías. ¿Sabe que se organiza un cuerpo de guardias nacionales a imitación de París? Creo, hermosa prima, que es por agradar a usted que desde su llegada todo se hace aquí, según la moda parisiense, *al uso de París*. Ese cuerpo de ejército se llama "los inmortales". ¡Es para reventar de risa! Han venido hoy a rogarme que les dé algunas nociones de arte militar, tal como se iría donde un maestro de baile a decirle: enséñeme en dos o tres lecciones un paso de danza... ¡Miserables burgueses! ¡Algunas lecciones de arte militar!, pero, ¡cuerda de tenderos!, hace treinta años que yo, nacido en los campamentos, estudio el arte de la guerra y no soy sino un aprendiz al lado de los grandes capitanes que han deslumbrado al mundo con su gloria. ¡Ah! Si mis antiguos camaradas del ejército del Rin me viesen haciendo maniobrar a estas muñecas peruanas, ¡cómo se reirían! ¡Dios mío, cómo se reirían! Felizmente en Alemania no se ocupan en lo menor de los hechos y dichos de los inmortales peruanos. Con todo, deploro no haberme cambiado de nombre cuando llegué a este país.

—Pero si parece usted tan humillado por dirigir a tales hombres ¿por qué se queda entre ellos?

—¿Por qué?, ¿por qué? Porque quiero primero que me paguen los 150 000 pesos que me deben. Enseguida porque mi estado es el de ser soldado y aquí se baten. Oigo a veces algunos tiros de fusil y eso me recuerda mis buenos tiempos. Ahora estoy un poco viejo para ir a enrolarme bajo el estandarte del pachá de Egipto o bajo el del príncipe Othón. Por otro lado, en aquellos países no habrá de qué reír, mientras aquí me divierto como un loco con todas las necedades y ya eso es algo. Prima, el domingo usted verá al general. Felicítelo por su hermoso *cuerpo de inmortales*, se siente muy halagado cuando usted habla de guerra con él y me pregunta a menudo lo que piensa sobre todos estos asuntos. A veces me provoca contestarle que lo considera a él como al primero entre los ignorantes.

—Althaus, los lobos no se devoran entre sí. Esté tranquilo, el domingo le diré que jamás he visto en París nada tan grandioso y tan magnífico.

—¡Oh!, y lo creerá.

Tal es el carácter peruano, vanidoso, fanfarrón, crédulo, desbroza todo con la palabra y es tan incapaz de firmeza en la acción como de perseverancia en una resolución valerosa.

El movimiento tumultuoso de la ciudad, mis numerosas relaciones y mis conversaciones íntimas con mi tío, con Althaus y con Manuel, me proporcionaban una existencia variada y bastante ocupada. Pero nada de esto interesaba mi corazón y desde entonces un vacío espantoso, una tristeza indecible se apoderaron de mí. Los seres de naturaleza amante no pueden vivir sólo de la agitación provocada por los acontecimientos exteriores y necesitan afectos. Reconocí, aunque demasiado tarde, que, empujada por el dolor, había cedido con imprudente facilidad a mi imaginación al venir a buscar en el Perú una tranquilidad y una felicidad que sólo podía encontrar en el fondo de las dulces emociones que ya no me era permitido sentir. Joven todavía, y pasando por soltera, hubiese podido esperar que un hombre me amara y se casara conmigo aun privada de fortuna. Puedo decir, sin temor a un desmentido, que muchos de esos señores de Arequipa me manifestaron con bastante claridad sus intenciones para tener duda a este respecto. Si hubiese sido libre habría compartido el cariño y aceptado con reconocimiento la protección de alguno de ellos. Pero sentía el peso de mis cadenas, aun a la distancia inmensa que me separaba del amo a quien pertenecía; tuve que refrenar los impulsos de la naturaleza que Dios había puesto en mí y parecer fría, indiferente y, a menudo, hasta poco amable. Franca hasta la exageración, sentía la necesidad desahogar mis penas y aunque deseaba verter mis lágrimas en el seno de un amigo, me era preciso aislar mi corazón en medio de mis semejantes y vivir en una reserva continua. Ciertamente estaba muy lejos de prever, cuando partí, las torturas que me haría sufrir mi papel de soltera. Los sufrimientos de a bordo estaban a lo menos endulzados por mi afecto hacia Chabrié. Pero desde el instante en que rompí con él me prometí no tener esa clase de amistad con nadie. Era demasiado peligrosa para mí y para aquel que fuese objeto de ella.

Yo no vivía. Vivir es amar y no tenía conciencia de mi existencia sino por ese deseo de mi corazón que no podía satisfacer. Si para cambiar trataba de concentrar mis facultades amorosas sobre mi hija, percibía también el peligro de abandonarme a ese amor. No me atrevía a pensar en esta niña, y sin cesar trabajaba en arrojarla de mi memoria pues temía traicionarme al hablar de ella en la conversación. ¡Ah! ¡Cuán difícil es olvidar ocho años de vida y sobre todo la calidad de madre!... La menor de las hijas de Joaquina tenía la edad de mi hija. Era simpática, traviesa y su lengua infantil me recordaba a mi pobre Alina. A este pensamiento mis ojos se llenaban de lágrimas... Quitaba los ojos de esta niña y me retiraba a mi cuarto en un estado de sufrimiento que sólo una madre puede concebir. ¡Ah!, desgraciada, me decía, ¿qué he hecho? El dolor me volvió cobarde, desnaturalizada y huí, incapaz, de soportar el peso. Dejé a mi hija al cuidado de gente extraña. ¡La desgraciada criatura está quizá enferma, quizá muerta! Entonces mi imaginación me abultaba los peligros que podía correr, así como mis culpas hacia ella y caía en una desesperación delirante.

Todo lo que me rodeaba aumentada mi dolor. No hablaba a los niños, habría deseado no verlos. Fui tan fría con los de mi tía y con los de Althaus que los pobres pequeños no se atrevían a hablarme ni aun a mirarme. Esta casa donde había nacido mi padre, que hubiese debido ser la mía y en la que, sin embargo, era yo considerada como una extraña, irritaba las heridas de mi corazón. La vista de sus amos hacía presente a mi espíritu la odiosa iniquidad que cometían despiadadamente conmigo. El precio de su hospitalidad me era amargo y no había penas ni peligros a los que no me expusiese en imaginación con tal de abandonar el antro en el cual había sido yo tan cruelmente expoliada. Francia se ofrecía a mis pensamientos con todos los dolores que había sufrido en ella... ¡No sabía dónde huir ni qué hacer! No entreveía asilo ni reposo en ningún sitio sobre la tierra. La muerte, que durante largo tiempo había creído próxima y esperaba como un beneficio de Dios, se negaba a mis votos y mi salud se había fortalecido. No había ninguna perspectiva a mis esperanzas, ninguna persona en el seno de la cual pudiese desahogar mi dolor. Una negra melancolía se apoderó de mí. Estaba silenciosa y meditaba los más siniestros proyectos. Tomé aversión a la vida. Era para mí un fardo cuyo peso

me agobiaba. En esta circunstancia tuve que luchar contra una violenta tentación de destruirme. Nunca he aprobado el suicidio. Siempre lo he considerado como el resultado de la impotencia para soportar el dolor. Me parece tan natural el desprecio por la vida cuando se sufre que jamás he podido considerar esta acción sino como la de un cobarde. Pero el sufrimiento tiene sus iras y la inteligencia es a veces muy débil para resistir, cuando no tiene la fe por apoyo. Creía entonces en la razón humana. Lejos de caminar en la vida resignada a todo, buscando en los acontecimientos la vía que la Providencia me había destinado, esperaba o me dejaba arrastrar por el dolor, según me parecía el porvenir sereno o cargado de tempestades. Hube de sostener rudos combates para dominar este disgusto por la vida y esta sed de morir. Un espectro infernal me pintaba incesantemente todas las desgracias de mi existencia pasada, todas las que me esperaban todavía y dirigía contra mi corazón su mano homicida. Pasé ocho días y ocho noches sintiendo ese abrazo de la muerte, constantemente me parecía tener sobre mi cuerpo sus manos heladas. En fin, salí del largo combate dejando que este poder infernal tomase posesión de mi espíritu.

Me resolví también a entrar en la lucha social y después de haber sido largo tiempo víctima de la sociedad y de sus prejuicios, ensayar de explotarla a mi vez, vivir de la vida de los demás y ser como ellos, codiciosa, ambiciosa, implacable. Convertirme como ellos en centro de todas mis acciones. No detenerme, como ellos, ante ningún escrúpulo. Estoy en medio de una sociedad en revolución, me decía, veamos por qué medio podría yo representar un papel, cuáles los instrumentos de que sería preciso servirme.

En esta época, sin creer en el catolicismo, creía en la existencia del mal. No había comprendido a Dios, ni su omnipotencia y amor infinito para los seres a quienes creó. Mis ojos no se habían abierto todavía. No veía que el sufrimiento y el gozo son dos modos de existencia inseparables de la vida. Que el uno trae al otro inevitablemente y que es así como todos los seres progresan, como todos tienen sus fases de desarrollo por las cuales deben pasar y, ciegos agentes de la Providencia, todos tienen también una misión que cumplir de la cual no podemos suponer que pueden apartarse sin rebajar la potencia divina.

Pensaba que dependía de nuestra voluntad formarnos para cualquier papel que fuera. Yo sólo había sentido hasta entonces las necesidades del corazón. La ambición, la codicia y otras pasiones ficticias no se habían presentado a mi espíritu sino con la efervescencia de cerebros enfermos. Había aspirado siempre a una vida animada por tiernos afectos, a una modesta comodidad y estos deseos me estaban vedados. Esclavizada a un hombre... (ya lo he calificado) en una edad en que toda resistencia es impotente, nacida de padres cuya unión no había sido inscrita según las fórmulas legales, debía muy joven aún renunciar para siempre a las tiernas afecciones y a una vida por encima de la pobreza. El aislamiento era mi lote. No podía aparecer sino furtivamente en el mundo y la fortuna de mi padre se convertía en la presa de un tío millonario. Colmada la medida, me puse en abierta rebeldía contra un orden de cosas del cual yo era la triste víctima, pues sancionaba la servidumbre del débil y la expoliación del huérfano y me prometí entrar en las intrigas de la ambición, rivalizar en audacia y astucia con el monje, ser como él perseverante; como él sin piedad.

¡Desde aquel momento el infierno entró en mi alma!... El infierno lo encontramos siempre que nos desviamos de la ruta trazada por la Providencia y nuestros tormentos aumentan a medida que nos alejamos de ella. En vano intentamos cambiar nuestra naturaleza. Pocas personas, según creo, podrían manifestar una voluntad más fuerte que aquella con que Dios me había dotado y, sin embargo, con la firme intención de endurecerme y de ser ambiciosa, no pude conseguirlo. Puse toda mi atención en Valdivia. Lo estudié y comprendí su ardiente deseo de dominación y su odio contra el obispo. Pero ninguno de estos sentimientos pudo penetrar en mí. Sentía que la existencia del monje me sería antipática. Me puse en el sitio de Althaus y reconocí que las fuertes emociones tras de las cuales corría me causarían horribles dolores. En cuanto a mi tío, jamás pude comprender qué gozo podía sentir en emplear su vida en sordas intrigas y en miserables pequeñeces.

No dejé de persistir en los designios que había formado, no sólo de entrar en el movimiento político, sino aun de representar un papel principal. Tenía ante los ojos, para animarme, el ejemplo de la señora Gamarra, quien se había convertido en árbitro de la República. Gamarra y su esposa no habían derrocado a Orbegoso

sino para reinar bajo el nombre de Bermúdez. La señora Gamarra dirigía todos los asuntos, mandaba los ejércitos y bajo los nombres de Bermúdez y de Orbegoso la lucha iba, de hecho, a empeñarse entre la señora de Gamarra y el monje Valdivia.

Era preciso suplantar a este último, reunir en torno mío a los principales partidarios de Orbegoso. Sólo por la potencia del sable se podía triunfar en semejante proyecto. Tenía un pesar excesivo de verme obligada a recurrir al brazo de otro cuando me sentía capaz de actuar por mí misma. Debía aplicarme a encontrar un militar que, por la energía de su carácter y su influencia sobre los soldados, fuese propio para secundarme. Le inspiraría amor, fomentaría su ambición y me serviría de él para emprenderlo todo. Me puse seriamente a estudiar a los oficiales que venían a casa de mi tío y a aquéllos con quienes conversaba familiarmente todas las tardes en casa de Althaus.

Sin embargo, no había podido destruir todo mi ser hasta el punto de que los buenos principios que había en mí no se irguiesen contra la carrera en que me obstinaba en querer lanzarme. Asaltada por siniestras reflexiones cuando estaba sola, me representé las numerosas víctimas a quienes habría de inmolar para lograr apoderarme del poder y conservarlo. Trataba en vano de hacerme ilusiones con los grandiosos planes de felicidad pública con que construía mi quimera; una voz secreta me preguntaba quién me había revelado la certidumbre del éxito para intentar su realización al precio del asesinato y si podía acusar de las desgracias de mi posición a las personas cuya pérdida me vería obligada a conjurar. Veía ya levantarse contra mí los manes de mis antagonistas decapitados. Mi corazón de mujer se oprimía, mis cabellos se erizaban sobre la cabeza y sufría el suplicio anticipado de los remordimientos.

Si después de haber soportado por toda una noche el tormento de mis reflexiones lograba calmarme y volvía a la irresolución, bastaba una palabra de Althaus o de Manuel para determinarme nuevamente y se renovaban los combates de la víspera. En vano trataba de huir de las conversaciones sobre política. En casa de mi tío, la política era el tema de todas las charlas. En casa de Althaus no se hacía otra cosa y su mujer se ocupaba de ella con ardor. Cada día Manuel venía donde mí; todas las demás personas a quienes veía sólo me hablaban de los asuntos de la repúbli-

ca. Era que esos asuntos interesaban a los individuos en lo que éstos tenían de más caro.

Carmen era la única que evitaba, tanto como podía, hablar de este tema. Me repetía a menudo:

—Florita ¿qué necesidad tenemos, nosotras mujeres, de ocuparnos de los asuntos del Estado, si no podemos ocupar ningún cargo, desdeñan nuestros consejos y nuestros grandes personajes no nos juzgan aptas sino para servirles de juguete o de amas de llaves? Encuentro que usted y Manuela son más que buenas en atormentarse por las tonterías cometidas por ese monje intrigante y ese general imbécil. Déjelos que se batan. Al paso que van dentro de tres meses no quedará un peso en todo el Perú con qué pagar la tropa y entonces el combate se acabará por falta de combatientes.

Cuando no sabía cómo escapar al tormento interior que me agitaba violentamente y a las importunidades de las conversaciones políticas, iba en busca de mi prima Carmen y le rogaba acompañarme a pasear por las afueras de la ciudad. Carmen fue conmigo de una complacencia inagotable que siempre tendré gusto en recordar. Cedía a mis instancias, aunque esto fuese para ella un trabajo pesado. Como en Arequipa no hay paseos, las mujeres no tienen costumbre de salir. El cuidado que tienen con sus pies contribuye también a hacerlas sedentarias, pues temen hacerlos engrosar con la marcha.

Nuestros paseos favoritos eran el molino del río en el que entrábamos algunas veces. Me gustaba examinar esta fábrica rústica que, en su conjunto, estaba muy lejos de igualar a los nuestros. Otro día visitábamos el molino de chocolate situado al lado del de harina. Encontraba allí con placer los progresos de la civilización. Veía moler el cacao, triturar el azúcar y mezclar todo para formar el chocolate. La máquina había sido importada de Inglaterra. Era muy grande y movida por agua. El dueño de aquel establecimiento me demostraba mucha consideración. Lo había conquistado por el interés que demostraba al hacerle preguntas sobre su máquina y por la atención que prestaba a sus explicaciones. Salía siempre de allí con una pequeña provisión de muy buen cacao y un lindo ramo de flores que su galantería me obsequiaba.

Cuando el río estaba bastante bajo para que lo pudiésemos atravesar saltando de piedra en piedra o haciéndonos cargar por

nuestras negras, pasábamos al otro lado para trepar por la colina al pie de la cual corre el río y domina el valle de Arequipa. Al llegar a la cima nos deteníamos. Sentada cerca de Carmen y según el uso del país, con las piernas cruzadas como los orientales, encontraba un encanto inefable en quedarme así, durante horas enteras, sumida en un dulce arrobamiento, conversando con Carmen mientras ella fumaba su cigarro.

—Dígame, querida Florita, ¿tienen en su bella Francia un valle como éste?

—No prima, no creo que existe en ningún país un valle más pintoresco, una ciudad más caprichosamente situada y volcanes con tonos más melancólicos, con proporciones más gigantescas y con aspecto más poético.

—Y todo eso, Florita, deja fría y estéril el alma de los arequipeños. Nunca que yo sepa un arequipeño ha hecho un verso.[70]

—Pero, prima, piense en que, para comprender todas las bellezas que nos rodean y para que nuestra alma esté profundamente emocionada, no debemos entregarnos a las agitaciones del mundo y es preciso, si se quiere pintar esas bellezas, cultivar la inteligencia, ejercitarse en el manejo del idioma y leer buenos libros. Antes de que sus arequipeños hagan versos será preciso que haya escuelas donde puedan aprender a leer, donde pueda formarse el gusto por la lectura de Homero y Virgilio, de Racine y de Byron. Entre ustedes sólo las personas de la primera sociedad saben leer y, aun así, sólo han leído el catecismo sin intentar siquiera comprenderlo. Las altas facultades intelectuales son muy escasas cuando todo un pueblo no está llamado a gozar de las ventajas de la instrucción y no aparecen sino muy pocos hombres de élite.

—Participo de su opinión. Pero ¿por qué no se establecen escuelas por todas partes? ¡Con las sumas que ese monje acaba de arrancar a todos esos avaros se podía dar instrucción a todo el Perú! ¡Y nuestros gobernantes lo emplean en hacer matar a los hombres! Ahí tiene, Florita, cuando pienso en esto ceso de creer en Dios.

70 Arequipa puede ufanarse de ser la cuna de numerosos poetas, entre ellos del primer poeta peruano: Diego Martínez de Rivera que fue celebrado por Cervantes en su Galatea. Y es una lástima que Flora no conociese los yaravíes de Melgar y su historia, pues nos habría dejado un cuadro maestro con la descripción de los amores de este admirable héroe y poeta, el primer poeta romántico del Perú. (N. de la T.)

—Prima, si Valdivia emplease el dinero que arrebata a los propietarios en fundar escuelas para los jóvenes de uno y otro sexo, en hacer caminos para transportar los comestibles entre todas las ciudades de este territorio, y en fomentar la industria agrícola, manufacturera y las demás cosas útiles para la prosperidad del país ¿aprobaría usted su conducta?

—¡Hermosa pregunta! No sólo la aprobaría sino que me prosternaría ante él y vendería hasta mi último chal para contribuir a elevarle una estatua.

—¡Lo que usted dice es muy hermoso! Confieso, prima, que no la habría creído a usted capaz de tanta abnegación por su patria. Usted podría proceder así porque tiene buen sentido y comprende muy bien que la prosperidad de un país es la de todos los individuos que lo habitan. Pero la mayoría de los peruanos ¿vería eso con los mismos ojos?

—Sí, sin duda Florita, la gran mayoría lo aprobaría, pues como usted lo repite sin cesar, el buen sentido está en las masas. Los ambiciosos y los intrigantes serían los únicos descontentos al ver emplear el dinero en cosas útiles. Ávidos de los bienes de los demás, están siempre dispuestos a fomentar los disturbios. Encuentran la ocasión de enriquecerse sin trabajo en el despilfarro de los dineros públicos y salen de la dificultad aplaudiendo los desórdenes de que se aprovechan. Esos hombres forman sin duda alguna el número más pequeño; pero con todo dirigen los negocios y arruinan a nuestro desgraciado país.

Cuando en nuestras conversaciones Carmen me hablaba de las desgracias de su país, mis dolores se redoblaban. Era evidente para mí que si una persona dotada de una alma generosa y fuerte lograba apoderarse del poder, las calamidades tendrían un término y un porvenir de prosperidad se abriría a esta infortunada comarca. Pensaba en todo el bien que podría hacer si me hallara en el sitio de la señora Gamarra y me decidía, más que nunca, a intentarlo.

Entre los militares que venían a casa de mi tío o a la de Althaus sólo había encontrado uno que podía corresponder a mi designio y, aunque era el que me inspiraba más repugnancia, no habría vacilado un instante en tratar de inspirarle amor, tan penetrada me hallaba de la santidad del papel que podría representar. Pero debo creer que Dios me reservaba para otra misión: este oficial era casado. Cuando estuve bien convencida de no encontrar en Arequipa

un hombre de quien pudiese servirme, me vi obligada a abandonar mis proyectos. A pesar de todo, me quedaba una esperanza de la que me cogí con violencia: resolví ir a Lima.

Anuncié a mi tío y a toda la familia que deseaba regresar a Francia pero, como quería conocer la capital del Perú, iría a embarcarme a Lima.

Esta nueva sorprendió a todo el mundo. Mi tío pareció afectarse vivamente. Me hizo instancias para desanimarme de este designio sin ofrecerme, sin embargo, una posición más independiente de la que gozaba en su casa. Althaus estuvo realmente apenado, su esposa se desesperaba. Las dos personas de la familia que sintieron más vivo pesar fueron Manuel y Carmen.

La querida Carmen repetía a menudo con una tristeza que no era fingida: "Nadie aquí, Florita, sufrirá más vivamente que yo, en su ausencia. Don Pío está absorbido por los negocios políticos; Althaus, aunque la quiere mucho, estará distraído con sus numerosas ocupaciones; Manuela con sus relaciones sociales y su toilette; Manuel con los placeres de su edad. Pero a mí, Florita, que vivo tan retirada, desconocida de los mismos entre quienes el destino me ha colocado ¿quién podrá resarcirme de los consuelos de su dulce y alta filosofía?, ¿quién podrá darme esos momentos de alegría que debo a la originalidad de su carácter, momentos de encanto que reavivan mi triste existencia? ¡Ah, Florita! No pasará un día sin que exhale un suspiro pensando en usted".

No podría decir la pena que experimentaba al dejar a mi prima Carmen. Los otros no tenían ninguna necesidad de mí, mientras que para ella me había hecho indispensable.

Mi tío me rogó que al menos esperase antes de partir ver el sesgo que tomaban los acontecimientos políticos. Consentí en ello.

El monje había conseguido a fuerza de dinero y de fanfarronadas de su periódico organizar los siguientes cuerpos:

Infantería	1 000 hombres
Caballería	800 hombres
Batallón de inmortales formado por la flor de la juventud de Arequipa	70 hombres
Chacareros (hombres de campo) de los alrededores	300 hombres
Total del ejército	2 170 hombres

Había, además, una guardia nacional formada por 300 ó 400 veteranos, reservada para la defensa de la ciudad.

Para presentar una apariencia guerrera, el general Nieto había formado un campamento. Creyó acostumbrar a sus soldados a las fatigas haciéndoles dejar sus cuarteles. Ese campamento, muy mal situado desde el punto de vista militar, se hallaba a una legua de Arequipa, muy cerca del pueblo y tenía el grave inconveniente de estar rodeado de *chicherías* (especie de cabaré donde se vende chicha, bebida espiritosa hecha con maíz quebrado,[71] puesto a fermentar). El cuartel general se estableció en la casa de un señor Menao. Althaus intentó disuadir a Nieto de establecer ese campamento haciéndole observar los peligros que en la estación de las lluvias correría la salud del soldado y los enormes gastos que resultarían de ello; pero el presuntuoso general desdeñó estas consideraciones, así como las sabias opiniones de su jefe de Estado Mayor relativas a la ubicación del campamento. Nieto se imaginaba causar efecto y parecerse a un gran capitán por medio de esta imagen de la guerra. Cedía también a la necia vanidad de mostrar su poder en medio de las tiendas de campaña y con un numeroso séquito de oficiales. Al general le agradaba lucirse seguido de un brillante estado mayor. De la ciudad al campo y del campo a la ciudad eran idas y venidas continuas y encontrábamos muy divertida la comedia que cada día nos daba la heroica cabalgata. El general, montado sobre un hermoso caballo negro, adoptaba los aires de un Murat, tan esmerado y suntuoso era en la variedad de sus vestidos. Valdivia, muy a menudo en hábito talar, siempre sobre un caballo blanco, figuraba el Lafayette peruano y la multitud de oficiales cubiertos de oro y cargados de penachos no eran menos ridículos.

Gracias a Althaus y a la amabilidad del general podía disponer de un caballo cuando quería ir a ver el campamento. Los civiles ya no tenían caballos. Se habían visto obligados a dar los suyos o a esconderlos para sustraerlos a las requisiciones. Sólo mi tío había conservado su yegua chilena porque era tan briosa que ningún oficial se hallaba dispuesto a cabalgarla y en medio de un cuerpo de caballería podía ocasionar accidentes. La visita

[71] Donde no hay molinos las mujeres mastican el maíz y lo escupen en el vaso en donde lo dejan fermentar. (N. de la A.)

al campamento era para mí un paseo favorito. Iba alternativamente con mi tío, con Althaus o con Manuel quien era ya oficial. El general me recibía siempre muy bien, pero el monje parecía adivinar mi pensamiento y el desprecio que me inspiraba. Desde que me veía su fisonomía de por sí falsa, cínica y llena de odio adquiría una expresión muy particular. Me parecía evidente que comprendía mi antipatía hacia él. Valdivia me saludaba con una fría cortesía, escuchaba con atención todo cuanto yo hablaba sin tener el aire de ocuparse de ello y no se mezclaba en la conversación. Sabía por Manuel que mis visitas no le agradaban y mis risas con Althaus disgustaban mucho a esos señores. Pero ¿cómo no iba yo a reírme al ver a esos oficiales tan absurdamente ridículos? Nieto tenía que acampar sólo a 1 800 hombres (los *chacareros* y los *inmortales* no formaban parte del campamento) y había ocupado más terreno del que necesitaría un general europeo para un ejército de 50 000 hombres. Sobre un montículo a la izquierda de la casa de Menao se había construido un reducto armado con cinco cañones de montaña. Era la primera vez en mi vida que los veía y me hacían el efecto de tubos de goteras. Este reducto estaba dominado por una posición que la naturaleza misma había fortificado y donde el enemigo podía alojarse sin obstáculo si venía por el camino que la empalmaba. Luego, como Arequipa es una ciudad abierta donde se puede llegar por diez caminos diferentes, era difícil prever cuál tomaría el enemigo.

La infantería, acampada en varias líneas cerca del reducto, tenía un aire miserable. Los desgraciados soldados dormían bajo tiendas mal cerradas y hechas de una tela tan delgada que no podían defenderlos de las lluvias frecuentes de la estación. La caballería, mandada por el coronel Carrillo, ocupaba mucho más sitio y se había establecido en el otro lado del reducto. El general me hacía galopar por delante de esta larga fila de caballos que estaban muy apartados unos de otros. No había allí más orden que en el sector de la infantería. Todo era de dar pena. En el extremo del campamento, detrás de las tiendas de los soldados, estaban las *rabonas* con todos sus trastos de cocina y sus hijos. Se veía la ropa puesta a secar y a las mujeres ocupadas en lavar y coser. Todas haciendo una terrible barahúnda con sus gritos, cantos y charlas.

Las rabonas son las vivanderas de la América del Sur. En el Perú, cada soldado lleva consigo tantas mujeres cuantas quiere. Hay algunos que tienen hasta cuatro. Éstas forman una tropa considerable, preceden al ejército por el espacio de algunas horas para tener tiempo de conseguir víveres, cocinarles y preparar todo en el albergue que deben ocupar. La partida de la vanguardia femenina permite enseguida juzgar los sufrimientos de estas desgraciadas y la vida de peligros y fatigas que llevan. Las rabonas están armadas. Cargan sobre mulas las marmitas, las tiendas y, en fin, todo el bagaje. Arrastran en su séquito a una multitud de niños de toda edad. Hacen partir sus mulas al trote, las siguen corriendo, trepan así las altas montañas cubiertas de nieve y atraviesan los ríos a nado llevando uno y a veces dos hijos sobre sus espaldas. Cuando llegan al lugar que se les ha asignado se ocupan primero en escoger el mejor sitio para acampar. Enseguida descargan las mulas, arman las tiendas, amamantan y acuestan a los niños, encienden los fuegos y cocinan. Si no están muy alejadas de un sitio habitado van en destacamento en busca de provisiones. Se arrojan sobre el pueblo como bestias hambrientas y piden a los habitantes víveres para el ejército. Cuando los dan con buena voluntad no hacen daño alguno; pero si se les resiste se baten como leonas y con valor salvaje triunfan siempre de la resistencia. Roban entonces, saquean la población, llevan el botín al campamento y lo dividen entre ellas.

Esas mujeres proveen a las necesidades del soldado, lavan y componen sus vestidos; pero no reciben paga y no tienen por salario sino la facultad de robar impunemente. Son de raza india, hablan esa lengua y no saben una palabra de español. Las rabonas no son casadas, no pertenecen a nadie y son de quien ellas quieren ser. Son criaturas al margen de todo. Viven con los soldados, comen con ellos, se detienen donde ellos acampan, están expuestas a los mismos peligros y soportan aun mayores fatigas. Cuando el ejército está en marcha, es casi siempre del valor y de la intrepidez de estas mujeres que lo preceden de cuatro o cinco horas, de lo que depende su subsistencia. Cuando se piensa en que, además de llevar esta vida de penurias y peligros cumplen los deberes de la maternidad, se admira uno de que puedan resistir. Es digno de notar que, mientras el indio prefiere matarse antes

de ser soldado, las mujeres indígenas abrazan esta vida voluntariamente y soportan las fatigas y afrontan los peligros con un valor de que son incapaces los hombres de su raza. No creo que se pueda citar una prueba más admirable de la superioridad de la mujer en la infancia de los pueblos. ¿No sería lo mismo entre los pueblos más avanzados en civilización si se diera igual educación a ambos sexos? Es de esperar que vendrá un tiempo en el cual se intente la experiencia.

Muchos generales de mérito han querido suplir el servicio de las rabonas e impedirles seguir al ejército. Pero los soldados se han rebelado siempre contra todas las tentativas de este género y ha sido necesario ceder. No tenían suficiente confianza en la administración militar que debía proveer a sus necesidades para conformarse y renunciar a las rabonas.[72]

Esas mujeres son de una horrible fealdad. Esto es concebible por la naturaleza de las fatigas que resisten. En efecto, soportan la intemperie en los climas más opuestos, sucesivamente expuestas al ardor abrasador del sol de las pampas y al frío de las cimas heladas de las cordilleras. Llevan por todo vestido una falda corta de lana que les cae hasta las rodillas, una piel de carnero en medio de la cual hacen un hueco para pasar la cabeza y ambos lados les cubren la espalda y el pecho. No se ocupan de lo demás. Los pies y los brazos siempre están desnudos. Se nota que entre ellas reina bastante armonía a pesar de que las escenas de celos ocasionan a veces asesinatos. Las pasiones de estas mujeres no están contenidas por ningún freno, esos acontecimientos no deben sorprender. Está fuera de duda que, en un número igual de hombres a quienes no contuviese ninguna disciplina y llevasen la vida de estas mujeres, los asesinatos serían mucho más frecuentes. Las rabonas adoran al sol, pero no observan ninguna práctica religiosa.

[72] Para más información sobre el papel de las rabonas véase el libro de Maritza Villavicencio, Del silencio a la palabra. Mujeres peruanas en los siglos XIX y XX, Lima, Ediciones Flora Tristán, pp. 122-124. "Durante todo el siglo XIX las rabonas habían formado parte del todavía poco institucionalizado ejército. A fines de siglo, a propósito de la Guerra con Chile, las rabonas fueron registradas oficialmente como cantineras. [...] Las deficiencias del nuevo Estado recayeron sobre estas sacrificadas mujeres quienes, además de entregar su fuerza de trabajo y reproductiva a cambio de lo mínimo para subsistir derivado del salario del soldado, fueron altamente valerosas y entregadas." (p. 123) (N. del E.)

El cuartel general había sido transformado en casa de juego. La gran sala de los bajos, dividida en dos por medio de una cortina, estaba ocupada, por un lado, por el general y los oficiales superiores; del otro, por los suboficiales. Todos, en una y otra pieza, jugaban al faraón sumas enormes.[73] Althaus quiso hacerme ver en toda su hermosura a los oficiales de la república y me llevó a las once de la noche a la casa de Menao. No entramos y sin ser vistos nos pusimos a mirar por la ventana. ¡Ah! ¡Qué espectáculo el que ofrecía la reunión! Vimos a Nieto, Carrillo, Morán, Rivero y Ros sentados alrededor de una mesa con las cartas en la mano, ante un rimero de oro. Sobre la mesa había botellas y vasos llenos de vino y licores. La cara de estos personajes expresaba lo que la pasión del juego tiene de más violento: la rabia reconcentrada o esa codicia que nada puede saciar y se acrecienta aún más con el alimento que el azar le arroja. Todos tenían un cigarro en la boca y la luz pálida que atravesaba la atmósfera de humo daba a estas fisonomías algo de infernal. El monje no jugaba. Se paseaba con pasos lentos, se detenía por momentos delante de aquellos hombres y cruzando los brazos parecía decirles: ¡Qué puedo esperar de semejantes instrumentos! Con su largo vestido negro, por la expresión de su fisonomía y por el lugar donde se encontraba se le hubiese tomado por el genio del mal indignándose por los obstáculos que le presentaban los vicios en la carrera del crimen. Los músculos de su rostro se contraían de un modo espantoso, sus pequeños ojos negros lanzaban fuego sombrío, su labio superior expresaba el desprecio y la soberbia. Después recuperaba su impasibilidad con la apariencia de la resignación. Permanecimos largo rato contemplando esta escena. Nadie nos vio. Los esclavos de servicio dormían, los bravos defensores de la patria estaban absortos en el juego y el monje en sus pensamientos. Al retirarnos conversamos Althaus y yo sobre la desgracia de un país entregado a semejantes jefes.

—Althaus, quienes se dejan dominar por el amor del juego muestran tener más confianza en el azar que en su habilidad. Dudo que esta pasión pueda aprisionar a un hombre de verdadero mérito.

[73] Los peruanos son muy jugadores. El coronel Morán en una partida, en Chorrillos cerca de Lima, perdió en una noche 30 000 pesos. (N. de la A.)

—Florita, si habla usted de los miserables juegos de cartas, soy de su opinión. Pero existe un juego sabio en el cual puede ejercitarse la alta inteligencia: es el ajedrez.[74] Si esos bribones empleasen su tiempo en jugarlo les perdonaría el derroche del dinero arrebatado a los propietarios y sostendría, aun contra usted hermosa prima, que progresarían más jugando ajedrez cada día que con las cuchufletas que el monje les lanza en latín y en español o con las ridículas revistas del general.

—Pero, primo, sea consecuente consigo mismo. Si pretende que ninguno de esos oficiales es capaz de comprender la más sencilla demostración matemática ¿cómo podrán pasar como usted tres horas en resolver una dificultad en el juego de ajedrez?

—Tiene usted razón. Para ser aparente para las sabias combinaciones de aquel juego es menester haber nacido en Alemania. Sin embargo, he encontrado a un inglés y a un ruso que podrían competir con el más famoso de los jugadores alemanes. Pero no he encontrado otros adversarios, ni aun en Francia, que valiesen la pena de prepararse antes del momento del asalto.

—En los últimos días de marzo se supo desde Lima que el presidente Orbegoso se disponía a tomar el mando del ejército del departamento de Arequipa. Con esta nueva Nieto se desesperó. El presidente, decía, venía a arrebatarle la gloria que estaba seguro de obtener al medirse con San Román. El presuntuoso general no podía pensar en rebelarse, no tenía suficiente influencia para presentarse como jefe de partido y obrar por su cuenta. Sin embargo, quiso prevenir lo que consideraba como una afrenta y recurrió a un medio al alcance de su espíritu. Hizo escribir, en secreto, una carta confidencial a no sé quién y tomó sus medidas para que cayese en manos de San Román. Decía en esa carta que el ejército de Nieto estaba en el más miserable estado, sin armas, sin municiones y en completa incapacidad de defenderse. Después del despacho de su misiva el general esperaba cada día ver llegar al ejército enemigo, su impaciencia llegaba al colmo.

Desde hacía tres semanas el ataque con que el famoso San Román[75] amenazaba a Arequipa era el tema de todas las conversa-

74 Althaus es uno de los mejores jugadores de ajedrez que se puede citar. (N. de la A.)

75 El Gran Mariscal Miguel de San Román, que llegó a ser años más tarde Presidente del Perú (1862), fue uno de los militares que más figuraron por aquella época en la política del país. Fue notable por sus retiradas estratégicas. (N. de la T.)

ciones. Durante los dos primeros meses el nombre de este jefe producía sobre la población el mismo efecto que el nombre del Coco sobre la imaginación de los niños pequeños. Los partidarios de Orbegoso lo describían como un hombre malo, feroz, capaz de degollar él mismo, por propio placer, a los pobres arequipeños y poner la ciudad a sangre y fuego a fin de satisfacer las venganzas de su partido. Se decía también de él otras mil gentilezas por el estilo.

Si al público le agradaba inventar cuentos sobre San Román con el objeto de asustarse mutuamente, por esa propensión a lo exagerado y a lo maravilloso que empuja siempre a este pueblo a los extremos, se encontraba también gente poderosamente interesada en acreditar esos rumores, tal como el monje, el general, sus subordinados y otros más.

Todas las esperanzas de ambos partidos descansaban en los ejércitos a los cuales habían confiado su defensa. Uno y otro iban a jugar el todo por el todo en un solo golpe. La victoria aseguraría al partido vencedor un éxito completo; la derrota, la ruina irreparable. El partido de Orbegoso, deshecho, en todos sus puntos, no tenía más apoyo que el valor de los arequipeños y todas las miradas estaban fijas en ellos.[76] La señora Gamarra, por su lado, sentía que la autoridad del gobierno organizado por ella no podría mantenerse mientras existiese una resistencia armada. Para ser dueña de Lima era preciso serlo de Arequipa, y con los tres batallones que le quedaban, y reducida esta ciudad, Orbegoso no osaría regresar a la capital. Se concibe cuán importante debía ser para los jefes del ejército de Arequipa, para las autoridades de la ciudad y para las personas interesadas en sostener a Orbegoso, alimentar en el pueblo las ideas exageradas de las calamidades a las cuales el triunfo de San Román les expondría a fin de excitarlo a defenderse hasta el último extremo. Por esto se hacían circular cada día escritos hechos a mano, redactados por el monje (aunque no llevasen ninguna firma), en los cuales se decía que San Román

[76] No es cierto que el partido de Orbegoso estuviese deshecho. En un principio su fuerza se concentró en el Callao. A los pocos días se produjo la reacción del pueblo de Lima, que lo puso en posesión de la capital (28 de enero de 1834) y poco después, en abril, el ejército de Bermúdez y Gamarra reconoció a Orbegoso mediante el abrazo de Maquinguayo (24 de abril de 1834). Los acontecimientos de Arequipa no tuvieron, pues, la importancia decisiva que les atribuyó Flora. (N. de la T.)

había prometido a sus soldados el saqueo de la ciudad. La descripción de las matanzas, de las violaciones y de las atrocidades contenidas en estos escritos infundían en el alma tímida de los habitantes un terror rayano en la desesperación. El monje lograba así su objeto, pues la desesperación inspira valentía al más cobarde. El general arengaba a sus soldados; el prefecto y el alcalde lanzaban sus proclamas en el mismo tono y, en fin, los monjes de los diferentes conventos, cediendo a la fuerza, predicaban en sus iglesias la resistencia hasta la muerte.

Todas estas arengas y prédicas produjeron sobre el pueblo el efecto esperado. Durante el primer mes transcurrido, después de la insurrección, el temor de la llegada inopinada de San Román, que mandaba a tres de los mejores batallones, suscitó penosa ansiedad e hizo organizar la defensa con celo. El segundo mes los arequipeños, confiados en sus preparativos y en el triunfo prometido por el monje a su valor, se acostumbraron a la idea de la lucha que iban a empeñar y esperaron al enemigo a pie firme. Pero el tercer mes su impaciencia no conoció ya límites. La lentitud de San Román en venir les pareció un indicio del miedo que ellos inspiraban, su coraje aumentó y, como sucede siempre entre los pueblos carentes de experiencia, pasaron del terror que les había embargado a una jactancia, a una fanfarronada que causó justas aprensiones a todas las personas racionales. Éstas temían el fracaso y no sentían menores inquietudes por las consecuencias de la victoria si acaso la obtenían estos hombres tan cobardes como presuntuosos. Desde el momento en que, en su ciega confianza, creyeron haber ganado la batalla sin conocer a los enemigos con quienes tenían que combatir, a cual de ellos cometió más necedades, desde el general en jefe hasta el último empleado de la alcaldía. ¡Era de dar pena! Reconocí desde entonces que cualquiera que fuese el desenlace el país estaba perdido y los éxitos de Nieto traerían tan inevitablemente como los de San Román, la exigencia de contribuciones enormes, la expoliación de las propiedades y el saqueo en todas sus formas.

El 21 de marzo, Althaus me dijo:

—Por fin, Florita, parece que el general tiene datos exactos. San Román estará aquí mañana o pasado mañana. ¿Creerá usted que no obstante haber hecho enormes gastos en espías no hemos po-

dido saber hasta el presente una palabra de verdad sobre lo que ocurre en el campo enemigo? El general no quiere que yo me mezcle. El amor propio de este necio se siente herido por un consejo oportuno y me oculta todo cuanto puede.

Desde hacía dos días las tropas habían entrado en sus cuarteles. Se habían visto obligados a hacerlas regresar porque estaban extenuadas por las fatigas y las privaciones sufridas durante su inútil permanencia en el campamento. Parece, según una opinión autorizada, que el general debió apresurarse en hacer salir sus tropas ya para tomar de nuevo la posición que acababa de abandonar o para establecerlas en la nueva que las circunstancias podían exigir; que no debió olvidar ninguna de las precauciones indicadas por la prudencia para evitar cualquier sorpresa de parte del enemigo, la confusión entre las tropas y la alarma en el pueblo; que todo, en fin, debió estar previsto y adoptadas las medidas para prevenir los desórdenes que pudiesen resultar en la ciudad por la victoria o la derrota. Tal sería la conducta de un militar con sentido común; pero el general Nieto no pensó en nada de esto y sin preocuparse en dictar ninguna disposición dejó los asuntos abandonados y fue con los demás jefes a Tiabaya a festejar la Semana Santa. Al día siguiente, como a las cuatro de la tarde, un espía vino a decir con todo apuro que el enemigo se hallaba en Cangallo. ¡El rumor fue general! Por un lado se corría a buscar a Nieto; por el otro "los inmortales" se reunían; las tropas salían en desorden; "los chacareros" espantados se negaban a marchar y las pelucas de la municipalidad hacían disparates sobre disparates. La confusión llegaba al colmo.

Entonces se demostró la profunda ignorancia y la absoluta nulidad de esos jefes presuntuosos, tanto civiles como militares, que dirigían los asuntos de este desgraciado país. Temería fatigar al lector y no ser creída por él si le refiriera el derroche que se hizo en todas las cosas, las escenas de desorden y de indisciplina que se exhibieron en aquel momento de crisis y la conducta de los oficiales quienes la víspera de la batalla en lugar de hallarse en sus puestos jugaban o se embriagaban en las casas de sus amantes.

Todo lo que ocurrió aquella tarde y en la noche siguiente sería increíble para todo europeo. No entro, pues, en ningún detalle, pero afirmo que la confusión fue tal que si San Román hubiese tenido

noticia de ello habría podido apoderarse de la ciudad el mismo día y acuartelar sus tropas sin combatir. No se hallaban en estado de disparar un solo tiro de fusil para impedirlo. Se hubiese acabado la guerra en tres horas. Ciertamente se debe lamentar que no ocurriese así. Se habría economizado mucha sangre vertida y evitado muchos males irreparables.

—III—
Los conventos de Arequipa

Como he dicho, Arequipa es una de las ciudades del Perú que encierra mayor número de conventos de hombres y mujeres. Por el aspecto de la mayoría de estos monasterios, la tranquilidad constante que los envuelve y el aire religioso que se exhala de ellos se podría creer que si la paz y la felicidad habitan sobre la tierra es en estos asilos del Señor, sobre todo si se transporta el pensamiento a las agitaciones de la sociedad. Pero, ¡ay!, no es en los claustros donde ese deseo de reposo que siente el corazón desengañado de las ilusiones del mundo puede quedar satisfecho. En el recinto de aquellos inmensos monumentos no se encuentra más que agitaciones febriles que la regla cautiva pero no ahoga. Sordas y veladas, hierven como la lava en los flancos del volcán que la encubre.

Aún antes de haber entrado en el interior de uno solo de aquellos conventos cada vez que pasaba delante de sus pórticos siempre abiertos, o a lo largo de sus grandes muros negros como de treinta o cuarenta pies de alto, se me oprimía el corazón. Sentía por las desgraciadas víctimas sepultadas vivas entre esos montones de piedras una compasión tan profunda que mis ojos se llenaban de lágrimas. Durante mi estada en Arequipa iba a menudo a sentarme al mirador de nuestra casa. Desde aquel punto me gustaba pasear la vista desde el volcán hasta el lindo riachuelo que corre en su parte baja y desde el riente valle que éste riega hasta los dos magníficos conventos de Santa Catalina y Santa Rosa. Este último, sobre todo, atraía mi atención y cautivaba mi pensamiento. Era en su triste claustro donde se había desarrollado un drama

lleno de interés, cuya heroína era una joven hermosa, tierna y desgraciada, ¡oh, bien desgraciada! Esta joven era mi parienta. Yo la quería por simpatía y forzada a obedecer los prejuicios fanáticos del mundo que me rodeaba sólo podía verla en secreto. Aunque a raíz de mi llegada a Arequipa hacía ya dos años que se había evadido del convento, la impresión causada por este acontecimiento estaba aún latente. Debía por eso emplear muchos miramientos en el interés que despertaba en mí esta víctima de la superstición. No habría podido servirle con otro género de conducta pues corría el riesgo de excitar aún más el fanatismo de sus perseguidores. Todo lo que Dominga (éste era el nombre de la joven religiosa) me había referido de su extraña historia me daba el vivo deseo de conocer el interior del convento donde la desgraciada había languidecido durante once años. Por eso, cuando al atardecer subía a lo alto de la casa para admirar los graciosos y melancólicos matices que los últimos rayos del sol esparcen sobre el valle encantador de Arequipa, en el momento de desaparecer detrás de los tres volcanes cuyas nieves eternas tiñen de púrpura, mis ojos se dirigían involuntariamente al convento de Santa Rosa. Mi imaginación me representaba a mi pobre prima Dominga revestida con el amplio y pesado hábito de las religiosas de la orden de las carmelitas. Veía su largo velo negro, sus zapatos de cuero con hebillas de cobre, su disciplina de cuero negro pendiente hasta el suelo, su enorme rosario, que la desgraciada niña por instantes oprimía con fervor pidiendo a Dios ayuda para la ejecución de su proyecto y enseguida destrozaba entre sus manos crispadas por la ira y la desesperación. Se me aparecía en lo alto del campanario de la hermosa iglesia de Santa Rosa. Era a ese campanario adonde iba todas las tardes la joven religiosa con el pretexto de ver si faltaba algo a las campanas del reloj, cuidado confiado a su vigilancia. Desde lo alto de aquella torre la joven podía contemplar a su gusto el estrecho, pero hermoso vallecito donde se habían deslizado felices los días de su infancia. Veía la casa de su madre, a sus hermanas y hermanos correr y retozar en el jardín... ¡Oh!, ¡qué felices le parecían de poder así jugar en libertad! ¡Cómo admiraba sus vestidos de todos colores y sus hermosos cabellos ornados de flores y de perlas! ¡Cómo le gustaba su elegante calzado, sus chales de seda y sus ligeros mantos de gasa! A esta vista la desgraciada se sentía

ahogar bajo el peso de sus gruesos vestidos. Aquella camisa, aquellas medias, aquel largo y amplio vestido de tosco tejido de lana le causaban horror. La dureza del calzado le hería los pies y su largo velo negro, también de lana, que la orden exigía con rigor tener siempre caído, era para ella la plancha que encierra vivo al cataléptico dentro del ataúd. La infortunada Dominga rechazaba ese horrible velo con un movimiento convulsivo. Sordos gemidos brotaban de su pecho. Trataba de pasar los brazos por entre los barrotes que cerraban las aberturas del campanario. La pobre reclusa no deseaba sino un poco del aire libre dado por Dios a todas sus criaturas y un pequeño espacio en el valle donde mover sus miembros entumecidos. No pedía sino cantar los aires campestres, bailar con sus hermanas, ponerse como ellas zapatitos rozados, un ligero chal blanco y algunas flores de los campos entre los cabellos. ¡Ay! Eran muy poca cosa los deseos de la joven; pero un voto terrible, solemne, que ningún poder humano podía romper la privaba para siempre del aire puro y de los alegres cantos, de los vestidos apropiados a su edad y a los cambios de estación y de los ejercicios necesarios para su salud. La infortunada, arrastrada por un movimiento de despecho y de amor propio herido, a los dieciséis años había querido renunciar al mundo. La ignorante niña cortó ella misma sus largos cabellos y echándolos al pie de la cruz había jurado sobre Cristo tomar a Dios por esposo. La historia de la monja hizo gran ruido en Arequipa y en todo el Perú. La he juzgado muy notable para incluirla en mi relato. Pero, antes de instruir a mis lectores acerca de todos los hechos y dichos de mi prima Dominga, les ruego seguirme al interior de Santa Rosa.

En los tiempos ordinarios estos conventos son inaccesibles. No se puede entrar en ellos sin permiso del obispo de Arequipa, permiso que desde la evasión de la monja se negaba inflexiblemente. Mas, en las circunstancias extraordinarias en que se encontraba la ciudad, todos los conventos ofrecieron el asilo del santuario a la población alarmada. Mi tía y Manuela juzgaron prudente refugiarse y aproveché de esta coyuntura para instruirme sobre los detalles de la vida monástica. Santa Rosa estaba siempre presente en mi pensamiento. Me esforcé en decidir a las señoras a que lo prefiriesen a Santa Catalina adonde se hallaban inclinadas a ir. Las superioras de ambos conventos eran nuestras primas. La una

y la otra nos habían hecho las invitaciones más cariñosas. Cada una de ellas deseaba tenernos y trataba de determinar nuestra elección en favor de la buena hospitalidad que nos preparaba. Santa Rosa excitaba más vivamente nuestra curiosidad por su hermosura; pero las señoras temían la extrema severidad de la orden de las carmelitas, que las religiosas de aquel convento no relajaban en ninguna oportunidad. Tuve mucho trabajo en vencer su repugnancia. Sin embargo logré triunfar. Como a las siete de la noche nos dirigimos al convento después de haber tenido el cuidado de enviar por delante a una negra para anunciarnos.

No creo que alguna vez haya existido en un estado monárquico una aristocracia más altiva y más chocante en sus distinciones que aquella cuya vista causó mi admiración al entrar en Santa Rosa. Allí reinan con todo su poder las jerarquías del nacimiento, de los títulos, de los colores de la piel y de las fortunas y éstas no son vanas clasificaciones. Al ver marchar en procesión por el convento a los miembros de esta numerosa comunidad vestidos con el mismo hábito se creería que la misma igualdad subsiste en todo. Pero, si se entra en uno de los patios queda una sorprendida del orgullo empleado por la mujer que tiene un título en sus relaciones con la mujer de sangre plebeya; del tono despectivo que usan las blancas con las que no lo son. Al ver este contraste de humildad aparente y del orgullo más indomable está uno tentado de repetir estas palabras del sabio: "Vanidad de vanidades".

Fuimos recibidas en la puerta por algunas religiosas enviadas por la superiora a nuestro encuentro. Esta grave diputación nos condujo con todo el ceremonial exigido por la etiqueta hasta la celda de la superiora que estaba enferma y en cama. Su lecho se hallaba colocado sobre un estrado, en los escalones de aquel estrado nos esperaba un gran número de religiosas jerárquicamente colocadas. El estrado cubierto por un tapiz de lana blanca daba a este lecho el aire de un trono. Permanecimos algún tiempo cerca de la venerable superiora. Las cortinas eran de género de lino y una de sus acompañantes nos explicó, en voz baja, que la superiora estaba sumamente afligida de verse obligada a infringir, por la naturaleza de su enfermedad, la regla de la santa orden de las carmelitas reemplazando la lana por el hilo. Después de haber satisfecho su curiosidad sobre los acontecimientos del día las buenas reli-

giosas, vacilantes y con discreción, me hicieron algunas preguntas sobre los usos de Europa y enseguida nos retiramos a las celdas que nos habían preparado. Pregunté a una de esas jóvenes religiosas que me acompañaba si podía hacerme ver la celda de Dominga. "Sí —me contestó— mañana le daré la llave para que usted entre; pero no diga nada, pues aquí esa pobre Dominga está maldita, sólo somos tres quienes nos atrevemos a compadecerla".

Santa Rosa es uno de los más grandes y ricos conventos de Arequipa. La distribución interior es cómoda. Presenta cuatro claustros que encierran cada uno de ellos un patio espacioso. Gruesos pilares de piedra sostienen la bóveda un tanto baja de estos claustros. Las celdas de las religiosas están alrededor, se entra en ellas por una puertecita baja, son grandes y las paredes muy blancas. Reciben luz por una ventana de cuatro vidrios que, como la puerta, da sobre el claustro. El mobiliario de estas celdas consiste en una mesa de encina, un escabel de la misma madera, un cántaro de barro y un cubilete de estaño. Encima de la mesa hay un gran crucifijo. El Cristo es de hueso amarillento y ennegrecido por el tiempo y la cruz es de madera negra. Sobre la mesa está una calavera, un reloj de arena, un libro de horas y a veces otros libros de oraciones. A un lado, enganchada en un grueso clavo, pende una disciplina de cuero negro. Excepto la superiora ninguna religiosa puede acostarse en su celda, sólo la tienen para meditar en el aislamiento y el silencio, para recogerse o bien descansar. Comen en común en un inmenso refectorio, almuerzan a las doce del día y la comida es a las seis de la tarde. Mientras toman los alimentos una de ellas lee algunos pasajes de los libros santos y todas se acuestan en los dormitorios que son tres en este convento.

Los dormitorios son abovedados, construidos en forma de escuadra y sin ninguna ventana que deje entrar la luz. Una lámpara sepulcral, colocada en el ángulo, despide apenas suficiente claridad para alumbrar un espacio de seis pies a su alrededor, de suerte que los dos extremos del dormitorio quedan en oscuridad absoluta. La entrada a estos dormitorios está prohibida no sólo a las personas extrañas sino hasta a las mujeres del servicio de la comunidad; si furtivamente uno se introduce bajo las bóvedas sombrías y frías de sus largos salones, por los objetos con que uno se siente rodeado, se creería haber descendido a las catacumbas pues

esos lugares son tan lúgubres que es difícil retener un movimiento de espanto. Las tumbas[77] se hallan dispuestas a cada lado del dormitorio, a doce o quince pies de distancia unas de otras. Elevadas sobre un estrado por su forma y el orden en que están colocadas se asemejan a las tumbas que se ven en los sótanos de las iglesias. Están cubiertas por un género negro de lana parecido al que se emplea en las tapicerías de las ceremonias fúnebres. El interior de estas tumbas tiene diez o doce pies de largo por cinco o seis de ancho y otro tanto de alto. Están amuebladas con un lecho formado por dos grandes tablas de encina colocadas sobre cuatro fierros. Encima de esas tablas hay un grueso saco de género que se llena, según el grado de santidad de la que reposa en él, de ceniza, piedras, paja o lana y hasta espinas. Debo decir que entré en tres de estas tumbas y encontré los sacos llenos de paja. Junto a una extremidad del lecho hay un mueblecito de madera negra que sirve al mismo tiempo de mesa, de reclinatorio y de armario. Así como en la celda, sobre este mueble está un gran Cristo frente al lecho y encima del Cristo están alineados una calavera, un libro de oraciones, un rosario y una disciplina. Está expresamente prohibido tener luz en las tumbas en cualquier circunstancia. Cuando una religiosa se enferma va a la enfermería. ¡Es en una de estas tumbas donde mi pobre prima Dominga se había acostado durante once años!

La vida que hacen estas religiosas es de las más penosas. Por la mañana se levantan a las cuatro para ir a Maitines. Después se suceden casi sin interrupción una serie de prácticas religiosas a las que están obligadas a asistir. Esto dura hasta el mediodía, hora en que van al refectorio. Desde las doce hasta las tres gozan de algún descanso. Enseguida comienzan para ellas las oraciones que se prolongan hasta la tarde. Numerosas fiestas vienen aún a agregarse a estos deberes con las procesiones y otras ceremonias impuestas a la comunidad. Tal es el compendio de las austeridades y exigencias de la vida religiosa en los claustros de Santa Rosa. El único recreo de esas reclusas es el paseo por sus magníficos jardines. Tienen tres, en los cuales cultivan hermosas flores que cuidan con mucho esmero.

[77] Se llama tumba al lugar donde cada religiosa se retira para dormir. (N. de la A.)

Al tomar el velo en la orden de las carmelitas, las religiosas de Santa Rosa hacen voto de pobreza y de silencio. Cuando se encuentran, la una debe decir: "Hermana, tenemos que morir" y la otra responde: "Hermana, la muerte es nuestra liberación" y jamás pronunciar otra palabra. Sin embargo, estas señoras hablan y mucho, pero es sólo durante el trabajo del jardín, en la cocina, cuando van a vigilar a las mujeres del servicio o en lo alto de las torres y de los campanarios cuando su deber las lleva allí. Hablan también en sus celdas cuando a escondidas se hacen largas visitas. En fin, las buenas señoras hablan en todas partes en donde creen poder hacerlo sin violar el voto y, para ponerse en paz con su conciencia, observan un silencio de muerte en los patios, en el refectorio, en la iglesia y, sobre todo, en los dormitorios en los que jamás ha resonado una voz humana. No soy yo ciertamente quien les imputaría como un crimen las ligeras trasgresiones a la regla de la Santa Orden de las Carmelitas. Encuentro muy natural que busquen ocasión de cambiar algunas palabras después de largas horas de silencio. Pero desearía, para su felicidad, que se limitasen a hablar de las bellas flores que cultivan, de los buenos y sabrosos bizcochos que hacen tan bien, de sus magníficas procesiones y de las joyas de la Virgen o aun de su confesor. Por desgracia, esas señoras no se limitan a estos temas de conversación. La crítica, la maledicencia y hasta la calumnia reinan en sus charlas. Es difícil formarse una justa idea de los pequeños celos, de las bajas envidias que alimentan unas contra otras y de las crueles maldades que no cesan de hacerse. Nada menos piadoso que las relaciones que entre sí mantienen esas religiosas. En ellas se revela la sequedad, la aspereza, el odio. Esas señoras no son más rigurosas en la observancia de su voto de pobreza. Ninguna debería tener, según el reglamento, más de una mujer a su servicio; pero algunas tienen tres o cuatro esclavas alojadas en el interior. Además, cada una sostiene afuera una esclava para hacer sus comisiones, comprar lo que desea y, en fin, para comunicarse con su familia y con el mundo. Se encuentra también en esta comunidad, religiosas cuya fortuna es muy considerable y hacen muy ricos presentes al monasterio y a su iglesia. Envían con frecuencia a sus amistades de la ciudad regalos de toda clase, frutas, golosinas, trabajitos hechos en el convento y a veces las personas a quienes ellas distinguen reciben dones de más alto valor.

Santa Rosa de Arequipa está considerado como uno de los más ricos monasterios del Perú y a pesar de ello las religiosas me parecieron más desgraciadas que las de cualquier otro de los conventos que tuve ocasión de visitar. La exactitud de mi observación me ha sido confirmada en América por todas las personas familiarizadas con el interior de las comunidades. Me han asegurado que las austeridades de las monjas de Santa Rosa superan en mucho a las practicadas por las religiosas de los demás conventos. Tuve muchas conversaciones con la superiora durante los tres días que habité en Santa Rosa. Voy a citar algunos pasajes que harán conocer el espíritu que dirige esta comunidad.

Debo decir, en primer lugar, que la superiora me recibió con mucha distinción. Tenía entonces sesenta y ocho años y desde hacía dieciocho presidía la comunidad. Ha debido ser muy hermosa. Su fisonomía era noble y todo en ella anunciaba una gran fuerza de voluntad. Nacida en Sevilla vino a Arequipa a la edad de siete años. Su padre la puso en Santa Rosa para educarse y desde entonces no ha salido más. Esta señora hablaba el español con una pureza y una elegancia notables. Era instruida como puede serlo una religiosa. Todas las preguntas que me hizo sobre Europa me probaron que la superiora de Santa Rosa se había ocupado mucho de los acontecimientos políticos que han agitado España y el Perú desde hacía veinte años. Sus opiniones en política eran tan exaltadas como en religión y su fanatismo religioso pasaba todos los límites de la razón. Referiré una de sus frases que, por sí sola, resume el orden de ideas de esta anciana religiosa:

—¡Ay!, mi querida niña, me dijo, ahora estoy demasiado vieja para emprender alguna cosa, ya mi tiempo se acabó. Pero si tuviese tan sólo treinta años me iría con usted. Iría a Madrid y allí perdería mi fortuna, mi ilustre nombre y mi vida o, por la muerte de Jesucristo que está allí en la cruz, le juro que restablecería la Santa Inquisición.

Era imposible tener más fuego en la mirada, más arrojo en la voz y expresión en el gesto que el puesto por ella al extender la mano sobre el Cristo que estaba al pie de su lecho. Su conversación se mantenía siempre en el mismo diapasón. Al hablarme de Dominga me dijo:

—Esta joven estaba poseída por el demonio. Estoy contenta de que el diablo haya escogido mi convento de preferencia. Este ejemplo hará revivir la fe pues, mi querida Flora, le confiaré una parte de mis penas. Cada día veo vacilar en el corazón de las jóvenes religiosas esta fe poderosa que es lo único que puede hacer creer en los milagros.

La evasión de Dominga no me pareció que podía producir el efecto esperado por la superiora sino, por el contrario, era de naturaleza para provocar la imitación. Hasta dudo que se hiciese ilusiones a este respecto; pero hablando de Dominga en presencia de algunas religiosas, quizá creyó de su deber hacer esta reflexión. Esta mujer, de una austeridad rigurosa, sabía hacerse obedecer y respetar de las religiosas aun gobernándolas con mano de hierro, mas después de tantos años que las gobernaba no había podido obtener el sincero afecto de ninguna de ellas. Los tres días pasados en el interior de este convento había fatigado tanto a mi tía y a mis primas que, sin preocuparse del riesgo que podían correr al salir, no quisieron quedarse más tiempo. En cuanto a mí había hecho durante tan corta permanencia muchas observaciones y no me había aburrido. Las graves religiosas nos acompañaron con la misma ceremonia y la misma etiqueta que habían puesto al recibirnos. Por fin pasamos el umbral de la enorme puerta de encina con cerrojos y revestida de hierro como la de una ciudadela. Apenas se cerró nos pusimos a correr por la larga y ancha calle de Santa Rosa gritando: "¡Dios mío, qué felicidad estar libres!". Las señoras lloraban. Los niños y las negras saltaban en la calle y confieso que yo respiraba con más facilidad. ¡Libertad!, ¡oh libertad! ¡No hay compensación por tu pérdida! ¡La seguridad misma no es suficiente! ¡Nada en el mundo podría reemplazarte!

Al día siguiente de nuestra entrada en Santa Rosa Althaus nos había mandado decir que la noticia era falsa, pues el indio de quien la habían recibido estaba vendido a San Román y éste no llegaría antes de quince días. Creímos entonces conveniente regresar a casa. Pero la misma tarde de nuestra salida hubo otra alerta y esta vez mis parientes se retiraron a Santa Catalina. Parecía positivo que San Román estaba en Cangallo. Su llegada a tan corta distancia de Arequipa (cuatro leguas) hacía el peligro inminente. En cuanto la nueva circuló el desorden en la ciudad y en el

campo no fue menos que a la primera alarma dada por el espía. No sabían qué hacer. Se tocaron las campanas a rebato. Masas de gente se refugiaron en los conventos. Hubo una confusión y un terror que no me dieron muy alta idea del valor de esta población fanfarrona que debía defender la ciudad hasta su último soplo de vida. Los conventos y las iglesias se habían convertido en guardamuebles de los habitantes. Desde hacía quince días escondían allí todo cuanto poseían de objetos transportables y sus casas completamente desguarnecidas parecían haber sido saqueadas. Yo misma hice llevar mis maletas a Santo Domingo junto con los efectos de mi tío. A las doce del día se supo la llegada del enemigo a Cangallo y se esperaba verlo aparecer hacia las seis o siete de la noche. Las azoteas de las casas se llenaron de una multitud de gente que miraba en todas direcciones. Mas la espera general quedó burlada. El enemigo había hecho alto.

Althaus regresó del campamento y me dijo:

—Prima, esta vez sí es verdad que San Román está en Cangallo. Pero sus soldados están rendidos de fatiga y estoy seguro de que permanecerán allí tres o cuatro días para reponerse.

—¿No cree que venga hoy?

—No creo que estén aquí antes de cuatro o cinco días; puede, pues, ir a reunirse con Manuela. Por lo demás podrá usted contemplar el combate desde lo alto de las torres del monasterio tan bien como de la casa de su tío.

Seguí su consejo y fui a Santa Catalina a reunirme con mis parientes.

Aquí estoy de nuevo en el interior de un convento. Pero, ¡qué contraste con el que acababa de dejar! ¡Qué ruido ensordecedor! ¡Cuántas burras cuando entré! ¡La francesita!, ¡la francesita!, gritaban de todas partes. Apenas se abrió la puerta me vi rodeada por una docena de religiosas que hablaban todas a la vez, gritando, riendo y saltando de gozo. La una me quitaba el sombrero, porque un sombrero era una pieza indecente. Me quitaron igualmente la peineta con el pretexto de que era indecente. Otra quería sacarme las mangas abuchonadas siempre con la misma acusación de ser muy indecentes. Ésta me levantaba el vestido por detrás porque quería ver cómo estaba hecho mi corsé. Una religiosa me deshizo el peinado para ver si mis cabellos eran largos. Otra me levantaba el

pie para examinar mis borceguíes de París. Pero lo que excitó sobre todo su admiración fue el descubrimiento de mi calzón. Esas buenas jóvenes son sencillas, pero sin duda había más indecencia en sus preguntas que en mi sombrero, mi peineta y mis vestidos. En una palabra, aquellas señoras me revolvieron en todo sentido y actuaron conmigo como hace un niño con la muñeca que se le acaba de dar.

Sin ninguna exageración, quedé un largo cuarto de hora en la puerta de entrada, que sirve de torno, temiendo a cada instante verme sofocada por el calor en el pequeño espacio que me habían dejado esas turbulentas religiosas y la multitud de negras o zambas que me rodeaban. Mis parientes que vieron la dificultad de mi situación, y sintieron cuánto debía mortificarme, hicieron toda clase de esfuerzos para llegar al sitio en donde me hallaba mientras mi zamba, que había entrado al mismo tiempo que yo, gritaba con todas sus fuerzas que me ahogaban, que me hacían daño y pedía auxilio. Pero sus gritos y los de mis primas estaban dominados por más de cien voces que decían a la vez: ¡Ah!, ¡la francesita!, ¡qué bonita es!, ¡viene a vivir con nosotras!

Comencé seriamente a desesperarme y temí no salir de allí en otra forma que desmayada. Sentía flaquear mis piernas. Estaba bañada de sudor y el laberinto que toda esta gente hacía en mis oídos me aturdía de tal manera que no sabía ya dónde estaba, cuando por fin llegó la superiora a recibirme. Era prima de la superiora de Santa Rosa y parienta nuestra en el mismo grado. Al acercarse se calmó un poco el ruido y la multitud abrió paso para dejarla llegar hasta mí. Me sentí realmente muy mal. La buena señora se dio cuenta de ello, regañó severamente a las religiosas y dio orden de que las negras se retirasen. Me llevó enseguida a su grande y hermosa celda y allí, después de haberme hecho sentar sobre ricos tapices y blandos cojines, me hizo traer, en uno de los más bellos azafates de la industria parisién, diversas clases de excelentes bizcochos hechos en el convento, vinos de España en lindos frascos de cristal cortado y un soberbio vaso dorado del mismo cristal y grabado con las armas de España.

Cuando me repuse un poco la buena señora quiso de todos modos acompañarme a la celda que me destinaba. ¡Oh!, ¡qué amor de celda! ¡Y cuántas de nuestras elegantes quisieran tenerla como

boudoir! Imagínense un cuartito abovedado de diez a doce pies de ancho por catorce o dieciséis de largo cubierto íntegramente con una hermosa alfombra inglesa con dibujos turcos. En medio, una puertecita en ojiva, a cada lado una ventana pequeña del mismo estilo y las dos ventanas provistas de cortinas de seda color cereza con franjas negras y azules. A un lado del cuarto una cama de fierro barnizado con un colchón forrado en cutí inglés recubierto por un rico tapiz proveniente del Cuzco. Cerca del diván unos cojines para uso de los visitantes y lindos banquitos de tapicería. En el fondo se abría un nicho ocupado por una hermosa consola con mármol blanco que imitaba con bastante propiedad un altar pequeño. Había sobre la consola muchos floreros llenos de flores naturales y artificiales, candeleros de plata con velas azules, un librito de misa empastado con terciopelo violeta, cerrado con un candadito de oro, así como un Cristo pequeño de madera primorosamente trabajado. Encima del Cristo se veía una Virgen en un cuadro de plata y a su lado, en ricos marcos, a Santa Catalina y Santa Teresa. Un rosario de granos finos y menudos había sido enrollado en la cabeza del Cristo. En fin, para que nada faltase a este elegante mobiliario, en medio del cuarto estaba una mesa cubierta por un gran tapiz y sobre ésta un gran azafate con un juego de té con cuatro tazas, una garrafa de cristal cortado, un vaso y todo lo necesario para refrescarse. Este asilo encantador era el retiro de la superiora. Esta señora sentía por mí una amistad entusiasta por el solo motivo de venir yo del país en donde vivía Rossini. A pesar de mis instancias para no aceptar este agradable albergue, quiso a viva fuerza que me instalase en su retiro. La amable religiosa me hizo compañía hasta muy tarde y hablamos principalmente de música y enseguida de los asuntos de Europa por los que estas señoras tomaban vivo interés. Después se retiró rodeada de una multitud de religiosas pues todas la querían como a su madre y amiga.

Durante diez años de viajes he tenido que cambiar con frecuencia de habitación y de lecho. Mas no recuerdo haber sentido jamás una sensación tan deliciosa como la que experimenté al acostarme en la cama de la superiora de Santa Catalina. Tuve la niñada de encender las dos velas azules que estaban sobre el altar, cogí el pequeño rosario, el lindo libro de oraciones y me quedé leyendo largo rato, interrumpiéndome a menudo para admirar el conjunto

de los objetos que me rodeaban o para respirar con voluptuosidad el dulce perfume que exhalaban mis sábanas ornadas de encajes. Esa noche casi tuve el deseo de hacerme religiosa. Al día siguiente me levanté muy tarde, pues la indulgente superiora me previno que era inútil levantarme a las seis (como nos lo habían exigido en Santa Rosa) para ir a misa. "Basta con que asista usted a la de las once, me había dicho la buena señora, y si su salud no se lo permite la dispenso de asistir".

El primer día lo empleé en hacer visitas a las religiosas. Todas querían verme, tocarme, hablarme. Esas señoras me interrogaban sobre todo: ¿cómo se visten en París? ¿Qué se come? ¿Hay conventos? Pero sobre todo ¿se toca música? En cada celda encontramos reunida numerosa sociedad. Todo el mundo hablaba a un tiempo en medio de risas y de chistes. Por todas partes nos ofrecían bizcochos de toda clase, frutas, jarabes y vinos de España. Era una serie continua de banquetes. La superiora había ordenado para por la tarde un concierto en su pequeña capilla, allí escuché una magnífica música compuesta con los más hermosos pasajes de Rossini. Fue ejecutada por tres jóvenes y lindas religiosas, no menos diletante que su superiora. El piano provenía de manos del más hábil fabricante de Londres y la superiora había pagado por él 4 000 francos.

Santa Catalina pertenecía también a la orden de las carmelitas pero, como me hizo observar la superiora, con muchas modificaciones. ¡Oh! ¡Sí!, pensaba yo, con inmensas modificaciones.

Estas señoras no usan el mismo hábito que las de Santa Rosa. Su vestido es blanco, muy amplio y se arrastra por el suelo. Su velo, carmelita generalmente, es negro en los días de grandes solemnidades. No sé si su regla exige que sólo usen telas de lana, mas puedo asegurar que el vestido es la única de sus prendas hecha de lana. Es de un tejido muy fino, sedoso y de una radiante blancura. Su gorro es de crespón negro y tan lindamente plisado que tenía deseos de llevarme uno como objeto de curiosidad. Su forma graciosa les da una fisonomía encantadora. El velo es también de crespón. Nunca lo llevan caído salvo en la iglesia o en ceremonias. Hay que creer que esas piadosas señoras no hacen voto de silencio ni de pobreza, pues hablan bastante y casi todas gastan mucho.

La iglesia del convento es grande. Los adornos son ricos, pero mal cuidados. El órgano es muy hermoso, los coros y todo lo relativo a la música de la iglesia es objeto de cuidados muy especiales de parte de las religiosas. La distribución interior del convento es muy extraña. Se compone de dos cuerpos de construcción, uno de los cuales se llama el antiguo convento y el otro el nuevo. Este último comprende tres claustros pequeños muy elegantemente construidos. Las celdas son pequeñas, pero ventiladas y muy claras. En el centro del patio hay un círculo sembrado de flores y dos hermosas fuentes que alimentan la frescura y la limpieza. El exterior de los claustros está tapizado con viñas. Se comunica con el antiguo convento por medio de una calle escarpada. Es éste un verdadero laberinto compuesto de una cantidad de calles y callejuelas en toda dirección y atravesado por una calle principal a la que se sube como por una escalera. Esas calles y callejuelas están cerradas por las celdas que son, a su vez, otros tantos cuerpos de una construcción original. Las religiosas que las habitan se hallan como en pequeñas casas de campo. He visto algunas de aquellas celdas que tienen un patio de entrada bastante espacioso como para criar aves y donde se halla la cocina y el alojamiento de los esclavos. A continuación un segundo patio en el que se han levantado dos o tres cuartos. Enseguida, un jardín y un pequeño retiro cuyo techo forma una terraza. Desde hace más de veinte años esas señoras ya no viven en común. El refectorio ha sido abandonado, el dormitorio igualmente, aunque por la forma cada una de las religiosas tiene todavía un lecho blanco como la regla lo exige. Tampoco están obligadas, como las carmelitas de Santa Rosa, a esa multitud de prácticas religiosas que ocupan todo el tiempo de estas últimas. Por el contrario, les queda después del cumplimiento de sus deberes conventuales, mucho tiempo que consagran al cuidado de su habitación, de sus vestidos, a ocupaciones de caridad y, en fin, a sus distracciones. La comunidad tiene tres vastos jardines que no se siembran sino con legumbres y maíz porque cada religiosa cultiva flores en el jardín de su celda. Además, la vida que llevan esas señoras es muy laboriosa. Hacen toda clase de trabajos de aguja, admiten pensionistas a quienes instruyen y tienen también una escuela gratuita donde enseñan a niñas pobres. Su caridad se extiende a todo: dan ropa a los hospitales, do-

tan a las jóvenes y diariamente distribuyen pan, maíz y vestidos a los pobres. Las rentas de esta comunidad se elevan a una suma enorme, pero esas damas gastan en proporción a sus mismas entradas. La superiora tenía entonces setenta y dos años. Nombrada y destituida en varias ocasiones, su gran bondad había hecho que siempre la rechazaran los sacerdotes que tienen autoridad sobre el convento, mas esa misma bondad la hacía nombrar de nuevo por las religiosas las cuales tienen el derecho de elegir a su superiora en el escrutinio.

Esta amable mujer, en todo punto distinta de su prima de Santa Rosa, era tan delgada y tan fina que desaparecía casi por completo bajo su largo y amplio vestido. Toda su vida había estado enferma y la única cosa que proporcionaba algún alivio a sus males era escuchar buena música. No parecía vieja esta buena señora, sino por su cara y sus manos decrépitas. Jamás habría creído que se pudiese encontrar en una mujer de aquella edad y de tan débil constitución tanta vivacidad y actividad como la superiora demostraba. Su conversación excesivamente alegre era siempre brillante por sus agudezas y picante por su originalidad. Ninguna de sus religiosas más jóvenes la podría superar en el entusiasmo que pone en hablar. Le referí los conceptos sostenidos por la superiora de Santa Rosa. Se encogió de hombros con una sonrisa de piedad y me dijo con una expresión muy artística:

—Y yo, mi querida niña, si sólo tuviese treinta años iría con usted a París a ver representar en la gran ópera las sublimes obras maestras del inmortal Rossini. Una nota de ese hombre de genio es más útil a la salud moral y física de los pueblos que los horrorosos espectáculos de los autos de fe de la Santa Inquisición lo fueron a la religión.

En Santa Catalina cada una de esas señoras hacía poco más o menos lo que quería. La superiora era demasiado buena para molestar o contrariar a ninguna de las religiosas. La aristocracia de las riquezas, la que reina en todas partes hasta en el seno de las democracias, era la única que existía en este convento, por lo que noté. Las religiosas de Santa Catalina realmente progresaban. Entre estas señoras había tres a quienes se consideraba como las reinas del lugar. La primera, colocada en el convento a la edad de dos años, podía tener cuando estuve allí treinta y dos o treinta y

tres. Pertenecía a una de las familias más ricas de Bolivia y tenía ocho negras o zambas para su servicio. La segunda era una joven de veintiocho años, alta y esbelta, hermosa con esa hermosura viva y atrevida de las mujeres de Barcelona. Era de origen catalán. Esta encantadora muchacha, huérfana con 40 000 libras de renta, vivía en el monasterio desde hacía cinco años. Por fin, la tercera, amable persona de veinticuatro años, buena, alegre y risueña, era religiosa hacía siete años. La de más edad se llamaba Margarita y era la farmacéutica del convento. Rosita, la segunda, era la portera. En cuanto a la más joven, Manuelita, era demasiado loca y demasiado ligera para confiarle la menor función.

Las tres religiosas, por el deseo incesante de actividad que las atormentaba y por los caprichos de su espíritu, fueron causa de una de aquellas destituciones a las que su excesiva bondad ha expuesto a la superiora. La hermana Manuelita, a quien su excesiva robustez y demasiada gordura tenían siempre enferma, tuvo un pequeño altercado con el viejo doctor del convento porque éste quería imponerle dieta a la cual la joven, un poco golosa, se negó a sujetarse. El padre de Manuelita era un viejo octogenario, no menos extraordinario en su género que mi prima la superiora en el suyo. El uno y la otra simpatizaban mucho y eran los mejores amigos que puede darse. El anciano iba a menudo al convento donde tenía permiso para entrar cuando deseaba. Quería a su hija la religiosa con una pasión particular y Manuelita abusaba de ello como lo hacen todos los niños engreídos. Así, pues, se quejó a él del tratamiento al cual que quería someterla el viejo doctor y se fingió mucho más enferma de lo que realmente estaba. Don Hurtado, el viejo sabio a quien mi lector ya conoce, tenía la pretensión de ser filósofo, médico, químico, astrólogo y, además, estaba inclinado a tener una gran admiración por todos los europeos. Se mostró sensiblemente afectado por el estado de su hija querida e indignado contra el viejo doctor Bagras que quería imponer dieta a su hija.

—Querida hija, le dijo, no quiero que ese ignorante te prescriba el menor remedio. Te traeré mañana a un médico inglés, joven encantador lleno de ciencia, que a los veintiséis años ha dado ya dos veces la vuelta al mundo. ¡Juzga hija mía qué médico debe ser!

El padre Hurtado, fiel a su promesa, fue al día siguiente al convento acompañado de un elegante y amable dandy que hablaba el

español con un acento muy agradable de admirar en un extranjero. Este infatigable viajero, cuya lengua se había suavizado con el uso del francés y del italiano que hablaba igualmente bien, era al mismo tiempo el más fashionable[78] de los médicos. Unía a maneras distinguidas la originalidad especial de su nación y una alegría muy difícil de encontrar.

Después de haber visto e interrogado a Manuelita juzgó que toda su enfermedad provenía de la falta de ejercicio y, realmente, la tendencia de esta joven a la obesidad denotaba la necesidad urgente de hacerlo. El joven doctor prescribió el ejercicio del caballo a la religiosa quien lo recibió con alegría. Vio en esto una ocasión para distraerse de la vida monótona cuyo peso la agobiaba y dijo enseguida a su padre que éste sería el único remedio que podría mejorarla. El viejo Hurtado propuso mandar al convento su yegua que era muy mansa. El amable doctor ofreció la montura inglesa usada por su esposa y sólo faltaba, para seguir la receta, el consentimiento de la superiora. La hermana Rosita, predilecta de la buena madre, se encargó de obtenerlo. En efecto, le hizo comprender que Manuelita tenía una enfermedad a los nervios de tal naturaleza que el ejercicio del caballo era tan necesario a su curación como la melodía de una buena música para la salud de su venerable superiora. La comparación de la astuta Rosita tuvo gran éxito. El permiso fue concedido sin la menor dificultad y la superiora agregó que como seguramente ese joven doctor inglés debía conocer la música, ella deseaba conocerlo.

El día esperado con impaciencia llegó por fin. Don Hurtado entró en el convento una mañana muy temprano seguido de su yegua. Ésta, completamente enjaezada, tenía una magnífica silla de terciopelo verde. La vista del lindo animal produjo universales aclamaciones. Las pobres reclusas acudían de todas partes ávidas por contemplar un objeto tan nuevo para ellas. Cuando toda la comunidad se hubo saciado del placer de ver y tocar la yegua, la silla, la brida y la fusta, el viejo Hurtado ayudó a su hija a subir y cuando estuvo en la silla condujo a la yegua de la brida y le hizo dar dos veces la vuelta a los corredores. Después de haberse apeado Manuelita, su amiga Rosita que también tenía enfermedad a los nervios, quiso montar en la yegua. Más atrevida que la primera

[78] Dandy y fashionable: así en el original francés. (N. del T.)

amazona, guió sola su cabalgadura y a la tercera vuelta la lanzó al trote. Este rasgo de valor extasió a las tímidas religiosas. Todas, hasta las viejas, querían también montar en la yegua. Se convino en que el encantador animal quedaría en el convento y don Hurtado debía regresar al día siguiente para presidir el paseo. Al día siguiente Manuelita manejó su cabalgadura ella sola y la hizo ir al trote. Rosita cabalgó enseguida y quedó arreglado que, en adelante, no se necesitaría del padre Hurtado. La señora doña Margarita, que desde hacía mucho tiempo sufría horriblemente de los nervios, quiso a su vez ensayar el ejercicio que tanto bien hacía a sus dos compañeras. La buena señora era un poco pesada y muy cobarde, Rosita fue su conductora en los primeros días. Hacían cerca de quince que los paseos a caballo divertían a la comunidad, alimentaban todas las conversaciones y curaban a maravilla todos los males cuando un acontecimiento, que pudo ser funesto, hizo cesar la alegría general, excitó la más viva inquietud y llevó el desorden al seno de la comunidad. La hermana Margarita estaba lejos de ser tan ágil como sus dos hermosas compañeras y no había podido convertirse en tan buena amazona como ellas; pero quiso imitarlas a pesar de todo y hacer correr su caballo a galope. Le sucedió una desgracia: al torcer una de las callejuelas del antiguo convento su largo vestido se enredó en una zarza. Margarita, en el movimiento que hizo para desasirse, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre el sardinel en el ángulo de la calleja. En su caída, la desgraciada se fracturó el hombro en una forma horrible.

Doña Margarita fue conducida a su lecho en un cruel estado de sufrimiento. Se corrió a llamar al médico inglés quien se apresuró a ir, arregló el hombro roto y consoló a las amigas de la enferma asegurándoles que la herida no presentaba peligro alguno, si bien temía que la curación fuese un poco larga.

Pero, el viejo doctor Bagras iba como de costumbre al convento y al no ver a la hermana Margarita en su farmacia preguntó si estaba enferma.

—No, le contestaron primero, pero se ha hecho reemplazar en la farmacia porque tiene por otro lado algunas ocupaciones que por algunos días le impedirán venir.

Cuatro semanas trascurrieron sin que la pobre farmacéutica estuviese en estado de levantarse para ir en persona a suministrar

al doctor Bagras los medicamentos que necesitaban las enfermas del convento. Y mientras la curiosidad del viejo médico con respecto a ella le hacía nacer inquietudes, se veía obligada a permanecer en su lecho sufriendo atroces dolores.

Bagras al fin comenzó a sospechar que le ocultaban alguna cosa acerca de la hermana Margarita. Espió a las negras de esta religiosa, interrogó a algunas de ellas y el aire confuso con que respondieron a sus preguntas lo convenció de que Margarita estaba enferma. El desconfiado doctor quedó intrigado por el misterio que todo el convento le había hecho sobre esta enfermedad. Mil conjeturas se presentaron a su espíritu y no tuvo ya sino un pensamiento: el de descubrir la palabra del enigma.

Tenía, como médico de la comunidad, el derecho de entrar hasta el interior de los claustros. Un día acechó el instante en que los patios estaban desiertos y aprovechó para ir y presentarse en la celda de Margarita. Encontró a la religiosa acostada e inconocible, ¡tan pálida y delgada la había puesto el sufrimiento! A la vista del doctor todas las personas presentes lanzaron un grito de espanto. La enferma se desvaneció. El viejo Esculapio no sabía en dónde se hallaba. No podía explicarse cómo él, médico del convento desde hacía veinticinco años, conocido por todas esas señoras de la comunidad a tal punto que todas lo trataban con familiaridad, podía producir tan terrible efecto en las que estaban en la celda de la enferma. Quiso aproximarse al lecho de Margarita para ofrecerle sus cuidados, pero todas las religiosas se precipitaron sobre él para rechazarlo. La alarma producida y el misterio con que aquellas señoras se envolvían hicieron nacer en el pensamiento del viejo doctor las más extrañas sospechas. Estaba estupefacto. Lleno de respeto por el convento de Santa Catalina, al que desde hacía tanto tiempo servía celosamente y receloso de la santidad de sus religiosas, se persuadió de que por deber y por religión debía prevenir a la superiora de lo que ocurría. Sin embargo, lo que en el fondo de su alma lo apenaba más era ver que la hermana Margarita no tuviese suficiente confianza en él como para reclamar sus cuidados. En presencia de la superiora Bagras, que conocía su extraordinaria vivacidad, no se atrevía a hacer un largo preámbulo y, con todo, no sabía cómo componérselas para abordar de frente el tema. La venerable señora, cuya inteligencia es real-

mente notable, comprendió el pensamiento del viejo doctor antes de que él encontrase palabras con qué expresarlo. Esta anciana religiosa con toda la extravagancia y alegría de su espíritu había sido siempre de una severidad de principios y de una virtud ejemplares. Sufría en el alma y se escandalizó horriblemente ante la idea de que se pudiese sospechar que una de sus religiosas se hubiese apartado de las reglas de esa virtud que ella cree existir en el corazón de todas las hermanas con la misma pureza que en el suyo. Con un gesto impuso silencio al anciano y con una voz llena de nobleza e indulgencia le dijo:

—Doctor Bagras, si he consentido en que se le oculte el desgraciado percance ocurrido a la hermana Margarita ha sido sólo por consideración hacia usted. Sus largos servicios merecen atenciones que no puedo desconocer. Pero usted comprende, doctor, que no debo llevar la complacencia hasta el punto de comprometer la salud de las santas niñas que Dios ha confiado a mis cuidados. Juzgué conveniente llamar a mi convento a un joven médico extranjero que, en adelante, le ayudará a usted en sus funciones, demasiado penosas para un hombre de su edad. Nuestro nuevo médico prescribió a algunas de estas señoras montar a caballo. Ese ejercicio les hace mucho bien, pero la Providencia permitió que nuestra querida hija Margarita cayese y se rompiese el hombro. Sufre desde hace dos meses y el doctor inglés que la cuida responde de su curación. Tales son, doctor Bagras, las causas muy sencillas de la enfermedad de la hermana Margarita. Ahora que está usted enterado de lo que deseaba saber puede retirarse.

Refiero este rasgo de mi vieja prima con una satisfacción interior que no puedo callar. Su conducta, en esta ocasión, me parece admirable de generosidad y de dignidad.

El doctor Bagras se puso tan furioso al verse suplantado por el elegante inglés que regresó a su casa hirviendo de ira y dirigió enseguida al obispo un informe de lo que acababa de suceder en el convento.

Yo he leído la copia de aquel informe. Es en realidad una pieza curiosa. Dice así: "¡Horror! ¡Tres veces horror! ¡Ha entrado en el santo convento de Santa Catalina un descreído, un perro inglés![79]

[79] En el Perú se cree por lo general que todos los ingleses son protestantes y la tolerancia ha hecho tan pocos progresos que el epíteto de perro se usa con

En fin, Monseñor, ¡podrá usted creerlo! El perro ha hecho galopar a las santas religiosas sobre una yegua que estaba vestida con una silla inglesa...". Todo el informe prosigue en el mismo tono.

Este acontecimiento hizo gran ruido en la ciudad. La generación joven estaba toda en contra del obispo y a favor del elegante doctor inglés y de la generosa superiora. Ésta fue destituida a causa de este hecho, pero las religiosas se indignaron tanto por esta injusticia que la reeligieron inmediatamente.

Las amables amazonas de Santa Catalina han hecho que me aparte de mi tema. Este convento ofrece un campo tan vasto de observación que me es difícil, aun omitiendo muchas cosas, ser menos extensa de lo que intentaba ser. Es menester añadir, para terminar esta digresión, que desde aquel acontecimiento las señoras tuvieron que renunciar al hermoso proyecto que habían concebido: hacer construir en un rincón del jardín una caballeriza para tener tres caballos a fin de que cada una de ellas tuviese el suyo. Don Hurtado se vio obligado a recoger su yegua y recibió una severa reprimenda del obispo. En fin, el amable doctor inglés fue puesto a la puerta del convento; pero se sacó el clavo en la reja del locutorio donde continuaba dando perniciosos consejos a las santas religiosas, pues todas tenían males nerviosos desde que el severo doctor Bagras las atendía por orden del obispo.

Desde el día siguiente a nuestra llegada cada una de las tres amigas había dejado ver en la conversación el vivo deseo que tenían de escuchar el relato exacto de la aventura de la pobre Dominga. Circulaba por el convento el rumor de que estas tres señoras después de aquella aventura meditaban de concierto una no menos abominable. Rosita tenía la edad de Dominga y sentía por ella vivo interés, pues la había conocido mucho cuando ambas eran niñas. Mi prima Althaus no apetecía otra cosa que contar la historia quizá por vigésima vez y se ofreció con gusto a satisfacer la curiosidad de las religiosas. Quedó convenido en que la buena Manuelita invitaría a mi prima y a mí a comer en privado con sus dos amigas para poder conversar a nuestro gusto y tanto tiempo como deseáramos. Fue la víspera de nuestra salida del convento cuando tuvo lugar la comida. Era terminar de una

frecuencia al hablar de ellos. He oído decir, al hablar de una joven que se había casado con un inglés, que se había casado con un perro. (N. de la A.)

manera bastante picante los seis agradables días pasados en el monasterio.

Manuelita nos recibió en su linda habitación del antiguo convento. La comida fue una de las más espléndidas y sobre todo de las mejor servidas a que fui invitada durante mi estancia en Arequipa. Pusieron hermosas porcelanas de Sévres, manteles adamascados, servicio de plata elegante y en el postre cuchillos de plata dorada. Cuando acabó el convite, la graciosa Manuelita nos invitó a pasar a su retiro. Cerró la puerta del jardín y dio orden a su primera negra de que no se nos molestase con ningún pretexto.

Ese pequeño retiro no era tan hermoso como el de la superiora, pero era más original. Como yo era extranjera, las religiosas me hicieron los honores. Quisieron que ocupase yo sola el diván y me recosté en él muellemente, apoyada sobre cojines de seda. Las tres religiosas, muy elegantes con sus vestidos de anchos pliegues, se colocaron en torno a mí: Rosita, sentada sobre un cojín cuadrado, con las piernas cruzadas a la moda del país, se inclinaba al pie del diván; la buena Manuelita, a mi lado, jugueteaba con mis cabellos, los destrenzaba y los trenzaba de mil maneras; y la grave Margarita, en medio de nosotras mostraba complacientemente su linda mano blanca y llena que apretaba un grueso rosario de ébano. Mi prima, la actriz principal, estaba sentada frente a su auditorio sobre un gran sillón muy antiguo con un cojín a los pies.[80]

Mi prima comenzó por darnos a conocer los motivos que habían determinado a Dominga a hacerse religiosa. Dominga era más hermosa que sus tres hermanas. A los catorce años su belleza estaba lo bastante desarrollada como para inspirar amor. Gustó a un joven médico español quien, al saberla rica, trató de hacerse amar de ella. Eso fue cosa fácil. Dominga nacía para el mundo. Era tierna y amaba como se ama a su edad, con sinceridad y sin desconfianza, creyendo la pobre niña en su sencillez que el amor

[80] "La iconografía conocida de Flora Tristán empieza con el óleo [1,00 x 1,80 m] que representa su visita al Convento de Santa Catalina de Arequipa, pintado por Jules Laure en París en 1838. Este cuadro se halla en Lima, en poder de don Juan Bryce y Cotes, descendiente de la familia Tristán y su existencia no llegó a ser conocida por el biógrafo Puech. Fue reproducido por primera vez por Jorge Holguín de Lavalle en Turismo de noviembre de 1944". En prólogo de Jorge Basadre a Flora Tristán, Peregrinaciones... op. cit., p. XXIII. En la edición citada, entre las páginas 308 y 309, puede verse una reproducción del mismo. (N. del E.)

que inspiraba igualaba al que ella misma sentía. El español la pidió en matrimonio y la madre acogió su demanda. Pero, temiendo que su hija fuese todavía demasiado joven, quiso que el matrimonio se efectuase al cabo de un año. El español, como casi todos los europeos llegados a esta comarca, estaba dominado por la codicia, quería conseguir grandes riquezas y como su unión con Dominga le había parecido un medio de lograrlas había especulado con la crédula inocencia de una niña. Apenas transcurridos algunos meses desde que aquel extranjero pidió su mano, renunció al amor verdadero de la niña a cambio del de una mujer viuda sin ninguna cualidad; pero mucho más rica que Dominga y no demostró la más ligera consideración por el profundo pesar que iba a causarle su abandono. La falta de lealtad del español hirió cruelmente el corazón de Dominga. Su proyectado enlace había sido anunciado públicamente a toda la familia y su orgullo no pudo soportar este ultraje. La joven se sentía humillada y los consuelos que trataban de prodigarle no hacían sino irritar un dolor que hubiese querido ocultarse a sí misma. En su desesperación no vio más recurso que la vida conventual. Declaró a su familia que Dios la llamaba a sí y que estaba resuelta a entrar en el monasterio. Todos los parientes de Dominga unieron sus esfuerzos para quebrantar su resolución; pero ella tenía la cabeza exaltada y los pesares de su corazón no le permitieron escuchar ninguna súplica. Todo fue inútil. La joven se mostró tan indiferente a las exhortaciones y a los consejos como había sido sorda a las solicitudes. La resistencia encontrada en su familia sólo dio por resultado que su obstinada temeridad la llevase a entrar en el convento más rígido de la orden de los carmelitas. Después de un año de noviciado Dominga tomó el velo en Santa Rosa.

Parece, continuó mi prima, que Dominga en el fervor de su celo fue feliz los dos primeros años de su estancia en Santa Rosa. Al cabo de ese tiempo comenzó a cansarse de la severidad de la regla. Los sufrimientos físicos habían calmado su exaltación moral y tardías reflexiones la hicieron verter lágrimas sobre la suerte que había escogido. No se atrevía a hablar de sus penas y de su tedio a su familia que se había opuesto tenazmente al partido que había adoptado y, por lo demás, ¿de qué hubiese podido servirle?

—Ustedes saben, señoras, agregó mi prima, todo pesar es inútil. Una vez que se entra en uno de estos retiros no se sale más.

Aquí las tres religiosas se miraron y hubo en esas miradas cambiadas de soslayo un acuerdo que no se nos escapó a ninguna de las dos.

La desgraciada Dominga encerró sus pesares en el corazón y sin esperar consuelo de nadie se resignó a sufrir en espera de la muerte que pondría fin a sus males. Cada día pasado en el convento, el que la religiosa ya sólo consideraba como una prisión, debilitaba su salud antes tan excelente. Una palidez mortal había reemplazado en sus mejillas el carmín que daba tanto realce a su belleza cuando vivía en el mundo. Sus hermosos ojos, que estaban ya opacos, se habían hundido en las órbitas como los de los penitentes agotados por las austeridades del claustro. Un día, hacia fines del tercer año, le tocó el turno de hacer la lectura en el refectorio y Dominga encontró en un pasaje de Santa Teresa la esperanza de su liberación.

Refería este pasaje que con frecuencia el demonio recurre a mil medios ingeniosos para tentar a las monjas. La santa cuenta, por ejemplo, la historia de una religiosa de Salamanca que sucumbió a la tentación de fugarse del convento. El demonio le sugirió el pensamiento de poner en el lecho de su celda el cadáver de una mujer muerta destinado a hacer creer a toda la comunidad que ella había fallecido, con el fin de tener tiempo de ponerse a cubierto de los alguaciles de la Santa Inquisición, ayudada por el mensajero del diablo bajo la forma de un hermoso joven.

¡Qué rayo de luz para la joven! Ella también podrá salir de su prisión, de su tumba, por el mismo medio de la religiosa de Salamanca. Desde aquel momento la esperanza entró en su alma y desde entonces ya no sintió tanto fastidio. Apenas tuvo tiempo suficiente para emplear toda la actividad de su imaginación en idear los medios de realizar su proyecto. Ya no hubo prácticas austeras, ni deberes penosos que le costasen trabajo cumplir porque veía un término a su cautiverio. Cambió gradualmente de modo de ser con las religiosas y buscaba ocasiones de hablarles a fin de conocer a fondo a cada una de ellas. Dominga trataba sobre todo de trabar amistad con las hermanas porteras cuyas funciones no duraban sino dos años en el convento de Santa Rosa. A cada cam-

bio ella se esforzaba con sus atenciones y asiduidades en atraerse a la nueva portera. Se mostró muy generosa y muy buena con la negra que le servía de comisionista fuera del convento a fin de asegurarse una abnegación sin límites. La prudente y perseverante joven no olvidó, en suma, nada de lo que pudiese facilitar la ejecución de sus planes. Ocho años trascurrieron, sin embargo, antes de poder realizarlos. ¡Ay! ¡Cuántas veces durante esa larga espera la desgraciada pasaba de la alegría delirante que siente el prisionero al abandonar su calabozo por un esfuerzo de valor y habilidad, al desánimo profundo, a la desesperación del esclavo que, sorprendido en el momento de su fuga, va a caer de nuevo entre las manos de un amo cruel! Sería demasiado largo referir todas sus ansiedades, todas sus alternativas de esperanza y de temor. Algunas veces, después de haber empleado cerca de dos años en halagar a una vieja hermana portera, dura y áspera, en el momento en que Dominga se creía segura de la simpatía y discreción de la vieja, una circunstancia le hacía ver que si hubiese tenido la imprudencia de confiar en aquella mujer se habría perdido. A este pensamiento Dominga, espantada del peligro que acababa de correr, temblaba de terror. Se pasaban entonces muchos meses sin que se atreviese a hacer la menor tentativa. Sucedía también que en momentos de confiarse a una portera, que le parecía buena y digna del terrible secreto que iba a decirle, la cambiaban y era reemplazada por una especie de cancerbero cuya sola voz helaba a la pobre joven.

En medio de estas crueles ansiedades vivió durante ocho años la joven religiosa. No se concibe cómo su salud pudo resistir una agonía tan larga. Al fin, sintiendo que ya no podía más se decidió a franquearse con una de sus compañeras a quien amaba más que a ninguna otra y que acababa de ser nombrada portera. Su confianza se encontró felizmente bien colocada y Dominga, una vez segura de la ayuda y del silencio de la portera, sólo pensó en el medio de procurarse lo necesario para la ejecución de su proyecto. Necesitaba confiarse a la negra, su mandadera, pues sin el concurso de esta esclava era imposible tener éxito. Esta confidencia iba rodeada de peligros y en esta circunstancia, como en todas las relacionadas con su plan de evasión, Dominga fue admirable de valor y de perseverancia. Sólo podía comunicarse con su negra en

el locutorio y a través de una reja. Las palabras de Dominga podían ser escuchadas por alguna de las silenciosas religiosas que iban y venían sin cesar al locutorio y sin cesar también tenían el oído en acecho. He aquí cuál fue el plan concebido por Dominga y que tuvo el atrevimiento de exponer a su negra ofreciéndole una buena recompensa para resarcir a esta esclava de los peligros que podía correr.

Era preciso que la negra consiguiese una mujer muerta y que la trajese al convento tarde, a la caída de la noche. La portera le abriría y mostraría el lugar donde debía esconder el cadáver. Dominga vendría a buscarlo por la noche para llevarlo a su lecho, prenderle fuego y escapar mientras las llamas quemaban el cadáver en la tumba. No fue sino muchísimo tiempo después de haber conocido el proyecto de su ama cuando la negra pudo traer el cadáver. Habría sido peligroso pedirlo en el hospital en donde, por lo demás, no los proporcionaban sino a los cirujanos y para uso indicado, pues en Arequipa no hay escuela de medicina. Era casi imposible obtener el cuerpo de una mujer muerta en una casa. Aseguraban también que sin los buenos oficios de un joven cirujano que fue admitido en la confidencia, la buena amiga de Dominga habría acabado sus dos años de portera antes de que la esclava hubiese podido conseguir el cadáver que, en el convento, debía hacer creer en la muerte de su ama. Una noche sombría la negra dominó sus terrores pensando en la recompensa prometida y cargó sobre sus hombros el cadáver de una india muerta desde hacía tres días. Al llegar a la puerta del convento hizo la señal convenida. La portera, temblorosa, abrió y la negra, en silencio, depositó el fardo en el lugar que con el dedo le mostró la portera. La esclava fue enseguida a apostarse a la vuelta de la calle de Santa Rosa para esperar a su ama.

Dominga era, desde hacía muchos días, presa de las más vivas inquietudes por los obstáculos sin cesar renacientes que dificultaban la ejecución de sus planes. Esperaba con una ansiedad inimaginable el resultado de las últimas gestiones intentadas para conseguir un cadáver de mujer, cuando su amiga la portera vino a prevenirle que su negra lo había introducido en el convento. A esta noticia, Dominga cayó de rodillas, besó el suelo y dirigiendo los ojos al Cristo permaneció largo rato en esta posición, como abismada en un sentimiento inefable de amor y de reconocimiento.

Por la tarde la portera puso el cerrojo en la puerta sin cerrarla con llave. Enseguida fue, según la regla lo exigía, a llevar la llave a la superiora y se retiró a su tumba. Dominga, como a las doce de la noche, cuando juzgó que todas las religiosas estaban profundamente dormidas, salió de su tumba en la que dejó su pequeña linterna sorda y fue al lugar indicado por la portera a sacar el cadáver. Era una carga muy pesada para los miembros delicados de la joven religiosa. Pero ¿qué no puede el amor por la libertad? Dominga levantó el horrible fardo con tanta facilidad como si hubiese sido una canasta de flores. Lo depositó sobre su lecho, le puso sus hábitos de religiosa y revestida ella misma con un traje que había tenido cuidado de conseguir, prendió fuego a su lecho y huyó dejando abierta la puerta del convento.

Mi prima calló y las tres religiosas de Santa Catalina se miraron con un aire de inteligencia que me hizo presentir sus pensamientos. Después de algunos instantes de silencio la hermana Margarita preguntó lo que había ocurrido en el convento después de la evasión de Dominga y lo que habían pensado.

—Nadie, dijo mi prima, dudó de la veracidad del hecho. La hermana portera, que no dormía como pueden ustedes presumirlo, corrió tras los pasos de Dominga a cerrar la puerta con el cerrojo y en la confusión, ocasionada por el incendio, la lista portera tomó la llave del cuarto de la superiora y cerró la puerta como de costumbre. Todo el mundo quedó convencido de que Dominga se había quemado. Los restos del cadáver que se encontró estaban inconocibles y fueron enterrados con las ceremonias usuales en el entierro de las religiosas. Dos meses después la verdad de este acontecimiento comenzó a traslucirse. Pero, las religiosas de Santa Rosa no quisieron prestar fe y cuando la existencia de Dominga había cesado de ser una duda para todo el mundo, las buenas hermanas sostenían todavía que estaba bien muerta y que lo que se contaba sobre la pretendida salida del convento era una calumnia. Sólo se convencieron cuando la misma Dominga se tomó el cuidado de hacerlo, demandando a la superiora para que le restituyese su dote que era de 10 000 pesos (50 000 francos).[81]

[81] La fuga espectacular de esta monja tuvo lugar el 6 de marzo de 1831. Se ocultó en el campo en los primeros momentos, pero a poco don Andrés Martínez y don Mariano Llosa Benavides se presentaron a la Corte Superior de Justicia para que protegiesen la libertad de la monja. Le crearon así un serio problema de jurisdicción

Durante todo el tiempo que duró el relato de mi prima me ocupé atentamente en observar el efecto producido por su narración sobre las tres encantadoras religiosas. La mayor de las tres, la hermana Margarita, se mantuvo casi constantemente en su reserva habitual. A la viva e impetuosa Rosita se le habían escapado exclamaciones que demostraban con qué sinceridad esta amable niña compadecía los sufrimientos soportados por Dominga en sus once años de agonía. En cuanto a la dulce Manuelita, lloraba y repetía a menudo con una sencilla compasión:

—¡Pobre Dominga! ¡Cuánto debió sufrir! Pero también, ¡cuán feliz fue por haberse podido al fin libertar!

Y la graciosa niña recostaba su cabeza en mi hombro con un movimiento infantil y lloraba.

Nos retiramos, dejando a las señoras sumidas en sus pensamientos que no creímos discreto turbar.

—Apostaría, dije entonces a mi prima, que antes de dos años estas tres religiosas no estarán ya acá.

—Pienso como usted, me respondió y me alegraría mucho de ello. Estas tres religiosas son demasiado hermosas y demasiado amables para vivir en un convento.

Al día siguiente salimos de Santa Catalina. Habíamos permanecido seis días durante los cuales aquellas señoras pusieron todo su esmero en hacernos pasar el tiempo lo más agradablemente posible: comidas magníficas, meriendas deliciosas, paseos en los jardines y en todos los sitios curiosos del convento. Las amables religiosas no omitieron nada para agradarnos y hacernos gozar de las distracciones que el convento les permitía ofrecernos. Toda la comunidad nos acompañó hasta la puerta, en desorden, sin ceremonia ni la menor etiqueta; pero con un afecto tan verdadero y emocionante que lloramos con las buenas religiosas por el verdadero pesar que teníamos de separarnos. Nuestras impresiones eran muy diferentes de las que sentimos a nuestra salida de Santa Rosa. Esta vez nos retiramos con pena del convento y nos detuvimos muchas veces en la calle para dirigir nuestras miradas hacia las torres del asilo hospitalario que acabábamos de dejar. Nuestros

al obispo Goyeneche. Se inició un proceso civil y otro eclesiástico que duró mucho tiempo. La monja se arrepintió finalmente y el obispo le impuso severa penitencia. (N. de la T.)

niños y las esclavas estaban tristes y las señoras no cesaban de elogiar la bondad de aquellas amables religiosas.

No hubo día, en la semana siguiente a nuestra salida, que las religiosas no nos enviasen regalos de toda especie. Sería difícil hacerse una idea de la generosidad de estas excelentes señoras. Había yo conservado un recuerdo tan agradable de la acogida amistosa recibida en el convento de Santa Catalina que antes de mi partida de Arequipa fui varias veces a conversar en el locutorio con mis antiguas amigas. En esta circunstancia me colmaron de regalitos y me dieron el encargo de enviarles de Francia música de Rossini.

—IV—
La batalla de Cangallo

El martes 1 de abril salimos de Santa Catalina. Mi tía, inquieta por su marido, por su casa y sin poder contener su impaciencia, quiso regresar a su hogar. Por lo demás, todo el mundo decía que San Román, asustado por el número y buen orden de las tropas de Nieto no osaría acercarse y se quedaría en Cangallo hasta que Gamarra le enviase refuerzos del Cuzco. El general compartía la opinión de la multitud y siempre preocupado por la llegada de Orbegoso, se impacientaba de la lentitud del enemigo y no adoptaba disposición alguna para recibirlo. El monje en su periódico entonaba ya los cánticos de la victoria. Los eruditos de Arequipa componían canciones en honor de Nieto, de Morán y de Carrillo y endechas sobre San Román. Todo tan burlesco y tan ridículo que me recordaba a los cantores de las calles de París después de las jornadas de julio.

Ese mismo martes, día de fiesta, se pagó a la tropa y Nieto, para hacerse agradable a los soldados, les dio permiso para divertirse, favor del que se aprovecharon ampliamente. Fueron a las chicherías a beber chicha, entonaron a voz en cuello las canciones que acabo de mencionar y pasaron toda la noche en la embriaguez y el desorden. Por lo demás no hacían con esto sino seguir el ejemplo de sus jefes quienes, por su lado, se habían reunido para beber y jugar. Estaban tan persuadidos de que San Román no se atrevería a avanzar antes de recibir refuerzos que no hacían preparativos ni tomaban precauciones. La misma negligencia reinaba en las avanzadas. El miércoles 2 de abril, mientras

los defensores de la patria dormían profundamente la borrachera de la víspera, se supo de repente que el enemigo se aproximaba. Todo el mundo subió a lo alto de las casas, pero el general los había engañado tantas veces que prestaban poca fe a las noticias que éste anunciaba.

Eran las dos de la tarde y, excepto lo que la imaginación de cada uno prestaba al anteojo de larga vista, no se distinguía nada. Comenzaban a impacientarse. El sol quemaba. Un viento seco, tal como sopla de continuo en Arequipa, hacía el calor aún más insoportable; barría los techos de las casas y arrojaba polvo a las caras de los espectadores. El lugar no era soportable sino para un observador de mi intrepidez. En vano mi tío me gritaba desde el patio que iba a perder la vista por la reverberación del sol, que esperaría inútilmente y que San Román no vendría en todo el día. No hice caso de sus opiniones, me acomodé en el reborde del muro, tomé un amplio paraguas rojo para defenderme del sol y, provista de un anteojo de larga vista de Chevallier, me instalé perfectamente. Abandonada a mis pensamientos y contemplando el volcán y el valle ya no pensaba en San Román cuando, súbitamente, me recordó el objeto de la atención general un negro que me gritaba: "Señora, ¡allí están!". Sentí subir a mi tío y dirigí enseguida mi anteojo en la dirección indicada por el negro. Vi con claridad dos líneas negras que se dibujaban en lo alto de la montaña vecina al volcán. Aquellas dos líneas, delgadas como un hilo, se desplegaron en el desierto describiendo ya una curva, ya otra a medida que avanzaban, formando a veces zigzagues; pero sin romperse jamás, así como se ve en las bandadas de pájaros que varían infinitamente el orden de su vuelo y presentan en el aire una serie de puntos negros.

Al distinguir al enemigo toda la ciudad lanzó un grito de júbilo. La situación desgraciada en que el monje y Nieto había puesto a los habitantes les era insoportable y a cualquier precio querían salir de ella. En el campamento de Nieto fue también grande el gozo celebrando los funerales de aquéllos a quienes iban a *abatir*, a *deshacer*. Como a las tres Althaus entró a galope en el patio y al vernos a todos en los altos de la casa me llamó con la emoción de un hombre muy inquieto. Bajé y prometí a mi tío darle a mi regreso las noticias que recibiese.

—¡Ah, prima! Jamás me he encontrado en un momento más crítico. Decididamente todas estas gentes están locas. Figúrese que estos miserables están ebrios. Ningún oficial se halla en aptitud de dar una orden y ningún soldado en la de cargar un fusil. Si San Román tiene un buen espía estamos perdidos. Dentro de dos horas será dueño de la ciudad.

Subí y comuniqué a mi tío los funestos presentimientos de Althaus.

—Lo esperaba, dijo mi tío. Estos hombres son completamente incapaces. Perderán su causa y tal vez no sea esto una desgracia para el país.

El pequeño ejército de San Román empleó cerca de dos horas en descender de la montaña y vino a colocarse a la izquierda del volcán, sobre el montículo llamado Apacheta. Esta posición dominaba las fortificaciones de Nieto y era la que Althaus había previsto que ocuparía. San Román dispuso sus tropas en líneas muy extendidas con la esperanza de causar ilusión respecto a su número. Pero, se distinguía perfectamente que las filas no tenían sino uno o dos hombres de fondo. Formó también en batallón cuadrado a los setenta y ocho hombres que componían toda su caballería. Hizo, en una palabra, todo lo que un hábil táctico podía hacer para que le atribuyesen un número de gente cuatro veces mayor. Las rabonas encendieron una multitud de fuegos en la cima del montículo y hacían tal ruido que sus gritos se oían en la parte baja del valle.

Pero, una vez en presencia el uno del otro, ambos ejércitos se temieron mutuamente y cada uno de ellos quedó convencido de la superioridad del contrario. Si la apariencia verdaderamente militar que San Román había tomado a los ojos de Nieto hizo temer a éste que sus elegantes Inmortales no tuviesen fuerza para sostener el choque con los soldados veteranos de su adversario San Román, por su lado, no era más sabio ni menos presuntuoso que Nieto. Según los informes de sus espías pensaba marchar a una victoria fácil. Creía aun obtenerla sin combatir. Muchos de sus oficiales me dijeron que estaban tan persuadidos de entrar la misma tarde en Arequipa que al salir por la mañana de Cangallo no habían pensado sino en sus pequeños preparativos de toilette, con el fin de estar listos para visitar a las damas a su llegada. Los soldados

participaban de la misma confianza y habían arrojado sus víveres y vaciado sus marmitas gritando: "Viva la sopa del cuartel de Arequipa". Sin embargo, las señoras rabonas a pesar de todo el trabajo que se daban para tener aire de cocinar no tenían ni una mazorca de maíz, ningún alimento que ofrecer a sus imprudentes compañeros. Y, para colmo de fatalidades, el ejército se encontraba acampado en un lugar donde no podía obtenerse ni una gota de agua. En cuanto San Román pudo apreciar su situación no supo más que desesperarse y llorar como un niño, como supimos después. Felizmente para su partido tenía a su lado a tres jóvenes oficiales cuyo valor, firmeza y talento lo sacaron del aprieto. Los señores Torres, Montoya y Quiroga, a quienes sus cualidades hacían dignos de servir mejor causa, se apoderaron del mando, reanimaron la moral del soldado, apaciguaron los insolentes murmullos de las rabonas y dando el ejemplo de la resignación, que todo militar debe tener en semejantes momentos, cortaron con sus sables unas ramas en forma de raquetas que crecen en abundancia en los cerros, las masticaron para aplacar la sed y las distribuyeron entre los soldados y las rabonas. Todos las recibieron con sumisión y se alimentaron con ellas sin atreverse a replicar. Pero, estos oficiales comprendían que este medio no podía calmar la irritación de sus hombres sino por unas horas. Se decidieron a arriesgar el combate prefiriendo morir por el hierro y no de sed. El teniente Quiroga preguntó a los soldados sin querían retirarse sin combatir, huir vergonzosamente en presencia del enemigo y exponerse a su regreso a Cangallo a perecer de hambre y de sed y morir en el desierto como animales o preferían hacer sentir el poder de su brazo a esta tropa de fanfarrones incapaces de resistir a pesar de su número. Esos soldados, que en cualquiera otra circunstancia hubiesen huido tan sólo a la vista de sus enemigos, respondieron con aclamaciones a esta arenga militar y pidieron el combate.

Era cerca de las siete de la noche. Acababa de subir nuevamente a mi puesto de observación y parecía reinar la calma en los dos campos. Se suponía que, en vista de la hora avanzada, el combate no se empeñaría sino al rayar el día. De repente vi destacarse del batallón cuadrado de San Román a una especie de portabandera seguido inmediatamente por todo el escuadrón de caballería.

Luego avanzaron a su encuentro los dragones del ejército de Nieto dirigidos por el coronel Carrillo. Ambos escuadrones se lanzaron a paso de carga. Cuando estuvieron a tiro se hizo una descarga de mosquetería, enseguida otra y continuaron así. El combate había empezado. Escuché entonces un gran rumor en ambos campos; pero el humo era tan denso que nos ocultaba esta escena de carnicería.

Sobrevino la noche y quedamos en completa ignorancia de lo que ocurría. Mil rumores circularon. Los alarmistas pretendían que habíamos perdido mucha gente y que los enemigos iban a entrar en la ciudad. Nuestra casa estaba llena de gentes que venían con la esperanza de tener noticias. El uno lloraba por su hijo, ésta por su marido o por su hermano: era una desolación general. Como a las nueve llegó un hombre del campo de batalla y pasó por la calle de Santo Domingo. Lo detuvimos y nos dijo que todo estaba perdido y que el general lo enviaba donde su esposa para decirle que se retirase enseguida al convento de Santa Rosa. Agregó que había un desorden espantoso en nuestras tropas: la artillería del coronel Morán había disparado sobre nuestros dragones confundiéndolos con el enemigo y dado muerte a gran número de ellos. Esta nueva se divulgó por la ciudad. El espanto se apoderó de todo el mundo. Los que habían creído poder quedarse en sus casas, asustados de su propio valor, se apresuraron a dejarlas. Se les veía correr como locos, cargados con sus platos de plata y con sus vasos de noche;[82] ésta llevaba un estuche pequeño con alhajas, aquélla un brasero; las negras y las zambas tenían mezcladas las alfombras y los vestidos de sus amas. Los gritos de los niños, las vociferaciones de los esclavos y las imprecaciones de los patrones daban a esta escena de confusión una expresión espantosa. Los dueños del oro, los propietarios de esclavos, la raza dominadora, en fin, eran presas del terror; mientras el indio y el negro se regocijaban de la próxima catástrofe y parecían meditar venganzas y saborear de antemano las primicias. Las amenazas brotaban de boca del indígena. El blanco se intimidaba. El esclavo no obedecía. Su risa cruel, su mirada torva y feroz arredraban al amo que no osaba golpearlo. Era la primera vez, sin duda, que todas las caras blancas y negras dejaban leer en su fisonomía toda la baje-

[82] En el Perú todos los vasos de noche son de plata. (N. de la A.)

za de su alma. Tranquila en medio de este caos, contemplaba con disgusto imposible de reprimir este panorama de las malas pasiones de nuestra naturaleza. La agonía de estos avaros porque temían la pérdida de sus riquezas, más que la misma vida, la cobardía de toda esa población blanca incapaz de la menor energía para defenderse por sí misma; ese odio del indio, disimulado hasta entonces bajo formas obsequiosas, viles y rastreras; esa sed de venganza del esclavo, quien aún la víspera besaba como un perro la mano que lo había golpeado, me inspiraban el desprecio más profundo que en la vida he sentido por la especie humana. Yo le hablaba a mi zamba en el tono ordinario y esta muchacha, ebria de gozo, me obedecía porque veía que no sentía temor. Mi tío y yo no quisimos ya ir a ningún convento. Sólo mis primas fueron con los niños. Al tumulto de la horrible escena que acabo de describir sucedió el silencio del desierto. En menos de una hora toda la población se aglomeró confusamente en los conventos de mujeres o de hombres y en las iglesias. Estoy segura de que no quedaron en la ciudad veinte casas habitadas.

Nuestra casa se convirtió en el lugar de cita de los habitantes, en primer lugar por la seguridad que ofrecía su proximidad a la iglesia de Santo Domingo y enseguida por la esperanza de que Althaus enviase noticias a don Pío. Nos hallábamos todos reunidos en una inmensa sala abovedada que daba a la calle: era el gabinete de mi tío. No había luz por no atraer la atención de los transeúntes. No teníamos sino el fulgor de los cigarros que los fumadores, esa tarde, tenían constantemente encendidos en la boca. Era una escena digna del pincel de Rembrandt. Se distinguía, a través de las espesas nubes de humo que llenaban el cuarto, las caras largas y estúpidas de cuatro frailes de la orden de Santo Domingo con sus largos vestidos blancos, sus rosarios de cuentas negras y sus toscos zapatos con hebillas de plata. Con una mano hacían caer la ceniza de su cigarro y con la otra jugaban con sus correas. En el lado opuesto los rostros pálidos y delgados de tres pobres millonarios a quienes el lector ya conoce: los señores Juan de Goyeneche, Gamio y Ugarte. Una docena de personas se encontraban también allí. Mi tía estaba sentada en el extremo de uno de los sofás, con las manos juntas, rezando por los muertos de ambos partidos; en tanto que mi tío iba y venía de un lado para otro

de la habitación hablando, gesticulando de una manera brusca y animada. Yo me recosté sobre el reborde de la ventana envuelta en mi abrigo. Gozaba del doble espectáculo ofrecido por la calle y el gabinete. Esta noche estuvo para mí llena de enseñanzas. El carácter de este pueblo tiene un sello que le es peculiar: su gusto por lo maravilloso y por la exageración es extraordinario. No podría decir cuántas historias macabras fueron referidas durante esta larga velada, cuántas mentiras fueron dichas, todo con un aplomo y con una dignidad que no podía dejar de admirar. Los que escuchaban probaban, con su fría indiferencia, que creían muy poco los cuentos que les narraban.

Pero, de repente, cada vez que se recibían noticias verdaderas o falsas de lo que ocurría en el campo de batalla, se abandonaba la narración de cuentos y la conversación cambiaba. Si un soldado herido se arrastraba hacia el hospital y decía que los arequipeños habían perdido la batalla se elevaba enseguida en la sala un rumor burlesco. Se vociferaba contra el cobarde, el bribón, el imbécil de Nieto y se exaltaba al digno, al bravo, al glorioso San Román. Los buenos frailes de Santo Domingo dirigían al cielo sus votos sinceros para que ese perro de Nieto fuese muerto y se ponían a hacer hermosos proyectos para la brillante recepción que contaban hacer al ilustre San Román. Un cuarto de hora después, si otro soldado pasaba gritando: "¡Viva el general Nieto! ¡La victoria es nuestra! ¡San Román está perdido!", entonces los asistentes aplaudían, los buenos padres palmoteaban con sus toscas manos exclamando: "¡Oh!, ¡el valiente general! ¡Cuánto valor! ¡Cuánto talento! ¡Condenado sea ese miserable indio, ese zambo de San Román". Mi tío temía verse comprometido por aquellos impertinentes charlatanes, tan ridículos como despreciables, pero en vano empleaba toda su elocuencia en hacerlos callar. Sus esfuerzos eran inútiles pues en la naturaleza de las gentes de este país está el abrumar sin piedad y sin medida al que cae, para alabar con exageración al que ha tenido éxito.

Como a la una de la mañana Althaus nos envió a uno de sus ayudantes para informarnos que, desde las ocho, la acción había cesado. El enemigo, intimidado por el número, no se había atrevido a aventurarse, durante la noche, en localidades que no conocía. Ya habíamos perdido treinta o cuarenta hombres, entre ellos

un oficial, a causa de la funesta equivocación de Morán y un desorden alarmante reinaba entre la tropa. Mi primo enviaba una esquela escrita a lápiz en la cual me decía que consideraba la batalla perdida.

A las cuatro de la mañana estaba yo en lo alto de la casa. Admiraba la salida del sol y el magnífico espectáculo que me ofrecían las cúpulas de las numerosas iglesias y conventos que encierra esta ciudad, apiñadas de gente. Todos estos seres humanos, hombres, mujeres y niños que presentaban los diversos matices del negro al blanco, trajeados según su rango y su respectiva raza y unidos en aquel instante por el mismo pensamiento que les preocupaba, formaban un todo armónico y no tenían más que una sola expresión. Las cúpulas y las torres habían perdido su naturaleza inerte. La vida se había incorporado a ellas. Estaban animadas por el mismo espíritu. Esas figuras inmóviles en igual actitud, todas con el cuerpo inclinado, la boca entreabierta y los ojos fijos en la misma dirección hacia los dos campanarios, cubrían totalmente las cúpulas, las torres y les daban un aspecto sublime.

¿Por qué impulso divino, me preguntaba, todos esos seres que viven entre sí en una lucha perpetua, que aún ayer ofrecían la imagen del caos, componen ahora un armonioso conjunto? ¿Qué poder sobrehumano les obliga a todos, en el mismo instante, a abandonar sus moradas y dejar el tumulto de la ciudad donde reinan ahora el silencio y la inmovilidad? ¿Cómo han podido en un momento olvidar el *tuyo* y el *mío* y confundir sus pensamientos en una idea común? Así como a bordo de un barco en donde todos los odios se apaciguan y todas las querellas cesan cuando se levanta la tempestad, la unión ¿no puede existir entre los hombres sino por la inminencia del peligro que corren? ¿Cómo no han sentido todavía que las sociedades no pueden lograr la felicidad sino por medio de la unión como cuando evitan el peligro y que el aislamiento es tan funesto al individuo como a la sociedad de la cual forma parte?

Volví la espalda al campo. Cautivada por mis reflexiones olvidé el combate y los combatientes. Un ruido largo y sordo, que se escapó de las cúpulas como desde una tumba, me sacó de mi arrobamiento. ¡Toda aquella masa animada por el mismo sentimiento no tuvo sino una voz! De esos millares de pechos brotó un solo grito, vibrante de una dolorosa expresión. Me emocioné hasta las

lágrimas. Sin tener necesidad de voltear la cabeza hacia el campo de batalla comprendí que se mataban... ¡o que iban a matarse!... A este grito de dolor sucedió un silencio de muerte y la actitud en las cúpulas y en las torres anunciaba el más alto grado de atención. De repente se dejó oír un segundo grito y el acento de éste y el gesto con que fue acompañado me tranquilizaron sobre la suerte de los combatientes. Me volví y vi gran movimiento en los dos campamentos. Rogué a mi tío que me dejara mirar con su anteojo. Distinguí a dos oficiales que corrían de un campo al otro y disparaban sus pistolas. Después el general Nieto, seguido de sus oficiales, iba al encuentro de un grupo de oficiales del campo enemigo. Los vi confundirse en mutuos abrazos. Nos convencimos entonces de que el ejército de San Román acababa de rendirse y que todo se arreglaría.

Formábamos mil conjeturas cuando Althaus entró a caballo en el patio a toda velocidad y gritó a voz en cuello: "¡Eh!, ¡los de arriba!, ¡bajen pronto!, ¡traigo grandes noticias!". Las escaleras de mano con las cuales se sube sobre las casas están muy lejos de ser cómodas, pero olvidamos todo peligro y bajamos a cuál más ligero. Llegué al patio antes que los demás, salté al cuello de Althaus y lo abracé tiernamente por primera vez. No estaba herido, pero ¡Dios mío!, ¡en qué estado se encontraba! Él, tan amigo de la limpieza en sus vestidos, se hallaba cubierto de polvo, de lodo y de sangre. Su rostro estaba inconocible. Sus ojos hinchados se saltaban de las órbitas. Su nariz y sus labios estaban igualmente hinchados. Tenía la piel desgarrada, contusiones por todas partes, las manos negras de pólvora y, en fin, la voz enronquecida en tal forma que apenas se le podía comprender una palabra.

—¡Ah primo!, le dije con el corazón afligido, no tenía necesidad de verlo en este estado para aborrecer la guerra. Después de todo cuanto he visto ayer, pienso en que no pueden haber castigos demasiado crueles para quienes las desencadenan.

—Florita, usted hará hoy de mí lo que quiera porque no puedo hablar. Pero por favor no dé el nombre de guerra a una refriega ridícula en la cual ninguno de esos mozalbetes sabe ni apuntar un arma. ¡Heme aquí en la facha de un ladrón! Y para llevar al colmo mi buen humor, mi amable esposa ha escondido hasta mi última camisa.

Althaus se arregló lo mejor que pudo, tomó cuatro o cinco tazas de té, comió una docena de tostadas y se puso enseguida a fumar. Mientras hacía estas cosas, regañaba de su mujer, se reía y bromeaba como de costumbre y nos contaba lo que había sucedido desde la víspera.

—Ayer, dijo, el combate no fue sino una escaramuza pero, ¡qué inextricable confusión la que siguió! Felizmente los gamarristas tuvieron miedo y se retiraron. He necesitado toda la noche para poner un poco de orden entre nuestra gente. Esta mañana ocupábamos el campo de batalla y esperábamos ver al enemigo abatirse sobre nosotros con toda la ventaja de la posición cuando, en vez de esto, vimos llegar a un parlamentario quien a nombre de San Román, pidió hablar con el general. Nieto, olvidando su dignidad, quería aturdidamente aceptar de inmediato esta invitación. El monje se opuso y también los demás. Para cortar por lo sano la discusión dije: "Como jefe de Estado Mayor, a mí me toca ir". Y, sin esperar respuesta, dirigí mi caballo hacia donde se hallaba el parlamentario. Éste me anunció que San Román deseaba hablar con el general en persona. No pudiendo obtener de él otras palabras regresé y dije al general:

—Si quiere usted creerme, por toda conversación les enviaremos balas. Esas frases se comprenden siempre. El imbécil de Nieto no tuvo en cuenta mi opinión. Quiso hacerse el bueno, el generoso, ver a su antiguo camarada y a sus hermanos del Cuzco. El monje rechinaba los dientes y echaba espumarajos de rabia; pero le fue preciso ceder ante el hombre de quien pensaba servirse como de instrumento, cuando lo hizo nombrar. Nieto le impuso silencio con estas palabras: "Señor Valdivia, el único jefe aquí soy yo". El padre enojado le lanzó una mirada que decía a las claras: "Cuando pueda ahorcarte no dejaré de hacerlo". Sin embargo, no queriendo abandonar la partida, se resignó a seguir al sensible Nieto. Actualmente están en conferencia con el enemigo, asistidos por dos periodistas, Quirós y Ros.[83] Pero ahora estoy ya repuesto, algo lim-

[83] Nieto no llevó consigo a Valdivia ni a dos periodistas a su conferencia con San Román, como repite Flora. Asistieron a ella Manuel Ros, que era militar y muy amigo de San Román y J. Félix Iguaín. La conferencia duró como tres cuartos de hora. Ver Memorias sobre las Revoluciones de Arequipa p. J. G. Valdivia, p. 63. (N. de la T.)

pio y regreso al campamento donde voy a dormir hasta que vengan a decirme si hay que batirse o abrazarse.

La nueva que nos dio Althaus se propaló rápidamente por la ciudad y llegó hasta los conventos. Se creyó que la entrevista de los dos jefes traería la paz. Esta esperanza era ya una felicidad para todos. Los arequipeños son esencialmente perezosos. Las crueles agitaciones soportadas durante un día y una noche habían agotado sus fuerzas y acogieron con complacencia la ocasión de reponerse. Al tener un momento de tregua cerraron los ojos al porvenir y carecieron de energía para intervenir en su propia causa. Cada uno de ellos sólo pensó en los pequeños goces de que se había privado durante veinticuatro horas: éste pensaba en su chocolate, aquél en renovar su provisión de cigarrillos, todos buscaban algún sitio en los conventos o en las iglesias para acurrucarse a descansar. Yo también me sentí fatigada. Las emociones tan fuertes como nuevas que me habían agitado desde la víspera me hacía sentir igualmente la necesidad de un reposo al que no tenía ningún deseo de resistir. Me acosté después de haber dado a mi zamba la orden de despertarme sólo cuando los enemigos estuviesen en el patio. Era el jueves 3 de abril.

Como a las seis de la tarde estaba yo todavía profundamente dormida cuando Manuel y mi tío entraron:

—Y bien, dijo mi tío, ¿qué noticias nos traes?

—Nada positivo. El general permaneció con San Román desde las cinco de la mañana hasta las tres de la tarde. Pero cuando regresó no dijo nada sobre esta larga conferencia, sino que pensaba que todo se arreglaría. Hemos sabido por un ayudante que la entrevista de ambos jefes fue muy conmovedora. Lloraron mucho por las desgracias de la patria y por la pérdida del oficial Montenegro cuyo cuerpo rodearon y juraron sobre su cadáver unión y fraternidad. En fin, todo el día se pasó en recitar por una y otra parte hermosas frases. Los gamarristas se hacen los tontos y son dulces como corderos. Mientras tanto Nieto, más sensible que nunca, ha permitido a San Román que envíe a sus hombres y caballos a beber a la fuente del Agua Salada. Les ha hecho hasta llevar víveres[84] y trata a San Román y a su ejército como a hermanos.

[84] Según Valdivia, Nieto envió a San Román doce cargas de pan, arroz, galleta, vino, chocolate, azúcar y té, de los víveres que tenían dispuestos para un caso de retirada. Ver Valdivia, op. cit., p. 63. (N. de la T.)

Manuel me invitó a visitar el campamento. Mi tío quiso acompañarme y fuimos todos. Encontré las chicherías y la casa de Menao completamente destruidas y el campamento en el mayor desorden. Al ver el aspecto de esos lugares se habría creído que los ocupaban los enemigos. Los campos de maíz estaban destrozados. Los pobres campesinos se habían visto obligados a huir y sus chozas estaban llenas de rabonas. En el Estado Mayor vi a los guapos oficiales de ordinario tan elegantes, sucios, con los ojos enrojecidos y la voz ronca. La mayoría de ellos dormían tendidos en el suelo, así como los soldados. El cuartel de las rabonas era el que más había sufrido. La artillería de Morán lo había alcanzado en la confusión y había derribado todo. Tres de estas mujeres habían muerto y siete u ocho estaban gravemente heridas. No encontré al general ni a Valdivia: ambos dormían.

A nuestro regreso mi tío me dijo:

—Florita, auguro males a todo esto. Conozco a los gamarristas, no son gentes capaces de ceder. Hay con San Román hombres de mérito. Nieto no es capaz de luchar en astucia con ellos. Bajo las apariencias de cordialidad, me engaño si no se oculta una trampa.

Al día siguiente Nieto fue de nuevo a ver a San Román. Le hizo llevar vino, jamones y pan para sus tropas. Todo el mundo esperaba, a las doce, la publicación de un bando en el cual el general diera cuenta al ejército y al pueblo del resultado de las conferencias sostenidas desde hacía dos días con el enemigo. Era más de las dos de la tarde y no apareció ningún bando. Entonces se comenzó a gritar contra este hombre nombrado por el pueblo comandante general del departamento, quien desde hacía tres meses disponía a su agrado de la fortuna, de la libertad y de la vida de los ciudadanos y respondía a tal confianza dándose aires de presidente o más bien de dictador.

Esta conducta llevó al colmo la exasperación contra Nieto. Una población de treinta mil almas, obligada a abandonar sus ocupaciones y sus costumbres para agazaparse en los monasterios y las iglesias, estaba impaciente por saber a qué atenerse. No podía soportar por más tiempo la situación a que la habían reducido. El pequeño número de personas que permanecieron en sus casas, como nosotros lo habíamos hecho, estaba en la situación más incómoda. Con todo escondido en los conventos nos hallábamos pri-

vados de ropa, de cubiertos, de sillas y hasta de camas. Pero si nosotros sufríamos estas privaciones, los millares de desgraciados hacinados confusamente en los monasterios sufrían más todavía. Les faltaba los vestidos y las cosas más indispensables para la preparación de los alimentos. Hombres, mujeres, niños y esclavos se veían obligados a estar juntos en un reducido espacio. Su situación era intolerable.

Fuera de estos verdaderos sufrimientos, ese pueblo soportaba una efectiva tortura moral al no saber por cuál de los beligerantes debía pronunciarse y al ignorar el nombre de aquél a quien el destino ofrecía su incienso y el del infortunado a quien debía abrumar con sus ultrajes y sus maldiciones. Como no podía prever cuál de los dos jefes había de triunfar, era menester esperar. Y esperar sin poder hablar era un cruel suplicio para ese pueblo hablador.

Como a las tres circuló en la ciudad el rumor de que todo estaba arreglado. San Román reconocía a Orbegoso como legítimo Presidente, había fraternizado con sus hermanos de Arequipa y su entrada quedaba postergada hasta el domingo siguiente para poder oír la misa de fiesta en acción de gracias. La población estuvo encantada al recibir esta noticia. Mas esta alegría fue, ¡ay!, de corta duración. A las cinco fue un ayudante de parte de Althaus a anunciarnos que las negociaciones entre ambos jefes quedaban rotas y que él mismo vendría por la tarde a referirnos todo el asunto. Al conocer este resultado el pueblo, cuya indignación estaba comprimida por el miedo, cayó en una especie de estupor: quedó como petrificado.[85]

Nos hallábamos reunidos en el gabinete de mi tío. No sabíamos, después de tantas noticias contradictorias, el sesgo que iban a tomar los acontecimientos y esperábamos a Althaus con viva ansiedad cuando el desgraciado general pasó, seguido por el monje y por algunos otros. Me asomé a la ventana y le dije:

[85] Valdivia en sus Memorias... pasa como sobre ascuas al relatar este incidente. Gran amigo de Nieto —pese a lo que cuente Flora— se ve a las claras que no quiere dar importancia al error cometido por este general. Parece que, en efecto, San Román ofreció mañosamente reconocer a Orbegoso con el fin de conseguir víveres. Según Valdivia, Nieto dijo al coronel Anselmo Quiroz que lo interrogaba al respecto: "Hemos hecho un acuerdo con San Román, bajo la palabra de honor. Reconoce al presidente Orbegoso y le he ofrecido garantías para él y sus compañeros". Y añade Valdivia: "Quiroz, al oír esto, se tiró fuertemente los bigotes, volvió atrás y montó a caballo, diciendo en voz fuerte y airada: 'Esto no hace un sargento'". Valdivia, op. cit., p. 64. (N. de la T.)

—General, ¿tendría usted la bondad de decirnos si decididamente tendrá lugar la batalla?

—Sí, señorita, mañana al amanecer. Esto es positivo.

Asombrada por el tono de su voz, le tuve lástima. Mientras hablaba con mi tío lo examinaba con atención: todo en él revelaba un dolor moral llevado al más alto grado. Su ser estaba íntegramente afectado. Sus miradas esquivas, las venas de la frente tendidas como cuerdas, sus músculos crispados y sus facciones descompuestas manifestaban a las claras que el desgraciado aturdido acababa de ser engañado de una manera indigna. Apenas podía sostenerse en la montura. Gruesas gotas de sudor le corrían a lo largo de las sienes. Su voz tenía un timbre tan desgarrador que hacía sufrir al oírla. Sus manos parecían triturar las riendas de su caballo. Lo creí loco... No se detuvieron sino breves minutos. Cuando se alejaron me dijo mi tío:

—Pero, Florita, ese pobre general está enfermo. No podrá mandar mañana.

—Tío, la batalla está perdida. Este hombre no está en su razón. Sus miembros le niegan sus servicios. Es absolutamente preciso reemplazarlo, de otra manera mañana coronará todas sus necedades.

Dejándome entonces arrastrar del impulso de mi alma, supliqué a mi tío que fuese a buscar al prefecto, al alcalde y a los jefes del ejército, les hiciese contemplar la posición crítica en la cual Nieto los había puesto y los indujese a reunirse en asamblea para retirar a Nieto de la dirección y nombrar a otro general en lugar suyo.[86]

Mi tío me contempló espantado y me preguntó a mi vez si no me había vuelto loca al proponerle que se comprometiese con un acto de esta naturaleza. ¡Y hombres semejantes quieren formar una

[86] La figura del entonces general Domingo Nieto tiene un significado mucho más valioso que el que le atribuye Flora Tristán. Su devoción a las causas que simbolizaron los principios constitucionales dio lugar a que se le llamara "el Quijote de la ley". Su afición a los héroes democráticos de la época clásica originó, por parte de sus enemigos, otro sobrenombre en la campaña de 1843, cuando ya tenía el más alto rango de la jerarquía militar: "el Mariscal grecorromano". Pese a los defectos que pudo tener fue sincero, honrado, idealista. Acerca de su vida pueden consultarse el estudio que le dedicó Attilio R. Minutto, que incluye el texto de su testamento, bello documento de romanticismo político, y la obra de Pedro Ruiz Bravo, El Mariscal de Agua Santa. (N. de la T.)

república!... Todavía hablábamos sobre este tema cuando llegó Althaus.

—Florita, tiene razón. Su deber, don Pío, es reunir al instante a los principales vecinos de la ciudad para que esta misma tarde le quiten el mando a Nieto. Que se nombre a cualquiera, a Morán, a Carrillo, al monje, a usted pero, ¡por Waterloo!, que ese animal no se meta ya en nada, sin eso la batalla está perdida. Nieto no es un mal hombre, pero su debilidad y su sensiblería han hecho más daño que el que podría causar su maldad. Hoy aprecia las consecuencias de las faltas cometidas y su débil inteligencia se ha espantado a tal punto que se ha vuelto loco. Yo estoy seguro de que está loco. Todos sus actos lo prueban.

Mi tío no se atrevía a decir una palabra. Temía la franqueza de Althaus y la mía. Al vernos hablar en alta voz delante de veinte personas, y siempre preocupado por el temor de comprometerse, tomó el partido de hacerse el enfermo y se fue a acostar. Mi tía hizo otro tanto y yo me quedé sola en la casa.

Althaus me dijo que todo el ejército estaba indignado contra el general y que se hablaba en el campamento de arrancarle las charreteras.

—Primo, cuénteme todo lo que ha ocurrido.

—He aquí el asunto en dos palabras: San Román no tenía víveres. Halagó a Nieto para obtenerlos, le prometió reconocer a Orbegoso y nuestro crédulo general prestó fe a unas promesas dictadas por la necesidad. Por fin regresó Nieto. Estábamos todos impacientes por la espera. Morán le preguntó: "Decididamente general, ¿nos batiremos? ¿Hay que prepararse para esta tarde?". "Para mañana, señor, a la salida del sol". Traía consigo a tres oficiales de San Román. Los ha hecho detener y esta tarde quiere hacerlos fusilar. Le repito, ese hombre está loco... Sería urgente quitarle el mando. Pero la elección de otro jefe es algo muy difícil y ¿cómo proceder a esta nominación? Usted ve, todos los ciudadanos que deberían morir por la patria están ocultos en los conventos. Su tío se mete en cama. Los Goyeneche, los Gamio, etc., se contentan con llorar. Pues bien, le pregunto: ¿qué diablos se puede hacer con un pueblo de cobardes? Yo miro como cosa cierta que perderemos la batalla y me contraria esto porque detesto a ese Gamarra.

Althaus me apretó la mano, me tranquilizó sobre su suerte diciéndome:

—No tema nada por mí, los peruanos saben correr, pero no matar. Y regresó al campamento.

Me desperté al alba cuando llegó un viejo chacarero quien vino a decirnos de parte de Althaus que San Román, aprovechando la noche, había abandonado su posición para retirarse a Cangallo y Nieto se había lanzado a perseguirlo con todo el ejército seguido hasta por las rabonas.

Cuando se hizo de día subí a lo alto de la casa y no vi en la llanura vestigio alguno de campamento. Al fin habían partido para batirse.

De nuevo la multitud cubría las cúpulas de las iglesias y de los conventos. Pero no era ya esa reunión de seres que formaban uno solo por el sentimiento que lo animaba y cuyo silencio, la antevíspera, me había causado estupor. Un ruido sordo, confuso, brotaba de esas masas colosales y el movimiento continuo que las agitaba parecía el tumulto de las olas en un mar irritado. Oía las conversaciones de la torre de Santo Domingo. Todos hacían conjeturas. Se suscitaban discusiones que acababan por convertirse en disputas pues la irritación de todos causada por tan largos sufrimientos les hacía ásperos, porfiados, insociables. Además, eran presa de las más crueles inquietudes y la ansiedad redoblada por una larga espera se convertía en suplicio intolerable. Se impacientaban al no ver nada y el calor de un sol ardiente exasperaba aún más esta impaciencia. Los frailes eran los únicos que trataban de alegrar a la multitud. El uno hacía una mala pasada a una zamba bonita. El otro hacía caer a un negrito con riesgo de matarlo. Todas esas gentilezas provocaban las risas ruidosas del populacho y eran un insulto a las angustias de los seres que temían por la suerte de un hijo, de un amante o de un hermano.

A las nueve el cañón se dejó oír. Los cañonazos se repitieron con una espantosa rapidez. El más profundo silencio reinó entonces entre toda aquella multitud. Era el condenado en presencia del cadalso. Al cabo de media hora distinguimos una nube de humo que se elevaba detrás de la Apacheta. El pueblo de Cangallo se encontraba al pie de aquella montaña y supusimos que el combate se libraba allí. Hacia las once aparecieron muchos soldados en la

plataforma de la Apacheta. Apenas había transcurrido media hora cuando desaparecieron detrás de la montaña y no vimos sino algunos hombres dispersos, unos a pie, otros a caballo. Con ayuda del excelente anteojo de larga vista del viejo Hurtado yo distinguía perfectamente a muchos de estos desgraciados que estaban heridos: uno trataba de sentarse para vendarse el brazo con el pañuelo; otro se amarraba la cabeza; aquél estaba echado de lado sobre su caballo; todos descendían el camino estrecho y difícil de la montaña.

Por fin, a las doce y media los arequipeños tuvieron la convicción de su desastre. El espectáculo de una derrota, magnífica como la tempestad, espantosa como ella, se ofreció a nuestras miradas. Yo había asistido a las jornadas de julio de 1830, pero entonces me hallaba exaltada por el heroísmo del pueblo y no pensaba en el peligro. En Arequipa no vi sino las desgracias que amenazaban a la ciudad.

Los dragones de Carrillo, bien montados, llevando la bandera del Perú en la punta de sus lanzas, aparecieron de improviso en la cima de la Apacheta. Se precipitaron desde lo alto de la montaña al galope de sus caballos en el más grande desorden que el miedo podía provocar. Tras de ellos venían los *chacareros* montados sobre mulas y asnos. Enseguida los hombres de infantería corrían entre los caballos y las mulas, arrojaban sus fusiles y bagajes para estar más ágiles. Por fin, la artillería a lo último protegía la retirada. Todo esto seguido por las desgraciadas rabonas que llevaban sobre sus espaldas a uno o dos niños y empujaban al propio tiempo las mulas cargadas, los bueyes y los carneros que Nieto había querido que acompañasen al ejército.

A su vista la ciudad lanzó un grito, ¡grito horrible, grito de terror que todavía resuena en mi alma! En el mismo instante desapareció la multitud. Las cúpulas no presentaron ya sino sus masas inertes. El silencio reinó en todas partes y la lúgubre campana de la catedral se dejó oír. ¡Aquí no sé cómo expresarme, pues siento cuán impotentes son las palabras para reproducir semejantes escenas de desolación! ¡Todo lo que la aflicción de madre y amante, de hija y de hermana, tiene de más desgarrador lo sintieron las mujeres de Arequipa. En el primer momento estuvieron como heridas por el rayo con esta calamidad. Abrumadas por el dolor to-

das cayeron de hinojos, levantaron las manos temblorosas, los ojos bañados en lágrimas y oraron...

Me había quedado sola en la casa y sin distinguir nada miraba siempre en dirección de la Apacheta que una nube de polvo ocultaba a mi vista, cuando sentí que me tiraban del vestido. Al voltearme vi a mi zamba mostrándome con el dedo los patios de mi tío y del señor Hurtado y me hizo signo de ponerme de rodillas. Obedecí a la esclava y me arrodillé. Vi en el patio de la casa a mi tía Joaquina, a las tres señoritas Cuello que tenían a su hermano entre los dragones de Carrillo y a siete u ocho mujeres postradas en oración. El patio del viejo Hurtado me ofrecía el mismo espectáculo. Yo no oré por aquéllos a quienes la batalla había libertado de la vida, sino por ese desgraciado país donde se encuentran tantos hombres codiciosos, de tan atroz perversidad que, con pretextos políticos, provocan de continuo las disensiones a fin de tener en la guerra civil ocasión de saquear a sus conciudadanos. Cuando terminó esta piadosa invocación dirigí mis miradas hacia la Apacheta. La nube de polvo se había disipado. El camino desierto había readquirido su tristeza habitual.

Hacia la una y media comenzaron a llegar los heridos. ¡Ah! Fueron escenas desgarradoras. Se reunieron en el ángulo de nuestra casa más de cien mujeres. Esperaban el paso de estos desgraciados, atormentadas por el temor de reconocer entre ellos a sus hijos, a sus maridos o hermanos. La vista de cada herido provocaba entre ellas tal exceso de desesperación que sus gemidos y sus atroces angustias me torturaban. ¡Lo que sufrí aquel día fue algo espantoso!...

Estábamos inquietos por Althaus, por Manuel, por Crevoisier, Cuello y otros. No imaginábamos por qué el general no venía a ocupar la ciudad para defenderla como habían decidido que se haría en caso de un revés. Hacía más de una hora que había tenido lugar la derrota y se esperaba a cada instante ver llegar al enemigo. Cuello llegó moribundo. El infortunado había recibido un balazo en la cadera. La sangre le manaba desde hacía tres horas. Se le condujo al hospital. Yo fui a ayudar a sus hermanas a instalarlo lo mejor posible.

¡Daba pena ver el patio de este hospital! Ninguno de los conventos de Arequipa comprende que la religión predicada por Je-

sucristo consiste en servir al prójimo. Esta abnegación por el sufrimiento que sólo una religión verdadera inspira no se muestra en parte alguna. No hay una sola hermana de caridad para cuidar a los enfermos y son indios viejos los encargados de hacerlo. Esos hombres venden sus servicios y no se puede esperar de ellos ningún celo. Hacen esto como cualquiera otra cosa, tratando de aligerar la tarea y de escapar a la vigilancia. Los heridos transportados al hospital eran colocados en el suelo sin ningún cuidado. Los desgraciados, muertos de sed, lanzaban débiles y lamentables gemidos. El ejército no tenía organizados servicios de ambulancia y los médicos de la ciudad eran insuficientes para este aumento de trabajo. Un gran desorden reinaba en este hospicio. Los empleados se apresuraban, pero, poco habituados a sus funciones, mientras más prisa se daban menos hacían. Les faltaba las cosas más precisas, como ropa, hilas, etc. Los sufrimientos de estos militares heridos eran mayores por el temor al enemigo, pues de ordinario el vencedor en este país no da cuartel a los prisioneros y mata a los heridos en los hospitales. Pudimos encontrar una cama para este pobre Cuello en una pequeña pieza oscura donde se hallaban ya otros dos desventurados cuyas quejas eran desgarradoras. Abandoné este antro de dolor dejando cerca del herido a su hermana quien lo amaba tiernamente y tomó el mayor cuidado por él.

Mi fuerza moral no me abandonó un solo instante en esta terrible jornada. Sin embargo, los sufrimientos que acababa de presenciar trastornaron todo mi ser. Sentía los males de aquellos infortunados, deploraba mi insuficiencia para consolarlos y maldecía la atroz locura de la guerra. Cuando entré en casa de mi tío distinguí a Manuel que llegaba a toda velocidad. Lo rodeamos impacientes por tener noticias. Ni Althaus ni ninguno de los otros oficiales estaban heridos, pero ambos partidos habían perdido mucha gente. Manuel nos comunicó que la intención del general era abandonar la ciudad a causa de la imposibilidad de defenderla contra el enemigo. Nieto lo enviaba para clavar los cañones del puente y echar al río el resto de las municiones.

Nos dijo todo esto en cinco minutos y me encargó arreglar cuanto antes los efectos de Althaus para que éste encontrase todo listo para la fuga. Corrí inmediatamente a casa de Althaus. Con ayuda

de su negro, a quien casi me vi obligada a golpear para que me sirviera; hice cargar una mula con una cama y una maleta llena de sus efectos personales. Mi zamba, acompañada por otro negro de mi tío, condujeron por delante la mula y al esclavo indócil a fin de evitarle a Althaus las molestias de la salida de la ciudad. Hecho esto me ocupé en hacer preparar té y alimentos pensando que mi pobre primo debía sentir el imperioso deseo de tomar algún refrigerio. Oí un gran ruido de caballos. Corrí a la puerta. Era el general seguido por todos sus oficiales que atravesaban la ciudad a galope. El ejército venía más atrás. Mi primo entró. Le había hecho preparar un caballo de repuesto. Al verlo saltó del suyo, vino hacia mí, me tomó de la mano y me dijo:

—Gracias, buena Flora, gracias. ¿Han preparado mis efectos?

—La mula ya salió, pero sería bueno que sus dos ayudantes fuesen a reunirse a ella, pues su maldito negro se niega a seguirlo a usted.

—¿Tiene usted algo que dar de beber a estos señores? Se caen de fatiga.

Les di vino de Burdeos. Cada uno tomó dos botellas y llené sus bolsillos de azúcar, chocolate, pan y todo cuanto encontré en la casa. Dimos también vino a los caballos y cuando jinetes y cabalgaduras se refrescaron un poco, se marcharon.

Althaus no podía ya hablar, a tal punto se había visto forzado a dar órdenes. Bebiendo el té a toda velocidad me refirió en dos palabras que esta vez habían sido los dragones de Carrillo quienes habían hecho perder la batalla. Se habían equivocado en sus maniobras y habían disparado sobre la artillería de Morán creyendo hacerlo sobre el enemigo.

—Le repito, Florita, mientras estos necios se nieguen a aprender la táctica militar no harán sino disparates. Ahora el general no quiere defender la ciudad. No sé qué pánico se ha apoderado de él. No piensa sino en huir y no ha adoptado ningún plan. Al llegar a casa de Menao hemos tenido mucho trabajo en persuadirlo de que era preciso, por lo menos, dar tiempo a la tropa para reunirse. Por esta causa hemos tenido un gran número de fugitivos. Cuando regresamos a las *chicherías* hicimos esfuerzos inauditos para reunir a estos fugitivos, pero sin éxito. Esos cobardes bribones, ayudados por las rabonas, creo que se ocultan bajo tierra

como topos. Lo que me admira, prima, es la lentitud que emplean los enemigos en llegar. No comprendo nada...

Manuel entró en el patio.

—Vengo a buscarlo, le dijo a Althaus. Todo el mundo se va. El monje ha cargado el resto de la caja de caudales en su caballo. El general ha ido a abrazar a su mujer que ha dado a luz esta noche. Yo acabo de estrechar a mi pobre madre entre mis brazos. Vamos, primo, sólo esperan a usted.

Althaus me apretó con fuerza contra su pecho y al abrazarme me recomendó su esposa y sus hijos. Abracé a mi querido Manuel y ambos se alejaron rápidamente.

Cuando regresé la calle de Santo Domingo se hallaba desierta. Vi a mi paso todas las casas defendidas cuidadosamente con barricadas. La ciudad parecía gozar de tranquilidad absoluta. Pero la sangre enrojecía el pavimento de las calles y esos restos de muerte, esa soledad, demostraban en forma muy expresiva las calamidades con que la ciudad acababa de ser golpeada y las que se temían aún.

Conté en casa de mi tío todo lo que Althaus y Manuel me habían referido. Todas las personas allí reunidas se indignaron contra el general, pero ninguno tomó la iniciativa para adoptar alguna medida.

A las cinco subí a lo alto de la casa. Sólo vi una inmensa nube de polvo que dejaban tras sí los dragones de Carrillo al huir a través del desierto. Se dirigían hacia Islay en donde pensaban encontrar dos navíos para ponerse fuera del alcance de la persecución de San Román. Permanecí largo tiempo sentada en el mismo sitio de la mañana. ¡Cómo había cambiado de aspecto la ciudad! Un silencio de muerte la envolvía entonces. Todos los habitantes estaban en oración, como resignados a dejarse masacrar sin oponer la menor resistencia.

Mi tío me rogó que bajase para ir a la iglesia de Santo Domingo donde se encaminaban todas las personas de la casa. Pensé por primera vez en que no había comido en todo el día. Tomé una taza de chocolate, cogí mi abrigo y me dirigí a la iglesia.

A cada momento se preguntaba a las personas que se hallaban de vigías en las torres si veían algo por el lado de la Apacheta. Respondían siempre: nada, absolutamente nada. Por fin, a las sie-

te se presentaron tres indios a la puerta del convento. Anunciaron que los enemigos estaban en las chicherías, pero que San Román no quería entrar, salvo que las autoridades de la ciudad se lo rogasen. Al oír esta nueva se elevó un gran rumor en el convento de Santo Domingo. El prefecto y todas las autoridades de la ciudad se habían refugiado en este monasterio. Pretendieron que era a los reverendos padres a quienes correspondía cumplir esta comisión completamente pacífica. Los monjes, que no brillan por su valor, protestaron contra esta idea y hubo una discusión acalorada. Fui yo, en cierta manera, quien determinó a los monjes a encargarse de esta misión. Sabía que ellos eran furiosos gamarristas, hablé al prior, a don José, al capellán de mi tío, en una palabra, lo hice tan bien, que se decidieron. Cuatro o cinco empleados de la alcaldía se unieron a ellos. Partieron y una hora más tarde, los vimos regresar a la cabeza de dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería. Así, pues, vencían los gamarristas. El sábado 5 de abril, a las once de la noche, tomaron posesión de la ciudad de Arequipa.

Cuando el prior y los monjes entraron en el convento nos refirieron lo que habían podido averiguar.

—Hermanos míos, dijo el buen prior, les confieso que no estoy sin inquietudes. Ustedes saben que comprendo bastante bien el quechua. Todo lo que he oído en la conversación de estos indios me prueba que tienen muy malas intenciones. Lo que hay de más terrible es que están sin jefes. No puedo explicarme por qué. Hemos encontrado en la casa de Menao a unos sesenta hombres de a caballo que tenían por jefe a un simple portabandera y a ciento cincuenta hombres de infantería mandados por dos suboficiales. Les hemos conducido a la alcaldía de donde uno de los empleados los ha enviado a los cuarteles. Les he oído murmurar en su lengua. Muchos de ellos decían: "Pero nos habían prometido el saqueo de la ciudad...". Hermanos, continuó el prior, les repito que estoy muy inquieto y no les ocultaré que la presencia de ustedes aquí redobla mis inquietudes. Se sabe que ustedes han traído a nuestros conventos todo cuanto tienen de más precioso y, necesariamente, si esos soldados roban, vendrán a las iglesias.

A estas palabras todos los asistentes lanzaron un grito de espanto. El padre Diego Cabero, el cerebro de la comunidad, hom-

bre de espíritu y de talento, pero de carácter áspero y altanero y, según decían, muy malo, tomó la palabra para dirigir los más vivos reproches al prior.

—Y bien, padre prior, usted conviene entonces en que tenía yo razón cuando no cesaba de repetirle desde el principio de estos asuntos que su bondad excesiva y su cobarde debilidad traerían sobre nuestro santo monasterio calamidades de las cuales responderá usted delante de Dios. A pesar de mis exhortaciones usted ha recibido aquí las riquezas de estas gentes y su condescendencia será causa de que todos seamos degollados.

—Hermano Diego, decía el buen prior, nuestro deber es prestar auxilio a los habitantes, socorrerlos en la necesidad y al consentir en darles refugio y proteger sus bienes no he hecho sino lo que la caridad me ordena hacer en estos terribles momentos.

—Prior, la conservación del templo de Dios debe pesar antes que toda otra consideración. Por lo demás, el espectáculo que ofrecen los claustros y las iglesias es un verdadero escándalo. Las mujeres duermen allí con sus maridos, los niños hacen suciedades; nunca, en ningún tiempo, en ninguna circunstancia, he visto al pueblo hacerse culpable de semejantes ultrajes hacia nuestra santa religión.

—Hermano Diego, ese escándalo me aflige y más que a usted. Mas para evitarlo sería preciso que nuestro convento renunciase a ofrecer al infortunio el asilo del santuario y perdiese el más hermoso de sus privilegios y con él todo su poder.

—Padre prior, su ignorancia de los asuntos políticos lo hace cometer graves errores. ¿Qué habla usted de asilo? ¿No ve usted, pues, en la manera cómo Nieto nos ha tratado desde hace tres meses, que nuestra autoridad no tiene ya ningún poder? ¡Cómo! ¿No ha tenido este impío la desvergüenza de arrojarnos de nuestro convento para acuartelar en él a sus soldados?[87] ¡Y usted lo ha soportado! ¡Y así lo han hecho los priores de las otras comunidades! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Tu templo mancillado! ¡Tus sacerdotes arro-

[87] Nieto, a quien faltaba sitio para acuartelar sus tropas, ocupó los conventos de hombres y los monjes se vieron obligados a abandonarlos. Esta medida fue para estos religiosos menos vejatoria de lo que se puede imaginar, pues los monjes de Arequipa vivían todos con sus familias. Entre ellos, sólo los pobres ocupaban sus celdas. (N. de la A.)

jados, humillados y ninguno de ellos se atreve a elevar la voz en defensa de tu causa!

Mi tío y otras personas tomaron el partido del prior. Algunos monjes se pusieron de lado del hermano Diego. Pronto la discusión se trocó en disputa y se llegaron hasta a injuriar con los términos más insultantes. La multitud los había rodeado, la disputa cautivaba la atención de todos y el rumor era general.

—¡Santísima Virgen!, exclamaba éste, ¿hemos llegado a los tiempos en que debemos ser muertos hasta en las iglesias?

—Yo te lo había prevenido, decía aquél a su esposa, que nos exponías mucho más trayéndonos a esta iglesia. Me arrepiento mucho, ahora, de haber abandonado mi casa.

—Pero ¿desde cuándo roban en las iglesias? Crees tú...

—¡Creo todo posible!... Por lo demás el siglo de los conventos ya pasó. Los soldados de San Román vendrán a robar acá porque saben que hay plata y la plata es lo único digno que ellos conocen.

Todos eran presa de las más crueles inquietudes. Se formaron grupos numerosos entre los que se provocaban interminables discusiones. Las familias se dividían. Los unos querían regresar a sus casas, pensando que estarían con mayor seguridad en ellas, en tanto que los otros persistían en quedarse en el claustro.

Aproveché del altercado entre el prior y el padre Diego para salir de ese convento pues me espantaba el verme condenada a pasar allí la noche. Había tantas pulgas como en Islay y era demasiado desagradable permanecer en medio de personas que venían a hablarle a uno con sus vasos de noche bajo el brazo.[88] Me dirigí al monje Mariano, hermano del padre Cabero y le hice entender que sería más conveniente, después de la disputa habida, que él y su hermano se retirasen a sus casas y si sus hermanas consentían en acompañarlos yo les pediría asilo. Los dos monjes, después de algunas vacilaciones, aceptaron mi propuesta y me ayudaron a que decidieran sus hermanas. Salí entonces con ellos a fin de reconocer la calle y abrir la puerta de su casa que está situada al lado de la iglesia. Al no ver a nadie fuera el hermano Diego fue en busca de las señoras y una vez que entraron se cerró la puerta con barricadas. Nos reunimos todos en la pieza del fondo de la casa. En muchas ocasiones algunos soldados golpearon la puerta de la calle con

[88] He dicho ya que estos bacines eran de plata. (N. de la A.)

la culata de sus fusiles. Las pobres señoras temblaban de miedo y los dos monjes no llegaban a tranquilizarlas.

A las doce de la noche sentí tal necesidad de dormir que hubiese sido vano intento resistir. No había camas, me arrojé sobre un mal colchón de paja y dormí profundamente hasta el día siguiente a las ocho.

—V—
Una tentación

Al despertar encontré a la gente que me rodeaba presa de gran emoción. Algunos soldados, decían, habían recorrido la ciudad durante la noche robando a los que encontraban y dos personas habían sido muertas.

Era día domingo. A las nueve, como las señoras Cabero no deseaban perder la misa, salimos acompañadas por los dos monjes. ¡Qué espectáculo tan repugnante presentaba la iglesia! El hermano Diego tenía razón. ¡Esa aglomeración de hombres, de mujeres, de niños y hasta de perros, ese hacinamiento de lechos, de cocinas, de vasos de noche, esa nube de humo, todo era verdaderamente escandaloso! Se cantaba la misa en un rincón, se comía y fumaba en otro. Fui a ver a mi tío y a mi tía quienes estaban instalados en la celda del prior con siete u ocho personas más. No pude decidirles a regresar a casa. Mi tío se arredraba ante la idea del saqueo. Como yo no sentía ningún temor regresé sola y me puse a escribir los acontecimientos de los tres días que acababan de transcurrir. Por la tarde mi tío insistió en quedarse en el convento. Pasé la noche en la casa sin más compañía que la de mi zamba. Esta muchacha me decía: "Señorita, no tema usted nada, si los soldados o las rabonas vienen a robar, yo soy india como ellas, su lenguaje es el mío. Les diré: mi ama no es española, es francesa, no le hagan daño. Estoy segura de que entonces no le harán nada porque ellos no atacan sino a sus enemigos". Así se expresaba una esclava[89] de quince años. Pero, a ninguna edad la esclava ha ama-

[89] Esta muchacha pertenecía a mi tía. (N. de la A.)

do a sus amos por dulces que éstos sean. El segundo día estaba todavía sola cuando dos oficiales vinieron a hablar con el señor don Pío. No quise confesarles que mi tío se había escondido. Les hice entrar en mis habitaciones, les dije que don Pío estaba ausente y les pregunté lo que deseaban para él.

—Señorita, deseamos que su señor tío, como uno de los notables del país, venga a hablar con el coronel Escudero que reemplaza en el mando a San Román, muerto en la batalla. Somos los vencedores y los arequipeños abusan de nuestra moderación al continuar tratándonos como a enemigos. Desde nuestra entrada en la ciudad todas las casas están cerradas, nuestras tropas están sin pan, nuestros heridos abandonados moribundos en el campo de batalla, mientras todos los habitantes se obstinan en permanecer en los conventos como si viniésemos aquí para matarlos. Usted es la primera persona a quien podemos comunicar nuestras necesidades. Pero usted comprende, señorita, que este estado de cosas no puede prolongarse por más tiempo.

Hablé largo rato con estos señores y me parecieron muy moderados. Cuando salieron corrí a Santo Domingo a prevenir a mi tío y a las personas refugiadas allí. En cuanto se supo que San Román había muerto y que el coronel Escudero mandaba en su lugar los espíritus comenzaron a tranquilizarse. Este último era conocido y muy querido en Arequipa. Casi todos salieron del convento para regresar a sus casas y mi tío fue enseguida a hablar con Escudero.

Cuando regresó me dijo:

—Estamos salvados. Yo personalmente no tengo ya nada que temer. Escudero me debe mucho y me guarda mucha consideración. La muerte de San Román ha dejado al ejército sin jefe ¿creerá usted que me ha propuesto hacerme nombrar?

—¿Aceptaría usted?

—¡Oh! Me cuidaré muy bien de hacerlo. En semejantes crisis hay que mantenerse apartado. Cuando más tarde esté todo tranquilo trataré de colocarme en un puesto a mi gusto. No quiero ya comando militar. Estoy demasiado viejo.

—Me parece, tío, que justamente en las crisis difíciles es cuando los hombres como usted deberían ofrecer el concurso de su talento y de su experiencia.

—Florita, es una suerte para usted no ser personaje político, su abnegación la perdería. Lejos de ofrecer mis servicios a estos ignorantes quiero dejarlos engolfarse en los obstáculos y las dificultades. Mientras más los tengan sentirán mayor necesidad de llamarme a su lado. Los veré venir a rogarme, a suplicarme y entonces pondré condiciones.

Miré a mi tío y no pude sino pensar: ¡Pobres peruanos!

En esta circunstancia don Pío fue también a ofrecer a Escudero un préstamo de 2 000 pesos, animó a los Goyeneche, a Ugarte y a otros a seguir su ejemplo. El obispo ofreció 4 000 pesos, su hermano y su hermana 2 000 pesos cada uno y los demás dieron en proporción.

El tercer día Escudero hizo publicar un bando en el cual prescribía abrir las puertas de todas las casas en el plazo de tres horas y dejarlas abiertas como de costumbre[90] y advertía que las que permaneciesen cerradas serían derribadas por los soldados. Esta ordenanza obligó a los que todavía quedaban en los conventos a regresar a sus moradas. Para acabar de tranquilizar a estos pobres burgueses Escudero impartió a sus soldados la orden de pasearse por la ciudad con la severa prohibición de insultar a nadie.

Supimos por Althaus que el domingo 6 de abril Nieto y todo el ejército habían llegado a Islay. Habían clavado los cañones, quemado los registros de la aduana y obligado al administrador, don Basilio de la Fuente, a irse a Lima. Ellos mismos, después de haber devastado el lugar, se habían embarcado en tres naves peruanas para dirigirse a Tacna.

Escudero entró en Arequipa el domingo por la noche de manera que nadie sabía con precisión cuántos soldados traía consigo. Se había anunciado primero la muerte de San Román. Cuatro días después circuló el rumor de que sólo estaba herido. En fin, al cabo de siete días llegó a Arequipa y entró también durante la noche.

He aquí la explicación de este asunto, tal como el mismo Escudero me la dio.

San Román, después de haber engañado a Nieto por tres días consecutivos con el único objeto de obtener víveres para sus tropas, se retiró a Cangallo sin presumir que Nieto lo seguiría. Quería, antes de librar la batalla, consultar con Gamarra y pedirle re-

[90] En Arequipa las puertas de las casas están siempre abiertas en tiempo ordinario. (N. de la A.)

fuerzos. En Cangallo encontró a Escudero con cuatrocientos hombres enviados por Gamarra. Los soldados de San Román festejaban a los recién llegados cuando, de repente, apareció el ejército de Nieto en lo alto de la Apacheta. Reinó entonces una gran confusión. San Román había permitido bañarse a sus soldados y una parte de ellos estaba desnuda cuando vieron a los arequipeños. Se creyeron perdidos. Sin Escudero que restableció el orden, iban a huir. Se inició el combate y se batieron con valor, pero muy pronto las municiones escasearon y la alarma cundió. Cuando San Román vio desbandarse a sus soldados creyó la batalla perdida y pensó que no le quedaba por hacer nada mejor que huir a su vez. Acompañado por alguno de los suyos se alejó en su caballo a toda velocidad. De este modo, cada uno de los valerosos campeones, espantados el uno por el otro, huía por su lado. Corrieron sin detenerse durante un día y una noche poniendo entre ellos una distancia de ochenta leguas. El terror de Nieto lo hizo ir hasta Islay, cuarenta leguas al sur. El de San Román hasta Vilque,[91] cuarenta y dos leguas al norte, un milagro juntó una parte de los soldados de San Román y los hizo regresar a Arequipa. Uno de los oficiales de este ejército, a quien Nieto había retenido prisionero en la alcaldía, vio desde lo alto de la casa la derrota de los arequipeños. Aprovechó el espanto del momento, montó en el primer caballo que encontró en el patio de la alcaldía y como conocía muy bien la localidad tomó un camino apartado por el cual en una hora llegó a Cangallo. Ordenó detenerse a los fugitivos y les dijo que Nieto se consideraba derrotado y huía hacia el puerto. Escudero y algunos otros a quienes encontró emplearon toda la noche y una parte del día siguiente en reunir a algunos soldados; lograron congregar más o menos una tercera parte del efectivo y, seguros de no encontrar ninguna oposición, se dirigieron a Arequipa. Sin este oficial los dos ejércitos, creyéndose vencidos, hubiesen continuado su fuga

[91] Valdivia dice también que, en vista de la disolución de algunos de sus batallones, San Román huyó hasta Tayataya cerca de Vilque. Sus oficiales ignoraban su paradero el día en que ocuparon Arequipa. Entraron en esta ciudad el mismo día de la batalla unos 600 hombres al mando del coronel Escudero. Éste ofreció a los miembros de una comisión que el mismo general Nieto le hizo enviar tratarla con toda consideración. San Román entró en Arequipa el 10 de abril en la noche, habiendo corrido insistentes voces acerca de su muerte durante el combate. Dice también Valdivia que envió partes a Gamarra dando cuenta de sus dos victorias del 2 y 5 de abril logradas sobre las fuerzas de Nieto. (N. de la T.)

en direcciones opuestas y la ciudad no habría visto aparecer ni a defensores ni a enemigos.

Cuando Escudero me refería todos estos incidentes pensaba en Althaus para quien la ciencia militar es el árbitro supremo de los éxitos y de los reveses. Y sentía no poderle probar, con este ejemplo, cuán vanos son los hombres y su ciencia.

Se vieron obligados a correr hasta Vilque para advertir a San Román que había ganado la batalla. Él no entró en Arequipa hasta el séptimo día. Se decía que estaba herido en la cadera con el fin de disculpar este atraso, pero no había nada de cierto en ello.

Mi tío, que tiene el talento de estar bien con todos los partidos, si no participaba de la confianza de los gamarristas por lo menos estaba muy vinculado a ellos. Todos los días recibíamos a comer a esos señores, mañana y tarde nuestra casa estaba llena. Veía con sorpresa, al conversar con los oficiales, cuán superiores eran a los de Nieto. Los señores Montoya, Torres, Quiroga y sobre todo Escudero, eran hombres muy distinguidos.

Escudero, uno de esos españoles de espíritu aventurero y muy hábil que había abandonado la bella España por probar fortuna en el Nuevo Mundo, era según las circunstancias, militar, periodista o comerciante. Se prestaba a todas las exigencias del momento con admirable facilidad y tenía excelentes condiciones para cualquier género a que dedicase su prodigioso dinamismo, como si fuese la única especialidad de su vida. De espíritu vivaz, imaginación inagotable, carácter alegre y elocuencia persuasiva, escribía con calor y, sin embargo, sabía hacerse amar por todos los partidos.

Este hombre extraordinario era el secretario, el amigo y el consejero de la señora Gamarra. Desde hacía tres años ocupaba cerca de esta reina una posición de intimidad, objeto de la envidia de una multitud de rivales. Se había consagrado a su causa escribía para hacer prevalecer sus planes y rechazar los ataques continuos dirigidos contra ella. Combatía bajo sus órdenes, la acompañaba en su carrera de aventuras y jamás retrocedería ante las audaces empresas concebidas por el genio de esta mujer de ambición napoleónica.[92]

[92] Escudero fue efectivamente secretario de la señora Gamarra y gozó de los beneficios de su favorecida posición. Vargas lo describe así: "Ninguno más favorecido que el coronel Escudero, español, redactor de La Verdad a quien le

Desde la primera visita trabé amistad con el coronel Escudero. Nuestros caracteres simpatizaban. Me manifestó mucha confianza y me puso al corriente de todo cuanto había ocurrido en el campamento de Gamarra. Comprendí, por lo que me dijo, que San Román no había cometido menos necedades que Nieto.

—¡Qué desgraciado es este país!, me decía Escudero. No sé, en verdad, quién podrá hacer salir a los peruanos de la posición deplorable en que los hombres de sangre y de rapiña les ha colocado.

—¿Cómo es, coronel, que comprendiendo usted mejor que nadie la causa de las calamidades del país no ha tratado de poner remedio?

—¡Ay, señorita! Éste es el objeto de todas mis meditaciones. Pero sólo puedo presentar los medios de hacer el bien y carezco de la autoridad necesaria para ponerlos en ejecución. La señora Gamarra es una mujer de gran mérito, pero trabaja ante todo en consolidar el poder entre sus manos. Su ambición viene constantemente a trastornar mis planes para la felicidad pública y, consagrado a su servicio, me veo obligado sin cesar a proceder en oposición a mi voluntad.

—Había oído decir que usted tenía mucho ascendiente sobre esta señora.

—Más que cualquier otro, sin duda, pero muy poco en realidad. Cuando a fuerza de trabajo y de paciencia consigo modificar sus ideas, es un éxito que estimo feliz. Esta mujer tiene una voluntad de hierro que ni aun la adversidad podría domeñar. Toda resistencia la irrita y siempre está dispuesta a triunfar de ella por la fuerza. Hubiese sido una gran reina en un país donde sus decisiones no hubiesen encontrado obstáculo alguno. Pero en éste en donde para reinar es necesario tener numerosos partidarios y para conservar la autoridad hay que usar de ella lo menos posible, la señora Pancha de Gamarra no es tan conveniente. No se le puede

hizo dar 5 000 pesos. Periodista, comerciante, instruido, caballero, muy despierto, apto para la guerra como para la paz, alegre y de rica fantasía, tenía una conversación llena de amenidad que, unida a su buena presencia y modales finos, le atraían el afecto de los hombres y el amor de las mujeres. Se jactaba de ser el mentor de doña Francisca, pero es indudable que si ella le hubiese dado oídos habría hecho un papel más romántico y novelesco, es cierto, pero menos digno, generoso, histórico y varonil". (Historia del Perú Independiente, vol. 5, p. 182). (N. de la T.)

hacer comprender que los medios empleados para conquistar el poder deben abandonarse en cuanto se le ha obtenido. Con la anarquía de opiniones y el egoísmo reinantes entre los peruanos, después de las expoliaciones de que han sido víctimas, es preciso tener por objeto especial la protección de las personas de las propiedades y conciliarse a todos los partidos sin unirse a ninguno de manera exclusiva. ¡Ah!, señorita Flora, me arrepiento amargamente de haberme así comprometido. Desde hace tres años sirvo a doña Pancha con mi pluma y con mi sable y no he podido aún conseguir que adopte alguno de mis planes. Esto me desespera y aunque su carácter altanero y despótico me hace desgraciado lo soportaría con resignación si pudiese llegar a hacer algún bien. Sin embargo, esta mujer me necesita demasiado para que yo pueda pensar en abandonarla. Debo trabajar para que recupere una autoridad sin disputa. Si tengo éxito juro que arrojaré el sable y la pluma a cambio de la guitarra y tocaré durante tres meses sin preocupaciones de ninguna especie.

Al escuchar a Escudero me pareció evidente que estaba ya cansado del yugo que le había impuesto su todopoderosa ama y no buscaba sino un pretexto para sustraerse a él. Venía a verme todos los días y sosteníamos largas conversaciones. Tuve todo el tiempo necesario para conocer a fondo a este hombre y reconocí que él era quizá el único en el Perú capaz de secundarme en mis proyectos de ambición. Sufría por las desgracias de un país al que me había acostumbrado a considerar como el mío. El deseo de contribuir a su bien había sido constantemente la pasión de mi alma y una carrera activa y aventurera no desagradaba a mis gustos. Creí ver que, si yo inspiraba amor a Escudero, tomaría sobre él una gran influencia. Entonces me atormentó de nuevo la agitación febril de mi espíritu. Mis combates interiores se renovaron. La idea de asociarme con este hombre espiritual, audaz y despreocupado sonreía a mi imaginación. Al correr con él los azares de la fortuna ¿qué me importa, me decía yo, no triunfar si no tengo nada que perder? La voz del deber hubiese sido quizá impotente a hacerme resistir a esta tentación, la más fuerte que he tenido en mi vida, si otra consideración no hubiese venido a mi socorro. Temía esa depravación moral que el goce del poder origina generalmente. Temía volverme dura, despótica, criminal, semejante a quienes lo po-

seían por entonces. Temblé de participar del poder en un país en el que vivía mi tío... ¡el tío a quien había amado tiernamente y a quien amaba todavía, pero que me había hecho tanto mal!!!... No quise exponerme a ceder a un momento de resentimiento y, puedo decirlo aquí delante de Dios, que sacrifiqué la posición que me era tan fácil adquirir al temor de tratar a mi tío como a enemigo... El sacrificio era tanto más grande cuanto que Escudero me agradaba. Era feo para los ojos de muchas gentes, pero no para los míos. Podía tener de treinta a treinta y tres años, era de talla mediana, muy delgado, con los ojos brillantes y lánguidos y dientes como perlas. Su mirada tierna y su sonrisa melancólica daban a su fisonomía un carácter de elevación y de poesía que me subyugaban. Con este hombre nada me hubiese parecido imposible. Tengo la íntima convicción de que si hubiese sido su esposa habría sido muy feliz. En las tormentas originadas por nuestra posición política me hubiese cantado una romanza o tocado la guitarra con tanta libertad de espíritu como cuando era estudiante en Salamanca. Necesité esta vez de toda mi fuerza moral para no sucumbir a la seducción de esta perspectiva... Tuve miedo de mí misma y juzgué prudente sustraerme a este nuevo peligro por medio de la fuga. Resolví marcharme inmediatamente para Lima.

Nadie comprendió esta determinación tan precipitada. En vano me representaron que el camino a Islay estaba infestado por desertores que vivían del robo y me exageraron la descripción de los peligros que podía correr. No tomé en cuenta estas advertencias. Ningún peligro a mis ojos igualaba al que me exponía quedándome en Arequipa. Para escapar a él habría atravesado todos los desiertos de la tierra. Alegaba como pretexto que me era indispensable partir si quería llegar a Europa antes de la mala estación. Y como en el fondo, en casa de mi tío estaban muy contentos de mi partida, no insistieron más.

Un inglés conocido mío, Valentín Smith, se dirigía a Lima. Le pregunté si me quería por compañera de viaje. Aceptó mi propuesta. Tratamos con un capitán italiano que tenía un barco en Islay y decidimos salir el 25 de abril.

Antes de irme tuve que cumplir la tarea de las visitas. Según la etiqueta hubiese debido ir donde todo el mundo, como a mi llegada. Pero me limité a visitar a las principales familias con las que estaba en buenas relaciones y envié tarjetas a los demás.

Esas visitas me pusieron en estado de juzgar la extensión de los males que la guerra había causado en esta desgraciada ciudad. En cada casa vi correr lágrimas y a sus ocupantes vestidos de luto. Sin embargo estimé peores que las pérdidas ocasionadas por la muerte, la discordia y el odio que las disensiones civiles habían hecho brotar en el seno de las familias. Existían enemistades profundas entre parientes y aun entre hermanos. La libertad no figuraba para nada en estos debates políticos. Cada cual había abrazado el partido del jefe de quien esperaba conseguir más. Los epítetos de *gamarristas* y de *orbegosistas* distinguían a los dos campos entre los cuales se dividían las familias. La desconfianza reinaba en todas partes y trataban de perjudicarse mutuamente. Esos pobres arequipeños envidiaban mi suerte:

—¡Ah, señorita!, me decían en todas las casas, ¡qué feliz es usted de dejar un país donde los hermanos se matan entre sí! ¡En donde las exacciones de los enemigos nos reducen a la miseria, comprometen nuestras vidas y nos ponen en la imposibilidad de satisfacer las exigencias del enemigo!

Cuando fui a despedirme de la familia del obispo tuve un ejemplo palpable de las desgracias a que están expuestos los insensatos que colocan su felicidad fuera de sí mismos. Los Goyeneche no habían sido felices sino sobre montones de oro y la pérdida de una parte de sus riquezas trastornaba sus facultades intelectuales. La señorita Goyeneche, doña Mariquita, estaba tan vivamente afectada por las extorsiones cometidas contra todos ellos y por los ultrajes y diatribas dirigidas contra el obispo, a quien ella quería tiernamente, que su salud había quedado profundamente quebrantada y su razón vacilante. Tenía los ojos fijos, la mirada extraviada, los gestos bruscos. El sonido áspero de su voz no correspondía al sentido de sus palabras. Su fisonomía tenía una expresión extraña. Era como un espejo falso que reflejara invertidos los objetos exteriores. Hablaba con tal volubilidad que apenas se podía comprender lo que decía. Se hubiese creído que soñaba. Me di cuenta de que no reconocía a las personas que le hablaban. Llamaba a mi tío *doña Florita* y a mí *don Pío* o *don Juan*. Su exaltación era espantosa. Le dije en voz baja a mi tío:

—Esta pobre mujer está loca.

—Parece que sí. Ya me lo habían dicho, pero me había resistido a creerlo.

La locura del obispo tenía un carácter diferente de la de su hermana. Parecía afectado por otra impresión. No decía ya una sola palabra, no hacía movimiento alguno; tenía los ojos obstinadamente fijos en el anillo que llevaba en el dedo. Y él, generalmente tan amable, tan previsor, que recibía a todos con las muestras de amistad más afectuosa, no se movió cuando entramos en el salón. Parecía que ni siquiera nos veía. Su hermano se acercó a él y le dijo:[93]

—Es la señorita Florita que viene a despedirse. Va a ver a nuestro hermano Mariano, de Burdeos, ¿qué quieres que le diga?

Hizo entonces el movimiento de un hombre que sale de un largo sueño y dijo muy bajo, como si tuviese miedo de ser oído:

—Mi hermano Mariano es feliz, no lo matarán, ¡pero a nosotros nos matarán, matarán, matarán...!

A estas palabras la locura de Mariquita se manifestó con discursos incoherentes. Hablaba, gesticulaba, amenazaba. Esto hacía daño. Don Juan había conservado su razón y se encontraba de jefe de la familia.

—Vean, nos dijo llorando, a qué estado han reducido a mi pobre hermano. Su alegría y su amabilidad han desaparecido. Está como petrificado por el dolor. ¡Ay! Temo mucho que se vuelva completamente imbécil... Cada día su estado empeora. Las sacudidas recibidas han sido demasiado fuertes para la dulzura de su carácter. En cuanto a mi hermana, no me atrevo a mirarla. Sus ojos me dan miedo... Mi esposa y yo hacemos todo cuanto podemos para impedir que hable, pero es imposible. Habla sola, hasta de noche. Véanla ustedes ahora, continúa discurriendo sin darse cuenta de que no la escuchamos, está lo...

[93] El obispo Goyeneche no se volvió loco. Fue rudamente atacado. En El Restaurador de Arequipa se publicaban artículos contra él. Se le impuso un cupo de 100 000 pesos que debió pagar en el plazo de cuatro horas. El 6 de junio de 1834 el Consejo de Gobierno, haciendo eco a los artículos de aquel periódico, dictó pena de destierro y confiscación de bienes contra él. Pero muy poco después la Convención Nacional revocó estas órdenes. El 11 de octubre del mismo año un ayudante del general Nieto, Juan Antonio Vigil, fue acusado de haber intentado matarlo y se siguió un proceso contra Vigil. A poco de eso murió la hermana del obispo, María Presentación que, como se ve, tampoco gozó de las simpatías de Flora. Goyeneche fue elegido en 1860 Arzobispo de Lima, cargo que ejerció hasta su muerte en 1872. (V. El Arzobispo de Goyeneche por Pedro José Rada y Gamio, Lima, 1917; el proceso contra Vigil puede consultarse en un folleto de 32 páginas existente en la Biblioteca Nacional del Perú). (N. de la T.)

No pudo acabar. Al pronunciar estas últimas palabras su voz se extinguió en un sollozo. ¡Era una escena emocionante! Mi tío se levantó y me dijo en francés.

—¡Qué lección, Florita, para aquellos cuyos deseos aspiran a bienes cuyo peso excede a sus fuerzas! Esta familia ha llegado a adquirir inmensas riquezas, títulos, honores, dignidades. Pero no ha comprendido que era preciso saber perder una parte de sus ventajas para conservar el resto. La moral se ha abatido bajo los favores de la fortuna. Al sobrevenir los reveses no han podido resistir el asalto. El uno va a morir idiota y la otra loca.

El obispo parecía un esqueleto, tan delgada, envejecida y cadavérica estaba su cara. Cubierto por completo de seda y oro, hundido en un gran sillón, dando apenas signos de vida, parecía asistir él mismo a sus pompas fúnebres. Me conmovía este espectáculo por absurdo que fuese el dolor que conducía al obispo a la tumba. ¿Qué valor atribuye, pues, al oro, me preguntaba yo, para afectarse así tan vivamente por su pérdida si lo empleaba tan poco en sí mismo y jamás consolaba un infortunio? Pero buscaba en vano. La avaricia ofrece a mis ojos un problema moral al que nunca me ha sido posible encontrar solución. Si ese prelado hubiese distribuido sus riquezas a los pobres sus enemigos jamás habrían podido prevalecer contra él. Las virtudes del apóstol habrían protegido con más eficacia ese oro que mancillaba su carácter y ni el monje Valdivia, ni Nieto, ni cualquier otro osarían atentar contra su tranquilidad. La pobre Mariquita en quien el amor del oro había sustituido todo otro afecto, que había rechazado con desdén a todos los pretendientes porque ella quería ante todo juntar dos masas de oro de igual peso, ¿no ofrece también un fenómeno moral imposible de explicar?

Quise también hacer una visita a San Román. No lo había visto todavía. No había salido hasta entonces porque necesitaba hacer creer el cuento de su cadera rota. Mi tío temía mi franqueza e hizo todo cuanto pudo para impedir que fuera. No quiso acompañarme sino cuando Escudero se ofreció a ser mi caballero. Éste anunció a San Román mi visita y tuvo el cuidado de advertirle que no se asustara con la libertad de mi lenguaje.

Al dirigirme a la casa de Gamio, donde se había alojado San Román con todo su estado mayor, mi tío no cesaba de repetirme:

—Florita, le ruego tener cuidado en lo que diga al general, pues...

—¿De qué general me habla usted?

—Pues de San Román.

—¿Es general, ahora?, ignoraba su ascenso.

—Sólo era coronel. Pero usted comprende, después de esta victoria será nombrado general y la cortesía exige...

—¡Ah!, ¡ah!, tío, le ruego a mi vez que no me haga reír. De otra manera no respondo por las locuras que puedo soltarle a su general, tan hábil en la carrera que debería mandar una tropa de liebres.

Al entrar en casa de Gamio vimos en el gran salón a un grupo de oficiales en pie que gesticulaban y hablaban muy alto. En cuanto nos distinguieron se retiraron precipitadamente a la pieza vecina. Quise seguirlos para sorprender al general vencedor apoyado sobre sus dos piernas. Pero mi tío adivinó mi maligna intención y me retuvo diciéndome: Espere a que nos anuncien.

Dos o tres de aquellos señores se acercaron y me dijeron:

—Señorita, el general está muy halagado con su visita. Está felizmente un poco mejor. Lo verá usted tendido sobre un canapé.

Entré en el dormitorio de la señora Gamio. San Román se excusó de no poder levantarse para recibirme. No estaba acostado, sino sólo sentado, con la pierna estirada sobre un banquillo. El San Román tan temido por los arequipeños no presentaba en su persona nada tan temible. Tenía alrededor de treinta años. Su fisonomía era abierta y alegre. Pero sus cabellos, su barba y el color de su piel denotaban que tenía sangre indígena en las venas. Esto lo hacía muy feo a los ojos de los peruanos de raza española. Nuestra conversación fue muy original, burlona y seria al mismo tiempo. Conversaba bien, pero tenía un defecto terrible para la reserva que me había recomendado mi tío: era el reír a carcajadas a propósito de la menor cosa. Esta extrema hilaridad contrastaba con la seriedad de las personas que lo rodeaban. Esto me animó y yo también reí bastante.

—¿Es cierto, señorita, me dijo con un movimiento de orgullo muy pronunciado, que los arequipeños han tenido miedo de mí?

—A tal punto, coronel, que llegué a darle el sobrenombre de Coco.

—¿Y qué sentido dan ustedes a ese nombre?

—Es el que las niñeras emplean en Francia para intimidar a los niños pequeños: si no eres formal, si no haces lo que te digo, les dicen ellas, llamo al Coco que vendrá a comerte. Y el niño espantado obedece al instante.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡la comparación es encantadora! Nieto es la niñera, los arequipeños son los niños y yo soy el hombre que me los como.

—¿Va usted, pues, a comerse a estos pobres arequipeños?

—¡Dios me libre! Vengo, al contrario a restablecer la tranquilidad, a alentar el trabajo y el comercio para que tengan qué comer.

—Es un noble propósito, coronel. Me gustaría conocer el sistema que intenta seguir para alcanzarlo.

—Nuestro sistema, señorita, es el de la señora Gamarra. Cerraremos nuestros puertos a esa multitud de barcos extranjeros que vienen a infestar nuestro país con toda clase de mercaderías que venden a tan bajo precio, que la última de las negras puede pavonearse adornada con sus telas. Usted comprende, la industria no podrá nacer en el Perú con semejante concurrencia. Y mientras sus habitantes puedan conseguir en el extranjero, a vil precio, los objetos de consumo no intentarán fabricarlos ellos mismos.

—Coronel, los industriales no se forman como soldados y las manufacturas tampoco se establecen como los ejércitos, por la fuerza.

—La realización de ese sistema no es tan difícil como usted lo cree. Nuestro país puede proporcionar todas las materias primas: lino, algodón, seda, lana de una finura incomparable, oro, plata, hierro, plomo, etc. En cuanto a las máquinas, las haremos venir de Inglaterra y llamaremos obreros de todas las partes del mundo.

—¡Mal sistema, coronel! Créame, no es aislándose, como harán nacer el amor por el trabajo, ni excitarán la emulación.

—Y yo, señorita, creo que la necesidad es el único aguijón que obligará a este pueblo a trabajar. Observe también que nuestro país se halla en una posición más ventajosa que ninguno de los de Europa pues no tiene ejército gigantesco ni flota que sostener, ni una deuda enorme que soportar. Se encuentra así, en circunstancias favorables para el desarrollo de la industria. Y cuando la tranquilidad se restablezca y hayamos prohibido el consumo de mercaderías extranjeras ningún obstáculo se opondrá a la prosperidad de las manufacturas que establezcamos nosotros.

—¿Pero, no cree usted que por mucho tiempo todavía la mano de obra será más cara aquí que lo es en Europa? Ustedes tienen una población muy escasa y ¿la ocuparán en la fabricación de tejidos, de relojes, de muebles, etc.? ¿Qué sucederá con el cultivo de las tierras, tan poco avanzado y con la explotación de las minas que se han visto obligados a abandonar por falta de brazos?

—Mientras estemos sin manufacturas los extranjeros continuarán llevándose nuestro oro y nuestra plata.

—Pero coronel, el oro y la plata son productos del país y más que otra cosa perderán su valor si no los pueden cambiar con los productos del exterior. Le repito, la época de establecer manufacturas no ha llegado todavía para ustedes. Antes de pensar en ello hay que hacer nacer en la población el gusto por el lujo y por las comodidades de la vida, crearle necesidades a fin de inclinarla al trabajo y sólo por la libre importación de mercaderías extranjeras lo conseguirán. Mientras el indio camine con los pies descalzos se contentará con una piel de carnero por todo vestido, con un poco de maíz y algunos plátanos para alimento y no trabajará.

—Muy bien, señorita, veo que defiende con celo los intereses de su país.

—¡Oh! No creo olvidar en esta circunstancia que pertenezco a una familia peruana. Deseo ardientemente ver prosperar a esta nación. Instruyan al pueblo, establezcan comunicaciones fáciles, dejen el comercio sin trabas y verán entonces cómo la prosperidad pública marchará a pasos de gigante. Sus hermanos de América del Norte han admirado al mundo por la rapidez de sus progresos empleando los medios muy sencillos que le propongo.

Nuestra conversación fue larga. Mi alegría y mi gravedad encantaron de tal manera al vencedor que cuando me levanté para retirarme olvidó su cadera rota y se levantó al mismo tiempo que yo para acompañarme. Tuve la malicia de dejarle dar algunos pasos, a pesar de las caras alarmadas de los oficiales presentes y le dije enseguida:

—General, no quiero que vaya usted más lejos. Está usted enfermo, su herida es muy peligrosa. Quédese bien envuelto en su abrigo, no hable de economía política, fume buenos cigarrillos y con el tiempo, siguiendo este régimen, espero que se restablecerá.

San Román me agradeció el interés sincero que le demostraba y se puso a cojear al regresar a su canapé.

Por la tarde Escudero fue a verme. Al distinguirlo me puse a reír tan alegremente que no pudo dejar de reírse conmigo. Nos habíamos comprendido.

—Querida, Florita, así es el mundo. Una comedia perpetua en la que somos ya actores y ya espectadores. Quizá si en Tacna, en estos momentos, el general Nieto tiene el brazo en cabestrillo. ¡Ay, Dios mío! Esas pequeñas supercherías son muy inocentes.

—Sí, sin duda coronel. Pero convenga usted en que cuando se hace anunciar en público que se tiene la cadera rota se debería tenerlo presente y no levantarse para despedir a las damas.

—¡Y es usted, con sus ojos de gacela cuyo poder conoce muy bien, es usted quien hace un reproche a ese pobre San Román por haber olvidado en su presencia que su cadera debería parecer rota! ¡Ah, señorita Flora! Eso no es generoso.

—Coronel, no se trata aquí de generosidad. La posición de San Román ha debido parecerme risible y usted mismo acaba de reírse hace un instante.

—¡Ah! En mí es diferente. Yo soy como el querido Althaus. Me río de todo. Además, no he realizado la conquista del vencedor como la linda Florita.

—¿De veras?, ¡ah!, esto me reconcilia con él. No creía haberlo dejado muy satisfecho después de las grandes verdades que le dije a propósito de su absurda política...

—Usted le ha gustado de tal manera que me ha dicho: "Si yo fuese libre pediría en matrimonio a esta señorita. No concibo, cómo ustedes, solteros, la dejan irse".

—¡Ah!, pero parece que se cree irresistible el señor Coco.

—Antes de haber ganado la batalla, quizá no se hubiese atrevido a hablar así. Pero actualmente usted debe sentir, amable Florita, que para el vencedor de Cangallo nada hay imposible.

—Escudero, los hombres de este país son realmente curiosos. Cuando en Europa yo quiera describir sus actos no me creerán.

—Escriba de todos modos su viaje y si los franceses no le creen, los peruanos aprovecharán tal vez las verdades que usted tendrá el valor de decirles.

Escudero juzgaba como Althaus a los hombres con quienes estaba obligado a vivir. Pero más suave de maneras y de carácter que mi primo se divertía como hombre alegre, con las ridiculeces que veía. Tenía para los peruanos esa indulgencia insultante que se concede a aquéllos a quienes uno desdeña de hacer una exhortación.

Antes de dejar Arequipa quise también despedirme de mi prima, la monja de Santa Rosa.

Fui sola a esta visita. El valor y la perseverancia que había manifestado la joven religiosa eran admirados por todo el mundo. Pero vivía en el aislamiento y aunque estaba relacionada con las familias más ricas e influyentes del país, nadie se atrevía a verla pues los prejuicios de la superstición han conservado todo su rigor en este pueblo ignorante y crédulo.

Fui por la tarde a la casa que habitaba Dominga. La encontré ocupada en aprender francés. Se juzgaba como un crimen en ella el gusto que demostraba por la toilette y el lujo, como si después de haber huido del claustro debiera continuar en el mundo con sus absurdas autoridades. Su madre, la señora Gutiérrez, la rechazó con dureza. Su hermano y una de sus tías, muy ricos el uno y la otra, eran las dos únicas personas de la familia que tomaron su partido.

Le amueblaron una casa, le dieron esclavos y dinero para vivir y comprar un ajuar. El amor por el lujo y la toilette es un sentimiento muy natural. Puede ser imprudente en los que carecen de medios para satisfacerlo, pero racionalmente, no podría incurrirse en la censura pública. Concibo que estos goces puedan parecer pueriles a las personas preocupadas por altos y graves pensamientos. Pero, aunque muy sencilla en mis gustos, no puedo encontrar un motivo que excuse los reproches que, por este motivo, era objeto la monja. Me parecía muy natural que la pobre reclusa se desquitase de sus once años de cautiverio, de los tormentos y de las privaciones de toda especie que había sufrido en Santa Rosa.

Dominga estaba encantadora aquella tarde. Lucía un lindo vestido escocés rosa y negro, de gros de Nápoles, un mandilito de encaje negro, mitones de tul negro que dejaban ver a medias sus brazos torneados y sus manos con los dedos alargados. Sus hombros estaban desnudos y un collar de perlas ornaba su cuello. Sus cabellos, de un negro de ébano, brillaban como la seda más hermosa y caían sobre su seno en varias trenzas artísticamente mezcladas

con cintas de raso rosa. Su bella fisonomía tenía un tono de melancolía y de dolor que esparcía en toda su persona un encanto indefinible.

Cuando entré, avanzó hacia mí y me dijo con un acento que me penetró de tristeza:

—¿Es verdad, Florita, que regresa usted a Francia?

—Sí, prima, me voy y vengo a decirle adiós.

—¡Ah, Florita! ¡Qué feliz es usted y cómo envidio su suerte!

—¡Querida Dominga! ¿Es usted muy desgraciada acá?...

—Más de lo que puede usted imaginarlo..., mucho más de lo que alguna vez fui en Santa Rosa...

Al decir estas palabras retorció sus manos con desesperación y sus grandes ojos con expresión sombría se elevaron hacia el cielo como para reprochar a Dios el cruel destino que le había deparado...

—¿Cómo, Dominga, usted libre, usted tan hermosa, adornada tan graciosamente, usted es más desgraciada que cuando se hallaba prisionera en ese lúgubre monasterio, sepultada entre sus velos de religiosa? Confieso que no la comprendo.

La joven inclinó hacia atrás su cabeza altiva y mirándome con una sonrisa melancólica me dijo:

—¡Yo, libre!... ¿y en qué país ha visto usted que una débil criatura, sobre quien cae el peso de un atroz prejuicio, sea libre? Aquí, Florita, en este salón, ataviada con este lindo vestido de seda rosa, ¡Dominga es siempre la monja de Santa Rosa!... A fuerza de valor y de constancia pude escapar de mi tumba. Pero el velo de lana que yo había elegido está siempre sobre mi cabeza y me separa para siempre de este mundo. En vano he huido del claustro, los gritos del pueblo me rechazan...

Dominga se levantó para respirar. Me pareció, en el movimiento que hizo, que su velo la ahogaba todavía... Quedé anonadada... Aquí está en toda su hermosura, pensé, la civilización que trae el culto de Roma. Así como la religión de Brahma, este culto que invoca audazmente el nombre de Cristo tiene sus parias y las criaturas que Dios ha colmado con sus dones son también lapidadas por esos feroces sectarios. Consideré con dolor a mi pobre prima que se paseaba a lo largo de su habitación. Parecía hallarse en un violento estado de agitación. ¡Cuán noble era su aspecto! ¡Cuán

esbelto y flexible su talle! ¡Cuán fina su pierna y su pequeño pie! Tantos encantos, tantos elementos de felicidad estaban perdidos... perdidos porque el fanatismo ahogaba entre sus garras a esta graciosa criatura.

—Querida Dominga, le dije, venga a despedirme. Veo que mi presencia aquí le causa turbación y no he venido con este propósito. La quiero a usted con toda mi simpatía. Mi desgracia sobrepasa aún a la suya...

—¡Oh! ¡Imposible!, exclamó con voz vibrante echándose en mis brazos. ¡Oh! No; es imposible, pues la mía excede a las fuerzas humanas!

Me tenía estrechamente abrazada y sentía su corazón que latía como si fuese a romperse. Sin embargo, no lloraba.

Se hizo un largo silencio. Sentíamos una y otra que nos hallábamos en una de esas situaciones en las que basta una sola palabra para levantar una multitud de penosos pensamientos. Al fin Dominga se desprendió de mis brazos con un movimiento brusco y me dijo con un tono de voz terrible.

—¡Más desgraciada que yo...! ¡Ah, Florita! ¡Usted blasfema! Usted desgraciada, cuando puede amar al hombre que le agrada y casarse con él!... No, no, Florita, ¡yo sola tengo el derecho de quejarme! ¡Si me distinguen en las calles, me señalan con el dedo y las maldiciones me acompañan!... Si voy a participar de la alegría común en una reunión, me rechazan diciéndome: "No es éste el sitio donde debe encontrarse una esposa del Señor. Entre en el claustro, regrese a Santa Rosa..." . Cuando me presento a pedir un pasaporte, me responden: "¡Usted es monja... esposa de Dios!, usted debe vivir en Santa Rosa". ¡Oh!, ¡condenación! ¡Seré siempre monja!...

—Y yo, me repetía muy bajo, ¡siempre casada!...

La expresión con que Dominga pronunció estas palabras me hizo estremecer de espanto. Su desesperación la empujaba hasta la rabia. La desgraciada cayó agotada sobre el sofá. No intenté darle consuelo. No lo hay para semejantes dolores... Acariciaba sus cabellos. Corté un mechón de ellos para conservarlo religiosamente. Infortunada Dominga, ¡cómo compadecía su dolor!

Como a las diez golpearon a la puerta. Era el joven médico que la había ayudado a conseguir el cadáver de mujer. Ella le tendió la mano y le dijo con voz emocionada.

—Florita se va... y yo...

—Y usted también, interrumpió el joven. ¡Usted se irá muy pronto! Un poco con más de paciencia y no tardará en ver mi bella España y a mi buena madre que la querrá como a su hija.

A estas palabras la pobre Dominga suspiró como una persona que renace a la esperanza. La sonrisa reapareció en sus labios y con un acento de amor y de duda dijo:

—¡Que Dios le oiga Alfonso, pero ¡ay!, ¡temo no poder gozar jamás de semejante dicha!

Esta última escena me inició en los pesares de mi prima y me hizo comprender cuánto debía sufrir...

El momento de mi partida se aproximaba. En casa de mi tío mostraban la cara entristecida, pero había leído el fondo de sus pensamientos y su tristeza me hacía el efecto de las lágrimas de un heredero. Por más consideraciones que me demostraron mi manera de ser en la casa atestiguaba a los ojos del mundo la conducta de mi familia para conmigo. Mi vestido, de extrema sencillez, anunciaba bien a las claras que esta rica familia no suplía con sus regalos mi falta de fortuna. Y la hija única de Mariano se veía tratada como una extraña en casa de don Pío. Sin embargo estaba tranquila y resignada. Ni mis palabras, ni mi fisonomía manifestaban mi descontento. Después de la escena que tuve con mi tío no me permití la más ligera alusión a la suerte a que me había condenado. Mas esta dignidad de modales les hacía sentirse incómodos consigo mismos y delante de los demás. Mi presencia era para todos ellos un reproche perpetuo y mi tío, que me quería realmente, sentía remordimientos.

Quise tener una conversación con mi tía a propósito de los niños. Le supliqué que me confiase a su hijo y a su segunda hija, Panchita, para hacerlos educar en Francia de una manera conveniente a su fortuna y a su rango en la sociedad. Llamé particularmente su atención sobre Panchita, ese ángel de belleza y de espíritu que se volvería un ser extraordinario si sus grandes disposiciones se desarrollaban hábilmente. Mi tía, impresionada por las razones que alegué me dijo que podría consentir en la marcha de su hijo, pero por nada del mundo se decidiría a enviar a Panchita a Francia.

—¡Mandar a mi hija a un colegio de París para que se instruya en filosofía, en la herejía y el ateísmo! ¡Oh! Jamás con mi consentimiento pondrá los pies en un país donde se ridiculiza nuestra santa religión. Donde Voltaire y Rousseau son considerados como dioses y sus obras están en manos de todo el mundo.

En vano hice observar a Joaquina que en los colegios de Francia se educa a los niños en las creencias religiosas que sus padres quieren darles. Mi tía se indignaba porque en este punto se pudiese escoger y la conversación de tres horas que tuve con ella sobre este capítulo me la presentó como una fanática de aquéllas con que el catolicismo de Roma cuenta pocas hoy día. Joaquina me preguntó un día si en Francia los judíos y los protestantes entraban en las iglesias.

—Nadie tiene derecho de impedírselo, le dije.

—¡Ah! ¡Qué horror! ¡Qué sacrilegio!

—Por lo demás ¿cómo quiere que no suceda esto? ¿Podrían los sacristanes de las iglesias conocer en la cara la religión de cada individuo?

—Basta Florita, no me hable más de ese país de impiedad.

Rechazada por mi tía me dirigí a mi tío. Éste no era accesible a los mismos temores. El riesgo que en Francia pudiesen correr las ideas supersticiosas de sus hijos no entró para nada en las consideraciones en que fundó su negativa.

—Florita, me guardaré muy bien de enviar a mis hijos a Europa. Tengo ante los ojos demasiados ejemplos de los malos resultados de la educación que allí se recibe. Todos regresan a su país, después de seis u ocho años de ausencia, con gustos de lujo y despilfarro y no saben ya hablar su idioma. En cambio hablan francés, lengua completamente inútil aquí, bailan la galopa, baile endemoniado que requiere un espacio inmenso para ejecutarlo; mientras en el Perú se baila con el pañuelo en cuatro pies cuadrados,[94] montan caballo a la inglesa, moda que en nuestros caminos sólo es buena para romperse la cabeza. En fin, además de esos hermosos conocimientos, los niños prodigios tocan violín, flauta o cuer-

[94] Flora se refiere con toda claridad a la zamacueca, hoy llamada marinera, aunque en el texto francés llama a este baile "le mouchoir". "On dance le mouchoir" —dice, probablemente porque olvidó un nombre que debió parecer muy difícil a sus oídos. (N. de la T.)

no. Convenga conmigo, Florita, en que no es una educación capaz de hacer hombres útiles a la república.

—Ciertamente, tío, habría que dejar a su hijo en el Perú si en Europa debiera recibir semejante educación, pero ¿no cree que sea posible darle una mejor?

—¡Ah! Estoy muy lejos de pensarlo. Sin embargo, desde 1815 más de veinte jóvenes han sido enviados a Europa y han regresado tal como acabo de describirlo.

—Tío, ésos han recibido la educación que la necedad de sus padres ha querido darles. ¿Conoce usted las cartas que el afecto paternal inspira a aquellos padres ilustrados y que dirigen a los apoderados de sus hijos? He visto algunas en manos de ciertos negociantes de Burdeos. Todas trazan el programa de estudios del querido hijo. Siempre el mismo: desean que el joven aprenda francés, monte a caballo, baile a la moda de París, toque violín, etc. Pero en ninguna he visto recomendar que les enseñen matemáticas, dibujo y los conocimientos requeridos para entrar en una de las escuelas de ingenieros, de minas o politécnicas, que los instruyan en arquitectura o que los envíen a aprender agricultura en las haciendas modelos. Tampoco era cuestión de hacer frecuentar las escuelas de Derecho o de Medicina a alguno de ellos. Los padres no pueden quejarse sino de sí mismos si sus hijos han recibido una educación fútil que no los hace apropiados para ninguno de los empleos de la sociedad. Sin duda los habían destinado a comer plata y no a ganarla. Convenga, tío, en que la acusación hecha contra la educación europea es la mayor injusticia. Althaus, Escudero, Bolívar y usted mismo, tío, han sido educados en Europa. Me parece que ustedes cuatro hacen honor a la educación que han recibido para que ninguno de ustedes se coloque en el número de sus detractores.

—Althaus y Escudero tenían a sus padres a su lado para dirigir su educación. Bolívar tuvo por guía y amigo a Rodríguez, hombre de gran mérito y yo tuve a su padre, mi querido Mariano, cuyos cuidados y solicitud jamás me perdían de vista y me trataba como a su hijo. Su padre, educado en el colegio de La Fléche encontró buena la educación que él había recibido y vino a buscarme. No tenía yo entonces sino siete años y me puso en el mismo colegio. A la edad de dieciocho años me retiró de él para hacerme

entrar como suboficial en el soberbio regimiento de los guardias walones. Mi servicio me dejaba muchos ocios y mi hermano me los hacía emplear en el estudio. Recompensaba mi asiduidad dándome maestros de música o de baile. Consideraba estos talentos como propios únicamente para hacerse ver bien de las damas. Durante mis vacaciones me enviaba a viajar a Inglaterra y a Alemania para instruirme en las costumbres, en la política, la industria y la organización militar de aquellos países. Quería que tomase notas sobre todo cuanto veía y estaba obligado a hacerle una relación de mis viajes, redactada con tanto cuidado y exactitud como si hubiese sido destinada a la imprenta. Ese trabajo me era a menudo penoso y habría preferido divertirme. Pero yo quería a mi hermano con esa deferencia que un hijo tiene hacia su padre. La gran diferencia de edad que había entre nosotros y su carácter serio y severo me inspiraban un respeto a veces mezclado de temor. Concibo, Florita, que cuando un joven tiene semejante hermano por mentor haga rápidos progresos. ¡Pero enviarlo consignado a un negociante para que lo ponga en un colegio como puede colocar un fardo en un almacén, cargue en cuenta a los padres el quince o veinte por ciento de comisión y no se inquiete por nada más! Le repito que es un método detestable y es, sin embargo, el único que tenemos. Además, encuentro inútil hacer muchos gastos cuyo resultado sería quizá hacer de Florentino peor de lo que es.

Mis instancias no pudieron obtener nada de mi tío. Me objetó que la edad de Florentino y su carácter engreído por su madre lo harían indócil a mis consejos y a la dirección que yo pretendiera darle. Combatí sus objeciones haciéndole observar que el amor propio de su hijo y el sentimiento de su inferioridad lo inducirían a hacer esfuerzos para ponerse al nivel de los camaradas que tuviese a su alrededor. Derrotado en todos los puntos mi tío alegó el gasto que le ocasionaría la permanencia de Florentino en Francia. Sonreí a esta última objeción.

—No hablo, agregó, de los gastos de una educación que no sabría aprovechar, sino de los gastos a los que su edad no tardaría en arrastrarlo.

Ciertamente, don Pío es suficientemente rico para correr el riesgo de pagar algunas locuras de juventud, mas el pobre hombre sufría para ocultar el verdadero motivo que lo hacía persistir en su negativa. Mi tío ha reinado siempre en su casa como amo abso-

luto. Preferiría morir antes de ver declinar esta influencia dominadora. No se cree viejo. Sus facultades intelectuales se hallan intactas y parece que no quisiera pensar que puede llegarle la decrepitud. Su hijo es espiritual, pero ignorante y lleno de defectos producidos por la falta de educación. Don Pío desea que su hijo tenga siempre necesidad de él y a la deferencia debida a un padre aúne la del ejemplo dado por todas las personas que lo rodean. Con este objetivo mi tío no quiere que este niño adquiera nuevas ideas y desarrolle su inteligencia. Teme que la educación europea tenga por resultado inspirar a Florentino confianza en sí mismo y desdeñar los consejos y opiniones de su padre. Mi tío tiene inmensas e importantes propiedades que dejar a sus hijos y se imagina que esto será una compensación suficiente a la falta de instrucción. Cree poder satisfacer ese amor de dominio que siente hasta en su casa, sin comprometer la existencia futura de estos niños. Pero los bienes de la fortuna son tan precarios, tan pocas personas los conservan, que fiar en ellos para el porvenir es la más insigne aberración del espíritu humano. El precepto que la sabiduría predica a los hombres, desde hace más de dos mil años, el de contar sólo consigo mismo y considerar las riquezas como accidentales y los talentos como las únicas realidades de este mundo recibe diariamente su demostración en un país atormentado por la discordia, donde los individuos a quienes se supone ricos están sin cesar expuestos a exacciones. Yo también había nacido para tener una parte igual a la de don Pío en la inmensa fortuna dejada por mi abuela. Mi padre lo creía así: su hija, decía, tendría un día 40 000 francos de renta. A pesar de ello trabajo para vivir y educar a mis hijos. No ha dependido de mí evitar a los de mi tío las rudas pruebas por las que yo he pasado si la fortuna de su padre, como la del mío, llegasen a frustrar sus esperanzas. Habría deseado que tuviesen talento para que pudiesen, en la prosperidad, sustraerlo a las pasiones y hacerlo útil a sus semejantes, y en la necesidad, subvenir a su existencia. Pero Dios no ha permitido que mi tío tuviese la voluntad de hacerlo.

La víspera de mi partida don Pío me renovó la promesa hecha delante de toda la familia de asegurarme, una vez restablecida la tranquilidad, la pensión de 2 500 francos que me daba y me entregó una carta para M. Bertera en la que daba orden de pagarla puntualmente y por adelantado.

—VI—
Mi partida de Arequipa

El viernes 25 de abril Mr. Smith vino a recogerme a las siete de la mañana. Estaba ya lista para montar a caballo y mis facciones no demostraban ninguna agitación. Sentía, sin embargo, una viva emoción al abandonar esos lugares. Dejaba la casa donde había nacido mi padre y donde creí encontrar un asilo; pero durante los siete meses que habité en ella sólo ocupé la morada de un extraño. Huía de esta casa en la cual había sido tolerada, pero no adoptada. Huía de las torturas morales que sufría y de las sugestiones que me inspiraba la desesperación. Huía para ir ¿donde?... Lo ignoraba. No tenía plan y, harta de decepciones, no formaba proyectos. Rechazada en todas partes, sin familia, sin fortuna o profesión y hasta sin nombre, iba a la ventura, como un globo en el espacio que cae donde el viento lo empuja. Dije adiós a esas paredes, invocando en mi ayuda la sombra de mi padre. Abracé a mi tía y la compadecí de todo corazón por su dureza para conmigo. Abracé a sus hijos y los compadecí también pues ellos tendrán a su vez días de aflicción. Dije adiós a los numerosos servidores reunidos en el patio, monté a caballo y dejé para siempre aquel asilo ocasional para entregarme a la merced de Dios. Mi tío, mi primo Florentino y muchos otros amigos vinieron a acompañarme.

Avanzábamos en silencio. Las personas que me rodeaban admiraban mi gran valor y se asustaban de él. Mm. Le Bris y Viollier estaban tristes y mi tío parecía estarlo también. En cuanto a mí, una voz secreta me tranquilizaba. Sentía como por instinto que Dios no me había abandonado.

Nos detuvimos en Tiabaya. Mis miradas se dirigieron hacia Arequipa y su valle encantador, después sobre mi tío... Asaltada a la vez por mis recuerdos sentí una cruel aflicción y las lágrimas me sofocaban. Los señores callaban y parecían adivinar lo que pasaba en mi alma. M. Le Bris me dijo:

—Querida señorita, si quiere usted regresar a Arequipa todavía es tiempo. Sus amigos la ayudarán a llevar una vida si no brillante por lo menos tranquila y fácil. Le apreté la mano y di al mismo tiempo la señal de partida. En el lugar donde nos encontrábamos el camino era estrecho, pasé por delante y atravesé así la población. Cuando estuvimos en campo raso me detuve para esperar a mi tío, pero no lo vi más... M. Le Bris me dijo que, para evitarme la emoción del último adiós, había aprovechado el recodo formado por el camino para regresar a Arequipa sin que yo lo viera. Todo había acabado... ya no debía volver a ver a mi tío... ¡No podría expresar cuán penoso era para mí este pensamiento! Ese tío que me había hecho tanto mal, cuya conducta dura e ingrata me obligaba a vagar sobre la tierra, como el pájaro en la selva, sin tener la existencia más segura que aquél. Ese tío que no había tenido para mí un acto de justicia y cuya avaricia había aventajado en su corazón el afecto y la compasión. ¡Pues bien! ¡Lo quería! ¡Lo quería *contra mi voluntad*! ¡Tan duraderas y poderosas son las impresiones de la infancia! Sentía tan vivo dolor que vacilé un momento en regresar a Arequipa únicamente para ver de nuevo a mi tío, conjurarle que me quisiese y olvidar que retenía mis bienes. ¡Tal era la necesidad que sentía de su afecto! ¡Ah!, ¿quién puede explicar las aberraciones del corazón humano? Amamos, odiamos, así como Dios lo quiere, sin poder, a menudo, señalar el motivo. ¡Ah!, ¡desgraciada organización social! Si no hubiese estado obligada a disputar con mi tío por mi herencia nos hubiésemos amado sinceramente. Su carácter de hombre público no me inspiraba ninguna simpatía, pero el resto de él me agradaba. Jamás he encontrado un hombre cuya conversación fuese más instructiva, las maneras más amables y los chistes más graciosos.

En Congata encontramos listo un buen almuerzo debido a la galantería del muy amable Mr. Smith. Vi de nuevo al pequeño Mariano, crecido y embellecido. Quería de todos modos venirse conmigo a Francia. Ese querido niño tenía una expresión admira-

ble cuando me decía: "Mi Floritay[95] diga a esos extranjeros que nos dejen solos, me molestan y tengo que hablarle". Nos quedamos en casa del señor Nájar hasta que pasó un poco el calor. Hacia las doce del día comenzó a soplar el aire del mar y nos pusimos en camino.

Al separarme de mis dos mejores amigos Mm. Le Bris y Viollier sentí un sincero pesar. Durante siete meses me habían prodigado muestras de interés de toda clase y sentía por ellos la más sincera amistad.

Mr. Smith tenía por sirviente a un chileno muy inteligente y mi tío me había dado un hombre de confianza para acompañarme y servirme hasta el momento de mi embarque. Además debía a la graciosa galantería del coronel Escudero una guardia de seguridad. El teniente Mansilla con dos lanceros estaban encargados por él de mi defensa.

Este viaje fue mucho menos penoso que el anterior. Iba provista de las cosas necesarias para precaverme, en cuanto fuese posible, del sol, del viento, del frío, de la sed y, en una palabra, de todos los sufrimientos del desierto. Tenía dos buenas mulas para poder cambiar de montura. Además, Mr. Smith tuvo la extrema cortesía de poner su segundo caballo a mi disposición. Mi tía Joaquina me había prestado dos sillas, una inglesa para el caballo y otra más apropiada para las mulas. En fin, los cuidados con que me rodeaba Mr. Smith me hicieron encontrar en él a un segundo don Baltazar con diez años de experiencia en esta clase de viajes que no cedía en nada al primero.

Cuando llegamos a la cima de la primera montaña nos detuvimos. Bajé del caballo y fui a sentarme en el mismo sitio donde meses antes me habían depositado moribunda. Permanecí allí largo rato admirando el delicioso valle de Arequipa. Le di mis últimos adioses. Contemplé la forma extraña con que aparecía la ciudad y al sucederse mis pensamientos soñaba en que, libre y dueña de poder asociarme a un hombre de mi agrado, hubiese podido gozar allí de una vida tan feliz como en cualquier país de Europa. Esas reflexiones me entristecían y estaba emocionada.

[95] El diptongo ay al final de los nombres les da una dulzura acariciadora. No se le emplea sino para hablar a las personas a quienes se ama tiernamente. (N. de la A.)

—Señorita, me dijo Mr. Smith, quien recorría el mundo desde los diecisiete años y no concebía que se pudiese echar de menos Arequipa, ésta es una bonita ciudad sin duda, pero aquélla adonde vamos es un verdadero paraíso. Ese volcán es soberbio y yo querría ver uno semejante en Dublín. Aquellas cordilleras son magníficas. Sin embargo, usted convendrá en que debe atribuirse a esa vecindad el viento frío y volcanizado y eso haría atrabiliario el carácter más alegre y más dulce de toda Inglaterra. ¡Ah! ¡Viva Lima! Cuando no se puede ser miembro del parlamento, con 10 000 libras esterlinas, hay que vivir en Lima.

Fue así como la alegría natural y llena de espíritu de Mr. Smith desviaba el curso de mis pensamientos.

Al ir de Arequipa a Islay se tiene el sol por detrás y el viento de frente. Por consiguiente se sufre mucho menos con el calor que al ir de Islay a Arequipa. Hice el camino muy bien, sin gran fatiga y como mi salud había mejorado me encontré más fuerte para soportarlo que cuando hice mi primer viaje. A las doce de la noche llegamos al tambo. Me eché vestida sobre la cama mientras preparaban la comida. Mr. Smith poseía un talento milagroso para salir de apuros en el viaje. Se ocupaba de todo, de la cocina, de los arrieros, de los animales y todo esto con una ligereza y un tacto admirables. Ese inglés, que era un joven elegante de treinta años, en todo lo que hacía ponía la misma distinción de modales y hasta en el desierto se reconocía al dandy de salón. Pudimos hacer, gracias a sus cuidados, una excelente comida, después de la cual nos dedicamos a conversar pues ninguno de nosotros pudo dormir. A las tres de la mañana nos pusimos en camino. El frío era tan fuerte que me cubrí con tres ponchos. Al sobrevenir la aurora me sentí dominada por un sueño invencible y rogué a Mr. Smith que me dejara dormir siquiera media hora. Me apeé y sin dar tiempo al sirviente para extender la alfombra quedé tan profundamente dormida que no se atrevieron a molestarme para acomodarme mejor. Me dejaron así una hora. Me sentí muy bien después de este sueño. Nos hallábamos entonces en pampa rasa y monté a caballo para atravesar esta inmensidad siempre a todo galope.

Mr. Smith dudaba mucho de que yo pudiese seguirlo. Para animarme no cesaba de desafiarme. Yo aceptaba el desafío y tenía a honra ir siempre delante de él, unos quince o veinte pasos. Con

esta manera de estimularme obtuvo el resultado que esperaba. Pronto me convertí en excelente amazona. Hice galopar tan bien mi caballo, cuidándolo al mismo tiempo, que el oficial Mansilla no pudo seguirme y menos aún los dos lanceros. Por fin Mr. Smith se vio obligado a pedirme gracia para su hermosa yegua chilena a la cual temía fatigar demasiado.

A las doce del día llegamos a Guerrera e hicimos alto. Comimos bajo la fresca sombra de los árboles. Enseguida arreglamos lechos en el suelo y dormimos hasta las cinco. Ascendimos a paso lento la montaña y llegamos a Islay a las siete. Grande fue la sorpresa de don Justo cuando me vio. Este hombre, que es de una bondad y de una hospitalidad extrema con todos los extranjeros, me prodigó muchas atenciones. Islay había cambiado mucho de aspecto desde mi última estada allí. Esta vez no me invitaron a ningún baile. Nieto y sus valientes soldados habían devastado todo durante las veinticuatro horas que permanecieron en la población. Además de la requisa de víveres, cometieron extorsiones de toda clase con el propósito de arrebatar dinero a los desgraciados habitantes. El pueblo estaba en la desolación y el bueno de don Justo no cesaba de repetirme:

—¡Ah, señorita! Si no estuviese tan viejo me iría con usted. Las guerras continuas que destrozan este país lo han hecho inhabitable. He perdido ya a dos de mis hijos y espero en cualquier momento tener noticia de la muerte del tercero que sirve en el ejército de Gamarra.

Me quedé tres días en Islay en espera de la salida de nuestra embarcación y los habría pasado muy tristemente sin la sociedad de Mr. Smith y de los oficiales de una fragata inglesa, anclada en la bahía, con quienes trabé amistad. Nunca había encontrado, y me complazco en recordarlo, oficiales tan distinguidos por sus maneras y su espíritu como los de la fragata "The Challenger". Todos hablaban francés y habían vivido en Francia algunos años. Esos señores, siempre vestidos de paisanos, eran notables por su indumentaria de una limpieza exquisita y de una elegante sencillez. El comandante era un hombre soberbio, de una hermosura ideal. Sólo tenía treinta y dos años, pero una profunda melancolía pesaba sobre él. Sus actos y sus palabras tenían un sello de triste-

za que me daba pena. Pregunté la causa a uno de sus oficiales el cual me dijo:

—¡Ah! Sí, señorita, su tristeza es muy grande. Mas el pesar que lo origina es también el más doloroso del mundo. Desde hace siete años está casado con la mujer más hermosa de Inglaterra. La ama locamente, es igualmente correspondido y, sin embargo, debe vivir separado de ella.

—¿Quién le impone esa separación?

—Su estado de marino. Como es uno de los capitanes de fragata más jóvenes, lo mandan constantemente a lugares lejanos en viajes que duran tres o cuatro años. Hace tres años que estamos en estos parajes y no regresaremos a Inglaterra antes de quince meses. Juzgue el cruel dolor que tan larga ausencia debe hacerle sentir...

—¡Que debe hacerle sentir!... ¿No tiene, pues, fortuna para tener que seguir una carrera que lo tortura a él y a aquélla a quien ama?

—¡Fortuna! Tiene 5 000 libras esterlinas de renta y su esposa, la más rica heredera de Inglaterra, le ha llevado 200 000 libras de dote. Es hija única y tendrá aún dos veces más a la muerte de su padre.

Quedé admirada.

—Entonces, señor, explíqueme, ¿qué potencia obliga a su comandante a estar alejado de su esposa durante cuatro años, a morir de consunción a bordo de su fragata y a condenar a tan hermosa criatura al dolor y a las lágrimas?

—Es preciso que llegue a una alta posición. Nuestro comandante obtuvo de su padre esta rica heredera sólo a condición de seguir en su profesión hasta que sea almirante. Ambos jóvenes consintieron y para cumplir esta promesa él debe recorrer los mares durante diez años más, por lo menos, pues es en la ancianidad cuando, entre nosotros, se hacen las promociones.

—¿Así es que el comandante se cree obligado a vivir todavía durante diez años separado de su esposa?

—Sí, para cumplir su promesa. Pero, transcurrido ese tiempo, será almirante, llegará a la Cámara de los Lores, quizá al ministerio, en fin, será uno de los primeros en el Estado. Me parece, señorita, que para llegar a tan hermosa situación se puede muy bien sufrir durante algunos años.

¡Ah!, pensé. Por estas malditas grandezas los hombres pisotean lo que hay de más sagrado. Dios mismo se ha complacido en dotar a esos dos seres: belleza, espíritu, riqueza, todo les ha sido concedido y el amor que sienten el uno por el otro debería asegurar una felicidad tan grande como es capaz de gozar nuestra naturaleza. La felicidad aspira a comunicarse. En torno a ella, todo trasciende su dulce influencia y, dichosos, ambos seres habrían podido hacer gozar a sus semejantes. Pero el orgullo de un viejo imbécil destruye este porvenir de felicidad terrestre. Quiere que veinte años estén consagrados a la tristeza, al dolor y a los tormentos de todo género que hace nacer la separación. Cuando al fin estén reunidos la esposa habrá perdido su belleza y el hombre sus ilusiones. Su corazón estará sin amor y su espíritu sin frescura, pues veinte años de disgustos, de temores y de celos desfloran las almas más hermosas. ¡Pero será almirante! ¡Par del reino! ¡Ministro!, etc. Absurda vanidad.

No podría decir cuan amargas reflexiones me sugirió la historia del comandante de la "Challenger"... Encontraba en todas partes el sufrimiento moral. En todas partes veía resaltar los prejuicios impíos que ponen al hombre en pugna con la Providencia y me indignaba de la lentitud de los progresos de la razón humana. Pregunté a este guapo comandante si tenía hijos.

—Sí, me contestó, una hija tan hermosa como su madre y un hijo que según me dicen se me parece mucho. No lo conozco todavía. Tendrá cuatro años cuando yo lo vea, si Dios permite que lo vea...

Y el desgraciado contuvo un suspiro. Todavía era sensible porque era joven. Mas a los cincuenta años, probablemente se habrá vuelto tan duro como su suegro y exigirá tal vez de su hijo y de su hija sacrificios tan crueles como los que le han sido impuestos a él. Así se trasmiten los prejuicios que depravan nuestra naturaleza y esta transmisión no se interrumpe sino cuando se presentan aquellos seres a quienes Dios ha dotado de una voluntad firme y de un valor enérgico que soportan el martirio antes que el yugo.

El 30 de abril a las once de la mañana salimos de la bahía de Islay. Y el 10 de mayo a las dos de la tarde anclamos en la rada del Callao. Este puerto no me pareció tener tanta actividad como

Valparaíso.[96] Los últimos acontecimientos políticos habían tenido funesta influencia sobre los negocios comerciales. Éstos iban muy mal y había menos navíos que de costumbre.

Desde el mar se distinguía a Lima situada sobre una colina en medio de los Andes gigantescos. La extensión de esta ciudad y los numerosos campanarios que la coronan le dan un aspecto grandioso y mágico.

Estuvimos en el Callao hasta las cuatro en espera del coche para Lima. Tuve mucho tiempo para examinar aquel pueblo. Así como Valparaíso e Islay, el Callao desde hacía diez años progresaba de tal manera que después de una ausencia de dos o tres años los capitanes apenas lo podían reconocer. Las casas más hermosas pertenecían a los negociantes ingleses y norteamericanos. Tenían allí depósitos considerables. La actividad de su comercio ha establecido un movimiento continuo entre el puerto y la ciudad, la cual se halla a dos leguas. Mr. Smith me condujo donde sus agentes. Encontré en esta casa inglesa ese lujo y confort particular a los ingleses. El servicio lo hacían criados de aquella nacionalidad que, al igual que sus amos, iban vestidos como si estuviesen en Inglaterra. La casa tenía una galería semejante a todas las casas de Lima. Esas galerías son muy cómodas en los países cálidos. Se va a ellas a respirar el aire a cubierto del sol, paseándose alrededor de la habitación. Lindas cortinas inglesas embellecían aquélla en la cual me hallaba. Me quedé algún tiempo y pude observar con toda comodidad la larga y ancha calle que forma la ciudad del Callao. Era domingo. Los marinos, en vestidos de fiesta, se paseaban por la calle. Veía grupos de ingleses, de americanos, de franceses, de holandeses, de alemanes. En suma, una mezcla de casi todas las naciones y palabras de todas las lenguas llegaban hasta mis oídos. Al oír conversar a estos marinos comprendí el encanto que su vida aventurera debía tener para ellos y el entusiasmo que inspiraba al verdadero marinero Leborgne. Cuando cansada del espectáculo de la calle eché una mirada al gran salón, cuyas ventanas rodeaban la galería, cinco o seis ingleses con sus

[96] Basadre apunta: "A causa de la desidia de los gobiernos y los trastornos políticos, el Callao había ido perdiendo su significación en beneficio de Valparaíso, a pesar de la peligrosa rada de éste y del prejuicio por su vieja condición de bodega del Callao durante la Colonia.". Ver Jorge Basadre, La iniciación... op. cit., T. II, pp. 26-27. (N. del E.)

hermosas caras tranquilas y frías, perfectamente bien puestos, estaban allí reunidos. Bebían su grog y fumaban excelentes cigarrillos de La Habana, balanceándose muellemente en hamacas de Guayaquil suspendidas del techo.

Por fin dieron las cuatro. Subimos al coche. El conductor era francés y todas las personas que encontré allí hablaban francés e inglés. Había dos alemanes, grandes amigos de Althaus y enseguida me encontré entre conocidos.

Desde mi salida de Burdeos era la primera vez que subía a un coche. Tuve tal gusto que me hizo sentirme feliz durante las dos horas que duró el trayecto. Me creía ya de regreso a la plena civilización.

El camino es malo al salir del Callao, pero después de haber recorrido una legua es más o menos bueno, muy ancho, plano y con poco polvo. A media legua del Callao, sobre el borde derecho de la ruta, yacen extensas ruinas de construcciones indígenas. La ciudad cuya existencia recuerdan había dejado de existir cuando los españoles conquistaron el país. Se podría saber, posiblemente por las tradiciones de los indios, lo que fue esa ciudad y la causa de su destrucción. Pero hasta ahora la historia de este pueblo no ha inspirado suficiente interés a sus amos como para consagrarse a aquellas investigaciones. Algo más lejos, a la izquierda, está la población de Bellavista donde hay un hospicio destinado a los marineros. A la mitad del camino nuestro conductor se detuvo en una taberna cuidada por un francés. Después de haberla pasado la ciudad se presentó a nuestras miradas con toda su magnificencia. La campiña cercana, verde, de mil tonos, ofrecía la riqueza de una vigorosa vegetación. Por todas partes grandes naranjos, platanares, palmeras y una multitud de árboles propios de esos climas despliegan su variado follaje. Y el viajero en éxtasis ve los sueños de su imaginación sobrepasados por la realidad.

A media legua de la ciudad el camino, bordeado por grandes árboles, forma una avenida cuyo efecto es en verdad majestuoso. A los lados se paseaba un buen número de peatones y muchos jóvenes a caballo pasaron también cerca del coche. Esta avenida era, según supe después, uno de los paseos de los limeños. Entre los paseantes había muchas mujeres con saya, este vestido me pareció tan extraño que cautivó mi atención. La ciudad estaba cerca-

da y al extremo de la avenida llegamos a una de las puertas. Sus dos pilastras eran de ladrillo y el frontispicio que lucía los escudos de España había sido mutilado. Unos empleados visitaron el coche, como se practica a la entrada de París. Atravesamos luego una gran parte de la ciudad cuyas calles me parecieron espaciosas y las casas muy diferentes de las de Arequipa. Lima, tan grandiosa, vista de lejos, cuando se entra en ella no mantiene sus promesas, ni responde a la imagen que uno se había forjado. Las fachadas de las casas son mezquinas, sus ventanas sin vidrios y las barras de hierro con que están enrejadas recuerdan las ideas de desconfianza y de opresión. Al mismo tiempo se entristece uno por el poco movimiento que hay en todas aquellas calles. El coche se detuvo delante de una casa de hermosa apariencia. Vi venir del fondo a una señora alta y gorda a quien reconocí enseguida, por el retrato que de ella me habían hecho los señores del "Mexicano", como a Mme. Denuelle. Esta señora vino en persona a abrirme la portezuela, me ofreció su mano para bajar y me dijo con la expresión más afable:

—Señorita Tristán, la esperábamos aquí con impaciencia desde hacía mucho tiempo. Después de todo lo que los señores David y Chabrié nos han dicho de usted estamos muy felices al tenerla entre nosotros.

—VII—
Un hotel francés en Lima

La señora Denuelle me condujo a un salón amueblado a la francesa. Hacía apenas cinco minutos que estaba sentada cuando vi entrar a doce o quince franceses, todos muy afanados por verme. Me conmovió esta prueba de interés, conversé algunos instantes con ellos y les agradecí esta acogida afectuosa. Enseguida la señora Denuelle me condujo al pequeño departamento que me destinaba, el cual se componía de un salón y de un dormitorio.

Salí de Arequipa cargada de cartas para una multitud de personas de Lima. Mr. Smith, siempre de una complacencia inagotable para conmigo, me ofreció, al bajar del navío, hacer entrega de estas cartas. Se las di, de manera que, una hora después de mi llegada, las personas a quienes iban dirigidas acudieron a verme para tener noticias políticas. Su afán era tal que me hicieron veinte preguntas a la vez. El uno inquiría por su padre, el otro por su hermano; don Basilio de la Fuente, a quien encontré alojado donde Mme. Denuelle, quería saber qué había sucedido a su esposa y a sus once hijos; éste lloraba por su hermano a quien habían matado; aquélla se inquietaba por su hermana, esposa del general Nieto, que estaba como prisionera en Santa Rosa; todos temían, no sin fundamento, que la señora Gamarra regresase a Lima donde tenía tantas venganzas que ejercitar.

El carácter de los limeños me pareció, en esta primera entrevista, aún más fanfarrón y medroso que el de los arequipeños. Como a las once de la noche la señora Denuelle hizo comprender a los visitantes que yo tenía necesidad de descansar. Se retiraron con

gran contento de mi parte. Ya no podía más, tenía la cabeza hueca. Mr. Smith me advirtió que había entregado personalmente a mi tía, la hermosa Manuela de Tristán, esposa de mi tío Domingo a la sazón prefecto de Ayacucho, la carta que le había sido dirigida y ella le había rogado que la fuese a buscar, pues quería verme la misma noche. Vino, pues, en cuanto me vi libre de las demás visitas. Encontré muy delicada esta atención de su parte.

Por lo que había oído decir de la belleza extraordinaria de mi tía de Lima esperaba, naturalmente, ver una mujer estupenda. Sin embargo, la realidad sobrepasó a mis ojos lo que me había imaginado. ¡Oh! Ésa no era una criatura humana. ¡Era una diosa del Olimpo, una hurí del paraíso de Mahoma descendida sobre la tierra! A la vista de esta divina criatura me sentí sobrecogida de santo respeto. No me atrevía a tocarla; me cogió una mano que guardó entre las suyas mientras me decía las cosas más afectuosas, pronunciadas con una nobleza, una gracia y una facilidad que acabaron de fascinarme. Siento mi insuficiencia para describir tal belleza. Rafael no ha concebido para sus vírgenes una frente donde haya tanta nobleza y candor, una nariz tan perfecta, una boca más suave y más fresca; pero sobre todo un óvalo, un cuello y un seno más admirablemente hermosos. Su piel era blanca, fina y aterciopelada como la de un melocotón. Sus cabellos castaño claro, finos y brillantes como la seda, caían en largos bucles ondulados sobre sus redondeadas espaldas. Estaba un poco gorda quizá, pero su talle esbelto no perdía nada de su elegancia. Todo en ella estaba lleno de orgullo y de dignidad. Tenía el porte de una reina. Su toilette se armonizaba con la frescura de su hermosa persona.

Su vestido de muselina blanca, sembrado de botoncitos de rosa bordados en color, era muy escotado, con mangas cortas y el talle muy bajo formaba una punta por delante. Esto le sentaba muy bien pues dejaba ver lo que tenía de más hermoso: el cuello, los hombros, el pecho y los brazos. Largos aretes pendían de sus orejas. Un collar de perlas ceñía su cuello de cisne y brazaletes de diversas especies hacían resaltar la blancura de sus brazos. Un gran manto de terciopelo, color celeste oscuro y forrado en raso blanco, envolvía ese hermoso cuerpo, y un velo de encaje negro echado negligentemente sobre su cabeza, la preservaba de las miradas indiscretas de los transeúntes. Había cesado de hablar y yo, contem-

plándola todavía, la escuchaba y no respondía a todos sus ofrecimientos de servirme, sino exclamando:

—¡Dios mío, tía, qué hermosa es usted!... ¡Ah!, ¿quién podrá explicarme el mágico imperio de la belleza? ¿De ese ascendiente irresistible que armoniza todo, sin tener en sí una apariencia que se pueda definir? ¿De esa emanación divina que da la vida a las formas, a los colores, vibra en los sonidos y se exhala en los perfumes? ¿De ese poder magnético, esparcido según los fines de la Providencia, sobre todos los seres de la creación? ¡Jerarquía que sale de Dios, que desciende al átomo y que ningún ojo puede percibir! Esta causa oculta que determina nuestra elección, nuestras predilecciones y que nos fascina. En una palabra, la belleza en cualquier forma que se muestre, aérea, visible o palpable, penetra todo mi ser con su dulce influencia. Los perfumes de las flores, los cantos de los pájaros me la hacen sentir. La experimento a la vista del gigante de la selva, cuya copa se eleva hasta la región de las tempestades; a la vista de la gracia salvaje del animal indómito, a la aparición de un hombre tal como el comandante de la "Challenger" o de una mujer como mi tía Manuela. Y en presencia de la belleza, de esa sonrisa de los dioses, palpitante de admiración y de placer, mi alma se eleva hacia el cielo.

Mi tía insistió mucho para que fuese a vivir a su casa. Le agradecí, excusándome con la molestia que podía ocasionarle. Como era muy tarde dejamos la decisión para el día siguiente. Después de su partida la señora Denuelle se quedó conversando conmigo de suerte que era más de la una cuando me encontré sola.

Nunca he llegado a un país desconocido sin sentir una agitación más o menos viva. Mi atención, casi a pesar mío, se dirige sobre todo lo que me rodea y mi alma ávida por conocer y comparar se interesa por todo. La sucesión de personas y de cosas que habían desfilado delante de mí desde mi desembarque en el Callao me agotaron hasta el punto de que, a pesar de mi cansancio, me fue imposible dormir. Mi pensamiento me mantenía en vela y no cesaba de reproducir las impresiones que acababa de sentir. Me adormecí al amanecer y soñé con los hermosos naranjos, con las lindas limeñas con saya y con la aparición de mi tía.

Desde las ocho de la mañana la señora Denuelle entró en mi cuarto y pronto dirigió la conversación sobre mi tía. Me dijo con

aire confuso que en interés mío creía deber instruirme sobre algunas particularidades de la señora Manuela de Tristán. Me refirió que desde hacía largos años Manuela tenía amores con un americano del norte a quien amaba mucho y del que estaba excesivamente celosa. Mme. Denuelle me habló en forma de dejarme conocer el fondo de su pensamiento. Temía verme aceptar la hospitalidad que me había sido ofrecida no tanto por el gasto que podía ocasionar, sino por el deseo vehemente de tenerme a su lado durante mi estada en Lima. Si de antemano no hubiese estado decidida a rechazar los ofrecimientos de mi tía lo que acababa de saber bastaba para impedírmelo. Ya había llegado a conocer el corazón humano lo suficiente para comprender que no debía alojarme en casa de una mujer si corría el riesgo de convertirme en objeto de sus celosas sospechas y también si me interesaba no provocar su odio, el que ciertamente quería evitar. Al dejar la casa de mi tío Pío me había prometido a mí misma no aceptar la hospitalidad de ningún pariente. Hablé de esto un día con Carmen y ella me dijo:

—Hará usted bien, Florita, vale más comer pan en casa de uno que bizcocho en la de los parientes.

Tranquilicé, pues, a Mme. Denuelle; traté el precio con ella, a razón de dos pesos por día, y cuando regresó mi tía le hice comprender que nos molestaríamos mutuamente. Quedó convenido en que me quedaría en el hotel. Creí ver que mi discreción causaba gran placer.

Sin embargo, mi situación pecuniaria debía causarme inquietud. Salí de Arequipa con algunos cientos de francos y mi tío me dio una carta de crédito por 400 pesos, pero únicamente destinados a pagar mi pasaje. Estipuló que no podría tocar su importe hasta el momento de mi partida con lo que me hizo comprender a las claras que me daba este dinero con la condición de salir del país. No había navíos en franquía y sabía por Mr. Smith que no los habría antes de dos meses. Mi permanencia durante todo este tiempo en el hotel era un desembolso de 120 pesos y, además, me veía obligada a hacer algunos gastos pequeños en mi vestido. Comprendí que necesitaba por lo menos 200 pesos para hacer frente a todas estas necesidades. Puedo decir que he tenido todas las desgracias, fuera de una: la de tener deudas. El temor de contraerlas ha dominado siempre mi conducta. Contando con cuidado antes

de gastar jamás he debido un centavo a nadie. Cuando hice este cálculo de 200 pesos y no encontré sino 20 en mi bolsillo estuve, lo confieso, muy asustada. Mi guardarropa era, ya lo he dicho, más que mezquino. Me puse a examinarlo a pesar de todo y, pluma en mano, valoricé pieza por pieza para ver cuánto podría obtener por todos esos trapos si hacía una venta en momentos de mi partida. Vi que el producto ascendería a más de 200 pesos. Cuando adquirí esta certidumbre ¡oh!, ¡me sentí feliz, muy feliz! Había renunciado, al dejar a Escudero a todos mis grandes proyectos de ambición y no quería oír hablar más de política. Volví a ser joven, alegre y, por primera vez en mi vida, de una despreocupación completa. Jamás he gozado de mejor salud. Engordaba a ojos vistas, comía con apetito, dormía perfectamente. En una palabra, puedo decir que esos dos meses constituyen la única época de mi existencia en que no he sufrido.

Al día siguiente de mi llegada tuve algunos desagrados con el cónsul de Francia, Mr. Barrére. El asunto fue el siguiente: a raíz de mi salida de Arequipa los franceses residentes en aquella ciudad, aprovechando la ocasión, dirigieron un pedido colectivo a M. Barrére para que invistiera a M. Le Bris de poderes especiales a fin de que éste pudiese proteger sus intereses gravemente comprometidos por los últimos acontecimientos políticos. M. Moriniére me había rogado a nombre de los peticionarios que expusiese de viva voz al cónsul los motivos poderosos que los había inducido a presentar tal solicitud. Comprendí muy bien la posición de todos ellos y les prometí cumplir mi doble misión. Por la mañana envié al cónsul la carta de mis compatriotas y le escribí dos palabras para informarle que estaba encargada de hacerle conocer verbalmente la cruel situación en que se encontraban los franceses de Arequipa. Agregué que el asunto era urgente y que, retenida en el hotel por una indisposición, si quería honrarme con su visita podría exponerle enseguida lo que le interesaba saber. Éstas son las palabras textuales de mi carta. Costará trabajo creer que M. Barrére las encontró ofensivas para su dignidad consular, y sin embargo, así fue. Preguntó quién era yo y dónde había sido educada para ignorar las conveniencias hasta el punto de pensar que él, el cónsul, era quien debía ir a hacerme una visita. Dos o tres personas amigas vinieron a decirme que no se hablaba sino de la carta altanera que había es-

crito al cónsul quien estaba muy escandalizado. Mi admiración fue grande. Leí a todo el mundo el borrador de mi carta que felizmente había conservado y nadie comprendió nada en la gran ira de M. Barrére. Expliqué el motivo de mi apuro en comunicar al cónsul aquello de que estaba encargada y todos aprobaron la sencilla gestión hecha por mí. Creo que le hicieron reflexionar en lo inconveniente de su conducta, sobre todo, tratándose de una mujer, pues a la noche siguiente me envió a su sobrino para excusarse ante mí por no haber venido a verme porque su salud no se lo había permitido. El sobrino se presentó como secretario de su tío y me pidió, en esta calidad, los informes que había de dar al cónsul. Pero este joven me pareció tan poco capaz de comprender la menor cosa que no me preocupé en comunicarle ningún detalle y lo despedí diciéndole que escribiría al señor cónsul lo que hubiese preferido decirle de viva voz.

Así son los hombres encargados de velar por los intereses franceses en el extranjero. M. Barrére, viejo gotoso, caprichoso e irritable en exceso, no se hallaba al nivel de la importancia de las funciones que le estaban confiadas. El celo, la vigilancia y la actividad necesarios estaban por encima de sus fuerzas y carecía de los conocimientos especiales indispensables para cumplir con sus deberes. No sólo era una necedad absurda de M. Barrére ofenderse por la carta en que le pedía que me viniese a ver porque tenía comunicaciones para él enviadas por el comercio francés de Arequipa, sino que, en estas circunstancias, sus funciones de cónsul le imponían la obligación de venir a tomar informes de mi boca en cuanto supo de mi llegada. Desde hacía un mes no se tenían en Lima noticias de Arequipa. El cónsul francés ¿no debía mostrarse celoso por saber si por los resultados de la batalla de Cangallo los intereses y la seguridad de sus compatriotas habían quedado comprometidos? Los datos recibidos por la correspondencia traída en nuestro barco no podían dispensarlo de recoger informaciones verbales. Todas las cartas habían sido abiertas en Islay y nadie se atrevía a escribir la exacta verdad. El cónsul de Inglaterra comprendía sus deberes de otra manera. No creyó comprometer su dignidad con ir hasta el Callao e informarse por medio de Mr. Smith sobre los acontecimientos de Arequipa. No hay nación en la que los intereses comerciales estén peor defendidos por sus agentes

que los intereses del comercio francés por los cónsules nombrados por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Es un hecho del que se puede adquirir la certeza sin salir de Francia, en las ciudades manufactureras y en los diversos puertos de mar del reino: Marsella, Lyon, Burdeos, Rouen, el Havre. Antes de M. Barrére, el cónsul francés en el Perú era M. Chaumette-Desfossés, hombre muy instruido, escritor espiritual y encantador en sociedad. Además, gastrónomo distinguido que cuidaba con la más grande atención de los detalles culinarios y daba una soberbia comida el día del santo del rey. Pero, a pesar de todos estos talentos M. Chaumette-Desfossés era el hombre menos adecuado para las funciones consulares. No creo que él se hubiese ofendido por mi carta, pero si se puede creer la voz general, durante los seis años que fue cónsul el sabio sólo se ocupó de sus investigaciones científicas. Y como el país no ofrecía a este respecto un campo muy dilatado se puso a aprender el chino y el árabe. M. Chaumette-Desfossés era completamente extraño a los intereses comerciales de su país y a la dirección de estos asuntos. M. Chabrié y los otros capitanes de navío estaban indignados por la manera como cumplía sus funciones. Cuando iban donde él, por las formalidades relacionadas con la llegada o el despacho de los navíos, el cónsul abría la ventanilla que había mandado hacer en su puerta.

—¿Qué quieren?, preguntaba.

—Señor, tengo que hablarle de algo relativo a la declaración de mi carga.

—No tengo tiempo, respondía el cónsul cerrando la ventanilla.

—Pero, señor, no esperamos sino su firma para levar anclas.

—Regrese usted, no tengo tiempo, respondía desde adentro sin reabrir la ventanilla. En Chile, el cónsul que precedió a M. Verninac fue muerto en duelo por un capitán de navío a quien insultó. El capitán apuraba el despacho de su barco al que la demora debida al cónsul ocasionaba un perjuicio considerable. El cónsul, maltratado por el capitán, creyó también comprometida su dignidad y el duelo tuvo lugar.

Cuando el gobierno francés reconoció la independencia de los Estados de la América española se hizo gran ruido en los periódicos de París sobre los cónsules enviados por el ministerio. Éstos iban, por medio de tratados, a abrir nuevos mercados para nues-

tros productos. Mas la primera condición para cumplir bien con una misión es la de conocer los intereses que nos están confiados. Hubiese sido fácil a esos cónsules aprovechar el odio de la América del Sur contra sus antiguas metrópolis española y portuguesa para hacer admitir los vinos de Francia con derechos menores que los impuestos a los vinos de la península. Hubiesen podido prever las relaciones que no debían tardar en establecerse entre la China y las costas occidentales de América y obtener que fuésemos, en nuestros artículos de sedería, mejor tratados que los chinos, cuyas sedas importadas por los navíos de Norte América y Europa[97] arruinan a nuestros fabricantes por los bajos precios a que se venden. Los agentes franceses disimularon su ignorancia acerca de los intereses materiales de su país estipulando que las mercaderías francesas serían tratadas como las de las naciones más favorecidas y creyeron con esto haber hecho una obra maestra. En efecto, la producción es en Francia más barata que en ninguna otra nación y nuestras mercaderías no tienen necesidad de encontrar ventajas en ninguna parte. Si dejaran a nuestras grandes ciudades manufactureras y marítimas designar sus agentes en el exterior no mandarían, seguramente, a sabios, arqueólogos, ni hombres con títulos nobiliarios; pero sí agentes escogidos que comprenderían sus intereses mejor que los aprendices de diplomáticos salidos de Relaciones Exteriores.

No tuve, durante mi estancia en Lima, disputas por mi herencia. Había sido despojada, ya no debía pensar más en ello. No asistí a grandes trastornos, semejantes a los que presencié en Arequipa. No estuve agitada por violentas emociones y mis observaciones se dirigieron únicamente a las localidades y personas que se ofrecían a mis miradas. Comenzaré por dar a conocer al lector a la señora Denuelle y su casa. Recorrerá enseguida conmigo la ciudad, después le hablaré de las mujeres, de los franceses residentes.

La señora Denuelle vivía en Lima desde 1826. Había establecido una pensión que era la más hermosa y mejor atendida de to-

[97] Por el tratado de comercio que el gobierno acaba de firmar con Santa Cruz los derechos sobre los vinos de Francia han sido considerablemente disminuidos y nuestras sederías no pagarán a su entrada en el Perú y Bolivia, sino la mitad de los derechos impuestos a las sedas de la China. Este tratado ha sido estipulado después de haber sido escrita mi narración y está firmado por mi tío, don Pío de Tristán, quien fue ministro. (N. de la A.)

das las que hay en la ciudad. Tenía anexo, desde hacía dos años, un almacén en el que vendía toda clase de mercaderías pues como ya tuve ocasión de demostrar, el comercio en aquel país no estaba aún clasificado y subdividido en especialidades y todo el mundo se mezclaba en él. Además, era ella quien había hecho correr los primeros coches entre Lima y el Callao para el transporte de pasajeros. Esa empresa le pertenecía. En el fondo de la casa estaba el comedor. La mesa era de cuarenta cubiertos. A un lado se encontraba un gran salón que comunicaba con una sala de billar y las dos piezas daban a un jardín pequeño. El mobiliario de todas estas salas era cómodo y rico. Se juntaban la elegancia francesa y la comodidad inglesa. El servicio de mesa era muy lindo. Se veía el mismo lujo que en Londres, en el hotel Brunet. Los departamentos que alquilaba a los extranjeros estaban siempre muy bien tenidos: buenas camas, ropa elegante, nada faltaba. Los criados eran franceses o ingleses, de suerte que todo se hacía con mucha prontitud y limpieza. Esto, en lo que concierne a la casa. En cuanto a la huéspeda, ¡oh!, ése es el resumen de una larga historia. ¡Historia de cuarenta años de vida de mujer, agitada por fortuna diversa y durante los cuales tuvo ocasión de conocerlo todo, de agotarlo todo!

La señora Denuelle que hoy tiene un hotel en Lima no es otra que la hermosa, la magnífica, la seductora Mademoiselle Aubé que debutó en la ópera con el papel de la Vestal. Su voz fresca, sonora y de amplio registro obtuvo en este papel el éxito más brillante. Fueron aplausos frenéticos, aturdidores, en la primera, segunda y tercera aparición de Mlle. Aubé. Tres veces coronada por las aclamaciones del público entusiasta, la debutante llegaba a la cumbre de las grandezas teatrales y firmó un contrato de 15 000 francos al año con el director. En la embriaguez de su alegría convidó a todos sus amigos a un banquete espléndido. ¡Ah!, ¡fue un día de gloria y de felicidad! ¿Cuántos adoradores tuvo? El mundo entero estaba a sus pies. El sonido de su voz vibraba en todos los corazones y se esperaba que en todos los papeles mademoiselle Aubé sería tan sublime, excitaría los mismos transportes y haría sentir los mismos arrebatos que en el de la Vestal. ¡Cuántas envidias suscitó el éxito tan brillante! Su nombre estaba sobre el cartel. La multitud invadía el teatro. Mlle. Aubé representaba un nuevo papel. Se presentó... Pero, ¡qué repentina metamorfosis se había operado en

el público. Sólo fue acogida por los aplausos de algunos. Desde la primera escena su voz, su aire, su modo de actuar provocaron murmullos. Cantó un aria y la multitud permaneció muda. Ningún aplauso la alentaba. Escuchó hasta observaciones malévolas. La desgraciada entró a los bastidores con la cabeza ardiente y las arterias hinchadas como si se le fuesen a romper. Su boca estaba seca, bebió para humedecerla, repasó su partitura que temía no saber bien. El público esperaba. Era menester reaparecer en la escena. En aquella noche todo le fue fatal: el vestido no le sentaba; la hacía parecer más alta y más delgada de lo que en realidad era. Todos los anteojos se dirigían hacia ella. Los mismos que otras veces la habían encontrado tan hermosa exclamaron: ¡Es fea! La actriz no oyó estas palabras, pero la relación magnética que existe entre el actor y el público le hizo comprender que las habían dicho. Estaba aterrada, las lágrimas la ahogaban y un temblor agitaba sus miembros. Vio todo el peligro de su situación y su terror redobló. Sin embargo, tenía que cantar... Con la fuerza de la desesperación cantó, pero su voz temblaba y cantó en falsete. Enseguida una gritería se elevó de todas partes y los silbidos acabaron por trastornar a la desgraciada artista. Sentía un sudor frío por todo el cuerpo, no oía ya la orquesta. Sus miradas espantadas se detuvieron sobre esos millares de cabezas cuyas risas la escarnecían, cuyas palabras la ultrajaban. Permaneció inmóvil deseando que el piso se hundiese bajo sus pies para verse libre para siempre de esas risas infernales, de esos gritos demoníacos. El murmullo aumentaba. La infortunada ya no vio nada. Una nube delante de los ojos le ocultaba las luces. Toda su sangre afluía hacia su corazón. Las piernas se le doblaban bajo su peso. Hizo un último esfuerzo y se precipitó fuera del proscenio donde cayó como muerta. Mme. Denuelle me ha referido muchas veces su desventura. La impresión fue tan cruel y su recuerdo se grabó tan profundamente en su memoria que, sorprendidos en el Cabo de Hornos por una violenta tempestad, cuando todos a bordo presa de la desesperación veían la muerte en cada ola, ella decía al capitán:

—¡Oh! No es desde hoy que conozco la tempestad. Usted está allí como yo estaba sobre las tablas...

Este acontecimiento cerró el porvenir de Mme. Denuelle. Le fue imposible reaparecer en la ópera y después de haber sido contratada en el primer teatro lírico del mundo su amor propio de artis-

ta la indujo a rechazar todas las propuestas que le hicieron en los teatros de Lyon, Burdeos y Marsella. Prefirió expatriarse. Estuvo mucho tiempo en la corte de Luis de Bonaparte, en Holanda y en Westphalia, con Jerónimo. A la caída del emperador se encontró sin empleo y representó en los teatros de Dublín y de Londres. Desde 1815 hasta 1825 su vida no presentó sino un tejido de acontecimientos de los cuales varios fueron funestos... Perdió por completo la voz y engordó demasiado para aparecer en el teatro. Entre tanto se había casado con M. Denuelle, hombre suave, cortés y muy bien educado. Después de haber ensayado de todo para hacer fortuna sin triunfar en nada decidió ir al Perú con la esperanza de que allí la suerte le fuese menos adversa. Llegó con muy poco dinero y como Mme. Aubrit de Valparaíso, fue a Cinabrio a quien debió la posibilidad de establecerse. Su hotel había prosperado más allá de sus esperanzas. Cuando la conocí trataba de venderlo pues deseaba regresar a Francia donde podría vivir cómodamente con 10 000 libras de renta que había economizado. Con un carácter diferente ella podría ser muy feliz en Lima, pero no era así.

Mme. Denuelle estaba dotada de un espíritu vivo e inteligente. Su corazón mediocremente sensible no se conmovía sino en las grandes ocasiones. Su educación, por completo volteriana, las repulsas soportadas en el ejercicio de su profesión y los treinta años de decepciones y desgracias sufridas, no habían contribuido poco a endurecerla. Nunca había tenido hijos de suerte que ningún sentimiento tierno, ninguna dulce emoción había echado algunas flores en esta vida árida, toda llena de egoísmo y de indiferencia. Mme. Denuelle era, en general, detestada en Lima. Sus sarcasmos herían a todo el mundo y no había persona a quien no la hubiese alcanzado: todos habían sido ridiculizados en sus bromas.

Esta mujer tenía realmente el talento muy notable de coger el ridículo, las manías y el aire mismo de los individuos. Torcía la nariz, los ojos, cojeaba, bizqueaba, tartamudeaba, fingía contracciones, todo con tanta verdad y comicidad que era de perecer de risa. Como se puede presumir el ejercicio de semejante talento le había suscitado implacables enemigos. Muchas personas hacían un largo rodeo para no pasar delante de la tienda de Mme. Denuelle por temor a ser objeto de una de sus caricaturas. Contaba todo con tanta alegría como espíritu y su conversación, en extremo variada, era de lo más divertida. Se le acusaba de ser déspota en su casa, de tratar mal a

su marido, de ser áspera y hasta mala con sus inquilinos. Esos reproches eran fundados y, sin embargo, para ser justos, no habría que callar sus buenas cualidades. No se le reconocía ninguna y, a pesar de todo, las tenía. El orden y la economía con que dirigía su casa, su vida sedentaria y laboriosa son rasgos que no deberían omitirse para que el retrato se pareciera. Cualidades tanto más notables porque se encontraban en una mujer cuya vida había sido tan disipada. Pero los hombres no tienen en cuenta en los demás, sino las cualidades de que sacan provecho.

Mme. Denuelle tenía por entonces cincuenta y seis años. Parecía no tener sino cuarenta. Siempre pensé que se aumentaba la edad por coquetería. Era una mujer de cinco pies y tres pulgadas de estatura, gruesa en proporción, de buen color, con los cabellos muy negros, todos sus dientes, los ojos vivos, atrevidos, malévolos, los labios delgados, la nariz arremangada y la fisonomía dura, de expresión sardónica y arrogante. Estaba siempre arreglada con mucha sencillez y con extrema limpieza.

Mme. Denuelle me tomó gran amistad. Como la conocía por lo que de ella me habían dicho Mm. Chabrié, David y Briet y por haber oído hablar a otros adopté frente a ella el modo de hacerle sentir que esperaba de ella más consideración que intimidad. Todos mis queridos compatriotas y hasta los limeños venían a prevenirme muy oficiosamente que me cuidara si no quería que Mme. Denuelle me manejase a su antojo. Mi sonrisa a estos decires manifestaba a las claras que no temía esta influencia. Más bien la tuve yo en tal forma sobre nuestra huéspeda que jamás se atrevió a hacerme una pregunta, a pesar de su extrema curiosidad. Jamás me llamó de otro modo que señorita Tristán, cuando muchos de los señores de su hotel y hasta su marido me decían a menudo señorita Flora. Me contó toda su vida, todos sus dolores y soy yo quizá la única persona en el mundo a quien haya tenido el valor de confesar que jamás había sido feliz. Aunque sea, según dicen, de una gran sequedad de corazón, me complazco en afirmar aquí que conozco en su vida dos o tres rasgos de una sublime abnegación y me prueban que su alma no ha sido siempre inaccesible a los sentimientos generosos.

Los franceses eran mucho más numerosos en Lima que en Arequipa. La mayoría se ocupaba del comercio. Tenían cuatro ca-

sas fuertes y unas veinte de segunda clase. Además, había un continuo movimiento de capitanes, sobrecargos y pasajeros franceses que iban y venían.

Lo digo con pesar. Había en Lima entre nuestros compatriotas, menos cuerdos aun que en Arequipa. Todos se detestaban, se calumniaban y se hacían cuanto daño podían. A la cabeza de las casas francesas citaré las de Mm. Gautreau, de Nantes; Dalidou, Martenet y Larichardiére, de Burdeos. Baroillet, de Bayona, etc. Había otra multitud de franceses comerciantes, artistas, maestros de toda especie, artesanos, etc. Igualmente, muchas francesas vendedoras de modas, costureras, dueñas de pensión, parteras. Toda esta gente trataba de hacer fortuna con más o menos éxito.

En ocho días Mme. Denuelle me puso al corriente de todo lo que se hacía en la ciudad. Me hizo conocer por sus relatos a la mayor parte de las personas tan bien como si las hubiese yo estudiado durante diez años. Jamás he llevado una vida más variada y más distraída, pero sin embargo, no me habría agradado continuarla. Apenas tenía un momento para escribir mi diario. En cuanto estaba sola Mme. Denuelle subía a mi cuarto y su interminable conversación era tan instructiva como graciosa.

Almorzaba y comía con los pensionistas. La casa reunía a muy buena sociedad: oficiales de la marina inglesa, americana o francesa, negociantes y gentes del país. Mientras duraba la comida me divertía mucho. Como tengo el oído muy fino la maliciosa Mme. Denuelle, a cuyo lado estaba yo colocada, me decía en voz baja las cosas más graciosas, las más chistosas sobre las personas presentes y todo esto haciendo con gracia los honores de la mesa sin que su cara traicionase en nada las palabras que me decía. Después de la comida me refería chismes o remedaba a los individuos y siempre me hacía reír hasta las lágrimas. Lo que me ganaba su buena voluntad era saberla escuchar. No tenía yo en ello gran mérito porque me agradaba oírla. Pero, ¡qué tesoro para una actriz encontrar después de diez años de destierro una persona a quien sus gestos divierten y sus relatos interesan! Sin embargo, tenía muy poco tiempo que consagrar a Mademoiselle Aubé. Por la mañana recorría la ciudad. Iba a menudo a comer a las casas donde me invitaban. Y las visitas, los paseos, el teatro, las reuniones y las charlas íntimas con mis nuevos amigos me ocupaban todas las noches.

—VIII—
Lima y sus costumbres

Mi tía Manuela me sirvió de gran ayuda. Me hizo conocer la capital y tratar a la alta sociedad. Me demostró mucha amistad, pero no es este sentimiento el que hace nacer relaciones de simpatía y creo que ésta nunca existió entre nosotras. Por hermosa que fuese sus ojos no expresaban franqueza y jamás miraban de frente. Me buscaba por ese interés que debía naturalmente inspirarle una parienta extranjera nacida a tres mil leguas, cuya existencia se ignora y que de repente aparece. Encontré en ella recursos inmensos para instruirme sobre todo lo que deseaba saber. Su carácter se parece al de Mme. Denuelle. Tiene una gran inteligencia y el sarcasmo está siempre en sus labios. Fue ella, en gran parte, quien me sirvió de cicerone. Su belleza, el nombre de mi tío y mi título de extranjera nos hacían abrir las puertas con complacencia. Pasé días íntegros con ella. Me encantaba su espíritu, pero me apenaba la insensibilidad de su corazón. Lima es todavía una ciudad muy sensual. Las costumbres se han formado bajo la influencia de otras instituciones. El espíritu y la belleza se disputan el imperio. Es como París bajo la regencia de Luis XV. Los sentimientos generosos y las virtudes privadas no pueden nacer cuando se sabe que a nada conducen y la instrucción primaria no está lo bastante desarrollada para que las altas clases puedan temer mucho a la libertad de prensa.

Vi en casa de mi tía a los hombres más distinguidos del país: el presidente Orbegoso, el general inglés Miller, el coronel francés

Soigne, ambos al servicio de la República, a Salaverry,[98] la Fuente,[99] etc. No encontré sino a dos señoras. Las demás se habían alejado de mi tía alegando la extrema liviandad de su conducta. Esas virtuosas señoras disimulaban hábilmente, con ese pretexto, la aversión que sentían para ofrecerse en paralelo con una belleza como la de Manuela, al lado de la cual todas dejaban de parecer hermosas. Las noches en casa de mi tía transcurrían en una forma agradable. Dios se había complacido en colmarla con sus dones: su voz, encantadora de suavidad y de melodía, desarrollaba los sonidos con un método admirable. Un italiano que residió en Lima durante cuatro años, maravillado de esa voz divina, se consagró con entusiasmo a cultivarla y muy pronto Manuela superó a su maestro. Cantaba en italiano los más bellos pasajes de las óperas de Rossini y cuando se cansaba hablaba de política. Mi tía, como todas las señoras de Lima, se ocupaba mucho de política y al tratarla pude formarme opinión sobre el espíritu y el mérito de los hombres que se encontraban a la cabeza del gobierno. Orbegoso y los oficiales que lo rodeaban me parecieron de una completa nulidad. Vi también allí al famoso sacerdote Luna Pizarro. Me pareció que estaba muy por debajo de su reputación y lejos de tener tanta capacidad como Valdivia. Ese viejo era, por su violencia, el Marat del Perú. Por lo demás, no encontré en él ninguna amplitud de miras. Mostraba la pasión de un demoledor, pero no los planes de un arquitecto. La ambición privada era el móvil de todos esos personajes. El propósito del viejo sacerdote era reemplazar al obispo de Arequipa. Se había enrolado entre los facciosos a fin de obtenerlo. Habría sido un cortesano vulgar si esto fuese el medio de conseguirlo. Por desgracia, el pueblo está demasiado embrutecido para que de su seno salgan verdaderos tribunos y para juzgar a los hombres que dirigen los negocios públicos.

Lima tiene en la actualidad cerca de ochenta mil habitantes y fue fundada por Pizarro en 1535. No sé de dónde le viene el nombre. Esta ciudad encierra muy hermosos monumentos y una gran cantidad de iglesias y de conventos de hombres y mujeres. Las ca-

98 El general Felipe Santiago Salaverry hizo la revolución a Orbegoso en 1835 y se proclamó presidente. Luchó contra Santa Cruz y la Confederación Perú-boliviana y murió fusilado por él, después de la batalla de Socabaya (1836). (N. de la T.)

99 Antonio Gutiérrez de la Fuente, general y político ocupó brevemente la Presidencia de la República, al ser derrocado La Mar (1829). (N. de la T.)

sas están construidas regularmente, las calles, bien delineadas, son largas y anchas. El agua corre por dos acequias en casi todas ellas, una a cada lado. Sólo algunas tienen un arroyuelo en el centro. Las casas están construidas con ladrillo, adobe y madera y pintadas de diversos colores claros: azul, gris, rosa, amarillo, etc. No tienen sino un piso y los techos son chatos. Como las paredes sobresalen del techo, producen el efecto de casas inconclusas. Algunos de aquellos techos sirven de terrazas en las que se ponen macetas con flores, pero hay muy pocas que tienen la solidez necesaria para este uso. Jamás llueve. Si esto sucediera accidentalmente, al cabo de cuatro horas de lluvia las casas no serían sino un hacinamiento de lodo. El interior está muy bien distribuido. El salón y el comedor forman el primer cuerpo. En el fondo se encuentra la cocina y el alojamiento para los esclavos, rodeando el segundo patio. Los dormitorios se hallan encima del piso bajo, todos amueblados con gran lujo, según el rango y la fortuna de quienes la habitan.

La catedral es magnífica, el tallado del coro es de un trabajo exquisito. Las balaustradas que rodean el altar mayor son de plata y este altar es también sumamente rico. Las pequeñas capillas laterales son encantadoras. Cada canónigo tiene la suya. Esta iglesia es de piedra y tan sólida que ha resistido los más fuertes temblores, sin haber sufrido en lo menor. Las dos torres, la fachada y el atrio son admirables, de una grandiosidad rara en nuestra vieja Europa y que no se esperarían encontrar en una ciudad del Nuevo Mundo. La catedral ocupa todo el lado este de la gran plaza. Al frente está la municipalidad. Esta plaza es el Palais Royal de Lima. En dos de sus lados hay galerías con arcos, a lo largo de las cuales están las tiendas más hermosas y mejor surtidas. En el centro hay una fuente soberbia. En cualquier hora del día ofrece a la vista un gran movimiento. Por la mañana son los aguadores, los militares, las procesiones, etc., y por la tarde mucha gente se pasea por ella. Se encuentran allí mercaderes ambulantes que venden helados, frutas, bizcochos y algunos bufones divierten al público con sus pruebas y sus bailes.

Entre los conventos de hombres el más notable es el de San Francisco. Su iglesia es la más rica, elegante y original de todas cuantas he visto. Cuando las mujeres desean visitar los conventos

de religiosos o religiosas emplean un medio muy singular: dicen que están encinta. Los buenos padres profesan un santo respeto por los antojos de las mujeres en estado grávido y les abren entonces todas las puertas. Cuando estuvimos en San Francisco los monjes hacían bromas con nosotros en la forma más indecente. Subimos a las torres y como yo lo hacía con mucha vivacidad, el prior al verme delgada y ágil, me preguntó si yo también estaba encinta. Confundida por esta inesperada pregunta quedé desconcertada. Mi turbación provocó entonces, entre los monjes, risas y propósitos inconvenientes que Manuela, quien no es tímida, no sabía qué actitud adoptar. Salí del convento escandalizada. Cuando me quejé me respondieron:

—¡Oh! Ésa es su costumbre. Esos monjes son muy alegres. Pasan por ser los más amables de todos.

¡Y a semejantes hombres es a quienes ese pueblo concede su confianza! Pero en Lima lo que no es corrompido está fuera de uso.

Fui a visitar un convento de mujeres, el de la Encarnación. No se siente nada religioso en el interior de aquel monasterio. La regla conventual no se presenta en ninguna parte. Es una casa donde todo ocurre como en cualquier otra. Hay veintinueve religiosas. Cada una de ellas tiene su alojamiento en el que hace cocinar, trabaja, educa a niños, habla, canta, en una palabra, procede como mejor le parece. Hasta vimos algunas que no usaban el hábito de su orden. Aceptan algunas que entran y salen. La puerta del convento está siempre abierta. Es un género de vida cuyo objeto no se comprende. Estaría uno tentado de creer que esas mujeres se han refugiado en aquel recinto para ser más independientes de lo que podían ser en el mundo. Encontré a una francesa joven y bonita de veintiséis años con una hijita de cinco años. Vivía allí por razones de economía, mientras su marido viajaba por asuntos de negocios por Centro América. No vi a la superiora, nos dijeron que estaba enferma. Esas religiosas de nueva especie me parecieron bastante chismosas. Su convento estaba sucio, mal tenido, diferente en todo a Santa Rosa y Santa Catalina. Como no encontré nada que mereciera la atención, subí a la torre para ver la ciudad a vuelo de pájaro. Esta soberbia ciudad tiene el aspecto más miserable cuando la vista se detiene en ella. Sus casas descubiertas hacen el efecto de ruinas y la tierra gris con que están construidas tiene un

tono tan sucio y tan triste que se las tomaría por cabañas de una población salvaje. Mientras tanto los monasterios, las numerosas y gigantescas iglesias construidas de piedra, de una atrevida elevación y de una solidez que parece desafiar al tiempo, contrastan de una manera chocante con la multitud de casuchas. Se siente por instinto que el mismo defecto de armonía debe existir en la organización de este pueblo y que llegará la época en la cual las casas de los ciudadanos sean más hermosas y los edificios religiosos menos suntuosos. Mi horizonte era de lo más variado. El campo que rodeaba la ciudad era muy pintoresco. En la lejanía aparecía el Callao con sus dos castillos y la isla de San Lorenzo. Los Andes cubiertos de nieve y el océano Pacífico completaban el cuadro. ¡Qué panorama más grandioso! Estuve tan decepcionada con mi visita a este convento que no me sentí tentada de ver otros. Había ido con la esperanza de sentir esas emociones religiosas que hacen nacer la abnegación y el sacrificio inspirados por cualquier fe. No encontré sino un ejemplo más de la decadencia de esa fe y de la decrepitud de las comunidades religiosas.

El bello local de la moneda me pareció bien administrado. Desde hace algunos años ha recibido notables mejoras. Se ha hecho venir de Londres inmensos laminadores los cuales se mueven, así como el volante, por medio de una caída de agua. Sin embargo, las monedas no están hechas con relación al arte, tan bien como las de Europa, porque faltan buenos grabadores. En el año de 1833 se acuñaron 3 000 000 de pesos de plata y en oro por valor de 1 000 000 de pesos, más o menos.[100]

Sentí un terror involuntario al entrar en las prisiones de la Santa Inquisición. El edificio fue construido con cuidado como todo lo que hizo el clero español en una época en que, como todo se hallaba dentro del Estado, no faltaba dinero para su magnificen-

[100] Sin embargo, "El amonedamiento de la plata había bajado en los primeros años republicanos hasta un 50% de lo producido en el quinquenio 1790-1795. Para los años 1830-1840 se calculaba que hasta 4-5 millones del valor de las importaciones eran pagados en plata piña. A partir de 1832 la situación fue agravada por la introducción de la moneda feble boliviana. Entre 1830-61 Potosí acuñó casi 37 000 000 de pesos con una liga inferior a la que usaba la moneda peruana. De esta cantidad fue internada al Perú aproximadamente el 35%, ocasionando el ocultamiento de la moneda nacional y serios trastornos en las operaciones comerciales.". Ver Pablo Macera, Visión histórica del Perú, Lima, Editorial Milla Batres, 1978, p. 194. (N. del E.)

cia. Hay veinticuatro calabozos, cada uno con cerca de diez pies cuadrados. Reciben luz por una ventanita que les da aire, pero muy poca claridad. Se ve, además, los subterráneos y los calabozos destinados para los castigos severos y para los desgraciados de quienes querían deshacerse secretamente. La sala de las sentencias es imponente, con esa expresión que convenía a su terrible destino. Es sumamente elevada. Dos ventanitas provistas de barrotes de hierro dejan filtrarse una luz tenue. El gran inquisidor se sentaba sobre un trono y los jueces en nichos semejantes a aquéllos en donde se colocan las estatuas. Las paredes están revestidas hasta gran altura de madera admirablemente tallada. El aspecto de esta sala es tan lúgubre, se está tan lejos de las habitaciones de los hombres, los monjes que formaban ese temible tribunal demostraban tanta insensibilidad en su aspecto que era imposible que el infortunado conducido ante ellos no se sintiera, a la entrada, sobrecogido de espanto.

Después de la independencia del Perú ha sido suprimida la Santa Inquisición. Se ha establecido un gabinete de historia natural y un museo en el edificio que le estaba consagrado. La colección reunida se compone de cuatro momias de los Incas cuyas formas no han sufrido alteración alguna, aunque parecen preparadas con menos cuidado que las de Egipto; de algunos pájaros disecados, de conchas y de muestras de minerales. Todo en pequeña cantidad. Lo que encontré de más curioso fue una gran variedad de vasos antiguos usados por los Incas. Ese pueblo daba a los recipientes que empleaba formas tan grotescas como variadas y dibujaba encima figuras emblemáticas. No hay en aquel museo, en materia de cuadros, sino tres o cuatro miserables *mamarrachos*, ni siquiera extendidos sobre un bastidor. No hay ninguna estatua. El señor Rivero, hombre instruido que ha vivido en Francia, es el fundador de este museo. Hace todo cuanto puede por enriquecerlo, pero no se ve secundado por nadie. La república no concede fondos para este objeto y sus esfuerzos no tienen éxito alguno. El gusto por las bellas artes sólo se manifiesta en la edad avanzada de las naciones. Cuando están fatigadas de las guerras y de las conmociones y, sobre todo, desengañadas es cuando se aficionan por ellas y animan así su existencia desencantada. Esas brillantes flores de la imaginación no adornan la cuna de la libertad, ni los debates que ella origina.

Durante mi estancia en Lima asistí muchas veces a los debates del Congreso. La sala es muy bella, aunque demasiado pequeña para su nuevo destino. Es de forma oblonga y servía antiguamente a reuniones académicas y para los discursos de aparato pronunciados por los altos funcionarios.[101] Desde hace diez años no cesan de presentar proyectos para construir otro. Pero el Ministerio de Guerra absorbe los fondos de la república y ningún peso se emplea en los trabajos útiles. Los senadores (es el título que se dan) se sientan en cuatro filas que forman una herradura. El presidente, en el ángulo. En medio hay dos grandes mesas en torno a las cuales se colocan los secretarios. Los senadores no usan vestido especial. Cada uno de ellos, sea militar, sacerdote o burgués, asiste a la sesión con su vestido corriente. En lo alto hay una galería destinada a los funcionarios, a los agentes extranjeros y al público. El fondo está dispuesto en anfiteatro y reservado únicamente para las señoras. Siempre que asistí encontré a gran número de ellas. Todas estaban con saya, leían un periódico o conversaban sobre política. Los miembros de la asamblea hablan por lo general desde su sitio. Hay una tribuna, pero sólo recientemente la he visto ocupada. Esta asamblea es mucho más seria que las nuestras. Cuando habla un orador, nadie lo interrumpe. Se le escucha en religioso silencio. No se pierde ninguna de sus palabras, todas se oyen. Esta lengua española es tan bella y tan majestuosa, sus desinencias tan llenas, tan variadas y al mismo tiempo los pueblos que la hablan tienen por lo general tanta imaginación, que todos los oradores a quienes escuché me parecieron muy elocuentes. La dignidad de su porte, su voz sonora, sus palabras bien acentuadas, sus gestos imponentes, todo en ellos concurre a encantar al

101 "Poco más de un año después de declarada la independencia del Perú, el 20 de septiembre de 1822, se instaló el primer Congreso Constituyente del Perú en la capilla de la Universidad de San Marcos, donde siguió celebrando sus sesiones. De esta forma la Universidad compartió su local con el Congreso de la República. Esta difícil convivencia institucional con los años se fue haciendo insostenible, hasta que en 1867 el Poder Legislativo ordenó el traslado de la Universidad al Convictorio de San Carlos [casona del Parque Universitario]". Ver Reinhard Augustin Burneo, Orígenes y evolución del conjunto arquitectónico de la Casona de San Marcos. Programa para la Conservación del Patrimonio Cultural, UNMSM-AECI-INC, Lima, 2002, p. 14. Véase también Carlos Daniel Valcárcel, San Marcos, Universidad Decana de América, 2.ª edición, Lima, Fondo Editorial de la UNMSM, 2001, pp. 129-130. (N. del E.)

auditorio. Los sacerdotes, en especial, se distinguen entre los demás oradores. El extranjero que juzgara a esta nación por los discursos de sus representantes sentiría un desengaño mayor que la opinión que se puede concebir al juzgar un libro por el anuncio del editor. No hay quien no recuerde aquella famosa insurrección napolitana, los elocuentes discursos de los oradores de su asamblea, los juramentos de morir por la patria y en todo lo que esto se convirtió al acercarse el ejército austriaco del mariscal de campo Frimond. ¡Pues bien! Los senadores peruanos no ceden en nada a los que Nápoles ofreció en espectáculo al mundo en 1822. Presuntuosos, atrevidos en sus palabras, pronuncian con aplomo discursos pomposos en los cuales se respira la abnegación y el amor a la patria, mientras cada uno de ellos sólo piensa en sus intereses privados y nada en esta patria a la cual, por lo demás, estos fanfarrones serían incapaces de servir. No hay en esta asamblea sino permanentes conspiraciones para apropiarse de los recursos del Estado. Esa intención se oculta en el fondo de todos los pensamientos. La virtud tiñe todos los discursos, pero el más vil egoísmo se manifiesta en los actos. Al escuchar a aquellos amantes de hermosas frases pensaba en el periódico del monje Valdivia, en las arengas de Nieto, en las circulares del prefecto y en los discursos del jefe de los Inmortales. Comparaba en mis recuerdos la conducta de todos los cabecillas de Arequipa con sus palabras y comprendía de qué manera había de interpretarse los discursos de los oradores del Congreso y juzgar su valor, su desinterés y el patriotismo de que hacían tanta ostentación.

El palacio del presidente es muy vasto, pero tan mal construido como mal ubicado. La distribución interior es muy incómoda. El salón de recepciones, largo y estrecho, parece una galería. Todo mezquinamente amueblado. Al entrar pensaba en Bolívar y en lo que mi madre me había referido. Él, a quien le gustaba el lujo, el fausto y el aire ¿cómo había podido resolverse a ocupar ese palacio que no valía ni la antecámara del hotel que habitaba en París? Pero en Lima él mandaba, era el primero, mientras en París no era nada. Y el amor por la dominación hace pasar por encima de muchos otros inconvenientes. Durante mi estada en Lima el presidente no dio bailes ni grandes recepciones. Esto me contrarió, pues sentía mucha curiosidad por ver una de sus reuniones de gala.

La municipalidad era muy grande, pero sin nada notable. La Biblioteca me ofreció más interés. Estaba instalada en un hermoso local. Las salas eran espaciosas y bien cuidadas. Los libros se hallaban dispuestos en estantes con mucho orden. Había mesas cubiertas con tapices verdes y rodeadas de sillas. Allí se podía leer los periódicos del país. Los libros de Voltaire, Rousseau, de la mayoría de nuestros clásicos, todas las historias de la revolución, las obras de Mme. de Stael, de Mme. Rolland, viajes, memorias, etc.; en total había como doce mil volúmenes que estaban en francés. Sentí gran satisfacción al encontrar a nuestros buenos autores en esta biblioteca. Por desgracia el gusto por la lectura estaba muy poco difundido para que muchas personas sacasen provecho. Vi también a Walter Scott, lord Byron, Cooper, traducidos al francés y una cantidad de otras traducciones. Se veía también algunas obras en inglés y en alemán. Además, se encontraba todo lo que España había producido de bueno. En fin, la biblioteca era muy hermosa con relación a un país tan poco avanzado.

El teatro de Lima era muy bonito aunque pequeño. Estaba decorado con gusto y muy bien iluminado. Las mujeres y sus toilettes parecían encantadoras. Actuaba a la sazón una mala compañía española que representaba obras de Lope y vaudevilles franceses, desfigurados por la traducción. Vi el Matrimonio de razón, La joven casadera, El Barón de Felsheim, etc. La compañía era tan miserable que le faltaba hasta los disfraces. Durante tres o cuatro años había estado una compañía italiana muy buena que dio con mucho éxito las mejores óperas, según decía Mme. Denuelle. La prima dona salió encinta y no quiso quedarse. Su salida desesperó a su amante quien se afanó en seguirla y sus camaradas se vieron obligados a buscar fortuna en otra parte. Había función dos veces por semana, los domingos y los jueves. Las veces que asistí acudió muy poca gente. En los entreactos fumaban todos los espectadores, hasta las mujeres. Esta sala resultaría demasiado exigua si la población tuviese tanta pasión por las representaciones dramáticas como la tiene por las corridas de toros.

La arena construida para este género de espectáculos demuestra, por sus gigantescas dimensiones, el gusto dominante de este pueblo. Vacilé mucho tiempo en rendirme a las solicitaciones de las señoras amigas mías que me ofrecían sus palcos, pues me cos-

taba trabajo dominar mi repugnancia por este género de carnicería. Sin embargo, como quería estudiar las costumbres del país no podía limitarme a las observaciones de salón. Debía ver a este pueblo en aquello a que sus inclinaciones lo arrastran. Fui un domingo a la corrida de toros en compañía de mi tía, de otra señora y de Mr. Smith. Encontré allí un gentío inmenso, cinco o seis mil personas, quizá más, todas muy bien vestidas, según su condición, y gozosas por el placer que esperaban. Alrededor de un vasto redondel estaban colocadas en anfiteatro veinte filas de banquillos. Encima se hallaba la galería, dividida en palcos ocupados por la aristocracia limeña. La vista del dolor me hace tanto daño que siento un cruel pesar en describir el espectáculo, repugnante por su barbarie, de que fui testigo. Me es imposible dominar las emociones que siento ante aquellas escenas de horror y el pincel para pintarlas se escapa de mis manos.

En el redondel están cuatro o cinco hombres a caballo que tienen en la mano una banderita roja y una lanza corta con lámina acerada y cortante. En medio de este redondel hay una rotonda formada con estacas tan juntas como para que los toros no puedan pasar la cabeza por los intersticios. Tres o cuatro hombres se mantienen dentro de esta rotonda. Salen en momentos de abrir la puerta por la cual entra el animal en la arena y comienzan a aguijonearlo. Le echan cohetes sobre el lomo, en las orejas, lo excitan con todos los tormentos imaginables y en cuanto temen ser destripados entran rápidamente en su barrera. No creo que haya alguien que pueda librarse de una fuerte emoción de terror a la vista del toro cuando, encolerizado, chicoteándose los flancos con la cola, con las narices dilatadas, lanza a ratos mugidos de rabia. Su furor convulso es espantoso. Salta mil veces y persigue a los caballos y a los hombres, pero éstos se le escapan con agilidad.

Concibo el atractivo poderoso que estos espectáculos pueden tener en Andalucía: allí son soberbios los toros, cuyo furor no necesita ser excitado; los caballos llenos de fuego y de vigor para el combate; los toreros andaluces vestidos como pajes, brillantes de pajuelas de oro y de diamantes, cuya agilidad, gracia y valentía tienen algo mágico jugándose con el furor del terrible animal al que derriban de un golpe, dan a aquellas representaciones tanta grandiosidad y el peligro es tan real y el valor tan heroico que con-

cibo, como he dicho, el entusiasmo y la embriaguez de los espectadores. Pero en Lima nada viene a poetizar estas escenas de carnicería. En ese país de clima suave y debilitante, los caballos y los toros carecen de vigor; los hombres, de valentía. Diez minutos después de estar suelto el toro se fatiga y para prevenir el fastidio de los espectadores los hombres, que están en la barrera, armados de una hoz enmangada con una pértiga, le cortan los jarretes de atrás. El pobre animal no puede ya apoyarse sino sobre las patas delanteras y da pena verlo arrastrarse así. En ese estado los bravos toreros limeños le echan cohetes, lo abruman a lanzadas, en una palabra, lo matan en ese sitio como podrían hacerlo los torpes y bárbaros carniceros. El desgraciado toro forcejea, lanza sordos mugidos, gruesas lágrimas corren de sus ojos y, al fin, su cabeza cae en el charco de sangre negra que lo rodea. Entonces la banda toca música, mientras se coloca el animal muerto sobre un carro arrastrado por cuatro caballos que parten a todo galope. Durante todo este tiempo el pueblo palmotea, golpea con los pies, grita, es una alegría, una exaltación que parece alucinar todas las cabezas. ¡Ocho hombres armados acaban de matar a un toro! ¡Magnífica causa de entusiasmo! Estaba indignada con este espectáculo. En cuanto mataron al primer toro quise retirarme, pero las señoras me dijeron:

—Hay que esperar. Lo bueno viene siempre al fin, los últimos toros suelen ser los más bravos. Quizá matarán a los caballos o herirán a los hombres.

Y estas señoras recalcaron la palabra hombre, como para decirme: "Entonces será interesante...". Estuvimos muy favorecidas: el tercer toro destripó a un caballo y casi mató al torero que lo montaba. Los que cortaban los jarretes, en su espanto, le destrozaron las cuatro patas y el animal, jadeante de furia, cayó bañado en sangre. El caballo, por su lado, tenía los intestinos fuera del vientre. A esta vista salí precipitadamente, pues temí sentirme mal. Mr. Smith estaba pálido y sólo pudo decirme:

—Este espectáculo es inhumano y repugnante.

Apoyada en su brazo, anduve por algún tiempo por el paseo que rodea el río. El aire puro me reanimó, mas el recuerdo del lugar de donde acababa de salir me entristecía todavía. Ese atractivo que ofrecía a todo un pueblo el espectáculo del dolor me pare-

cía un indicio del último grado de corrupción. Estaba preocupada por estas reflexiones cuando vimos venir la calesa de mi hermosa tía. Me gritó desde la distancia en que la podía oír:

—Y bien, señorita Florita, ¿por qué se escapó así en el mejor momento? ¡Oh!, ¡si hubiese visto el último! ¡Qué magnífico animal! ¡Era realmente de asustar! ¡Ha habido tal entusiasmo en la plaza!, ¡oh!, ¡era encantador!

Miserable pueblo, pensaba yo, ¿estás tan desprovisto de piedad como para encontrar delicias en semejantes escenas?

El Rímac se parece mucho al río de Arequipa. Corre igualmente sobre un lecho de piedras y entre rocas. El puente es hermoso y es allí donde se colocan los papanatas para ver pasar a las señoras que van al Paseo de Aguas. Antes de proseguir voy a dar a conocer el vestido especial de las mujeres de Lima, el partido que sacan de él y la influencia que tiene sobre sus costumbres, hábitos y carácter.

No hay ningún lugar sobre la tierra donde las mujeres sean más libres y ejerzan mayor imperio que en Lima. Reinan allí exclusivamente. Es de ellas de quien procede cualquier impulso. Parece que las limeñas absorben, ellas solas, la débil porción de energía que esta temperatura cálida y embriagadora deja a los felices habitantes. En Lima las mujeres son, por lo general, más altas y de constitución más vigorosa que los hombres. A los once o doce años están ya completamente formadas. Casi todas se casan a esa edad y son muy fecundas, a menudo tienen seis o siete hijos. Tienen embarazos felices, dan a luz con facilidad y se restablecen pronto. Casi todas amamantan a sus hijos, pero siempre con ayuda de una nodriza quien suple a la madre y alimenta también al niño. Ésta es una costumbre proveniente de España donde las familias acomodadas tienen para sus hijos dos nodrizas. Las limeñas no son hermosas por lo regular, pero su graciosa fisonomía tiene un ascendiente irresistible. No hay hombre a quien la vista de una limeña no haga latir el corazón de placer. No tienen la piel curtida como se cree en Europa. La mayoría son, al contrario, muy blancas. Las otras, según su diverso origen, son trigueñas, pero de una piel lisa y aterciopelada y de una tez cálida y llena de vida. Las limeñas tienen todas buen color, los labios de un rojo vivo, hermosos cabellos ondulados naturalmente, ojos negros de forma admirable, con

un brillo y una expresión indefinible de espíritu, de orgullo y de languidez. Es en esta expresión donde reside todo el encanto de su persona. Hablan con mucha facilidad y sus gestos no son menos expresivos que las palabras con que los acompañan.

Su vestido es único. Lima es la única ciudad del mundo donde ha aparecido. En vano se ha buscado hasta en las crónicas más antiguas de dónde podía traer su origen. No se ha podido descubrirlo. No se parece en nada a los diferentes vestidos españoles y lo que hay de cierto es que no fue traído de España. Se encontró en aquellos lugares a raíz del descubrimiento del Perú,[102] aunque es notorio al mismo tiempo que nunca existió en otra ciudad de América. Ese vestido, llamado saya, se compone de una falda y de una especie de saco que envuelve los hombros, los brazos y la cabeza y se llama manto. Ya oigo a nuestras elegantes parisienses lanzar exclamaciones sobre la sencillez de este vestido. Pero están muy lejos de pensar en el partido que puede sacar de él la coquetería. Esa falda que se hace de diferente tela, según la jerarquía del rango y la diversidad de las fortunas, es de un trabajo tan extraordinario que tiene el derecho de figurar en las colecciones como objeto de curiosidad. Sólo en Lima se puede confeccionar un vestido de esta especie. Las limeñas pretenden que hay que haber nacido en Lima para poder hacer una saya y que un chileno, un arequipeño o un cuzqueño jamás podrían llegar a plisar la saya. Esta afirmación, cuya exactitud no me he inquietado en verificar, prueba cuán fuera de las costumbres conocidas se halla este vestido. Trataré de dar una idea por algunos detalles.

Para hacer una saya ordinaria se necesita doce o catorce varas de raso.[103] Se forra con una tela de algodón muy ligera. El obrero, a cambio de las catorce varas de raso, trae una faldita que tiene

[102] La saya y el manto no son originarios del Perú. Vinieron de España. El manto fue prohibido por las Cortes de Madrid en 1586 y por las pragmáticas reales de 1590, 1593, 1600 y 1639. (V. Velos antiguos y modernos en los rostros de las mujeres por Antonio de León Pinelo, Madrid, 1641). Esta vestimenta empezó a decaer en el Perú hacia 1853 ó 54, según afirma Raúl Porras, época en que las limeñas cambiaron su indumentaria por los sombreros franceses y sólo la usaron para las procesiones. (V. "Palma romántico" en Ricardo Palma, 1833-1933, p. 93). (N. de la T.)

[103] Este raso se importa de Europa. El vestido se hacía, antes del descubrimiento del Perú, con un género de lana fabricado en el país. No emplean ya esa tela sino las mujeres pobres. (N. de la A.)

tres cuartos de alto, toma el talle dos dedos encima de las caderas y baja hasta el tobillo. Es tan excesivamente apretada que en la parte baja tiene el ancho preciso para poner un pie delante del otro, caminando a pasos menudos. Se encuentran así ceñidas dentro de esa falda como en una vaina. Está completamente plisada de arriba abajo, a pequeños pliegues y con tal regularidad que sería imposible descubrir las costuras. Esos pliegues están tan sólidamente hechos y dan a este saco tal elasticidad que se ha visto el caso de sayas que tenían ya quince años y conservaban todavía suficiente elasticidad para dibujar todas las formas y prestarse a todos los movimientos.

El manto está también artísticamente plisado, pero hecho de tela muy delgada no podría durar tanto como la falda, ni el plisado resistir los movimientos continuos de quien lo usa y la humedad de su aliento. Las mujeres de buena sociedad llevan saya de raso negro. Las elegantes tienen, además, otras de colores de fantasía, tales como morado, marrón, verde, azul, rayadas, pero jamás de tonos claros por la razón de que las mujeres públicas las han adoptado de preferencia. El manto es siempre negro y envuelve el busto por completo. No deja ver sino un ojo. Las limeñas usan también un corselete del que se ven las mangas. Esas mangas cortas o largas son de ricas telas; terciopelo, raso de color o tul; pero la mayoría de las mujeres va con los brazos desnudos en todas las estaciones. El calzado de las limeñas es de una gran elegancia. Tienen lindos zapatos de raso de todos colores, adornados con bordados. Si son llanos los colores de las cintas contrastan con el del zapato. Usan medias de seda caladas, de distintos tonos y cuyos talones están profusamente bordados. En todas partes las mujeres españolas se hacen notar por la gran elegancia de su calzado. Pero hay tanta coquetería en el de las limeñas que parecen sobresalir en esta parte de su indumentaria. Las mujeres de Lima usan el cabello separado a cada lado de la cabeza. Cae en dos trenzas perfectamente hechas y rematadas por un grueso nudo de cintas. Esa moda, sin embargo, no es la única. Hay mujeres que usan los cabellos ondulados a la Ninon y caen en largos bucles sobre el seno el cual, según la moda del país, dejan casi siempre desnudo. Desde hace algunos años se ha introducido la moda de llevar grandes chales de crespón de China ricamente bordados en colores.

La adopción de este chal ha hecho su vestimenta más decente velando, con su amplitud, el desnudo y las formas dibujadas demasiado fuerte. Uno de los refinamientos de su lujo es tener un lindo pañuelo de batista bordado y adornado con encaje. ¡Oh! ¡Cuánta gracia tienen, qué embriagadoras son estas bellas limeñas con su saya de un hermoso negro brillante al sol, que dibujan las formas verdaderas de algunas, falsas en muchas otras, pero que imitan tan bien a la naturaleza, que es imposible al verlas, tener idea de la superchería!... ¡Qué graciosos son los movimientos de sus hombros, cuando atraen el manto para ocultar por completo el rostro, que por momentos dejan ver a hurtadillas! ¡Qué fino y flexible es su talle y cuán ondulante es el balance de su paso! ¡Qué lindos son sus piesecitos y qué lástima que sean demasiado gruesos!

Una limeña con saya o vestida con un lindo traje llegado de París no es la misma mujer. Se busca en vano, bajo el vestido parisién, a la mujer seductora que se encontró por la mañana en la iglesia de Santa María. Por eso mismo, en Lima todos los extranjeros van a la iglesia, no para oír cantar a los frailes el oficio divino, sino para admirar, bajo su vestido nacional, a esas mujeres de naturaleza aparte. Todo en ellas está, en efecto, lleno de seducción. Sus posturas son tan encantadoras como su paso y cuando están de rodillas inclinan la cabeza con malicia, dejando ver sus lindos brazos cubiertos de brazaletes, sus manitas con los dedos resplandecientes de sortijas que recorren un grueso rosario con una agilidad voluptuosa, mientras sus miradas furtivas llevan la embriaguez hasta el éxtasis.

Un gran número de extranjeros me ha referido el efecto mágico producido sobre la imaginación de muchos de ellos por la vista de aquellas mujeres. Una ambición de aventuras les hizo afrontar mil peligros con la firme persuasión de que la fortuna les esperaba en esas lejanas playas. Las limeñas les parecieron sacerdotisas o, más bien, pensando en el paraíso de Mahoma, creyeron que para resarcirles de los penosos sufrimientos de una larga travesía y recompensar su valor, Dios les había hecho abordar en un país encantado. Esos extravíos de la imaginación no parecen muy inverosímiles cuando se es testigo de las locuras y extravagancias que las bellas limeñas inducen a hacer a aquellos extranjeros. Se diría que el vértigo se ha apoderado de sus sentidos y el deseo ardiente

de conocer sus facciones, que ellas ocultan cuidadosamente, les hace seguirlas con ávida curiosidad. Pero hay que tener una gran práctica en ver sayas para seguir a una limeña con ese vestido que da a todas una gran semejanza. Se necesita una atención muy sostenida para no perder de vista, entre la multitud, a aquella cuya mirada ha encantado. Ágil, se desliza y muy pronto en su sinuosa carrera, como la serpiente a través del césped, se escapa a la persecución. ¡Oh!, ¡desafío a la más linda inglesa, con su cabellera rubia, sus ojos en los que se refleja el cielo y su piel de lirio y de rosa a luchar con una limeña bonita con saya! ¡Desafío igualmente a la más seductora francesa, con su linda boca entreabierta, sus ojos espirituales, su talle elegante, sus maneras alegres y todo el refinamiento de su coquetería a luchar con una limeña bonita con saya! La española misma, con su noble porte y su hermosa fisonomía, llena de orgullo y de amor, no parecería sino fría y altiva al lado de la linda limeña con saya. ¡Oh! Sin ningún temor de ser desmentida, puedo afirmar que las limeñas con ese traje serían proclamadas las reinas de la tierra, si bastara la belleza de las formas y el encanto magnético de la mirada para asegurar el imperio que la mujer está llamada a ejercer. Pero si la belleza impresiona los sentidos, son las inspiraciones del alma, la fuerza moral y los talentos del espíritu los que prolongan la duración de su reinado. Dios ha dotado a la mujer de un corazón más amante y más abnegado que el del hombre y si, como no hay ninguna duda, honramos al Criador en el amor y la abnegación, la mujer tiene sobre el hombre una superioridad incontestable. Mas es preciso que cultive su inteligencia y, sobre todo, que se haga dueña de sí misma para conservar esta superioridad. Sólo con estas condiciones obtendrá toda la influencia que Dios ha permitido ejercer a las cualidades de su corazón. Pero cuando desconoce su misión, cuando en vez de ser el guía, el genio inspirador del hombre y la causa de su perfeccionamiento moral, sólo trata de seducirlo y reinar sobre sus sentidos su imperio se desvanece junto con los deseos que ha hecho nacer. Del mismo modo, cuando esas limeñas encantadoras que no han puesto ningún ideal elevado en las actividades de su vida, después de haber electrizado la imaginación de los jóvenes extranjeros, llegan a mostrarse tales como son, con el corazón hastiado, el espíritu sin cultura, el alma sin nobleza y gustando

sólo del dinero... destruyen al instante el brillante prestigio de fascinación que sus encantos produjeron.

Sin embargo, las mujeres de Lima gobiernan a los hombres porque son muy superiores a ellos en inteligencia y en fuerza moral... La fase de civilización en la que se encuentra este pueblo está aún muy lejos de la que hemos alcanzado en Europa. No existe en el Perú ningún instituto para la educación de uno u otro sexo. La inteligencia no se desarrolla sino por sus fuerzas naturales. Por esta causa, la preeminencia de las mujeres de Lima sobre el otro sexo, por inferiores que sean a las mujeres europeas con relación a la moral, debe atribuirse a la superioridad de inteligencia que Dios les ha concedido.

Se debe también hacer notar cuán favorable es la indumentaria de las limeñas para secundar su inteligencia y hacerles adquirir la gran libertad y la influencia dominante de que gozan. Si alguna vez abandonaran aquel traje sin adoptar nuevas costumbres, si no reemplazaran los medios de seducción que les proporciona este disfraz por la adquisición de talentos y virtudes que tengan como objetivo la felicidad y el perfeccionamiento de los demás, virtudes cuya necesidad no han sentido hasta ahora, se puede predecir, sin vacilar, que perderán enseguida todo su imperio, caerán muy bajo y serán tan desdichadas como pueden serlo las criaturas humanas. No podrán ya entregarse a esa actividad incesante que favorece su incógnito y serán presa del tedio sin ningún medio de suplir la falta de estimación que se profesa, en general, a los seres que no son accesibles sino a los goces de los sentidos. En prueba de lo que digo voy a trazar un ligero esquema de los usos de la sociedad de Lima y se juzgará, según esta exposición, de la exactitud de mis observaciones.

La saya, como he dicho, es el vestido nacional. Todas las mujeres la usan a cualquiera que sea la clase social a que pertenezcan. Se la respeta y forma parte de las costumbres del país como en Oriente lo es el velo de la musulmana. Desde el principio hasta el fin del año las limeñas salen así disfrazadas y aquel que osara quitar a una mujer con saya el manto que le oculta el rostro por completo, a excepción de un ojo, sería perseguido por la indignación pública y severamente castigado. Se ha establecido que cualquier mujer puede salir sola. La mayoría se hace seguir por una negra,

pero no es obligación. Ese vestido cambia de tal modo la persona y hasta la voz, cuyas inflexiones se alteran (la boca está cubierta) a tal punto que, salvo que esta persona tenga algo notable, como un talle muy alto o muy bajo, que sea coja o jorobada, es imposible reconocerla. Creo que se necesitan pocos esfuerzos de imaginación para comprender las consecuencias que resultan de un estado de disfraz continuo, consagrado por el tiempo y la costumbre y sancionado o al menos tolerado por las leyes. Una limeña desayuna por la mañana con su marido con un pequeño peinador a la francesa, con los cabellos levantados, absolutamente como nuestras señoras de París. Si tiene deseo de salir se pone su saya sin corsé (la faja interior que oprime la saya es suficiente), deja caer sus cabellos, se tapa,[104] es decir, esconde la cara con el manto y va donde quiere. Encuentra a su marido en la calle y él no la reconoce,[105] lo intriga con su mirada, le hace gestos, lo provoca con frases, entra en gran conversación, se deja ofrecer helados, frutas, bizcochos, le da una cita, lo deja y enseguida entabla otro diálogo con un oficial que pasa. Puede llevar tan lejos como quiera esta nueva aventura sin quitarse jamás su manto. Va a visitar a sus amigas, hace un paseo y entra en su casa para almorzar. Su marido no le pregunta dónde ha ido, pues sabe perfectamente que, si tiene interés en ocultarle la verdad, le mentirá y como no tiene medio de evitarlo adopta el partido más sabio: el de no inquietarse. Así estas señoras van solas al teatro, a las corridas de toros, a las asambleas públicas, a los bailes, a los paseos, a las iglesias, a las visitas y son muy bien vistas en todas partes. Si encuentran algunas personas con quienes desean conversar les hablan, las dejan y son libres e independientes en medio de la multitud, aun más de lo que son los hombres con el rostro descubierto. Ese vestido tiene la inmensa ventaja de ser a la vez económico, muy limpio, cómodo, se tiene listo en cualquier momento y jamás se necesita el menor cuidado.

Existe, además, una costumbre que no debo dejar de referir. Cuando las limeñas quieren hacer su disfraz aún más impenetrable, se ponen una saya vieja, toda desplisada, rota y cayéndose a pedazos, un manto y un corselete viejos. Pero las que desean hacer-

[104] Tapada quiere decir ocultar la cara con el manto. (N. de la A.)

[105] Muchos maridos me han asegurado que no reconocen a sus esposas cuando las encuentran. (N. de la A.)

se reconocer como pertenecientes a la buena sociedad se calzan perfectamente y llevan en el bolsillo uno de sus más lindos pañuelos. Este subterfugio es aceptado y se llama disfrazar. A una disfrazada se la considera como persona muy respetable. No se le dirige la palabra. No se le acercan sino muy tímidamente. Sería inconveniente y aun desleal seguirla. Se supone, con razón, que si se ha disfrazado, debe tener motivos importantes para hacerlo y por consiguiente, nadie debe arrogarse el derecho de examinar sus actos.

Después de lo que acabo de escribir sobre el vestido y los usos de las limeñas se concebirá fácilmente que deben tener un orden de ideas diferentes al de las europeas quienes desde su infancia son esclavas de las leyes, de las costumbres, de los hábitos, de los prejuicios, de las modas, de todo, en fin. Mientras que bajo la saya la limeña es libre, goza de su independencia y se apoya confiadamente en esta fuerza verdadera que todo ser siente en sí cuando puede proceder según los deseos de su organismo. La mujer de Lima, en todas las situaciones de su vida, es siempre ella. Jamás soporta ningún yugo: soltera, escapa al dominio de sus padres por la libertad que le da su traje; cuando se casa, no toma el nombre del marido, conserva el suyo y siempre es la dueña de su casa. Cuando el hogar la aburre mucho se pone su saya y sale como lo hacen los hombres al coger su sombrero. Procede en todo con la misma independencia de acción. En las relaciones íntimas que mantiene, ya sean ligeras, ya serias, las limeñas conservan siempre dignidad, aunque su conducta a este respecto sea en realidad muy diferente de la nuestra. Al igual de todas las mujeres, ellas miden la fuerza del amor que inspiran por la extensión de los sacrificios que se hacen por ellas. Como después del descubrimiento, su país no ha atraído a los europeos a tan gran distancia de sus patrias sino por el oro que podían obtener, el oro únicamente, con exclusión de los talentos o la virtud ha sido siempre el único objeto de la consideración y el móvil de todas las acciones. Es el que ha dirigido todo; los talentos y la virtud, nada. Las limeñas, consecuentes en su manera de proceder con el orden de ideas que se desprenden de ese estado de cosas, no ven pruebas de amor sino en las masas de oro que les son ofrecidas. Es por el valor de la ofrenda por el que juzgan la sinceridad del amante y su vanidad queda más o menos satisfecha según que las sumas recibidas

sean más o menos grandes y mayor o menor el precio del objeto regalado. Cuando se quiere dar idea del violento amor de tal señor por tal señora no se emplea sino esta fraseología: "Le ha dado oro a manos llenas. Le ha comprado por un precio enorme todo cuanto había de más precioso. Se ha arruinado totalmente por ella"... Es como si nosotros dijéramos: "Se mató por ella". La mujer rica siempre recibe dinero de su amante, aunque sea para darlo a sus negras si no tiene en qué gastarlo. Es para ella una prueba de amor, la única que la puede convencer de que es amada. La vanidad de los viajeros les hace disfrazar la verdad y cuando han hablado de las mujeres de Lima y de la buena suerte que han tenido con ellas no se han jactado de que eso les hubiese costado un pequeño tesoro. Esas costumbres son muy originales, pero son verdaderas. He visto a varias señoras de buena sociedad usar sortijas, cadenas y relojes de hombre...

Las señoras de Lima se ocupan de sus casas. Pero como son muy activas el poco tiempo que les consagran basta para tener todo en orden. Tienen una inclinación decidida por la política y la intriga. Son ellas quienes se ocupan de colocar a sus maridos, a sus hijos y a los hombres que les interesan. Para obtener su propósito no hay obstáculos o disgustos que no sepan dominar. Los hombres no se mezclan en esta clase de asuntos y hacen bien. No se desenredarían con la misma habilidad. Les gusta mucho el placer, las fiestas, buscan las reuniones sociales, juegan mucho, fuman cigarrillos y montan a caballo, no a la inglesa, sino con un pantalón largo como el de los hombres. Tienen gran pasión por los baños de mar y nadan muy bien. En materia de talentos de adorno, tocan la guitarra, cantan muy mal (hay algunas, sin embargo, que son buenas músicas) y bailan con un encanto indescriptible los bailes del país.

Las limeñas no tienen en general ninguna instrucción, no leen y permanecen extrañas a todo cuanto ocurre en el mundo. Tienen mucho espíritu natural, una comprensión fácil, buena memoria y una inteligencia sorprendente.

He descrito a las mujeres de Lima tales como son y no según los dichos de ciertos viajeros. Esto me cuesta, sin duda alguna, pues la manera amable y hospitalaria como ellas me han acogido me ha penetrado de los más vivos sentimientos de reconocimien-

to. Pero, mi papel de viajera concienzuda me hace un deber decir toda la verdad.

He hablado del teatro y de las corridas de toros, pero he omitido el espectáculo que las iglesias ofrecen a la población limeña. Es el más concurrido y el deseo perpetuo de distracciones conduce a ellas a la multitud. En Lima todo el mundo oye dos o tres misas, una en la catedral, porque se ve allí a un gran número de lindas mujeres y a los extranjeros atraídos por aquellas bellezas; otra en San Francisco, porque estos padres distribuyen excelente pan bendito, se oye un magnífico órgano y todos los sacerdotes están ricamente vestidos; la tercera misa se oye en El Niño Jesús, a fin de gozar del divertido canto de los numerosos pájaros encerrados en las jaulas. En casi todas las iglesias de Lima se ve cerca de los altares jaulas llenas de pájaros de diferentes especies. Sus cantos dominan a menudo las palabras del sacerdote que dice la misa. Además de las distracciones cotidianas que se tiene en las iglesias, hay en la ciudad dos procesiones por semana, por lo menos, y esas procesiones son aún más cómicas y más indecentes que las que tanto me escandalizaron en Arequipa. Y, en fin, para que la continuidad de las ceremonias, la edificación y la diversión de los religiosos limeños no se interrumpan hay oficios durante la noche, celebrados con mucha pompa, en los que todo tiene lugar; debemos creerlo así, con el mismo respeto por las conveniencias. ¡Cuántas escuelas se establecerían con lo que cuestan todas estas vanas ceremonias! ¡Cuántas cosas útiles podrían aprenderse o hacerse en el tiempo que se pierde en ellas!...

Los dos principales paseos son el Almendral y el Paseo de Aguas. Este último es el preferido. Es hermoso, pero mal situado. El riachuelo que lo bordea, los grandes árboles que lo adornan producen, en invierno, humedad muy perjudicial a la salud y durante el verano la falta de aire. El domingo y los días feriados este paseo se asemeja, por la tarde, al boulevard de Gante. Las mujeres están casi todas con sayas y muchas sentadas sobre las bancas. En esta posición el vestido deja ver hasta las rodillas. Hay en la calzada numerosas calesas. Unas van al paso, otras se detienen para que las señoras que van en ellas puedan hacer admirar su belleza y su elegancia. Este paseo dura cuatro o cinco horas. Me habría parecido demasiado largo de no haber estado en compañía de varias seño-

ras y en especial de mi tía que tiene un brillante espíritu cuando hace críticas. Y en este paseo hay gran campo para hacerlas...

La iniciación de la primavera es uno de los grandes placeres de Lima. Es en realidad una fiesta soberbia. El día de San Juan comienza el paseo de Amancaes,[106] especie de Longchamp, adonde fui con doña Calixta, una de mis amigas. Asistía toda la población. Había más de cien calesas que llevaban a las señoras magníficamente ataviadas. Se veían numerosas cabalgatas y una inmensa multitud de peatones. Durante los dos meses de invierno, mayo y junio, los cerros se cubren de flores amarillas y de hojas verdes, llamadas amancaes, y tienen el aspecto de la primavera. Esto es lo que da lugar a la fiesta y el nombre del paseo. El camino que conduce a estos cerros es muy ancho y la perspectiva que se tiene desde cierta altura es encantadora. En muchos lugares se arman tiendas en las cuales se venden refrescos y se ejecutan las danzas más indecentes. El gran mundo frecuenta estos sitios en los meses de la estación y el imperio de la moda y el deseo de ver y de ser visto hacen excusar los numerosos inconvenientes que ofrecen. El camino es muy malo. Los caballos se hunden en la arena hasta las rodillas. El viento es frío y por la tarde, si uno se demora en retirarse, corre el riesgo de ser detenido por los ladrones que abundan en Lima. A pesar de todo, los limeños acuden con verdadero furor. Forman grupos, llevan su almuerzo y comida y pasan allí la noche.

No me limité a visitar los paseos y los edificios de Lima. Traté también de introducirme entre los principales habitantes, con el propósito de conocer los usos y costumbres. Había sido recomendada a muchas familias y además a dos primas de Arequipa: la señora Baltazara de Benavides y a la señora Inés de Izcue. Fui muy bien acogida en estas dos casas donde me dieron dos comidas de etiqueta. Nada en el mundo es más pesado que estas comidas. Se despliega un gran lujo en la vajilla, en el cristal, en todas las cosas, pero en especial en los guisos y golosinas de mil clases. Lima se distingue por sus progresos en la cocina. El arte culinario está floreciente y, desde hace diez años, todo se hace a la francesa. El país proporciona muy buena carne, buenas legumbres, pescado de toda clase y gran abundancia de frutas exquisitas. Es fácil con-

[106] Amancaes es el nombre de una flor amarilla que crece en los cerros. (N. de la A.)

feccionar con poco gasto un estupendo menú. Esos banquetes me causan a mí, que tengo el hábito de comer en diez minutos, una fatiga inimaginable. Se sirven dos y tres veces y es preciso comer de todo para no infringir los usos de la cortesía. Necesitaba constantemente repetir las mismas excusas, decir hasta la saciedad que no comía carne ni sopa y que mi alimentación se limitaba habitualmente a legumbres, fruta y leche. Se quedan dos horas en la mesa. Durante este tiempo la conversación versa sobre la excelencia de los guisos y se dirigen elogios en términos pomposos al dueño de casa. Al igual que en Arequipa, se tiene también la costumbre de hacerse pasar pedazos de los alimentos en la punta del tenedor, pero ya este uso se pierde. Lo que he visto comer en estas ocasiones es en realidad monstruoso. Resulta que a la salida de la comida casi todos los convidados están enfermos y en tal estado de estupor que son incapaces de decir una palabra. En definitiva, sus festines son tan cansados como perjudiciales a la salud. La profusión que ostentan denota un pueblo todavía reducido a los goces sensuales. La hora corriente para el almuerzo no se altera en esos días: se sientan a la mesa a las tres, como de costumbre, pero no se levantan sino a las cinco o seis. Después hay que acompañar una o dos horas a los dueños de casa. Se puede juzgar cuán pesada tarea sería para mí semejantes invitaciones. En todas esas comidas se sirven nuestros mejores vinos lo cual ocasiona un gran gasto para el país.

Entre las mujeres distinguidas que viven en Lima citaré a tres cuyos nombres no podría omitir al hablar de esta ciudad. La primera es la señora de la Riva-Agüero, célebre por sus desgracias y por el valor y la constancia que demuestra al soportarlas. La segunda es la señora Calixta Thwaites, la mujer más instruida que he encontrado en América y que se distingue por su espíritu brillante y la exactitud de sus juicios. Y, por fin, la tercera es la señora Manuela Riglos, mujer sabia y muy espiritual, según dicen, pero más pedante aún.

Al contar la historia de la señora de la Riva Agüero mi intención es también demostrar, como lo he hecho en la historia del comandante de la "Challenger", de cuántos males es causa la tiranía ejercida por los padres sobre las inclinaciones de sus hijos. Como si los errores del corazón, la saciedad y la suerte buena o mala de la vida no bastasen para comprometer la felicidad de un

lazo que en nuestra sabiduría hemos hecho indisoluble, aún es necesario aumentar esos peligros haciendo intervenir a la razón humana con su cortejo de prejuicios en el afecto más desinteresado de nuestra naturaleza. ¡Ah! La razón es aún más fecunda en decepciones que el corazón y el amor que Dios enciende tiene sin duda más derechos a nuestro respeto que las vanas opiniones nacidas en nuestro cerebro por influencia del mundo exterior. La presión ejercida a este respecto por los padres sobre sus hijos es el más culpable abuso de la fuerza, al mismo tiempo que el más insigne absurdo de la razón. Matar a la víctima es menos criminal que prepararle un porvenir de calamidades. Obligar a amar es el colmo de la demencia a que puede llegar la tiranía.

La señora de la Riva-Agüero (Carolina Delooz) pertenecía a una de las primeras familias de Holanda donde nació.[107] Recibió una educación tan brillante como sólida y la extrema amabilidad de su tono, sus maneras a la vez sencillas y elegantes, demostraban que había vivido, desde su infancia, entre la mejor sociedad. Era una mujer completa, si alguna vez un ser humano ha merecido que se diga eso de él. Cuando la conocí tenía alrededor de treinta años. Muy bella todavía, a los dieciocho debió ser una encantadora criatura llena de gracia y de frescura. ¡Pobre joven! ¡Cuando jugabas en tus verdes campiñas no pensabas en el triste destino que te reservaba la ambición de tus padres!

En 1822 llegó a Bruselas un peruano llamado de la Riva-Agüero. Se introdujo, no sé cómo, en la familia de la joven Carolina Delooz, se presentó con un cortejo de títulos y se dio de Presidente de la República del Perú, país que se había visto obligado a abandonar a consecuencia de movimientos revolucionarios. Amplificó, con esa exageración propia de su país, todo lo que podía darle importancia y hacer concebir una alta opinión sobre él. Por fin logró, por su elocuencia y sus aires de grandeza, interesar a la familia Delooz y deslumbrarla. M. Delooz, padre de siete hijos, había perdido gran parte de su fortuna y tenía cuatro hijas solteras. Cre-

[107] La princesa Carolina Arnoldina de Looz-Corswaren no era holandesa, sino belga, nacida en Bruselas. Pertenecía a la casa soberana de un ducado del antiguo imperio germánico. Al casarse con Riva-Agüero, éste tenía poco más de 40 años ya que había nacido el 3 de mayo de 1783. La fecha de la llegada de éste a Bruselas que da Flora en el párrafo siguiente es errónea, pues sólo salió expatriado en el año 1824. (N. de la T.)

yó en las palabras del que se titulaba Presidente del Perú, poseedor de grandes riquezas en su patria. El noble y ambicioso holandés vio en este extranjero un partido conveniente para una de sus hijas y acogió su pedido. Declaró su voluntad a Carolina, quien quedó petrificada. Riva-Agüero tenía entonces cincuenta y cinco años, era de una repugnante fealdad, de mala salud y de carácter triste y severo. La joven con la desesperación en el alma fue a echarse a los pies de su madre y a pedirle protección. Pero, ¡ay!, la pobre madre, esclava como su hija, no podía sino confundir sus lágrimas con las de su niña. El noble esposo, amo absoluto de su familia, vio callar ante su voluntad todas las resistencias. En todo el círculo de la familia Delooz no se encontró una sola persona que se atreviese a observar al padre que procedía con crueldad echando a su hija entre los brazos de un viejo hipocondríaco y, con imprudencia, casándola con un desconocido que quizá los engañaba. La sociedad holandesa, aún más esclavizada que la nuestra por los prejuicios del orgullo, encontraba que el Presidente del Perú era un excelente partido para Carolina Delooz y la pobre niña se vio obligada a sentirse honrada, contenta y feliz. Tenía diecisiete años cuando se casó con el viejo.

Poco tiempo después de su matrimonio la joven se vio obligada a dejar a su madre y a sus hermanos, a quienes amaba tiernamente, para seguir a su marido a sus estados. Llegó a Valparaíso con un hijo de quince meses y encinta. Estuvo allí cerca de dos años viviendo en una casa amueblada en la forma más mezquina, sin atreverse a preguntar a su augusto esposo cuándo pensaba conducirla a su palacio. Habiendo agotado M. de la Riva-Agüero sus escasos recursos para subvenir a esta miserable existencia se vio obligado a traer a su esposa a Lima. ¡Ah! Cuál debió ser la desesperación de esta joven a la vista de la casa donde la instaló su marido. Su desgracia era evidente. Ese hombre había abusado indignamente de la credulidad de su padre. Se veía a tres mil leguas de su país, sin su madre o alguno de los suyos que la consolara y ayudara con sus consejos y su afecto. Se veía sin fortuna, sin ninguna consideración, en lucha con la miseria y condenada a pesares de toda especie y a temer hasta por sus hijos. ¡Debió ser horrible su desesperación! M. de la Riva-Agüero había mentido al presentarse como Presidente del Perú. Es verdad que durante un

movimiento revolucionario un nombramiento extralegal le había dado aquel título. Lo conservó tres días en medio del desorden al que lo debió.[108] Una vez restablecida la calma se vio obligado a escapar apresuradamente pues había sido puesto fuera de la ley como faccioso. Había mentido cuando se había dicho dueño de grandes riquezas porque no tenía ya por toda fortuna, sino la mitad de una vieja casucha cuya otra mitad pertenecía a su hermana. Al llegar a Lima no le fue posible ocultar su situación a su esposa. Ella escuchó todos los cuentos que le refirió con una sangre fría y una firmeza que demostraban su gran valor y soportó su suerte con una dignidad y una resignación digna de los más grandes elogios. Jamás alguien ha oído salir de sus labios la más ligera alusión al indigno engaño de que ha sido víctima. Habla siempre de su marido con el mayor respeto, parece estar muy convencida de la exacta verdad de todo cuanto él le ha dicho, atribuye las desgracias de M. Riva-Agüero a los acontecimientos políticos y sólo se queja de la ingratitud de la República.

La señora de la Riva-Agüero es un ángel de virtud. Su conducta es tan ejemplar que ni la maledicencia de las limeñas ha podido encontrar qué decir. Cuando la vi era madre de tres niños, los más hermosos que se puede ver y estaba encinta. Esa mujer con su orden, su extrema economía y sus hábitos laboriosos tenía el talento de sostener su casa sobre un pie muy honorable. Amamantaba y educaba ella misma a sus hijos, cosía sus vestidos y cuidaba a su viejo marido casi siempre enfermo. Así excitaba la admiración de quienes la conocían. ¡Ah! ¡Si su padre hubiese po-

[108] José de la Riva-Agüero, primer Presidente del Perú, no fue el vulgar intrigante que pretende pintar Flora. Representó un importante papel en la primera parte de la lucha emancipadora contra España. Fue presidente, elegido por el Congreso, desde el 28 de enero de 1823 hasta el 23 de junio de ese año en que fue depuesto por el mismo Congreso. Entró en abierta pugna con Bolívar quien había sido llamado por ese Congreso y llegó a dictarse sentencia de muerte contra él al saberse que estaba en tratos con el virrey La Serna para establecer en el Perú un régimen monárquico independiente, pero bajo el gobierno de un príncipe español. Expatriado en Europa desde 1824 hasta 1828, en que regresó a América, volvió al Perú en 1833 y entonces recuperó parte de los bienes que había perdido en todas estas luchas políticas. Más tarde fue Ministro Plenipotenciario en Chile durante la Confederación Perú-boliviana y Presidente del Estado Norperuano. Al caer la Confederación volvió a expatriarse y sólo regresó en 1845 mediante una ley de amnistía. Murió en Lima en 1858. (N. de la T.)

dido ser testigo de las lágrimas vertidas en secreto! Pero ese padre recibe de su hija cartas dictadas por un respeto filial que hace callar cualquier otro sentimiento. La joven señora es demasiado piadosa, demasiado generosa como para turbar el reposo de su padre con sus reproches o sus quejas. Le escribe que es feliz y el viejo, hinchado de orgullo, enseña sus cartas y dice a todos que su hija es la presidenta del Perú.

Conozco todos estos detalles por una sirvienta holandesa que vino al Perú con la señora Riva-Agüero y estaba en casa de la señora Denuelle desde hacía seis meses. Por lo que me refirió de la señora Riva-Agüero me dio deseos de conocerla y le escribí para obtener el permiso de hacerlo. Vino esa misma tarde y conversó conmigo largo rato. Hablaba el francés como una francesa y su conversación probaba que había nacido con un carácter alegre, vivo y lleno de orgullo. Su embarazo la hacía sufrir y su expresión tenía algo de angelical. Al retirarse me cogió la mano con cariño y me dijo:

—Venga a verme, señorita, tendré mucho gusto en conversar con usted sobre Europa y esos hermosos países donde usted regresa. La vida que llevo aquí es muy monótona. Sin embargo, no me quejo. Mis hijos, mis queridos hijos, reemplazan todo para mí.

Miré con santo respeto a esta mujer de virtud tan admirable, víctima como yo de los crueles prejuicios a los que todavía se someten las gentes rutinarias a pesar de haber reconocido su absurdo. Durante mi residencia en Lima fui muy a menudo a ver a esta señora. Algunas personas iban también a veces a tomar el té con nosotras.

Intimé mucho con doña Calixta Thwaites y sentí un vivo pesar al no poder decidirla a vivir en Europa. Esta mujer era realmente superior, tanto por la elevación de su espíritu como por la inmensa variedad de sus conocimientos. Hablaba el inglés de un modo admirable; había traducido una gran parte de lord Byron al español y al francés. Su erudición era sorprendente con relación a su edad. Tenía entonces sólo veintinueve años. Nacida en Buenos Aires, y casada con un inglés, hacía cuatro que había ido a establecerse a Lima donde su marido tenía una casa de comercio. Enviudó poco tiempo después de su llegada y gozaba de una buena fortuna. No se podía ver sin pesar que semejante mujer se hubiese

establecido en un país donde tan pocas personas eran capaces de apreciarla. ¡Ojalá pudiese despertar entre algunos el gusto por las letras y hacer que aparezcan luces entre aquella espesa oscuridad! La Providencia, al inspirarle la voluntad de habitar en el Perú, parece haberla destinado a esta misión.

Cuando llegué a Lima no vi a la señora Riglos. Acababa de perder a su abuela y me envió a su marido. Fui a pagarle la visita sin encontrarla. No vino a verme y pensé que sería indiscreto de mi parte regresar. Me dijeron que no se había atrevido a presentarse en mi hotel por temor a la maldad de Mme. Denuelle. Esto es verdad, se burlaba de ella despiadadamente. Esta señora tenía la modesta pretensión de creerse a la misma altura que Mme. de Staël. Según ella, había escrito obras notables, pero que nadie había visto de modo que era preciso creer en sus palabras. En las luchas de los partidos dirigía odas a los vencedores. Componía piezas poéticas sobre el sol, la luna, el mar y otros temas no menos grandiosos. La señora Riglos era entonces una mujer de cuarenta años, flaca, pálida y coja. Jamás usaba saya y su vestido se distinguía por su extravagancia. Siempre tenía grandes sombreros con plumas blancas, trajes amarillos con chales rojos y el resto de su indumentaria por el estilo. Profesaba por su país un profundo desprecio. La señora Riglos tenía el proyecto de establecerse en Francia. Repetía sin cesar que una mujer de su mérito no podía vivir en otra parte que en París. Por todo lo que me refirieron de esta señora creo que si tuviese menos pretensión, y tratase de producir menos efecto, no se pondría en duda su talento como poetisa. Pero "el espíritu que quiere aparentar, perjudica el que hay en ella".[109]

[109] Manuela Rávago y Avella Fuertes de Riglos fue efectivamente literata y, no ella sino sus contemporáneos, la llamaron "la Staël peruana". Tenía un salón literario al que asistían las principales figuras literarias y políticas de la época. En su casa se ensayó el Himno Nacional Peruano y ella lo cantó por primera vez ante San Martín. Sus contemporáneos la pintan dotada de fino espíritu y aseguran que poseía indudable talento poético. (N. de la T.)

—IX—
Los baños de mar. Un ingenio azucarero

Los limeños han escogido, para tomar baños de mar, el sitio más árido y más desagradable de la costa, para mi gusto. Ese lugar se llama Chorrillos. La familia Izcue había alquilado, en Chorrillos, una casa para la temporada y me invitó a pasar allí el tiempo que deseara.

M. Izcue fue a buscarme a las siete de la mañana y subimos enseguida a la calesa. Debíamos recorrer cuatro leguas sobre arena. El camino, a pesar de todo, era bueno para los caballos pues la arena estaba dura y no se hundían en ella como en la de las pampas. El campo era muy desigual. A la vegetación sucedía la aridez de una tierra negra sobre la que se veía, de lejos, algunos árboles. A la mitad del camino cruzamos el bonito pueblo de Miraflores. Este pueblo está sobre el mar, que se halla a un cuarto de legua y ciertamente es el más lindo lugar que he visto en América. Después de dejarlo se encuentran campos de papas y de alfalfa, pero ninguno de trigo. Llegamos a dos casas de hermosa apariencia, que pertenecían a M. de Lavalle, antiguo intendente de Arequipa. Vi magníficos jardines dependientes de aquellas casas y en plena campiña naranjos, papayos, palmeras, zapotillos y toda clase de árboles frutales. A los diez minutos de ese sitio atravesamos el Barranco, pequeña aldea situada entre abundante follaje, grandes árboles y mucha agua. Al dejar este oasis no había sino tierras áridas hasta Chorrillos. Tuvimos durante todo el camino una niebla espesa y húmeda. Sentía mucho frío. Llegué enferma y me acosté después de haber bebido una tasa de café bien caliente.

Me levanté a la hora de la comida. Al verme mejor M. Izcue me propuso visitar los campos vecinos cuyas tierras eran fértiles y se cultivaba caña de azúcar. Me dieron un caballo y salimos a nuestro paseo.

No había visto caña sino en París, en el Jardín Botánico. Aquellos vastos campos de caña de ocho o nueve pies de altura, tan apretada que un perro apenas podría abrirse paso entre ella, coronada por millares de flechas que llevaban florecillas en espiga, anunciaban una poderosa vegetación que está lejos de manifestarse con la misma energía en nuestros campos de trigo o de papas. La naturaleza, en estos climas favorecidos, parece convidar al hombre al trabajo con sus más ricas recompensas. Ese cultivo me inspiró el más vivo interés y al día siguiente fuimos a visitar una de las grandes explotaciones del Perú.

El ingenio de M. Lavalle, la villa Lavalle, situado a dos leguas de Chorrillos, es un magnífico establecimiento en el cual habitan cuatrocientos negros, trescientas negras y doscientos negritos. El propietario se ofreció con la mayor cortesía a hacérnosla conocer con todos sus detalles y tuvo la amabilidad de explicarnos cada cosa. Vi con mucho interés cuatro molinos para triturar la caña movidos por una caída de agua. El acueducto que trae el agua a la usina es muy hermoso y su construcción costó mucho dinero debido a los obstáculos que el terreno ofrecía. Recorrí el vasto establecimiento donde se hallaban las numerosas calderas y se hacía hervir el jugo de la caña. Enseguida fuimos a la refinería contigua donde el azúcar se separaba de la melaza. M. Lavalle me habló de sus proyectos de mejoras.

—Pero, señorita, agregó, la imposibilidad de conseguir nuevos negros es desesperante. La falta de esclavos traerá la ruina de todos los ingenios. Perdemos muchos de ellos y las tres cuartas partes de los negritos mueren antes de llegar a los doce años. En otros tiempos tenía mil quinientos negros. No tengo ya más que novecientos, comprendiendo a estos débiles niños que usted ve.

—Esta mortalidad es espantosa y debe hacerle concebir, en efecto, los más funestos temores para su establecimiento. ¿De qué proviene, pues, que no se mantenga el equilibrio entre los nacimientos y las defunciones? El clima es sano y se creería que los negros están aquí tan bien como en África.

—El clima es muy sano, pero las negras se hacen abortar a menudo y los padres no tienen cuidado alguno con sus hijos.

—¡Oh! ¡Entonces son muy desgraciados! ¡La especie humana aumenta hasta en medio de las calamidades! Sus negros se multiplicarían tanto como los hombres libres si su existencia fuese tolerable y si entre ellos el sentimiento del dolor no fuese más fuerte que los más tiernos afectos de nuestra naturaleza.

—Señorita, usted no conoce a los negros. Es por pereza que dejan perecer a sus hijos y no se puede obtener nada de ellos sin el látigo.

—¿Cree usted que siendo libres sus necesidades bastarían para inducirlos al trabajo?

—Las necesidades en estos climas se reducen a tan poca cosa que no necesitarían de gran trabajo para satisfacerlas. Además, no creo que el hombre, por más necesidades que tenga, pueda sentirse inducido, sin la fuerza, a un trabajo regular. Las poblaciones de indios esparcidas por todas las latitudes de América del Norte y del Sur ofrecen la prueba de mi afirmación. En México y en el Perú se ha encontrado, es verdad, alguna cultura entre los indígenas y todavía vemos a la mayoría de nuestros indios no hacer nada y vivir en la miseria y la ociosidad. Pero en todo el vasto continente de las dos Américas las tribus independientes viven de la caza, de la pesca y de los frutos naturales de la tierra sin que las hambrunas frecuentes a que están expuestos los haga entregarse al cultivo. La vista de los goces conseguidos por los blancos con su trabajo, goces por los que sienten avidez, carecen igualmente de incentivo para hacerlos trabajar. Y no es sino por medio de castigos corporales que nuestros misioneros han logrado hacer cultivar algunas tierras a los indios que han reunido. Sucede lo mismo con los negros y ustedes, franceses, han hecho la experiencia en Santo Domingo. Desde que han libertado a sus esclavos, éstos no trabajan más.

—Creo con usted que el hombre blanco, rojo o negro, se resuelve difícilmente al trabajo cuando no ha sido educado en él. Pero la esclavitud corrompe al hombre y al hacerle odioso el trabajo no podrá prepararlo para la civilización.

—Sin embargo, señorita, en tiempo de los romanos Europa estaba cubierta de esclavos y la esclavitud se mantiene aún en Rusia y en Hungría.

—También, señor, las guerras sociales pusieron a menudo en peligro el Imperio Romano y no habría sucumbido por la invasión de los pueblos del norte si las tierras hubiesen sido cultivadas por brazos libres y si las ciudades no hubiesen contenido más esclavos que ciudadanos. Las naciones germanas y eslavas tenían también esclavos, pero únicamente consagrados al cultivo de las tierras. Esos esclavos eran colonos aparceros, tal como son en Rusia y en Hungría, que acaba usted nombrar. Fue aquella esclavitud, mucho más dulce que la de los romanos, la que se estableció en las Galias después de la invasión de los germanos, y en España, después de los vándalos. Los siervos pudieron sucesivamente rescatarse con el fruto de su trabajo. Pero, en América el esclavo no tiene semejante perspectiva. Trabajando bajo el látigo del inspector no tiene participación alguna en los frutos de su labor. Ese género de esclavitud excede el fardo de dolor que ha sido dado al hombre soportar.

—Observe, le ruego, que la esclavitud aquí, como entre todos los pueblos de origen español, es más dulce que entre las demás naciones de América. Nuestro esclavo puede rescatarse y entre nosotros, el negro sólo es esclavo de su amo. Si otro lo golpea se encuentra en estado de legítima defensa y puede devolver el golpe. Mientras que en sus colonias el negro está, en cierta manera, bajo la dependencia de todo el mundo. Le está prohibido, bajo las penas más graves, defenderse contra un blanco. Si es herido, el dueño tiene derecho a una indemnización por el daño sufrido; pero no se le hace nada al autor de la herida. De este modo ustedes han agregado la pérdida de la seguridad a la de la libertad.

—Convengo en que las leyes españolas, relativas a los esclavos, son mucho más humanas que las de cualquiera otra nación. Entre ustedes el negro no es simplemente una cosa, es un correligionario y la influencia de las creencias religiosas le procura algún paliativo. Mas el vicio radical, la perpetuidad de esa esclavitud, subsiste entre ustedes así como en nuestras colonias pues es imposible para el esclavo que pueda alguna vez usar de la facultad de rescatarse, con la continuidad del trabajo exigido. Si los productos, debidos en América al trabajo de los negros, perdiesen su valor estoy segura de que la esclavitud sufriría felices modificaciones.

—¿En qué forma, señorita?

—Si el precio en que se vende el azúcar comparado con el valor de trabajo que demanda, estuviese en la misma relación que los productos de Europa comparados con sus gastos de producción, el amo, sin tener entonces una compensación por la pérdida de su esclavo, no lo obligaría al trabajo y velaría por su conservación. Suponga usted que el trigo en Rusia valiera 6 u 8 pesos las 100 libras, como vale el azúcar aquí y en nuestras colonias, ¿cree usted entonces que el señor ruso se contentaría con entrar en participación con su esclavo...? Ciertamente que no. Lo atormentaría con su vigilancia y lo hostigaría con el látigo para obtener la mayor cantidad posible. Esté usted igualmente persuadido que entonces la población de siervos en vez de prosperar, como sucede en la actualidad, disminuiría en la misma proporción que la población negra de América.

—Pero la trata está ya abolida y mientras más valor tengan nuestros productos más interesados estaremos en conservar nuestros esclavos.[110]

—Parece que debería ser así y usted ve por su propia experiencia que sucede lo contrario. El presente es todo para el hombre. Los propietarios no se contentan con vivir del producto de sus ingenios, quieren que esas entradas les proporcionen con qué pagar la adquisición de aquéllos, si la deben todavía, y el modo de crearse una fortuna independiente. Ninguno de ellos consentiría en disminuir su cosecha en la mitad para hacer cultivar a sus negros mayor cantidad de plantas alimenticias, concederles mayor descanso y mejorar su suerte. Además, en los grandes establecimientos los esclavos, reunidos en numerosos obrajes, constantemente bajo la mirada de su amo y hostigados sin cesar, sufren una tortura moral que debe bastar para hacerles considerar la vida con horror.

—Señorita, usted habla de los negros como persona que no los conoce, sino por los bellos discursos de sus filántropos de tribuna. Mas por desgracia es demasiado cierto que no se les puede hacer marchar sino con el látigo.

[110] La esclavitud fue abolida en el Perú por decreto firmado por el general Ramón Castilla el 5 de diciembre de 1854. (N. de la T.)

—Si es así, señor, le confieso que hago votos por la ruina de los ingenios y creo que estos votos serán escuchados muy pronto. Dentro de algunos años la betarraga destronará a la caña.

—¡Oh!, señorita, si usted no tiene otro enemigo más peligroso que oponerme... es una broma aquélla de su betarraga. Esta raíz es buena a lo más para endulzar la leche de las vacas en invierno cuando éstas se alimentan con pastos secos.

—¡Ríase, ríase, señor! Pero con esta raíz de la que usted se burla podríamos nosotros en Francia prescindir de su caña. El azúcar de betarraga es tan buena como la suya y tiene además, a mis ojos, el mérito supremo de hacer bajar el precio del azúcar de las colonias. Y estoy convencida de que sólo de esta circunstancia puede resultar el mejoramiento de la suerte de los negros y, por consiguiente, la abolición completa de la esclavitud.

—La abolición de la esclavitud... ¿No está usted desengañada por el ensayo que acaban de hacer en Santo Domingo?

—Señor, una revolución que tuviese sentimientos más generosos por móviles debería de indignarse por la existencia de la esclavitud. La Convención decretó la libertad de los negros por entusiasmo, sin sospechar aparentemente que tenían necesidad de estar preparados para usar de su libertad.

—Y, además, su Convención olvidó también de indemnizar a los propietarios como hace en la actualidad el parlamento inglés.

—El parlamento, teniendo nuestro ejemplo ante los ojos, ha procedido en esta materia en una forma más racional que la Convención. Pero ha estado también demasiado apresurado en alcanzar su propósito y las disposiciones que ha adoptado son tan bruscas y generales que por mucho tiempo todavía no podrán dar buenos resultados. Los obstáculos que se oponen a una liberación simultánea son tales que hay lugar para admirar que una nación, tan ilustrada como la nación inglesa, haya creído deber prestar una atención muy ligera y se haya arriesgado a libertar al esclavo antes de haberse asegurado de sus hábitos laboriosos y de haberlo preparado, por medio de una educación conveniente, en hacer buen uso de la libertad de nuestra organización social. Estoy bien persuadida de que la liberación gradual, únicamente, ofrece un medio pronto para transformar a los negros en miembros útiles para la sociedad. Se hubiese podido hacer de la libertad una recompen-

sa del trabajo. El parlamento inglés hubiese ido más pronto hacia el bien si se hubiese limitado a libertar anualmente a los esclavos de menos de veinte años y los hubiese colocado en escuelas rurales y de artes y oficios antes de dejarlos gozar de la libertad. No existen colonias europeas donde no se encuentren vastas extensiones de tierra sin roturar, a las cuales se pueden enviar a los libertos y el trabajo tampoco faltaría a los negros que aprendiesen un oficio. Procediendo en esta forma bastarían unos treinta años para llegar a la emancipación general. Los negros libertos acrecentarían anualmente la población laboriosa y, por consiguiente, la riqueza de las colonias. Mientras tanto, con el sistema adoptado, esos países sólo tienen en perspectiva un largo porvenir de miserias y de calamidades.

—Señorita, su manera de considerar la cuestión de la esclavitud sólo prueba que tiene buen corazón y demasiada imaginación. Esos hermosos sueños son soberbios como poesía... Pero un viejo agricultor como yo siente tener que decirle que ninguna de sus bellas ideas es realizable.

Esta última réplica de M. Lavalle me hizo sentir que al hablar con el viejo agricultor hablaba con un sordo. Puse fin a la conversación que, por lo demás, había sido demasiado larga. Sin embargo, es satisfactorio para mí decir que M. Lavalle, de carácter dulce y en extremo afable, trató esta cuestión tan irritante para todos los propietarios de esclavos con mucho más razón que cualquier otro en su lugar lo hubiese hecho. Continuamos recorriendo su magnífico establecimiento con igual amenidad de su parte.

La esclavitud ha excitado siempre mi indignación y sentí un gozo inefable cuando tuve noticia de la formación de esa santa liga de señoras inglesas que se abstenían del consumo del azúcar de las colonias occidentales. Ellas se comprometieron a no consumir sino azúcar de la India aunque fuese más cara por los derechos con que estaba gravada, hasta que el Parlamento aprobase el bill de emancipación. El acierto y la constancia empleados en el cumplimiento de esta caritativa resolución hicieron despreciar los azúcares de América en los mercados ingleses y triunfaron de las resistencias opuestas a la aprobación del bill. ¡Ojalá sea imitada en Europa continental tan noble manifestación de los sentimientos religiosos de Inglaterra! La esclavitud es una impiedad a los

ojos de todas las religiones y participar en ella es renegar de sus creencias. La conciencia del género humano es unánime sobre este punto.

El ingenio de M. Lavalle es uno de los mejores del Perú. Su extensión es inmensa, está muy bien ubicado y lo limita el mar. Las olas se estrellan al pie contra las rocas de la orilla.

M. Lavalle ha hecho construir para sí una de las casas más elegantes. No ha economizado nada para su solidez y embellecimiento. Este palacete manufacturero está amueblado con gran riqueza y es del mejor gusto: alfombras inglesas, muebles, relojes y candelabros de Francia; grabados y curiosidades de la China; en fin, se ve allí reunido todo lo que puede contribuir a la comodidad de la existencia. M. Lavalle ha hecho construir también una capilla de buen gusto, sencilla, bastante espaciosa como para contener mil personas y con decoraciones muy apropiadas. Los domingos y días de fiesta todos los negros del establecimiento asisten a la misa. Los negros españoles son supersticiosos y la misa es, para ellos, una necesidad indispensable. Sus creencias aligeran sus males y son una garantía para el amo. M. Lavalle tuvo la amabilidad de hacer vestir a un negro y una negra con sus vestidos de fiesta para que yo pudiese juzgar del golpe de vista que ofrece su iglesia el domingo. La indumentaria del hombre consistía en un pantalón y una chaqueta de algodón con rayas azules y blancas y un pañuelo rojo envuelto en el cuello. La mujer tenía una falda de la misma tela rayada, un largo chal de tela de algodón roja con el cual se envolvía la parte posterior de la cabeza, los hombros, la garganta y los brazos. Usaba zapatos de cuero negro, atados en las piernas con cintas azules. Sobre su negra piel aquel contraste ofrecía un efecto singular. Los negritos tenían un mandil de un pie cuadrado. El vestido de los días corrientes es mucho más sencillo aún: los negritos están completamente desnudos; las mujeres no tienen sino la falda pequeña y los hombres, un pantalón o un mandil pequeño. M. Lavalle tiene la reputación de ser muy lujoso con sus negros.

Los países cálidos son ricos en frutas. La huerta de M. Lavalle las reúne todas. La tierra les es favorable y todas crecen muy hermosas. El zapotillo por su altura parece querer poner fuera del alcance del hombre sus voluminosas manzanas verde oscuro cuya

pulpa jugosa reúne los sabores más deliciosos. Tan elevado como la encina, el mango luce sus frutos de forma oval, con carne hilachosa y olor de trementina. No cesaba de admirar el follaje de los grandes y hermosos naranjos con ramas de tan lindo verde, rendidas bajo el peso de millares de bolas cuyo color alegraba la vista y el perfume embelesaba la atmósfera. ¡Me creí transportada a un nuevo Edén! Glorietas con granadillas ofrecían a las manos el sorbete de sus frutos, mientras aquí y allá los platanares se doblegaban bajo el peso de sus cabezas y desplegaban sus anchas hojas quebradas. Una colección muy variada de flores de Europa embellecía ese vergel de los trópicos con recuerdos de la patria. En un lugar encantador, por la frescura y los perfumes que allí se respiran, se encuentra un mirador desde donde la vista es magnífica. Por un lado se ve el mar que arrastra sobre la playa sus olas espumosas y las rompe con estrépito contra las rocas; por el otro se descubren vastos campos de caña de azúcar, tan hermosos cuando están en flor. Ramilletes de árboles aquí y allá descansan la vista y varían el cuadro.

Era tarde cuando nos retiramos. Al pasar por una especie de granja, donde trabajaban algunos negros, sonó el ángelus. Todos abandonaron su trabajo, cayeron de rodillas y postraron su rostro contra la tierra. La fisonomía de aquellos esclavos era repugnante de bajeza y de perfidia. Su expresión era sombría, cruel y desgraciada, hasta en los niños. Traté de entablar conversación con algunos, pero no pude obtener sino un sí o un no pronunciados con sequedad e indiferencia.

Entré en un calabozo donde se hallaban encerradas dos negras. Habían dado muerte a sus hijos privándolos de alimento. Ambas, completamente desnudas, estaban agazapadas en un rincón. La una comía maíz crudo y la otra, joven y hermosa, dirigió sobre mí sus grandes ojos. Su mirada parecía decirme: "He dejado morir a mi hijo porque sabía que él no sería libre como tú... He preferido verlo muerto y no esclavo". La vista de aquella mujer me hizo daño. Bajo esa piel negra hay a veces almas grandes y orgullosas. Los negros pasan bruscamente de la independencia de la naturaleza a la esclavitud y se encuentra entre ellos algunos indomables que soportan los tormentos y mueren sin doblegarse al yugo.

Al día siguiente fuimos a ver echar las redes. La manera de pescar es horrible y me pareció tan difícil como peligrosa. Los pescadores entran en el mar hasta muy adentro, presentan a la ola la boca de una inmensa red fija en torno de un gran círculo. El mar llega con furia, los cubre por completo y cuando se retira la ola tiran de la red hacia la playa. Eran doce los que se ocupaban en esta pesca y sólo después de la cuarta tentativa cogieron nueve pescados. Al ver a hombres libres soportando tan penosas fatigas, y corriendo tan inminentes peligros para ganar el pan, me pregunté si existe algún género de trabajo para el cual sea necesaria la esclavitud y si un país donde se encuentran hombres obligados a ejercer semejante oficio para vivir tenía necesidad de esclavos.

Ya he dicho que no concebía la predilección de los limeños por Chorrillos. Esa palabra quiere decir *alcantarilla*. Se ha llamado así a ese pueblo por los hilos de agua que caen desde lo alto de las rocas que rodean la playa, los cuales forman en la parte baja una laguna de agua dulce. Es a ese pequeño lago adonde van a bañarse. En aquel sitio el mar es muy tranquilo y jamás las olas llegan al lago. La vecindad del agua dulce ofrece una gran ventaja a los bañistas quienes, en su mayor parte, van a enjuagarse al salir del mar, para quitarse las partículas salinas adheridas a la piel. El lugar es, por lo demás, muy incómodo para bañarse. Se podría hacer con poco gasto baños tan agradables como los de Dieppe. Si Chorrillos sigue de moda, quizá lo pensarán un día los limeños.

El Barranco, oasis encantador del que ya he hablado, hubiese sido conveniente para lugar de cita de los bañistas. Se halla a corta distancia del mar, tiene árboles hermosos, verdor y agua (es la misma agua que viene a formar las filtraciones de Chorrillos). Pero este último pueblo, situado en lo alto de una roca negra y árida, está privado de todas las ventajas que ofrece el Barranco. Nada más triste y más sucio que este hacinamiento de cabañas. Ningún árbol, ninguna brizna de hierba viene a recrear la vista y el agua corre en la parte baja de la roca. Las casas son de madera, muchas no están enladrilladas. Hay algunas de casa que no tienen más aberturas que las puertas. Todas muy incómodas y amuebladas con vejeces. Chorrillos carece de todo para la alimentación y su mercado no está lo suficientemente aprovisionado. Todo es caro y

malo. No se puede salir sin hundirse hasta media pierna en una arena negra. Los zapatos, las medias y el ruedo del vestido se malogran después de semejante paseo. El viento del mar sopla la arena negra sobre los ojos y uno se siente cegado por la reverberación del sol. En una palabra, es el lugar más detestable que he encontrado en mi vida y, sin embargo, ese pueblo ha crecido de tal modo desde hace cinco años que tiene ya 800 casas.

La vida de los habitantes en aquel lugar de reunión refleja de manera exacta las costumbres limeñas. El *far niente*, el placer y la intriga componen toda su existencia. Las mujeres viven como los hombres. Sus costumbres y sus gustos son semejantes y se revelan con igual independencia. Montan a caballo para pasearse por los alrededores. Se bañan con los hombres. Fuman desde la mañana hasta la noche. Juegan rabiosamente (mi tía Manuela perdió diez mil pesos en una noche). Dirigen cuatro o cinco intrigas amorosas, políticas y demás. Van a los festines, a los bailes rústicos que da todo el mundo y pasan una gran parte del día extendidas sobre una hamaca, rodeadas de cinco o seis adoradores. Las fiestas de Chorrillos arruinan a las familias más ricas de Lima. Los sacrificios que hacen para residir allí uno o dos meses son incalculables. Esas extravagancias son más comunes en Lima que en ninguna otra parte. El clima contribuye a ellas sin duda, pero la ausencia de bellas artes y de toda instrucción, que ocuparían la viva imaginación de que está dotado este pueblo, hace que se lance a todas las locuras, arrastrado por esta superabundancia de vida que lo desborda.

Después de haber permanecido una semana en Chorrillos regresé a Lima con verdadero placer. Mi pequeño departamento amueblado a la francesa y mi comida francesa me parecieron mejores que nunca y encontré mil veces más agradable la entretenida conversación de Mme. Denuelle.

—X—
La ex presidenta de la República

A pesar de todas las distracciones que Lima me ofrecía y de la acogida amistosa de mis nuevos amigos deseaba vivamente marcharme. Por radiante que fuese la ciudad a causa de la bondad de su clima y la alegría de sus habitantes, era el último lugar de la tierra donde yo hubiese querido vivir. La sensualidad reina en ella exclusivamente. Todos aquellos seres tienen ojos, oídos y paladar mas no tienen alma que responda a la vista, a los sonidos y al gusto. Jamás he sentido un vacío más completo y una aridez más agobiadora que durante los dos meses que permanecí en Lima.

La impaciencia que sentía por regresar a Europa, a la que apreciaba y amaba más desde que la había dejado, me hizo vacilar un instante para ir a Valparaíso donde esperaba encontrar listo un navío que se hiciese a la vela para Burdeos. Pero abandoné muy pronto este proyecto con la certidumbre casi absoluta de que encontraría a Chabrié en Chile. Soporté, pues, con resignación los gastos y el disgusto de mi estada en Lima.

Con todo, me demoré algún tiempo antes de resolverme a retener mi pasaje no porque temiese la mala alimentación a bordo de una nave mercante inglesa, sino porque deseaba ardientemente regresar por la América del Norte. Era un viaje muy penoso. M. Le Briet, que lo había hecho, casi sucumbió de fatiga. Sin embargo, me sentí con fuerzas para emprenderlo y lo hubiese realizado si hubiese tenido dinero suficiente para subvenir a los gastos del camino. Confieso que sentí vivo pesar. Escribí a mi tío manifestándole el deseo de conocer esta parte de América y le dejé ver que mi

falta de recursos me impedía tomar esa ruta. Diez veces estuve a punto de pedirle francamente la suma que me era indispensable, ¡tan dominante es en mí el gusto por los viajes! Pero mi orgullo venció. Las respuestas de mi tío, relativas a mi proyecto, me hacían temer una negativa y no quise exponerme a ella.

Tomé pasaje en el "William Rusthon" de Liverpool que debía llegar y salir en línea recta hasta Plymouth.

Hacía dos meses que había salido de Arequipa, cuando llegó esta nave al Callao trayendo a bordo a la señora Pancha de Gamarra, acompañada por su secretario Escudero. M. Smith vino a darme la noticia y me trajo un gran paquete de cartas de Arequipa en las cuales me referían los acontecimientos de la última revolución.

El señor y la señora Gamarra habían entrado el 27 de abril en Arequipa, donde las necesidades de su partido los arrastraron, como de costumbre, por la vía de las exacciones. Impusieron a los habitantes una enorme contribución, por medio de prisiones y de otras medidas militares, y les faltó autoridad o deseo para impedir que sus soldados cometiesen mil rapiñas. Todas las clases de la población estaban exasperadas. Los soldados exigían rescate a los individuos cuando se les presentaba la ocasión y ellos mismos no podían salir aisladamente al campo sin correr el riesgo de que los campesinos los mataran. Uno de ellos murió de una cuchillada que le dio un monje a quien exigió dos reales. Un descontento general fermentaba en todo el territorio ocupado por los gamarristas y atraía la población al partido de Orbegoso. Por todas partes gritaban: ¡Viva Nieto! Éste, atrincherado en la ciudad de Tacna, a la cual se había replegado, esperaba que las circunstancias lo llamasen de nuevo a representar un papel. Los gamarristas intentaron explotar otra vez su credulidad y le enviaron a su cuñado con una carta de Bermúdez anunciándole la derrota del partido de Orbegoso. Pero ya Nieto no se dejó engañar, rechazó sus avances y entró en negociaciones con Santa Cruz, Presidente de Bolivia, para obtener socorros.

Tal era la situación cuando el domingo de Pentecostés, 18 de mayo, dos compañías abandonaron el partido de Bermúdez. En el instante menos esperado por la señora de Gamarra se vio a don Juan Lobatón, mayor del batallón "Ayacucho", apoderarse de la artillería con doscientos hombres y gritar en la plaza: ¡Viva

Orbegoso!... ¡Viva Nieto!... ¡Viva la ley!... El pueblo aborrecía a estos soldados; creyó que era una estratagema de su parte y que actuaban así para tener ocasión de apoderarse de los hombres que se adhirieran a ellos y en su indignación se precipitó sobre los revoltosos. Hubo quince o veinte muertos en el altercado, entre ellos Lobatón, el autor del movimiento.

Cuando el pueblo vio los cadáveres el desorden llegó al colmo. En su exasperación se dirigió a la casa ocupada por la señora Gamarra y la saqueó. Doña Pancha había visto venir la tempestad y escapó del furor popular escondiéndose en una casa vecina. El pueblo, en su furia, mató indistintamente a los soldados y oficiales que habían hecho la revolución, así como a los demás; para sustraer a los militares a la matanza hubo necesidad de esconderlos. La casa de Gamio, que había ocupado San Román, fue saqueada y también la de Angelita Tristán, donde vivió Quiroga. Pero ya éste había huido.

En el primer momento mi tío fue nombrado por aclamación comandante militar. Al día siguiente todo quedó en orden. El pueblo se sometió a los consejos de los jefes que había escogido. Sus sufrimientos y su victoria habían reanimado su moral a tal punto que en cuanto circuló el rumor, verdadero o falso, de que se acercaban los gamarristas todos se apresuraron, incluso las gentes del campo, a armarse y a salir a su encuentro.

Arismendi, Landauri y Rivero fueron, con Lobatón, los autores de la revuelta. Ellos se pusieron a la cabeza del pueblo y expulsaron de Arequipa a los gamarristas. Este acontecimiento desanimó a los diversos cuerpos partidarios de Bermúdez y todos, sucesivamente, reconocieron por presidente a Orbegoso. Nieto entró en Arequipa el 22 de mayo. Según la costumbre gravó con una contribución excesiva a los desgraciados propietarios de la ciudad. Al obispo le impuso 100 000 pesos... y a los demás en la debida proporción. Pero don Pío, que formaba parte del gobierno supremo, se vio esta vez exento de toda contribución. Gamarra se refugió en Bolivia. Su esposa, contra quien se dirigía principalmente el odio popular, se mantuvo siempre escondida. Sólo por influencia de mi tío logró poder retirarse desterrada a Chile y aun así se encontró en el caso de salir de noche para librarse de la venganza del pueblo que reclamaba su muerte.

Escudero, así como la señora Gamarra, me rogaron ir a verlos a bordo del navío inglés del que no tenían permiso de bajar. Me dirigí enseguida al Callao. Al llegar a bordo me recibió Escudero. Me apretó la mano con cordialidad. Le correspondí esa prueba de afecto y le dije en francés:

—Querido coronel ¿cómo es que después de haberlo dejado hace dos meses vencedor y dueño de Arequipa lo encuentro prisionero en este navío y arrojado de aquella ciudad?

—Señorita, es así como la suerte zarandea a los hombres que representan un papel en un país presa de las guerras civiles, donde, sin conciencia pública, se lucha sólo por un jefe. Después de su partida he pensado a menudo en usted. Tenía usted razón y comienzo a creer que podría hacer algo mejor que permanecer en América. Quizá sin estos últimos acontecimientos de Arequipa habría regresado con usted a Europa en este barco. Lo he pensado más de una vez, pero éste es otro de aquellos proyectos que la fatalidad de mi destino ha hecho desvanecer. Aquí estoy arraigado para siempre. La pobre presidenta se ve arrojada de todas partes. su causa está perdida sin remedio, su cobarde e imbécil marido ha ido a buscar refugio donde Santa Cruz y ciertamente va a perder las pocas probabilidades de éxito que pudieran quedarle. No puedo abandonar a esta mujer. Con la ayuda de su tío mi abnegación ha logrado sustraerla a las venganzas populares. Hemos huido de Arequipa de noche, como bandidos. Igualmente de noche la hicimos embarcar pues temíamos por su vida a causa del odio homicida que la persigue. Santa Cruz no quiso recibirla en sus estados y se la deporta a Chile. En cuanto a mí estoy completamente libre. Nieto me ha rogado quedarme con él y Santa Cruz me reclama en todas sus cartas. Pero usted comprende, Florita, que la señora Gamarra, en la desgracia, tiene derecho a mi abnegación. Mientras esta mujer esté prisionera, desterrada y repudiada por todos debo seguirla a su prisión, a su destierro y ser todo para ella.

En aquel momento Escudero me pareció sublime. Le apreté la mano y le dije con una voz cuyo acento le hizo comprender mi pensamiento:

—Pobre amigo, usted era digno de mejor suerte...

Iba a continuar cuando la señora Gamarra apareció en el puente.

—¡Ah!, mi señorita Florita. ¡Qué contenta estoy de verla!... Estaba impaciente por conocerla. ¿Sabe, linda señorita que ha conquistado usted a nuestro querido Escudero? Me habla de usted sin cesar y la cita a todo momento. En cuanto a su tío, ya no procede sino bajo su inspiración. ¡Ah!, ¡mala! Estuve muy molesta con usted cuando supe que había abandonado Arequipa la antevíspera de mi llegada. ¡Qué! ¡Usted quería ver a San Román, y su curiosidad no llegó hasta la salvaje, la feroz, la terrible doña Pancha! Pero me parece, querida Florita, que si el Coco de los arequipeños le parecía digno de figurar en su diario, el gran Coco del Perú ¿no debe también tener un sitio en él?

Hablando así me condujo al extremo de la toldilla, me hizo sentar junto a ella y despidió con la mano a los importunos que tenían deseo de seguirme. Prisionera, doña Pancha era todavía presidenta. La espontaneidad de su gesto manifestaba la conciencia que tenía de su superioridad. Nadie permaneció en la cubierta, aunque corrido el toldo era el único sitio donde se estaba protegido de un sol abrasador. Todo el mundo quedó abajo, en el puente. Me examinaba con gran atención y yo la miraba con no menos interés. Todo en ella anunciaba a una mujer excepcional, tan extraordinaria por el poder de su voluntad como por el gran alcance de su inteligencia. Podía tener 34 ó 36 años, era de talla mediana y de constitución robusta, aunque muy delgada. Su rostro, según las reglas con que se pretende medir la belleza, no era ciertamente hermoso. Pero, a juzgar por el efecto que producía sobre todo el mundo, sobrepasaba a la más bella. Como Napoleón, todo el imperio de su hermosura estaba en su mirada. ¡Cuánto orgullo! ¡Cuánto atrevimiento! ¡Cuánta penetración! ¡Con qué ascendiente irresistible imponía el respeto, arrastraba las voluntades y cautivaba la admiración! El ser a quien Dios concede aquella mirada no necesita de la palabra para gobernar a sus semejantes. Posee un poder de persuasión que se soporta y no se discute. Su nariz era larga, con la punta ligeramente arremangada. Su boca grande, pero expresiva. Su cara larga, pero llena de vida. Tenía una enorme cabeza coronada por largos y espesos cabellos que bajaban hasta la frente. Eran éstos de un castaño oscuro, brillante y sedoso. Su voz tenía un sonido sordo, duro e imperativo. Hablaba de una manera brusca y seca. Sus movimientos eran graciosos, pero

traicionaban constantemente la preocupación de su pensamiento. Su vestido ligero y elegante, de los más esmerados, formaba un extraño contraste con la dureza de su voz, con la austera dignidad de su mirada y la gravedad de su persona. Llevaba un traje de gros de la India color ave del paraíso bordado de seda blanca, ricas medias de seda rosa y zapatos de raso blanco. Un gran chal de crespón de China punzó, bordado de blanco, el más lindo que he visto en Lima, caía negligentemente sobre sus hombros. Tenía sortijas en todos los dedos, zarcillos de diamantes, un collar de perlas finas de gran belleza y debajo pendía un pequeño escapulario sucio y muy usado. Al ver la sorpresa que sentía al examinarla me dijo bruscamente:

—Estoy segura, querida Florita, que usted cuyo modo de vestir es tan sencillo, me encuentra muy ridícula con mi grotesca indumentaria. Pero creo que habiéndome ya juzgado debe usted comprender que estos vestidos no son los míos. Usted ve allí a mi hermana, tan gentil. La pobre niña no sabe si no llorar. Es ella quien, esta mañana, los ha traído y me ha suplicado que me los ponga para darle gusto a ella, a mi madre y a los demás. Esas buenas gentes se imaginan que mi fortuna podrá rehacerse si yo consiento en usar vestidos llegados de Europa. Cediendo a sus instancias me he puesto este traje en el cual me siento molesta, esas medias que son frías para mis piernas, ese gran chal que temo quemar o ensuciar con la ceniza de mi cigarro. Me gustan los vestidos cómodos para montar a caballo, soportar las fatigas de una campaña y visitar los campamentos, los cuarteles y las naves peruanas. Son los únicos que me convienen. Desde hace mucho tiempo recorro el Perú en todas direcciones, vestida con un largo pantalón de tosco paño fabricado en el Cuzco, mi ciudad natal, con una amplia chaqueta del mismo paño, bordada de oro y con botas con espuelas de oro. Me gusta el oro. Es el mejor adorno de un peruano, es el metal precioso al que mi país debe su reputación. Tengo también una gran capa un poco pesada, pero muy abrigadora. Fue de mi padre y me ha sido muy útil en medio de las nieves de nuestras montañas. Usted admira mis cabellos, agregó esta mujer de mirada de águila. Querida Florita en mi carrera mi audacia y mi fuerza muscular han sido a menudo menores que mi valor y mi posición se ha visto algunas veces comprometida.

He debido, para suplir la debilidad de nuestro sexo, conservar sus atractivos y servirme de ellos para armar, según las necesidades, el brazo de los hombres.

—De modo que, exclamé involuntariamente, esta alma fuerte, esta alta inteligencia ha debido, para dominar, ceder ante la fuerza brutal.

—Niña, me dijo la ex presidenta apretándome la mano hasta magullármela y con una expresión que no olvidaré jamás, niña, sábelo bien: es por no haber podido someter mi indomable orgullo a la fuerza brutal que me veo prisionera aquí, arrojada y desterrada por los mismos a quienes durante tres años goberné...

En aquel momento comprendí su pensamiento. Mi alma tomó posesión de la suya. Me sentí más fuerte que ella, la dominé con la mirada... Se dio cuenta de ello, se puso pálida, sus labios perdieron el color. Con un movimiento brusco echó su cigarrillo al mar y apretó los dientes. Su expresión hubiese hecho estremecer al más atrevido. Pero estaba bajo mi dominio y yo leía todo cuanto pasaba en ella. A mi vez, le tomé la mano que tenía fría y bañada en sudor y le dije con tono grave:

—Doña Pancha, los jesuitas han dicho: Quien quiere el fin quiere los medios y los jesuitas han dominado a los poderosos de la tierra...

Me miró largo rato sin contestar nada. También ella trataba de penetrar mis pensamientos. Rompió el silencio con el acento de la desesperación y de la ironía:

—¡Ah, Florita! Su orgullo la engaña. ¡Usted se cree más fuerte que yo! ¡Insensata! ¡Usted ignora las luchas incesantes que he sostenido durante ocho años! Las humillaciones, ¡oh!, las sangrientas humillaciones que he debido soportar... He rogado, adulado, mentido. He empleado todo. No he retrocedido ante nada... y, sin embargo, no ha sido suficiente... Creí haber vencido, llegado por fin al término en que debía recoger el fruto de ocho años de tormentos, de trabajos, de sacrificios, cuando por un golpe infernal me veo arrojada, perdida, ¡perdida, Florita...! No regresaré jamás al Perú... ¡Ah!, ¡gloria!, ¡cuán caro cuestas! ¡Qué locura sacrificar la felicidad de la existencia y la vida íntegra para obtenerte! No es sino un relámpago, humo, una nube, una decepción fantástica. Es nada... Y, sin embargo, Florita, el día en que haya perdido toda

esperanza de vivir envuelta por esa nube, por ese humo, ese día, ya no habría sol para alumbrarme ni aire para mi pecho y moriré.

La expresión sombría de doña Pancha estaba de acuerdo con el acento profético de estas últimas palabras. Sus ojos se hundían en las órbitas como suspendidos en un globo de lágrimas. Contemplaba el cielo azul y sereno encima de nuestras cabezas y entregada a su celeste visión no parecía ser ya de este mundo. Me incliné ante esta alma superior que había sufrido todos los tormentos reservados a los seres de su naturaleza al pasar por la tierra. Iba a continuar la conversación, pero se levantó bruscamente. En dos saltos estuvo abajo, en la toldilla, llamó a su hermana y a dos señoras y les dijo:

—Vengan, me siento mal.

Escudero se acercó a mí y me dijo:

—Perdón, señorita, temo que doña Pancha sufra uno de sus ataques[111] y en aquellos momentos sólo yo puedo cuidarla.[112]

—Coronel, me voy. Regresaré mañana. Vaya pronto donde esa pobre mujer. Tiene mucha necesidad de sus servicios y de su afecto.

—No tema nada, Florita, iré hasta el fin.

Rogué a mi futuro capitán que me hiciera conducir en su bote a la fragata "Samarang" donde Mr. Smith, Mme. Denuelle y muchas otras personas me esperaban. Conocía mucho al comandante de la "Samarang" pues desde su llegada lo había encontrado en casa de Mme. Denuelle donde estaba alojado y comía todos los días conmigo. Ese comandante presentaba, en todo, la inversa del de la "Challenger". Era feo, tanto como el otro era buen mozo; tan

[111] La señora Gamarra sufría de epilepsia. Los ataques que le daban la ponían en un estado espantoso. Sus facciones se descomponían, sus miembros se contraían, sus ojos se quedaban fijos y desmesuradamente abiertos. Sentía de antemano el momento en que iba a caer y si se hallaba en algún lugar público, se retiraba. Cuando le sobrevenía el acceso se le erizaban los cabellos. Ponía ambas manos en cruz sobre su cabeza y lanzaba tres gritos. Escudero me ha dicho haber presenciado hasta nueve ataques en un día. Si hubiese vivido en otros tiempos habría podido, como Mahoma, servirse de su enfermedad para sus proyectos de ambición y dar a sus palabras la autoridad de la revelación. (N. de la A.)

[112] Sobre la enfermedad de doña Francisca de Gamarra se ha suscitado recientemente un debate entre los doctores Juan B. Lastres y Carlos Enriquez Paz Soldán: el primero escribió un libro titulado La enfermedad de la Mariscala, diciendo que se trataba de epilepsia. Paz Soldán lo ha rebatido diciendo que se trata de un caso de histeria. Posteriormente el Dr. Lastres publicó una biografía titulada: Una neurosis célebre (1945). (N. de la T.)

alegre como triste era el otro; tan extravagante y negligente en su vestido, como el otro sencillo y cuidadoso. El mismo contraste se ofrecía entre los oficiales de su barco y los de la "Challenger". Los criados copian a sus amos. Los oficiales de un buque de guerra reflejan también a su comandante. Los señores de la "Samarang" dividían el día en tres partes que empleaban así: toda la mañana montaban a caballo vestidos de bandidos mexicanos; enseguida iban a pasearse con las mujeres perdidas; por fin se sentaban a la mesa y pasaban el resto del tiempo bebiendo grogs y durmiendo la mona. Aparte de esta conducta, cuyo resultado sólo perjudicaba su salud y su bolsillo, eran hombres suaves, amables y cómodos para convivir. El comandante se distinguía sobre todo por sus maneras de hombre muy correcto que había conservado a pesar de su vida de libertinaje. Su fealdad era agradable, como lo es casi siempre la de las personas picadas de viruela. Yo le había prometido visitar su fragata el día en que fuese a ver mi navío. Confieso que esperaba encontrar a bordo el mismo descuido de su comandante y de sus oficiales. ¡Cuál fue mi sorpresa, al poner el pie en el puente, ver reinar el orden y la limpieza hasta en los menores detalles! Nunca había visto algo semejante. Los dos entrepuentes, las camas, los modales de los soldados y de los oficiales de servicio eran admirables de conveniencia y regularidad. Como contemplaba todo con aire de admiración, el comandante me dijo sonriendo:

—Estoy seguro, señorita, que usted se figuraba, al venir aquí, encontrar la confusión que usted veía en mi cuarto cuando pasaba delante de él.

—No precisamente, comandante. Pero le confieso con franqueza que no esperaba encontrar a bordo un orden tan perfecto.

—Permítame decirle, señorita, que a mi vez estoy sorprendido de que una persona tan sensata, como parece serlo usted en todas las ocasiones, se haya apresurado a formular un juicio sobre algo que no conocía. En tierra, desligado de mis deberes, soy libre de entregarme a mis inclinaciones. Mi conducta puede ser reprobada por las personas que emplean menos franqueza en sus actos, aunque no creo que la mía hiera algún interés de la sociedad. A bordo soy el comandante de mi fragata y conozco el alcance y la importancia de las obligaciones confiadas a mí. Desde hace quince años tengo el honor de servir a mi país y puedo decir que jamás

he omitido cumplir puntualmente los deberes que me estaban encargados. Ninguno de estos mismos oficiales, a quienes me ve usted tratar en la mesa con tanta familiaridad y camaradería, encontraría gracia ante mi severidad por el más ligero olvido de los deberes que les están impuestos.

Este hombre que, en su conducta en tierra, manifestaba un desdén soberbio por la opinión era a bordo uno de los mejores oficiales de la marina inglesa y uno de los más rigurosos observantes de la disciplina. Había orgullo y originalidad en esta manera de ser. Pero, ciertamente, tenía también un gran dominio de sí. El comandante, así como todos los demás oficiales, era a bordo de una excesiva sobriedad y llevaba una vida muy laboriosa. No se permitían ninguna distracción. Los retratos de mujeres que tenían en sus camarotes (había seis en la del comandante) eran los únicos recuerdos que parecían conservar de su existencia en tierra. Durante todo el tiempo que permanecí en el barco observé a estos oficiales de exterior grave, de aire marcial y cuya expresión contrastaba de manera extraña con la que les había visto en casa de Mme. Denuelle. El comandante me recibió con fría cortesía y la etiqueta reguló todas sus demostraciones mientras estuvimos a bordo. Nos retiramos todos muy admirados del cambio de tono y de maneras que habíamos observado en los oficiales de la "Samarang" y fue, hasta nuestra llegada a Lima, el objeto de nuestra charla.

La impresión que me había dejado mi conversación con la señora Gamarra me agitaba de tal manera que no pude dormir por la noche. ¡Qué multitud de pensamientos asaltaron mi espíritu! Por un poder de fascinación yo había leído en el alma de esta mujer, envidiada durante tanto tiempo y cuya vida en apariencia tan brillante había sido, sin embargo, tan miserable. No pude pensar, sino temblando, en que durante un tiempo había formado el proyecto de ocupar la posición de la señora Gamarra. ¡Qué!, me decía, ¿eran éstos los tormentos que me estaban reservados si hubiese tenido éxito en la empresa que meditaba? ¡Hubiese sido también presa de los dolores, de las humillaciones y de las ansiedades!, ¡ah!, ¡cuánto más nobles y preferibles me parecían mi pobreza y mi vida oscura con libertad! Experimentaba un sentimiento de rubor por haber creído un instante en la felicidad de la carrera de la ambición y en la existencia de una compensación, en el mundo, a la pérdida de la independencia.

Regresé al Callao. La señora Gamarra había dejado el "William Rusthon" y se hallaba a bordo de otro barco inglés, la "Jeune Henriette", que zarpaba el mismo día para Valparaíso. Cuando llegué encontré a Escudero pálido, con el aire abatido.

—¿Qué tiene usted, mi pobre amigo?, le dije, parece enfermo.

—Lo estoy en efecto. He pasado una noche muy mala. Doña Pancha ha tenido tres ataques horrorosos... No sé de qué tema ha podido usted conversarle. Pero desde que usted se fue estuvo en una agitación constante.

—Era la primera vez que veía a doña Pancha y es posible que, a pesar mío, mis palabras en vez de calmar su dolor hayan aumentado su amargura. Si es esto, lo deploro de veras.

—Es posible que a pesar suyo, como dice, la haya herido en su orgullo cuya susceptibilidad es extrema.

Hacía cerca de un cuarto de hora que conversaba con Escudero cuando lo llamaron. Se precipitó al camarote y quedé a solas. Repasé en mi memoria las palabras de mi conversación de la víspera, las sometí a examen para descubrir las que hubiesen podido herir a doña Pancha. Mas el dolor del poder perdido, y sus lados vulnerables, no puede ser comprendido por completo sino por aquellos que lo han poseído y sentido su embriaguez. Mi búsqueda fue vana. Sentía haberme dejado llevar por mi franqueza y no haber sido más reservada con un dolor que salía fuera de la línea de las aflicciones comunes.

Escudero interrumpió mis reflexiones. Me tocó ligeramente el hombro y me dijo con un acento que me hizo sufrir.

—Florita, la pobre Pancha acaba de tener un ataque de los más violentos. Creí que iba a expirar entre mis brazos. Ahora ha vuelto en sí y quiere verla. Le suplico tener cuidado de lo que va a decir. Una sola palabra que hiera su susceptibilidad bastará para provocarle un nuevo acceso.

Al bajar al camarote mi corazón latía con violencia... Entré en el camarote del capitán, que era grande y muy hermoso, y encontré allí a doña Pancha a medio vestir, extendida sobre un colchón que habían puesto sobre el suelo. Me tendió la mano y me senté a su lado.

—No ignora usted, sin duda, me dijo, que soy víctima de un mal terrible y...

—Lo sé, interrumpí. Pero la medicina ¿es impotente para curarla o no tiene usted confianza en los socorros que le ofrece?

—He consultado a todos los médicos y hecho exactamente cuanto me han prescrito. Sus indicaciones no han tenido éxito. El mal aumenta mientras más avanzo en edad. Esta enfermedad me ha perjudicado en todo lo que he querido emprender. Cualquier emoción fuerte me causa enseguida un ataque. Usted puede juzgar por allí cuántos obstáculos ha debido oponer a mi carrera. Nuestros soldados son tan poco expertos y nuestros oficiales tan cobardes que me resolví a dirigir yo misma todos los asuntos importantes. Desde hace diez años, y mucho tiempo antes de tener la esperanza de hacer nombrar presidente a mi marido, asistía a todos los combates con el propósito de acostumbrarme al fuego. A menudo, en lo más fuerte de la acción, la ira que sentía al ver la inercia y la cobardía de los hombres, a quienes mandaba, me hacía arrojar espuma de rabia y entonces comenzaban mis ataques. No tenía sino el tiempo de echar pie a tierra. Muchas veces los caballos me han pisoteado y mis servidores me han llevado como muerta. ¡Pues bien, Florita! ¿Creerá usted que mis enemigos se han servido contra mí de esta cruel enfermedad con el fin de desacreditarme en el espíritu del ejército? Decían por todas partes que era el miedo, el ruido del cañón, el olor de la pólvora lo que me atacaba los nervios y me desvanecía como una marquesita de salón. Le confieso, son estas calumnias las que me han endurecido. He querido hacerles ver que no tenía miedo ni de la sangre, ni de la muerte. Cada revés me hace más cruel y si...

Se detuvo y, elevando los ojos al cielo, parecía conversar con un ser a quien sólo ella veía. Después me dijo:

—Sí. Dejo mi país para no regresar jamás a él y antes de dos meses estaré con usted...

Algo que no era de la tierra podía únicamente darle la expresión que tenía su rostro al pronunciar estas palabras. La contemplé entonces. ¡Ah! ¡Qué cambiada la encontraba desde la víspera! ¡Sus mejillas se habían adelgazado, su tez estaba lívida, sus labios exangües, sus ojos hundidos y brillantes como relámpagos! ¡Qué frías tenía las manos! La vida parecía abandonarla. No me atrevía a decirle una palabra pues temía hacerle daño nuevamente. Mi cabeza estaba inclinada sobre su brazo y una lágrima cayó

sobre él. Esta lágrima causó el efecto de una chispa eléctrica sobre la infortunada. Salió de su visión, se volvió hacia mí de manera brusca, me miró con sus ojos resplandecientes y me dijo con una voz sorda y sepulcral:

—¿Por qué llora? ¿Mi suerte le inspira lástima? ¿Me cree usted desterrada para siempre, perdida... muerta, en fin...?

No pude hallar una palabra para responderle. Como me había empujado rudamente de su lado me encontré de rodillas delante de ella. Crucé las manos con un movimiento maquinal y continué llorando mientras la miraba. Hubo un largo paréntesis de silencio. Pareció calmarse y dijo con voz desgarradora:

—¿Lloras, tú? ¡Ah! ¡Bendito sea Dios! ¡Tú eres joven!, hay todavía vida en ti, llora por mí que ya no tengo lágrimas... por mí que ya no soy nada... por mí que estoy muerta...

Al terminar estas palabras cayó sobre su almohada, puso las manos en cruz sobre su cabeza y lanzó tres débiles gritos. Acudió su hermana, vino Escudero, todos se apresuraron a prodigarle los cuidados más afectuosos. Y yo en pie, cerca de la puerta, la contemplaba. No hacía ningún movimiento, no respiraba ya, tenía los ojos brillantes y desmesuradamente abiertos.

El capitán me arrancó de este triste espectáculo anunciándome que los visitantes debían pensar en retirarse porque se levaba anclas. Mr. Smith vino a recogerme; escribí dos palabras de adiós a Escudero y me fui.

Cuando subíamos al coche, vimos a la "Jeune Henriette" alejarse de la rada. Distinguí en la cubierta a una mujer envuelta en una capa oscura y con los cabellos desgreñados. Extendía los brazos hacia una chalupa y agitaba un pañuelo blanco. Era la ex presidenta del Perú que dirigía su último adiós a su hermana y a los amigos a quienes no debía volver a ver.

Regresé enferma a mi cuarto. Aquella mujer estaba siempre presente en mi vista. Su energía y constancia heroicas en medio de los sufrimientos sin número, que había tenido que soportar, la hacían aparecer sobrenatural. Sentía una angustia indecible al ver a esta criatura de elección víctima de esas mismas cualidades que la distinguían de sus semejantes, obligada por los temores de un pueblo pusilánime, a dejar su país, abandonar a sus parientes y amigos e ir, presa de la más horrible enfermedad, a

terminar su penosa existencia en el destierro. Una señora nacida en el Cuzco, amiga de infancia de doña Pancha, me ha referido sobre esta mujer extraordinaria particularidades que creo deben interesar al lector.

Doña Pancha era hija de un militar español quien se casó con una señorita muy rica del Cuzco. Desde su infancia se hacía notar entre sus compañeras por su carácter orgulloso, audaz y sombrío. Era muy piadosa y desde la edad de doce años quiso entrar en un convento con la intención de hacerse religiosa. La debilidad de su salud no le permitió cumplir su deseo. A la edad de diecisiete años sus padres la obligaron a regresar a la casa paterna para recibir los cuidados que reclamaba su enfermedad. La casa de su padre era frecuentada por muchos oficiales. Muchos la pidieron en matrimonio pero ella declaró que no quería casarse, resuelta como estaba a regresar a su convento en cuanto pudiera. El padre, con la esperanza de curarla, la hizo viajar, la llevó a Lima, la presentó en sociedad y le procuró todas las distracciones posibles. Sin embargo, estaba siempre triste y parecía poco sensible a los placeres de su edad. Empleó dos años en viajar y retornó al Cuzco.

Poco después de su regreso renunció a la idea de hacerse religiosa y escogió por marido a un oficialillo feo, necio y el más insignificante de todos aquellos que la habían solicitado. Se casó con el señor Gamarra, cuando era simple capitán.[113] Aunque de salud débil y casi siempre encinta, siguió a su marido a todos los lugares donde la guerra lo llamaba. Y esas continuas fatigas robustecieron de tal modo su constitución que adquirió una gran fortaleza y fue capaz de hacer largos viajes a caballo. Por mucho tiempo logró ocultar la cruel enfermedad que la atormentaba y que progresaba cada día más. Y sólo cuando fue presidenta, y su vida se convirtió en objeto de toda clase de averiguaciones, el público lo supo por intermedio de sus enemigos. Sus solicitaciones y sus

[113] No era Gamarra, en momentos de su matrimonio, un simple "oficialillo" o "capitán" como dice Flora. Había sido Jefe del Estado Mayor en la batalla de Ayacucho y por entonces era prefecto del Cuzco. Tenía, además, un gran talento para la intriga política. La prueba de ello es que, después de la muerte de su esposa, tomó parte activa en la política peruana ya conspirando de acuerdo con Santa Cruz ya en contra de él hasta derrotarlo y ocupar nuevamente la presidencia después de la batalla de Yungay (1839). (N. de la T.)

intrigas habían hecho ascender a su marido a la presidencia y una vez obtenida ésta, ella se apoderó del manejo de los negocios, se unió íntimamente con Escudero y se sirvió con habilidad de aquéllos a quienes juzgó capaces de secundarla. Cuando llegó al poder, después del general La Mar, la república se hallaba en el estado más deplorable. Las guerras civiles destrozaban el país en todo sentido. No había un peso en el tesoro. Los soldados se vendían a quienes les ofrecía más.[114] En una palabra, era la anarquía con todos sus horrores. Esa mujer, educada en un convento, sin instrucción, pero dotada de un sentido recto y de una fuerza de voluntad poco común, supo gobernar tan bien este pueblo, hasta entonces ingobernable aun para el mismo Bolívar, que en menos de un año el orden y la tranquilidad reaparecieron. Las facciones se habían apaciguado. El comercio florecía. El ejército había devuelto su confianza a sus jefes y, si no reinaba aún la tranquilidad en todo el Perú, al menos gozaba de ella la mayor parte del país.

Las virtudes heroicas de doña Pancha la hicieron querer y admirar al principio de su gobierno; pero tenía defectos que debían restringir su duración. Por brillantes que sean las cualidades que Dios nos ha concedido son apropiadas a sus fines y no a los del hombre. Todos somos perfectos para el orden de la Providencia, pero ninguno de nosotros lo es con relación a un orden social. Doña Pancha parecía, por su carácter, estar llamada a continuar por largo tiempo la obra de Bolívar. Lo habría hecho si su calidad de mujer no hubiese sido un obstáculo. Era hermosa, muy graciosa cuando quería y poseía todo cuanto inspiran el amor y las grandes pasiones. Sus enemigos propalaron contra ella las calumnias más atroces y encontrando más fácil criticar sus costumbres, que sus actos políticos, le atribuyeron vicios a fin de consolarse de su superioridad. La ambición ocupaba demasiado sitio en el corazón de doña Pancha para que el amor tuviese gran imperio sobre ella.

[114] Esta descripción no se ajusta a la verdad pues, precisamente, con la presidencia de La Mar el país entraba ya en la vía del orden y la legalidad, después de los trastornos de la guerra de la independencia. Fue Gamarra, al traicionar a La Mar en Tarqui, quien iniciaba la época de los cuartelazos que tanto harían sufrir al país en lo sucesivo. (N. de la T.)

Éste no fue tampoco el objetivo de sus pensamientos. Muchos de los oficiales que la rodeaban se enamoraron de ella. Otros fingieron estarlo, creyendo encontrar con esto un medio de progresar. Doña Pancha rechazó a todos sus pretendientes, no con esa indulgencia de la mujer hacia el amor que no comparte, sino con la ira y el desprecio del orgullo ofendido.

—¿Qué necesidad tengo de su amor?, les decía con su tono brusco y cortante, son sus brazos, sólo sus brazos los que necesito. Lleven sus suspiros, sus palabras sentimentales y sus romanzas a las jóvenes. Yo no soy sensible sino a los suspiros del cañón, a las palabras del Congreso y a las aclamaciones del pueblo cuando paso por las calles.

El corazón de quienes la amaban con sinceridad quedaba profundamente herido con la rudeza de semejante lenguaje y el orgullo de los ambiciosos, que aspiraban arrastrarse en pos de ella, no se sentía menos humillado. Pero no se detenía en esto. Les tomaba odio, les retiraba su confianza y aprovechaba todas las ocasiones para burlarse de ellos, hasta en público, en la forma más ofensiva. Se comprende que esta conducta debía hacerle perder no sólo las ventajas de su sexo, sino también suscitarle enemigos implacables que fueron numerosos. Los hombres al proponerse conseguir un éxito creen siempre poseer las cualidades de que carecían los que fracasaron.

Cada uno de ellos meditaba perpetuamente contra ella proyectos de venganza. Muchos dijeron en alta voz que habían sido sus amantes y que sólo les había retirado sus favores porque ellos habían cesado de amarla. Esas calumnias irritaban a la orgullosa e indomable presidenta y muchas veces la volvieron cruel. Las acciones que esto la indujo a cometer demuestran hasta qué punto le dominaba la ira y con qué violencia sentía esos ultrajes. Un día fue al Callao a visitar las prisiones militares que se hallan en uno de los castillos. A su llegada toda la guarnición presentó las armas para recibirla. Hizo su visita de inspección y al pasar delante de uno de los batallones distinguió a un coronel que le habían señalado como a uno de los que se había jactado de haber sido su amante. Enseguida se lanzó sobre él, le arrancó las charreteras, le cruzó el rostro a latigazos y le dio tan rudo empellón que fue a caer entre las patas de su caballo. Todos los asistentes quedaron petrificados.

—Es así —exclamó ella con voz retumbante—, como corregiré yo misma a los insolentes que se atrevan a calumniar a la Presidenta de la República.

Otra vez invitó a comer a cuatro oficiales, se mostró amable durante toda la comida y en los postres interpeló a uno de ellos en esta forma:

—¿Es verdad, capitán, que usted ha dicho a estos tres señores que estaba usted cansado de ser mi amante?

El desgraciado palideció, balbuceó y miró a sus camaradas con terror. Éstos, inmóviles, guardaron silencio.

—Pues bien, continuó, ¿mi pregunta le hace perder el uso de la palabra?, responda... Si es verdad que usted ha sostenido este propósito voy a hacerlo azotar con sus camaradas. Si, por el contrario, ellos lo han calumniado, son unos cobardes y usted y yo los castigaremos.

Era demasiado cierto que el inconsiderado joven había sostenido aquel propósito. Hizo cerrar las puertas, llamó a cuatro negros, les ordenó dejar al oficial en camisa y exigió que los otros tres oficiales presentes fustigasen a su camarada con unas varas.

Esta conducta no estaba en armonía con las costumbres del país que gobernaba y debía necesariamente levantar a todo el mundo en contra de ella. En efecto, en una sociedad en la que existe la más grande libertad entre ambos sexos no se cree en la virtud, en el sentido que se ha convenido dar a esta palabra al hablar de las mujeres. Los peruanos se sintieron insultados por la manera de proceder de la orgullosa presidenta. Tampoco era por hacer creer en una virtud que no apreciaba más que las demás mujeres del Perú, que doña Pancha procedía de esta suerte. No se hubiese ofendido, en la vida privada, de los homenajes dirigidos a sus encantos y, como todas las limeñas, habría sido indiferente al número de amantes que le atribuyesen. Pero, embriagada de poder y haciéndose ilusiones sobre su duración, el orgullo de los reyes había pasado a su corazón. Se creyó de una esencia superior y, antes de haber consolidado su dominio, tuvo la susceptibilidad de una mujer nacida sobre el trono y fue igualmente imperiosa.

Doña Pancha no guardaba mayor deferencia por el Congreso que Napoleón por su Senado-conservador. Enviaba a menudo no-

tas escritas de su mano, sin siquiera hacerlas firmar por su marido. Los ministros trabajaban con ella, le sometían los actos del Congreso y los de su administración. Ella misma leía todo, tachaba los pasajes que no le convenían y los reemplazaba por otros. Su gobierno, en fin, fue absoluto en medio de una organización republicana. Esa mujer había prestado grandes servicios. Su amor por el bien público inspiraba confianza y hubiese podido establecer un orden de cosas notable, hacer prosperar el Perú y ser una gran reina si, antes de haber asumido la autoridad suprema, hubiese empleado sus recursos en asegurarse para siempre el poder. Era en extremo laboriosa, de una actividad infatigable y, no confiando en nadie, quería ver todo por sí misma. Sabía muy bien escoger a su gente, no mostraba menor discernimiento en la repartición del trabajo por hacer o de las misiones por cumplir. Económica en sus gastos personales, era generosa con aquellos que correspondían a su confianza. Trataba bien a sus servidores y todos ellos le eran adictos. Esta mujer guerrera era excelente amazona; domaba los corceles más fogosos y hablaba en público con tanta dignidad como precisión. Con todas las virtudes necesarias para el ejercicio del poder en la situación en que se encontraba el Perú le costó trabajo, sin embargo, llegar al final de su tercer año (las funciones de presidente están confiadas por tres años). Su despotismo había sido tan duro, su yugo tan pesado, había herido a tantos en su amor propio, que una imponente oposición se levantó contra ella. Cuando vio que le sería imposible lograr la reelección de su marido recurrió a una medida de astucia. El señor Gamarra fue al Senado a declarar que no aceptaría la presidencia porque su salud no le permitía ya ocuparse de los asuntos públicos. La señora Gamarra hizo nombrar para la presidencia a una de sus criaturas, a un esclavo sometido a su voluntad.[115] Ella y su marido ejercieron toda su influencia y la de sus amigos para favorecer a Bermúdez. Pero, a pesar de todo, Orbegoso venció, como se ha visto.

[115] El general Pedro Bermúdez, a quien se refiere Flora en esta frase, no fue el "esclavo" que ella presenta. Aunque fue ministro de guerra de Gamarra y sucumbió a la tentación de proclamarse Jefe Supremo, en 1834, fue un militar distinguido que había compartido con el presidente La Mar su destierro en Costa Rica. (N. de la T.)

Para terminar la historia de doña Pancha diré que a su llegada a Valparaíso alquiló una hermosa casa amueblada en la cual se estableció con Escudero y sus numerosos servidores. Pero, ninguna señora de la ciudad fue a visitarla. Los extranjeros que habían tenido motivos de queja contra ella vociferaron en contra suya. Apenas dos o tres oficiales, entre sus antiguos compañeros de armas, tuvieron la cortesía de irla a ver. Esta mujer orgullosa y altiva debió sufrir cruelmente por este abandono universal, por este aislamiento en que la encerraban los odios. Condenada a la inmovilidad era, con la actividad de su alma, como ser sepultada viva en una tumba. Como no recibí carta de Escudero, después de mi salida de Lima, no podría precisar cuáles fueron sus sufrimientos. Pero siete semanas después de su partida del Callao murió. Trascribo aquí lo que Althaus me escribió al respecto:

"La esposa de Gamarra ha muerto en Chile seis semanas después de su llegada. Se dice que de un mal interior, pero yo creo que fue de rabia por no ser ya general en jefe. La pobre mujer ha acabado muy tristemente. Su único compañero fue Escudero quien ha regresado al Perú a reunirse con Gamarra y hacer de las suyas".[116]

Al día siguiente de mi visita a la señora Gamarra me sentí enferma. Era la primera vez que esto me ocurría desde que estaba en Lima. Pasé un día muy triste en mi lecho y Mme. Denuelle pasó la tarde conmigo.

—¿Cómo se siente, señorita?

—Lo mismo, estoy triste y quisiera que alguien me hiciese llorar.

—Vengo por el contrario a hacerla reír. Estoy segura de que son sus visitas al Callao las que le han hecho daño. Esa doña Pancha con sus ataques de epilepsia le ha enfermado los nervios. Di-

[116] No es muy clara la causa de la muerte de dona Francisca Gamarra. Vargas, en Historia del Perú Independiente, señala la posibilidad de que la ocasionara alguna lesión interior originada por un salto que dio en Arequipa, al huir vestida de clérigo; al verse perseguida se tiró de la azotea de la casa donde estaba al patio de la casa vecina. En cuanto a Escudero, éste no regresó al Perú hasta 1836 en que, al desembarcar en Arica, fue perseguido por Santa Cruz quien había dado orden de fusilarlo. Escudero tuvo por entonces que huir. El Dr. Juan B. Lastres cree que la señora Gamarra murió de una afección pulmonar. Ver Una neurosis célebre, Lima, 1945. (N. de la T.)

cen que ayer se desvanecía cada cuarto de hora. ¡Gracias a Dios, ya estamos libres de ella!, ¡oh!, ¡qué mala mujer!

—¿Cómo puede usted juzgarla así?

—Por Dios, no es muy difícil. Un marimacho más audaz que un dragón de guardia, que abofeteaba a los oficiales como podría yo hacerlo con mi negrito.

—¿Y por qué esos oficiales eran tan viles como para soportarlo?

—Porque ella era el amo y distribuía los grados, los empleos y los favores.

—Señora Denuelle, un militar que soporta los bofetones merece recibirlos. Doña Pancha conocía muy bien a los hombres a quienes gobernaba y si no tuviese más culpa que la de corregir a los asalariados del gobierno que faltaban a sus deberes ustedes la tendrían todavía de presidenta.

Mme. Denuelle tuvo el talento de cambiar el curso de mis pensamientos y cuando salió me sentía casi alegre.

Por fin llegó el momento de mi partida. Esperaba ese día con viva impaciencia. Mi curiosidad estaba satisfecha y la vida tan materialista de Lima me fatigaba en exceso.[117]

La última semana no tuve una hora para mí. Hube de hacer visitas de despedida a todos mis conocidos, recibir las de ellos, escribir numerosas cartas a Arequipa, ocuparme en vender las bagatelas de que quería deshacerme. Cumplí con todo y el 15 de julio de 1834 dejé Lima a las nueve de la mañana para dirigirme al Callao. Iba acompañada por uno de mis primos, M. de Rivero. Comimos donde el agente de Mr. Smith. Después del almuerzo hice

[117] Es curioso observar cómo Flora, preocupada siempre con su propio caso, suministra tantos detalles acerca de los sucesos ocurridos en Arequipa durante su estada en esa ciudad y guarda silencio acerca de un conjunto de hechos análogamente importantes que ocurrieron cuando ella residía en Lima, o inmediatamente antes. Entre ellos se cuentan: la lucha en las calles entre el pueblo y el ejército que terminó con la retirada de éste a la sierra, el abrazo de Maquinguayo, donde las tropas de Bermúdez y Gamarra obraron bajo el efecto moral de lo ocurrido en Lima y del claro veredicto de la opinión pública, las dos entradas apoteósicas del presidente Orbegoso a Lima, una de las cuales ha sido perennizada por el pincel de Ignacio Merino, la promulgación de la Constitución de 1834 de carácter definidamente liberal. (N. de la T.)

trasladar mi equipaje a bordo del "William Rusthon" y me instalé en el camarote que había ocupado la señora Gamarra. Al día siguiente recibí muchas visitas de Lima. Eran los últimos adioses. Como a las cinco se levó anclas.[118] Todo el mundo se retiró. Me quedé sola, completamente sola, entre dos inmensidades: el agua y el cielo.

[118] Flora parte rumbo a Liverpool, su segundo contacto con Inglaterra. "En 1835 editó en París su primer trabajo literario: el folleto Necesidad de dar buena acogida a las mujeres extranjeras que firmó con sus iniciales y que señala una clara orientación feminista e internacionalista acentuada más tarde. [...] En octubre de 1835, después de varios años de asechanza, [Chazal] se apodera por la fuerza de Alina. Como en una novela de mal gusto se suceden las escenas de violencia. Flora logra recuperar a Alina que es alojada en una pensión [...] En julio de 1836, Chazal se lleva de nuevo a Alina; pero al mes siguiente ella se escapa reuniéndose otra vez con su madre. Legalmente obtiene entonces Chazal lo que no había logrado por la fuerza. El drama sólo va a arreciar con esta sentencia. Alina denuncia un conato de incesto, Flora la protege y Chazal es arrestado. [...] Es en 1838 cuando publica las Peregrinaciones de una paria. Al año siguiente la sangre de la autora les sirve de propaganda. El 10 de setiembre de aquel año Chazal la hiere [a Flora] en la calle de Bac de un tiro a quemarropa. [...] Pero la víctima quedó libre de su perseguidor, condenado a veinte años de trabajos forzados.". Flora "enfermó en Burdeos en setiembre de 1844 y tras una larga y valerosa agonía, murió el 14 de noviembre de aquel año.". Jorge Basadre, "Prólogo" a Peregrinaciones... op. cit., pp. VIII-IX.

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156 - Breña
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
Teléf. 424-8104 / 332-3229 Fax: 424-1582
Julio 2003 Lima - Perú